EL INVIERNO

VISIÓN JURÍDICO-INSTITUCIONAL DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LA EDAD MEDIA

Leandro Martínez Peñas

(Universidad Rey Juan Carlos)

El invierno. Visión jurídico-institucional de las relaciones internacionales en la Edad Media
Ilustración de portada: Erika Prado Rubio.
Diseño de cubierta: Erika Prado Rubio y Taller Imagen.
Depósito Legal: DL VA 59-2019.
ISBN: 978-84-09-08729-7.
PVP: 24 euros
Edita: Omnia Mutantur S. L. (calle Santiago, nº 15, 5º E (Valladolid)
Imprime: Taller Imagen (Segovia)
Enero, 2019.

El presente libro forma parte del Proyecto 001/2018 “Análisis y Estudio de la Historia de las Relaciones Internacionales de una perspectiva jurídica e institucional”, concedido por el International Institute of Legal History

ÍNDICE

Prefacio: La llama de Udûn……...…….p. 17.

Capítulo I: El imperio se va al Este……...…..….p. 23.

1.- El imperio de Oriente.
2.- El sueño del imperio occidental.
3.- El gobierno de Justiniano.
4.- Las últimas guerras persas.
5.- Los Balcanes.

Capítulo II: Desde las arenas de Arabia……...p. 73.

1.- La Arabia preislámica.
2.- La expansión del Islam
3.- El Califato abasí.

Capítulo III: Vasallos y señores……..……p. 99.

1.- El feudalismo en Europa Occidental.
2.- El control de la violencia.
3.- La diplomacia medieval.
4.- El final del sistema de Amarna

Capítulo IV: El imperio carolingio…….……..……p. 127.

1.- Los merovingios.
2.- La fundación de la dinastía carolingia y la herejía iconoclasta.
3.- Los sucesores de Carlomagno.
4.- Los francos y la Iglesia.

Capítulo V: El cetro y la tiara…….…….…….p. 163.

1.- Los duques de la tierra.
2.- El Sacro Imperio otoniano.
3.- La querella de las investiduras.
4.- El poder al desnudo.
5.- Los normandos en el Mediterráneo.
6.- *Stupor Mundi*.

Capítulo VI: Diplomacia y Reconquista……..…p. 197.

1.- Conquista y Reconquista.
2.- Los almohades.
3.- La ambición imperial y el Estado estamental.
4.- La diplomacia entre cristianos.
5.- La frontera.

Capítulo VII: Dios lo quiere……..……...……...……..p. 233.

1.- La recuperación de Bizancio.
2.- Los seljúcidas.
3.- La Primera Cruzada.
4.- La reacción musulmana.
5.- La Cruzada de los Reyes y otros intentos posteriores.
6.- Las Órdenes Militares.

7.- Una cruzada en Europa.

Capítulo VIII: Muerte y resurrección de Bizancio...……...…..p. 271.

1.- Venecia y la crisis bizantina.
2.- La Cuarta Cruzada.
3.- Los imperios del exilio.
4.- Miguel Paleólogo.

Capítulo IX: El mundo desde el lomo de un caballo……...…..p. 311.

1.- Temujin.
2.- Los descendientes de Genghis Khan.
3.- Gobernar a lomos de un caballo.

Capítulo X: La diplomacia pentagonal……...p. 333.

1- La esclavitud militar.
2.- Diplomacia a cinco bandas.
3.- Los intereses comerciales en las estepas y Oriente Próximo.

Capítulo XI: La epopeya de las estepas……...….p. 355.

1.-Los aventureros del Norte.
2.- Nórdicos en las estepas.
3.- La organización de los ruríkidas.
4.- La Horda Dorada.
5.- El ascenso de Moscovia.

Capítulo XII: Tiempo de cambios y convulsiones……..….p. 385.

1.-La Muerte Negra.
2.- El Gran Cisma de Occidente.
3.- La recuperación del Estado en Francia e Inglaterra.

Capítulo XIII: La Guerra de los Cien Años…….p. 415.

1.-Los orígenes de la Guerra de los Cien Años.
2.- De la confiscación a Bretigny.
3.- De Bretigny a Burdeos.
4.- Castilla y Flandes.
5.- La diplomacia y el largo conflicto anglo-francés.

Capítulo XIV: Comercio, guerra y diplomacia……..…….p. 441.

1.-La Liga Hanseática.
2.- Los rivales de la Hansa: Dinamarca, Inglaterra y Holanda.
3.- Génova y Venecia: la lucha por el control del Mediterráneo.
4.- El comercio internacional y sus efectos.
5.- El comercio en el mundo islámico.
6.- La diplomacia de una república comercial.

Capítulo XV: El imperio chino en el Sudeste Asiático……p. 481.

1.-El Estado en China.
2.- La política exterior del imperio bajo las dinastías Sui y Tang.
3.- La rebelión de An Lushan.
4.- Los Tang en el Sudeste Asiático.
5.- Los Yuan.
6.- Diplomacia y política exterior de la dinastía Ming.

Capítulo XVI: Agonía y éxtasis de Bizancio……...….p. 509.

1.- El nacimiento del poder otomano.
2.- Bizancio tras la muerte de Miguel.
3.- El gran asedio de Bayaceto.
4.- La búsqueda de auxilio en Occidente.
5.- El comercio bizantino.
6.- La diplomacia bizantina.

Epílogo ……..…….p. 547.

1.- El invierno.
2.- Solsticio.

Bibliografía……..……..p. 559.

AGRADECIMIENTOS

Dado que buena parte de este libro se escribió en paralelo a …*Y lo llamarán paz*, debo reiterar en estos agradecimientos los expresados en aquel, comenzando por mi maestro don José Antonio Escudero por su guía y comprensión; a Fernando Suárez, por alargar en el tiempo la oportunidad que me diera hace ya más casi doce años.

Igualmente, reitero mi agradecimiento a las instituciones que me han acogido fuera de mi hogar durante el tiempo de elaboración de este trabajo: la biblioteca de St. Mary´s College, adscrito a la Queen´s University de Belfast, el Belfast Apartment[1]; la Biblioteca Apostólica Vaticana; la Biblioteca Nacional de Madrid, el Instituto de Historia de la Intolerancia y El Archivo General de Simancas. Para con la profesionalidad y paciencia del personal de todos ellos solo puedo tener palabras de elogio. Sin mis compañeros Enrique San Miguel y Federico Gallegos, nada sería lo mismo en la universidad. En particular, quiero agradecer a Federico lo mucho que se ha esforzado por ayudarme a hacer este -y el libro anterior- mucho mejores de lo que eran. La amabilidad y el conocimiento que una y otra vez me han ofrecido investigadores como Juan Carlos Domínguez, Francisco Baltar, Beatriz, Badorrey, Carlos Pérez y Rocío Velasco de Castro me ha ayudado desde hace años a lograr que seguir trabajando sea una ilusión y no una carga.

Por último, a Manuela y Erika, gracias, ¿qué puedo deciros que no sepáis ya?

[1] http://www.centralbelfastapartments.com/

Para Federico, compañero de tantos ratos buenos
en tiempos que a veces también han sido buenos,
y otras veces regulares, y aún peores los ha habido.

Su amor por la Edad Media ha iluminado este libro.
Su amistad ilumina el camino que compartimos.

El silencio parecía un gigante
y el rezo de los monjes el retumbe
de un barco en la galerna.
No sé si me decías:
¿Estamos cerca ya del final de los tiempos?

- Luis Antonio de Villena, “El invierno de la Edad Media”-

PREFACIO:

LA LLAMA DE UDÛN

Al sentarme a escribir estas líneas lo primero que me viene a la mente es el personaje de Sam Elliott en *El gran Lebowski*, cuando, acodado en la barra de un bar -o quizá fuera una bolera- resume la vida en una sencilla dicotomía: "A veces tú te comes al oso, y otras veces el oso te come a ti". En este caso, ese gigantesco oso pardo, casi un grizzly de las Rocosas, que es la Edad Media me ha comido a mí.

Vaya por delante, por tanto, que este es el libro más insatisfactorio de cuantos he escrito hasta la fecha, por lo menos en cuanto a sensación personal. También es, seguramente, el libro con el que más he aprendido, y me pregunto si no serán dos procesos, aprendizaje e insatisfacción, que caminan inevitablemente de la mano. Hay tanto de lo que querría seguir leyendo para este libro que el mero

acto de considerarlo un trabajo cerrado me causa desazón. Por mencionar solo la primera que me viene a la mente, no he podido abordar la diplomacia de los reinos francos de Tierra Santa, una epopeya apasionante desde todo punto de vista, pero especialmente desde el de las relaciones internacionales y que, sin embargo, está ausente de estas páginas. En mis estanterías están *Las guerras de Dios*, de Christopher Tyerman, y *Las cruzadas*, de Zoe Oldenbourg, y *El sueño y la tumba*, de Robert Payne. Tres libros extraordinarios que quería releer para construir ese capítulo… Algo que no he tenido tiempo de hacer. Es solo un ejemplo entre lo mucho que, finalmente, no he sido capaz de abarcar.

La Edad Media es inmensa. En todos los sentidos. Es, a gruesos trazos, un milenio de la Historia humana. Una inmensa cantidad de tiempo y de acontecimientos. Pero también es inmensa en su complejidad. Los procesos se desarrollan a lo largo de décadas e incluso siglos -cómo olvidar esa Guerra de los Cien Años, que duró aún más-, a veces en paralelo y a veces enroscándose los unos con los otros, haciendo difícil dotar de una estructura narrativa clara a un estudio general sobre el periodo. Por volver con el ejemplo de la Guerra de los Cien Años, al mismo tiempo que el conflicto entre los Plantagenet y los Valois regaba de sangre las tierras de Francia, la Peste Negra recorría el continente de un extremo a otro y el papado se dividía en torno de hasta tres pontífices, en lo que se ha dado en llamar el Gran Cisma de Occidente. Los tres procesos, que estuvieron relacionados entre sí, se alargaron durante décadas y, pese a ello, cubren marcos cronológicos, geográficos y de estudio diferentes, son un buen ejemplo de las dificultades que ofrece la estructuración coherente de la narración de los acontecimientos medievales. Otro tanto ocurre, por ejemplo, con los avatares de Bizancio, en todo momento vinculados a otras muchas cuestiones: los reinos latinos de Outremer, el enfrentamiento entre mamelucos, ilkánidas y tártaros, los intereses comerciales de las repúblicas italianas, las invasiones de pueblos de las estepas en los Balcanes, la pugna por el imperio con las potencias occidentales, la

tensión religiosa entre Constantinopla y Roma… De nuevo, son solo dos ejemplos entre los muchos posibles.

Por ello, creo que no es de extrañar que uno de los grandes miedos que me ha asaltado al escribir este libro ha sido que su hilo conductor resultara imposible de seguir para el lector. Al respecto, lo único que puedo decir en mi descargo es que he dedicado mucho tiempo a tratar de diseñar una estructura de capítulos y de flujo de acontecimientos que resultara lo más comprensible posible. Dudo de haberlo conseguido, pero no he sido capaz de hacerlo mejor. Es lo único que puedo decir con honradez intelectual.

El volumen que el lector tiene entre sus manos es el segundo de lo que aspira a ser un recorrido por la historia de las relaciones internacionales desde el comienzo de las organizaciones socio-políticas humanas hasta lo más cerca del presente que sea posible llegar cumpliendo con las condiciones críticas exigibles a una obra académica. Sobre este proyecto, y algunas otras consideraciones generales sobre la materia de la que se ocupa, escribí por extenso en la presentación al primer trabajo de la serie, *…Y lo llamarán paz. Visión jurídico-institucional de las relaciones internacionales en la Antigüedad*, por lo que remito al lector interesado a sus páginas, que, de no tener a su alcance en soporte físico, puede consultar on-line en el siguiente enlace:

https://www.academia.edu/36269035/Y_LO_LLAMAR%C3%81N_PAZ_VISI%C3%93N_JUR%C3%8DDICO-INSTITUCIONAL_DE_LAS_RELACIONES_INTERNACIONALES_EN_LA

Creo necesaria una aclaración, la misma que ya presenté en *…Y lo llamarán paz*, sobre el criterio seguido para la ortografía del término “estado”, debido a los problemas y dudas que me ha suscitado a lo largo de la elaboración de estas páginas. He optado por usar la minúscula

cuando ha sido usado como sinónimo de país, potencia, reino, actor internacional, etc., y he usado la mayúscula cuando se ha hecho referencia al Estado, como la entidad abstracta que rige los destinos de una colectividad a través de una forma concreta de organización socio-política, con características propias y específicas y diferenciada de otras formas de organización socio-política, como pudieran ser la tribu, la banda o la sociedad de jefatura.

En nuestra cultura popular la Edad Media es una suerte de periodo maldito, un reinado de oscuridad -o de penumbra en el mejor de los casos- en el que la Humanidad penó los errores de la Antigüedad para salir de su crisálida en la Modernidad. Incluso conceptualmente hemos negado a ese milenio una naturaleza propia y nos hemos limitado a definirlo, como acertadamente me hizo ver ese gran medievalista que es Federico Gallegos, como aquello que está en medio, casi como si estorbara, los siglos comprendidos entre Antigüedad y Modernidad, meramente un vacío que separa dos puntos de interés, el descanso entre los actos de la escenificación de la gran obra humana. Se muestra como una suerte de invierno de la civilización, en lo que todo desaparece, queda sepultado o hiberna, a la espera de tiempos mejores, de un resurgir que tardó mil años en llegar.

Después de un año sumergido en ella, la percepción que me queda es que el Medievo es tan inmenso que, ante las dimensiones del bosque, en ocasiones nuestro ojo o nuestra mente solo son capaces de ver el árbol. Pongamos por caso la historia de Bizancio, el imperio romano de Oriente. Sus mil años de existencia dan forma al mayor asedio de la Historia, del que 1453 solo es el epílogo, una versión magna y real de tantas ficciones; Bizancio, en su escala de siglos, hace palidecer en capacidad de fascinación a *Asalto a la comisaría del Distrito 13*, *Río Bravo*, *El desierto de los tártaros* o *El Álamo*. O hablemos de la doncella de Dómremy, una campesina analfabeta que convenció al Delfín de Francia para que le entregara un ejército y con esa hueste recuperó un reino perdido antes de que sus cenizas fueran aventadas al viento en la hoguera de Rouen, con tan solo diecinueve

años de edad. Y qué decir del hijo de un caudillo tribal asesinado, vendido como esclavo, que se sobrepuso a sus circunstancias para construir el mayor imperio que ha conocido el mundo. No, no hablo de la era de Hiboria y de las andanzas del Conan el Cimmerio, sino de Temujin, al que el *keraltai* mongol eligió como gran khan en 1210, adoptando entonces el nombre de Genghis Khan.

La Edad Media es mucho más que el relleno entre la Antigüedad y la Modernidad. Es otra baldosa amarilla y, como cada piedra que empavesa la calzada que recorre el historiador hacia su particular Ciudad Esmeralda, es fascinante. Oscura en ocasiones, desoladora a menudo, trágica siempre. Pero fascinante. A veces se intuyen los trucos y palancas del hombre tras la cortina, pero en ningún otro periodo histórico se encuentra el historiador tan cerca de creer que, si cierra los ojos y alarga un poco la mano, podrá rozar cierta forma de magia que chisporrotea como fuego de San Telmo en los recovecos de la Historia, un resplandor que el ser humano hace brillar en la noche más profunda, como la llama de Udûn que Gandalf esgrimió frente a la Oscuridad de Moria. Porque eso es la Historia: el relato de la luz que brilla en la oscuridad, una sucesión de prodigios que casi siempre podemos explicar y diseccionar cuando miramos tras la cortina en archivos, bibliotecas y yacimientos. Casi siempre.

Recordad a Juana.

Recordad a Temujin.

Y sí, pocas veces la oscuridad ha sido más densa que en el Medievo. Por ello, pocas veces la luz del ser humano ha brillado con más fuerza que en la Edad Media.

CAPÍTULO I:

EL IMPERIO SE VA AL ESTE

1.- El imperio de Oriente

El comienzo del Medievo está marcado por la culminación, en el tercer cuarto del siglo V, de la caída del imperio romano de Occidente y su sustitución por una constelación de reinos, creados por pueblos de origen germánico, a lo largo y ancho de Occidente[2]. En el momento en que el imperio romano dejó de existir como una entidad política unida, el continente europeo quedó dividido en actores que seguían tres modelos. El primero eran sociedades pre-estatales, de carácter tribal o de jefatura, que aún no habían llegado a formar Estados propiamente dichos. Estas culturas habían quedado fuera de los límites del imperio romano durante la Edad Antigua y ello motivó que mantuvieran formas pre-estatales de organización al comienzo del Medievo. Fue el caso de

[2] GANSHOF, F. L., "La Edad Media", en RENOUVIN, P., *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid, 1990, Vol. I, p. 7. El presente trabajo retoma la historia de las relaciones internacionales en el punto en que las dejó MARTÍNEZ PEÑAS, L., *...Y lo llamarán paz. Visión jurídico-institucional de las relaciones internacionales en la Antigüedad*. Valladolid, 2018.

buena parte de Escandinavia, la península de Jutlandia, Irlanda, el sur de Rusia y el norte de Gran Bretaña. Poco a poco, el tribalismo y el caudillaje fueron retrocediendo y, para el año 1000, habían quedado confinados a las áreas periféricas del continente; incluso allí, gradualmente, las fórmulas estatales terminaron por imponerse[3].

El segundo modelo de comunidad política eran Estados débiles, donde los lazos privados cobraron cada vez más fuerza respecto de los lazos públicos, situados en un punto intermedio entre las ciudades-estados y los imperios[4]. Este fue el caso de la mayor parte de los Estados que crearon los pueblos germanos sobre el solar de lo que había sido el imperio de Roma. Se trataba de Estados débiles, con primacía de los vínculos privados entre hombres sobre los vínculos públicos que conectaban al individuo con el Estado del que formaba parte, un modelo que terminó dando lugar a lo que se ha dado en denominar monarquías feudales: los reinos francos, los reinos anglosajones, la Hispania visigoda, el reino lombardo, el reino burgundio, etc…[5].

Por úlitmo, el tercer modelo de Estado existente al comienzo de la Edad Media en Europa eran los Estados centralizados de índole imperial, una categoría formada, en la práctica, por un único exponente: Bizancio, el imperio romano de Oriente.

Mientras las diversas oleadas de pueblos germánicos arrollaron el *limes* occidental y descompusieron cualquier atisbo de gobierno centralizado en la mitad occidental del imperio romano, en la parte oriental, menos afectada por las invasiones[6], la situación fue diferente.

[3] BARFIELD, T. J., "Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006, p. 167.
[4] HARDING, A., *Medieval law and the fundations of State*. Nueva York, 2001, p. 10.
[5] WICKHAM, CH., *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400–800*. Oxford, 2005, p. 56.
[6] GANSHOF, "La Edad Media", p. 10.

Sin duda, poco pudo imaginar Constantino que la ciudad cuyos límites marcó el 8 de noviembre del 324 sobre un descampado próximo al lugar donde acababa de derrotar a Licinio[7], su rival en la lucha por el trono, se convertiría en el centro de un poder que sobreviviría en casi un milenio al imperio que le dio vida[8].

Los emperadores de Bizancio -que utilizaban los títulos de *basileus*, o rey de reyes, y *autocrator*, o gobernante único[9]- fueron capaces de mantener en funcionamiento el aparato del Estado en Oriente mientras en Occidente se desmoronaba. Al tiempo que Roma se sumía en el caos y Rómulo Augústulo era depuesto, los emperadores bizantinos controlaban un ejército de 650.00 hombres y una administración de la que formaban parte 40.000 funcionarios civiles[10], lo cual era posible porque los *basileus* fueron capaces de hacer que el sistema recaudatorio y la estructura económica de la que drenaban los recursos siguieran siendo funcionales pese a las adversas circunstancias, permitiendo que Bizancio fuera la continuación legal y política de Roma[11].

Las provincias orientales eran las más ricas del imperio, producían más bienes y disponían de excedentes que generaban ingresos a través del comercio, lo que permitió mantener el nivel de gasto de la administración y el ejército, mientras esa capacidad se

[7] NICOL, D. M., "Byzantine political thought", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008, p. 52.

[8] Este término solo comenzó a usarse tras la caída de Roma; hasta entonces, se mantuvo la denominación habitual de "imperio de Oriente", en referencia a que se trataba de la mitad occidental del imperio romano (BURBANK, J., y COOPER, F., *Imperios*. Barcelona, 2010. p. 96).

[9] GEANAKOPLOS, D. J., *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*. Toronto, 1968, p. 128.

[10] BURBANK, y COOPER, *Imperios*, p. 100.

[11] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 16

desmoronaba en Occidente[12]. Las convulsiones internas y las invasiones germánicas devastaban la Galia, Italia e Hispania, pero las provincias de Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto, bajo control de Constantinopla, se mantuvieron en relativa calma[13]. En ese proceso fueron claves las reformas de la acuñación de moneda que el emperador Anastasio acometió en los últimos años del siglo V y los primeros del siglo VI, estableciendo una proporción fija entre las monedas en circulación, de manera que el oro, la plata y el cobre fluyeran en proporciones previamente fijadas desde el palacio imperial, estabilizando la economía bizantina[14].

Por último, un factor geográfico contribuyó a salvar Oriente mientras Occidente se desmoronaba: el Bósforo, una franja de agua de tan solo setecientos metros de anchura, pero que, guardado por las imponentes murallas de Constantinopla, fue suficiente para mantener a salvo las provincias de Asia, granero de alimentos, riquezas y hombres para Bizancio, mientras Roma no disponía de una barrera natural similar que salvaguardara el corazón de sus dominios de los invasores. Estas provincias asiáticas, durante el periodo crítico de finales del siglo IV y todo el siglo V, tampoco fueron amenazadas desde el este por los partos, en parte por los propios problemas del imperio persa y en parte por una hábil gestión de la diplomacia bizantina en aquella zona, con medidas como la colaboración entre ambos imperios para que Persia pudiera mantener bajo control las Puertas del Caspio, la ruta a través del Caúcaso seguida tradicionalmente por las invasiones nómadas procedentes de las estepas. La paz exterior fue completada por más de un siglo de paz interior y ausencia de guerras civiles, lo que acentuó aún más la diferencia entre Bizancio y Roma[15].

---

[12] POUNDS, N. J. G., *Historia económica de la Europa Medieval*. Barcelona, 1981, p. 11.

[13] FRANKOPAN, P., *El corazón del mundo*. Madrid, 2016, p. 64.

[14] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 66.

[15] WARD-PERKINS, B., *The fall of Rome and the end of the civilization*. Oxford, 2005, pp. 60-61.

De este modo, desde la caída de Roma en el oeste hasta el surgimiento del imperio árabe, en el siglo VII, el imperio bizantino, es en esencia, una continuación del romano, manteniendo sus posesiones en Oriente y afrontando los mismos problemas y desafíos que había afrontado Roma[16]. De hecho, para parte de la historiografía bizantina, la caída de Roma produjo la *traslatio imperii*, es decir, el traslado de la dignidad imperial del emperador occidental al *basileus* o emperador de Bizancio[17], reforzada por el hecho de que, en el 476, Odoacro envió a Constantinopla las insignias imperiales, simbolizando la eliminación del imperio en Occidente; la previvencia de esta idea tuvo su reflejo en el hecho de que cuando Zenón devolvió a Occidente las insignias, entregándoselas a Teodorico, rey de los ostrogodos, retuvo en Oriente el manto púrpura, símbolo de la condición imperial.

La noción de imperio es consustancial a Bizancio, que se vio a sí mismo no como un imperio, sino como el imperio[18]. La idea misma de imperio bizantino es una construcción posterior, atribuible a la historiografía francesa del siglo XVI, y los gobernantes de Constantinopla nunca pensaron que la entidad que gobernaban fuera algo diferente al imperio romano de Oriente[19].

Pese a sus evidentes ventajas sobre su hermano imperial occidental, la posición de Bizancio distaba de ser envidiable. A lo largo de sus mil años de existencia, el imperio bizantino estuvo rodeado de enemigos. En el este, de forma sucesiva, hubo de resistir las presiones

[16] RUNCIMAN, S., "Byzantine Trade and Industry", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008, p. 132.
[17] Esta construcción surgió para refutar el derecho de Otón I a coronarse emperador en el Sacro Imperio (NICOL, "Byzantine political thought", p. 59).
[18] NICOL, D. M., *Byzantium and Venice. A study in diplomatic and cultural relations*. Nueva York, 1988, p. VII.
[19] HALDON, J. F., "The Byzantine Empire", en MORRIS, I., y SCHEIDEL, W., (eds.), *The dynamics of the ancient empires. State power from Assyria to Byzantium*. Oxford, 2009, p. 208.

de sasánidas, omeyas, abasíes, sejúcidas y otomanos. En el norte, a través de los Balcanes, resistió los embates de ávaros, jázaros, eslavos, pechenegos, búlgaros, magiares e incluso de los príncipes ruríkidas de Kiev[20]. En el oeste, sus enemigos fueron los ostrogodos, lombardos, los francos, los normandos y los sarracenos de Sicilia[21]. A medida que discurrían los siglos, nuevos rivales sustituyeron a los antiguos, como el despotado serbio en los Balcanes o las repúblicas comerciales italianas en el Mediterráneo[22].

Uno de los grandes problemas de Bizancio eran sus largas y expuestas fronteras, que se extendían a lo largo de tres continentes -Europa, Asia y África-, cada uno de los cuales contenía un tercio casi exacto de los territorios del imperio. Los límites de la parte europea eran las provincias de Moesia y Praevalitania, las actuales Serbia y Albania, e incluía Grecia, la costa del mar Negro, Bulgaria, Macedonia, Chipre y Tracia. En Asia, los dominios bizantinos abarcaban la península de Anatolia, Siria, Palestina y las provincias de Mesopotamia y Osroene, que ocupaba la franja norte del actual Irak. En África, el Egipto bizantino remontaba el curso del Nilo hasta Tebas, e incluía las provincias de Libia Superior y Libia Inferior, la antigua Cirenaica romana.

El problema no terminaba en el hecho de que las fronteras bizantinas fueran extensas, sino en que, al otro lado de las mismas, existían actores potencialmente hostiles. A lo largo de más de seiscientos kilómetros, desde el Cáucaso al Eúfrates, la frontera asiática era compartida con los poderosos persas sasánidas, una potencia que había sido un desafío para el imperio romano cuando se encontraba

[20] De entre todos ellos, los eslavos constituían el elemento discordante, ya que su origen no estaba, como en el caso de todos los anteriores, en las estepas asiáticas, sino que procedían del este de Europa (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 386).
[21] HALDON, "The Byzantine Empire", p. 211.
[22] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 129.

unido, por lo que su peligrosidad para la mitad oriental del mismo era aún mayor. En la frontera europea la situación también era preocupante, ya que Bizancio tenía que defender la frontera del Danubio de las tribus de las estepas: hunos, ávaros, búlgaros, magiares, pechenegos y por último cumanos. Bizancio carecía de un territorio interior alejado de las fronteras y protegido de incursiones e invasiones, lo que le impedía plantear estrategias basadas en la profundidad estratégica: salvo algunas partes de Egipto y Libia, el resto de sus dominios estaba demasiado cerca de las fronteras enemigas[23].

Algunas circunstancias acudieron en ayuda de los bizantinos. En el siglo V, la frontera occidental de la Persia sasánida limitaba con los dominios de Bizancio, pero su frontera oriental lindaba con el imperio kushán, que se extendía por el espacio de Asia Central comprendido entre los ríos Oxus y Jaxartes. Los kushán no fueron una amenaza para los persas, lo que permitió a estos concentrar su diplomacia y su poder militar en el conflicto secular primero con Roma y después con los bizantinos. Sin embargo, en el año 425, una oleada de invasiones protagonizadas por los heftalitas, un pueblo nómada procedente de Asia Central, a quienes los bizantinos dieron en llamar hunos blancos, destruyó el imperio kushán, llegando hasta las fronteras sasánidas. A diferencia de los kushán, los heftalitas, que fueron capaces de extender sus dominios entre el Caspio y el Indo, no fueron un vecino cómodo para los persas. Los heftalitas invadieron Persia en el 427, pero fueron rechazados. En el año 450, el rey sasánida Yazdegerd II les repelió de nuevo; pero los hunos blancos volvieron a caer sobre Persia en 483, consiguiendo esta vez varios triunfos sobre las fuerzas sasánidas. La frontera oriental persa se convirtió en una zona de guerra o, al menos, constantemente amenazada por los hunos blancos durante décadas, y mermó la capacidad de los sasánidas para interferir en los asuntos de su frontera occidental, lo que dio un respiro a Bizancio.

[23] LUTTWAK, E., *The grand strategy of the Byzantine empire*. Londres, 2009., pp. 10-11.

Cuando la amenaza heftalita se difuminó, la guerra volvió a los dominios asiáticos de Bizancio, pero el imperio había ganado un tiempo precioso que marcó la diferencia entre sumirse en el caos que había anegado Occidente y pervivir. Años de nuevos conflictos entre persas y bizantinos llegaron a su fin con el tratado de paz del año 532, al que se denominó la Paz sin Final[24] y que el emperador bizantino Justiniano firmó con la única intención de calmar su frontera oriental para acometer su gran proyecto: la recuperación de las posesiones que antaño fueran romanas en Occidente[25], ya que, aunque muchas de ellas se habían perdido más de un siglo atrás, los bizantinos habían mantenido vivo en su ideario político el *iura imperi*, o derecho al imperio, la noción de que Bizancio y los dominios perdidos en el Oeste formaban parte del mismo imperio, y que, por tanto, el emperador tenía el derecho a reclamarlos y gobernarlos, derecho al que nunca había renunciado[26] y que dio lugar al llamado universalismo, es decir, la idea que Bizancio debía recuperar el dominio total de las tierras que fueron

[24] Como tantas otras, esta paz no hizo honor a su nombre. En el 540, aprovechando que el ejército bizantino estaba sumido en la guerra en Occidente, los persas reanudaron las hostilidades, arrasando Antioquia e invadiendo las provincias orientales del imperio bizantino, con el foco principal puesto en el control de Lazica, la moderna Georgia. El nuevo conflicto, con el único paréntesis de una tregua de seis años iniciada en el 545, se alargaría hasta después de la muerte de Justiniano, sin lograrse una paz permanente hasta el año 561 (EVANS, J. A., *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*. Londres, 2005, p. 13).

[25] BURY, J. B., *History of the later Roman empire*. Nueva York, 1923, 2 vols; vol. II, p. 581. Evans, por el contrario, no tiene claro que, en aquel momento temprano de su reinado, Justiniano albergara ya un verdadero proyecto de expansión hacia Occidente, más aún cuando en el año anterior la sublevación Nika había estado a punto de costarle tanto el trono como la vida (EVANS, *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*, p. xxv).

[26] Para Evans, Justiniano es la figura que domina la historia del siglo VI (EVANS, *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*, p. xiii), tanto por la duración de su reinado como por el impacto de sus medidas políticas y jurídicas.

romanas[27]. Desde la perspectiva justinianea, que exigía paz en el este para volcar los recursos imperiales en el oeste, se explican las concesiones efectuadas a Persia en la Paz Sin Final, como la conversión del reino caucásico de Iberia en un protectorado sasánida o el pago en metálico de un importante tributo al Gran Rey a cambio de que sus fuerzas guardaran las Puertas del Caspio de cualquier incursión hostil por parte de las tribus de las estepas[28].

2.- El sueño del imperio occidental

Para Justiniano, al que uno de sus cortesanos definió como "el emperador que nunca duerme"[29], el primer paso en la recuperación del imperio occidental debía ser la recuperación de las provincias africanas, dominadas por el reino vándalo creado en el siglo V después de que los visigodos arrojaran de Hispania a los vándalos y estos, marchando a África, tomaran Cartago en el año 439[30]. Hasta el año 530, los vándalos, gobernados por Hilderico, habían sido aliados de Bizancio, pero en esa fecha fue depuesto por otro caudillo vándalo, Gelimer, hostil a Constantinopla.

La idea de la conquista del África vándala encontró fuerte oposición en una parte importante de la nobleza bizantina, que consideraba irrealizables las ambiciones del *basileus*, dada la debilidad de sus fuerzas navales. El desastre de una expedición anterior,

[27] CHRYSOS, E., "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992, p. 25.
[28] PREVITÉ-ORTON, C. W., *The shorter Cambridge Medieval History*. Cambridge, 1966, vol. I., p. 192.
[29] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 185.
[30] El número de vándalos que cruzaron de Hispania a África ha sido cifrado por algunos autores en 80.000 (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 51).

organizada por el emperador León, y el recuerdo de las temibles incursiones vándalas bajo el liderazgo de Geiserico avivaron la oposición al proyecto. Pero, pese a la exposición que de estos argumentos realizó el prefecto imperial, Juan de Capadocia, el *basileus*, con el incondicional apoyo de la Iglesia, que veía en las ambiciones de Justiniano un modo de liberar a los cristianos de África del yugo de los vándalos arrianos, insistió en organizar una campaña para reconquistar el África romana.

La expedición a África fue la mayor operación naval de la historia bizantina, ya que implicó el uso de quinientas naves de transporte escoltadas por noventa y dos galeras, lo que supuso que más de 30.000 marineros y remeros tomaron parte en el traslado de los 10.000 infantes y alrededor de ocho mil jinetes, en su mayor parte catafractos, es decir, caballería pesada. La magnitud de los medios necesarios para transportar una fuerza de este tamaño, que distaba de ser colosal, da idea de las dificultades que comportaba el transporte marítimo de fuerzas de combate en el periodo altomedieval[31]. Al frente de los 18.000 hombres, que formaban la expedición, en su mayor parte mercenarios de origen bárbaro[32], se colocó al conde Belisario[33], el mejor general bizantino. Belisario derrotó en septiembre del año 533 al ejército vándalo, formado sobre todo por caballería ligera y dividido por luchas intestinas y sublevaciones internas[34], en Ad Decimun, sobre la piedra miliar que antaño señalara las diez millas romanas de distancia hasta la ciudad de Cártago. Recuperó parte de los dominios

[31] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 62.
[32] PAINTER, S., *A History of the Middel Ages, 284-1500*. Londres, 1964, p. 33.
[33] EVANS, *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*, p. xxv.
[34] Los vándalos utilizaban un sistema sucesorio muy particular para su monarquía: el trono se transmitía dentro de los miembros de una misma generación, hasta que, una vez agotada esta, pasaba a la generacións siguiente. Es decir, se transmitía entre hermanos y solo cuando no quedaba ningún hermano con vida, pasaba a sus sucesores (COLLINS, R., *Early medieval Europe. 300-1000*. Nueva York, 1991, p. 127).

norteafricanos para su emperador al conseguir una segunda victoria, esta vez definitiva, en Tricamarium, en diciembre del mismo año.

El triunfo en África, lejos de saciar las aspiraciones de Justiniano, le llevó a nuevas y más ambiciosas campañas, tratando de aprovechar la caótica situación que se había extendido por los dominios ostrogodos de Italia.

El origen del reino ostrogodo se encontraba en el intento bizantino de recuperar occidente en el año 489, cuando el emperador Zenón envío al oeste al ostrogodo Teodorico el Amalo para que se hiciera con el control de Italia en nombre del *basileus* de Constantinopla, a quien reconocía como señor[35]. Teodorico derrocó a Odoacro, el caudillo hérulo que se había hecho con el poder arrebatándolo de manos del último emperador romano, pero, una vez se vio dueño de Italia, prefirió fundar su propio reino en vez de entregar sus conquistas a los bizantinos. Para ello, el caudillo ostrogodo se lanzó a una política de alianzas matrimoniales que le vinculó con los caudillos vándalos, visigodos, alanos, burgundios y turingios, de forma que el emperador bizantino no pudo encontrar aliados en Occidente para expulsar al ostrogodo de Italia. El propio Teodorico se casó con una sobrina de Clodoveo, rey de los francos, enlace que sirvió para crear un *status quo* en Europa Occidental, hasta que Clodoveo lo hizo saltar en el 506 conquistando las tierras de los alamanes y gran parte de la Galia visigoda[36].

La Italia ostrogoda fue el más avanzado culturalmente de los reinos germánicos, ya que Teodorico había sido rehén en Constantinopla, periodo durante el cual había adquirido una notable cultura de base griega. A su muerte, con más de setenta años, edad avanzada para su tiempo, la rivalidad entre los godos arrianos y los romanos que seguían la línea ortodoxa del cristianismo dinamitó su

[35] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 2.
[36] GANSHOF, "La Edad Media", p. 11.

reino y los conflictos internos fueron constantes en las décadas posteriores[37]. El joven Atanarico, nieto del fundador del reino, accedió al trono bajo la regencia de su madre, Amalasunta. Sin embargo, el joven rey falleció tras un breve reinado repleto de excesos. La regente maniobró para situar en el trono a un primo de Atanarico, a quien pensaba que podría manejar sin problemas, pero despertó la hostilidad de gran parte de la nobleza ostrogoda, el pueblo itálico y parte de los terratenientes, que empezaban a adquirir un poder cada vez mayor. En este escenario de división interna, Justiniano lazó su primera operación contra los ostrogodos, de nuevo bajo el mando de Belisario, conquistando Sicilia en el 535[38], al tiempo que un segundo ejército, al mando de Mundo, sometía Dalmacia[39].

Las fuerzas de Bizancio intervinieron acto seguido en las guerras civiles de los visigodos, en Hispania, logrando recuperar amplias zonas del Levante ibérico[40]. No obstante, la gran ambición bizantina era la península itálica, y contra ella lanzó Belisario a su ejército en el 536. El

[37] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 51.

[38] EVANS, *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*, p. XXV.

[39] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 190.

[40] Respecto a los conflictos civiles visigodos pueden verse GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "El delito de traición en el derecho visigodo", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y PRADO RUBIO, E., (coords.), *Análisis sobre Jurisdicciones Especiales*. Valladolid, 2017, pp. 35-60; y GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "La traición del duque Paulo", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y PRADO RUBIO, E., (coords.), *Especialidad y excepcionalidad como recursos jurídicos.* Valladolid 2017, pp. 9-34. Del mismo autor, y relacionado con el tema, son de gran interés "Las jurisdicciones especiales en el derecho visigodo", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre Jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015, pp. 35-55; y "El Ejército visigodo: el primer ejército español", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y Religión en la Historia de España*. Valladolid, 2011, pp. 15-55.

comienzo de la guerra en Italia coincidió con el inicio del llamado "invierno de los diez años", una alteración climática que provocó graves problemas en todo el imperio, hasta el punto de que se dice que durante una década no hubo verano.

Durante veinte años, las tropas bizantinas se enfrentaron a los ostrogodos, que, pese a la muerte de su caudillo Witiza, lograron seguir cohesionados bajo el mando de un nuevo rey, Totila[41]. La guerra devino en una larga y sangrienta sucesión de batallas, que arruinaron buena parte del país y que solo terminaron tras la victoria de Narsés sobre Totila en Busta Gallorum y sobre Teias -Totila murió en el 552- en la Montaña de Leche, cerca del Vesubio[42], donde el último caudillo ostrogodo encontró la muerte. Una gran porción del territorio itálico fue recuperada y los bizantinos se asentaron sólidamente en el centro y sur de la península, donde la influencia germánica era superficial. La idea de que, tras las conquistas de Justiniano en África, Hispania, el Mediterráneo e Italia el *Mare Nostrum* volvía a ser un lago romano parecía estar al alcance de la mano, pero fue solo un espejismo que se desvaneció bien pronto[43], cuando amplias regiones del norte de la península itálica, las más germanizadas, se perdieron casi de inmediato

[41] Witiza había logrado salvar su reino de la primera acometida lanzada por los bizantinos y sus aliados francos entregando a estos últimos la Provenza, a cambio de que abandonaran la alianza con Bizancio (PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 190).

[42] Uno de los motivos que alargó la guerra fueron las rivalidades entre los grandes generales bizantinos, en especial entre Belisario y el eunuco Narsés. Cada uno dirigía una parte de las fuerzas bizantinas de forma completamente independiente y descoordinada respecto del ejército de su rival. Esta forma ineficaz de conducir la guerra condujo a la pérdida de Milán, donde, según Procopio, los ostrogodos redujeron a la esclavitud a 300.000 personas tras tomar la ciudad (EVANS, *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*, p. XXVI). Sobre estas batallas, PRYOR, J., y JEFFREYS, E. M., *The age of dromon. The Byzantine Navy ca 500-1204*. Leiden, 2006, p. 18.

[43] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 2.

al ser invadidas por los lombardos[44], de modo que la dominación bizantina de Italia solo fue completa durante siete años, los comprendidos entre la caída del último bastión ostrogodo en el 561 y la ocupación de plazas fuertes a lo largo del valle del Po por los lombardos, en el 568[45].

Los lombardos habían sido el ultimo pueblo germánico en asentarse dentro de los límites del imperio romano y los cronistas contemporáneos los consideraban los más fieros de entre todos los germanos. Llegaron a Italia tras haber emigrado desde Escandinavia, de donde eran oriundos, atravesando las llanuras de Panonia. Estaban divididos por violentos conflictos entre clanes y fueron cristianizados por misioneros arrianos alrededor del año 500. Tras conquistar la Italia septentrional, intentaron mantenerse al margen de los romanos, de quienes desconfiaban, pero terminaron siendo arrastrado a la órbita de las políticas bizantinas.

Más que un Estado, el reino lombardo era una suma de principados y ducados semiindependientes[46], que, para el año 600, controlaban más territorio itálico que los bizantinos[47]. La conquista lombarda de Italia septentrional fue, en parte, consecuencia del efecto llamada que el conflicto entre bizantinos y ostrogodos ejerció sobre otros pueblos germánicos. Así, en el 539, los francos aprovecharon el caos creado por la guerra para asentarse en torno a Milán y Venecia, con la intención de crear un reino itálico, y no pudieron ser desalojados de sus posiciones al sur de los Alpes hasta pasada una década y media. Caudillos lombardos se desplazaron más al sur, de forma independiente,

[44] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 193.
[45] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 38.
[46] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, pp. 63-65.
[47] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 38.

y crearon los ducados de Benevento y Spoletto, que se constituirían en entidades políticas semiindependientes[48].

Por ello, a finales del siglo VI, la península itálica estaba dividida en dos áreas de influencia: una primera, lombarda, que incluía el reino lombardo propiamente dicho, ubicado en el norte y con capital en Pavía, y los ducados de Spoleto y Benevento, independientes pero gobernados por dinastías lombardas, más al sur; y un segundo área de influencia en manos de los bizantinos, en las zonas costeras levemente conectadas y que incluían los principales centros urbanos de la Península, como Roma, Nápoles o Rávena[49].

Los triunfos bizantinos en el oeste se compraron con concesiones a Persia en el este[50]. Los sasánidas, conscientes de que las fuerzas bizantinas estaban atrapadas en las campañas de Italia, rompieron la Paz Sin Final en el año 540, lanzando un devastador ataque que arrasó Antioquía, la segunda capital del imperio bizantino. Solo la llegada de la peste en el 543 detuvo a los persas y llevó a una tregua en Oriente, salvo en los límites de Lázica, donde la guerra prosiguió. Tras más de dos décadas de conflicto, en el 561 se firmó una paz por cincuenta años, por la que Bizancio mantuvo Lázica y expulsó a los persas de la orilla del mar Negro, pero a cambio de pagar un tributo anual de 30.000 piezas de oro y de comprometerse a poner fin al apoyo bizantino a la expansión del cristianismo dentro el imperio sasánida[51].

[48] COLLINS, *Early medieval Europe*, p. 132.
[49] WICKHAM, *Framing the Early Middle Ages*, p. 35.
[50] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 130.
[51] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 193.

3.- El gobierno de Justiniano

Historiadores bizantinos como Agatías criticaron duramente el cambio de estrategia de Justiniano en la última década de su reinado, cuando la fuerza dejó de ser el instrumento principal de su política exterior y se lanzó a una serie de maniobras principalmente diplomáticas para combatir a sus enemigos. Como señala Frankopan:

> "Durante la primera parte del reinado de Justiniano (527-565), el imperio había conseguido una serie de triunfos impresionantes que le permitieron recuperar las provincias del norte de África y hacer progresos significativos en Italia. El uso de la fuerza de forma acertada y sensata estuvo acompañado de esfuerzos deliberados por mantener la flexibilidad necesaria para lidiar con los problemas que podían estallar en cualquier momento en sus extensas fronteras, incluida la de Oriente. Lograr ese equilibrio se hizo cada vez más difícil durante la segunda parte de su reinado, pues la escasez de efectivos, las campañas militares sin resultados concluyentes y el aumento de los costes fueron sangrando un tesoro que ya estaba bastante mermado"[52].

Utilizando el clásico adagio romano de *divide et impera*, Bizancio trató de volver a sus enemigos unos contra otros y, al fracasar, debió de comprar la paz pagando con oro enormes sobornos a los líderes extranjeros, lo que, según Agatías, fue la causa de la ruina imperial[53]. Sin embargo, los éxitos de la diplomacia justinianea fueron más notables que sus fracasos. La política exterior del emperador fue extraordinariamente activa. Sus enviados buscaron sin descanso modos de extender la influencia de Bizancio más allá de sus fronteras, mantener vinculados a Constantinopla a los reinos clientes y buscar nuevos aliados y, aunque la diplomacia bizantina implementó pocos

[52] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 75.
[53] CHRYSOS, "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", p. 27.

métodos nuevos durante el reinado de Justiniano, intensificó el uso de los ya conocidos.

Los hijos de las élites de los estados clientes eran educados en la Corte bizantina y se procuraba prepararles matrimonios con mujeres de la aristocracia imperial, a fin de crear lazos de sangre, y no solo de interés político, entre Bizancio y sus aliados[54]. Por la misma razón, se buscaba la conversión al cristianismo de estas élites, ya que, dada la estrecha relación entre Estado e Iglesia, el bautismo constituía por sí mismo un acto que vinculaba al converso no solo con Cristo, sino también con el *basileus*, en cuanto protector de la Iglesia. Un ejemplo del éxito de estas políticas fue la conversión del khan de los búlgaros Boris I, que abrió un periodo de tranquilidad en las relaciones de Bizancio con este belicoso vecino[55]. Se fomentaban las visitas de los reyes extranjeros, especialmente de los caudillos tribales de los reinos considerados bárbaros, a fin de impresionarlos con el lujo de los palacios, la pompa de la Corte y el boato de las ceremonias. De este modo, la Corte ejercía un poderoso atractivo sobre los líderes extranjeros, como núcleo político, económico, social y legislativo del imperio[56]. También se siguió un programa sistemático para que los mercaderes y los misioneros bizantinos operaran más allá de las fronteras, extendiendo una tupida red de vínculos económicos y religiosos que conectaban a las potencias vecinas con Constantinopla, en una maraña de intereses mutuos. El uso de los misioneros llegó a ser tan intenso que Haldon habla de "imperialismo cultural" bizantino a través de la expansión intencionada del cristianismo, en particular en los Balcanes[57]. La religión nunca dejó de ocupar un lugar determinante en la política exterior de un imperio cuyos vecinos orientales eran

[54] Esta práctica fue en aumento a partir del año 1000 (SHEPARD, J., "Marriages towards the millennium", en MAGDALINO, P., (Ed.), *Byzantium in the year 1000*. Leiden, 2003, p. 1).
[55] PRYOR, J., y JEFFREYS, E. M., *The age of dromon. The Byzantine Navy ca 500-1204*. Leiden, 2006, p. 51.
[56] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 93.
[57] HALDON, "The Byzantine Empire", p. 236.

musulmanes, los occidentales cristianos latinos y los del norte, por lo menos en un primer momento, paganos o, en algunos casos, cristianso arrianos[58]. De hecho, autores como Eickhoff consideran que la expansión del cristianismo fue la motivación que guió el conjunto de la política exterior de Bizancio[59].

El comercio internacional fue otro de los grandes intereses de Justiniano, que lo utilizó como arma para debilitar a los sasánidas. La mayor parte del comercio mediterráneo estaba en manos de los súbditos judíos, griegos y sirios del emperador[60], con comunidades mercantiles sólidamente asentadas en el Norte de África, Sicilia, Nápoles, Marsella y otros puertos, que extendían sus redes y acciones hacia el interior, hasta el punto de que no era rara la presencia de comerciantes bizantinos en las ciudades interiores de la Galia. A lo largo y ancho del mundo mediterráneo, los nomismas bizantinos -conocidos fuera del imperio como besantes de oro- eran la moneda que regía los intercambios comerciales

Bizancio trató de extender su influencia al mar Rojo, a través del comercio, donde, hasta el siglo tercero, las operaciones con la India, Arabia y Oriente habían sido llevadas a cabo por comerciantes independientes en sus propios navíos. Más tarde, las grandes redes de intermediarios se hicieron con el control de las rutas, que quedaron en manos de los abisinios, los himaritas del Yemen y los grandes enemigos de Bizancio, los persas sasánidas, lo cual explica el interés geoestratégico que, para el emperador, tenía el comercio de larga distancia en el mar Rojo y el Índico. Pese a los esfuerzos de Justiniano, la mejor organización y posición de los persas en lo que para ellos era

[58] OIKONOMIDES, N., "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, p. 75.
[59] EICKHOFF, E., *Macht und Sendung. Byzantinische Weltpolitik*. Stugartt, 1985, p. 25.
[60] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 136

la cabecera de su particular ruta de la seda, los mercados de Ceilán, frustró el intento bizantino de romper su monopolio sobre dicho producto, para lo cual Bizancio había fraguado una alianza con los intermediarios abisinios del mar Rojo. Pese a ello, todos los intentos de circunvalar a Persia por el sur resultaron infructuosos, ya que, uno tras otro, los intermediarios abisinios en los que dicha política se basaba fueron cayendo dentro de la esfera de influencia sasánida. Más suerte hubo con las rutas que evitaban Persia por el norte, a través de Asia Central, ya que la aparición del fuerte poder de los turcos azules en las estepas permitió algunos éxitos[61].

El emperador, o *basileus*, era la autoridad única y absoluta, pero para gobernar su imperio contaba con la ayuda de un consejo asesor, el *consistorium*, que había reemplazado al *concilium principis* propio del periodo imperial romano. El *consistorium* estaba formado por cinco funcionarios de alto rango, en ocasiones senadores, si bien la asamblea en sí tenía poco papel en la dirección de la política y la diplomacia, y sus funciones habían evolucionado hasta ser netamente jurídicas, participando en la elaboración de las leyes y ejerciendo de tribunal último del imperio. De los miembros del *consistorium*, el más importante era el maestro de los oficios, que se situaba al frente del aparato civil de la administración, lo que incluía a los funcionarios vinculados a la gestión de asuntos internacionales[62]. En conjunto, la burocracia administrativa bizantina era compleja y extremadamente costosa, pero también de una eficacia notable[63].

Junto con la fuerza de sus ejércitos y la maquinaria diplomática imperial, el tercer arma que utilizó Justiniano en su proyecto de recuperación del imperio fue el Derecho, quizá el mayor legado de

[61] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 199.
[62] EVANS, *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*, pp. 3-4.
[63] PAINTER, *A History of the Middel Ages, 284-1500*, p. 41.

Roma al mundo posterior[64]. El derecho romano había seguido en vigor en Bizancio y, en una tarea de enorme ambición, Justiniano ordenó la compilación de los escritos de treinta y nueve juristas romanos clásicos -si bien alrededor de un tercio del volumen total provenía de Ulpiano y una sexta parte de Paulo-, para formar el *Digesto*, una obra que se estructuraba en libros divididos, a su vez, en capítulos, cada uno de los cuales se ocupaba de una materia legal. El emperador encargó a los compiladores no solo la reunión de los textos, sino también una labor de sistematización, de forma que no hubiera repeticiones, contradicciones y de que no se incluyeran leyes obsoletas. Para cumplir estos fines, autorizó a los compiladores -una comisión de dieciséis juristas encabezados por Triboniano- a realizar alteraciones en los textos originales, a través de la *emblemata Triboniani*, lo que dio lugar a lo que los historiadores modernos denominan interpolaciones: fragmentos añadidos o modificados por los compiladores a los textos clásicos. Dado que, a la hora de ser estudiado, el *Digesto* demostró ser demasiado complejo, se le añadió una segunda obra, las *Instituciones*, un texto dividido en cuatro libros que funcionaba a modo de guía introductoria, y cuyos contenidos se basaban, en gran medida, en la obra de Gayo. Una tercera parte, el *Código*, fue una recopilación de constituciones imperiales, con gran peso del Código Teodosiano, pero incluyendo normativa tanto anterior como posterior[65].

El *Digesto* fue uno de los instrumentos principales mediante los que la cultura jurídica de la Antigüedad clásica pervivió a lo largo del medievo, siendo, con mucha diferencia, la más perdurable de cuantas obras acometió Justiniano a lo largo de su vida.

[64] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 15.
[65] CHADWICK, H., "Christian doctrine", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008, pp. 42-43.

Todos estos esfuerzos militares, administrativos y jurídicos eran sostenidos mediante un sistema fiscal basado en la *capitatio-iugatio*, un tributo sobre la propiedad que dejaba sin grabar las tierras que no estuvieran siendo explotadas económicamente a través de la agricultura o la ganadería, ya que establecía la cantidad de impuestos a pagar por cada área en función de su fuerza productiva, su fuerza laboral, el tipo de actividad económica que se desarrollaba en la zona, etc. Las cuotas impuestas a cada zona se revisaban y actualizaban cíclicamente, al principio cada cinco años y más tarde cada quince. El sistema fue reformado a lo largo de los siglos VII y VIII, repartiendo la carga entre todos los habitantes de cada área, de modo que la comunidad era la responsable de abonarlos y la parte que un ciudadano dejaba de satisfacer debía ser compensada por el resto, lo que convertía al conjunto de la población en parte activa de la lucha contra el fraude fiscal. A este sistema se le añadió un impuesto sobre la tierra, denominado *kanon*, y un impuesto directo a satisfacer por cada familia, el *kapnikon*. La combinación de *capitatio-iugatio*, *kanon* y *kapnikon* dio lugar a uno de los sistemas tributarios más complejos y efectivos del mundo medieval[66].

El reinado de Justiniano representa el punto más alto de las ambiciones estratégicas de la política exterior bizantina, cuando aún se aspiraba a recuperar el dominio universal de los territorios que otrora fueran romanos. De ahí en adelante, la políta exterior bizantina sufrió un proceso de contracción constante en cuánto a sus objetivos. De aspirar a la *restauratio imperii* se pasó a la defensa de las fronteras del territorio ya dominado, una gran extensión que abarcaba desde las Puertas Heracleas en el oeste al río Tigris en el este; pero incluso esta expectativa hubo de ser abandonada con el tiempo, de modo que la diplomacia bizantina se concentró a lo largo de los últimos siglos de la Edad Media en mantener el control sobre un núcleo territorial cada vez más reducido[67].

[66] HALDON, "The Byzantine Empire", pp. 225-227.
[67] CHRYSOS, "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", p. 28.

4.- Las últimas guerras persas

La rivalidad entre Persia y Bizancio es la cuestión central del Oriente Próximo preislámico. Además de las grandes guerras que se disputaron del año 502 al 505, del 527 al 532 y del 540 al 562, hubo constantes conflictos entre las fuerzas locales afines a cada imperio en Armenia y entre los clientes árabes de cada superpotencia, de tal modo que "incluso en los momentos de aparente paz, la atmósfera diplomática era de tensión, sospecha y desconfianza"[68].

En el año 562, los dos ojos del mundo, como el historiador bizantino Teofilacto Simocates se había referido a Bizancio y Persia[69], concluyeron un gran tratado de paz, para poner fin a otra larga guerra entre "las dos superpotencias"[70]. Los persas se comprometían a impedir que tribus belicosas y potencialmente hostiles, como los alanos y los hunos, cruzaran los pasos del Cáucaso, bajo su control, para efectuar incursiones en las provincias bizantinas. Ambas partes se comprometían a obligar a sus aliados sarracenos -denominación que agrupaba a las tribus árabes y beduinas, en esencia nómadas, que combatían al servicio de ambos bandos, la mayor parte de las veces atraídas por las promesas de botín- a respetar los términos del tratado. Se autorizaba a que los diplomáticos bizantinos utilizaran el sistema de postas persa, y viceversa, y se establecía un esquemático sistema de resolución de conflictos: cuando surgiera una controversia sobre el cumplimiento del tratado, cada parte enviaría a un representante, que debía ser un gobernador provincial, y ambos se encontrarían sobre la frontera para analizar la cuestión y buscar una solución de mutuo acuerdo.

[68] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 41.
[69] HOYLAND, R. G., *In God's Path. The Arab Conquests and the Creation of an Islamic Empire*. Oxford, 2015, p. 8.
[70] COLLINS, *Early medieval Europe*, p. 135.

El tratado del año 562 fue complementado por un anexo en el que los sasánidas concedían la tolerancia religiosa a sus súbditos cristianos, otorgándoles inmunidad frente a cualquier persecución religiosa que pudiera ser instigada por la poderosa casta sacerdotal de los magi[71]. En reciprocidad, los cristianos persas o bajo dominio persa, se comprometían a no realizar proselitismo ni intentos de extender su religión dentro de los dominios persas. El cristianismo, pese a sus divisiones internas, era un poderoso factor unificador en Oriente Próximo. Frente al zoroastrismo, "la religión estatal de Persia y que era el culto, exclusivo desde el punto de vista étnico, de la nobleza guerrera persa", el cristianismo era inclusivo, unía a los creyentes y los diferenciaba de los no creyentes, la mayor parte de los cuales -con excepción de judíos, samaritanos y algunos paganos- estaban fuera de las fronteras políticas del imperio bizantino, por lo que superponía la esfera religiosa a la esfera política. A diferencia del zoroastrismo, el cristianismo era una religión exportable, como demostró la expansión del cristianismo nestoriano dentro del imperio sasánida. Pese a que los nestorianos tuvieron un gran peso cultural en la sociedad persa y se mantuvieron leales al sha durante las guerras con Bizancio, fueron perseguidos por los magi. Estas persecuciones tuvieron un gran peso en la actitud diplomática de Armenia y las tribus árabes, cristianas en su mayoría, ya que las persecuciones despertaron un sentimiento antipersa más allá de las fronteras sasánidas[72].

[71] Sobre las persecuciones de cualquier índole en el mundo contemporáneo pueden consultarse PRADO RUBIO, E., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., *La sombra de los bárbaros. Estudios sobre violencia, persecución y Derechos Humanos*., Valladolid, 2018. De los mismos autores, *Heredarán el viento. Apuntes sobre conflictividad interna en un contexto internacional*. Valladolid, 2018; y *Estudios sobre Derechos Humanos*. Valladolid, 2017; también PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *…Y justicia para todos*. Valladolid, 2018; y PRADO RUBIO, E., (coord.), *Derechos Humanos, educacion y sociedad*. Valladolid, 2018.

[72] WHITTOW, *The making of Byzantium*, pp. 45-46.

Pese a sus intereses contrapuestos, ambos imperios llegaron a compartir empresas comunes. Collins ha explicado con acierto el modo en que, aunque enfrentados, en ocasiones bizantinos y sasánidas llegaron a colaborar:

> "Los sasánidas reconocían a Roma como un poder también civilizado, si bien menos, y en los intercambios diplomáticos suele compararse a los dos imperios con el Sol -Persia- y la luna -Roma-; ambos eternos y estables, pero con diferente categoría de brillo e importancia. Los romanos eran menos condescendientes, y les consideraban tan bárbaros como a los germanos, pero el poder sasánida les inducía a tratarles con más respeto. Cuando el sha Peroz fue capturado por los heftalitas, Bizancio pagó su rescate, ya que preferían tenerlos de vecinos que a otros vecinos posiblemente menos razonables"[73].

Con esta paz, Justiniano, que moriría tan solo tres años después de su firma, consiguió salvar de la bancarrota al imperio, ya que el esfuerzo de sus campañas en el este y, sobre todo, en el oeste, habían dejado exhaustas las arcas imperiales[74].

El sucesor de Justiniano, Justino II, fió la cuestión persa a una alianza con el khanato de los turcos azules o turcos celestiales, potencia que había adquirido un gran poder en el corazón de Asia Central. El *basileus* envió una misión diplomática, cuyo viaje se prolongaría durante tres años, cargada con sedas y otros regalos para negociar con Sizabul, el khan de los turcos. Estos llevaban tiempo presionando las fronteras orientales de los sasánidas, a lo largo del río Oxus, y se habían hecho con el control de una gran porción de las rutas comerciales que conectaban el este con el oeste[75]. Los delegados bizantinos, encabezados por Zemarcos, ofrecieron a los turcos mucha más seda si

[73] COLLINS, *Early medieval Europe*, p. 136.
[74] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 142.
[75] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 80.

cruzaban las fronteras sasánidas y, en nombre del emperador, propusieron a Sizabul una alianza defensiva y ofensiva con Bizancio.

Zemarcos se encontró con el khan en los confines de Asia Central, seguramente en el Xijiang chino o en la confluncia de las actuarles Kazajistán, China, Mongolia y Rusia, en la capital turca, que los griegos llamaban la Montaña Dorada. La veracidad del homérico viaje de Zemarcos hasta el corazón de Asia Central, a través de miles de kilómetros, ha sido acreditada por el hecho de que, aunque solo lo recoge una fuente contemporánea de los hechos -el historiador Menandro-, las prácticas chamánicas que describe no figuran en ningún otro autor, ni siquiera en Herodoto, y, sin embargo, su existencia ha sido corroborada por el estudio actual de las costumbres de algunos clanes tribales de las estepas de Mongolia.

La embajada tuvo éxito y los turcos se comprometieron a atacar a los persas. El regreso de los embajadores a Bizancio fue aún más azaroso que el de ida, pues los persas habían tenido noticia de la expedición y tendieron a Zemarcos y sus hombres numerosas emboscadas para tratar de impedir que las noticias del acuerdo llegaran a Constantinopla. Entre la ida y la vuelta, los diplomáticos bizantinos recorrieron unos 6.500 kilómetros a vuelo de pájaro, pero el recorrido real del viaje fue, como mínimo, el doble[76], lo que convierte a la misión de Zemarcos ante el khan Sizabul en una de las más extraordinarias de la historia de las relaciones internacionales.

Sin embargo, y pese al acuerdo que se obtuvo, la alianza no se tradujo en acciones prácticas[77]. Su único resultado real fue envalentonar a Justino II, que, con su arrogancia, terminó por provocar una guerra. Comenzada con una invasión bizantina, el conflicto terminó con la toma de Dara por los persas, tras un durísimo asedio de seis meses. La caída de la ciudad, pieza clave de la economía y la defensa de las provincias

[76] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 74-76.
[77] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 49.

orientales de Bizancio, fue un terrible golpe para el poder del emperador en Asia[78].

A comienzos de la década del 590, un golpe de estado culminó con el asesinato del sha Ormizd IV y la entronización de uno de los generales golpistas, Bahram Chobin, figura muy respetada por sus éxitos contra los turcos en las fronteras orientales. El hijo del monarca asesinado, Cosroes, acudió a Bizancio en busca de ayuda para recuperar el trono persa. La decisión de Mauricio de apoyar a Cosroes dividió a la Corte bizantina, pero el emperador se mantuvo firme en apoyar al sha destronado. En el 591, Cosroes regresó a Persia a la cabeza de un ejército bizantino y derrotó a su enemigo en el actual Azerbayan[79]. Como pago por la ayuda prestada, el emperador bizantino Mauricio vio como sus dominos en Oriente se ampliaron hasta el lago Van y el río Araxes, incluyendo el protectorado sobre el reino de Iberia, que Justiniano había cedido en la Paz Sin Final, y la devolución de Dara y Martyrópolis[80]. Poco podían imaginar los bizantinos que este éxito iba a volverse en su contra cuando, en el 602, en mitad de una durísima campaña invernal en los Balcanes contra los eslavos, un motín del ejército terminó con el asesinato en Calcedonia de Mauricio y de su hijo y heredero, seguidos de la proclamación como emperador de un centurión rebelde, Focas[81].

El reinado de Mauricio dejó dos herencias tras de sí. La primera fue una reforma de la administración territorial, colocando gran parte del imperio bajo el gobierno directo del emperador, que lo ejercía a través de exarcas, oficiales militares designados directamente desde

[78] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 81.
[79] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 47.
[80] Aunque Iberia -aproximadamente, la actual Georgia- tenía un tamaño equivalente al de la Bélgica actual, era el reino independiente y unificado de mayor tamaño en la región, al margen de los dos grandes imperios que se disputaban el control de la zona (LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 105).
[81] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 62.

palacio. Con ello, las competencias administrativas civiles quedaron en manos de oficiales del ejército, por lo que la distinción entre la administración civil y militar desapareció[82]. La segunda herencia del reinado de Mauricio fue la aparición de un improbable justiciero respecto de la muerte del *basileus*: el sha persa Cosroes II, que se autoproclamó vengador del emperador asesinado, en memoria de la ayuda que había recibido de él en el pasado para recuperar su trono.

Seguramente, en el ánimo de Cosroes pesó mucho, con independencia de su posible ánimo de vengar a su antiguo benefector, la necesidad de recuperar el prestigio perdido en los años previos ante la nobleza persa, ya que su autoridad se había visto dañada primero con el golpe que le expulsó temporalmente del poder, después con la ayuda bizantina contra sus propios compatriotas y, finalmente, por las concesiones efectuadas en pago a esa ayuda[83]. Con las fuerzas bizantinas paralizadas por la lucha interna contra los cristianos monofisitas, que se habían alzado en armas contra Focas de la mano del exarca de África, Heraclio[84], los persas avanzaron por todo el este bizantino. Dara cayó en el 603 y, tras un *impasse* de cinco años, los persas lograron una serie de éxitos espectaculares que llevó a que las ciudades de Oriente Próximo "cayeran en sus manos como fichas de dominó": Edesa en el 609, Antioquía en el 610, Emesa en el 611, Damasco en el 613, Jerusalén en el 614…[85]. Las fuerzas del sha atravesaron las puertas del Taurus y llegaron hasta la orilla del Helesponto.

Uno de los factores que influyó en estos éxitos persas fue la renuencia de Focas a retirar tropas de los Balcanes. Como centurión, el *basileus* había participado en las durísimas campañas contra los ávaros y los eslavos, y se resistía a poner en riesgo los logros que el imperio había conseguido con su propio esfuerzo y su propia sangre. Por ello,

[82] NICOL, *Byzantium and Venice*, p.
[83] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 72.
[84] El padre de Heraclio había sido, a su vez, exarca de Cartago.
[85] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 84.

aunque aumentó los subsidios a los ávaros para mantenerlos en calma, apenas retiró unidades militares del norte y el esfuerzo militar contra Persia se resintió de la falta de refuerzos llegados desde el oeste[86].

La situación en Bizancio cambió en el año 610, cuando Heraclio tomó Constantinopla y Focas fue desmembrado y sus restos incinerados, pero la guerra contra Persia siguió encadenando un desastre tras otro para los bizantinos. Heraclio sí retiró tropas de los Balcanes, pero resultó ser una decisión catastrófica, ya que su número no era suficiente para cambiar la suerte de las armas en el este y, en cambio, su ausencia en el oeste hizo posible una devastadora campaña de saqueo de los ávaros.

Nada parecía poder contener a los persas. Para el 614, la provincia de Siria se había perdido y los persas campaban a sus anchas por Anatolia; en el 619 Egipto corrió la misma suerte. Los emisarios enviados por Heraclio para negociar una paz en la que se reconocía vencido fueron decapitados por Cosroes y el pánico se extendió por el imperio. La crisis era de tal magnitud que permitió a Heraclio introducir reformas que hubieran sido imposibles en otra situación: reducción al 50% de los salarios de los funcionarios civiles y de los soldados, suspensión de la entrega gratuita de pan a la población, requisa del oro y las joyas de las iglesias, etc. Para dar al conflicto un aura de guerra de religión, modificó el diseño de las monedas imperiales y, aunque mantuvo la imagen del emperador en la cara, en el reverso se introdujo una cruz al final de una escalera[87].

El 25 de marzo del año 624, el emperador abandonó Contantinopla al frente de un ejército, dispuesto a jugarse el todo por el todo para obtener la victoria en una guerra que duraba ya más de tres décadas y que estaba asolando el imperio. Durante dos años, libró una serie de campañas de resultados poco concluyentes en Armenia y

[86] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 74.
[87] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 85.

Azerbayán, pero mientras Heraclio se encontraba empatanado en las laderas del Caúcaso, en el 626 las fuerzas sasánidas llegaron bajo los muros de Constantinopla y asediaron la ciudad, al tiempo que los ávaros y los eslavos asolaban, tras un acuerdo con los persas, las provincias balcánicas[88].

El talento y la voluntad de su emperador salvaron a Bizancio y le brindaron otros ochocientos años de existencia. Durante las horas críticas del 626, y pese a las presiones para que pusiera fin a la invasión y regresara al frente de la mayor parte del ejército bizantino en defensa de su capital, Heraclio confió en que los muros y la guarnición de Constantinopla serían suficientes para salvar la ciudad y prosiguió su marcha por territorio enemigo, expulsando a los persas del Cáucaso meridonal con ayuda de sus aliados jázaros[89]. Entre tanto, los ávaros y sus aliados eslavos lanzaron dos ataques contra los muros de Constantinopla y en ambas ocasiones fueron rechazados por los defensores. Estos fracasos provocaron que los eslavos se rebelaran contra los cabecillas ávaros y que las fuerzas de ambos pueblos levantaran el asedio de la ciudad. Los persas, asombrados de que Heraclio siguiera avanzando hacia el corazón de Persia, abandonaron también el asedio, pero solo pudieron salvar su capital, Ctesiphonte, destruyendo todos los puentes sobre el Tigris, algo que no detuvo mucho tiempo a las fuerzas de Heraclio, que logró la deseada victoria decisiva en la batalla de Nínive, en el 627.

Tras la derrota de Nínive, Cosroes fue depuesto por su hijo mayor, Kavadh, en febrero del 628, pero este solo sobrevivió seis meses a su padre. Heraclio se reunió con el general Shahrbaraz, que había dirigido tanto la exitosa campaña persa contra Egipto como el frustrado asedio de Constantinopla, y le prometió ayuda militar si daba un golpe de estado, a cambio de devolver los territorios ocupados por Persia en

[88] HOYLAND, *In God's Path*, p. 20.
[89] NOONAN, T. S., "Byzantium and the Khazars: a special relationship?", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992, p. 109.

los años previos, así como la Vera Cruz -el madero donde, según la tradición, había sido crucificado Cristo, del que los persas se habían apoderado tras conquistar Jerusalén, masacrando a parte de su población y esclavizando a un gran número de cristianos[90]-. Además, el general se comprometió a bautizar a su hijo mayor y heredero, Niketas, en lo que ha sido calificado como "el más extraordinario triunfo de las armas y la diplomacia bizantina", pues la posible conversión de Persia no solo era un triunfo religioso, sino una garantía política de primera magnitud, dada la vinculación directa entre Iglesia y Estado en el mundo bizantino. Una vez en el poder, el nuevo sha respetó las cláusulas territoriales del acuerdo, pero la anhelada conversión de Persia al cristianismo quedó en nada[91].

Tuvo gran influencia en la victoria la reforma del ejército realizada por Heraclio, introduciendo el pago a los soldados con parcelas de tierra –*themata*- en lugar de con dinero y completando los contingentes bizantinos con grandes cantidades de mercenarios ávaros y eslavos. El pago en tierras solventaba en parte el grave problema del coste económico de los ejércitos, pero era también una decisión arriesgada, ya que podía ocurrir que, con el tiempo, los *thematoi* comenzaran a constituir núcleos de poder con intereses propios, diferentes o ajenos a los intereses del gobierno central[92] y, con esta reforma, se continuaba con la supresión de la diferenciación entre la administración militar y la civil, impuesta por Diocleciano cuando el imperio aún era llamado romano[93].

Aunque con Heraclio el imperio bizantino volvió a llevar sus fronteras a Italia -a cuyo frente dejó a Isaac, un oficial que había servido a su mando desde sus tiempos en África, con el título de exarca de

[90] FRENDO, J. D. C., "Religion and politics in byzantium on the eve of the arab conquests", en *Florilegium*, nº 10, 1988-1991, p. 11.
[91] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 80.
[92] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 101.
[93] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 208.

Rávena- al Eúfrates[94], ni Bizancio ni Persia pudieron disfrutar de la paz durante largo tiempo. Un nuevo poder había surgido en los márgenes de sus dominios y habría de aprovecharse del debilitamiento que, para bizantinos y sasánidas, había supuesto su último gran conflicto: los musulmanes[95].

5.- Los Balcanes

A lo largo del siglo V, de la mano de Atila, los hunos se habían convertido en amos y señores de los Balcanes al norte del *limes* romano, si bien las murallas que mandó construir Teodosio II y los cuantiosos pagos en metálico habían mantenido a salvo Constantinopla de las hordas del Azote de Dios[96]. Sin embargo, tras la muerte de su caudillo y la derrota de sus herederos a manos de una confederación de pueblos germanos en el río Nedao, en la actual Hungría, su imperio se desintegró sin dejar apenas rastro. En lugar de enfrentarse a un imperio unificado, Bizancio hubo de lidiar entonces con múltiples pueblos que formaban entidades independientes y cuyo origen y cultura eran diferentes: los búlgaros estaban emparentados con los hunos, los gépidos y los lombardos eran germanos y, por último, los eslavos se asentaron en la región comprendida entre Belgrado y las bocas del Danubio en torno al año 500, sin que la Historia haya dejado un registro exacto de cual era su origen y cómo llegaron hasta la región balcánica[97].

Los hérulos y, sobre todo, los gépidos, que habían sido sometidos por los hunos, permanecieron fuera del *limes* imperial y obtuvieron la consideración primero de federados de Roma y después

[94] OSTROGORSKY, G., *History of the Byzantine State*. Oxford, 1968, p. 83.
[95] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 82.
[96] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 64. "Las murallas de Constantinopla fueron un factor determinante en la historia del imperio bizantino" (WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 101).
[97] OBOLENSKY, D., *Il Commonwealth bizantino. L´Europa Orientale dal 500 al 1453*. Roma, 1974, pp. 63-64.

de aliados -incómodos, eso sí-, de Bizancio. Los conflictos que en la primera mitad del siglo VI implicaron a estos pueblos, conocidos como Guerras Gépido-Góticas y Gépido-Lombardas son interesantes para el estudio, ya que muestran la forma de comportarse de Bizancio en política exterior[98].

En los años siguientes a la muerte del caudillo ostrogodo Teodorico, en el año 526, los gépidos, auxiliados por los hérulos, se lanzaron sobre las posesiones de los ostrogodos en Iliria y los Balcanes, tomando la posición clave de la región, la ciudad de Sirmio. Algunos autores creen que se trató de un conflicto incitado por Bizancio a modo de tanteo sobre el poder de los ostrogodos, una especie de maniobra preparatoria o de distracción respecto de la gran invasión lanzada por Belisario sobre la península Itálica. Sin embargo, la situación creada con la conquista gépida de Sirmio era complicada para los bizantinos, que necesitaban la plaza para asegurar en la medida de lo posible la defensa de sus territorios balcánicos, cada vez más amenazados por oleadas de saqueadores búlgaros, cuyas incursiones alcanzaron, en la década del 520, proporciones lo bastante significativas como para ser tenidas en cuenta a nivel estratégico por el imperio bizantino. Por otra parte, enemistarse con los gépidos era un grave problema para Constantinopla, ya que, inmersa en las Guerras Góticas por el control de Italia, sus fronteras balcánicas estaban poco protegidas y los auxiliares que aportaban los gépidos a los ejércitos con que Belisario y Narsés luchaban contra los ostrogodos eran un importante recurso militar. Pese a ello, aprovechando una campaña conjunta de gépidos y bizantinos contra los dominos ostrogodos de Dalmacia, fuerzas imperiales se hicieron con el control de Sirmio y, aunque los gépidos

[98] Para estos conflictos, se sigue la obra de referencia sobre la materia: WOZNIAK, F. E., *Byzantine diplomacy and the lombard-gepidic wars*. Highland Falls, 1978.

recuperaron la ciudad en unos pocos meses[99], la confianza entre aliados quedó rota.

Ante la negativa de los gépidos a devolver la ciudad a los bizantinos, Justiniano declaró extinta la alianza, suspendió el pago del subsidio anual que se entregaba a los germanos y tomó medidas militares y diplomáticas para afrontar la tormenta que preveía. Entre las primeras, se reforzó la cadena de fortalezas que formaba la frontera balcánica de Bizancio. Entre las segundas, de mayor calado en el largo plazo, se negoció una alianza con otro pueblo germano, los lombardos, que se habían asentado en Alta Panonia, con el ánimo de volverlos contra los gépidos. Hubo varias razones para realizar este movimiento: en primer lugar, los lombardos sostenían una larga enemistad con los gépidos, pero eran más débiles que estos últimos. Si los gépidos lograban un triunfo decisivo en las intermitentes guerras que enfrentaban a ambos pueblos, el problema gépido no haría más que agravarse para Bizancio. Por otra parte, la propia debilidad de los lombardos les hacía, a ojos del emperador, más dúctiles y manejables como instrumentos de la política exterior bizantina.

Al estallar una nueva guerra entre los germanos, se preparó una expedición bizantina para intervenir en apoyo de los lombardos, pero, consciente del peligro, el rey gépido Thorisin logró un acuerdo con su homólogo lombardo, Audoin, y la expedición hubo de suspenderse, pues había sido concebida como una fuerza de apoyo a los lombardos, no como una invasión en sí misma. Sin embargo, la paz no podía ser duradera entre los dos grupos germánicos y la guerra estalló de nuevo en el 550. Tras el fracaso de una nueva tregua, ambos pueblos volvieron sus ojos hacia Bizancio, buscando ayuda contra sus oponentes. Los gépidos jugaron la baza de su control sobre las rutas que llevaban a los dominios bizantinos, lo que les permitía bloquear o facilitar el acceso de pueblos invasores procedentes de las estepas, como acababan de

[99] No está claro si por asalto o fruto de algún tipo de traición o acuerdo con las escasas fuerzas bizantinas que la defendían (WOZNIAK, *Byzantine diplomacy and the lombard-gepidic wars*, p. 148).

hacer con los kutrigures, oriundos de las llanuras al norte del mar de Azov. Los lombardos, por su parte, ofrecieron suministrar contingentes militares para las campañas de Italia, una ayuda de la que Bizancio estaba muy necesitado. Justiniano decidió firmar un tratado con los gépidos, en el que estos se comprometían a impedir el paso de los pueblos eslavos hacia los dominios bizantinos, pero, de nuevo, el acuerdo tuvo una vigencia mínima: tan solo unas semanas más tarde el imperio lo declaraba nulo, aduciendo que los gépidos habían dejado pasar a invasores eslavos tras su firma, y reorientaba su política balcánica hacia una alianza con los lombardos.

La guerra entre gépidos y lombardos -apoyados estos últimos por tropas bizantinas-, debilitó a ambos pueblos, y forzó a los primeros a devolver al imperio la Dacia Ripense y la Alta Moesia, que habían ocupado en la década anterior, aunque lograron retener Sirmio. El desgaste sufrido por los germanos les obligó a mantenerse en calma durante el resto del reinado de Justiniano, pero la guerra irrumpió de nuevo en el 565, motivada por un conflicto entre las casas reales de gépidos y lombardos, y tras una serie de derrotas[100], Cunimundo, rey de los gépidos, pidió ayuda a Constantinopla, poniendo sobre la mesa la joya de la corona: la devolución de Sirmio al *basileus*. Sin embargo, aun cuando las tropas bizantinas contribuyeron a que los gépidos derrotaran a los lombardos en la segunda mitad de la guerra, Cunimundo se negó a cumplir su promesa y Sirmio siguió en manos germánicas.

La inestabilidad en los Balcanes alcanzó dimensiones colosales. Gépidos y lombardos continuaron con sus guerras; en el 559 se produjo una gran invasión búlgara y Justiniano decidió contenerles volviendo contra ellos a otro pueblo de las estepas, los ávaros, cuya aportación fue clave en la destrucción de la confederación invasora. Sin embargo, los ávaros resultaron ser, a la postre, un regalo envenenado. Tras derrotar a

[100] De ello se han ocupado en detalle STEIN, E., *Studien zur Geschichte des byzantinischen Reiches,* Stuttgart, 1919; y GROH, K., *Geschichte des ostromischen Kaisers Justin II nebst den Quellen*, Leipzig, 1889.

los búlgaros, se asentaron al norte del Danubio y reclamaron el pago de un gran subsidio anual, que Justiniano aceptó, a fin de mantener las manos libres para seguir operando en Italia.

Múltiples realineamientos de alianzas entre gépidos, lombardos, ávaros y bizantinos se produjeron en los años posteriores, pero el momento clave se produjo cuando, en vísperas de la enésima guerra gépido-lombarda, el caudillo lombardo Audoin concluyó una alianza con los ávaros para derrotar a los gépidos. Estos se volvieron de nuevo hacia Bizancio y, prometiendo una vez más la devolución de Sirmio, concluyeron un tratado de ayuda con el emperador Justino II. Sin embargo, los gépidos iban a morder la fruta del árbol que ellos mismos habían envenenado con su traición anterior. El emperador no tenía ninguna intención de implicarse en lo que ocurría al norte del Danubio -una decisión que, a la postre, fue muy perjudicial para los intereses bizantinos- y se limitó a ocupar Sirmio sin prestar la ayuda prometida. Sin el apoyo militar de Bizancio, el reino de los gépidos, incapaz de plantar cara a sus ancestrales enemigos lombardos y a sus salvajes aliados ávaros, fue borrado de la faz de la tierra y los supervivientes quedaron sometidos a la autoridad ávara.

Esto fue solo el principio. Los lombardos pronto descubrieron que habían abierto la puerta del gallinero a un zorro temible. Ellos mismos fueron expulsados de sus tierras por los ávaros y se vieron forzados a migrar al norte de Italia, donde arrebataron numerosos territorios a Bizancio y terminaron por crear un reino propio en el valle del Po. Los ávaros se hicieron con el control de las llanuras de la actual Hungría, construyendo un imperio que abarcaba desde Bohemia al Danubio inferior y convirtiéndose en la potencia dominante en Europa central[101]. La destrucción de los gépidos y la expulsión de los lombardos

[101] El primer contacto entre Bizancio y los ávaros se produjo en el año 560, cuando estos últimos enviaron una embajada a Constantinopla, bajo la protección de los alanos que ocupaban la región del Caúcaso, con quienes Bizancio tenía buenas relaciones. Los alanos condujeron a los enviados ávaros hasta las guarniciones bizantinas en Lazica, al sur de la actual Georgia,

destruyó la base de la política estratégica bizantina para las tierras al norte del Danubio: promover un equilibrio cambiante entre las potencias germanas y de las estepas, de tal forma que Bizancio fuera el peso capaz de desequilibrar la balanza, lo que impelía a estos actores a buscar el respaldo de Constaninopla en su propio juego de poderes con respecto a los otros pueblos, todo ello con una implicación militar bizantina mínima[102]. A ello se unió la arrogancia del sucesor de Justiniano, Justino II, que escogió el peor momento posible para rechazar el pago de subsidios a los ávaros:

> "En 565, poco después de la muerte de Justiniano, los embajadores de los ávaros, una de las grandes tribus de las estepas, se toparon con la displicencia del nuevo emperador, Justino II, cuando llegaron a Constantinopla a pedir que se les pagara el tributo usual: «Nunca jamás volveréis a enriqueceros a expensas de este imperio y obtener lo que queréis sin prestarnos ningún servicio; de mí no recibiréis nada». Cuando los enviados le amenazaron con las consecuencias que tendría esa nueva actitud, el emperador estalló: «¿Osáis vosotros, perros muertos, amenazar el reino romano? Sabed que os afeitaré esos pelos vuestros y luego os cortaré las cabezas»"[103].

"En las siguientes tres décadas los ávaros fueron la punta de diamante de los ataques bárbaros contra la Roma de Oriente"[104]. El núcleo de sus fuerzas lo formaban arqueros montados, igual que ocurría con los hunos y otros pueblos nómadas, pero también disponían de fuertes contingentes de lanceros a caballo pesadamente protegidos y de una mayor panoplia táctica que las huestes tribales con las que Bizancio

declarándoles bajo su protección (LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 47).

[102] WOZNIAK, *Byzantine diplomacy and the lombard-gepidic wars*, pp. 156-157.

[103] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 80.

[104] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 73.

había tratado previamente[105]. Tras someter a las tribus eslavas que se movían en torno a las fronteras bizantinas, los ávaros terminaron por atacar al propio imperio a finales de la década del 570.

La amenaza ávara determinó la política bizantina en el Danubio. Su khan, Baian, era un conquistador despiadado y un diplomático sutil. Uno de sus objetivos era hacerse con el control de Sirmio, pero sus fortificaciones eran demasiado poderosas. Consciente de ello, Baian llegó a una entente pacífica con el imperio en el 574, pero solo se sostuvo cuatro años: en el 578, 60.000 jinetes ávaros atravesaron la frontera bizantina, saquearon la región de Dobrulja y penetraron profundamente en Valaquia. En el 580, Sirmio fue asediada, y aunque resistió dos años, terminó capitulando ante la imposibilidad de hacerle llegar ayuda, pues las tropas bizantinas estaban comprometidas en una nueva guerra con Persia. Así, Sirmio se convirtió en la primera gran fortaleza romana tomada por los bárbaros al norte de la propia Roma.

No habían terminado las penalidades para Bizancio con la devastación sembrada por los ávaros, y "aquel terrible decenio hizo caer sobre la península balcánica un diluvio de ferocidad y exterminio"[106]. En el 581, los eslavos se lanzaron en masa contra los Balcanes, saqueando Atenas en el 582. Este pueblo estaba formado por una cultura de expertos guerreros y, a diferencia de la mayor parte de las tribus de su tiempo, poseían conocimientos avanzados para conducir operaciones de asedio, lo que les permitió asediar Tesalonia en el 586 e invadir al año siguiente el Épiro, Eubea, Tesalia, Ática y algunas zonas del Peloponeso. En un primer momento, la presión eslava al tiempo que tenía lugar una guerra con Persia obligó a Mauricio a suscribir un tratado con los invasores de los Balcanes. El acuerdo dio a Bizancio el respiro que necesitaba para poner fin a la guerra en Oriente y desplazar sus tropas a los Balcanes, a partir del año 591, reconquistando Belgrado en el 596 y firmando un tratado con los ávaros en el 600 que devolvió

[105] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 47.
[106] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 74.

la frontera a la línea del Danubio y colocó tanto a ávaros como a eslavos a la defensiva respecto de Bizancio[107].

Sin duda animado por sus éxitos previos, el *basileus* hizo que sus ejércitos cruzaran el Danubio en el año siguiente, comandados por su mejor general, Prisco, llevando la guerra al territorio ávaro y obligando a Baian a replegarse hacia el norte. Ese fue el punto más alto del poder romano-bizantino al norte del Danubio desde que Trajano conquistara la Dacia, pero fue un éxito efímero. Las tropas bizantinas al norte del río se amotinaron en el año 602 y marcharon sobre Constantinopla, deponiendo a Mauricio y nombrando emperador a Focas. El reinado de Focas fue calamitoso para Bizancio y sus consecuencias, pese a durar tan solo ocho años, fueron enormes. En ese corto periodo de tiempo, Bizancio hubo de renunciar definitivamente a la frontera del Danubio y los ávaros y los eslavos se asentaron en los Balcanes, que quedaron en su mayor parte en manos de estos últimos, un acontecimiento que para algunos historiadores marca el verdadero comienzo del Bizancio medieval[108].

El retroceso del poder bizantino fue tal que, menos de un cuarto de siglo después del motín que depuso a Mauricio, una coalición de ávaros, eslavos, búlgaros y gépidos llegó a las puertas de Constantinopla, el 29 de julio del 626, al tiempo que los persas, de nuevo en guerra con Bizancio, tomaban Calcedonia, en la orilla contraria del Bósforo. Los defensores solo disponían de 12.000 hombres frente a los 80.000 guerreros reunidos por el khan de los ávaros, que asaltaron la ciudad tanto por tierra, lanzándose contra las murallas, como por mar, atacando el Cuerno de Oro usando una flota de pequeñas canoas, que los eslavos denominaban *monoxile*. El punto culminante del asedio llegó el 7 de agosto, cuando la flota bizantina del Cuerno de Oro, informada por espías de los planes enemigos, logró hundir los *monoxile* eslavos antes de que lograran transportar a la orilla

[107] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 50.
[108] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 76.

europea a las tropas persas para lanzar un ataque conjunto. Según los cronistas, en mitad de una lluvia de fuego griego contra las embarcaciones atacantes, la matanza fue tal que las aguas del Cuerno de Oro se volvieron rojas por la sangre de los eslavos[109]. Esa misma noche, enfrentado con sus aliados ávaros por el catastrófico resultado del ataque, el khan ávaro dio orden de levantar el asedio.

Entre tanto, la guerra con Persia y la focalización de la atención bizantina en contener a los ávaros habían sido utilizados por un líder tribal búlgaro, Kubrat, para hacerse con el poder sobre su pueblo entre el 619 y el 635, liderando una revuelta contra los ávaros, expulsándolos de sus tierras y proclamándose khan de los búlgaros. Kubrat envió embajadores a Bizancio, firmó una alianza con el emperador y este le otorgó el rango de patricio, una práctica habitual en la diplomacia bizantina, utilizada para ganarse la buena voluntad de los líderes extranjeros[110]. Con apoyo bizantino, el khan creó la llamada Antigua Gran Bulgaria, que se extendía del Cáucaso al Don, y más tarde hasta el curso bajo del Dnieper. En el 635, los búlgaros marcharon

[109] Las aguas de Constantinopla eran difíciles de navegar para quienes no las conocían, por lo que los marineros locales tenían mucha ventaja en los combates navales, un factor que explica la constante derrota de las flotas enemigas a la vista de Constantinopla. Dos motivos hacían sus aguas especialmente complicadas para quienes no estaban familizarizados con ellas. El primero era la fuerte corriente que iba del mar Negro al Mediterráneo, causada porque los ríos vertían más agua en el primero que en el segundo. Está corriente tenía una fuerza habitual de cuatro nudos, pero en ocasiones llegaba a los ocho, por lo que era conocida como "la Corriente del Diablo". La segunda causa era la diferencia de salinidad entre los mares, siendo menor en el Negro que en el Mediterráneo por la gran llegada de agua dulce procedente de los ríos de las estepas. Esto provocaba que la presión osmótica generada al encontrarse ambas aguas causara turbulencias en la superficie (LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 56).

[110] CHRYSOS, "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", p. 34; también en KAZDHAN, A., "The notion of Byzantine diplomacy", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992, p. 15.

exitósamente sobre el Danubio, contra los ávaros. Kubrat fue aliado de Bizancio hasta su muerte, en el 642[111], pero tras su fallecimiento su reino fue asaltado por los jázaros, que expulsaron a los búlgaros del bajo Volga, de modo que en el 670 el clan onogur se vio obligado a reasentarse más al oeste, ya en las fronteras de Bizancio, bajo el mando del hijo de Kubrat, Asparuch.

Bizancio siguió respecto de los búlgaros su política tradicional: los trató como potenciales aliados mientras estuvieron al norte del Danubio, pero luchó contra ellos cuando trataron de asentarse al sur del río. Constantino IV lideró en persona la campaña contra sus asentamientos en la costa del mar Negro, pero los búlgaros se replegaron a las insalubres marismas de la región y evitaron la batalla, de modo que los bizantinos terminaron por retirarse sin obtener logros de importancia. A lo largo de los años siguientes, los búlgaros tomaron Varna y se hicieron con el control de Dobrulja. Incapaz de doblegarlos por la fuerza, en el 681 Constantino firmó un tratado con Asparuch por el cual se comprometía a pagarle un tributo anual. Era la primera vez que Bizancio se veía obligado a reconocer un poder bárbaro dentro del territorio imperial, lo que constituía un problema de gran magnitud, ya que Asparuch estaba formando un reino sólido y unificado, no una mera conjunción de tribus. Los cronistas bizantinos del momento calificaron el tratado como "una vergüenza para los romanos"[112].

El reino búlgaro creado por Asparuch abarcaba desde el curso bajo del Danubio al Dniester, incluyendo la Besarabia meridional, parte de Valaquia, toda Dobrulja y la porción de Mesia Inferior entre el mar Negro y el río Timok, territorios que se convertirían en el núcleo político y económico de la Bulgaria histórica. Durantes siglos, los búlgaros serían los vecinos más peligrosos y de mayor relevancia del

[111] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 105. Kubrat fue recompensando con generosidad por sus servicios a Bizancio: en su tumba, hallada en la actual Ucrania, se han encontrado veinte kilos de oro y cincuenta objetos de plata.
[112] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 98.

imperio bizantino, para el que presentaban un dilema de gran importancia: una Bulgaria fuerte protegía a Bizancio de los ataques de las tribus procedentes del este, pero podía ser una grave amenaza por sí misma; por el contrario, una Bulgaria débil no amenazaba a Bizancio, pero tampoco servía para contener a las amenazas que llegaban desde las estepas. Buscar el punto de equilibrio en el que los búlgaros fueran lo bastante fuertes para detenener a los nómadas, pero no lo suficiente para amenazar el imperio fue uno de los grandes desafíos de la política exterior bizantina[113].

Los conflictos entre Bizancio y los búlgaros fueron constantes en los siglos posteriores. A comienzos del siglo IX, el *basileus* Nicéforo I decidió atacar a los búlgaros. El emperador afrontó la campaña como una acción meramente militar y renunció a la tradicional diplomacia bizantina de tratar de buscar aliados que atacaran la retaguardia búlgara[114]. Este enfoque demostró ser un error fatal. Los búlgaros luchaban construyendo empalizadas improvisadas en el campo de batalla, y eso hicieron cuando cayeron sobre las tropas imperiales el 26 de julio del 811, cuando Nicéforo regresaba a sus dominios tras saquear Plisca. Las tropas bizantinas, cargadas con el botín obtenido del expolio del palacio del khan y bloqueadas en un estrecho desfiladero por las empalizadas búlgaras, fueron aniquiladas. Los búlgaros dieron muerte al emperador -el primero en morir en batalla contra bárbaros desde Valente en Adrianópolis- y su hijo Staurakios, que se convirtió en emperador por la muerte de su padre, recibió en la batalla una herida en la espina dorsal, de la que murió dos meses después. En un solo combate, los búlgaros dieron muerte a dos emperadores. Su khan, Krum, se hizo fabricar una copa forrada de plata con el cráneo de Nicéforo y llevó a su hueste a las puertas de Constantinopla en el año

[113] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 98 y 125.

[114] Los pechenegos eran una rama escindida del khanato de los turcos occidentales, desintegrado a lo largo de los siglos VI y VII (MESKO, *Nomads and byzantium problematic aspects of maintaining diplomatic relations with the pechenegs*, p. 3).

813, pero murió en abril de 814[115]. Su sucesor, Omurtag, pese a su virulenta política interna contra los cristianos, firmó en el 816 un tratado con Bizancio que devolvía la frontera a su estado en el año 716. El acuerdo dio a la región casi un siglo de paz, superando con creces la duración inicial prevista, fijada, siguiendo los modelos de la Grecia clásica, en treinta años.

A mediados del siglo IX, el khan Boris I orientó a Bulgaria hacia una política de alianza con los francos, que le llevó, a comienzos de la década de 860, a aliarse con Luis el Germánico, que había recibido la parte alemana de la herencia carolingia -materia sobre la que se volverá en páginas posteriores-. En el marco de esa política, el khan prometió convertirse al cristianismo de los francos. Esta aproximación entre los búlgaros y el reino germánico de los carolingios alarmó a Bizancio y, en el 864, el emperador Miguel III quiso hacer una demostración de fuerza llevando su flota a lo largo de los dominios búlgaros en la costa del mar Negro. Intimidado, Boris envió una embajada a Constantinopla y aceptó reununciar a la proyectada alianza con los francos, manteniendo su conversión al cristianismo, pero esta vez según los patrones de la Iglesia griega. Este hecho tenía una vital importancia para Bizancio, ya que en la visión cesaropapista de los bizantinos, el emperador era la autoridad máxima de la Iglesia y, por tanto, ser cristiano suponía aceptar su soberanía[116].

La conversión del khan desestabilizó internamente a los búlgaros. Los clanes vetori, que mantuvieron el paganismo, se sublevaron contra Boris. La revuelta fue aplastada sin misericordia: el khan ejecutó a los cincuenta cabecillas más destacados, incluyendo a su propio hijo. Tras haber asumido un sacrificio de esa índole, Boris se sintió traicionado cuando las autoridades eclesiásticas bizantinas se negaron a conceder autonomía religiosa a la Iglesia búlgara. Furioso, Boris volvió a negociar con los francos y envió embajadores a Luis el

[115] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 132.
[116] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 122.

Germánico, que se encontraba en Ratisbona, pidiendo que se enviaran misioneros francos a evangelizar a su pueblo según los modelos occidentales, a lo que el papa accedió, enviando dos obispos a tierras búlgaras. La pugna por la autonomía eclesiástica de los búlgaros dañó de forma irreparable las relaciones entre estos y Bizancio y volvió a hacer soplar vientos de guerra sobre los Balcanes.

El conflicto estalló de forma abierta en el 895, siendo caudillo de los búlgaros el khan Simeón. Recurriendo a su tradicional arsenal de trucos diplomáticos, los bizantinos enviaron una embajada a los magiares, que en aquellos años seguramente se encontraban asentados en la Antigua Gran Bulgaria, incitándoles a atacar por la retaguardia a los búlgaros. Los magiares, belicosos por naturaleza, se arrojaron sobre Bulgaria desde el este, lo que obligó al khan a pedir la paz a Bizancio.

Sin embargo, si Bizancio creía que todo había terminado con la apertura de conversaciones de paz, se equivocaba. Como diplomático, Simeón superó a sus maestros bizantinos. Cuando estos enviaron a Cherosfate a negociar con él, el khan le recluyó en una fortaleza lejos de su capital y le obligó a negociar la paz de forma epistolar. Catorce de esas cartas se conservan, y en ellas puede apreciarse como el khan gana tiempo negociando intercambios de prisioneros y discutiendo sobre términos semánticos, en vez de abordar las cuestiones de importancia. Simeón había copiado las estrategias bizantinas y enviado una embajada a los pechenegos, otro belicoso pueblo de las estepas, para que, a su vez, atacaran por la espalda a los magiares, y sus negociaciones con Bizancio no eran más que una artimaña para ganar tiempo hasta que esto sucediera[117].

[117] Para ello, los bizantinos hubieron de sortear una de las grandes dificultades de la diplomacia medieval: la distancia. La embajada enviada los pechenegos debió recorrer muchos cientos de kilómetros hasta Patzinakia, como denominaban los bizantinos al territorio pechengo, que corría a lo largo de cientos de kilómetros al norte del mar Negro y del mar de Azov (MESKO, *Nomads and byzantium problematic aspects of maintaining diplomatic relations with the pechenegs*, p. 2).

La estrategia de Simeón dio resultados. Los magiares, empujados por los pechenegos, emigraron hacia el oeste, atravesando los Cárpatos y penetrando en la llanura de Panonia hacia el año 896, fundando en ella el reino de Hungría. Simeón volvió a atacar a Bizancio, forzando la firma de un tratado en el 896 por el que el imperio se comprometió a pagar tributo a los búlgaros. Fue una paz efímera. Las luchas entre búlgaros y bizantinos prosiguieron a lo largo de las décadas posteriores, inclinándose de forma general del lado de Simeón, que, para el año 918 había logrado convertirse en "el padrino" de los Balcanes[118]. Siméon llevó a sus guerreros una última vez hasta los muros de Constantinopla, en el 924. Allí esperaba encontrar una flota egipcia para un ataque conjunto sobre la ciudad, pero la diplomacia bizantina logró disuadir a los egipcios de participar en la empresa. El gran líder búlgaro murió tres años después y su fallecimiento modificó el equilibrio en los Balcanes. Agotada, Bulgaria se replegó sobre sí misma durante medio siglo.

El sucesor de Simeón fue Pedro, que firmó un acuerdo con los bizantinos y contrajo matrimonio con una mujer de la casa real del emperador. Este, a su vez, le otorgó el título de césar de Bulgaria, que pronto derivó al término "zar". Al tiempo que este honor se concedía a su máxima autoridad política, la cabeza de la Iglesia búlgara, el arzobispo de Bulgaria, recibió el rango de patriarca. Los búlgaros situaron su sede lo más lejos posible de la frontera bizantina, en un intento de dificultar al máximo la influencia que pudiera ejercer el patriarca de Constantinopla sobre el nuevo patriarcado. Por ello, se descartó Preslav, la capital búlgara, situada cerca del territorio bizantino, y se convirtió a Silitra, sobre el Danubio, en la sede del patriarcado de Bulgaria.

Tras más de tres décadas de estabilidad, el zar Pedro pidió a Constantinopla que se revisaran los términos del acuerdo, cuando falleció su mujer, en el año 965 y el caudillo se encontró bajo la intensa

[118] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 162.

presión de una facción de su corte hostil a Bizancio[119]. El emperador Nicéforo Focas, que acababa de lograr grandes éxitos contra los musulmanes, reconquistando Creta y Chipre[120], se encontraba en aquellos momentos preparando una gran ofensiva para recuperar Antioquía y la embajada búlgara le irritó profundamente. Furioso, trató de forma humillante a los enviados de Pedro y concentró su ejército en la frontera, al tiempo que, siguiendo la estrategia bizantina que tan buenos resultados había dado en otras ocasiones, envió embajadores al príncipe Sviatoslav de Kiev y le sugirió que aprovechara la ocasión para atacar a los búlgaros desde el este, algo que el ambicioso Sviatoslav llevó a cabo en el 967.

Nicéforo pronto se dio cuenta de que había cometido un grave error de cálculo cuyas consecuencias eran potencialmente catastróficas. Sviatoslav y sus rus de origen escandinavo eran más que meras marionetas o mercenarios. Sviatoslav se hizo con el control de la costa del mar Negro, de enorme interés económico y, por tanto, político. Consciente de que para protegerse de los perros había abierto la puerta a los lobos, Nicéforo firmó la paz con los búlgaros, consiguiendo un respiro que se vio ampliado cuando una oleada de ataques pechenegos sobre sus dominios hicieron que Sviatoslav regresara a Kiev en el año 968.

El respiro fue breve. En el 969, solventados sus problemas en las estepas, Sviatoslav volvió a lanzarse contra los búlgaros, tomando su capital, Preslav, y asaltando Filipopolis -la actual Plovdiv-. Para finales de año, todos los territorios de la Bulgaria oriental habían caído en manos rus. Juan Tzmiste, que había sucedido a Nicéforo en el trono imperial, trató de negociar un acuerdo para impedir que Sviatoslav cayera sobre Constantinpla al frente de una coalición de rusos, búlgaros, magiares, pechenegos y eslavos. El príncipe pidió un rescate exorbitado por los prisioneros bizantinos en su poder y que se le reconociera la

[119] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 183.
[120] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 147.

soberanía sobre los territorios que había ocupado en los Balcanes. Esta demanda era inaceptable para Bizancio, por lo que los ejércitos del *basileus* marcharon contra los rusos en la primavera del 971, tomando la capital búlgara y librando una gran batalla en los accesos de Silistra, en la que derrotaron a las fuerzas de Sviatoslav.

Tras la campaña militar bizantina, se negoció un acuerdo más beneficioso para los intereses de Bizancio. Sviatoslav abandonó los Balcanes, jurando no volver a atacar Bizancio ni las posesiones imperiales en la península de Crimea. A cambio, consiguió privilegios comerciales en el imperio y se le concedió un salvoconducto para salvar el bloqueo bizantino -que le mantuvo asediado en Silistra durante tres meses-, así como la palabra del emperador de que se había acordado con los pechenegos que no se atacaría a Sviatoslav durante el viaje de regreso a Kiev, que, en parte, discurría por el territorio controlado por estos clanes guerreros. Fuera porque el emperador faltó a la palabra dada o porque los pechenegos no respetaron lo prometido a Bizancio, el hecho es que, mientras regresaba a su hogar, Sviatoslav fue asesinado por los pechenegos en una emboscada que tuvo lugar en las cataratas del Dniper, en el año 972.

La muerte de Sviatoslav dejó a los rus fuera de los Balcanes, pero sus campañas en el oeste hirieron de muerte al Estado búlgaro. El emperador Juan no pudo disfrutar en paz de su triunfo del año 971: de inmediato estalló en Macedonia la revuelta de los Kometopouloi, los cuatro hijos de un conde local, el más pequeño de los cuales, Samuel, terminó por reclamar la dignidad imperial. La revuelta se unió a una guerra civil desatada en el 976, cuando murió el emperador y que se prolongaría hasta el año 979, cuando la intervención de Bardas Focas, un veterano comandante -célebre por sus casi dos metros de altura-, logró estabilizar el imperio y mantenerse en el trono como coemperador de los hijos de Juan, Basilio II y Constantino V[121].

[121] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 137.

Estas circunstancias fueron aprovechadas por Samuel para extender sus dominios al interior del territorio búlgaro y proclamarse khan. Tras varios años ocupado en consolidar su gobierno, el *basileus* Basilio II marchó contra Samuel en el 986. Las fuerzas imperiales marcharon a través del *Basilike Odos*, la ruta imperial que conectaba Adrianopolis -la actual Edirne- con Venecia a través del curso del Maritsa, Belgrado y Aquileia. Asediaron Sardika, la Sofía contemporánea, pero el ejército de Basilio cayó en una emboscada en el desfiladero de las Puertas de Trajano. Las graves pérdidas sufridas en Bulgaria por los bizantinos espolearon la ambición del Califa de Bagdad, quien, con la esperanza de pescar en río revuelto, liberó a un antiguo rebelde bizantino, Bardas Skleros, al que retenía bajo custodia[122]. Skleros marchó sobre las provincias bizantinas de Anatolia. Asfixiado por la situación, Basilio II reclamó de nuevo la ayuda de Focas, el comandante que había logrado garantizarle la púrpura imperial[123]. Sin embargo, Focas, a quien Basilio había apartado del poder en los años anteriores, prefirió no servir a tan ingrato señor y reclamar para sí el trono de Constantinopla[124].

Focas cruzó el Bósforo desde Chrisopolys, tomando Constantinopla en ausencia de Basilio. La situación de este era crítica cuando recibió ayuda desde las estepas: 6.000 guerreros de origen escandinavo, procedentes de los principados rus gobernados por Vladimir -el hijo y sucesor de Sviatoslav-, reforzaron su ejército,

[122] Skleros había liderado la defensa de Constantinopla frente a los guerreros rus de Sviatoslav en el año 970, y posteriormente había comandado el ejército que les derrotó en Arcadiópolis. Hombre de confianza de Juan Tzmistes, había esperado reemplazarle como emperador a su muerte, por lo que se había enfrentado a Basilio II cuando este asumió el trono.

[123] Focas ya había derrotado a Skleros la primera vez que este se rebeló, venciéndole en la batalla de Pankalia y había sido el comandante al frente del ejército que recuperó Alepo de manos musulmanas.

[124] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 137.

permitiéndole recobrar su capital y poner fin a la rebelión de Focas[125]. Sobre la intervención de Vladimir pueden encontrarse dos explicaciones. La primera sostiene que el príncipe acudió en ayuda del *basileus* para cumplir los acuerdos suscritos por su padre en el año 971, en los que, entre otras cláusulas, se incluía el compromiso de ayudar al emperador. Los detractores de esta explicación se basan en que los acuerdos eran personales y, una vez muerto uno de los signatarios, no obligaban ni a la otra parte ni a los sucesores de la parte fallecida, por lo que Vladimir no tenía obligación de marchar en ayuda de Basilio. La segunda línea explicativa sostiene que la intervención rus estuvo ligada a la boda de Vladimir con la princesa bizantina Ana y a su conversión al cristianismo, de tal forma que el príncipe rus acudió en ayuda tanto de un pariente directo como de la cabeza de la Iglesia cuya fe profesaba como nuevo converso[126].

Hacia el año 989, Basilio II consiguió acabar con las rebeliones internas, pero no con el Estado búlgaro que Samuel había reconstruido. El emperador aún habría de esperar una década antes de poder volver su atención a los Balcanes, ya que la guerra había estallado en las provincias de Asia, tanto contra los emires damascenos como contra el creciente poder de los fatimíes egipcios. Los más de diez años de campañas militares en Asia supusieron para Basilio II una serie casi ininterrumpida de triunfos militares, lo que ha hecho que Luttwak lo considere el emperador bizantino más exitoso en los campos de batalla. A lo largo de la última década del siglo IX, Basilio recuperó los territorios que se habían perdido en Anatolia y obligó a los fatimíes a levantar el asedio de Alepo, forzándoles, en el año 1001, a aceptar una

[125] El general rebelde pereció en batalla, cuando trataba de abrirse camino hasta Basilio para forzar un combate personal que pudiera decantar el conflicto en un solo instante.

[126] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 90. Esta intervención fue el origen de la guardia varega, la unidad formada por seis mil mercenarios escandinavos -en la que se integraron también muchos sajones tras la conquista normanda de Inglaterra- que se encargaba de la seguridad personal del emperador bizantino.

tregua de diez años que los egipcios, temerosos del poder del *basileus*, no pusieron reparos en renovar en el 1011, por doce años, y el 1023, por otro periodo similar[127].

Basilio aprovechó la tregua del 1001 para retomar el proceso de destruir a Samuel, que había ampliado sus dominios hacia el Adriático, sometiendo Kosovo y parte de la Grecia meridional, mientras las tropas bizantinas estuvieron centradas en Asia. Basilio realizó una serie de campañas destinadas a reducir metódicamente los territorios enemigos, minando poco a poco la base territorial del reino de Samuel y socavando su prestigio personal, algo vital en un caudillo de los búlgaros. Basilio comenzó su plan sistemático atacando la zona más fértil del territorio de Samuel, los valles búlgaros situados al sur del Danubio. Debilitado y cada vez más acorralado, Samuel se vio obligado a jugarse el todo por el todo en el año 1014 en una gran batalla que tuvo lugar en el Paso Kleidion. La victoria bizantina fue total, hasta el punto de que Basilio recibió el sobrenomgre de *Boulgaroktonos*, es decir, Martillo de Búlgaros.

Según narran algunas fuentes, tras la batalla el emperador ordenó atar a los alrededor de quince mil prisioneros búgaros en cordadas de cien y cegar a noventa y nueve integrantes de cada una, dejando al frente a un prisionero al que solo se cegó un ojo. Sin embargo, hay razones para pensar que esta historia es mera ficción. Los búlgaros siguieron combatiendo a Basilio durante otros cuatro años, hasta su derrota definitiva en el año 1018, algo que parece muy poco probable si hubieran perdido a al menos quince mil de sus combatientes en el año 1014, una cantidad colosal en proporción a su población[128].

Los triunfos de Basilio supusieron la destrucción definitiva de la amenaza búlgara sobre Bizancio, tras lo cual la frontera imperial volvió a quedar fijada en el Danubio.

[127] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 138.
[128] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 139-140.

CAPÍTULO II

DESDE LAS ARENAS DE ARABIA

1.- La Arabia preislámica

A partir del siglo III y, sobre todo, del siglo IV, el sistema geopolítico de Oriente Próximo quedó configurado en torno a tres grandes poderes: Bizancio, el imperio persa sasánida y el reino de Hymar, al sur de la península Arábiga, ubicado en lo que hoy en día es Yemen. En el complicado equilibrio entre estos tres actores, las tribus árabes jugaban un papel decisivo, según actuaran como clientes, aliados o auxiliares de una u otra de las potencias[129]. Aunque el medio ambiente del desierto favorecía la fragmentación política, ya que la ausencia de pastos y cultivos impedían la concentración de población que

[129] Tradicionalmente, los árabes habían servido como auxiliares tanto en el ejército romano como luego en el bizantino. Las listas de tropas romanas del año 400 muestran la presencia de unidades sarracenas, como las denominaban los romanos, entre las acantonadas en Fenicia, Palestina y Egipto (HOYLAND, *In God's Path*, p. 24).

caracteriza el surgimiento de poderes centralizados[130], tres grandes coaliciones tribales se alinearon cada una con un actor imperial: los lákhmidas con Persia, los ghasánidas con Bizancio y los kinda con Hymar[131].

Las confederaciones tribales árabes en su relación con los imperios persa y bizantino son un ejemplo del tipo de proceso que, coloquialmente, puede llamarse "morir de éxito". La influencia cada vez mayor de los ghasánidas en la política regional y la expansión entre ellos del monofisismo, considerado herético por la Iglesia de Constantinopla, minó la confianza de los emperadores en sus aliados tribales. Tiberios, en el 580, y Mauricio, a partir del 582, trataron de romper la confederación ghasánida, por temor a que se repitiera en su frontera oriental lo que ya había ocurrido en los Balcanes con los ávaros: que los viejos aliados se convirtieran en una amenaza mayor que los enemigos a los que habían ayudado a derrotar. La desintegración de la confederación de tribus ghasánidas no puso fin a la búsqueda de aliados manejables por Bizancio, y los bizantinos subsidiaron a un gran número de grupos menores, como los djudjamids del norte de Hijaz, pero teniendo buen cuidado en que no resurgiera un poder como el de los ghasánidas[132].

Cuando las coaliciones tribales desaparecieron, al igual que el poder de Palmira, que llegó a convertirse en un actor de primer nivel en la región por la importancia de sus rutas comerciales y sus caravanas, el punto de gravedad del mundo árabe se desplazó hacia el interior de la península, a las tribus beduinas del Nejfud y a la ciudad de La Meca,

[130] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 35.
[131] Lapidus considera que las dos primeras llegaron a constituir verdaderas monarquías, con el apoyo de Bizancio y Persia (LAPIDUS, I. M., "Tribes and State Formation in Islamic History", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006, p. 32). Al menos los ghasánidas eran cristianos en aquel tiempo (LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 143).
[132] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 52.

que había ido adquiriendo importancia por su ubicación en las rutas que recorrían la parte occidental de la península[133].

Los ajustes de poder entre las tribus árabes dieron la preponderancia en la Arabia meridional a los himaritas yemeníes, que pronto se vieron arrastrados a un enfrentamiento por motivos comerciales con el reino cristiano de Etiopía. Los himaritas -judíos en su mayor parte[134]- fueron derrotados y los etíopes establecieron una tutela sobre Arabia entre los años 525 y 572, que fue gobernada de forma semindependiente por un general etíope, Abraha, entre los años 535 y 565[135]. Este se presentaba así mismo revestido de los títulos y dignidades propios de los monarcas, usando el sobrenombre de "Martillo de los himaritas". Abraha extendió su dominación, cada vez menos vinculada al reino etíope, hasta someter Medina y a las tribus láckhmidas. Su poder llegó a ser tal que, en el año 548, acudieron a su Corte a presentar sus respetos enviados del rey de Etiopía, del *basileus* bizantino, del Gran Rey persa y de tres confederaciones tribales árabes. A la muerte de Abraha, sus hijos no fueron capaces de controlar el reino que les había legado su padre y los persas consiguieron poner en el trono a un príncipe de la dinastía himarita. No obstante, este fue asesinado por etíopes descontentos con el cambio de régimen, lo que llevó a Persia

[133] SAHID, I., "Pre-Islamic Arabia", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, pp. 21-22.

[134] Los himaritas, de hecho, desencadenaron brutales persecuciones religiosas contra los cristianos, a cuyos sacerdotes, monjes y obispos se condenaba a muertes atroces tras ser juzgados por un consejo de rabinos. "Centenares de cristianos fueron detenidos y ejecutados; en una ocasión en que doscientos creyentes se habían refugiado en un templo, se decidió prender fuego al edificio y quemarlos vivos. Todo esto fue relatado con júbilo por el rey, que envió cartas por toda la península arábiga regocijándose por el sufrimiento que había infligido" (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 74).

[135] La invasión etíope contó con apoyo bizantino, cuyos barcos trasladaron a los guerreros africanos a través del mar Rojo, en el año 520 (KAZDHAN, A., "The notion of Byzantine diplomacy", p. 13).

a poner fin a la independencia de la región y a imponer su gobierno sobre Arabia meridional[136].

Las guerras entre bizantinos y persas, si bien no afectaron directamente a Arabia, sí hicieron sentir sus efectos sobre la región:

> "La sociedad que estaba experimentando una contracción económica pronunciada como consecuencia de las guerras romano-sasánidas. La confrontación y la militarización efectiva de Roma y Persia tuvieron un impacto importante sobre el comercio que se originaba en el Hiyaz o tenía que atravesarlo. Con el gasto gubernamental canalizado hacia el ejército y las economías domésticas sometidas a una presión crónica para apoyar el esfuerzo bélico, la demanda de artículos de lujo debió de caer de forma considerable. El hecho de que los mercados tradicionales, sobre todo en las ciudades del Levante y en Persia, quedaran atrapados en la contienda solo pudo haber contribuido a deprimir aún más la economía de Arabia meridional.
>
> Es posible que pocos grupos notaran tanto el impacto como los quraysh de La Meca, cuyas caravanas cargadas de oro y objetos valiosos habían sido legendarias y que además perdieron el lucrativo contrato para proveer al ejército romano del cuero necesario para las monturas, las correas de las botas y los escudos, los cinturones, etc. Es probable que el sustento de la tribu también se viera afectado por la reducción del número de peregrinos que visitaban el *haram*, un importante santuario dedicado a los dioses paganos de La Meca. (…). Las convulsiones que estaban sufriendo Siria y Mesopotamia tuvieron repercusiones mucho más lejos, y ante la perturbación de tantísimos aspectos diferentes de la vida cotidiana, no es de sorprender que las advertencias de Mahoma sobre el cataclismo inminente tuvieran un eco potente entre la población. La predicación de Mahoma sin duda cayó en terreno fértil"[137].

[136] HOYLAND, *In God's Path*, p. 34.
[137] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 90.

La guerra fracturó el sistema de tribus clientes de Bizancio y Persia en el que se habían movido hasta entonces árabes y beduinos, creando un vacío económico y político que hizo inevitable la reconfiguración del orden preexistente. En el marco de esos cambios socioeconómicos se produjo una asociación de los árabes urbanos de la ciudad con los nómadas del desierto, lo cual creó la confluencia social capaz de generar el gran cambio religioso que supuso la aparición del Islam[138], un fenómeno que para algunos historiadores marca el verdadero final del mundo clásico[139].

2.- La expansión del Islam

La rapidez con que los árabes musulmanes construyeron un imperio a partir de una inconexa colección de tribus asombra hoy en día a los historiadores[140], lo que permite suponer hasta qué punto pudo llegar a ser traumático para los contemporáneos que vieron surgir de las arenas de Arabia una potencia política de un vigor y una fuerza expansiva que, entonces, parecía insuperable -como, en palabras de Woody Allen, los records están para superarse, seis siglos después los mongoles hicieron palidecer el vigor y la celeridad de la expansión musulmana-. Las enseñanzas de Mahoma contribuyeron a que los árabes superaran su estructura tribal[141], ya que la aspiración a la *umma*,

[138] WATT, W. M. "Muhammad", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 23.
[139] HOYLAND, *In God's Path*, p. 8.
[140] Saunders lo calificó como "una de las mayores maravillas de la Historia" (SAUNDERS, J. J. *A history of medieval Islam*. Londres, 1965, p. 39). Cabe recordar que el estudio de los primeros tiempos del Islam presenta enormes dificultades, debido a que las fuentes son extremadamente complejas y difíciles de interpretar (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 89).
[141] Cabe recordar que el Estado musulmán de Mahoma no fue la primera vez que pueblos árabes lograron construir entidades estatales avanzadas. El reino de Palmira o el estado nabateo son ejemplos de ello (SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 9). Sin embargo, sí es llamativo el papel determinante

la extensión universal al Islam, era la antítesis del pensamiento de clan o tribu, y trasladaba la lealtad del linaje a Dios[142]. Aun así, en vida de Mahoma los árabes musulmanes seguían siendo una coalición de tribus y, posiblemente, no llegaron a conseguir institucionalizar un Estado hasta el gobierno del segundo califa omeya, Omar. Este Estado fue construido con notable influencia de la monarquía persa, en particular en la función del califa como limitador de las depredaciones de las élites tribales sobre el conjunto de la sociedad. De hecho, muchos autores consideran que los fuertes vínculos tribales, la denominada *assabiya* de relaciones de sangre y de lazos patrono-cliente, constituyeron una de las ventajas que los árabes supieron explotar frente a sus menos cohesionados enemigos[143].

La mayor parte de la expansión territorial islámica se produjo durante el gobierno de los tres primeros califas -palabra árabe que puede traducirse como "sucesor", en referencia a que son los continuadores de la obra de Mahoma-. En tan solo tres reinados, los musulmanes pasaron de controlar una pequeña extensión de tierra en torno a las ciudades

jugado por las estructuras tribales en la mayor parte de los poderes hegemónicos musulmanes, al menos en sus primeras fases. El elemento tribal está presente en los inicios de los imperios seljúcidas, gaznávida, mameluco, timúrida, mogol, otomano y de los quilzbash; de igual forma, las tribus han seguido siendo elementos políticos de primera magnitud en gran parte del mundo musulmán. Ejemplo de ello son los beduinos, los bereberes, los tuareg, los pastunes y los uigures (BARFIELD, T. J., "Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006, p. 167). Las tribus y las estructuras tribales siguieron siendo durante décadas, cuando no siglos, un problema para los estados musulmanes (TAPPER, R., "Anthropologists, Historians, and Tribespeople On Tribe and State Formation in the Middle East", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006, p. 57).

[142] FUKUYAMA, F., *Los orígenes del poder político*. Madrid, 2016, p. 285; BURBANK, y COOPER, *Imperios*, p. 107.

[143] BARFIELD, "Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective", p. 168.

santas de La Meca y Medina a dominar un imperio, cuya capital situaron en Damasco y que se extendía miles de kilómetros hacia Oriente y Occidente. El motor de esta expansión fue religioso en gran medida, pero no de forma única[144]. Los incentivos materiales jugaron un papel primordial, pues la riqueza que poseían las civilizaciones sedentarias en cuyos márgenes surgió el Islam, era inmensa desde el punto de vista de las sociedades tribales musulmanas. No es casual que uno de los primeros problemas de carácter político y legal que enfrentó el Estado islámico fue el modo en que el botín, tanto mueble como inmueble, debía ser repartido, lo que llevó a la creación de una institución, el *diwan*, cuya función era regular dicho reparto. Los bienes se repartían dejando un quinto al califa; la tierra desocupada conquistada también iba al califa, aunque este solía entregar la mayor parte a las tribus que hubieran participado en la campaña. Se trataba, en palabras de Frankopan, de un "sistema de reparto de riqueza piramidal"[145], que, al situar en su cúspide a aquellos creyentes que habían participado activamente en la conquista, incitaba no solo a la conversión, sino también a la expansión.

El Corán contiene una división del mundo carente de ambigüedad, ya que la Humanidad se divide en creyentes y no creyentes[146], pero el imperio musulmán pronto se convirtió en una realidad mucho más compleja. Los árabes musulmanes se vieron al frente de un imperio que ya no era ni musulmán ni árabe, pues en su expansión había ido absorbiendo a colectivos de otros orígenes y otras culturas, como los daylam de la costa suroccidental del mar Caspio, los clanes Zutt, Sayabija y Andhagar en los límites del subcontinente indio;

---

[144] Henry Pirenne expresó de forma cruda la motivación religiosa de la expansión cuando afirmó: "No puede haber duda de que fue su fanatismo, o si se quiere, su entusiasmo religioso, lo que lanzó a los musulmanes al mundo" (PIRENNE, H., *A history of Europe*. Londres, 1958, p. 47).

[145] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 94.

[146] DONNER, F. M., "Fight for God – But Do So with Kindness: Reflections on War, Peace, and Communal Identity in Early Islam", en RAAFLAUB, K. A., (dir.), *War and Peace in the Ancient World*. Oxford, 2007, p. 299.

los bereberes en el norte de África, marginados del núcleo social bizantino tras las conquistas africanas de Justiniano; los varegos eslavos que desertaron de Bizancio con la promesa de recibir tierras para asentarse en Siria; o los asawira persas, la caballería de élite sasánida que se pasó en masa a las filas árabes en el 638[147].

A la muerte de Mahoma, Abu Bakr se convirtió en el primer califa, o sucesor, pero su liderazgo fue inmediatamente contestado, en el contexto de la rivalidad que enfrentaba a los ánsares de Medina con los muhadjirun de La Meca por el control del mundo islámico[148]. La primera orden de Abu Bakr fue que se llevara a cabo la expedición contra los dominios bizantinos que Mahoma estaba preparando en el momento de su muerte, pero las tribus árabes y seis de los principales núcleos urbanos se rebelaron. Para agravar la situación, en cuatro de estas ciudades surgieron individuos que reclamaban ser ellos mismos profetas sucesores de Mahoma, lo que daba a las insurrecciones un matiz religioso.

Este conjunto de insurrecciones es conocido como *al-ridda*, o las guerras de la apostasía, y consumieron la mayor parte del califato de Abu Bakr[149]. El elemento religioso del conflicto puede inducir a olvidar que la cuestión que planteaban era, en esencia, política: la negativa de las tribus árabes y beduinas a someterse a un poder central, ubicado en Medina, rendirle homenaje, pagarle tributo y someterse a sus designios, así como su deseo de retomar muchas de sus costumbres ancestrales, algunas de las cuales chocaban con el Islam. Solo con el regreso de las tropas que habían partido contra Bizancio, comandadas por el más

[147] HOYLAND, *In God's Path*, pp. 60-61.

[148] Los ánsares son los primeros conversos de Mahoma cuando este llegó a Medina, tras su huida de La Meca, mientras que los muhadjirun fueron quienes acompañaron al Profeta en esa misma huida, abandonando La Meca junto a Mahoma (LAPIDUS, "Tribes and State Formation in Islamic History", p. 32).

[149] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 149.

brillante de los generales árabes, Khalid al Walid, "la espada del Islam", pudo Abu Bakr someter a los rebeldes[150].

Persia fue una de las primeras potencias en sucumbir a la dominación musulmana, exhausta económica y militarmente tras décadas de guerra contra Bizancio[151]. Los musulmanes se lanzaron sobre los dominios persas en el 634, derrotándoles en 636 en Qadisiya[152], tras lo cual los persas se replegaron a las laderas de los montes Zagros, con la esperanza de poder contener allí a los invasores y confiando en que las siempre inestables coaliciones tribales terminarían por desintegrarse. Lograron resistir hasta el año 642, en que fueron derrotados en Najabán, haciendo que el último rey sasánida abandonara las provincias meridionales y centrales[153], por lo que la batalla fue cantada por los cronistas árabes como la "victoria de victorias"[154]. El último rey sasánida aún trató de plantar cara durante años, más como un fugitivo que como un Gran Rey, y terminó siendo asesinado por sus propios servidores. La conquista de Persia fue el gran éxito del gobierno de Abu Bakr, que murió casi al tiempo en que dicha conquista se completó[155].

---

[150] VECCIA VAGLERI, L., "The patriarcal and ummayad caliphates", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 58.

[151] SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 42.

[152] Ese mismo año los guerreros del Islam lograron otro vital victoria al derrotar en Yarmuk al ejército bizantino que el emperador Heraclio había enviado para recuperar los territorios perdidos en vida de Mahoma.

[153] MORATÓ ARAGONÉS-HERNÁNDEZ, M., "*Lar, Persia y los imperios de la pólvora*", p. 4.

[154] VECCIA VAGLERI, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 61.

[155] Algunos de los estudios más modernos afirman que la conquista de Persia, en realidad, tuvo lugar antes de lo que se había creído hasta ahora, situando su desarrollo entre los años 628 y 632. Ello implicaría que la conquista fue una de las causas clave del derrumbamiento sasánida, y no el derrumbamiento del poder persa una de las causas de la conquista. La nueva cronología sería consistente con el modo en que se produjo la conquista de Palestina y la toma

El sucesor de Abu Bakr, Omar, lideró una década de conquistas ininterrupidas, hasta su asesinato en Medina a manos de un esclavo persa de religión cristiana que, pretendiendo vengar a sus compatriotas esclavizados, asestó seis puñaladas al segundo califa cuando se disponía a dirigir la oración del viernes en una de las mezquitas de la ciudad, en el 644[156].

El asesinato de Omar llevó a que la *shura*, el colegio electoral que había reunido en vida del califa, tuviera que elegir un sucesor. Dos eran los candidatos, Otmán -vinculado al prestigioso linaje de los omeyas- y Alí, primo del Profeta y casado con su hija Fátima, perteneciente al linaje hachemita. Ambos contendientes fueron incapaces de llegar a un acuerdo que le diera el califato a uno con apoyo del otro, por lo que acordaron aceptar la decisión arbitral del miembro más respetado de la shura, Abderramán. Este se inclinó por Otmán.

Liderados por el tercer califa, en el 647 los musulmanes cayeron sobre Egipto, dando muerte al exarca Gregorio y haciéndose con el control del país; en los años siguientes, cayeron las provincias bizantinas de Byzacena y Tripolitania, de tal forma que lo único que quedó de las conquistas africanas de Belisario fue la Proconsular[157].

En el 650, desde Egipto, los musulmanes trataron de someter los reinos que repartían el espacio nubio -Nubia, Makuria y Alodia-. La intensidad de la resistencia nubia sorprendió a los invasores, que hubieron de retirarse, incapaces de someter a estos reinos mayoritariamente cristianos, cuya conversión había sido fruto del esfuerzo de los misioneros bizantinos que habían predicado allí usando como base Egipto. Asombrados por la velocidad con que los arqueros

de Jerusalén, en el 630, y la derrota bizantina en Yarmuk, en el 636 (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 94).

[156] SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 57.

[157] WICKHAM, *Framing the Early Middle Ages*, p. 21.

nubios eran capaces de disparar[158], los musulmanes acordaron una tregua, en base a la cual los nubios debían entregar un esclavo diario a cambio de alimentos y otros suministros. Cláusulas adicionales establecían la libertad para que mensajeros y mercaderes recorrieran sin problema los territorios de los firmantes y que se practicaría la devolución de los fugitivos[159].

En la mayor parte de los casos, las anexiones territoriales de las ciudades por los árabes musulmanes fueron llevadas a cabo mediante una fórmula de origen romano, la *deditio in fidem*, según la cual una ciudad que esperaba ser derrotada se rendía antes de que esto ocurriera -la *deditio* propiamente dicha-, confiando en la buena fe del vencedor -la *bona fides* de los romanos- para imponer unas condiciones benévolas sobre la población vencida; estas condiciones quedaban consagradas mediante un acuerdo jurídico formal, que recibía el nombre latino de *pactum*, prestando ambas partes juramento de respetar el contenido del

[158] Más tarde, los españoles tendrían problemas similares frente a los arqueros apaches. Respecto a estas campañas ver MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La guerra contra los apaches bajo el mando de Ramón de Castro y Pedro de Nava en las provincias interiores", en *Revista de Historia Militar,* nº 111, 2012; y, de los mismos autores, "El Convenio de la villa de San Fernando: un acuerdo entre España y los apaches", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y religión en la Historia de España.* Madrid, 2012.

[159] HOYLAND, *In God's Path*, p. 76. La extradición ha sido un elemento clave de las relaciones internacionales desde los primeros tratados conocidos, en el Creciente Fértil, hasta la orden de detención europea diseñada por la Unión Europea, sobre la cual puede verse FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Espacio de libertad, seguridad y justicia: negociaciones de la orden de detención europea", *Glossae,* nº 12 (2015), pp. 263-287; y, de la misma autora, "Cooperación judicial penal comunitaria. La orden de detención europea: Primer instrumento del principio de reconocimiento mutuo de decisiones" en BRAVO DÍAZ, D., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Una década de cambios: de la guerra de Irak a la evolución de la primavera árabe (2003-2013)*. Valladolid, 2013, pp. 61-82.

pacto[160]. Existe un documento, muy discutido en la historiografía, el Pacto de Umar, que recoge, supuestamente, los derechos de las denominadas gentes del Libro -es decir, los cristianos y los judíos- bajo la dominación musulmana: no debían marcar cruces en las mezquitas; el Corán no se enseñaría a los niños que no fueran musulmanes, pero a nadie se le impediría convertirse al Islam; los musulmanes habían de ser respetados y debía atendérseles si solicitaban ayuda de un infiel[161].

En el ámbito interno, Otmán cada vez contaba con menos apoyos. Los opositores a su poder le acusaron de nepotismo, corrupción y abuso de poder[162] y terminó siendo asesinado por tropas amotinadas, en el año 656[163]. La guerra civil se extendió por el imperio omeya. Alí, el primo del profeta, aceptó el califato que los asesinos de Otmán le ofrecieron con la esperanza de evitar el castigo por el magnicidio; la mayor parte de los creyentes no reconoció la autoridad de Alí, que fue expulsado de Arabia por una rebelión y acabó siendo asesinado en Kufa, en Irak, mientras rezaba en una mezquita[164]. Los dos crímenes desencadenaron varias *fitnas* o guerras civiles entre omeyas y hachemitas, logrando los omeyas el poder tras la muerte del hijo de Alí, Hussein, en la batalla de Kerbala. Los seguidores de Alí pasaron a ser denominados chiíes, y creían que el califato debía haber pasado a los descendientes del

[160] HOYLAND, *In God's Path*, p. 96.

[161] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 104. Sobre el Derecho islámico, ver VELASCO DE CASTRO, R., *Introducción al Derecho islámico: jurisdicciones especiales y ordinarias*. Valladolid, 2017, obra tan monumental como imprescindible

[162] VECCIA, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 65.

[163] SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 62.

[164] En los primeros años del siglo XXI, Irak se convirtió de nuevo en campo de batalla entre suníes y chiíes en una suerte de guerra civil larvada desencadenada por la ocupación internacional del país de acuerdo con unos parámetros que guardaban similitudes respecto de la ocupación británica tras la Primera Guerra Mundial. Al respecto puede verse FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., "Un conflicto consecuencia de la Gran Guerra: la revuelta iraquí de 1920", en *Cuaderni del Dipartamento Jonico*, nº 4, 2016, pp. 159-173.

Profeta, encarnados en el linaje de Alí; los suníes, por el contrario, aceptaban la sucesión que había situado en el califato a los Omeya, y siguieron, por tanto, al nuevo califa, el omeya Mutawiya[165]. El Islam quedó dividido de forma irreparable.

El impulso de la expansión no disminuyó: en el 661 se ocupaba Damasco, que se convertiría en la sede del Califato. Las conquistas se ramificaron hacia Anatolia al norte, Asia Central al este y el norte de África al oeste, donde, desde el 670, una nueva oleada de guerreros árabes rompió contra la Proconsular bizantina; su conquista llevaría casi tres décadas y no culminaría hasta la toma de Cartago, en el año 698, dada la fuerte resistencia no de los bizantinos, sino de las tribus bereberes. En el 672, las huestes árabes llegaron hasta los muros de Constantinopla, que fue sometida a bloqueo durante siete años por la flota musulmana. Los bizantinos, pese a que su proyecto de recuperación del imperio occidental y las posteriores guerras con Persia les habían dejado militar y económicamente exhaustos[166], lograron resistir ante un enemigo que poca o ninguna experiencia tenía en la guerra de asedio; finalmente, el fuego griego obligó a los musulmanes a poner fin al bloqueo[167].

La resistencia de la capital de Bizancio ha sido vista por algunos historiadores como un momento cumbre en la Historia, ya que posiblemente evitara que gran parte de Europa acabara sometida por los musulmanes en una fecha tan temprana como finales del siglo VII. Bizancio era la última barrera que separaba a los fervorosos guerreros musulmanes de una Europa fragmentada, dividida, sumida en el caos y los conflictos locales y que difícilmente hubiera podido oponer una resistencia coordinada a una invasión a gran escala como la que planteaba el expansionismo musulmán[168]. La dimensión de la derrota islámica, 30.000 de cuyos guerreros se dejaron la vida en el último

[165] FUKUYAMA, *Los orígenes del poder político*, p. 289.
[166] HALDON, "The Byzantine Empire", p. 219.
[167] PRYOR y JEFFREYS, *The age of dromon*, p. 26.
[168] BURBANK, y COOPER, *Imperios*, p. 103.

asalto, tan infructuoso como los anteriores, contra los Largos Muros[169], dio un respiro de décadas a Bizancio[170].

No obstante, Bizancio no terminó de capitalizar el triunfo. Una de las razones era que su diplomacia, la más avanzada de su tiempo, topó en los musulmanes con una dificultad específica: procedían de una cultura muy diferente al mundo grecorromano y, además, el centro de su política era la fe en una religión ajena al mundo bizantino. Esto era un desafío nuevo para los bizantinos, acostumbrados a tratar en el oeste y el norte con pueblos cristianos o cristianizados que, en muchos sentidos, poseían elementos culturales comunes y para los que Bizancio suponía una suerte de encarnación de lo que fue Roma, con las ventajas que ello suponía a la hora de negociar con ellos. Los musulmanes eran inmunes a las tácticas de intimidación cultural bizantinas, y también eran mucho menos impresionables que búlgaros, pechenegos o ávaros en relación a la riqueza y magnificencia de Constantinopla, acostumbrados como estaban a los tesoros de otras grandes urbes, como Bagdad o Damasco[171].

La expansión musulmana por el Asia bizantina se vio favorecida por las circunstancias económicas y una hábil gestión de las mismas por los conquistadores. A muchos no les importaba ser gobernados por los árabes porque la carga fiscal era muy reducida. El sistema bizantino era efectivo, pero cuando Heraclio recuperó Siria y Egipto de manos sasánidas, hizo recaer el coste del mantenimiento del ejército sobre estos territorios, que sufrieron un gran aumento de la presión fiscal, motivo por el cual gran parte de la población dio la bienvenida a los árabes. Por su parte, los sasánidas habían copiado, en el reinado de Cosroes I, el modelo impositivo bizantino, creando un impuesto sobre

[169] VECCIA VAGLERI, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 80.
[170] Constantinopla sería asediada por segunda vez entre el 717 y el 718; en este caso, los búlgaros acudieron en ayuda de Bizancio, atrapando a los ejércitos musulmanes entre dos enemigos y forzando el levantamiento del cerco (LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 127).
[171] KAZDHAN, "The notion of Byzantine diplomacy", p. 4.

la tierra, llamado *tasca*, y otro por cada habitante, la *karga* -de donde procede el término castellano "carga" en el sentido de gravamen o de elemento negativo que debe arrostrar una persona-. Comparativamente, la presión fiscal que habían de soportar las poblaciones sometidas a los musulmanes era menor, ya que llevaban a cabo una política fiscal de discriminación religiosa que hacía recaer casi todo el peso de la financiación del Estado sobre los infieles. Sin embargo, a diferencia de los gobiernos bizantino o sasánida, donde las persecuciones religiosas habían sido frecuentes, en el resto de aspectos los musulmanes eran institucionalmente tolerantes con los súbditos que no compartían su fe. De este modo, el desplome de los gobiernos bizantino y sasánida sobre Oriente Próximo y Asia Menor se explica en base a dos factores que desincentivaron la resistencia de la población local: disminución genérica de la presión fiscal y tolerancia religiosa inicial[172].

En el marco del enfrentamiento entre musulmanes y bizantinos tuvo lugar la llamada guerra de las monedas. A principios de la década del 690, el califa comenzó a acuñar monedas con la leyenda "No hay más dios que Dios, y Mahoma es su profeta". En un moderno ejemplo de guerra propagandística, los bizantinos reaccionaron reformando su propio modelo de moneda: la imagen del emperador, que hasta entonces se grababa en el anverso, pasó al reverso, y la cara de la pieza pasó a contener una imagen de Jesucristo, con la doble intención de reforzar la identidad cristiana del imperio y recalcar la idea de que este gozaba del amparo de Dios. El califato respondió acuñando monedas con la imagen de un hombre al que se representaba protegiendo las tierras de los creyentes. Durante años, se ha dado por sentado que la figura representada era el califa Abd al-Malik, pero algunos estudios sugieren que pudo tratarse del propio Mahoma, en cuyo caso, los grabados en

[172] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 146 y 149. Esta tolerancia fue desapareciendo poco a poco en las décadas posteriores y resulta curioso el hecho de que, cuando las autoridades islámicas comenzaron a establecer normas que discriminaban a los infieles lo hicieron, en un primer momento, copiando la legislación bizantina que se aplicaba a los judíos y a los seguidores de las corrientes del cristianismo apartadas de la ortodoxia

dichas monedas -en los que la figura viste una túnica amplia, lleva una larga barba y porta una espada enfundada- serían la imagen más antigua del Profeta. Parece que las monedas despertaron cierta inquietud en algunos sectores del mundo islámico, por el uso de la figura protectora y antes de que acabara el siglo VII se introdujo un nuevo diseño en la acuñación: las imágenes desaparecieron y su lugar fue ocupado por versículos del Corán grabados en ambas caras[173].

La gran aportación de los omeyas al mundo islámico probablemente no fueran las conquistas territoriales, sino su sentido de Estado, que permitieron que la coalición tribal ligada tan solo por la fe que dirigió Mahoma se convirtiera en un verdadero imperio en el transcurso de apenas una generación. En este proceso jugó un papel importante el traslado de la capital del Califato de Medina a Damasco, que alejó al califa de la influencia de los grandes jeques tribales de Arabia, dotando a su gobierno de un sentido estatal que trascendía la mera alianza de tribus. El traslado a Siria puso en contacto a los dirigentes musulmanes con el mundo bizantino y con el persa, lo que influyó no poco en su configuración. El progresivo alejamiento de la figura del califa respecto de la comunidad que gobernaba se ha visto como un efecto de las *imagos* imperiales bizantina y persa, que contemplaban esa separación como una forma de realzar la magnificencia y autoridad del gobernante.

Dentro del mundo musulmán no faltaron las críticas tanto al traslado a Damasco como a la nueva forma de gobernar, existiendo corrientes que reclamaban el regreso a Medina, alegando que en Damasco el califato, que implica una noción teocrática, se había convertido en un simple reino, en el sentido político del término[174].

[173] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, pp. 105-106.
[174] SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, pp. 77 y 80.

Mutawiya, el cuarto califa y primero que gobernó tras la escisión chií, tomó conciencia de su papel como líder de un Estado y no de una mera coalición tribal. El primer omeya también dio un paso más allá en cuanto a la definición de la naturaleza política del califato: no solo se trataba de un liderazgo espiritual sobre una fe, el Islam, sino también de un liderazgo político sobre un territorio, el imperio omeya, en el que vivían tanto musulmanes como no musulmanes, a los que era necesario tener en cuenta. Guiado por estas nociones, Mutawiya impulsó un amplio programa de reformas centralizadoras, poniendo fin a lo que se ha denominado el califato patriarcal y dando paso a una nueva forma de gobernar el Islam político. La figura del califa se alejó de la gente y quedó rodeada de una Corte institucionalizada donde regía un protocolo establecido y en el que las apariciones públicas se producían, por lo general durante la oración de los viernes, rodeadas de cierta pompa y con una escolta armada que mantenía alejada a la población[175].

La noción del califa como líder político se encuentra detrás de la tolerancia hacia las comunidades no islámicas, a las cuales se les exigía el pago de un impuesto, la *dhimmia*, a cambio de gozar de la protección de las autoridades musulmanas. La situación de cada una de estas comunidades difería de un lugar a otro, ya que dependía de lo acuerdos que cada uno de los grupos de población hubiera negociado con las autoridades musulmanas en el momento de la conquista[176].

La estabilidad siguió siendo la asignatura pendiente del Califato omeya. Una serie de guerras civiles y revueltas convirtió en califa a Marwan al Hakan -motivo por el cual él y sus diez sucesores son conocidos de forma colectiva como los califas marwanidas-, pero su liderazgo no fue aceptado por las tribus Banu Qays, que habían apoyado a otro los pretendientes, Ibn Al Zubayr. Dado que Marwan fue, a su vez, apoyado por las tribus Banu Kalb, el conflicto no solo fue político, sino también tribal. En el 685, en Mar Rahit, cerca de Damasco, ambas

[175] VECCIA VAGLERI, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 74.
[176] VECCIA VAGLERI, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 90.

facciones se enfrentaron a lo largo de veinte días de combates, triunfando las fuerzas de Marwan. No obstante, la espiral de violencia y venganzas tribales se mantuvo viva por toda Siria, y terminó por crear un conflicto endémico que provocó recelos y rencores entre los árabes norteafricanos -ya que muchos de los vencidos huyeron del núcleo del imperio omeya y se asentaron en las regiones periféricas magrebíes- y los de origen yemení[177].

Para el año 710, la orilla sur del Mediterráneo -a la que llamaron Ifriqiya, usando el término romano- estaba en manos de los guerreros del Califa, que la gobernaban desde centros de poder creados *ex novo* en Kairuán y Túnez. Entonces, los omeyas lanzaron una segunda oleada de conquistas, expandiendo sus dominios hacia el oeste, por un lado, y hacia el corazón de Asia Central, por el otro. En el 711, los musulmanes superaron las Columnas de Hércules e iniciaron la conquista de la Hispania visigoda, un proceso que culminaron en poco más de una década. Ni siquiera esto fue suficiente: los guerreros omeyas cruzaron los Pirineos en el 718 y se internaron en tierras galas, convirtiendo Narbona en su principal base de operaciones en la región[178]. Tras sufrir algunas derrotas a manos de Eudo, duque de Aquitania, los guerreros de Alá reorientaron sus incursiones hacia el valle del Ródano. En el 732 los califas enviaron un gran ejército al norte de los Pirineos, que por fin pudo derrotar a Eudo, en algún punto entre el Garona y el Dordoña.

El mayordomo de Austrasia, Carlos Martel, acudió al frente de una heterogénea coalición de tropas, llegando a tiempo de salvar Tours del ataque de los musulmanes, para después enfrentarse a ellos en campo abierto en la batalla de Poitiers, a la que se llegó tras siete días en los que uno u otro de los ejércitos maniobró para evitar el choque. Cuando llegó el momento crítico, la caballería musulmana se lanzó contra las filas francas, pero los guerreros de Martel resistieron, hombro con hombro tras su muro de escudos, hasta que llegó la noche. Al

[177] VECCIA VAGLERI, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 83.
[178] VECCIA VAGLERI, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 95.

amanecer del día siguiente, los cristianos comprobaron con sorpresa que los musulmanes habían abandonado el campo al amparo de la oscuridad, dejando tras de sí su bagaje[179]. Las pérdidas entre los musulmanes fueron tan grandes, incluyendo a su líder, Abderramán, y a la mayor parte de sus comandantes, que las fuentes musulmanas se refieren al combate como "el camino de los mártires". No obstante, las pérdidas del ejército "europeo", como lo denomina la *Crónica Mozárabe,* escrita en Toledo por un monje de origen visigodo, usando por primera vez el término para definir a la coalición de francos, visigodos, lombardos y burgundios, así como los restos de las tropas feudales de Eudo, liderada por Carlos Martel, también debieron serlo, ya que los francos aún tardarían dos décadas en recuperar Narbona, la última posesión musulmana al norte de los Pirineos[180].

La expansión musulmana prosiguió por las islas del Mediterráneo: Creta fue arrebatada a los bizantinos en el 826 por exiliados procedentes de Al Andalus[181], alterando el equilibrio naval en el Mediterráneo oriental[182]; Sicilia corrió la misma suerte en el 876.

---

[179] VECCIA VAGLERI, "The patriarcal and ummayad caliphates", p. 96.

[180] SAUNDERS, *A history of medieval Islam*., pp. 91-92.

[181] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 26. Quienes se hicieron con la isla del Egeo eran muladíes y cristianos de origen cordobés que habían abandonado la ciudad andaluza tras las "matanzas del arrabal", lo que provocó su exilio primero a Fez; con dicha ciudad como base, un grupo de estos exiliados llegó a conquistar Alejandría, puerto que utilizaron para la posterior expedición contra Creta, donde crearon un emirato independiente que perviviría hasta el año 931.

[182] PRYOR y JEFFREYS, *The age of dromon*, p. 47. Los bizantinos enviaron a embajadores a la corte del emirato de Córdoba, ya que los musulmanes que habían ocupado la isla eran andalusíes. Se buscaba un acuerdo de amplio espectro para combatir el poder de los califas de Oriente Próximo, alianza en la que los bizantinos esperaban incluir no solo al emirato hispánico, sino también a las fuerzas carolingias. No obstante, el emir cordobés Abderramán II no quiso verse arrastrado a un juego de poder global en la cuenca mediterránea y declinó intervenir en el asunto de Creta, alegando que quienes la habían tomado eran traidores y expatriados sobre los que no tenía ni podía

Tras estos triunfos navales, el poeta musulmán Ibn-Khaldun afirmó que los árabes podían hacer en el mar lo que quisieran, sin que los cristianos se les pudieran oponer. Se trataba, sin duda, de una exageración, dado que los normandos recuperarían al poco tiempo el dominio naval del Mediterráneo para los cristianos, que lo retendrían al menos hasta la segunda mitad del siglo XV. Factores geográficos favorecieron este dominio, ya que las costas del norte del Mediterráneo ofrecían mejor resguardo contra los vientos y sus mareas favorecían las condiciones de navegación respecto de la orilla sur[183].

Los romanos habían considerado su mar al Mediterráneo -*Mare Nostrum*-, y esa noción del Mediterráneo como un espacio unido fue reforzada con el paso de los años por las rutas comerciales y las prácticas mercantiles[184]. No obstante, la expansión musulmana rompió con ese concepto de espacio unitario, desestabilizó el comercio internacional en el Mediterráneo y tuvo graves consecuencias para todo el sistema económico europeo, que giraría su punto de gravedad, alejándolo del *Mare Nostrum*:

> "Desde ahora el Mediterráneo separa en vez de unir; se rompe así el vínculo entre Bizancio y los reinos cristianos de Occidente. A partir del siglo VIII, la historia económica europea deja de tener el Mediterráneo como centro, convirtiéndose en una economía cerrada, que pondrá su centro en la Europa continental, más concretamente en las zonas del centro del

ejercer autoridad alguna (MARTÍN, J. L., *Manual de Historia de España. 2. La España Medieval*. Madrid, 2000, p. 175).

[183] ROSE, S. *Medieval naval warfare. 1000-1500*. Londres, 2002, p. 27.

[184] VAN DOOSSELAERE, Q., *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*. Cambridge, 2009, p. 26. Pryor y Jeffreys acotan más el periodo en el que el Mediterráneo fue un lago romano: entre la batalla de Actium, en el 43 a. C., y la de los Dardanelos, en el 324 (PRYOR y JEFFREYS, *The age of dromon*, p. 7).

> imperio carolingio pues el avance del Islam por el Mediterráneo cerrará los puertos orientales a Europa".[185]

Los musulmanes no solo volvieron sus ojos hacia Occidente. Sus huestes también se lanzaron sobre las inmensas planicies de Asia Central. Sus ciudades, enclavadas a lo largo de milenarias rutas comerciales, fueron cayendo una tras otra y el cobro de los tributos que se les impusieron llevaron pingües beneficios a las arcas de los califas. La ausencia de una estructura política o militar unificada o de un sistema de alianzas militares entre ciudades fue el elemento clave que permitió la conquista. En algunos lugares, quienes resistieron pagaron muy cara su osadía, como los gobernantes de Balj -en Afganistán- o de Panjikent, -en el actual Tayikistán-, a quienes los conquistadores musulmanes crucificaron en público.

A medida que se adentraban en el interior de las estepas, los musulmanes hubieron de hacer frente al caos que había generado el derrumbamiento de la influencia persa en la región, lo cual había supuesto un nuevo auge de las tribus nómadas, en especial de los turcos. Los musulmanes consiguieron derrotar a estos a lo largo de la década del 730, en especial después de que el caudillo túrquico más destacado, Sulu, fuera asesinado en el curso de una pelea suscitada por una turbulenta partida de *backgammon*. En dos décadas más, los guerreros del Califato entraron dentro de la esfera de influencia de los emperadores chinos, provocando un choque por el control de la región que se solventó en la batalla del río Talas, en el año 751. La victoria islámica supuso que Asia Central quedó dentro de su esfera de influencia cultural, religiosa y económica, mientras que China fue obligada a replegarse hacia Oriente[186]. En la serie de alteraciones que

[185] GALLEGOS VÁZQUEZ, F., *Comercio, fueros y jurisdicciones locales en el Camino de Santiago Medieval*. Valladolid, 2016, p. 18.

[186] Un relato, seguramente legendario, sostiene que el conocimiento del papel llegó al mundo musulmán a través de los prisioneros chinos capturados en el río Talas.

siguieron a la batalla, un pueblo islamizado, los uigures, consiguió hacerse con un importante nicho de poder, construyendo asentamientos permanentes -como Balasagun, en Kirguistán- y convirtiéndose con rapidez en la fuerza dominante en los límites orientales de la expansión del Islam, reemplazando a los sogdianos como controladores del comercio a larga distancia en Asia Central[187].

3.- El Califato abasí

El gran problema del Califato fueron las divisiones internas. La que provocó la fragmentación del Islam en suníes y chiíes fue la más grave, pero no la única. A comienzos del siglo VIII comenzó a tomar fuerza un grupo opositor al poder omeya, los abasíes, así denominados por descender de Abbas, tío del profeta. Asentados en Kufa, extendieron su influencia por el Jorasán, socavando el poder del califa de Damasco. La ejecución por las autoridades de sucesivos líderes abasíes acabó situando al frente del movimiento a Abu Muslim, un esclavo de origen persa, cuyas extraordinarias dotes políticas le permitieron ascender entre los abasíes. Su condición de persa le permitió atraer a su causa a un gran número de súbditos no árabes del Califato, que se sentían discriminados bajo el gobierno omeya y que esperaban que su suerte mejorara con Abu Muslim. En junio del 747, en Merv[188], Abu Muslim enarboló las dos banderas negras que le entregó un imán, un símbolo de connotaciones más mesiánicas que políticas, y dio comienzo, al frente de dos mil guerreros, a una rebelión

[187] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, pp. 109-112.

[188] "Merv fue una de las principales beneficiarias de las rutas comerciales de Asia Central: su expansión fue tal que un contemporáneo llegó a describirla como la «madre del mundo». Situada en el límite meridional de la estepa, se encontraba perfectamente ubicada para tratar con el mundo nómada y, al mismo tiempo, servir como punto de encuentro clave en el eje Oriente-Occidente que formaba la columna vertebral de Eurasia. En palabras de un autor, era una «ciudad encantadora, hermosa, elegante, brillante, amplia y agradable». (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 126).

abierta contra el poder de Damasco, dando a su revuelta un matiz claramente político -contra la opresión de los Omeya- y no étnico -contra los árabes-, lo que le permitió granjearse también el apoyo de parte de la población de origen arábigo[189].

El triunfo de la rebelión abbasí refleja la incapacidad del Califato omeya para superar uno de los problemas endémicos que los gobiernos musulmanes han debido afrontar a lo largo de su historia: la integración cohesionada y pacífica de dos espacios de poder, el centro del poder estatal y su periferia, en muchos casos formada por estructuras que conservan elementos de corte tribal. Esta dicotomía centro-periferia, que se reflejó en las fuerzas abasíes procedentes de los límites del Califato marchando sobre Damasco, es un fenómeno tan manifiesto que las sociedades musulmanas le han dado diferentes nombres, como la tensión entre *bled el-makzhen* (el centro) y *bled es-sia* (la periferia) en el Norte de África, o entre el *hokhumat* (el centro) y el *yaghistan* (la periferia) en el mundo afgano[190].

En el año 750, los abasíes, con ayuda de elementos chiíes, rebeldes carajitas y guerreros jorasaníes de origen persa, derribaron a las autoridades omeyas de Damasco y crearon su propio califato, trasladando la capitalidad a Bagdad[191]. Tan pronto como obtuvieron la victoria, los abasíes acabaron sistemáticamente con los omeyas, exterminándolos hasta el punto de que el único superviviente conocido fue Abderramán I, que creó su propio emirato en Al Andalus[192], en lo que sería la primera ruptura de la unidad política del Califato.

---

[189] SAUNDERS, *A history of medieval Islam,* p. 101.
[190] BARFIELD, "Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective", p. 174.
[191] El traslado fue realizado por el segundo califa abasí, que decidió construir una nueva ciudad en las inmediaciones de la que fuera capital de Persia, Ctesifonte (SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 103).
[192] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 150.

Los abasíes pronto se volvieron contra quienes habían sido sus aliados y los aniquilaron u obligaron a huir fuera de las fronteras del Califato, y se consagraron a una labor de reconstrucción del Estado, basada en la centralización política, ya que, como señala Geanakoplos, "la revolución abasí fue mucho más que un simple cambio de dinastías"[193]. En este marco surgió la figura de los visires, una suerte de primer ministro en quien se concentraba la gestión del poder político, que sería uno de los instrumentos institucionales más específicos de la administración islámica. No obstante, los abasíes acentuaron los elementos religiosos subyacentes en la figura del califa, que le dotaban, en última instancia, de un poder que rayaba lo absoluto, en la línea del despotismo nada infrecuente en las formas de gobierno orientales.

El traslado de la capital a Bagdad y los orígenes de la dinastía acentuaron la influencia persa sobre los modos de gobierno. Bajo la dinastía omeya, los árabes habían constituido el colectivo dominante del Califato; los abasíes, por su parte, implementaron una estructura sociopolítica más igualitaria, creando una verdadera cultura musulmana que transcendía las divisiones étnicas, lingüisticas y sociales entre árabes, persas, sirios, greco-bizantinos o turcos[194]. Sin embargo, las reformas centralizadoras acentuaron la división entre el mundo urbano y el mundo rural, una grieta que había comenzado a ensancharse cuando, en el periodo de conquistas, los Omeya determinaron que los colectivos árabes se concentraran en los núcleos urbanos en vez de diseminarse por el mundo rural, a fin de mantener su identidad y evitar que su integridad cultural se diluyera entre las masas de bereberes, persas o pueblos túrquicos que iban siendo conquistados y convertidos[195].

[193] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 151.
[194] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 151.
[195] FUKUYAMA, *Los orígenes del poder político*, p. 291; BURBANK, J., y COOPER, *Imperios*, p. 109.

El proceso de desintegración del Califato abasí comenzó casi en el mismo momento de su fundación, cuando Abderramán I creó el emirato de Córdoba, arrebatando a los califas de Bagdad todas sus posesiones en la península ibérica. Una serie de inviernos excepcionalmente difíciles, entre el 920 y el 960 agravó la situación, complicada aún más con un cambio en el poder que llevó a la dinastía búyida a controlar el núcleo de los territorios abasíes, de tal forma que el propio califa era poco más que un títere[196].

El golpe más duro que recibió el Califato fue la pérdida de Egipto, uno de sus dominios más ricos. Partiendo desde un pequeño dominio que había actuado de forma semindependiente durante décadas, los fatimíes, un clan chií que afirmaba descender de Alí y que hasta entonces había acatado la autoridad política del califa, aunque le negara la religiosa, marchó sobre la capital de la administración abasí en Egipto, Fusa, logrando un enorme apoyo popular debido a la devastadora situación de hambruna creada por la ausencia de crecida del Nilo en el año 969[197]. La administración de los abasíes se derrumbó y el Egipto fatimí se convirtió en una potencia independiente. Crearon, a imagen y semejanza de lo que habián hecho los abasíes, una nueva capital, El Cairo, que terminó por superar en esplendor y poder a Bagdad, sede del poder abasí[198]

La descomposición del Califato continuó por el este, cuando a comienzos del siglo XI los descendientes de un general esclavo de origen túrquico crearon un imperio centrado en Gazni, en el Afganistán contemporáneo. Con un ejército tan numeroso que los cronistas lo comparaban con hormigas o langostas, los gaznavíes conquistaron un territorio que abarcaba desde Persia Oriental al norte de la India. A su vez, los turcos carajitas fueron otros de los beneficiarios de la pérdida de poder del califa de Bagdad. Se hicieron con el control de

[196] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 145.
[197] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 145.
[198] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 153.

Transoxania, crearon un reino al norte del Oxus y llegaron a acuerdos internacionales para delimitar sus fronteras con el imperio de Gazni, marcando el propio río Oxus -el actual Amur Daria- la frontera entre las dos potencias[199].

[199] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 151.

CAPITULO III

VASALLOS Y SEÑORES

1.- El feudalismo en Europa Occidental

> "Según el punto de vista convencional, la desintegración política y militar del poder romano en el oeste provocó el fin de una civilización. La Antigüedad sofisticada murió, dejando al mundo occidental sumido una suerte de Edad Oscura de pobreza material e intelectual de la que tardaría un siglo en escapar"[200].

Esta es la visión asociada, en líneas generales, al feudalismo, el cual, según Service, en su modelo clásico es la suma de tres fenómenos o características:

- La formación de un sistema de relaciones personales jerárquicas, de carácter voluntario, denominado vasallaje.

---

[200] WARD-PERKINS, B., *The fall of Rome and the end of the civilization*. Oxford, 2005, p. 2.

- Un régimen de posesión de la tierra basado en feudos, donde los trabajadores agrícolas tienen la categoría de siervos respecto del propietario del feudo.

- Un sistema económico de subsistencia, casi por completo local y autosuficiente, lo cual supone una descentralización de la economía, al igual que de la política[201], ya que, "desde el punto de vista del desarrollo político lo fundamental del feudalismo europeo no era la relación económica entre señor y vasallo, sino la descentralización de poder que implicaba"[202].

Todas estas características pueden relacionarse de forma directa con las circunstancias que generaron el derrumbamiento de Roma[203], provocando la fragmentación territorial y política, así como la ruralización de la sociedad[204], procesos acelerados tras la descomposición del imperio carolingio a finales del siglo IX[205]. El origen del feudalismo y su relación con la caída de Roma han sido sintetizados por José Luis Martín:

> "Las guerras entre quienes aspiran al cargo imperial dificultan los contactos entre las diversas partes del Imperio y provocan un descenso de la producción en el momento en que más ingresos necesita el Estado para atender a la defensa de las fronteras, que exige cada vez mayores impuestos. Estos recaen sobre una población agotada que busca eludir sus obligaciones

[201] SERVICE, E., *Los orígenes del estado y la civilización*. Madrid, 1984, p. 100.
[202] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 168.
[203] Sobre esta idea, Wallerstein matiza que la desaparición de Roma no fue completa, ni siquiera *de iure*, en referencia a la pervivencia en Bizancio del imperio romano de Oriente (WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México, 1974, p. 24).
[204] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 11.
[205] GANSHOF, "La Edad Media", p. 446.

> fiscales por todos los medios: los pequeños propietarios de tierra la cederán a los grandes terratenientes, exentos del pago de impuestos y rodeados de grupos armados que garantizan su seguridad y la de los campesinos que se acogen a su protección tras hacerles entrega de tierras que vuelven a recibir en usufructo con la obligación de reconocer la autoridad del propietario, que actúa en los momentos de inseguridad como funcionario, más o menos oficioso, del Imperio. A los nuevos campesinos dependientes se unen los artesanos que, oprimidos por el fisco y con grandes dificultades para obtener las materias primas y los alimentos, así como para dar salida a sus artículos en una sociedad en la que el escaso dinero existente se dedica al pago de los impuestos, abandonan la ciudad y ofrecen sus servicios a los terratenientes, se convierten en campesinos que sustituyen a la mano de obra esclava o en miembros de las clientelas armadas que aseguran al señor y a sus campesinos la defensa y seguridad que el Estado no puede proporcionar"[206].

El feudalismo, tal y como se desarrolló en Europa, es un fenómeno de extraordinaria complejidad que no se repitió en ningún otro lugar del mundo, ya que los modelos de corte feudal que se encuentran fuera del Viejo Continente son muy diferentes, como el sistema denominado de "gran hombre" en Nueva Guinea o las relaciones clientelares en muchos lugares de África. Estos patrones son similares al feudalismo europeo en cuanto a los vínculos personales se refiere, pero no presentan relación con la tierra, su posesión y su gestión. Otros sistemas socioeconómicos han tenido similitudes con el feudalismo en su faceta vinculada a la tierra, como es el caso de los latifundios y las haciendas en Latinoamérica, pero no presentaban lazos jurídicos de sujeción entre individuos[207].

[206] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 12.
[207] SERVICE, *Los orígenes del estado y la civilización*, p. 101.

Desde el punto de vista económico, el feudalismo se caracterizaba por la aparición de pequeños núcleos agrícolas y autosuficientes, cuya producción y población tuvieron un crecimiento extremadamente lento. En él, el sistema jurídico dirigía los excedentes hacia la élite formadas por los señores feudales, los cuales tenían el control de la fuerza y del mencionado aparato jurídico de la sociedad. Desde la perspectiva política, el ejercicio del poder quedaba en manos del monarca y de una serie de nobles, auxiliados por una clase social, los caballeros -herencia de los *commitatus* germánicos- que, al ser una élite guerrera, disponían del monopolio de la fuerza en la sociedad medieval[208]. Entre estos señores, los caballeros y el resto de la sociedad, se extendía una red de lazos y vínculos de lealtad de índole privada, que constituían el núcleo del sistema feudal, en base a la doble institución del vasallaje -la relación de lealtad que vinculaba de forma desigual a dos individuos[209]- y el beneficio -lo que recibía quien prestaba su lealtad en compensación por ello-:

> "El vasallaje es el vínculo que une a un guerrero con un señor, cuando el vasallo le presta homenaje y un juramento de lealtad. El vasallaje, básicamente, significa una relación mutua y de por vida entre el señor y su vasallo. Los francos carolingios daban al vasallaje gran importancia, ya que usaban a los vasallos para crear grandes ejércitos que se unían a los liderados por el rey. La lealtad personal de un guerrero a su señor *(commendatio)* era la parte central del vasallaje. Solo cuando el vasallo era recompensado con una concesión de tierras *(beneficium)* esta relación se denomina vasallaje feudal. La concesión se realiza a cuenta del servicio futuro del vasallo *(servitium dehitum).* Al final de la Edad Media, las concesiones comenzaron a tomar la

[208] LUSCOMBE, D. E., "Introduction: the formation o f political thought in the west", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008, p. 159.
[209] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 97.

> forma de cantidades económicas y de otros tipos de recompensa"[210].

Con toda probabilidad, la primera de las instituciones jurídicas que comenzó a desarrollarse fue el vasallaje, en la que convergían la herencia romana de la clientela y la herencia germánica del *commitatus*, el séquito de guerreros que acompañaba a los caudillos tribales y que combatía a sus órdenes hasta la muerte a cambio de la protección, el cuidado y la manutención que les facilitaba el líder. El vasallaje era visualizado jurídicamente a través del homenaje, una ceremonia de origen franco que solía incluir una forma física de sumisión, por lo general el arrodillamiento del vasallo frente al señor. Asociado también al vasallaje está el beneficio, la concesión de tierras, que a finales del siglo XI fue reemplazado por el término feudo, con el significado de una concesión de tierras a cambio de servicios, por lo general militares, una respuesta político-social al caos generado por las invasiones de los siglos IX y X. En el cambio entre estos siglos, el gobierno fue quedando cada vez más en manos de los poderes locales, que lo ejercían basándose en los vínculos privados entre personas, más que en base a derechos u obligaciones de naturaleza pública. Con la aparición de la jurisdicción señorial reemplazando a la del rey en los señoríos, lo que ocurrió hacia el año 1000, se completó la formación institucional del feudalismo[211].

Para Strayer "el feudalismo en Europa Occidental es esencialmente político; es una forma de gobierno en la cual la autoridad política es monopolizada por un pequeño grupo de líderes militares, pero que se distribuye de manera bastante equitativa entre los miembros

[210] LUSCOMBE, "Introduction: the formation o f political thought in the west", p. 160.
[211] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, pp. 97-98.

del grupo"[212]. El feudo era en principio revocable, pero se patrimonializó y los vasallos se convirtieron en señores en sus propios feudos, lo cual era una perversión de la institución jurídica original.

Lo que hace único al feudalismo es su carácter distributivo del poder político[213], simbolizado muchas veces en su visualización como una pirámide de señores y vasallos con los campesinos sin tierras en la base y el rey en la cúspide[214]. Este carácter distributivo supone el debilitamiento del Estado, hasta el punto de que algunos historiadores creen que en el feudalismo puro el Estado no existe, pues todos los lazos son privados -entre personas-, por lo que los lazos públicos -entre individuos e instituciones- desaparecen por completo. Es discutible que algo así llegara a suceder, pero lo cierto es que el Estado quedó debilitado de tal manera que su capacidad de actuación era mínima. En la mayor parte de los casos, carecía de fuerza para imponerse a los señores locales[215], por lo que también tenía dificultades para lograr una actuación efectiva en el plano de la diplomacia internacional. Incluso una competencia del Estado como era el ejercicio de la justicia dejó de ser ejecutable a nivel estatal. La ley romana, que los clérigos y la Iglesia mantuvieron, era en muchos casos incompatible con las costumbres germánicas de la población de los nuevos reinos y con la fragmentación legal de estos pueblos, que poseían una ley personal, lo que implicaba, en un ejemplo que brinda Harding, que cinco personas en la misma habitación pudieran estar sometidos a cinco formas legales diferentes. Uno de los efectos de la personalización de la ley fue que una disputa

[212] STRAYER, J. R., "Feudalism in western Europe", en. CHEYETTE, F. L., (ed.), *Lordship and community in Medieval Europe*. Selected Readings. Nueva York, 1968, p. 13.
[213] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 168.
[214] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 99.
[215]WICKHAM, CH., "The Other Transition: From the Ancient World to Feudalism", en *Past and Present*, n.º 103, 1984, p. 16.

era más fácil de resolver mediante arbitraje local que a través de la aplicación de una ley general[216].

Todo ello ha generado una visión popular que asocia al feudalismo con el caos, la descomposición y el desorden, lo cual requiere ser matizado. Los señores feudales, lejos de ser agentes de la anarquía, fueron, para la inmensa mayoría de la población europea medieval, el único resquicio de orden y seguridad -con todas sus luces y sombras- en un contexto en el que el sistema previo, basado en el poder central del gobierno romano, se había derrumbado. De hecho, cabe recordar que en los lugares en los que monarcas fuertes trataron de imponer la dominación del Estado sobre la de los señores, este proceso fue visto por la población, y no solo por los nobles, como un ejercicio de tiranía, como ocurrió en el mundo alemán con el emperador Enrique IV o en Inglaterra bajo los primeros reyes normandos[217]. Como se ha señalado, "el sistema feudal era cualquier cosa menos anárquico"[218].

En la intensidad de la feudalización a lo largo y ancho del continente se observa un patrón creciente a medida que se produce un desplazamiento geográfico de Oeste a Este. En ningún lugar fue tan superficial el feudalismo como en la Península Ibérica, en buena medida por el fenómeno específico de la Reconquista, el proceso político y militar por el que los reinos peninsulares cristianos recuperaron el territorio perdido a manos de los musulmanes entre el siglo VIII y el XV[219]. Por el contrario, cuanto más al este, más duras eran las condiciones de vida de los siervos. Sirva de ejemplo recordar que, en

[216] HARDING, A., *Medieval law and the fundations of State*. Nueva York, 2001, p. 12.
[217] LUSCOMBE, "Introduction: the formation o f political thought in the west", p. 158.
[218] VAN CAENEGEM, R., "Goverment, law and society", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008, p. 200.
[219] MARTÍNEZ PEÑAS, L., *Introducción a la historia del Derecho y de las Instituciones*. Valladolid, 2016, p. 67.

Rusia, los campesinos solo disfrutaban de libertad para desplazarse en el día de San Jorge, y esto estaba limitado a los siervos que no tuvieran deudas por satisfacer[220].

La variación de intensidad del feudalismo tenía que ver con la existencia de poderes diferentes a la propia nobleza en los que la autoridad central de la Corona podía apoyarse para limitar, al menos en parte, el poder de los aristócratas. En Occidente, ese elemento de apoyo fueron las ciudades, que en la mitad occidental de Europa eran más prósperas, activas y mayores en tamaño y población de lo que eran en la parte oriental; por tanto, su poder era mayor en Francia u Holanda de lo que era en Rusia o Hungría. Con el apoyo urbano, los Estados occidentales pudieron limitar los excesos de los nobles, pero, sin ese apoyo, en el este los nobles no tuvieron limites políticos, jurídicos o institucionales. Algunos monarcas buscaron otro tipo de apoyos, como el rey húngaro Bela IV, que invitó a asentarse en sus dominios a tribus paganas, en especial a los cumanos, con la esperanza de que le sirvieran de apoyo contra los nobles. El resultado fue catastrófico: cuando los mongoles invadieron el país, ni los cumanos ni los nobles acudieron a los llamamientos de la Corona, las escasas fuerzas militares del rey fueron aniquiladas en Mohi, en 1241, y el país devastado de punta a punta. Así pues, aunque la imagen popular del feudalismo sea la Francia medieval, el feudalismo en Rusia o Polonia era más profundo e intenso.

Los reinos de origen bárbaro que surgieron de los rescoldos del imperio romano no fueron estados feudales desde el primer momento. Cada uno de ellos trató de mantener en funcionamiento las estructuras imperiales puestas al servicio de las nuevas monarquías tanto tiempo con les fue posible, en especial los sistemas de recaudación de impuestos. Así lo demuestra que, en el siglo V, el reino visigodo en Hispania, los francos y burgundios en sus reinos de la Galia, los ostrogodos en Italia y los vándalos en el Norte de África cobraban

[220] FUKUYAMA, *Los orígenes del poder político*, p. 533.

impuestos a sus poblaciones, al igual que lo había hecho Roma[221]. Durante décadas, las estructuras del mundo romano siguieron constituyendo la columna vertebral de los nuevos reinos germanos: su sistema impositivo, sus ciudades, su Iglesia, su administración, su Derecho…[222] Pero cuando estas estructuras no pudieron ser sostenidas, el feudalismo se impuso como modelo económico, social y político.

El comercio internacional o a larga distancia era mínimo dentro de la estructura feudal. Los excedentes en especie no podían ser transportados a largas distancias, ya que el tiempo que requería solía echarlos a perder, al tratarse, en su mayor parte, de productos agrícolas. Esto limitaba el comercio internacional a los productos con un alto precio por unidad, y para este tipo de mercancía el mercado era muy escaso, pues se circunscribía a las élites. La desmonetarización de la economía también dificultaba las transacciones internacionales.

Todo esto supuso una disminución de los sistemas internacionales durante buena parte de la Edad Media, hasta el punto de que "Europa quedó convertida en una sucesión de pequeñas redes interconectadas y entrecruzadas, sin cabeza ni centro"[223]. El principal actor de las relaciones internacionales, el Estado, se debilitó hasta casi desaparecer en algunos puntos. La diplomacia internacional se vio limitada, y lo mismo ocurrió con el comercio de larga distancia. En Occidente, las guerras se convirtieron en conflictos locales y estacionales, disputados con ejércitos por lo general no profesionales liderados por una élite guerrera aristocrática, por lo que las campañas tenían un alcance restringido en el espacio y el tiempo. Habría que esperar a las Cruzadas y, ya en la Baja Edad Media, a la guerra de los Cien Años para que se rompiera este patrón. Un tercer conflicto, la Reconquista hispánica que enfrentó a los reinos cristianos contra los

[221] WICKHAM, "The Other Transition: From the Ancient World to Feudalism", p. 19.
[222] WARD-PERKINS, *The fall of Rome and the end of the civilization*, p. 68.
[223] MANN, M., *The sources of social power. A history of power from de beginning to ad. 1760*. Cambridge, 1976, p. 376.

reinos musulmanes en la península ibérica tiene unas características sumamente especiales, que, por su alcance geográfico limitado, influyó poco en la escena internacional general.

Una de las herencias políticas más importantes que del feudalismo pasó a la noción del Estado moderno es la que conceptualiza la relación entre súbditos y Estado como un contrato. En palabras de Nelson:

> "El Estado moderno ha eliminado la mayor parte de las normas y valores feudales, pero en materia de instituciones políticas nuestro mundo presente mantiene un elemento cuyos orígenes pueden trazarse directamente hasta su origen feudal: la noción de que la relación entre gobernantes y ciudadanos se basa en un acuerdo mutuo, lo que significa que los gobernantes tienen deberes, al igual que derechos, y que la resistencia contra los gobernantes que rompen este contrato es legítima (…) Esa noción feudal se opone al absolutismo regio, que nunca pudo superarla por completo, y es el punto de arraque de la limitación de los poderes del monarca y de las formas de gobierno constitucionales, que se basan en la idea de que todos los individuos deben actuar dentro de la ley"[224].

2.- El control de la violencia

Un sistema social es vulnerable ante la amenaza de la fuerza cuando fracasa primero en el establecimiento de un código de conducta aceptado por los actores de forma voluntaria o mediante la imposición de sanciones para quien no se amolde a él y luego en conseguir el consenso sobre los patrones normativos vigentes. Para asegurar la estabilidad y, por tanto, la paz de una sociedad, debe haber una autoridad central capaz de hacer que el sistema legal funcione, algo que,

[224] NELSON, J., "Kingship and empire", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008, p. 221.

en muchos momentos y lugares del Medievo europeo no existió, lo que explica en parte la presencia de la violencia como un elemento constante de las sociedades medievales[225].

Un mundo intrínsecamente violento no podía dejar de buscar soluciones a ese problema, lo que se tradujo en la Edad Media en una serie de campañas por la paz entre los siglos X y XVI que son, posiblemente, los movimientos pacifistas continuos más dilatados de la historia humana. Sus logros concretos se centraron en dos aspectos: la Paz y la Tregua de Dios, entre los años 900 al 1100; y la Paz de la Tierra, en el periodo comprendido entre el año 1100 y el final de la Edad Media.

El primer ejemplo conocido de *Pax Dei*, o Paz de Dios, es la legislación del sínodo de Charroux, celebrado en el invierno del 989 al 990, en el que los clérigos, liderados por el arzobispo Gumbald de Burdeos, proclamaron anatema contra aquellos que irrumpieran en Iglesias, atacaran a religiosos desarmados o confiscaran el ganado de los campesinos sometidos a la jurisdicción de las abadías y conventos. Otra serie de sínodos amplió estas prohibiciones a construir castillos o fortificaciones que amenzaran las tierras y propiedades primero de Cluny y luego del resto de monasterios y abadías.

La *Tregua Dei* o Tregua de Dios surgió en el concilio de Toulouges, en el condado del Rosellón, en 1027, prohibiendo los ataques al enemigo entre la tarde del sábado y el lunes por la mañana, para respetar el día del señor:

> "Desde la hora nona del sábado hasta la hora prima del lunes estaba prohibido cometer hechos violentos en las iglesias, cementerios y otros lugares consagrados. Atacar al clero, religiosos o religiosas, provocar a los fieles que se reunían

[225] HEYN, U., "Arms limitation and the search of peace in Medieval Europe", en *War and Society*, nº 2, 1984, p. 1. El resto del epígrafe, salvo cita en contrario, sigue las líneas de este trabajo, pp. 4-6.

> en los oficios o en reuniones y molestar en las proximidades, en un radio de 30 pasos alrededor de un edificio religioso"[226].

Igual que ocurría con la Paz de Dios, el concilio estableció sanciones espirituales para quien violara la Tregua de Dios, pero contando, además, con el respaldo de la ley del rey, que podía perseguir a quien violara la tregua incluso dentro de las jurisdicciones de los señores feudales. Para asegurar su cumplimiento, en Francia se creó una milicia específica, la *militia pacis*, y para juzgar y sentenciar con prontitud a los infractores se crearon tribunales especiales, las *audientiae pacis* o *iustitiae pacis*[227]. El Concilio de Narbona fue más allá en el año 1054 y estableció que ningún cristiano debía matar a otro cristiano, puesto que al hacerlo derrama la sangre de Cristo. Las instituciones jurídicas de la Tregua y la Paz de Dios se extendieron por la mayor parte de Europa Occidental, llegando a Lombardía, Normandía y España en el 1068 y a Flandes en el 1071. Los concilios de Lieja del 1083 y de Colonia, en el año siguiente, las instauraron en tierras germanas.

En el 1103, el emperador dispuso que los contenidos de la Paz de Dios tal y como habían sido establecidos en Maguncia -la actual Mainz- en el año 1085 fueran de obligado cumplimiento para todo el Sacro Imperio. Sin embargo, esta disposición alcanzó poca vigencia debido al deterioro del poder central en favor de los barones locales que experimentaron los dominios germánicos del emperador durante los reinados de Enrique V, Federico I y Federico II. Por ello, en la práctica,

---

[226] Citado en BAENA, C., *La guía digital del arte románico: Toulouges*. Huesca, 2017, p. 1.

[227] Se trataba, por tanto, de una jurisdicción especial, materia sobre la que pueden consultarse los libros coordinados por Manuela Fernández Rodríguez, Erika Prado Rubio y el autor de este libro: *Reflexiones sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2016; *Análisis sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2017; y *Especialidad y excepcionalidad como recursos jurídicos*. Valladolid, 2017.

la misión de mantener la Paz y la Tregua de Dios pasó a los barones y duques locales, los señores de la tierra, por lo que se le dio el nombre de Paz de la Tierra.

Estas Paces de la Tierra o *ladfrieden*, cuyas primeras manifestaciones en el imperio datan de 1074, respondían a iniciativas locales, lo que implicó que adoptaran formas diferentes para cada lugar. Lo habitual era que incluyeran la prohibición de dañar a ciertas personas y de utilizar ciertas armas. Como, pese al particularismo, acabaron por repetirse modelos conocidos, los presupuestos normativos básicos de las *landfrieden* fueron absorbidos por la costumbre, de tal forma que ya en el siglo XIII eran parte de la ley de los territorios, en tanto en cuanto el derecho consuetudinario era parte de las leyes.

Las Paces de la Tierra fueron renovadas de forma rutinaria hasta finales del siglo XV y, al incorporar un elemento legislativo coactivo a las actividades bélicas de la nobleza en aras de una instancia superior, suponen, en cierto sentido, una prefiguración del Estado Moderno[228]. En 1495, la Dieta imperial de Worms prohibió las luchas entre señores y declaró la *Ewiger Landfriede*, o Paz Eterna de la Tierra, respaldada por medidas penales estrictas a través de la *Constitutio Criminalis Carolina*, un código penal imperial aprobado por la Dieta de Ratisbona en 1532, que redefinió el movimiento por la paz devolviéndolo a los poderes públicos y que llevó a la formación de la doctrina de la guerra

[228] Sobre el mismo pueden verse FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Guerra y cambios institucionales en el contexto europeo del reinado de los Reyes Católicos" en *Revista de la Inquisición, Intolerancia y Derechos Humanos*, nº 18, 2014, pp. 129-157. MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Guerra, Ejército y construcción del Estado Moderno: el caso francés frente al Hispánico" en colaboración con Leandro Martínez en *Glossae. European Journal of Legal History*, nº 10, 2013, pp. 254-276.

justa que incluían las Nuevas Leyes de Indias de 1542, precedente del Derecho Internacional[229].

Este proceso de formación seminal de los precedentes del Derecho Internacional ya había cobrado fuerza con el Segundo Concilio de Letrán, celebrado en 1215, que estableció como parte de la legislación canónica las sanciones contra quienes violaran la Tregua y la Paz de Dios. Para el siglo XIII, había comenzado a formarse un rudimientario derecho de la guerra, que completaba las doctrinas de la guerra justa o derecho a la guerra, el *iustum bellum* de los romanos, y que hacía referencia al modo de conducir la guerra, en conexión con los límites que surgieron en la Hélade bajo el conjunto de costumbres que los griegos denominaban "leyes de los griegos"[230].

Sin embargo, estas manifestaciones embrionarias carecían de la universalidad que caracteriza al derecho internacional, ya que ni siquiera tenían vigencia en todos los países de la órbita europea occidental. En Inglaterra, por ejemplo, la Tregua y la Paz de Dios no se consolidaron como instituciones jurídicas ni siquiera después de la conquista normanda. La razón hay que buscarla en que la normativa canónica que las regulaba estaba pensada para ser aplicada sobre la estructura político-social del feudalismo francés, donde la bien definida estructura eclesiástica sustituía en parte a la no tan definida estructura jurídica civil. Este supuesto no se daba en Inglaterra, donde la unificación del reino sajón había creado una estructura estatal de justicia claremente definida y funcional, a través de la división del territorio en *shires* o condados y *hundreds* o distritos.

[229] Sobre este concepto en épocas posteriores, ver FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La guerra justa y la declaración de guerra a Marruecos de 1774", en *Norba. Revista Historia*, Volumen 29-30, 2017, pp. 29-43.

[230] Sobre estas cuestiones, ver MARTÍNEZ PEÑAS, L., *…Y lo llamarán paz. Visión jurídico-institucional de las relaciones internacionales en la Antigüedad*. Valladolid, 2018.

3.- La diplomacia medieval

La posición de los diplomáticos medievales se encontraba poco instucionalizada, era limitada en el tiempo y el espacio y se basaba por completo en la confianza personal del gobernante al que se representaba[231]. Esto se debía al hecho de que la labor de un diplomático se conceptuaba como parte de las obligaciones que un vasallo le debía a su señor a través del vínculo privado, el vasallaje, que les unía[232]. Sin embargo, a la luz de la información de que se dispone hoy en día, afirmar taxativamente que la diplomacia medieval careció de institucionalización resulta inexacto, pese a que reputados investigadores así lo consideran[233].

Uno de los problemas que resulta inevitable afrontar al hablar de la diplomacia medieval es el terminológico, ya que la nomenclatura utilizada para hacer referencia a los distintos tipos de enviado es variada y, en última instancia, confusa, por lo que no es de extrañar que haya sido una de las materias a las que más páginas ha dedicado la historiografía en los análisis generales de las relaciones internacionales medievales.

El término más usado era el de legado, derivado de la terminología romana para los enviados diplomáticos, los *legati*, que portaban la rama de olivo como símbolo de sus intenciones pacíficas

---

[231] CARRANZ, D., "Pro servitio maiestatis nostre. Templiers et Hospitaliers au service de la diplomatie de Charles Ier et Charles II", en KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles.* Roma, 2010, p. 23. También REUMONT, *Della diplomacia italiana dal secolo XIII al XVI*, p. 1.

[232] PRODI, P., *Diplomazia del Cinquecento. Instituzioni e prassi*. Bolonia, 1963, p. 21. En eso se diferencia el diplomático medieval del moderno, el cual presta sus servicios profesionales a cambio de un pago justo, el *stipendio* que reciben los oficiales públicos.

[233] Por ejemplo, PLÖGER, K., *England and the Avignon popes. The practice of diplomacy in late Medieval Europe*. Londres, 2005, p. 4.

respecto de la potencia que les recibía. El término legado implicaba dos nociones: por un lado, que se trataba de persona acreditada frente a la potencia de destino conforme a una fórmula preestablecida y, en segundo lugar, que dicha persona tenía poderes para representar a su empleador, no solo ejecutando su voluntad, sino encarnando su dignidad[234]. Casi de inmediato, el término fue diversificándose. Un buen ejemplo de ello fueron los reyes merovingios, que a sus mensajeros los denominaban incialmente *legatus*, pero pronto alternaron este término con los de *missi* y *nuncius*[235].

El nuncio fue cobrando entidad propia como enviado diplomático: aquel cuya misión era únicamente la transmisión de un mensaje a la potencia destinataria, sin capacidad para negociar, lo que lo convertía en una *lettera parlante*, carta parlante, como lo definió Prodi[236]. Con frecuencia, el mensaje combinaba un texto escrito que se entregaba físicamente y un mensaje oral que el enviado había memorizado y que debía transmitir sin alteraciones. Esto último añadía un componente de seguridad en la transmisión, ya que mientras que un mensaje físico podía ser robado o copiado, la integridad del verbal dependía de la captura del mensajero en sí[237]. El nuncio estaba autorizado a trasladar a su representado la respuesta que pudiera ofrecer la autoridad que recibía su mensaje[238].

[234] CUTTINO, G. P., *English diplomatic administration, 1250-1339*. Londres, 1940, p. 85.
[235] QUELLER, D. E., *The office of Ambassador in the Middle Age*. Princeton, 1967, p. 8.
[236] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 43.
[237] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, pp. 13-14 y 112.
[238] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 43.

Las limitaciones de la figura del nuncio eran evidentes a la hora de llevar a buen puerto un proceso de negociación diplomática[239], lo que dio paso al uso del procurador en el contexto de las relaciones internacionales. Esta era una figura ya conocida en el derecho romano, donde se utilizaba tanto en los procesos judiciales -*procurator litis*- como en los negocios -*procurator negotiorum*-[240]. Sin embargo, su salto a la arena diplomática, traspasando las barreras del mundo privado para entrar en la esfera de lo público, tuvo lugar a través de la legislación canónica, donde en determinados procesos cabía la posibilidad de que las partes estuvieran representandas por un procurador que actuaba en su nombre[241]. Así pues, el procurador es un enviado diplomático con autonomía para negociar y concluir un acuerdo con la potencia a la que ha sido enviado. Algunos autores han especulado con que los merovingios usaban una figura similar, pero para Queller no hay pruebas de ello. Las evidencias irrefutables más antiguas del uso de procuradores para conducir misiones en el extranjero pueden fecharse a mediados del siglo XI, ya era habitual en el siglo XII y en el siglo XIII se le reconoció la capacidad de que sus actos obligaran al principal al que representaba[242].

La capacidad del procurador de establecer un acuerdo que obligaba a su representado estaba limitada a lo contenido en su mandato o procura[243]. Aún así, es una de las grandes aportaciones conceptuales del Medievo a la historia de las relaciones internacionales, ya que creó la noción de *plena potestas*, la plena potestad de los enviados diplomáticos, por la cual los acuerdos concluidos por estos vinculaban a su país de origen sin necesidad de posterior aprobación, ratificación o juramento de lo acordado por las instituciones de gobierno de su

[239] Queller de una forma muy gráfica y, sin duda, acertada define los procesos de negociación realizados a través de nuncios como "negociaciones a cámara lenta" (QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 37).
[240] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 44.
[241] JONES, J. R., *Full Powers and ratification*. Cambridge, 1949, p. 68.
[242] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, pp. 27-28.
[243] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 45,

potencia. Esta noción surgió como una forma de superar las dificultades que las distancias, las deficientes vías de comunicación y los azarosos sistemas de transporte medievales imponían a las negociaciones, causando dilaciones temporales que, en muchas ocasiones, terminaban por volver imposibles o inefectivos los acuerdos que se estaban dilucidando[244].

Para evitar que las acciones de un procurador terminaran por obligar a un principal a cuestiones que desconocía o con las que no estaba de acuerdo, se estandarizó, a partir del siglo XIV, la práctica de enviar al representado un borrador, denominado *forma capitulorum*, de tal manera que el soberano podía conocer los términos generales del acuerdo que se negociaba en su nombre y dar su visto bueno, de forma que el procurador no lo aprobara a ciegas respecto del parecer de sus empleadores. Tras recibir el visto bueno de la *forma capitulorum*, el procurador procedía a signar el acuerdo, obligando con ello a su potencia, que ya conocía, cuando menos, los ejes maestros del compromiso. Relacionada con la *plena potestas* se encontraba también la práctica de entregar al enviado documentos *in albo* o *au blanc*, es decir, documentos en blanco pero provistos de las firmas y sellos de los representandos, que el embajador completaba de forma que la validez y respaldo de la potencia que le enviaba quedaba explicitada no solo por los poderes del diplomático, sino por la firma y sello del representado. El primer caso conocido es el del tratado firmado entre Venecia y los embajadores que representaban a los tres líderes de la Cuarta Cruzada, en 1201, que se tratará en extenso en un capítulo posterior. Cada uno de estos embajadores había recibido un documento *in albo* de su representado[245].

De la mano de la plena potestad surge la cuestión de la ratificación, "un acto discrecional por el que un estado da su consentimiento a quedar vinculado por los actos de sus diplomáticos".

[244] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, pp. X y 222.
[245] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, pp. 104 y 130.

Se trata de una creación de la Edad Moderna, que adquiría el carácter de mera formalidad si el enviado tenía *plena potestas*, ya que en estos supuestos la firma del diplomático generaba obligación de cumplimiento por sí sola. De hecho, ni siquiera era necesaria la firma: la obligación jurídica nacía con la convención oral en el acuerdo, de tal modo que la firma era tan solo la visibilización de una obligación jurídica que nacía desde que se producía la aceptación verbal de los términos[246]. En el Medievo, por tanto, los acuerdos contraídos por embajadores plenipotenciarios eran válidos desde el mismo instante de su aceptación por el diplomático, sin necesidad de firma o de ratificación posterior[247]. No obstante, lo habitual era que se produjera una ratificación pública por el representando, tanto para dar publicidad al acuerdo como para prestar una mayor fuerza moral al tratado[248].

Con el tiempo fue extendiéndose el uso del término embajador para definir al agente diplomático más solemne, que solo podía ser utilizado por potencias independientes, conformando el derecho de embajada: el derecho de enviar y recibir embajadores[249]. Esto diferenciaba al embajador de otras figuras, como los nuncios y los procuradores, que podían ser utilizadas incluso por particulares[250].

No obstante, en la práctica estas distinciones no eran tan claras y tajantes como pudiera parecer en una explicación sintetizada[251]. En el siglo XV, parece que la diferencia entre embajador y nuncio se había desdibujado tanto que resulta difícil apreciarla en muchos ejemplos[252], e incluso en periodos anteriores no es extraño encontrar embajadas remitidas por comunidades, ciudades y diversos tipos de agrupaciones

[246] GANSHOF, "La Edad Media", p. 106.
[247] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 209.
[248] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 45.
[249] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 11.
[250] BEHRENS, B., "Treatises on the Ambassador written in fifteenth and Early Sixteenth Centuries", en *EHR*, nº 51, 1936, p. 619.
[251] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 42.
[252] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 85.

sociales carentes de estatalidad, del mismo modo que se encuentran embajadas enviadas por Estados a receptores que no lo eran. Un caso curioso de esto último se daba con frecuencia en Italia, donde las embajadas de ciudades-estado, repúblicas y monarquías a los condotieros -los capitanes de las grandes compañías mercenarias que actuaban en la península- eran constantes. Una posible explicación es que esto no fuera un fenómeno jurídico, sino semántico: es decir, que para definir a estos enviados se usara el término embajador en un sentido general, no en un sentido técnico jurídico, donde hace referencia a un tipo específico de entre todos los enviados diplomáticos posibles[253].

A medida que la diplomacia se iba perfeccionando en lo formal, surgieron documentos a través de los cuales se moldeaba jurícamente el perfil de cada misión y el estatus del enviado. Estos documentos eran, en esencia, las credenciales, la procura -también conocida como poder o mandato- y las instrucciones.

La credencial es el documento que indentifica como tal al enviado diplomático y es suficiente si la misión consiste tan solo en transmitir un mensaje, por lo que era la base jurídica de la actividad de los nuncios[254]. Comenzó a usarse por los merovingios en los siglos V y VI. Formalmente, las credenciales eran documentos simples, en los que constaba el nombre y título de quien enviaba la embajada y de quien la recibía[255]. La parte central del documento era la cláusula de suplicación, en la que el representado pedía al receptor que recibiera al enviado. La credencial debía incluir fecha, lugar y constar, como formas de validación, la firma y sello del representado, sin que pudieran figurar otros que los sustituyeran. Como partes accesorias, pero presentes casi siempre, podían incluir una salutación al comienzo del texto, acompañada en ocasiones por una explicación de las causas que justificaban el envío del diplomático.

[253] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, pp. 75-76.
[254] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 45.
[255] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 77.

La credencial era un documento prescindible en aquellos casos en el que el diplomático dispusiera de una procuración o mandato[256], pero también era suficiente por sí mismo para acreditar a aquellos enviados que no disponían de procuración, caso de los nuncios[257]. Ambos supuestos -enviados con credenciales pero sin mandato, como los nuncios; y enviados sin credenciales, pero con mandato- refutan la idea de algunos autores contemporáneos de que la credencial y el mandato eran documentos que se encontraban siempre presentes en los enviados diplomáticos[258].

Sin duda, las credenciales eran un documento oficial, como demostraba el sello que requerían, pero conservaban un componente de correspondencia privada entre soberanos, como muestran que invariablemente era dirigida por un soberano a otro y la utilización de fórmulas de carácter personalista. Esto es visible en la cláusula de confianza, en la que se utilizan variaciones de la expresión "tomad la palabra de mi enviado como si fuera la mía propia", que en sus diversas variantes hace referencia a cierto vínculo personal de confianza entre soberanos[259].

El mandato, poder o procura es un documento diplomático oficial que contiene la delegación de la cabeza del Estado en su enviado respecto a un determinado asunto y fija los límites de las atribuciones de este delegado, el procurador. Es un documento estrictamente jurídico.

Para que la firma del procurador vincule al Estado, su poder tiene que cumplir una serie de requisitos formales: debe emanar del soberano, que debe firmarlo de su puño y letra en un certificado elaborado por su

[256] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 111.
[257] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 43.
[258] Así lo cree, por ejemplo, LAZZARINI, I, "The preparatory work: From choice to instructions", en AZZOLINI, M., y LAZZARINI, I., (eds.), *Italian Renaissance Diplomacy. A source book*. Durham, 2017, p. 11.
[259] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 77.

cancillería; debe estar elaborado en una forma jurídica válida, siendo las más comunes la carta de patente pública o el instrumento notarial[260]; debe estar certificado con el sello oficial del Estado; debe contener de forma expresa los poderes concedidos al enviado y, por último. contener la fórmula francesa de que el poder se concede al delegado *en bonne foy et parolle de roy*, es decir, con buena fe y palabra de rey[261].

Las instrucciones eran otro de los documentos clave de los que debía disponer un embajador, pero, pese a su importancia, no eran imprescindibles, ya que se trataba de un documento interno. Hasta el siglo XIII, su uso solo era común entre los enviados bizantinos y los de aquellas potencias cuya diplomacia tenía un fuerte contacto con los usos de Bizancio, como Venecia, pero para los siglos XIV y XV ya era común al conjunto de la diplomacia occidental, cobrando autonomía respecto de las credenciales y de la procura o mandato[262].

Las instrucciones, llamadas *comissione* por los diplomáticos italianos, son un memorial que el gobierno de un Estado entrega a su enviado diplomático antes de que parta a su misión. En él se detalla la conducta que debe adoptar, los problemas que debe afrontar, lo que dirá una vez llegue a su destino y en el tono en que se formularán sus propuestas, el lenguaje a utilizar, etc[263]. En origen, las instrucciones son una comunicación informal entre representante y representado[264], pero con el paso del tiempo se fue extendiendo la práctica de que los

[260] El papado utilizaba para ello breves pontificios; Venecia, Milán y los estados de la región del Po usaban cartas de patente; Florencia, Siena y Nápoles recurrían a un instrumento notarial (LAZZARINI, "The preparatory work: From choice to instructions", p. 13).
[261] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, pp. 79-80.
[262] LAZZARINI, "The preparatory work: From choice to instructions", p. 11.
[263] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 81. Sobre el uso del lenguaje por los diplomáticos medievales puede verse MAXSON, B. J., "Diplomatic Oratory", en AZZOLINI, M., y LAZZARINI, I., (eds.), *Italian Renaissance Diplomacy. A source book*. Durham, 2017.
[264] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 184.

enviados diplomáticos las enseñaran a las autoridades del país que los recibía, como una muestra de buena voluntad[265], lo cual generó que los enviados diplomáticos recibieran un doble juego de instrucciones: unas destinadas a ser mostradas a las autoridades receptoras y otro que debía permanecer en secreto[266].

El grado de detalle cada vez mayor de las instrucciones fue una respuesta a los cambios que se estaban produciendo a causa del proceso de concentración de poder iniciado en el siglo XIII y que fue cobrando fuerza en los siglos posteriores. La necesidad de autolegitimación de gobernantes que concentraban cada vez más poder incrementó la autonomía política de los embajadores. Los príncipes ganaban legitimidad cuando se reconocía a sus embajadores, ya que estos eran oficiales a su servicio. Por eso, el embajador pasó a ser un mero instrumento de la autoridad de su señor -lo que se correspondería con la figura del nuncio- a un agente autónomo con un mandato definido -el procurador- y, por último, un oficial público con poder de decisión y autonomía -*orator* o *ambassador*[267]-, cuyas competencias eran políticas, legales y diplomáticas[268]. La importancia de las instrucciones evolucionó en paralelo a este proceso, dejando de ser el documento "normalmente sencillísimo"[269] que fueron en origen.

A finales del siglo XIV las instrucciones dejaron de ser borradores esbozados por la cancillería para convertirse en *littera patens* -cartas patentes- selladas. En Venecia, donde la práctica de las instrucciones escritas había comenzado en el siglo XIII, se introdujo un cambio formal curioso: el uso de la tercera persona -el embajador- en vez de la segunda persona que usaban hasta entonces las cancillerías –

[265] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 122-125; PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 184.
[266] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 86.
[267] El término *orator* hacia referencia a la consideración de que era el rey quien hablaba por boca de su embajador (GANSHOF, "La Edad Media", p. 220).
[268] LAZZARINI, "The preparatory work: From choice to instructions", p. 12.
[269] REUMONT, *Della diplomacia italiana dal secolo XIII al XVI*, p. 140.

el "vos"-. Los florentinos, por su parte, introdujeron el uso de la lengua vernácula, en este caso italiano, en vez del latín. Las primeras instrucciones que se conservan en italiano son instrucciones florentinas de 1340 y el uso del italino pronto se extendió por toda la península. La excepción fue Venecia, que siguió usando el latín hasta muy entrado el siglo XV.

La estructura formal de las instrucciones seguía el modelo ciceroniano para las cartas: *salutatio, exordium, narratio, petitio* y *conclusio*, siendo el exordio donde se trataba de captar la benevolencia del lector -*captatio benevolentiae*- y se exponían los motivos de la misión. El núcleo eran la narración y la petición, parte donde se introducía la acción que se esperaba del estado receptor: ayuda, alianza, neutralidad…[270].

Casi todas las potencias utilizaban embajadas compuestas por más de un integrante, lo que obligaba a determinar con claridad el proceso de toma de decisiones durante la misión diplomática. Generalmente, el *quorum* era fijado sin ambigüedad en el mandato que se entregaba a los enviados antes de que partieran[271]. El establecimiento del *quorum* también servía como forma indirecta de fijar el rango dentro de la propia embajada, mediante un sistema que implicaba que la aprobación de una medida o postura debía reunir cierto número de votos favorables, incluyendo obligatoriamente los de determinados miembros de la embajada, sin cuyo asentimiento el *quorum* númerico carecía de validez[272].

En ocasiones, la misión diplomática no tenía por fin negociar un acuerdo, sino asistir a una ceremonia de alto nivel, como coronaciones o matrimonios regios. Estas embajadas extraordinarias abundaron en la Edad Media, así como la figura de la embajada circular, la que se envía

[270] LAZZARINI, "The preparatory work: From choice to instructions", p. 14.
[271] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 56.
[272] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 143.

a realizar un recorrido por varias cortes para terminar regresando al lugar de partida[273].

Uno de los aparatos diplomáticos más relevantes del Medievo era el puesto a disposición del Santo Padre, dado su especial papel dentro del mundo medieval, en el que se consideraba que era obligación del papa mantener la paz entre reinos cristianos, como parte integral de la noción de la autoridad pontificia. Los papas creían que tenían la autoridad para decidir las disputas entre cristianos por ser *iudex mundi* cuyas decisiones debían ser cumplidas en cualquier jurisdicción cristiana. Esta idea estuvo vigente durante la mayor parte de la Edad Media, y solo comenzó a resquebrajarse a mediados del siglo XIV, en un proceso paralelo al fortalecimiento de la noción de soberanía, en virtud de la cual los monarcas reclamaban el derecho a gobernar sus posesiones sin intervención del papa o del emperador, lo que en la práctica suponía eliminar la autoridad del primero como juez temporal[274].

Los diplomáticos pontificios adoptaban el nombre *legati*-, al modo de los diplomáticos del imperio romano. Los legados eran nombrados por el papa para misiones específicas, con una excepción: determinados altos dignatarios de la Iglesia tenían la consideración de *legati nati*, es decir, legados por la naturaleza de su cargo, de modo que la condición de legado la adquirían en el momento de su acceso al mismo, sin concesión específica por el Sumo Pontífice. Entre los legados natos puede mencionarse a los arzobispos de Canterbury, Colonia, Reims y Salzaburgo[275]. Estos altos dignatarios parece que desempeñaban en la práctica un papel muy reducido en la diplomacia vaticana.

[273] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 61.
[274] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, pp. 29-30.
[275] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, pp. 129-130.

Los legados o legados *ad latere*, por su parte, representaban a la persona del papa, eran por lo general cardenales y eran enviados a las misiones diplomáticas más importantes, disponiendo de amplios poderes jurisdiccionales y capacidad para conceder determinados beneficios. Los simples legados, extraoficialmente denominados en ocasiones *legati missi*, solían ser obispos o arzobispos y tenían menos poderes que los *ad latere*. Los *legati missi* eran ya poco utilizados en el siglo XIV y desaparecieron por completo a partir de 1460, momento en que cobran importancia los nuncios, a quienes el papado encargaba las misiones diplomáticas ante soberanos, en especial si estas incluían negociaciones. Los nuncios, de menor rango que un legado *ad lattere*, no tenían poderes jurisdiccionales ni podían conceder beneficios, por lo que su misión era esencialmente política[276]. A partir del siglo XV, a los nuncios se les atribuyen con frecuencia poderes equivalentes a los de los legados *ad lattere* -lo que no significa que tuvieran la misma categoría- y reemplazaron por completo a los legados para 1460.

Con mucha frecuencia, los legados pontificios no solo asumían misiones diplomáticas, sino que acumulaban potestades específicas, por lo general referentes a la estructura eclesiástica del territorio en el que debían cumplir su misión. Un ejemplo de ello puede observarse en los enviados papales a Hungría en la transición de los siglos XIII al XIV, que, junto a sus tareas diplomáticas en la Corte de los reyes húngaros, debían completar otra serie de misiones relacionadas con los intereses de la Iglesia: la recuperación de los bienes de la Iglesia húngara, la supervisión de la disciplina del clero húngaro y velar que las elecciones eclesiásticas en Hungría cumplieran con la forma prescrita por el Derecho Canónico. En ocasiones estos legados recibían también competencias jurisdiccionales sobre los eclesiásticos de su país de destino. Estas no quedaban limitadas al legado pontificio, sino que, con limitaciones, se hacían extensivas a sus secretarios durante la misión[277].

[276] GANSHOF, "La Edad Media", p. 220.

[277] KISS, G., "Les légats pontificaux en Hongrie au temps des rois angevins (1298-1211)", en KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles*. Roma, 2010, pp. 105 y 108.

Los enviados religiosos -no solo los papales, pero sí en especial estos- eran los mejor protegidos de su tiempo, ya que podían invocar frente a cualquier autoridad civil y política el canón 15 del Segundo Concilio de Letrán, que declaraba inviolables a todos los clérigos y que suponía la proclamación inmediata de anatema contra quien infringiera la norma. Este canón fue completado después mediante un gran número de decretales papales que regulaban en detalle la cuestión, incluyendo penas más duras cuanto más elevado fuera el rango del enviado. En este sentido, la legislación pontificia seguía al derecho justinianeo, atribuyendo al embajador un carácter casi sagrado -la denominada *sanctitas legatorum*-, de forma que atacarlos era violar el derecho de gentes[278].

También gozaba de una protección especial el comerciante, peregrino o embajador que quisiera llegar a la Corte pontificia, ya estuviera esta en Roma, en Avignon o en cualquier otro lugar. La prohibición de dañar a quién allí fuera se basaba en la concepción de la Corte pontificia como *communis patria*, es decir, patria común de todos los cristianos[279], por lo que dañar u obstaculizar el acceso al cristiano que quisiera desplazarse hasta allí era una grave infracción.

La inviolabilidad de la figura del enviado, represente a quien represente, es prácticamente inseparable de la práctica diplomática, como señala Plöger:

> "La inmunidad de los enviados y su séquito, residencia, papeles, medios de transporte y comunicación respecto de la jurisdicción local, junto con el deber del gobierno que los recibe de darles una protección especial acorde a su dignidad y necesidades de seguridad, constituye la característica fundamental de la diplomacia"[280].

[278] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 31.
[279] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 125.
[280] *England and the Avignon popes*, p. 124. Posteriormente, ya en el siglo XVI, se desarrolló una justificación doctrinal de la inviolabilidad de los enviados

La inviolabilidad dio lugar a otro instrumento jurídico vinculado a las relaciones internacionales, el salvoconducto. La palabra *conductus* aparece por primera vez en las fuentes occidentales a comienzos del siglo XI, como el documento que se otorgaba a una persona que tenía razones para temer por su seguridad para su protección durante un tiempo limitado y en un marco geográfico concreto. Existían tres grandes categorías de salvoconducto. El primero y más rudimientario desde el punto de vista jurídico, era la concesión de una escolta armada que le protegiera físicamente durante el trayecto que debía realizar hasta encontrarse fuera de peligro o, al menos, hasta que salía de la jurisdicción de quien proporcionaba la escolta. El segundo modelo era la entrega de un documento escrito a través del cual quien daba el salvoconducto asumía la responsabilidad de garantizar la seguridad del viajero y sus posesiones, por lo que atacarlos de cualquier forma se convertía en una agresión no solo contra el embajador, sino contra la potencia que había garantizado su seguridad.

Menos frecuente era el tercer modelo, los salvoconductos pontificios, un instrumento jurídico mediante el cual el papa ponía bajo su protección a los enviados de un país durante el trayecto a través de otro en el marco del cumplimiento de una misión diplomática. Por lo general, este tipo de salvoconductos eran otorgados por la diplomacia pontificia para amparar el viaje de regreso a su país de origen de diplomáticos enviados previamente a la Corte papal. Fue otorgado con relativa frecuencia durante las décadas de residencia del Sumo Pontífice en Avignon, para proteger a los embajadores ingleses en sus trayectos a través de Francia, potencia con la que su patria se encontraba en guerra[281].

diplomáticos basada en la Teoría de la Necesidad Funcional, es decir, que la inviolabilidad era indispensable para que un enviado diplomático pudiera llevar a cabo su misión.

[281] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, pp. 127-128.

CAPÍTULO IV

EL IMPERIO CAROLINGIO

1.- Los merovingios

Meroveo, que había combatido en los Campos Catalaúnicos como parte del ejército federado que derrotó a los hunos de Atila[282], dio nombre a la dinastía merovingia que gobernaba a los francos, pero la gran tarea de convertir a la confederación tribal franca en un Estado fue llevada a cabo a finales del siglo V por su hijo, Clodoveo, el primer monarca que combinó las responsabilidades del caudillo tribal y las del soberano cristiano[283].

Clodoveo empezó su carrera derrotando a Syragrius, el último gobernador romano de la Galia en Soissons. Extendió su dominio a la práctica totalidad de la Galia entre los años 481 y 511[284], y también derrotó a los alamanes en la batalla de Tolbiac. Tras esta victoria, se

[282] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 54.
[283] HAUN, H. D., *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*. Arlington, 2013, p. 25.
[284] GANSHOF, "La Edad Media", p. 12.

convirtió al cristianismo junto con 3.000 de sus guerreros, creyendo que el dios de su mujer, Clotilde, le había ayudado a lograr el triunfo. Utilizó el arrianismo de burgundios y visigodos como una excusa para atacarlos, logrando ocupar Tolosa -la actual Toulusse- y empujar a los visigodos a Hispania. El emperador bizantino otorgó a Clodoveo el título de cónsul, igual que había hecho en su momento con el ostrogodo Teodorico, a fin de mantener la ficción de que eran siervos del emperador y no los reyes independientes que eran en la práctica.

El reino franco creado por Clodoveo es el único de los reinos germánicos que ha sobrevivido hasta nuestros días. Las causas de la desaparición de estos reinos han sido buscadas en tres razones: los germanos eran poco numerosos en comparación con las poblaciones asentadas previamente en el imperio romano de Occidente, carecían de una verdadera noción de Estado y, en su mayor parte, dependían en demasía de la personalidad de sus líderes.

La desaparición a la que a la postre estuvieron avocados los demás reinos germanos bien pudo haber sido el destino del reino franco a la muerte de Clodoveo, ya que, cuando el rey falleció en el año 511, el reino se dividió entre sus cuatro hijos, siguiendo la costumbre franca[285]. Pronto, los reinos quedaron reducidos a tres: por un lado, se encontraba el reino oriental, ubicado entre el Rhin y el Mosela, que incluía los dominios de Austrasia -el Viejo Reino-, ampliados hasta Baviera al conquistarse el reino de Turingia a los alamanes; por el otro lado, los reinos occidentales de París, Soissons y Orleans se fusionaron en un único reino, Neustria -el Reino Nuevo-. Borgoña, un reino aparte creado por las tribus burgundias, reconoció su subordinación a Neustria; la Provenza dependía de un funcionario romano con el título de patricio, que, según el momento político, respondía ante Bizancio o ante algunos de los reinos francos. Finalmente, la Septimania estaba en manos de los visigodos, pero los francos se la arrebataron tras

[285] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 57.

derrotarles en la batalla de Voillé[286]. En todo caso, las mitades occidental y oriental del reino eran muy diferentes entre sí, sobre todo por el hecho de que la mayor parte de Austrasia nunca había sido romanizada y en ella pervivían con mucha fuerza las tradiciones germánicas[287].

Bajo los merovingios no había más institución política que la monarquía. El reino pertenecía al rey y disponía de él a su parecer. La asamblea tribal dejó de reunirse y la vieja nobleza franca que había hecho de contrapeso desapareció de la política durante varias generaciones. El sistema de impuestos directos romano, establecido por los emperadores Diocleciano y Constantino, desapareció en los reinos francos, pero los impuestos indirectos como peajes en caminos y puentes se multiplicaron[288]: "Era reino compuesto en el cual todos los pueblos estaban sometidos por igual al despotismo de los reyes merovingios", pero cada uno de los pueblos sometidos mantenía su propio derecho privado de modo que "la idea abstracta de Estado no jugaba ningún papel". Los reyes se consideraban propietarios de un territorio y lo repartían entre sus hijos al morir, pero poco a poco fue tomando forma cierta noción de unidad del llamado *Regnum Francorum* o reino de los francos, una idea potenciada por las múltiples guerras civiles que tuvieron el efecto de ir eliminando actores de la escena política interna, concentrando cada vez más el poder y alentando

[286] Sobre la unificación del reino franco pueden verse DEANESLY, M., *Charlemagne et l'empire carolingien.* París, 1947, pp. 57-119; y *A History of Early Medieval Europe from 476 to 911*. Londres, 1969, pp. 339–406; RICHÉ, P., *The Carolingians: A Family who Forged Europe*. Philadelphia, 1993, pp. 13–84; McKITTERICK, R., *The Frankish Kingdoms under the Carolingians: 751–987*. Londres, 1983, pp. 16-53; y COLLINS, R., *Charlemagne.* Toronto, 1998, pp. 23-42.

[287] PAINTER, *A History of the Middel Ages, 284-1500*, p. 164.

[288] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 58.

la idea de poder central en un reino unido, si bien aún de forma harto embrionaria[289].

En el siglo VII, el poder regio se debilitó. Hartos del despotismo de los monarcas merovingios, la nobleza franca y galo-romana se levantó en el año 614, liderados por el mayodromo de palacio, y lograron un edicto que limitaba el poder del rey. La cláusula principal determinaba que los nobles serían mayordomos de palacio en cada uno de los tres reinos francos que habían surgido en la Galia por la división de las herencias: Austrasia, Neustria y Borgoña[290]. Esto consagró la importancia clave del mayordomo de palacio en los reinos francos, una figura más parecida a un primer ministro que a un administrador palaciego. Desde el edicto del 614, en muchos sentidos "los reyes merovingios eran reyes impotentes", dada la debilidad de su poder sobre los súbditos de sus dominios, y pronto los magnates tuvieron más poder real que los soberanos. Dagoberto, que murió en el 639, fue el último rey merovingio que tuvo un poder real; sus sucesores fueron *les rois fainéants*, los reyes que no hacían nada, gobernados por sus propios mayodromos de palacio[291].

En Austrasia los terratenientes eran más poderosos que en Neustria, y acabaron dejando vacío de sustancia el poder regio, creando un sistema basado en la riqueza y la propiedad de la tierra. Esto enfrentó a Pipino de Heristal, mayordomo de Austrasia y representante de esa idea, contra Ebroin, mayordomo de Neustria, que defendía la concepción más clásica de la lealtad al rey. Pipino, con la ayuda de la jerarquía eclesiástica, se impuso en la guerra subsiguiente, de modo que solo hubo en adelante un mayordomo para toda la monarquía y siempre sería de la familia carolingia, que poseía grandes dominios en la región

[289] GANSHOF, "La Edad Media", p. 13.
[290] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 59.
[291] GEANAKOPLOS, D. J., *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*. Toronto, 1968, p. 79.

de Lieja, bisagra entre el mundo germánico y el occidental[292]. Con el nombramiento de Pipino como doble mayordomo en el 668, el gobierno efectivo de ambos reinos quedó en manos de la misma persona y el linaje de los merovingios se convirtió en el linaje de los mayordomos carolingios[293].

En el 715, a la muerte de Pipino, una cruenta guerra civil estalló entre Plectrudis, su viuda, y Carlos Martel, su hijo ilegítimo, quien logró imponerse tras cuatro años de combates[294]. Una vez en el poder, Carlos dedicó sus energías a la reconstrucción del aparato de gobierno franco, debilitado por la guerra, y a la realización de campañas anuales, en verano, para engrandecer sus dominios. El eje del reino se situó en Austrasia, los dominios meridionales del área germánica bajo control franco, pero amplió su reino tanto en tierras germánicas -añadiendo Suabia a sus dominios- como en tierras galas -donde incorporó Aquitania-[295].

A raíz de su enfrentamiento con los musulmanes en Poitiers, Carlos Martel decidió reconstruir su ejército basándolo en la caballería, a la imagen de las fuerzas árabes. Esta decisión provocó un cambio sociopolítico de dimensiones colosales, ya que mantener un caballo era tan caro que solo podían permitírselo las élites, además de que combatir

[292] PIRENNE, *A history of Europe*, pp. 72-73. La costumbre franca dictaba que el reino debía dividirse entre los nietos del soberano fallecido, bajo la regencia de la abuela viuda, pero dado que los tres nietos eran aún niños, Martel adujo que el reino necesitaba ser gobernando por un hombre fuerte y capaz (PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 59).
[293] BARBERO, A., *Carlo Magno. Un padre dell´Europa*. Roma, 2012, p. 10.
[294] El declive del reino merovingio es un modelo de debilitamiento lento pero constante a través de los conflictos internos y de los enfrentamientos entre las élites por controlar parcelas cada vez mayores de poder sin atender al interés general del reino (HAUN, H. D., *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*. Arlington, 2013, p. 45).
[295] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 79.

montado requería años de práctica y entrenamiento, por lo que no estaba al alcance más que de quienes podían consagrar su vida entera a practicar, sin tener que buscar sustento[296]. Para que los nobles pudieran concentrarse en el arte de la guerra, Martel confiscó tierras de la Iglesia y las distribuyó entre los aristócratas[297]. Por esta doble vía, la nobleza no solo se convirtió en una clase privilegiada por poseer la tierra, sino también por tener en sus manos el monopolio de la violencia, al no haber en el mundo de la Europa Occidental altomedieval una fuerza militar capaz de contener a la caballería nobiliaria. Así, la figura del terrateniente y el caballero se fusionaron en los señores feudales, constituyendo la clase dominante del mundo franco.

2.- La fundación de la dinastía carolingia y la herejía iconoclasta

A la muerte de Carlos, siguiendo la costumbre franca, el reino se dividió entre sus dos hijos, Carlomán y Pipino III, el Breve[298], entregando Austrasia al primero y Neustria al segundo. Sin embargo, en circunstancias poco claras, Carlomán acabó recluido en un monasterio y Pipino se hizo con el poder.

[296] PIRENNE, *A history of Europe*, p. 74.

[297] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 79.

[298] Sobre Pipino pueden consultarse: SEMMLER, J., *Der Dynastiewechsel von 751 und die fränkische Königssalbung*. Brühl, 2003); KERN, F., *Kingship and Law in the Middle Ages*, Oxford, 1939, pp. 34–50. De él se ha dicho que, aunque eclipsado por su sucesor, Pipino fue un gran rey, ambicioso, pero no cruel, persistente y guiado por un sentido del deber hacia Dios y hacia su pueblo, responsable de abrir una nueva época y de que existiera una cultura franca (PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I, p. 302).

Llegados a ese punto, el reino de los francos iba a verse involucrado en asuntos que trascendían con mucho su ámbito de actuación hasta ese momento. Para seguir la pista a los acontecimientos que tuvieron lugar a mediados del siglo VIII, es conveniente remontarse a las últimas décadas del siglo VI, cuando un monje llamado Gregorio fue enviado por el papa de Roma como legado suyo a Constantinopla. En la capital bizantina, Gregorio tuvo problemas casi constantes con el clero oriental, muchos de ellos causados por su negativa a aprender griego, y, a su regreso a Roma llevó consigo una visión no muy halagüeña de los asuntos eclesiásticos de Bizancio. En el 590, Gregorio subió al trono pontificio como Gregorio I, sexagésimo cuarto pontífice y primer religioso de una Orden en calzar las Sandalias del Pescador[299]. Su vigorosa actuación al frente de la Iglesia pronto le hizo acreedor del sobrenombre de "El Grande", que iría acompañado de la canonización tras su muerte. Gregorio mantuvo durante todo su reinado una dura lucha con el emperador bizantino, tratando de mantenerle apartado de los asuntos eclesiásticos y enfrentándose, por tanto, a la concepción cesaropapista imperante en Constantinopla. Con este distanciamiento de Bizancio, Gregorio sentó las bases para que el papado se convirtiera en un poder terrenal por sí mismo[300].

En Constantinopla, la imagen era la contraria, en muchos sentidos: se contemplaba a la Iglesia romana como una institución corrupta, minada por prácticas como el nepotismo y a la que se intentaba someter estructuralmente a la autoridad imperial. Durante las Guerras Góticas, las campañas de Justiniano para arrebatar Italia a los ostrogodos, el emperador impulsó medidas en ese sentido: los papas rezaban por el bien del emperador, se retrataba a este en las estatuas públicas de Roma y su imagen aparecía en las monedas que se acuañaban en la ciudad de los papas. Lo más significativo de todo quizá fuera que se sustituyó el sistema de datación de los documentos

[299] Curiosamente, Gregorio era bisnieto y nieto de papas, los pontífices Félix III y Félix IV.

[300] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 115.

pontificios, basado en el año de pontificado del papa, por uno que fechaba los documentos partiendo del año de reinado del emperador bizantino[301].

El distanciamiento entre la Iglesia romana y la de Constantinopla fue creciendo a lo largo del VIII, cuando la herejía iconoclasta -que rechazaba el culto a las imágenes- prendió en Oriente y el emperador León III ordenó la destrucción de todas las imágenes de vírgenes y santos que hubiera en sus dominios. El emperador fue excomulgado y, como respuesta, León expulsó a las autoridades eclesiásticas romanas de sus dominios en el sur de Italia, los Balcanes y Sicilia, colocando estas tierras bajo la autoridad del patriarca de Constantinopla[302], lo que provocó que la Italia meridional estallara en revueltas religiosas contra la iconoclastia, sin duda agitadas desde Roma[303]. Aunque el triunfo de la herejía fue breve -la emperatriz Irene realizó una primera

[301] HERRIN, "Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992, p. 92.

[302] Al principio la Iglesia tenía tres patriarcados: Roma, Antioquía y Alejandría. En el 330, al fundarse Constantinopla, se le concedió un cuarto patriarcado, y en el año 451 Jerusalén se convirtió en patriarcado cristiano. Roma tenía una primacía honoraria por ser la capital del imperio, pero no había una clara primacía papal desde el punto de vista jurídico o de organización interna. El patriarca romano -es decir, el papa-, no tenía autoridad jurisdiccional sobre los demás patriarcas. El emperador Valente colocó en el año 442 a toda la Iglesia del imperio occidental bajo la autoridad del papa, y a medida que el imperio se debilitaba, el pontífice fue adquiriendo cada vez más prerrogativas, en ocasiones asumiendo competencias de orden civil; sin embargo, los cuatro patriarcados orientales nunca fueron puestos formalmente bajo su autoridad (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 26-28).

[303] La persecución contra el culto a las imágenes fue especialmente intensa en Iliria, diócesis que el emperador arrebató de manos de Roma para entregársela al patriarcado de Constantinopla, y donde miles de imágenes fueron destruidas (HERRIN, "Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries", p. 94).

restauración del culto en el 787, que sería completada por la emperatriz Teodora en el 843-, la iconoclastia vino a agrandar la brecha entre bizantinos y romanos en el momento en que graves acontecimientos estaban sacudiendo la península itálica.

En el año 751, los lombardos tomaron Rávena, la capital bizantina en Italia, sin que llegara ayuda alguna desde el este. La pérdida de la ciudad fue la gota que colmó el vaso de la diplomacia pontificia, y el papa Zacarías decidió dar un giro a la política de alianzas del papado[304]. Este tendría lugar en el año 754, cuando el *basileus*, quizá en un intento de asentar su tambaleante autoridad en los asuntos italianos, ordenó al papa, a quien consideraba súbdito suyo, que fuera a Pavía y negociara con los lombardos la devolución de Rávena. El Santo Padre, en lugar de ir a Pavía, impresionado por la victoria de Poitiers, optó por reunirse con Pipino en Paderborn y pedir ayuda a los francos para expulsar a los lombardos de Rávena[305].

Para una parte de la historiografía, este es el momento en que se produjo un vital cambio en el sistema internacional medieval. Hasta ese instante, Bizancio había aparecido en una posición de superioridad no solo material, sino también moral, con relación al Occidente europeo. El giro político del papado hacia los francos puso fin al largo proceso en el cual la idea de la supremacía bizantina se había ido diluyendo. Desde el momento en que Roma se volvió hacia los monarcas francos, Occidente y Bizancio comenzaron a contemplarse en pie de igualdad, una igualdad que sería reclamada simbólicamente menos de medio siglo después por Carlomagno al hacerse coronar emperador[306].

[304] HERRIN, "Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries", p. 95.
[305] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 80.
[306] KAZDHAN, "The notion of Byzantine diplomacy", p. 5.

Pipino, que seguía siendo mayordomo mayor de los reinos francos, preguntó cínicamente al Santo Padre si era cristiano que una persona gobernara un reino y otro llevara título de rey; cuando el papa dijo que, en efecto, no era cristiana esa situación, Pipino reunió una asamblea de magnates francos y se proclamó rey, enviando a un monasterio al último rey de la dinastía merovingia. En la propia Paderborn fue coronado rey por el papa, que, además, le nombró *patricius romanorum*, literalmente protector de Roma, pese a que ese nombramiento solo podía darlo legalmente el emperador de Bizancio. A cambio de su respaldo, coronación y nombramiento, Pipinio prometió al papa ayudarle a recuperar Rávena y dársela a él, no a Bizancio.

La adopción del título regio por Pipino en el 751, un título que su padre nunca utilizó ni reclamó[307], fijó a los carolingios -los descendientes de Carlos Martel- como la legítima línea dinástica al trono franco[308] y supuso una ruptura respecto de la tradición franca, ya que fue la primera vez que se realizó mediante una ceremonia de unción con oleos sagrados por un representante de la Iglesia, en vez de considerar suficiente la tradicional aclamación de los guerreros, un acto de carácter asambleario que conservaba vestigios de la electividad de los caudillos germánicos[309]. Se anunciaba ya así también la ruptura con el paganismo germánico y la asociación de los carolingios a la Iglesia católica, algo que se intensificaría a través de una reforma de la Iglesia franca emprendida por Pipino con la ayuda de San Bonifacio, un monje de origen inglés[310]. En palabras de Pirenne, en referencia a la deposición

[307] BACHRACH, B., *Charlemagne's Early Campaigns (768–777). A diplomatic and military analysis*. Leiden, 2013, p. 3.

[308] Childerico, el único descendiente vivo del linaje regio de Clodoveo, fue enviado a un monasterior, donde vivió recluido hasta el final de sus días.

[309] El rito de la unción era una parte del ceremonial que fue introducido en el mundo germánico por los visigodos. Se constata desde el reinado de Wamba, pero es posible que su incorporación al mundo visigótico fuera anterior.

[310] WALLACE-HADRILL, J. M., *The Frankish Church*, Oxford, 1983, pp. 53–74 y 94–122; PAINTER, S., *A History of the Middel Ages, 284-1500*. Londres, 1964, p. 71.

de los reyes merovingios y su sustitución por el linaje carolingio de los mayordomos, "nunca un golpe de estado fue más fácil ni más necesario"[311], llevado a cabo con la bendición de la Iglesia, cuyo apoyo a la dinastía quedó puesto de manifiesto mediante un hecho simbólico: el papa Esteban II fue el padrino de los dos hijos del rey franco, Carlomán y Carlos -el futuro Carlomagno-[312].

La alianza del papa con el rey de los francos reorientó las políticas europeas, ya que al aproximarse al reino franco el papado repudió la tutela bizantina, rompiendo con la traidición romana que pervivía en Oriente y volviéndose hacia los reinos germánicos de Occidente. En una exitosa campaña contra los lombardos, Pipino recuperó el exarcado de Rávena en el año 756 y, tal y como había prometido, se lo entregó al papa, a través de un acto jurídico denominado Donación de Pipino, por el cual se crearon los Estados Pontificios, comprendiendo los territorios situados entre Roma y Rávena[313]. Solo entonces entendió el *basileus* Constantino V cual erróneamente había juzgado la situación en Italia, donde había contemplado con condescendencia la intervención franca, convencido de que el verdadero enemigo de Bizancio no era ni el papado ni los francos, sino los lombardos. Había dejado hacer a Pipino contra los germanos, convencido de que, una vez derrotados estos, aquel podría ser persuadido con oro y promesas para devolver Rávena a Bizancio[314], y con ello había cometido un grave error.

Paradójicamente, el triunfo que supuso la adquisición del exarcado de Rávena abrió uno de los periodos más turbios y oscuros de la historia pontificia. Con su intervención, Pipino creó el Estado pontificio y convirtió al papa en un soberano terrenal con sus propios

311 PIRENNE, *A history of Europe*, p. 77.
312 HERRIN, "Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries", p. 99.
313 GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 80.
314 NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 13.

mecanismos de poder y sus propios intereses políticos[315], pero la Donación presentaba algunas debilidades jurídicas de gran relevancia, ya que Bizancio disponía de sólidos argumentos para reclamar la propiedad del exarcado y rebatir que Pipino pudiera disponer con libertad de aquello que no era suyo, así como que el papa pudiera adquirir una soberanía terrenal más allá de su soberanía espiritual. Para solventar estos problemas jurídicos, se fabricó la Donacion de Constantino, un documento cuya falsedad está hoy en día probada más allá de toda duda y según el cual el emperador Constantino, agredecido al papa Silvestre I por haberle curado la lepra, le entregó Roma, Iliria, el sur de la Galia y las islas que rodean Italia, es decir, una porción muy significativa del imperio romano de Occidente. A mediados del siglo siguiente, tras la muerte de Nicolás I, un buen pontífice, el papado se vio sumido en lo que el cardenal César Baronio llamaría, ya en el siglo XVI, la pornocracia -es decir, el gobierno de las prostitutas-, casi un siglo en el que la influencia de las cortesanas romanas y de las amantes de los diversos papas marcarían gran parte de la agenda pontificia[316].

Pipino, que pasaría a la posteridad con el sobrenombre de "El Breve" pese a que su reinado se extendió durante diecisiete años, dividió el reino a su muerte, en el 768, entre sus dos hijos, Carlomán y Carlomagno, siguendo la costumbre franca. Al primero le correspondió la parte sur del reino, es decir, Austrasia y la parte meridional de Neustria, lo que incluía Alemania, Borgoña y el oriente de Aquitania, con la intención de que Carlomán se ocupara de las relaciones con Baviera, con cuyo duque Tassilo estaba emparentado, y con Italia, ya que se le dio el control de los pasos alpinos. El resto de los territorios fueron confiados a Carlomagno. El objetivo parece haber sido crear dos esferas de influencia y administración perfectamente marcadas,

[315] GANSHOF, "La Edad Media", p. 21.

[316] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*. Toronto, 1968, pp. 116 y 120. Los primeros años del siglo X para el pontificado han recibido también otros nombres tan expresivos como *saeculum obscurum* (el siglo oscuro) o *Hurenregiment*, "el gobierno de las putas", termino acuñado por los teólogos protestantes del siglo XVI.

delimitadas y autónomas para evitar problemas entre ambos sucesores[317], pero la *divisio* no sirvió para enmascarar una cruda realidad: las relaciones entre ambos hermanos eran pésimas, posiblemente desde antes de la muerte de Pipino[318].

El cénit de la dinastía carolingia fue el gobierno del hijo de Pipino III, Carlomagno[319], que realizó una política intencionada de legitimación de sus acciones imperiales. Simbólica, pero no por ello menos significativa, es la vinculación que varios cronistas aúlicos realizaron entre su linaje y el de Troya, lo cual suponía, a su vez, vincular a Carlos con los emperadores romanos, que, según la *Eneida*, descendían de Eneas, uno de los más grandes guerreros troyanos. La misma idea subyacía en el hecho de presentar a Carlomagno como protector de la Iglesia, igual que antaño lo fueran los emperadores cristianos, desde el reinado de Constantino[320]. Todo ello ha recibido la denominación de *imitatio imperii*, la imitación del imperio, en referencia a Roma[321], buscando restaurar el ideal de unidad que representaba el imperio romano[322].

Tras las coronaciones de Carlomán y Carlomango, el papa Esteban envió un legado solicitando a ambos reyes que renovaran el acuerdo de su padre para ofrecer protección al papado frente a la amenaza de los lombardos. El acuerdo de Pipino, del 754, no era vinculante para sus sucesores si estos no lo ratificaban, lo que dejaría inerme al papa frente al poderoso reino lombardo que lideraba

[317] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 303.
[318] BACHRACH, *Charlemagne's Early Campaigns (768–777)*, p. 109.
[319] Fue el propio Carlos el que se adjudicó a sí mismo el título de "Magno", es decir, el Grande (PIRENNE, *A history of Europe*, p. 80).
[320] BARBERO, *Carlo Magno*, p. 14.
[321] McCORMICK, *Eternal Victory*, pp. 358–365 y 375–381. BACHRACH, *Charlemagne's Early Campaigns (768–777)*, p. 33.
[322] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 15.

Desiderio. Este no permaneció de brazos cruzados ante la ofensiva diplomática papal y envió su propia propuesta a Carlomagno, ofreciéndole la mano de su hija Gerperta y proponiendo que su hijo y heredero, Adelchis, se casara con la hermana de Carlomagno, Gisela. La maniobra era de una astucia notable, pues pretendía involucrar en los asuntos italianos al rey franco menos relacionado con ellos, obligando al papa a negociar con dos soberanos carolingios enfrentados entre sí, complicando la estrategia diplomática del pontífice y ofreciendo a Desiderio la posibilidad, en el peor de los casos, de tratar de volver a los hermanos francos uno contra otro[323].

Resulta difícil saber qué grado de éxito pudo tener la estrategia diplomática de Desiderio, porque la suerte quiso que todo se volviera en su contra. El 4 de diciembre del 771 moría súbitamente Carlomán, tras tan solo tres años de reinado[324], y Carlomagno maniobró con la máxima celeridad, reuniendo a la mayor parte de los magnates del reino de su hermano en Córbeny y logrando que le confiaran el gobierno, pese a que Carlomán tenía hijos varones susceptibles de heredar los dominios de su fallecido padre. De esta forma, Carlomagno reunificó el reino carolingio.

"Para sus contemporáneos, la historia de la expansión carolingia fue un cuento de conquistas", señala Hummer[325], y lo cierto es que las anexiones se sucedieron: Alemania en el 730 y entre el 742 y el 746; Aquitania entre el 731 y el 736, Baviera en una serie de campañas que se sucedieron en diferentes años entre el 725 y el 788, Bretaña entre el

[323] A esto hay que añadir que el hecho de que el duque Tassilo de Baviera fuera su yerno posibilitaba a Desiderio de orquestar, además, graves problemas para los carolingios en el mundo germánico, en especial debido a los lazos de sangre que unían al duque con algunos clanes sajones (BACHRACH, *Charlemagne's Early Campaigns (768–777)*, p. 45).

[324] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 80.

[325] HUMMER, H. J., *Politics and power in early medieval Europe. Alsace and the Frankish realm, 600–1000*. Nueva York, 2005, p. 56.

786 y el 799, Borgoña y Provenza entre el 732 y el 736, Frisia en el 734 y Sajonia en una serie inacabable de campañas y guerras entre el 720 y el 804[326], que solo pudieron ser acometidas por un rey del que se ha dicho que su mayor virtud era la energía[327].

Las campañas contra los sajones, que engrandecieron considerablemente los dominios francos, se vistieron con el ropaje de guerra religiosa, ya que aquellos eran paganos. Los sajones, en las confusas décadas que siguieron al desplome del poder romano, habían seguido dos trayectorias diferentes: una parte se había desplazado a Gran Bretaña, en compañía de frisios y anglos, donde acabarían derribando a los reinos britanos locales y construyendo la Britania anglosajona. El segundo grupo expandió sus dominios en Germania y la parte meridional de la península de Jutlandia, tanto por conquista como por ocupación de las tierras que otras tribus habían abandonado en sus migraciones hacia Occidente. Para el siglo VIII, los sajones ocupaban la mayor parte del territorio entre los cauces bajos del Rhin y el Elba[328].

Contra los sajones envió Carlomagno sus ejércitos en el año 772, obligándolos a someterse a su gobierno tras una sangrienta campaña a lo largo de un territorio incivilizado, sin carreteras ni ciudades, en el que ambos bandos ejecutaban a los prisioneros en aras de sus respectivas religiones, como sacrificios paganos los unos o por negarse a aceptar el bautismo los otros. La masacre de 1.400 prisioneros sajones ordenada por Carlos en Verden, a orillas de un afluente del río Waal, fue el punto culminante de una sucesión de matanzas en una guerra

[326] McKITTERICK, R., *The Frankish Kingdoms under the Carolingians, 751–987*. Londres, 1983, pp. 28–69.
[327] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 83.
[328] NICOLLE, D., *The conquest of Saxony ad 782-785*. Oxford, 2011, p. 6.

particularmente despiadada[329]. Aunque tuvieron que someterse, las tierras sajonas nunca fueron seguras para los francos, pese a que Carlomagno impuso a las tribus la entrega de rehenes, no ya como garantía de seguridad, sino como un símbolo de sumisión coherente con la *imitatio imperii*, ya que la toma de rehenes había sido una práctica habitual romana[330].

Los lombardos del norte de Italia trataron de sacar partido de los problemas de Carlomagno en Sajonia. La enemistad entre francos y lombardos había nacido cuando el papa nombró a Pipino protector de los romanos, en el año 754[331]. En el 772, con los ejércitos francos atrapados en la campaña contra los sajones, los lombardos se volvieron de nuevo contra Roma, lo que suponía desafiar también a Carlomagno. Es difícil valorar el papel que jugó en este conflicto el hecho de que el rey carolingio hubiera repudiado a Gerperga, argumentando que había sido incapaz de darle un heredero, para sustituirla por su concubina, Hildegard.

La solidez de las murallas romanas contuvo a los ejércitos lombardos a lo largo del invierno del 772-773, dando tiempo a que Carlomagno concluyera la campaña sajona y dirigiera sus fuerzas a Italia. El cruce de los Alpes por Carlomagno en el 773, siguiendo una ruta, a lo largo del valle de Susa, que aún hoy sigue llamándose "el camino de los francos", ha sido considerado una gesta militar "comparable a la de Aníbal, pero sin elefantes"[332].

[329] Algunos autores elevan la cifra de sajones decapitados a más de 4.500 (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 83).
[330] BACHRACH, *Charlemagne's Early Campaigns (768–777)*, p. 242.
[331] Con anterioridad, no solo no había enemistad entre ambos reinos, sino que los lombardos habían mantenido buenas relaciones con los francos y sus guerreros habían sido una de las naciones que integró la coalición con la que Carlos Martel derrotó a los musulmanes.
[332] BARBERO, *Carlo Magno*, p. 25.

La capital lombarda, Pavía, se rindió sin condiciones tras ser asediada en el año 774 y el papa Adriano pidió a Carlos que confirmara el acuerdo suscrito por su padre, Pipino, por el que las tierras lombardas pasarían a ser dominios papales, la llamada "república de San Pedro", con excepción del arco alpino y la llanura padana hasta Pavía, que quedarían en manos francas. El papa reclamaba esos territorios alegando que formaban parte del patrimonio de la Iglesia en virtud de la Donación de Constantino, pero Carlomagno, que, según la tradición diplomática de su tiempo, no estaba vinculado por los tratados firmados por sus predecesores, salvo que él mismo los ratificara, no prestó oídos a las reclamaciones del pontífice, se desmarcó del pacto de Pipino y decidió asumir personalmente la corona lombarda, en vez de disolver el reino, seguramente con la intención de zanjar de una vez para siempre los problemas itálicos por lo que a su imperio se refería[333]. Tan solo entregó al papado el ducado de Roma y las tierras sabinas, así como una parte del territorio bizantino de la Pentapoli. Con la decisión de Carlos se puso fin a la construcción de la república de San Pedro[334], en la que el papado llevaba trabajando desde comienzos del siglo VIII y cuyos dominios experimentarían pocos cambios en el futuro.

En el 778, Carlomagno decidió aprovechar las luchas internas entre los musulmanes de la península Ibérica para lanzar una expedición al sur de los Pirineos. Sus tropas cruzaron la cordillera en dos columnas que convergieron en Zaragoza, cuyo gobernador había acordado entregar la ciudad a los francos. Sin embargo, la promesa fue rota, y las tropas francas se vieron impotentes para tomar la ciudad por asalto. El asedio se vio interrumpido por las noticias procedentes de Sajonia, que impelieron a los francos a levantar el campamento y repasar los Pirineos, trayecto en el cual la retaguardia franca fue asaltada por los montañeses vascos, en Roncesvalles, si bien el posterior cantar

[333] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 304.
[334] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 166.

convirtió a los asaltantes en musulmanes, a despecho de la realidad histórica.

El suceso que obligó a los francos a abandonar Zaragoza fue una revuelta que se extendió como fuego entre los sajones en el mismo año 778. Los monasterios y las guarniciones francas fueron asaltadas y los misioneros y soldados asesinados. Agrupados bajo el mando de un único caudillo, Widukind, los sajones exterminaron a un ejército franco en las montañas Süntel, un desastre en el que perdieron la vida dos de los colaboradores más cercanos del rey, Adagisio y el condestable Geilone. Cuando el peso del ejército franco cayó sobre los sajones, Widukind se refugió en el Norte, entre los daneses.

El año 791 vio como los francos marchaban en dos columnas a lo largo de las orillas norte y sur del Danubio, contra los ávaros asentados en las márgenes orientales del imperio de Carlomagno. La campaña fue una completa frustración para los invasores, ya que los ávaros se limitaron a replegarse cada vez más lejos de la frontera, devastando el país en el proceso y dejando a los francos sin medios para mantenerse sobre el terreno. Ante la imposibilidad de forzar a una batalla decisiva a un enemigo que combatía esencialmente a caballo y con la amenaza de tener que afrontar un invierno en una territorio hostil y devastado, Carlomagno ordenó a su ejército retroceder. En el 793, otra rebelión sacudió la Sajonia septentrional, solo superficialmente evangelizada y apenas sometida a los francos[335]. Harto de problemas, Carlomagno actuó con la ferocidad "de un rey de Israel": devastó el país, quemó las aldeas, deportó a la población e inició un proceso de repoblación para asentar a colonos francos y eslavos[336].

[335] No en balde "el cristianiso fue el mayor elemento de síntesis cultural medieval" (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 16).
[336] BARBERO, *Carlo Magno*, p. 38.

En el 797, de nuevo con la connivencia de facciones musulmanas, un ejército franco cruzó los Pirineos por segunda vez, comandado por Luis, uno de los hijos de Carlomagno. Conquistaron Vich, que se convertiría en la base permanente desde la que, en los años posteriores, se lanzarían varias campañas para ampliar los dominios peninsulares carolingios. En el 800 los francos se hicieron con Lérida y, un año después, con Barcelona. Las campañas prosiguieron hasta que, en el año 810, los musulmanes de Córdoba se avinieron a suscribir un acuerdo con Carlomagno. Por el tratado, los musulmanes reconocían la soberanía franca al norte del río Ebro, en lo que se convertiría en la Marca Hispánica, dependiente de la provincia franca de Aquitania[337]. La dominación franca fue uno de los grandes factores divergentes en la cultura e historia de Cataluña respecto del resto de los reinos peninsulares, ya que supuso el desarrollo de un feudalismo de corte franco, en vez del mucho más superficial feudalismo hispánico.

La sociedad carolingia estaba organizada para la guerra. Sus contemporáneos árabes tenían en baja estima su cultura en general, y consideraban que los francos solo eran buenos luchando y fabricando armas, lo que da idea de las prioridades de su sociedad[338]. En ello se fundamentaban gran parte de los poderes regios, como el *bannum*, la capacidad del monarca para legislar y el deber de los súbditos de obedecer las leyes así creadas, cuyos objetivos principales eran tanto mantener el orden como garantizar el cumplimento de la llamada regia a las armas[339]. Sin embargo, tras las conquistas de Carlomagno no quedaban objetivos interesantes para la anexión en las sociedades celtas

[337] BARBERO, *Carlo Magno*, p. 45.
[338] GILLINGHAM, J, "An age of expansion, 1020-1204", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999, p. 59.
[339] GANSHOFF, F. L., *Frankish institutions under Charlemagne*. Brown, 1968, p. 59. Esta concepción era habitual en la mayor parte de las monarquías de origen germánico a comienzos de la Edad Media, en las que el rey era conceptuado, antes que nada, como el líder que debía conducir al ejército en las campañas militares y el primer deber del súbdito era servir en estas campañas (PAINTER, *A History of the Middel Ages, 284-1500*, p. 63).

y danesas de los límites imperiales. Quizá por ello, desde el año 830, la fuerza militar de los francos se volvió contra sí misma, haciendo de la lucha de facciones un mal endémico[340]. Desde esa fecha hasta el fin de siglo, todas las expediciones francas fueron contra otros francos, incluyendo dos guerras civiles que desembocaron en la partición del imperio[341].

Carlomagno asentó su imperio sobre un sistema con tres pilares interrelacionados. En primer lugar, la mayor parte del poder sobre los asuntos inmediatos quedó en manos de los señores locales; en segundo lugar, para sujetar a estos señores locales a la voluntad general de la Corona se creó un instrumento jurídico, las capitulares, de obligatorio cumplimiento por todos los súbditos, incluidos los señores. Las capitulares fueron el medio por el que Carlomagno influyó en las instituciones de sus reinos; eran decretos que se promulgaban oralmente, divididos en artículos denominados *capitula* y con los que los carolingios publicaban legislación o medidas administrativas. Se les daba diferentes nombres, como *constitutio*, *decretum*, *edictum*, *capitulum* y *capitulare*, que ha terminado por ser el más conococido.

En líneas generales, las capitulares muestran dos tendencias: recuperar la aplicación de antiguas leyes que estaban desatendiéndose y adaptar la legislación a las nuevas situaciones, lo que suponía crear nueva normativa. La primera es la Capitular de Herstal, del año 779, la publicada en un momento de crisis, tras el desastre español del año anterior, la revuelta sajona que amenazaba Colonia y los movimientos contra Carlos en Aquitania y Septimania. Como el sistema se basaba en los vínculos verticales entre individuos, gran parte de las capitulares se dedicó a regular el derecho feudal, en muchas ocasiones tratando de contenerlo. Un ejemplo de ello lo tenemos en las medidas contra la *fauda*, la venganza privada, que dejaba la sanción penal en manos de los individuos. El monarca trató de eliminarla, sin éxito, dado que se

[340] HUMMER, *Politics and power in early medieval Europe*, p. 156.
[341] REUTER, T., "Carolingian and ottonian warfare", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999, pp. 13 y 15.

trataba de una de las instituciones jurídicas de herencia germánica de mayor arraigo[342]. Desde la capitular de Herstal trató de crear un sistema alternativo, basado en el pago de indemnizaciones y en la mediación, cuando no intervención, de la administración. En total, fueron cinco grandes documentos jurídicos los que publicó Carlomagno durante su reinado, el último de ellos en el 805[343].

El tercer pilar del Estado carolingio, encargado de verificar el cumplimiento de las capitulares y de que las élites locales no desafiaran el poder central, fue un grupo de funcionarios que actuaban como enviados personales del rey a un territorio determinado, a fin de supervisar el comportamiento de las autoridades locales. Estos funcionarios fueron denominados *missi dominici*[344], encargados de mantener bajo control a los vasallos reales, evitando que se convirtieran en poderes independientes. Muchos de estos *missi*, que solían desplazarse en parejas, eran clérigos de alto rango[345], si bien con el tiempo cobró cada vez más fuerza la composición de un tándem formado por un jurista y un abad[346]. En realidad, los *missi* no eran una nueva institución, ya que los merovingios habían utilizado figuras similares y los propios carolingios habían creado una figura denominada *missi de palacio disscurrentes*. La gran novedad

[342] Otra tradición germánica que los francos mantuvieron fue la de los Campos de Mayo, lugar donde el rey se reunía con los magnates para recibir consejo y consentimiento para los actos de gobierno más graves, como el inicio de una campaña militar. Sin embargo, durante el reinado de Carlomagno, solo se reunió a instancia del rey, y no fue hasta después de su muerte cuando se recuperó la tradición de que su convocatoria no fuera de exclusiva iniciativa regia (PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 319.

[343] GANSHOFF, *Frankish institutions under Charlemagne*. Brown, 1968, pp. 4-5.

[344] HAUN, *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*, p. 49.

[345] BACHRACH, *Charlemagne's Early Campaigns (768–777)*, p. 23.

[346] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 85.

implementada por Carlomagno fue la institucionalización de los *missi dominici*, es decir, su inclusión de forma regular y ordenada en el conjunto de la administración, eliminado su carácter especial y regularizando sus funciones: desplazarse a un territorio para revisar la administración de justicia, dar a conocer las nuevas capitulares y elaborar informes para el monarca sobre el estado de su administración en cada territorio[347]. Estos missi recibían un mandato particular que se complementaba con una normativa de carácter general, la *Capitulare Missorum Generale*, proclamada en el año 802 y que recogía cuáles eran las competenicas genéricas de los missi[348].

La administración de justicia también fue institucionalizada. Hasta su reinado, el primer tribunal lo consituían asambleas a nivel de condado, llamadas *placitas*. Carlomagno estableció que podían reunirse un máximo de tres veces al año y que debía haber una específica para tratar los asuntos mercantiles. Poco a poco las fue sustituyendo por unos oficiales especializados en leyes, que en el norte se llamaron *scabini* o *échevins* y en el sur recibieron el nombre de *iudex*. Estos oficiales hacían públicas las leyes y emitían sentencias en calidad de asesores del conde que tuviera encomendado el gobierno del territorio. Poco a poco, estos instrumentos burocratizados de la justicia fueron ocupando el papel que en su administración tuvieran inicialmente las asambleas de hombres libres[349].

Carlomagno decidió, en el 802, que todos sus súbditos debían jurarle lealtad, algo que se repetiría para quienes aún eran demasiado jóvenes en los años 805, 806 y 811. De recoger estos juramentos se encargaron los *missi dominici*. El juramento no creaba la obligación de fidelidad, que existía previamente, pero sí la reforzaba al incluir sanciones más duras y convirtiendo la deslealtad en un pecado mortal desde el punto de vista religioso. Al contrario de lo que esperaba el

[347] GANSHOFF, *Frankish institutions under Charlemagne*, p, 23.
[348] GALLEGOS VÁZQUEZ, F., *Estatuto jurídico de los peregreinos en la España medieval*. Santiago de Compostela, 2005, p. 55.
[349] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, p. 322.

emperador, el proceso de juramento de lealtad tuvo efectos nocivos sobre la autoridad central, ya que extendió erróneamente la noción de que la autoridad del rey se basaba en el consentimiento de los súbditos, prestada a través del juramento, lo que contribuyó a socavar la autoridad regia en los años posteriores[350].

Sin una capital fija, el rey se desplazaba entre varios palacios situados en puntos clave de su imperio. La administración disponía de un muy desarrollado sistema de comunicaciones, denominado *tractoria*, que conectaba entre sí los más de 700.000 kilómetros cuadrados sometidos a la autoridad del emperador. El nombre deriva del documento que usaban los enviados regios para reclamar el uso de caballos y suministros cuando se encontraban en misión oficial, permitiendo a los mensajeros entrenados llegar a recorrer entre 300 y 330 kilómetros diarios. Esto era posible porque el imperio se había preocupado de mantener en condiciones de uso el sistema de calzadas romanas que atravesaba la Galia, manteniendo para ello en vigor las provisiones del Código Teodosiano que establecían que los propietarios por cuyas tierras discurrían las calzadas tenían la obligación de mantener en uso el tramo que correspondía a sus dominios. Además del mantenimiento de las calzadas, la *tractoria* implicaba la creación de una red de establecimientos, denominados *mansiones* o, con menor frecuencia, *tabernae*, en las que había alojamiento, comida, caballos y suministros a disposición de los mensajeros[351].

Carlomagno no disponía de una administración diplomática estable, sino que solía encomendar las labores de embajada a dos o tres delegados que operaban de forma similar a los *missi dominici*, tanto por su número como por la naturaleza delegada y específica de la misión que les era encomendaba. Cuando las embajadas debían recorrer tierras lejanas o poco transitadas por los francos, solía incluirse en la misma a

[350] GANSHOFF, *Frankish institutions under Charlemagne*, pp. 14-15.
[351] BACHRACH, *Charlemagne's Early Campaigns (768–777)*, pp. 21-22.

una persona que tuviera experiencia o conocimiento sobre la región y sus habitantes.

Aunque al menos uno de los miembros de la embajada siempre era laico -por lo general, con el rango de conde-, una parte significativa del peso de las misiones diplomáticas francas recaía sobre clérigos, con una notable excepción: los carolingios eran reacios a enviar religiosos a tierra de infieles, sobre todo de musulmanes. Ganshof ha explicado esta renuencia atribuyéndola al temor de que pudieran sufrir algún daño[352], pero parece que más bien podría tener relación con el hecho de que un clérigo de una confesión diferente de la religión dominante en el país receptor podría no despertar las mejores voluntades entre sus interlocutores. Dadas las salvaguardas habituales entre diplomáticos, que las potencias musulmanas tendían a respetar igual que sus contrapartes cristianas, parece más acertado suponer que los reparos al uso de clérigos cristianos como embajadores francos en tierras del Islam esté relacionada con una menor eficacia práctica de los mismos que con un temor exhacerbado por su seguridad.

No debe infravalorarse lo logrado por los gobernantes francos, capaces de construir un imperio partiendo de una situación inicial adversa, en una zona geográfica más pobre que la ocupada por otros imperios de su tiempo y fragmentada hasta lo inconcebible en lo político y lo administrativo[353]. Lograron crear una entidad política cuya influencia se proyectaba incluso al otro lado del Canal de la Mancha, donde, por ejemplo, el rey Offa de Mercia dependía de sus relaciones con los carolingios para mantenerse en el trono[354], y a lugares tan

[352] GANSHOF, "La Edad Media", p. 34.

[353] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 118.

[354] Al respecto, ver STOREY, J., *Carolingian Connections: Anglo-Saxon England and Carolingian Francia, c. 750–870.* Aldershot, 2003, pp. 186–187. Offa mantenía tratados comerciales y de defensa con los carolingios, como puede verse en la *Epístola Duae, ad Offa Regem Merciorum*, recogida en el tomo segundo de WALTER, F., *Corpus iuris Germanici Antiqui*, vol, II. Berolini, 1824, pp. 124-125.

lejanos como el califato abasí de Bagdad, con cuyos dirigentes los carolingios negociaron un acuerdo que otorgaba exenciones y ventajas comerciales a los mercaderes francos[355].

3.- Los sucesores de Carlomagno

Igual que su padre, Carlomagno ya tuvo en mente la idea de dividir el imperio entre sus hijos, y así lo fijó con la *divisio regnorum* del año 806[356], pero, dado que dos de ellos murieron en vida del emperador, la herencia pasó íntegra a su único hijo superviviente, Luis el Piadoso[357]. Los comienzos de su reinado fueron esperanzadores y Luis realizó una serie de buenas gestiones diplomáticas: envió embajadores a Bizancio y a las tribus de la frontera oriental, logró éxitos militares contra los eslavos, consiguió poner fin a los problemas con los daneses e intentó cristianizarlos, retuvo Barcelona frente a musulmanes y navarros y logró un acuerdo con el caudillo bretón Nomenoë para pacificar la frontera que compartían.

Sin embargo, pronto comenzarón los errores. Luis, un soberano extremadamente culto y religioso, desoyó los consejos que su padre le diera y se hizo coronar emperador por el papa, en vez de coronarse a sí mismo. Con este acto se estableció la necesidad de coronación papal para asumir el título de emperador, de modo que no podía ser asumido

[355] BACHRACH, *Charlemagne's Early Campaigns (768–777)*, p. 82.

[356] VAN CAENEGEM, "Goverment, law and society", p. 182. A su hijo mayor había de corresponderle, unido, el reino de Francia, que Carlomagno había recibido en herencia. Los territorios adquiridos durante su reinado, Aquitania e Italia, irían a parar a manos de sus otros dos hijos (NELSON, "Kingship and empire", p. 232).

[357] Luis fue coronado por su propio padre, que le asoció al poder antes de su muerte, en un acto que parece haber sido concebido para negar la necesidad de sanción papal a la coronación del emperador (VISCOUNT, J. B., *The Holy Roman Empire*. Londres, 191, p. 58).

directamente por los soberanos francos al acceder al trono de su propio reino[358].

Luis cometió en el año 817 un segundo desliz que, a la postre, tendría gravísimas consecuencias sobre la unidad del imperio, al promulgar la *Ordenatio Imperii*, por la cual fijaba cómo habría de repartirse el mundo carolingio a su muerte, diviéndolo entre sus tres hijos y su sobrino, al tiempo que asoció a la dignidad imperial a su hijo mayor, Lotario, entregándole el gobierno de Francia, Suabia y Borgoña. A su hijo Pipino le situó en Aquitania y a Luis en Baviera; mientras que a su sobrino Bernardo le entregó los territorios italianos. El primer anuncio de lo que estaba por venir llegó cuando este último se alzó en armas en una rebelión que le llevó a un trágico final: derrotado, fue cegado en el 818 y moriría tan solo un año más tarde.

Fue la primera de una serie casi ininterrumpida de rebeliones de los hijos contra el padre, sobre todo a raíz de que, muerta su esposa, Luis el Piadoso contrajera segundas nupcias con la princesa Judith de Suabia, quien pronto le dio un nuevo hijo, Carlos. Luis pasaría el resto de su vida enfrentado a sus tres hijos mayores, fruto de su primer matrimonio, para garantizar una parte de la herencia a su hijo menor. En el año 833, en el Campo de las Mentiras, los hijos mayores capturaron a su padre, a su madrastra y a su medio hermano y obligaron a abdicar a Luis. Sin embargo, incapaces de llegar a un acuerdo sobre como repartirse el imperio, le devolvieron el trono, en el que Luis el Piadoso permaneció hasta su muerte, en el año 840. En los últimos años de su reinado, el monarca realizó concesiones de tierras a sus súbditos más poderosos, a fin de mantener su apoyo y su lealtad, con lo que la Corona se debilitó y el poder de los magnates resultó reforzado[359].

[358] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 87.
[359] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 87.

A la muerte de Luis, Lotario heredó el trono, pero la guerra civil estalló de nuevo. En Estrasburgo, en el año 842, su hermano Luis y su medio hermano Carlos el Calvo se aliaron contra él, firmando Carlos en alemán y Luis en francés una alianza, conocida como el Juramento de Estrasburgo, primer ejemplo escrito de los dialectos de los que proceden el moderno alemán y francés[360]. La guerra civil agotó a todos los participantes[361], lo que llevó a la partición definitiva del imperio mediante el tratado de Verdún.

El tratado de Verdún suponía el triunfo del sistema de sucesión germánico, en el que primaba el reparto de la herencia en partes iguales, frente al modelo romano, donde imperaba la idea de la transmisión indivisible del imperio. El acuerdo entregó Neustria, la Aquitania y los dominios hispánicos a Carlos el Calvo; Baviera, Turingia, Sajonia, Suabia y Franconia a Luis -conocido desde entonces como "el Germánico"-; Lotario, por su parte, recibió una alargada franja intermedia que abarcó desde el mar del Norte hasta el norte de Italia, a través de Flandes, los Países Bajos, Alsacia y Lorena. La composición territorial de la misma era tan heterogénea que resultó imposible encontrar una denominación geográfica que la definiera, de modo que se la llamó Lotaringia[362]. Era una suma de territorios estrecha, sin centro, dividida, carente de fronteras naturales, habitada por gente de culturas e idiomas dispares y cuyo núcleo más consistente, Lorena, había quedado devastado en las guerras civiles[363].

La importancia del Tratado de Verdún es clave, ya que sentó las bases de la posterior estructuración del espacio internacional europeo sobre una base de Estados nacionales[364], fijando una de las grandes

[360] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 87.
[361] PIRENNE, *A history of Europe*, p. 117.
[362] PIRENNE, *A history of Europe*, p. 130.
[363] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 345.
[364] TOUT, T. F., *The Empire and the Papacy. 918-1273*. Londres, 1921, p. 9.

líneas futuras de fractura en Europa, la que separó al mundo franco-galo del mundo germánico. Para Pirenne, se trata, sin duda, del "primer gran tratado de la Historia de Europa"[365].

Aceptar la peor parte del pastel geográfico fue el precio que hubo de pagar Lotario para conservar el título imperial, en su condición de hijo mayor, si bien se estableció que cada uno de los tres hermanos fuera soberano en la parte que le había correspondido, todos con el título de rey de los francos[366]. En los años posteriores, los fallecimientos hicieron que el título imperial pasara de una rama a otra de la dinastía, hasta que, con la muerte de Carlos el Gordo, en el 888, se le dio por extinguido[367].

El reino de Lotario ni siquiera sobrevivió a su primer monarca, y a su fallecimiento, siguiendo la tradición franca, fue dividido entre sus tres hijos a través del Tratado de Merseen, en el año 860. A Lotario II le correspondieron los territorios situados a lo largo del Rhin, pero ni esta ni los otros dos fragmentos en que se dividió la Lotaringia mantuvieron, a su vez, la integridad, y en las generaciones posteriores continuaron atomizándose en unidades políticas cada vez más pequeñas[368].

Las particiones entre herederos eran una cuestión sumamente compleja, que requería de intrincados procedimientos. Tanto el proceso que cristalizó en el Tratado de Verdún como el posterior que llevó a la desintegración de la Lotaringia una generación más tarde requirieron de la formación de numerosas comisiones y el nombramiento de decenas de comisarios cuya función era valorar todos y cada uno de los

[365] PIRENNE, *A history of Europe*, p. 129.
[366] A la larga, los dos grandes bloques territoriales francés y alemán consiguieron retener, con muchos altibajos y matices, la unidad, pero la Lotaringia no tardó en hacerse pedazos y desintegrarse política y geográficamente (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 90).
[367] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 58.
[368] GANSHOF, "La Edad Media", p. 24.

territorios a repartir, a fin de establecer su importancia política y su valor económico. Partiendo de estas valoraciones, las comisiones creaban lotes de un valor similar, que, a su vez, se reunían para formar las partes correspondientes a cada heredero o soberano, intentando que el valor de cada una de las partes fuera tan aproximado al de las demás como fuera posible en tamaño, población y riqueza[369].

Pese a la partición, el imperio siguió funcionando como una entidad reconocible hasta la década del 880, cuando las invasiones exteriores y los intereses locales terminaron por borrar cualquier atisbo de proyecto común entre las tres secciones[370]. Se han barajado múltiples causas que explican la rápida disolución del imperio carolingio: era demasiado extenso y, en realidad, lo único que unía los diversos territorios era la personalidad de Carlomagno; su población era muy diversa y la separación geográfica era grande, con tenues vínculos físicos, apenas un ramillete de calzadas y ríos; era demasiado bárbaro y poco ilustrado como para mantener la compleja estructura de un gran Estado; su nobleza era díscola y socavó el poder del Estado; la verdadera naturaleza del poder dentro del imperio se basaba en los séquitos armados que dependían a su vez de la propiedad de tierras; el papel cada vez mayor de los señores locales en la administración pública acabó por debilitar esta, al igual que las donaciones y beneficios cedidos por el poder central al local para mantener la lealtad una vez la expansión se detuvo y dejaron de llegar nuevas tierras con cuya concesión mantener contentas a las élites; el efecto devastador de la costumbre franca de dividir la herencia… Por último, las invasiones de magiares, árabes y escandinavos fueron elementos corrosivos, cuando no directamente demoledores, para un imperio que apenas se mantuvo en pie un par de generaciones[371].

[369] GANSHOF, "La Edad Media", p. 40.
[370] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 291.
[371] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 334.

El camino que llevó a la partición por el Tratado de Vedún no es más que la suma de dos tragedias: la de un imperio con pies de barro y la de una familia, los carolingios, dividida por las luchas de poder. Este elemento familiar dinástico hizo que, a lo largo de toda la historia de los francos, primero durante la existencia del *Regnum Francorum* bajo los merovingios y después durante el imperio carolingio, la diplomacia directa -aquella en la que las máximas autoridades de cada potencia negocian cara a cara- tuviera gran importancia y fuera habitual. Abundan los ejemplos: la reunión de 561 entre los hijos de Clodoveo para dividirse su herencia; las reuniones de los años 567 y el 587 entre los soberanos francos de Borgoña y Austrasia; la del 604 entre los líderes de Austrasia y Neustria; las múltiples reuniones durante las luchas en el reinado de Luis el Piadoso; o, por supuesto, las negociaciones directas que culminaron con el Tratado de Verdún, en el año 843, así como las múltiples reuniones posteriores para mantener el entendimiento entre las tres partes en que se dividió el reino[372].

Las negociaciones entre francos y potencias o comunidades que estuvieran en guerra con ellos solían tener lugar mediante comisiones paritarias que se reunían en territorios fronterizos. Un buen ejemplo de ello fue la reunión sobre el río Eider, durante el reinado de Carlomagno, de doce notables francos con otros tantos destacados caudillos sajones para buscar una salida al conflicto que enfrentaba a ambos bandos.

La herencia jurídica germánica puede percibirse en varios elementos de la diplomacia carolingia, como el mencionado recurso a la diplomacia directa, forma que tiene sus orígenes en la concepción personalista de la diplomacia germánica, donde un tratado era ante todo el acuerdo entre dos caudillos, que vinculaba a sus comunidades a través de los lazos de estas con aquellos. Esa es la razón de que la mayor parte de los tratados francos incluyan disposiciones de naturaleza personal con fines diplomáticos, como la conclusión de enlaces matrimoniales o incluso adopciones: Carlos Martel envió a su hijo

[372] GANSHOF, "La Edad Media", p. 32.

Pipino al rey de los lombardos, para que lo adoptase, en el 735; y Gotrán, rey de Borgoña, adoptó a su sobrino Childerico, rey de Austrasia, cuando firmaron un tratado en el año 567[373].

Otros ejemplos de elementos personales en las relaciones internacionales tal y como las entendían los francos era la realización de juramentos, un acto que vincula individualmente al jurador frente a la divinidad, como garantía de los acuerdos y tratados, así como la entrega de rehenes, en la que se respondía con el bien más personal -la propia vida- del cumplimiento de lo acordado. En ocasiones, el juramento no se limitaba a los líderes que lo habían negociado, sino que se hacía extensivo a la colectividad. Así, en el año 842, en Estrasburgo, la alianza de Carlos el Calvo y Luis el Piadoso contra su hermano Lotario fue jurada también por los ejércitos de cada uno de los príncipes[374].

4.- Los francos y la Iglesia

De todos los reinos germánicos surgidos tras la caída de Roma, ninguno -con la posible excepción de los visigodos en Hispania- presentó una influencia mayor de la Iglesia en las cuestiones de Estado que el imperio carolingio[375]. En la concepción de la monarquía franca el rey era elegido por Dios para gobernar conforme a sus designios; con ello, en la figura del rey franco confluían las dos vertientes del poder romano, la *auctoritas* y la *potestas*, que los autores posteriores han traducido como la autoridad moral para gobernar y la fuerza coercitiva que respalda a esta[376]. La influencia de la Iglesia no era solo moral, sino

[373] GANSHOF, "La Edad Media", p. 38.
[374] GANSHOF, "La Edad Media", p. 41.
[375] WICKHAM, *Framing the Early Middle Ages*, p. 46.
[376] HAUN, *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*, p. 13. En la misma línea, Ullman, definió la auctoritas como la facultad de dar forma a las realidades políticas y sociales, y a la potestas como los medios físicos empleados para establecer los designios de la

que hay autores que atribuyen a los monasterios un papel mayor en la administración territorial que a las propias divisiones administrativas civiles[377].

El papa Adriano, amigo personal de Carlomagno, confirmó el papel del rey como protector de la Iglesia de Roma, otorgándole un papel similar al que desempeñaba el *basileus* bizantino respecto de la Iglesia oriental[378]. La muerte de Adriano y el ascenso al solio pontificio de León III reforzó el vínculo, ya que el nuevo pontífice había de enfrentarse a la hostilidad de la curia romana, de las grandes familias aristocráticas y de la propia población de Roma, de modo que el apoyo de Carlomagno le era indispensable para conservar su posición[379].

Mientras la ascendencia carolingia sobre el papado iba en aumento, la desafección entre la parte occidental de la Iglesia y su mitad oriental iba agrandándose. El paulatino distanciamiento entre Roma y los francos, por un lado, y Bizancio y la Iglesia oriental, por otro[380], tenía que ver tanto con las ambiciones políticas por el control de la Cristiandad como con las luchas intestinas dentro de la Iglesia. Fue la interrelación entre corona y cruz en ambos escenarios lo que llevó a que

auctoritas (ULLMANN, W., *The Growth of Papal Government in the Middle Ages*, Londres, 1962, p. 21.).

[377] HUMMER, H. J., *Politics and power in early medieval Europe. Alsace and the Frankish realm, 600–1000*. Nueva York, 2005, p. 61.

[378] Para simbolizar su alejamiento de Bizancio, en el 772 había puesto fin al sistema de datación pontificio basado en el año de reinado del emperador, recuperando el antiguo sistema que tomaba como referencia el año de pontificado del papa (HERRIN, "Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries", p. 102).

[379] BARBERO, *Carlo Magno*, p. 59.

[380] Una de las razones que Haun utiliza para explicar los diferentes modelos de Estado surgidos en Bizancio, por una parte, y en el reino franco, por el otro, es la muy escasa relación de los francos con el mundo mediterráneo, en contraposición con la cultura y sociedades bizantina (HAUN, *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*, p. 23).

el conflicto no se limitara a uno solo de los escenarios, el político o el religioso.

Cuando en el año 800, el papa coronó a Carlomagno emperador, se llegó a una situación que tenía difícil marcha atrás, y que para muchos suponía la *renovatio romani imperii*[381], es decir, la refundación del imperio romano en Occidente. Los *basileus* bizantinos gobernaban con el título de emperador, una noción que implicaba el derecho a regir la totalidad de la Cristiandad. Esto suponía que solo podía existir un emperador, una idea de unidad que Bizancio tomó de Roma, al igual que lo hizo Carlomagno[382]. Al reconocer la Iglesia de Roma a Carlomagno como emperador se negaba, implícitamente, tal título al gobernante bizantino. La cuestión relativa al título imperial se llevaba arrastrando desde el año 797, cuando la emperatriz viuda Irene había asumido el gobierno de Bizancio con el título de *basileus*, en vez de como regente de su hijo. El papa León, desde Roma, había clamado ante tal hecho sin precedentes y había exigido que la dignidad imperial se trasladara de Bizancio, donde, según su criterio, se había extinguido, a Occidente, con la idea de entregársela al rey de los francos, en una reversión de la *traslatio imperii* acaecida con la caída del imperio romano[383].

A la reclamación de la dignidad imperial por el papa hubo que añadir una década larga de incidentes político-militares entre francos y bizantinos, comenzados con la campaña de Carlomagno en 787 para terminar con el ducado de Spoleto, gobernado por una dinastía lombarda, vista por los bizantinos como una amenaza para sus posesiones en el sur de Italia. Carlos trató de reconstruir sus relaciones diplomáticas con el imperio oriental y negoció un matrimonio entre su hija y el hijo de Irene. Sin embargo, los recelos de la nobleza bizantina,

[381] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 70.
[382] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 15.
[383] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 83.

que temía la influencia que Carlomagno pudiera alcanzar en los asuntos de Oriente, terminaron por frustrar la alianza. La coronación de Carlos como emperador supuso un hito decisivo en la evolución entre el oeste y el este[384]: la tensión se transformó en hostilidad, puesto que en Constantinopla la asunción del título imperial por Carlomagno fue considerada "un escándalo y una usurpación"[385] y, aunque no llegó a estallar una guerra abierta, los incidentes fueron constantes en Italia y los Balcanes[386]. A lo más que llegaron los bizantinos fue a reconocer a Carlos, en el 812, como co-emperador en un sentido abstracto, a modo de honor personal, y en ningún caso como heredero de la dignidad imperial de Roma[387].

A la muerte de Carlomagno, su hijo Luis dio continuidad a la estrecha relación entre la Iglesia y la Corona, pero lo que en tiempos de su padre fue visto como una alianza que beneficiaba a ambas instituciones y reforzaba el poder de cada una de ellas, en el reinado de Luis se percibió como la debilidad de un monarca sometido a los designios de los clérigos[388].

Tras la división del imperio en el Tratado de Verdún, solo uno de los miembros de la dinastía utilizaba el título imperial, y esto se mantuvo hasta el año 924, pero para el año 900 la mayor parte de las prerrogativas correspondientes al monarca franco occidental ya habían ido siendo usurpadas por los magnates locales. Cuando falleció el

384 PAINTER, *A History of the Middel Ages, 284-1500*, p. 45.
385 GANSHOF, "La Edad Media", p. 23.
386 BARBERO, *Carlo Magno*, p. 62.
387 NICOL, "Byzantine political thought", p. 58; GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 83. Un estudio específico sobre las relaciones entre Bizancio y los carolingios, especialmente con relación al papado. en HERRIN, J., "Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.
388 HAUN, *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*, p. 6.

último monarca carolingio, en el año 987, Hugo Capeto se convirtió en rey de los francos, inaugurando una nueva dinastía, pero su poder era solo la sombra de lo que habían sido los reyes anteriores y apenas podía ejercer el poder regio más que a muy pequeña escala. El verdadero gobierno del reino había quedado, a lo largo del siglo X, en manos de los pequeños señores, cada uno de los cuales controlaba desde su castillo un reducido territorio, a menudo no mayor de unos pocos kilómetros cuadrados[389]. A lo largo del siglo XI, en una tercera fase del proceso, muchos de los principados mayores surgidos de las ruinas de la entidad carolingia, se desmoronaron y fragmentaron en entidades señoriales aún menores, llevando a su máximo apogeo el proceso de atomización política, en lo que se ha denominado *la pousse chatelaine* o "la supremacía de los castillos"[390].

Con este fenómeno, la autoridad pasó de los oficiales regios, detentadores de un poder procedente del Estado, encarnado por el soberano, a los propietarios de la tierra, en una suerte de privatización de las funciones públicas, de tal forma que el desarrollo de potestades estatales, como el cobro de impuestos o el uso legítimo de la violencia, quedó en manos de individuos privados, con la consiguiente difuminación entre ambas esferas, e incluso entre el derecho público y el derecho privado[391].

[389] LUSCOMBE, "Introduction: the formation o f political thought in the west", p. 157.
[390] VAN CAENEGEM, "Goverment, law and society", pp. 176-177.
[391] VAN CAENEGEM, "Goverment, law and society", p. 178.

CAPÍTULO V

EL CETRO Y LA TIARA

1.- Los duques de la tierra

En la parte germánica del reino carolingio, las incursiones de los magiares y de los escandinavos socavaron la autoridad regia. Ante el fracaso de los sucesores de Carlomagno en brindar a los territorios alemanes protección suficiente contra las incursiones de los paganos, la población buscó seguridad en los terratenientes locales más importantes, convirtiéndolos en líderes militares y, por tanto, en figuras políticas cada vez más importantes, los llamados duques tribales o duques de la tierra, por su vinculación a los linajes germánicos previos al establecimiento del imperio carolingio. Su poder no se basaba en la concesión de un título y competencias por parte del emperador, sino en la posesión de tierras y en su influencia económica y militar sobre la población de sus dominios. Estos duques fueron usurpando las funciones estatales, sometiendo a su dominio a los condes que debían administrar el territorio para la monarquía y ejerciendo un patronato sobre la Iglesia local. Se trataba del último episodio de la pugna

constante entre dos fuerzas contrapuestas, la Corona y la nobleza, que había carácterizado al imperio carolingio y que Carlomagno había conseguido decantar del lado de la monarquía, pero cuyo equilibrio no había cesado de inclinarse hacia los nobles desde la muerte del emperador[392].

A finales del siglo IX, el reino germánico había quedado configurado en torno a cinco ducados, que se correspondían con las marcas militares creadas por Carlomagno: Lorena, Franconia, Suabia, Baviera y Lorena[393]. Cuando el último rey carolingio en Germania, Luis el Joven, murió, los duques de la tierra ya eran casi independientes en la práctica y trataron de consolidar la situación manteniendo el trono vacante durante doce años, entre el 899 y el 911, pero dos fuerzas contuvieron ese proceso: la Iglesia y los magiares, un pueblo nómada que algunos consideran emparentados con los hunos[394]. A la Iglesia, en tierras germánicas igual que en Francia, le interesaba una monarquía fuerte, ya que era más fácil tratar con un rey que con cuatro duques; y por la escala de las incursiones magiares, ningún duque podía por sí solo enfrentarse a ellas con esperanza de victoria, por lo que aún se requería un liderazgo unificado.

Los duques apelaron a las antiguas leyes germánicas que hacían electiva la Corona y, reunidos en Forcheim, eligieron rey al más débil entre ellos, Conrado de Franconia, que gobernó del 911 al 918. En esos años, el soberano no fue capaz ni de proteger a la Iglesia frente a los duques ni a estos de los magiares, por lo que a su muerte se invirtió lo ocurrido en Forcheim y se eligió rey al más poderosos de los duques, Enrique, duque de Sajonia, que subió al trono alemán como Enrique I y ha pasado a la historia con el sobrenombre de "El Pajarero", ya que se

[392] PIRENNE, *A history of Europe*, p. 110.
[393] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 202
[394] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 93.

encontraba cazando pajarillos cuando recibió la noticia de su elección[395].

Lo primero que hizo Enrique fue consolidar su propia base de poder en torno a Sajonia, para después clarificar la relación de la Corona con los duques, obligando a que le rindieran homenaje y convitiendo a los condes en vasallos directos del rey, eliminando la subfeudalización que les convertía primero en vasallos de los duques y, solo a través de estos, del rey. Enrique recuperó las tierras que los duques habían arrebatado a la Iglesia y dio a esta autoridad equivalente a la de un conde para administrar sus dominios. Estabilizado el reino, Enrique consiguió contener a los magiares[396], aunque su amenaza perviviría durante una generación más.

Enrique el Pajarero inauguró el *Drang Nach Osten*, el avance hacia los territorios situados al este de Alemania, poblados por tribus paganas seminómadas. Así, el reino germánico fue adquiriendo cada vez más territorios en sus fronteras orientales a lo largo de los siglos posteriores, desplazando a los pobladores primigenios cada vez más hacia el este y asentando en las nuevas tierras a colonos germánicos[397]. El *Drang Nach Osten* aunó la conquista y la colonización de las tierras eslavas. Una orden militar, la Orden Teutónica, conquistó Prusia en el marco de una cruzada promovida por el papado y llevó las fronteras del marquesado de Brandemburgo al este del Oder, al tiempo que lograba el control de la región de Mecklemburgo. Una segunda orden militar, los Hermanos de la Espada o *Scwertbrüder*, actuaba en Livonia y Letonia, pero tras su aplastante derrota a manos de los lituanos en Saule, en el año 1236, los supervivientes se integraron en la Orden Teutónica. Para consolidar las conquistas arrebatadas a las tribus eslavas se

[395] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 203.
[396] PAINTER, *A History of the Middel Ages, 284-1500*, pp. 164-165.
[397] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 203.

fundaron numerosas ciudades donde se instaló a colonos alemanes. Este fue el caso de Rostock, Danzing, Riga y Könnisberg[398].

En el trono desde el año 936, el hijo y sucesor de Enrique, Otón I, terminó la labor de su padre derrotando a los magiares en Lechfeld, en el año 955. También trató de consolidar el poder regio frente a los duques de la tierra, para lo cual se apoyó en las estructuras eclesiásticas, introduciendo clérigos -que eran nombrados por él- en las estructuras civiles de la administración, como una forma de contrarrestar el poder de los duques y de sus hechuras familiares. Como último recurso, Otón recurrió a la fuerza, derrotando a los más díscolos de los nobles y desposeyéndolos de sus títulos, que fueron a parar a vasallos fieles a la Corona[399].

La política interna germánica fue la palanca que movió a Otón a intervenir en los asuntos italianos a partir del año 951. La Iglesia tenía una gran cuota de poder dentro de la monarquía otoniana, consecuencia de que el rey se hubiera apoyado en ella para limar el poder de la aristocracia nobiliaria. En esos años, el papado se encontraba sumido en el caos de la pornocracia y Otón vio la oportunidad de intervenir al sur de los Alpes para colocarlo bajo su tutela, lo que le habría dado un control mucho mayor sobre la Iglesia alemana y sobre los recursos políticos y económicos que controlaba dentro de su propio reino[400]. De esta forma, las campañas de Otón en Italia serían una muestra notable del *Primat der Innerpolitik*, la teoría que defiende que son los asuntos internos de cada potencia los que determinan de forma primordial su política exterior[401].

---

[398] GANSHOF, "La Edad Media", p. 145.

[399] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 203.

[400] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 203.

[401] Esta teoría ha sido rebatida por toda otra escuela de pensamiento, que la considera consecuencia del fenómeno denominado "teoría del atributo único", consistente en adjudicar a un elemento diferencial un peso inusitadamente

Para el año 961, Otón había conseguido imponer cierto orden en el norte de Italia, ocupando la Lombardía. Un año más tarde entró en Roma, donde fue coronado emperador por el papa Juan XII, a quien ayudó a mantener el control de la siempre turbulenta Ciudad Eterna. A cambio de la coronación imperial, Otón confirmó la Donación de Pipino y, con ello, la soberanía territorial del papado sobre diversos territorios entre Roma y Rávena, pero el recién coronado emperador recuperó una antigua práctica al establecer que, en el futuro, los papas debían ser aprobados por el emperador, como antaño lo fueran por los emperadores de Roma o Constantinopla. Cuando el papa se mostró reacio a doblegarse tanto a la voluntad del germano, Otón mostró su poder forzando un sínodo de obispos italianos que condenó y depuso a Juan XII, dejando el Trono de Pedro en manos de León VIII, el candidato defendido por el emperador. Con la accesión al obispado de Roma de León se puso fin a la pornocracia, pero se inauguró un siglo de control imperial casi completo sobre el papado[402].

La coronación de Otón, considerada por Ganshof como el acontecimiento capital del siglo X[403], creó el Sacro Imperio Romano Germánico[404], cuyo nombre proviene de ser considerado el cuarto de los imperios profetizados por Daniel en su visión del Antiguo Testamento[405]. El motivo por el que Otón decidió resucitar la dignidad

decisivo a la hora de determinar el comportamiento de los actores. Al respecto puede verse MARTÍNEZ PEÑAS, L., *…Y lo llamarán paz. Visión jurídico institucional de las relaciones internacionales en la Antigüedad*. Valladolid, 2018, p. 433.

[402] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 206.

[403] GANSHOF, "La Edad Media", p. 48.

[404] Algunos autores consideran que, en sentido estricto, el Sacro Imperio comienza con la coronación de Carlomagno, y que su identidad posterior es tan solo continuación del imperio carolingio. Este es el caso de VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 25.

[405] HAUG-MORITZ, G., "The Holy Roman Empire, the Schmalkald League, and the Idea of Confessional Nation-Building", en *Proceedings of the American Philosphical Society*, nº 152, 2008, p. 430.

imperial debe buscarse en la expansión que había realizado de su reino en los años previos, yendo más allá del límite germánico asignado en el Tratado de Verdún y anexionándose la mayor parte de la Lotaringia, incluyendo amplios territorios en la propia Italia. Parece posible que la asunción del título imperial fuera una manera de legitimar esas conquistas[406].

2.- El Sacro Imperio otoniano

La consolidación del reino otoniano a través de las victorias contra los magiares fue, en realidad, un proceso más pacífico que la consolidación del reino franco, ya que, bajo Otón, los poderes locales retuvieron gran parte de su poder territorial, limitándose a reconocer la superioridad del rey y a mantenerse al margen de determinados campos de acción, que quedaban reservados para la Corona[407]. En buena medida, con su sumisión, los nobles conservaron el control territorial, lo que supuso que la institución puesta en pie por Otón fuera menos centralizada y menos autocrática que el imperio carolingio[408]. Esto no impidió que su coronación como emperador, en lo que se ha considerado una segunda *renovatio imperii*[409], reavivara el enfrentamiento carolingio con Bizancio -donde la coronación del germano "fue recibida con amargura"[410]- por el uso de este título e hizo que los teóricos de Constantinopla pusieran en pie la teoría de la *traslatio imperii*[411].

[406] PAINTER, *A History of the Middel Ages, 284-1500*, p. 167.
[407] REUTER, T., "Carolingian and ottonian warfare", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999, p. 17.
[408] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 60.
[409] LUSCOMBE, "Introduction: the formation o f political thought in the west", p. 166.
[410] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 38.
[411] NICOL, "Byzantine political thought", p. 59.

El Sacro Imperio fue menos eclesiástico, menos romano y, en el fondo, menos universal que el imperio carolingio, ya que estuvo centrado en los territorios germánicos, si bien trascendió los límites de estos y siempre reclamó la herencia carolingia al completo[412], lo que llevó a que los reyes de Francia se negaran a admitir la autoridad del emperador, ni siquiera en un plano formal[413]. Dos ideas sostenían la existencia del Sacro Imperio: en primer lugar, la vocación de universalidad de Roma, entendida como imperio cristiano, implicaba no solo su extensión al conjunto de la Humanidad, sino su pervivencia en el tiempo; pervivencia que quedaba puesta de manifiesto en el propio título de Sacro Imperio Romano-Germánico. El segundo concepto clave lo constituía la idea de que a la cabeza de este imperio universal -en el tiempo y el espacio- se debía encontrar un poder absoluto e irresponsable -en el sentido de no estar limitado por las leyes ni por ningún otro tipo de consideración política o jurídica-. A este emperador debían de estar sometidos el resto de soberanos del mundo[414].

El sueño de la unidad se mantuvo particularmente vivo durante el reinado de Otón III, nieto del fundador del imperio, un reinado marcado por la influencia de su madre, la princesa bizantina Theophano, que alentó la idea de unir el Sacro Imperio con Bizancio y con los restos galos de la herencia carolingia. En este sentido hay que interpretar el que Otón III hiciera abrir, en el año 1000, la tumba de Carlomagno en Aquisgrán para coger su anillo, que Otón llevó en adelante siempre puesto, como símbolo de su reclamación de la herencia carolingia completa.

El Sacro Imperio tuvo un papel clave en las relaciones internacionales de la Edad Media, como eje que conectaba las tres grandes áreas internacionales que habían ido tomando forma a lo largo

412 GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 203.
413 GANSHOF, "La Edad Media", p. 51.
414 VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 30.

de los siglos previos: Occidente, Oriente y el Mediterráneo[415]. Su posición central le permitió ejercer de punto de conexión entre los diferentes teatros de los asuntos internacionales.

Otón creó una estructura que era mezcla de las tradiciones germánicas y de la experiencia carolingia. De la primera tomó la organización en tribus o distritos -*Gauverfassung*- y de la segunda la presencia de representantes imperiales en esos distritos, algunos con carácter fijo y otros itinerantes, que se desplazaban de uno a otro lugar[416]. Este tipo de estructura, junto con su cercanía al emperador, dejó una enorme cantidad de poder en manos de la Iglesia. A comienzos del siglo XI ya controlaba grandes cantidades de tierra, de riqueza e incluso una parte sustancial de los recursos militares del Sacro Imperio. Todo ello hizo que la influencia de la Iglesia en la Dieta fuera enorme, al igual que en el conjunto del aparato institucional del Sacro Imperio, comenzando por el hecho de que el cargo administrativo de mayor relieve estaba reservado al arzobispo de Metz, como primado de las tierras germanas[417]. De forma gradual, la asociación de Iglesia e imperio fue variando el punto de equilibrio, y lo que antes había sido un poder que dotaba a la Iglesia de fuerza para seguir una política independiente, fue trocándose en la dependencia de la Iglesia germánica de la autoridad imperial para mantener su influencia política y económica.

El nieto de Otón I, Otón III, murió en el año 1002 sin dejar sucesor, provocando la primera crisis de importancia en el Sacro Imperio. Los duques, que retenían el derecho a elegir monarca si el reinante fallecía sin dejar heredero, entregaron la corona a Enrique de Baviera, primo del rey fallecido, pero su designación provocó una oleada de revueltas tanto en Alemania como en Italia. Enrique II logró reestablecer el orden, pero la situación le obligó a concentrar sus

[415] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 32; KIENAST, W., "Die Anfänge des europaïschen Staatensystems im spätarem Mitteralter", en *Historische Zeitschrift*, nº 153, 1936, pp. 229-271.
[416] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 77.
[417] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 80.

esfuerzos en los dominios germánicos, de forma que se desentendió de la política italiana. Hombre de profunda religiosidad, ha pasado a la Historia más como santo que como emperador, ya que la Iglesia le elevó a los altares por su intensa actividad en pro de la reforma monástica[418].

Por segunda generación consecutiva, en 1024 el emperador falleció sin herederos, por lo que el trono acabó en manos de Conrado I, hasta entonces duque de Franconia, que inauguró la dinastía salia y que sería sucedido por su hijo, Enrique III, apodado el Negro. Los diecisiete años que este permaneció en el trono -los diez últimos como emperador, ya que el papa le coronó en 1046- han sido considerados por los historiadores como el punto de mayor esplendor y estabilidad del Sacro Imperio, que a la muerte de Enrique el Negro se vería arrastrado a una serie de convulsiones que lo sacudirían durante siglos.

A su temprana muerte -tenía 39 años al fallecer-, Enrique III dejaba el trono a un niño de seis años, su hijo Enrique IV, que reinó durante los diez siguientes bajo la regencia de su madre y de los arzobispos de Colonia y Bremen, que lograron salir con bien de la guerra civil que se desató en el Imperio durante la minoría de Enrique. Este asumió el trono germánico por sí mismo en el año 1065, a los dieciséis años de edad, y comenzó las gestiones diplomáticas para ser coronado emperador, ya que, si bien el papado pronto le había reconocido como rey de Alemania, aún necesitaba la coronación pontifica para ser emperador.

Si en tiempos de Otón I y de sus sucesores inmediatos el emperador había tenido un control casi completo sobre el papado, la situación había cambiado en los años previos a la mayoría de edad de Enrique IV. Poco a poco, la autoridad papal había ido reforzándose y ya no era tan dócil al imperio como lo había sido en el pasado[419]. Por

[418] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 207.
[419] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 204.

ello, cuando Enrique solicitó la coronación papal como emperador, desde Roma se intentó sacar partido a la situación que se le planteaba a un rey extremadamente joven y necesitado en el plano interno de la legitimación que suponía el título imperial y exigieron a Enrique una serie de concesiones a realizar si quería que el papa accediera a coronarle emperador. La renuencia de Enrique IV a concederlas, en especial a reconocer que los cargos eclesiásticos del Sacro Imperio no debían ser nombrados por el emperador, sino por el papa, dio lugar al complejo problema que ha sido conocido en la historiografía como la querella de las investiduras.

3.- La querella de las investiduras

Para Tout, el conflicto entre el imperio y el papado, cuya máxima expresión fue la querella de las investiduras, es "el evento central de la Edad Media"[420]. En origen, la disputa se centra en una cuestión de índole tanto teólogica como de teoría política, la denominada cuestión de las dos espadas. Su inicio es una carta del papa Gelasio I al *basileus* bizantino Anastasio, en el año 494[421], en un intento de contener el avance de las ideas cesaropapistas en el gobierno de Constantinopla -es decir, del sometimiento de la Iglesia al Estado, entendiéndose como cesaropapismo el régimen en el que la cabeza del poder político está considerada también la cabeza de la Iglesia-. En dicha carta, el papa afirmaba:

> "Existen, Augusto emperador, dos poderes con los cuales se gobierna soberanamente este mundo: la autoridad (*autorictas*) sagrada de los pontífices y el poder real (*regalis potestas*). Pero el poder de los sacerdotes es más importante porque, en el juicio final, tendrá que rendir cuentas ante el Divino Juez de los gobernantes de los hombres. Sabes bien, hijo clementisimo, que, aunque por tu dignidad eres el primero

[420] TOUT, T. F., *The Empire and the Papacy. 918-1273*. Londres, 1921, p. 5.
[421] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 95.

> (*princeps*) de todos los hombres y el emperador del mundo (*imperator orbis*), debes agachar la cabeza piadosamente ante los prelados de las cosas divinas; al recibir los sacramentos divinos esperas de ellos los medios de tu salvación y sabes que en las cosas de la religión debes someterte a su juicio y no querer que ellos se sometan a tu voluntad. Si para todo aquello que se relaciona con el orden público, los sacerdotes obedecen tus leyes al admitir que el imperio te ha sido concedido por una disposición divina, y, con cuanta afeccion debes obedecerles tú a ellos, que comunican los misterios divinos"[422].

Sin mencionar específicamente las célebres dos espadas, el papa afirma la existencia de dos poderes diferenciados y separados, recayendo el político en el emperador y el espiritual en la Iglesia, esto es, en el propio papa. La imagen de las dos espadas tiene su origen en un texto de san Lucas, en el versículo 38 del capítulo XXIII de su evangelio: "Señor, aquí hay dos espadas" (capítulo XXII, 38). Ha de interpretarse a partir de tres textos de San Pablo: "Si obras el mal, teme, pues no en vano lleva la espada, pues, el servidor de Dios para hacer justicia y castigar al que obra el mal" (Romanos 13, 4); "Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efesios, 17); y "Ciertamente es viva la palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos" (Hebreos IV,12)[423].

La formulación de Gelasio fue fruto de una largo proceso de maduración en el seno de la Iglesia, propiciado por una realidad institucional: a diferencia de otros movimientos que surgieron en el vacío dejado por Roma en los siglos IV y V, la Iglesia conservó una estructura sólida y buena parte del sistema de diócesis de Hispania y la Galia se mantuvo en pie y funcional frente al caos que las rodeaba, lo

[422] HUBEÑAK, F., "Raíces y desarrollo de la teoría de las dos espadas", en *Prudentia Iuris*, nº 78, 2014, p. 113.
[423] HUBEÑAK, "Raíces y desarrollo de la teoría de las dos espadas", p. 115.

que supuso que la Iglesia ejerciera en muchos lugares un efecto de sutura entre las instituciones de un mundo que se desvanecía y las del mundo que surgía en su lugar[424].

Los carolingios fueron los primeros en intentar delimitar qué aspectos quedaban bajo la potestad del rey y cuáles bajo la de las autoridades de la Iglesia. Para los teóricos del siglo IX, el poder civil era una prolongación necesaria del poder de la Iglesia, cuya función era la implementación práctica de las normas morales cristianas. Es, por tanto, la política una mera aplicación de la moral, lo que explica la proliferación de obras del tipo denominado "espejo de príncipes", en el que, desde el punto de vista cristiano, se brindaban modelos de comportamiento para los gobernantes. Sin embargo, las particulares relaciones entre la monarquía franca y la Iglesia constituyen, para muchos autores, el germen de lo que después sería el enfrentamiento entre el papado y el imperio[425]. La Iglesia, por su parte, había seguido, en el ámbito de las ideas políticas, el denominado agustinianismo político, ya explicitado por San Isidoro en el reino hispánico visigodo. Según este pensamiento, el Estado, como poder secular, tenía como misión fundamental la defensa del pueblo, siendo la Iglesia la parte más destacada de este pueblo.

El mayor desarrollo del Derecho en el siglo X llevó a una reconceptualización de las relaciones entre los poderes seculares y religiosos: el Estado dejó de ser una mera prolongación de la Iglesia, y ambos pasaron a ser los dos aspectos de una misma realidad, orientada al bien común de la sociedad cristiana. La interacción entre ambos se convirtió en la principal cuestión a tratar por los teóricos eclesiásticos

[424] Así lo cree ULLMANN, *A Short History of the Papacy in the Middle Ages*, p. 12.
[425] HAUN, *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*, p. 1.

y civiles[426]. En las formulaciones realizadas por san Gregorio Magno y san Isidoro, los reyes debían actuar contra quienes no podían seguir el camino recto simplemente por amor a la justicia o por temor a los castigos espirituales[427], pero en el siglo XII la Iglesia asumió buena parte de la administración de la justicia criminal en el Imperio, no solo sobre los clérigos, sino también sobre los laicos[428].

La querella sobre si los cargos eclesiásticos dentro del Sacro Imperio debían ser nombrados por el papa o por el emperador comenzó entre el emperador Enrique IV y el papa Gregorio VII[429], que, curiosamente, mantenían una buena relación personal[430]. Gregorio, que había pasado muchos de los años previos a su ascenso al pontificado ejerciendo de legado diplomático pontificio[431], concibió una ambiciosa visión teológica de una teocracia universal encabezada por el papa en su condición de vicario de Cristo, de cuyo poder derivaría el poder el emperador, que, por tanto, quedaría subordinado al papa; para consolidar esta idea y fortalecer su propio poder, el papa emprendió dos reformas, una para imponer el cumplimiento del celibato y otra para

[426] CANNING, J. P., "Introduction: politics, institutions and ideas", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008, p. 341.
[427] HUBEÑAK, "Raíces y desarrollo de la teoría de las dos espadas", p. 118.
[428] ALLSHORN, L., *Stupor Mundi. The life and times of Frederick II emperor of the Romans, king of Sicily and Jerusalem, 1194-1250*. Londres, 2012, p. 12.
[429] Hildebrand, nombre de nacimiento de Gregorio, había sido ya el hombre fuerte de la Iglesia durante el gobierno de los dos papas anteriores y, con su acceso al pontificado, en el 1073, vio llegado el momento de imponer las reformas sobre la Iglesia y sobre la relación de esta con los poderes seculares que había madurado durante largos años (VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 94).
[430] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 128.
[431] ROBINSON, I. S., "Church and Empire", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008, p. 238.

atacar la simonía[432]. Ambas se veían afectadas por la cuestión de la investidura de los clérigos.

La forma del problema le daba una apariencia de cuestión protocolaria: el emperador investía a los clérigos que habían recibido un nombramiento eclesiástico en sus dominios no solo haciéndoles entrega de la autoridad secular -es decir, como señores que administraban un determinado lugar por concesión regia-, sino que también les hacía entrega de los dos símbolos de su autoridad espiritual, el báculo y el anillo. Este acto formal tenía hondas implicaciones, puesto que suponía que era el emperador quién investía a los obispos y otros altos cargos eclesiásticos no solo de su autoridad secular, sino también de su autoridad espiritual y, en consecuencia, podía nombrarlos a su voluntad, con independencia de lo que el papa opinara al respecto. Gregorio VII, pontífice dotado de "una voluntad de hierro", creía que era necesario suprimir la investidura espiritual por los poderes políticos si la Iglesia quería ser completamente independiente, por lo que insistió en que el emperador dejara de investir a los obispos con el báculo y el anillo y se limitase a la investidura secular, ya que la religiosa correspondía solo al papa o a en quien este la delegara[433].

Enrique, precariamente asentado en su trono germano, no estaba en condiciones de aceptar una imposición que socavaba su control sobre la política interna de su reino, en la cual era clave la Iglesia. Su autoridad acababa de ser amenazada por una revuelta sajona de grandes proporciones, a la que había derrotado con dificultades en Hohenburg, y ceder ahora ante el papa hubiera sido -al margen de sus efectos prácticos- un gesto de debilidad que hubiera alentado la oposición interna. Por tanto, Enrique se negó a renunciar a la investidura eclesiástica, y recibió el apoyo de la Iglesia en Alemania -bajo su control- y de muchos sectores de la Iglesia en Italia, descontentos con

[432] ALLSHORN, Stupor Mundi. *The life and times of Frederick II emperor of the Romans, king of Sicily and Jerusalem, 1194-1250*, p. 13.
[433] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 218-219.

un papa al que consideraban demasiado estricto, hasta el punto de que se había intentado asesinarle mientras celebraba misa en Roma.

Cuando el papa, en 1076, excomulgó al emperador, la disputa se convirtió en una guerra diplomática abierta, de la que Enrique resultó perdedor. El 21 de enero de 1077, gracias a la intermediación de la condesa Matilde y de Hugo de Cluny, su padrino, Enrique logró que el papa accediera a perdonarle si daba una muestra adecuada de sumisión. El emperador se desplazó a Canosa, ascendiendo la montaña nevada en solitario, como el más humilde de los solicitantes, pero el papa se negó a recibirle. El pontífice tan solo dio su brazo a torcer después de que el emperador, en ropas de peregrino, permaneciera durante tres días aguardando en la nieve frente a las puertas de Canosa[434]. Para obtener el perdón papal, Enrique acordó someterse al juicio de los grandes nobles alemanes, que habían presentado una larga lista de cargos contra él, en un tribunal que presidiría Gregorio. Hasta entonces, no podría usar las insignias imperiales ni ningún otro símbolo de realeza[435].

Los nobles alemanes se reunieron sin permitir a Enrique, que permanecía en Italia, comparecer para defenderse. La Dieta acordó elegir un nuevo emperador, designación que recayó en Rodolfo de Suabia, a quien se obligó a renunciar a sus dominios personales, para evitar una excesiva concentración de poder. Enrique no aceptó esta decisión y el imperio se vio sumido en una guerra civil que duró dos años. En enero de 1080, el papa, que había mantenido una falsa neutralidad, renovó la excomunión de Enrique.

Sin embargo, el equilibrio de poder había cambiado: Gregorio había perdido gran parte de su apoyo popular, principal fuente de su poder, debido a la dureza que había mostrado en Canosa y cada nueva medida dictada contra Enrique aumentó la impopularidad del Santo

[434] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 95; GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 220.
[435] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 131.

Padre[436]. Con el apoyo de la Iglesia alemana y de los disidentes del norte de Italia, Enrique convocó un cónclave que dictó la deposición de Gregorio VII y eligió como nuevo papa -antipapa, según la Iglesia de Roma[437]- al arzobispo de Rávena, que había servido al emperador como canciller en los asuntos de Italia durante la minoría de edad de Enrique, y que adoptó el nombre de Clemente. En aquel, momento, tanto la Iglesia como el Sacro Imperio estaban divididos en dos bandos: Enrique IV, con el apoyo del antipapa Clemente desde Rávena, frente a Rodolfo de Suabia, con el apoyo del papa Gregorio desde Roma[438].

Los conflictos por el imperio dieron lugar al ascenso de un grupo de nobles de orígenes más modestos que las grandes casas que hasta entonces habían decidido sin discusión el futuro del Sacro Imperio. Estos hombres de orígenes humildes fueron denominados de forma despectiva *ministeriales*, en referencia al término menestral, es decir, aquel que desempeña un oficio de baja consideración social[439]. Cuando los ministeriales fueron asentándose en los oficios de administración del Sacro Imperio, el término, con la evolución lingüística subsiguiente, pasó a definir a quien desempeña una labor dirigente en una parcela concreta de la administración: el ministro.

Tras asediar Roma hasta en tres ocasiones, sin conseguir tomarla, Enrique llevó la guerra al sur, a Apulia, para forzar a los normandos que gobernaban la región meridional de la península a ocuparse de sus propios asuntos, ya que se estaban movilizando para acudir en apoyo

[436] No todos los autores coinciden con esta interpretación. Por ejemplo, Allshorn considera que la firmeza mostrada en Canosa aumentó el prestigio del papa (ALLSHORN, Stupor Mundi. *The life and times of Frederick II emperor of the Romans, king of Sicily and Jerusalem, 1194-1250*, p. 16).

[437] "Un antipapa es un obispo instaurado en el trono de Pedro de forma no canónica como rival del legítimo papa" (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 221).

[438] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 134.

[439] ABULAFIA, D., *Frederick II. A medieval emperor*. Nueva York, 1988, p. 64.

del papa. Con los normandos contenidos, Enrique volvió sobre Roma, cuya población, en esta ocasión, le abrió las puertas de la ciudad, quedando el papa asediado en Castel Sant´Angelo. Robert Guiscard, el líder normando de la Italia meridonal, decidió entonces responder a las nuevas peticiones de apoyo del papa asediado, ya que temía que, sin el apoyo pontificio, el dominio normando sobre Nápoles no pudiera mantenerse frente a la fuerza del emperador. Los normandos marcharon sobre Roma con un ejército en el que los guerreros musulmanes de Sicilia eran una parte destacada. Enrique evacuó la ciudad y la población solo fue capaz de defenderla durante cuatro días, tras los cuales un traidor abrió las puertas y la Ciudad Eterna fue saqueada. Barrios enteros fueron pasto de las llamas, cientos de romanos fueron asesinados y las violaciones se produjeron por toda la ciudad. Cuando los normandos regresaron a sus dominios, llevaban consigo a miles de romanos a los que vendieron como esclavos en los mercados musulmanes[440]. Fue tal la devastación generada por sus aliados que Gregorio no se atrevió a permanecer en la ciudad, y marchó con ellos al sur, estableciendo la corte pontificia en Salerno[441].

La guerra continuó durante años; Roma cambió de manos en varias ocasiones y los papas de la línea romana se sucedieron: tras fallecer Gregorio, se eligió a Víctor III, que, a su vez, fue sucedido por Urbano XI. En 1090, este papa logró un gran éxito diplomático en la lucha contra el emperador y su antipapa, al gestionar el matrimonio entre la condesa Matilde y el hijo del duque Welf de Baviera, el más importante de los enemigos del emperador en Alemania, y en 1092 logró que Conrado, el hijo mayor de Enrique IV, se rebelara contra su padre. En 1097, el emperador abandonó Italia, que quedó en manos del papa y sus aliados, y con la muerte del papa Urbano en 1099 y del antipapa Clemente en 1100, el cisma en la Iglesia entró en vías de solución. Tres antipapas más se sucedieron en breves pontificados, pero en 1106 la unidad de la Iglesia quedó restaurada. Sin embargo, el

[440] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 136.
[441] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 221

conflicto entre el papado y el Sacro Imperio sobre las investiduras siguió abierto, y en 1111, a la muerte de Enrique IV, el papa Pascal II se negó a coronar a su heredero, Enrique V[442].

Enrique V optó por realizar una política de concesiones en el plano interior, a fin de mantener contentos a los grandes nobles alemanes y tener las manos libres para enfrentarse al papa. Durante once años, Enrique sostuvo la pugna política, militar, diplomática y teológica que había heredado de su padre, pero, al final, el papado resultó ser un hueso demasiado duro de roer incluso para los afilados dientes imperiales. En el año 1122, en Worms, Enrique V y el papa Calixto II firmaron el primer concordato suscrito por el papado con un poder temporal[443], "un acuedo transaccional"[444]. En él, el emperador aceptó renunciar a la investidura con anillo y báculo, lo cual, sobre el papel, suponía la renuncia al derecho de elegir a la persona nombrada. En la práctica, la situación era diferente, ya que la potestad de conceder la autoridad secular sobre las tierras seguía siendo del emperador, por lo que retuvo mucho control sobre la elección de obispos y los feudos que tenían: el papa podía nombrar al clérigo que quisiera y este tendría toda la autoridad espiritual que le correspondiera, pero tomar posesión física de los dominios de su sede seguía requiriendo la aquiescencia de las autoridades civiles.

Por otro lado, el hecho de que no fuera el emperador quien eligiera a los obispos, sino que esto quedara en manos de los capítulos de cada diócesis, tuvo un efecto perverso: ya no era solo el emperador quien podía influir en el nombramiento, sino que poderes mucho menores, como príncipes o señores locales, tenían campo de acción suficiente como para presionar en las elecciones episcopales de los obispados situados dentro de su área de influencia[445]. La pérdida de control sobre los obispos de Italia y Borgoña resultante del acuerdo de

[442] VISCOUNT, *The Holy Roman Empire*, p. 97.
[443] PIRENNE, *A history of Europe*, p. 187.
[444] GANSHOF, "La Edad Media", p. 59.
[445] PIRENNE, *A history of Europe*, p. 187.

Worms redujo la influencia del emperador en esas regiones y también le debilitó en Alemania, donde ganaron en influencia los nobles locales, que comenzaron a convertirse en señores territoriales al estilo de Francia[446].

4.- El poder al desnudo

La renuncia de Enrique V en Worms terminó con la querella de las investiduras, pero no puso fin al conflicto entre papa y emperador, solamente lo desplazó a otros campos. Zanjado el tema de las investiduras, la lucha se planteó, de una forma más cruda, como un conflicto por el poder sobre la Cristiandad en su conjunto[447]. La clave estaba en la respuesta a una pregunta que se remontaba a los orígenes del cristianismo: ¿Quién debe tener el poder supremo en la Tierra? El papa decía que le correspondía a él por ser cabeza de la Iglesia, y el emperador defendía que era derecho suyo, por ser heredero de la autoridad material de los césares y de Carlomagno. La defensa de la postura papal se basaba en la interpretación de la doctrina de Gelasio en el sentido de que, de las dos espadas de la Cristinadad, el emperador debía defender a la Iglesia, lo que demostraba que esta era superior. Por su parte, el emperador se asía a la legislación romana de Justiniano, que establecía claramente que la cabeza de la Cristiandad era el emperador[448].

Durante un tiempo, el enfrentamiento con el papado quedó en un segundo plano, ya que el Sacro Imperio debió afrontar otros problemas. Al morir Enrique V sin sucesión estalló una guerra civil. Los nobles,

[446] GANSHOF, "La Edad Media", p. 59.

[447] De hecho, la querella de las investiduras debe contemplarse como un paso en la búsqueda de una suerte de monarquía papal y, por tanto, tiene mucho más que ver con la autoridad que con la moral (TIVEY, M. R., *Defining ideology in the pontificate of Gregory VII*. Birmingham, 2011.)

[448] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, pp. 221-222.

por primera vez desde la llegada al poder la dinastía salia, reclamaron su derecho de elección. El pariente más cercano del fallecido era Conrado, duque de Suabia, de la dinastía Hohenstaufen. Sin embargo, los nobles eligieron a Lotario, duque de Sajonia. Esta elección dividió al Imperio en dos partidos: los güelfos, defensores de Lotario, miembro de la familia Guelph, y los gibelinos, partidarios de los Hohenstaufen. Esta división se exportó a la cuestión de la primacía papado-imperio: los güelfos apoyaban la primacía papal y los gibelinos la imperial. La herencia de esta profunda división fue mayor, paradójicamente, en Italia que en Alemania, ya que mientras en esta en el espacio de un siglo la distinción había desparecido, en aquella se mantuvo el enfrentamiento hasta la desaparición del último Honhenstaufen, en 1268.

A la muerte de Lotario en 1137, los nobles entregaron el trono a un Hohenstaufen, Conrado III, pero la lucha siguió porque el pariente Guelph más cercano a Lotario, Enrique -el León de Baviera-, se opuso al nuevo emperador. Durante los catorce años que Conrado rigió los destinos del Sacro Imperio, Enrique persistió en su lucha. En 1152 tuvo lugar una nueva elección regia. Los nobles buscaron una salida a un conflicto agotador que ya llevaba décadas devastando el reino y entregaron el trono Federico I, conocido como Federico Barbarroja. Se trató de una elección que buscaba la reconciliación de ambos bandos, pues Federico era Hohenstauffen por parte de padre y Güelph por parte de madre. El nuevo rey hizo honor a esta voluntad y garantizó a Enrique de Baviera el disfrute de su ducado si cesaba en su oposición y reconocía pacíficamente la designación de Federico como monarca, cosa que hizo el bávaro.

La restauración de la paz alemana llevó al recrudecimiento del conflicto con el papado, que alcanzaría su punto álgido durante gobierno de Federico I, que pretendía imponer la concepción de imperio universal que se derivaba de la noción romana incluida en el *Corpus Iuris Civilis*, cuyo estudio promovió Federico a través de la Universidad

de Bolonia. Esta idea implicaba el dominio directo sobre Italia y, en particular, sobre Roma, algo que el papa negaba[449].

La reanudación del conflicto llegó cuando el papa pidió ayuda a Federico para sofocar la rebelión romana liderada por un cura renegado, Arnaldo de Brescia, que creía que la Iglesia era la causa de todos los males de la sociedad y creó en la Ciudad Eterna una república regida por senadores, a imagen de la Roma clásica[450]. Federico vio ocasión de aprovechar la desunión del norte y centro de Italia para controlarlo, establecer la superioridad del imperio sobre el papa y utilizar una base de poder en Italia para tener a su vez más controlados a los poderes germanos. Sin embargo, controlar Italia no era una empresa fácil. Había otras fuerzas, además del papado: los bizantinos, los normandos y los árabes de Sicilia; pero el principal rival eran las ricas ciudades del norte de la península.

Los problemas entre Federico y el papa Adriano IV, primer y hasta la fecha último inglés que ha ocupado el solio pontificio, comenzaron casi en el mismo momento en que se encontraron en Sutri para discutir cómo afrontar el problema de la república romana de Arnaldo. Federico se negó a sostener las riendas del caballo del papa mientras este montaba y desmontaba, un acto ceremonial que simbolizaba la superioridad del papa sobre el emperador. Aunque la colaboración dio sus frutos y Arnaldo de Brescia terminó sus días quemado en la hoguera como hereje, permitiendo al papa recuperar Roma, el enfrentamiento entre las dos cabezas de la Cristiandad fue elevando el tono, hasta que Federico decidió someter el norte de Italia para doblegar al papa. El emperador usó como excusa que las ciudades italianas habían usurpado las regalías que le correspondían según el Derecho romano y convocó una dieta en Roncaglia, en 1158, para tratar la cuestión. El emperador acudió rodeado de juristas de la universidad de Bolonia, que apoyaron sus pretensiones: las ciudades debían dejar

[449] CANNING, "Introduction: politics, institutions and ideas", p. 341.
[450] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 225.

de acuñar moneda propia, salvo en el caso de que recibieran una autorización imperial específica, y debían nombrar un gobernador, con el título italiano de *podestá*, para que las administrara en nombre del emperador[451].

El conflicto se convirtió en una guerra abierta cuando las ciudades, encabezadas por Milán, se negaron a someterse a las exigencias de Federico y se alinearon con el papa, creando la Liga Lombarda, "cosa sabiamente urdida contra el Barbarroja"[452] y modelo de todas las coaliciones posteriores reunidas contra el emperador[453]. Los ejércitos imperiales irrumpieron en Lombardía y asediaron Milán durante tres años, arrasándola cuando finalmente cayó en sus manos, lo que no hizo sino alimentar el espíritu de resistencia del resto de integrantes de la Liga. Barbarroja, en 1176, fue derrotado en la batalla de Legnano, uno de los primeros triunfos de fuerzas de infantería contra ejércitos de caballería pesada.

La derrota obligó al emperador a asistir, en 1177, a una verdadera conferencia de paz internacional que tuvo lugar en Venecia y en la que el único poder de relieve ausente fue el *basileus* bizantino, en guerra con los venecianos. La reunión fue el punto álgido del papel de Venecia en la escena internacional, en la que pudo sentarse no solo en condición de igual con las grandes potencias de su tiempo, el Sacro Imperio y el papado, sino desde la privilegiada posición de anfitrión[454]. La Paz de Venecia tomó la forma de una tregua de seis años y fue el primer paso en la reconciliación del emperador con las ciudades lombardas[455]. Concluida la tregua, se firmó, en 1183, el Tratado de Constanza. Por este acuerdo el emperador reconocía el derecho de las ciudades del

[451] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 226.
[452] TOSTI, L., *Storia della lega lombarda*. Roma, 1886.
[453] ABULAFIA, *Frederick II*, p. 74.
[454] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 103.
[455] BRAND, Ch. M., *Byzantium confront the West. 1180-120*4. Cambridge, 1968, p. 18.

norte de Italia al autogobierno y a declarar sus propias guerras sin necesidad de permiso imperial, renunciando además a todas las posibles regalías que sobre ellas pudieran corresponderle. Por su parte, las ciudades reconocieron que debía ser el emperador quien invistiera de autoridad a sus magistrados electos, aunque no podía designarlos, con lo que autoridad imperial sobre la región se convertía en una mera formalidad[456].

Federico, ya anciano, decidió participar en la Tercera Cruzada a la cabeza de una expedición de cruzados alemanes, pero el destino quiso que encontrara la muerte en junio de 1190 en un río de Asia Menor, el Saleph, donde se ahogó al caer de su caballo mientras trataba de vadearlo. Según la leyenda, Federico Barbarroja yace bajo una caverna en las montañas de Berschtesgaden, desde donde se levantará cuando Alemania vuelva a necesitarle. Antes de partir hacia Tierra Santa, Federico realizó su movimiento diplomático maestro: el matrimonio de su hijo y heredero, Enrique VI, con Constanza, heredera del reino normando de Sicilia. Con esta alianza, el conflicto entre papado e imperio dio un nuevo giro y se desplazó a un nuevo escenario: el reino que los aventureros normandos habían forjado a espada y lanza en el sur de la península itálica.

5.- Los normandos en el Mediterráneo

Los orígenes de la Sicilia normanda hay que buscarlos a finales del siglo X, cuando los mercenarios normandos ganaron una terrible reputación como espadas al mejor postor. Estos guerreros provenían del ducado de Normandía, donde merodeadores escandinavos se habían asentado y creado su propio dominio en el año 911, cuando el rey francés Carlos el Simple les cedió el ducado con la esperanza de que cesaran sus depredaciones y conseguir su conversión al cristianismo[457].

[456] ALLSHORN, Stupor Mundi. *The life and times of Frederick II emperor of the Romans, king of Sicily and Jerusalem, 1194-1250*, p. 20.
[457] LEPATOUREL, J., *The Norman Empire*. Oxford, 1976, p. 5.

No obstante, es erróneo asimilar normando con escandinavo, ya que estos solo conformaban la élite guerrera gobernante, mientras que el resto de la población mantuvo su componente franco original.

La estructura legal de la sucesión nórdica jugaría un papel clave en los sucesos posteriores: según las tradiciones escandinavas, el hijo mayor heredaba toda la fortuna de su padre, esperándose que el resto se labrara su propio porvenir. De estos hijos menores, carentes de herencia y de patrimonio, surgieron los grandes caudillos mercenarios, a los que se unieron tanto miembros de la élite guerrera nórdica como normandos de origen franco que ansiaban mejorar su fortuna a través de la espada.

Según la versión más aceptada, los mercenarios normandos llegaron a Italia en el año 1016, contratados por un rebelde, Meles, para luchar contra la dominación bizantina del sur de la península. Para el año 1030, los normandos habían creado su propio reino entorno a Aversa, una ciudad interior cercana a Nápoles. Una mezcla de guerras, matrimonios y hábiles gestiones diplomáticas hizo que pronto se hicieran también con el control de Capua. Con el tiempo, los normandos de Aversa y Capua se convertirían en dos actores diferenciados y, en muchas ocasiones, con intereses contrapuestos, siendo estos últimos quienes llevaron a cabo las campañas más importantes contra los bizantinos en Italia y los Balcanes y contra los emires de Túnez en el norte de África[458].

Tan pronto como se asentaron en Italia, los normandos perdieron casi toda su identidad, tras múltiples matrimonios con la aristocracia local, así como la mayor parte de sus lazos con el ducado de Normandía del que originariamente provenían, de tal modo que el término "normando" con el que se designaba a los príncipes de la Italia meridional a partir del siglo XI es más una etiqueta dinástica aplicable a la dinastía que fundaron, la Hauteville, que una descripción cultural, social o étnica.

[458] ABULAFIA, *Frederick II*, p. 21.

Dos grandes caudillos convirtieron a los normandos en un poder a tener en cuenta en la región. Los hermanos Robert y Roger Guiscard ocuparon la última posición bizantina en Italia, Bari, en el 1071[459] y tomaron Palermo, capital del emir que dominaba Sicilia, en el año siguiente. Dos circunstancias favorecieron este auge del poder normando: la sucesión de dos líderes capaces y de larga vida, que tuvieron tiempo de consolidar sus ganancias sin la inestabilidad de disputas sucesorias; y la presión que sobre Bizancio realizaba en el mismo momento el poder seljúcida en las provincias imperiales orientales, lo que impidió al *basileus* prestar una atención adecuada a los asuntos de Italia[460].

Las ambiciones de Robert Guiscard no se limitaban a Italia y parece que llegó a anhelar el trono imperial de Constantinopla. El caudillo normando se lanzó a una invasión de los territorios bizantinos, desembarcando en la costa albanesa y avanzando hacia el interior del imperio, pero las fuezas de Alejo Conmeno le derrotaron estrepitosamente antes de que lograra llegar a Tesalónica, obligando a los normandos a repasar el Adriático y regresar a sus posesiones del sur de Italia[461].

A la muerte de Robert, en 1085, toda Sicilia estaba en manos normandas. El Sacro Imperio contempló con simpatía la expulsión de bizantinos y musulmanes, pero fue el papado quien supo ver el verdadero poder en la escena internacional de la fuerza que estaba consolidándose al sur de la Ciudad Eterna: un tercer actor para el juego

[459] El asedio se prolongó durante más de tres años y requirío del auxilio de una flota que Roger se encargó de reunir mientras su hermano mantenía el cerco terrestre. (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 252).

[460] GUILLINGHAM, "An age of expansion, 1020-1204", p. 64; GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 143.

[461] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 143.

de contrapesos italiano entre el papa y el emperador. El Trono de Pedro buscó desde el primer momento la alianza con los normandos para compensar la fuerza de los ejércitos imperiales en la pugna por la Italia medieval.

Esto supuso que los normandos estuvieran enfrentados a los emperadores germanos a lo largo de gran parte del siglo XII, siendo considerados usurpadores de los supuestos derechos imperiales en el sur de Italia. Sicilia se convirtió en la pieza clave del conflicto. El emperador Lotario II trató de invadirla en dos ocasiones, en 1135 y 1137. Más tarde, Conrado III acordó con Bizancio repartirse la región, con vistas a lanzar un ataque conjunto sobre los normandos, pero murió antes de poder llevarlo a cabo y su sucesor, Federico I Barbarroja, renegó del acuerdo, afirmando que el sur de Italia era ancestral posesión de los emperadores romanos de Occidente, por lo cual los derechos sobre la zona correspondían en exclusiva al Sacro Imperio como heredero del imperio romano occidental, un planteamiento inaceptable para los bizantinos, cuya construcción imperial se basaba en la *traslatio imperii* del oeste a Oriente.

Conscientes de la amenaza que suponían los reyes germanos, los normandos hicieron lo posible por estorbar sus designios italianos. Las ciudades rebeldes del norte de Italia recibieron ayuda económica de un verdadero frente internacional que hizo mucho para postrar de rodillas a Federico frente al papa[462]. Esta coalición de mecenas interesados había aunado a los normandos, deseosos de mantener débil a Federico por su amenaza sobre Sicilia, con el papado -que quería mantenerlo fuera del norte de Italia-, los venecianos y Bizancio, buscando cada uno sus propios intereses en la ayuda a los enemigos imperiales.

Derrotado, en 1177 Federico cambió su estrategia respecto a Sicilia y en 1183 propuso una alianza matrimonial que culminaría al año siguiente con el matrimonio entre Enrique, hijo del emperador, y

[462] ABULAFIA, *Frederick II*, p. 57.

Constanza, hija de Roger II de Sicilia. Con ello, el reino siciliano logró cierta tranquilidad, ya que sus relaciones con su otro gran adversario, Bizancio, atravesaban un periodo de paz, al haber aceptado de facto Constantinopla el *status quo* en Italia, ratificado *de iure* con el tratado del año 1158. Por su parte, los imperios musulmanes nunca supusieron una amenaza seria para la Sicilia normanda, más allá de algún fantasioso plan de Saladino y algún proyecto, más verosímil, del imperio almohade, ninguno de los cuales llegó a concretarse en un ataque a gran escala. Los almohades sí lograron, en cambio, expulsar los normandos de sus exiguas posiciones en el norte de África, en el año 1160.

Roger II aprovechó es periodo de calma para reformar su reino, que para entonces incluía Malta y la mitad sur de Italia, hasta Terracina en el este y el río Tronto en el oeste. El rey trató de crear una administración unificada tomando elementos de los sistemas de gobierno musulmanes y bizantino, así como del feudalismo normando. En el núcleo del reino situó una curia de vasallos feudales, formada por oficiales de la Casa del Rey y sus consejeros más cercanos. Este elemento de gobierno permanente y profesionalizado fue copia del utilizado por los emires sicilianos, e incluía una cancillería con tres ramas -latina, griega y árabe-, más compleja en su funcionamiento que la de cualquier otro reino occidental y que elaboraba documentos oficiales imitando los modelos bizantinos y papales. En materia de justicia, la curia absorbió de Bizanzio el concentrar en una parte de la misma sus competencias judiciales, liberando al resto para las labores de consejo y gobierno. Aunque los señores feudales mantuvieron sus capacidades judiciales, cada provincia tenía un chambelán y más tarde se creó un supervisor por encima de los chambelanes para los dos grandes distritos de Apulia y Capua, todo ello sometido a su vez a la Curia[463].

[463] HASKINS, CH. H., *The Normans in European History*. Nueva York, 1959, pp. 226-228.

La cuestión siciliana era la clave de la política italiana medieval. De forma colectiva, la monarquía era conocida como el reino de Dos Sicilias: la Sicilia continental, que incluía la Apulia, la Campania, Calabria y grandes partes de los Abruzzos y Molise, y la Sicilia insular, hito clave en las rutas comerciales que atravesaban el Mediterráneo central. Muchos de los problemas de la región en el siglo XIII provinieron de la noción de que el reino era un territorio de grandes riquezas, hasta el punto de que se decía que los ingresos de Palermo en el siglo XII eran equivalentes a los de todo el reino de Inglaterra, que, a su vez, era considerado rico[464]. Estos supuestamente fastuosos ingresos provenían, en su mayor parte, de la producción agrícola, ya que la isla, históricamente, había sido uno de los graneros de Europa, aunque en el siglo XIII los sicilianos habían reorientado sus mercados hacia el Norte de África, donde buena parte de las tierras de cultivo se habían perdido en los años anteriores debido a la erosión y a la presión de las tribus de saqueadores nómadas.

6.- *Stupor Mundi*

La querella de las investiduras había puesto de manifiesto que el papado era mucho más que un poder religioso y debía ser considerado un actor internacional de primera magnitud. A finales del siglo XII y comienzos del siglo XIII, el papado logró un poder que "hasta entonces, solo había pretendido de palabra"[465]. Los primeros concilios lateranenses allanaron el camino y las decretales del papa Alejandro III convirtieron a Roma en centro indiscutido del derecho canónico, unificado a través del Decreto de Graciano, cuyo contenido favorecía el poder centralizador del papa sobre la Iglesia.

[464] ABULAFIA, *Frederick II*, p. 14.
[465] ASCHERI, M., "Las instituciones medievales de los siglos XII-XIV. Una perspectiva italiana", en *Jerónimo Zurita*, nº 85, 2010, p. 137.

Federico Barbarroja había querido decantar la balanza italiana a su favor con la boda de su hijo Enrique con Constanza de Sicilia, un matrimonio que convertiría a Enrique VI no solo en rey de Alemania, sino también en dueño del sur de Italia. El joven Enrique, dando por conquistada Sicilia y por asegurada Alemania, albergaba sueños de recuperar también Constantinopla, restaurando la unidad imperial perdida con la caída de Roma. La realidad fue mucho más dura. Entrar en posesión de su trono siciliano y lograr la integración de estos dominios en el conjunto de su monarquía absorbió todas las energías de Enrique, dado que el papado conspiró para destruir a la dinastía Hohenstaufen intrigando perennemente con los príncipes alemanes para alejar la atención de los emperadores de Italia.

Enrique murió en Sicilia, de forma inesperada, con tan solo veintitrés años, en el 1197, mientras se preparaba para hacer realidad su gran sueño y ultimaba una expedición militar contra Constantinopla. Su hijo Federico II era tan solo un niño, lo que reavivió la guerra civil entre güelfos y gibelinos. Otto de Brunswick -hijo del legendario León de Baviera- fue elegido rey por los güelfos, mientras que los gibelinos obviaron al rey niño y proclamaron soberano a su tío Felipe, duque de Suabia. De nuevo, la nobleza y el alto clero utilizaron la guerra a su conveniencia para lograr mayor independencia respecto de la Corona. Para completar un panorama que rozaba lo apocalíptico desde el punto de vista de Federico, Sicilia se levantó contra los alemanes.

En ese momento ocupaba el Trono del Pescador Inocencio III, "el más poderoso de los papas medievales"[466]. Su principal objetivo era impedir la unión de Sicilia y Alemania, para lo que fortaleció territorialmente al papado, añadiendo a sus dominios el sur de la Toscana y el ducado de Spoleto, logrando así abarcar la península de mar a mar, formando una barrera territorial entre los dominios imperiales de Siclia -en el sur- y Lombardia -en el norte-. En 1209,

[466] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 234.

Inocencio III apoyó a Otto de Brunswick a cambio de que renunciara a sus reclamaciones sobre tierras papales, de que declarara expresamente que el papa se encontraba fuera de la autoridad del emperador y de ceder al papado los poderes que el imperio había retenido en el Concordato de Worms, con lo que perdió el poder incluso de investir a los obispos de su autoridad secular.

Ante este panorama desolador, Constanza trató de que Inocencio III reconociera a su hijo Federico II solo como rey de Sicilia, en un intento de separar la cuestión siciliana de los asuntos del imperio y de la guerra civil en Alemania. Para lograrlo, devolvió al papa las concesiones sobre la Iglesia siciliana que los reyes normandos habían recibido de manos de pontífices anteriores. Sin embargo, el joven Federico II demostró ser una rama más difícil de quebrar de lo que pensaban sus enemigos. Madurando a toda prisa en medio del naufragio de su herencia, terminó por derrotar, en 1214 y con ayuda francesa, a su mayor rival, Otto de Brünswick, en la batalla de Bouvines, con la que obtuvo el control completo de sus reinos.

A la consolidación de Federico en Alemania y Sicilia se unió la muerte, en 1216, de Inocencio III, que llevó al emperador a considerar que había llegado el momento de reanudar la pugna con el papado. Federico logró tomar ventaja hasta finales de la década de 1220, cuando dos acontecimientos reequilibraron la balanza: la aparición de un papa de notable valía, Gregorio IX, en 1227[467], y la atención que el emperador prestó a los asuntos internos de Sicilia. La guerra civil de la minoría de edad de Federico había destrozado las instituciones sicilianas, por lo que a partir de 1230, el emperador centró su atención en reconstruir el aparato administrativo imperial en el sur de Italia. Aplastó a la nobleza y centralizó toda la autoridad en la figura del rey, dotando a estas medidas de respaldo jurídico a través de la Constitución de Melfi, publicada en el año 1231. Prohibió los conflictos armados

[467] El anterior, Honorio III, había sido profesor del propio Federico y fue poco más que un títere en manos del emperador.

entre nobles y les arrebató la jurisdicción penal, que quedó en manos de oficiales del rey. También limitó el poder de la Iglesia, poniendo bajo jurisdicción real todos los procesos que requirieran de la participación de abogado, y dejando a los tribunales eclesiásticos solo las cuestiones menores.

El enfrentamiento de Federico, al que sus contemporáenos llamaron *Stupor Mundi* -el asombro del mundo-, con el papado no terminó hasta su muerte, acaecida en el año 1250, pero no logró doblegar a la Santa Sede. Agotado, sacrificó la autoridad regia en Alemania cuando dio a los príncipes una independencia *de facto* a cambio de que reconocieran a su hijo Conrado IV como su sucesor, prefiriendo evitarle los horrores de la guerra civil a legarle una Corona poderosa.

Sin embargo, el hijo de Federico solo reinó cuatro años, pues falleció con veintiséis. El papa vio la ocasión de poner fin al poder alemán en Sicilia aprovechando el vacío de poder, ya que el heredero de Conrado era su hijo Conradino, de solo dos años de edad, cuya regencia de inmediato perdió el control de Alemania, donde no llegó a ser proclamado rey. En 1260, las fuerzas güelfas fueron derrotadas en la batalla de Montiperti por Manfredo, el hijo ilegítimo de Federico II que había asumido el poder en Sicilia durante la minoría de edad de su medio sobrino Conradino. Con la victoria, las fuerzas imperiales abrían una ruta que conectaba los dominios imperiales del norte de Italia con el reino de Sicilia. Esto convenció al papa de que debía dejar de lado una de sus máximas, evitar la intervención de terceros en la península Itálica, y solicitar ayuda a Francia para invertir las fuerzas frente la colación de normandos e imperiales. El papa acudió a Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, a quien se prometió la corona siciliana si expulsaba a los alemanes del reino[468].

[468] ASCHERI, "Las instituciones medievales de los siglos XII-XIV. Una perspectiva italiana", p. 138.

En 1266, los franceses se enfrentaron al ejército de los Hohenstauffen, que comandaba Manfredo. En el Campo de las Rosas, en las inmediaciones de Benevento, Carlos de Anjou obtuvo una victoria militar que ratificó dos años después a orillas del río Salto, capturando a Conradino y ordenando su decapitación pública en Nápoles. El joven Hohenstauffen tenía dieciséis años en el momento de su ejecución. Los acontecimientos que llevaron a su muerte abrieron la puerta al intervencionismo francés en Italia, uno de los motores de la política internacional de la Edad Moderna y que se extendería hasta bien entrado el siglo XIX, cuando Italia se convirtió en un reino unificado.

El papa cumplió con su promesa y entregó el reino de Sicilia a Carlos de Anjou, primer monarca de la dinastía angevina en tierras italianas, que solo pudo mantener unidos sus dominios catorce años, ya que la guerra de las Vísperas Sicilianas, comenzada en 1282, terminó con la partición de su Corona en dos reinos diferenciados -*ultra pharum*, es decir, la isla de Sicilia, y *citra pharum*, el sur de Italia-[469].

La política pontificia de enfrentamiento con el emperador marcó el escenario político de la península itálica durante siglos, así como los deseos papales de consolidar su propia influencia sobre las ciudades italianas, lo que llevó a los sumos pontífices a apoyar a aquellas urbes que se oponían más al emperador, contribuyendo, en última instancia, a reforzar su autonomía. Conservar su propio poder suponía, para un papado consciente de que difícilmente podría llegar a alcanzar el estatus de gran potencia terrenal, evitar la consolidación de grandes actores que pudieran enfrentarse a él. Siguendo esta línea estratégica, el papado fue

[469] Este conflicto -o, más bien, una sucesión de conflictos y guerras interrelacionadas que se extendieron durante casi cincuenta años hasta su final definitivo-, comenzó con una rebelión contra el gobierno francés sobre la isla, implicó a diversas potencias y terminó por consagrar el dominio aragonés sobre Sicilia, mientras que los angevinos lograron retener sus dominios en la Italia continental durante algunas década más, hasta que el rey de Aragón Alfonso V el Magnánimo se hizo también con esas posesiones, ya en el siglo XV.

un obstáculo a todo intento de unificación en Italia. Aunque esta política se extendería más allá de la Edad Media, fue en este momento cuando cobró de mayor relevancia, ya que contribuyó de forma decisiva a que no se formara en Italia una monarquía fuerte y unificada como las que estaban comenzando a dibujarse en España, Francia o Inglaterra[470].

El enfrentamiento con el papado tuvo consecuencias similares para la Alemania imperial: la necesidad de efectuar constante concesiones a los príncipes y duques impidieron la consolidación de un Estado central fuerte, y fue la semilla decisiva de la posterior fragmentación del mundo germánico en, literalmente, cientos de entidades políticas independientes.

Puede decirse, por tanto, que una de las consecuencias decisivas de la pugna entre papado e Imperio es que retrasó en al menos cuatro siglos la formación de Estados unificados en Italia y Alemania, algo que no se produjo hasta el siglo XIX mientras que en potencias como Francia, Inglaterra o España este proceso ya se percibe con nitidez, en diferente grado y con diferentes matices, en el siglo XV.

[470] ASCHERI, "Las instituciones medievales de los siglos XII-XIV. Una perspectiva italiana", p. 138.

CAPÍTULO VI:

DIPLOMACIA Y RECONQUISTA

1.- Conquista y reconquista

La primera diplomacia medieval que tuvo lugar en la península Ibérica es la que llevaron a la cabo los pueblos germánicos. Tras asesinar a su hermano Teodorico y convertirse en rey, el visigodo Eurico llevó a cabo una gran actividad diplomática, que reflejaba los intereses de su reino: logró el apoyo de vándalos y suevos, aliados dentro de la Península; envió diplomáticos a Bizancio para lograr su reconocimiento frente a los gobernantes títeres que el rey ostrogodo Ricimero iba colocando como emperadores romanos y cuya autoridad Eurico no reconoció, salvo en el caso de Julio Nepote[471].

[471] Este caudillo mercenario ejerció, durante el periodo, como un verdadero "hacedor de reyes" (PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, p. 97).

Los visigodos, al igual que los demás pueblos germanos, escogían a sus embajadores en el círculo más próximo al rey, si bien pronto se hizo frecuente al enviar a misiones diplomáticas a integrantes del alto clero hispano, más cultos y preparados que los nobles germanos. En líneas generales, los visigodos seguían las líneas de la diplomacia romana, ya que sus negociaciones con ellos eran su principal fuente de experiencia, a través del intercambio de legados y la firma de *foedus*[472].

En el año 711 comenzó la conquista de la península por las fuerzas de los califas omeyas, invasión que llevaría al colapso del reino visigodo y al establecimiento de la autoridad islámica en la mayor parte del territorio peninsular. Este fue el hecho que marcaría el devenir medieval de la península Ibérica, ya que el fenómeno determinante, tanto en el plano interno como en el internacional, por lo que a los estados peninsulares se referiría, sería la Reconquista -el proceso político, diplomático y militar de recuperación del territorio musulmán por los reinos cristianos-, y su fenómeno paralelo y complementario, la Repoblación -el proceso social, económico y jurídico de asentamiento de población cristiana en los territorios anexionados por los reinos cristianos-[473].

[472] OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*. Madrid, 1990, vol. I, pp. 63, 70 y 89.

[473] MARTÍNEZ PEÑAS, L., *Introducción a la Historia del Derecho y de las Instituciones*. Valladolid, 2015, p. 78. Francisco García Fitz, uno de los mayores especialistas en el periodo, define la Reconquista como "la ocupación violenta de tierras habitadas por musulmanes" (GARCÍA FITZ, F., "La Reconquista: un estado de la cuestión", en *Clio&Crimen*, nº 6, 2009, p. 156). Uno de los aspectos que contuvo y ralentizó el proceso de reconquista fue demográfico, ya que los reinos cristianos no disponían de población suficiente como para repoblar las tierras arrebatadas a los musulmanes. Ante esta circunstancia, los monarcas preferían cobrar parias a los infieles e intrigar para volver a unos contra otros que lanzar campañas de conquista de unas tierras cuyo control difícilmente podrían mantener (GUILLINGHAM, "An age of expansion, 1020-1204", p. 62). Sin embargo, el proceso de recuperación del territorio quedó prácticamente concluido, para gran parte de los autores, en el

En lo que hace referencia a la dominación musulmana, los bereberes norteafricanos constituían el grueso del ejército musulmán en el 711, pero recibieron las tierras de peor calidad una vez que se produjo la conquista, quedando los terrenos más fértiles -los de Andalucía y el valle del Ebro- en manos de la élite árabe, quedan los bereberes relegados a las tierras más hostiles de la Meseta. Esto, junto con su marginación de los puestos de poder, llevó a la gran sublevación del año 739, que se extendió tanto por Al Andalus como por el norte de África. El resultado fue la ruptura de la sumisión política al Califato omeya de Damasco, proclamándose un emirato independiente cuyo centro político quedó estatuido en la ciudad de Córdoba. La independencia política no fue acompañada de la ruptura religiosa hasta tiempo después, en el año 929, cuando los gobernantes cordobeses declararon ser ellos mismos califas[474].

Los años de rebeliones y de ruptura con Damasco, la poca población musulmana del valle del Duero y el escaso interés mostrado por los emires de Córdoba en la parte septentrional del territorio permitieron a los montañeses cristianos asentados en el norte peninsular, donde los musulmanes se habían limitado a imponer el pago de tributos sin establecer un verdadero dominio, organizarse políticamente, primero entorno a Oviedo y, más tarde, alrededor del reino de León, recuperando parte del terreno perdido en el siglo VIII. En el noreste peninsular, el proceso de recuperación cristiano se vio respaldado por la recuperación de Aquitania por las fuerzas francas, que avanzaron al sur de los Pirineos y convirtieron lo que luego sería el condado de Cataluña en su "marca hispánica". Comenzó así el proceso de Reconquista, una de las ideas clave de la cultura histórica hispánica, interpretada, malinterpretada o reinterpretada de muy diversas formas a lo largo de los últimos dos siglos:

siglo XIII (CERNADAS MARTÍNEZ, S., *La frontera luso-castellana en la Edad Media. El tratado de Alcañices (1297)*. Valladolid, 2012, p. 15.), siendo la pervivencia del reino de Granada durante dos siglos más poco más que un epílogo.

[474] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 25.

> "El concepto de Reconquista se consolidará en la historiografía hispánica durante la segunda mitad del XIX. Desde un principio, la noción aparece asociada a la formación de la identidad nacional española, asegurando una empresa y un pasado común a todas las regiones y ofreciendo al mismo tiempo una singularidad esencial frente a otros países europeos: la reconquista, entendida como una lucha armada contra el Islam que se extendería a lo largo de ocho siglos y que permitiría a los "españoles" la recuperación del solar patrio que les había sido arrebatado por los extranjeros (…) La idea de reconquista, tal como se expresaba en los escritos pidalianos, vinculaba estrechamente al menos cuatro aspectos que se complementaban para forjar la identidad nacional española: uno, la permanencia y aún el reforzamiento, entre los reinos cristianos peninsulares de la Edad Media, de la idea de una España unida; dos, la recuperación del territorio usurpado por los musulmanes, entendida ésta como la liberación total de una patria que había quedado en manos extranjeras a raíz de la conquista islámica; tres, la conjunta participación de todos los españoles en esta empresa, que por supuesto se presenta como una labor común, por encima de las circunstanciales divisiones políticas de cada momento; cuatro, la imbricación de este proceso político-militar, de corte nacional, con un catolicismo militante que da la pertinente cobertura religiosa y necesaria trascendencia a todo el edificio interpretativo"[475].

No fue hasta el año 920, con la derrota de un ejército conjunto de los reinos de León y Navarra en Valdejunquera, cuando las fuerzas del andalusíes, bajo el mando de Abderramán III, superaron sus problemas internos y pudieron volver a prestar atención a los reinos cristianos.

Las fuentes de la época culpan de la derrota del 920 a los condes castellanos, vasallos del rey de León, que se negaron a acudir con sus tropas al campo de batalla. Este hecho refleja una realidad: las tierras

[475] GARCÍA FITZ, "La Reconquista: un estado de la cuestión", pp. 144-145.

castellanas habían ido actuando cada vez más como una unidad política independiente de la Corona leonesa. Castilla, convertida en el escudo de León, ya que era la frontera tanto con los musulmanes del Ebro como con el emirato cordobés en el sur, desarrolló una estructura social muy diferente a la leonesa. Se trataba de una sociedad de pequeños propietarios, hombres libres con una tradición de resistencia frente a las ambiciones expansivas de la nobleza, cuyo poder en Castilla era limitado, al contrario de lo que ocurría en León, donde las condiciones relativamente pacíficas que brindaba la lucha fronteriza de los castellanos generó una jerarquía nobiliaria y eclesiástica poderosa[476]. Los diferentes intereses sociales y estratégicos hicieron que Castilla fuera ganando independencia respecto de los reyes leoneses, primero como condado y luego constituyéndose ella misma en un reino.

Tras la victoria de Valdemojado, Abderramán hubo de centrar sus esfuerzos en enfrentarse a los fatimíes, que se habían extendido desde Egipto por el norte de África y que suponían una triple amenaza: política, en cuanto a que en Córdoba se contemplaba la disrupción del comercio con el Magreb y Oriente Próximo como una acción hostil que bien pudiera ser un paso previo a una ofensiva sobre la península; social, en cuanto a que las doctrinas igualitaristas de los fatimíes desafían la estructura de Al Andalus; y religiosa, ya que negaban legitimidad a cualquier dirigente político y religioso que no descendiera del linaje de Fátima, la hija de Mahoma. En este marco se produce la proclamación del califato cordobés y comienza el periodo de máximo esplendor político, cultural y económico del poder musulmán en la península.

En el cambio del siglo X al XI surge con fuerza la figura de Almanzor, líder cordobés que se hizo con el poder tras una sucesión de intrigas y juegos políticos que le llevó a convertirse en la verdadera autoridad el califato, eclipsando a su titular, Hisham II. Su ascenso político le granjeó un gran número de enemigos, tanto entre las élites

[476] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 35.

cordobesas como entre los alfaquíes y líderes religiosos. Almanzor modificó la organización militar del califato, sobre todo lo que afectaba a la aristocracia árabe, y aumentó el núcleo de fuerzas mercenarias norteafricanas y esclavos, a fin de disponer de un contingente leal que respondiera solo ante su persona. Este proceso político desestabilizó la situación internacional en la Península, ya que para justificar las reformas y el gasto que suponían, así como para ganarse el apoyo de la jerarquía religiosa, Almanzor se lanzó a una serie de campañas militares que acabarían alcanzando a la mayor parte de los reinos cristianos y que incluyeron éxitos tan notables como los saqueos de Santiago de Compostela y de Barcelona[477].

Almanzor llevó el poder del Califato a su cénit, pero ese climax fue breve. A la muerte del caudillo, Córdoba se vio azotada por una cruenta guerra civil, iniciada en el año 1009 y que llevó a la proclamación del segundo de los hijos del guerrero como califa cordobés, una decisión que resultó letal para el Califato, ya que no logró ganarse ni el apoyo popular ni el de la aristocracia, cuya enemistad con el linaje de Almanzor venía de antaño. Las autoridades religiosas deslegitimaron su gobierno y una serie de insurrecciones, rebeliones y guerras civiles llevaron a la disolución del Califato en el año 1031, lo que dejó el gobierno de Córdoba en manos de un consejo de notables y el de los territorios dependiente en las de los comandantes militares, bereberes en su mayor parte. Las autoridades cordobesas fueron incapaces de mantener cohesionado el territorio y los jefes locales acabaron por proclamarse emires independientes, atomizando el califato en una pléyade de estados independientes, los reinos de taifas.

En paralelo a la desintegración de Córdoba, el fenómeno inverso se había producido en los reinos cristianos: en ellos pervivió la noción de que la península ibérica debía formar un espacio político unificado bajo la dirección de un monarca cristiano. Esto se ha dado en denominar la idea imperial leonesa, ya que Alfonso III de León, que reinó hasta el

[477] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 35.

año 910, fue proclamado emperador por los clérigos de su reino, con la intención de poner en evidencia su vocación de gobierno universal dentro del espacio ibérico. La idea imperial leonesa se convirtió en parte del acerbo ideológico de la monarquía castellana, una vez que esta logró la independencia primero y más aún después de que, en una reversión del origen histórico de ambos reinos, León quedara integrado dentro de los dominios de los reyes castellanos.

Ese proceso no fue fácil. Fernando I, conde de Castilla e hijo del rey de Navarra, se convirtió simultáneamente en gobernante de León y de Castilla mediante una mezcla de política matrimonial y uso de la fuerza de las armas. Tras poner fin a un conflicto con Navarra a cuenta de varias villas incluidas en la herencia que correspondía a Fernando por sus antepasados navarros, presionó fuertemente sobre la frontera musulmana, hasta el punto de que consiguió que importantes reinos de taifas comenzaran a pagar tributos -denominados parias- a Castilla. De este modo, Sevilla, Badajoz, Toledo y Zaragoza quedaron bajo la órbita diplomática castellana[478]. A su muerte en 1065, y conforme a sus deseos, los dominios de Fernando I fueron repartidos entre sus hijos, entregando Galicia a don García, a Alfonso León y a Sancho Castilla. En la subsiguiente guerra civil entre hermanos, la victoria militar sonrió a Sancho, pero su asesinato a manos de Bellido Dolfos en las murallas de Zamora dejó ambos reinos en manos de Alfonso, ya Alfonso VI, que, para mayor seguridad, hizo encarcelar a García en 1073, tras haberle convocado a una negociación cuya santidad Alfonso no respetó.

[478] La aceptación de las parias y la influencia castellana por parte de este último reino es especialmente reveladora respecto de la naturaleza de las relaciones entre cristianos y musulmanes en la Edad Media peninsular, raramente tan únivocamente caracterizada por el enfrentamiento religioso como se suele pensar. En el caso de Zaragoza, durante el reinado de Fernando I en Castilla, los emires contaron con el apoyo político y militar de Aragón y Navarra contra Castilla, hasta el punto de que el rey aragonés Ramiro I perdió la vida combatiendo junto a los musulmanes zaragozanos contra los cristianos castellanos (MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 46).

Por desgracia para Alfonso, el fin del conflicto civil en Castilla y la desintegración del Califato no fueron el punto final a sus problemas, sino el amargo prólogo a un drama mucho más sangriento, la invasión almorávide, "una especie de monjes guerreros"[479], cuyas fuerzas fueron solicitadas por los reinos taifales a fin de poder plantar cara a unos reinos cristianos que, desde el punto de vista bélico, habían cobrado gran ventaja.

La aparición del poder almorávide había sido consecuencia de la desintegración del Califato omeya en Damasco. En la ola de inestabilidad que recorrió el mundo musulmán, los fatimíes, que habían proclamado su propio califato en Egipto a despecho de las nuevas autoridades abasíes asentadas en Bagdad, trataron de hacerse con el control del Magreb, gran parte del cual se había sublevado. Para hacerlo, lanzaron sobre la parte occidental del litoral sur mediterráneo a los hilalíes, una coalición de tribus nómadas originarias de la cuenca del Alto Nilo. El caos resultante provocó un vacío tanto de poder político como religioso, ya que en el mundo islámico ambas formas iban de la mano, lo que dio pie al surgimiento del movimiento almorávide, formado por una confederación de tribus bereberes, recientemente islamizadas, que, con la fe de los nuevos conversos, habían adoptado una visión rigurosa del islam y que, guiados por alfaquíes que ejercían en ellos una enorme influencia, abandonaron el mundo rural del que procedían para lanzarse sobre las ciudades, a cuyos habitantes acusaban de practicar un Islam demasiado laxo, creando un poder político de gran alcance en el Norte de África[480].

Los guerreros norteafricanos irrumpieron en el mundo hispánico con una visión renovada del islam, más pura, a su modo de ver, y que consideraba la coexistencia pacífica con los vecinos cristianos y el pago de tributos y parias a Castilla contrarios a la ley islámica[481]. Alegando la incapacidad mostrada en el gobierno y la defensa de la tierra del Islam

[479] GANSHOF, "La Edad Media", p. 69.
[480] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 43.
[481] PRYOR y JEFFREYS, *The age of dromon*, p. 95.

y en sus pactos con los cristianos, deslegitimaron a los gobernantes de los reinos de taifas y asumieron el control político de Al Andalus.

Los almorávides lograron treinta años de éxitos militares constantes tras su llegada a la península. Vencieron a Alfonso VI en el campo de batalla de Sagrajas en 1086, no muy lejos de la actual Badajoz[482]; destruyeron los reinos de taifas que no les habían ayudado a asediar Toledo en el 1090; volvieron a derrotar a Alfonso en el 1097, en Consuegra; Valencia volvió a ser musulmana en el año 1102, y Zaragoza corrió la misma suerte en el 1106. Para Alfonso VI, la culminación de esta serie de desastres llegó cuando perdió a su único hijo varón en Uclés, en 1108[483]. El sistema cristiano de cobro de parias se derrumbó y los musulmanes, durante varias décadas, recuperaron la iniciativa militar en la península[484].

Alfonso VII de Castilla continuó la lucha contra los almóravides, llevando a cabo una activa política diplomática en sistema extremadamente complejo, perfectamente sintetizada por José Luis Martín:

> "El emperador [Alfonso se había hecho conceder oficialmente ese título en León en el año 1135] sigue la política iniciada por Alfonso VI: apoyo a unos reinos de taifas contra otros, a todos contra los almorávides y a estos contra los almohades, sublevados en el Norte de Africa y desembarcados en la Península en 1146"[485].

[482] NEGRO CORTÉS, A. E., "Las parias en la Historia de la Edad Media española", en LÓPEZ SALAS, S., URRACO SOLANILLA, M., y GALLARDO VÁZQUEZ, D. A., (eds.), *Catálogo de investigación joven en Extremadura*. Cáceres 2017, p. 257.
[483] GUILLINGHAM, "An age of expansion, 1020-1204", p. 63.
[484] NEGRO CORTÉS, "Las parias en la Historia de la Edad Media española", p. 257.
[485] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 51.

La acción cristiana y diferentes problemas que afectaron al imperio almorávide en el norte de África provocaron el abandono gradual de la península Ibérica por sus fuerzas a partir del año 1125, dando paso a una nueva fragmentación política del mundo islámico ibérico, las segundas taifas, que se extenderían hasta la llegada de una nueva oleada de combatientes norteafricanos: los almohades.

A su muerte, Alfonso VII volverá a dividir los reinos de Castilla y León entre sus herederos, lo que provocó que, durante casi un siglo, los reinos cristianos se enfrentaran en un juego diplomático caracterizado por la búsqueda de alianzas de flanco, es decir, aquellas en las que un reino busca dejar a la potencia adversaria situada entre el propio reino y un tercer estado aliado. Así, Castilla buscará la alianza de Portugal frente a León, mientras que Aragón buscará la de Castilla frente a Navarra y la de León frente a Castilla, al tiempo que Navarra se aproxima a la monarquía francesa para contener las ambiciones aragonesas, ya que franceses y aragoneses se encontraban en permanente tensión por la soberanía sobre Tolousse y la Provenza. Este precario juego de naipes diplomático dio lugar a un escenario complejo y carente de unidad en el que coordinar los esfuerzos contra las nuevas amenazas musulmanas costó varias décadas.

2.- Los almohades

La cuestión almohade trascendió con mucho el ámbito de la península Ibérica, que, de hecho, fue más bien un escenario secundario de un proceso geopolítico y religioso que afectó a la mayor parte del Magreb, donde este movimiento apareció como "una fuerza salvaje"[486].

Los almohades fueron, en inicio, una corriente de reforma religiosa que surgió de la mano de Ibn Tumart, un campesino bereber del clan Masmuda, originario de las escarpaduras del Anti-Atlas. Este

[486] GANSHOF, "La Edad Media", p. 93.

abandonó las montañas que le habían visto para nacer para recorrer Al Andalus, peregrinar a La Meca y cruzar la mayor parte del Oriente Próximo musulmán, dirigiendose a Mesopotamia para estudiar con los maestros musulmanes más prestigiosos de su tiempo. A su regreso a Marruecos, lo que era un movimiento religioso, cuya novedad teológica esencial giraba en torno al concepto de unidad divina, se transformó en un movimiento político, fortalecido por una base social bereber extremadamente cohesionada en torno a los lazos de sangre y muy motivada por una ideología religiosa militante[487], que siguió siendo el factor determinante a la hora de establecer el liderazgo del imperio.

A la muerte de Ibn Túmart, su principal discípulo, Abd Al Mu´min, un bereber del clan Zanata, fue proclamado primer califa almohade y llevó a cabo una expansión que llevó a sus guerreros santos a dominar un amplio imperio que incluía el Norte de África entre Trípoli por el este y Sus por el oeste, así como la España musulmana, donde los almohades irrumpieron en el 1147, aprovechando la debilidad de los segundos reinos de taifas. El reino almorávide de Marrakech fue socavado mediante la propaganda y la agitación política hasta que cayó en manos de los almohades y, en el 1158, expulsaron a los normandos de su asentamiento norteafricano de Mahdia. No fue casualidad que los almohades se extendieran por las tierras que su Mahdi había recorrido durante su gran viaje y cada nuevo territorio conquistado veía como el califa se desplazaba al mismo recordando el papel que había jugado aquella tierra en el viaje físico y religioso de Ibn Túmart[488].

Los almohades no centralizaron su poder. Tinmart, el lugar de origen de Ibn Tumart era una especie de capital espiritual, mientras que Marrakech era lo más parecido a una capital política, pero se otorgaba gran importancia a las ciudades que ejercían una suerte de capitalidad

[487] MARTÍNEZ LORCA, A., "La reforma almohade: del impulso religioso a la política ilustrada", en *Espacio. Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, nº 17, 2004, p. 409.
[488] FIERRO, Mª. I., "Algunas reflexiones sobre el poder itinerante almohade", en *e-Spania*, nº 8, 2009, p. 7.

regional, caso de Sevilla para Al Andalus o de Túnez para los dominios norteafricanos orientales. Además, la corte del califa recorría dos veces al año sus dominios, un acto ritualizado que, en ocasiones, se prolongaba durante dos meses y revestía una considerable importancia jurídico-institucional, ya que su objetivo era la visualización del Estado en su máximo esplendor, de modo que la presencia del califa sobre el terreno reforzara la cohesión del imperio almohade, frágil en virtud de las lealtades tribales, con frecuencia cambiantes. En este viaje, el califa no solo exhibía el boato de su corte, viajando incluso con su harén, sino que también manifestaba su posición como cabeza suprema del aparato del Estado llevando a cabo la más características de las funciones de este: el ejercicio de la justicia. Durante estos viajes, el califa presidía juicios en cada territorio que visitaba, con preferencia procesos en los que los juzgados fueran servidores del Estado que habían obrado de forma incorrecta en el cumplimiento de sus deberes[489].

En la península, la llegada de los almohades situó la *yihad*, o guerra santa contra los infieles, en un lugar preminente del modo de contemplar las relaciones de los musulmanes respecto de los cristianos. Esto no era solo la consecuencia lógica de un movimiento que clamaba por un islam más comprometido, sino que también respondía a diversos factores de índole socio-política. La guerra contra el enemigo exterior -exterior tanto en lo político como en lo religioso y racial- brindaba un instrumento de cohesión para las estructuras tribales, endémicamente centrífugas, orientando a los diferentes clanes de guerreros bereberes contra un enemigo común. Esta utilidad política de la guerra santa se mostró de forma muy clara durante el gobierno del primer califa almohade, que utilizó el conflicto con los cristianos para fortalecer los lazos de lealtad del clan Masmuda, descontento por la pertenencia del sucesor de Ibn Túmart a un clan diferente, los Zanata.

[489] FIERRO, "Algunas reflexiones sobre el poder itinerante almohade", p. 3.

Las campañas en Al Andalus dieron a los califas almohades la posibilidad de reasentar allí a tribus árabes -de origen étnico diferente a los bereberes que formaban la élite almohade-, que en el norte de África generaban problemas asociados con el bandidaje y el pillaje. Trasladados a la frontera con los reinos cristianos, los infieles se convertían en blanco de sus incursiones. Lo que en el norte de África era un problema de seguridad interna en Al Andalus se convertía en arma de guerra.

A partir del 1189, cuando el tercer califa almohade llamó a la *yihad* en Al Andalus, la presión militar almohade sobre los reinos cristianos, en especial Castilla, aumentó considerablemente, llegando a su punto culminante con el triunfo musulmán en la gran batalla de Alarcos, en el 1095, cuyas consecuencias fueron aún peores debido a la alianza de los almohades con Alfonso IX, rey de León[490], y sus acuerdos posteriores, logrados gracias a la mediación del rey leonés, con Sancho de Navarra[491].

No obstante, el equilibrio de poder estaba cambiando. Un punto decisivo lo constituyó el aumento de la diplomacia entre los reinos cristianos tras la batalla de Consuegra. Los mensajeros castellanos llegaron a la Corte del rey aragonés Pedro I al día siguiente del combate, cuando este se encontraba celebrando su boda. Pedro suspendió los festejos y partió de inmediato hacia Toledo, para entrevistarse personalmente con Alfonso VI a fin de diseñar una respuesta cristiana conjunta contra la amenaza almorávide[492].

---

[490] MARTÍNEZ SOPENA, P., "Crisis y proceso político en la unión de 1230", en ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014, p. 182.

[491] DULSKA, A. K., "Sancho el Fuerte y el Islam. Las relaciones navarro-almohades a la luz de las fuentes cronísticas y documentales (s.XIII): mensaje ideológico y su lectura política", en ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014, p. 426.

[492] OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, vol. I, p. 125.

La reunión de Alfonso y Pedro en Toledo supuso el arranque de una práctica diplomática que se convertiría en una de las características más destacadas de la diplomacia entre los reinos cristianos: la movilidad de las cortes, que carecían de ubicación fija; las cortas distancias y el escaso tiempo que consumían los desplazamientos posibilitó que la diplomacia directa -es decir, la llevada a cabo directamente por los soberanos frente a frente, y no por delegados, enviados o embajadores- jugara un papel mucho más relevante en la península Ibérica de lo que suponía en el resto de Europa. Cuando la muerte de Alfonso sumió a los reinos cristianos en un nuevo periodo de caos, la mayor parte de los acuerdos que se lograron fue mediante diplomacia directa, como los pactos de Peñafiel del Tambre o las paces de Támara, si bien no fueron suficientes para desembrollar por completo la madeja de conflictos entre Portugal, León, Castilla y Aragón[493].

Los encuentros entre monarcas solían desarrollarse en zonas fronterizas, de modo que ninguno de los soberanos implicados se alejara demasiado de su propio reino ni se internara demasiado en el de sus vecinos. En ocasiones, a medida que aumentaba la complejidad de los asuntos políticos, llegaron a producirse conferencias directas multinacionales, como la que tuvo lugar en Tarazona en 1177, en la que estuvieron presentes Alfonso VIII de Castilla, Fernando II de León y Alfonso II de Aragón. En dicha reunión, Castilla y Navarra decidieron someter sus disputas fronterizas al dictamen de un tercero neutral, el rey de Inglaterra, Enrique II, el cual, a su vez, remitió la cuestión al Parlamento inglés. Viendo que la resolución se dilataba, finalmente fueron los propios reyes navarro y castellano quienes resolvieron el conflicto mediante una reunión personal. Otro ejemplo de reunión multinacional de soberanos fueron las Vistas de Alfaro, donde estuvieron presentes Alfonso VIII de Castilla, Alfonso IX de León, Alfonso II de Aragón y Sancho VI de Navarra[494].

[493] OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, vol. I, p. 140.
[494] OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, vol. I, p. 133.

Si la amenaza almorávide había dado comienzo a la práctica de la diplomacia directa, la invasión almohade hizo que, a comienzos del siglo XIII, estas reuniones a tres y cuatro bandas de los monarcas cristianos se volvieran muy comunes, incorporándose con frecuencia a las mismas el rey de Portugal. El gran objetivo, desde que los almohades aplastaran a Alfonso VIII en Alarcos en 1195, fue organizar una alianza contra la nueva amenaza musulmana, con el objetivo de librar una batalla decisiva contra las huestes del califa.

Aunque con frecuencia se ha calificado de cruzada a la lucha cristiana contra los musulmanes en la península, este termino no es exacto, ya que las campañas militares de la Reconquista carecen de tres elementos necesarios para poder considerarse cruzadas: no fueron promovidas por el papa, quienes en ellas combatieron no llevaban signos externos que los diferenciaran e identificaran como cruzados y, por último, los combatientes no recibían gratificaciones espirituales por participar en la lucha, con la única excepción de las tropas que combatieron en la campaña de Barbastro de los años 1063-64[495].

Tras la orientación de la fuerza político-militar de las monarquías peninsulares a la guerra con los almohades subyace un factor estructural importante, su incapacidad para ampliar sus dominios o su esfera de influencia hacia el norte:

> "En el siglo XII puede establecerse una clara zona de conflicto entre las potencias feudales del norte y del sur de Europa, una franja que se extendería desde el océano Atlántico en el oeste al mar Mediterráneo en el este y a lo larga de la ladera norte de los Pirineos, incluyendo Gascuña, el Languedoc, Provenza, Lombardía y el valle del Po. Según Esther Pascua, a principios del siglo XIII los reinos de la Península Ibérica habrían cedido en su intento de proyección hacia el norte, volviendo sus ojos de nuevo hacia el sur de la Península. Con unas monarquías consolidadas gracias al predominio militar y al

[495] GANSHOF, "La Edad Media", p. 70.

> control de los castillos, las razones de este giro se encontrarían en el inferior desarrollo institucional y diplomático de los reinos hispano-cristianos respecto de sus rivales del norte de los Pirineos, así como en la incapacidad de la nobleza feudal hispánica para diversificar sus intereses en zonas de complejas relaciones nobiliarias -como el Languedoc y Aquitania-. Ello explicaría su total dedicación a la guerra de conquista contra los musulmanes para la que se encontraba mejor preparada. La incapacidad castellana en 1208 para asegurar sus conquistas militares y hacer valer su derecho sobre los territorios gascones -dote de la reina Leonor de Inglaterra, esposa de Alfonso VIII-, y el frenazo radical y definitivo al tradicional proyecto catalanoaragonés de dominación sobre Occitania en 1213 estarían en relación directa con la victoria de 1212: a la imposibilidad de proyección hispano-cristiana hacia el norte de los Pirineos corresponde la expansión hacia el sur peninsular musulmán"[496].

Este factor institucional se vio reforzado por un marco internacional económico que conducía a hacer factible enfrentamiento a gran escala contra los almohades:

> "Entre 1150 y 1212 se observan un conjunto de circunstancias económicas de carácter geoestratégico que favorecen un enfrentamiento a gran escala de los almohades y los reinos hispano-cristianos. Se establece entonces un eje que atraviesa Europa Occidental uniendo los centros industriales de Flandes, norte de Francia e Inglaterra con los puertos italianos. Paralelamente, los productos del norte de África son objeto de disputa entre los mercaderes pisanos, catalanes y genoveses,

[496] ALVIRA CABRERBAJO, M., *Guerra e ideología en la España medieval: Cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212)* **y** *Muret (1213).* Madrid, 2000, p. 108; la misma cuestión es analizada ampliamente en PASCUA ECHEGARAY, E, *Guerra y pacto en el siglo XII: la consolidación de un sistema de reinos en Europa occidental*, Madrid, CSIC, 1996.

> competencia que ganan estos últimos logrando establecer con el Imperio Almohade una red de intercambios con base en los puertos norteafricanos cuyo objetivo era el oro subsahariano que necesitaba la industria genovesa. Contra esta situación, que Génova defendía sosteniendo al Imperio Almohade, chocaban los intereses económicos de catalanes, castellanos y pisanos, y los político-religiosos del Pontificado, todos ellos proclives a un control del mediodía peninsular por parte del reino de Castilla"[497].

Sin embargo, la campaña que se preparaba contra los almohades sí revistió la forma de cruzada[498]. El 16 de febrero de 1209 Inocencio III daba una bula de cruzada al arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, para que instase a Alfonso a preparar la cruzada como ya lo estaba haciendo Pedro II de Aragón. Para ello, el rey castellano se reconcilió con León mediante las paces de Valladolid. El resultado fue la campaña que terminó con la determinante victoria cristiana en las Navas de Tolosa, en el año 1212, en la cual no solo se derrotó al ejército almohade, sino que se capturó su tesoro, el cual contenía tal cantidad de plata que el precio de este metal se desplomó en los mercados de toda Europa[499]. La victoria fue de tal calibre que la historiografía considera

---

[497] ALVIRA CABRERBAJO, M., *Guerra e ideología en la España medieval: Cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212)* **y** *Muret (1213).* Madrid, 2000, p. 107.

[498] Esto se aprecia también en la carta que el papa Inocencio III escribió al arzobispo de Sens, para que se dirigiera a sus súbditos a fin de solicitarles ayuda para el rey de Castilla, concediendo "la gracia de Cruzada" (GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "La batalla de las Navas de Tolosa", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz*. Madrid, 2012, p. 34.).

[499] De la noción de Cruzada con que se contempló la campaña da testimonio el hecho de que lucharan en ella caballeros Hospitalarios, que abandonaron Tierra Santa para participar en las Navas de Tolosa, comandados por el prior Gutierre Ermegildo (BARQUERO GOÑI, C., "Los hospitalarios en la batalla de Las Navas de Tolosa: un documento de 1212", en ESTEPA DÍEZ, C., y

que no hay un hecho de importancia comparable en el medievo hispánico[500].

El derrumbamiento del imperio almohade, sin embargo, no estuvo directamente relacionado con su derrota en las Navas de Tolosa, sino con los sucesos que tuvieron lugar en el Norte de África, verdadero corazón de su imperio. La hegemonía almorávide sobre el Magreb dio paso al gobierno de la dinastía hafsí en Túnez y a la creación del imperio mariní -los benimerines de las fuentes españolas-, que, más tarde, conformarían la última oleada de invasores musulmanes de la Península. En esencia, los mariníes mantuvieron las instituciones políticas de los almohades, gobernando a través de una burocracia centrada en Fez, sostenida por un pequeño núcleo de fuerzas militares mercenarias y teniendo como base una coalición tribal formada sobre todo por árabes y bereberes del clan Zanata. Los sufíes tomaron fuerza en el mundo rural mariní y el Estado les dejó margen para actuar, de modo que se convirtieron en uno de los elementos cohesionadores de las fuerzas tribales del nuevo imperio[501].

3.- La ambición imperial y el Estado estamental

En un mundo donde la diplomacia directa jugaba un papel tan determinante, las relaciones personales entre monarcas eran clave. La buena relación entre Fernando III de Castilla, que reconquistó Sevilla y Jaén, y su homólogo aragonés Jaime I el Conquistador facilitó las relaciones entre ambos reinos y supuso un estímulo decisivo a las conquistas exteriores de cada monarquía. El entendimiento era tan bueno que acordaron el matrimonio de sus respectivos hijos, el infante Alfonso -futuro Alfonso X- y Violante de Aragón[502].

CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014, p. 146).

[500] ALVIRA CABRERBAJO, *Guerra e ideología en la España medieval*, p. 9.

[501] LAPIDUS, "Tribes and State Formation in Islamic History", p. 42.

[502] OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, vol. I, p. 149.

En política internacional, una de las cuestiones claves del reinado de Alfonso X de Castilla fue su aspiración al trono imperial germánico. Los principales reinos peninsulares, Castilla y León, desarrollaron una política exterior que, a lo largo de gran parte de la Edad Media, se mantuvo ajena a los asuntos de allende los Pirineos, debido a dos factores: su desconexión del mundo carolingio y la orientación de sus esfuerzos en la expansión hacia el sur, a través del doble proceso de Reconquista y Repoblación, que consumió la mayor parte de sus energías en el periodo medieval. Otros reinos ibéricos, como Aragón y Navarra, tuvieron intereses internacionales más diversos -mediterráneos el primero, traspirenaicos la segunda-, por lo que primero León y luego Castilla reclamaron la primacía en los asuntos peninsulares. Esta búsqueda de la primacía, no solo *de facto*, sino también *de iure*, se relaciona directamente con los intentos castellanos de conseguir el título imperial para Alfonso X, el llamado *fecho del imperio*[503].

La ambición imperial ya la había mostrado Alfonso VII, que firmaba como *imperator* todos los documentos oficiales que salían de su cancillería y que incluso se hizo coronar emperador en la iglesia de Santa María de León, en el año 1135[504]. A su descendiente Alfonso X le introdujeron en la cuestión imperial los embajadores de la ciudad de Pisa, en 1256, e incluso el papa llegó a respaldar su candidatura[505]. La ambición imperial procedía de la madre de Alfonso X, la princesa

[503] DIAGO HERNANDO, M., "La monarquía castellana y los Staufer. Contactos políticos y diplomáticos en los siglos XII y XIII", en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, nº 8, 1995, p. 51. En relación con el fecho del imperio se encontraba el fecho de allende, sobre el que se puede consultar FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Antecedentes de la expansión española en África: del *fecho de Allende* al Tratado de Tordesillas", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *La presencia española en África: del fecho de Allende a la crisis de Perejil*. Valladolid, 2012.

[504] DIAGO HERNANDO, "La monarquía castellana y los Staufen", p. 53.

[505] GANSHOF, "La Edad Media", p. 144.

Beatriz de Suabia[506], tras la muerte del último emperador Hohenstauffen y de su rival Guillermo de Holanda. Varios de los electores apoyaron a Alfonso, emparentado a través de su progenitora con los Stauffen, pero otros se decantaban por Ricardo, hijo del rey inglés Enrique III, logrando una situación de paridad en 1257, cuando Alfonso logró la elección como rey de Romanos, pero no fue capaz de conseguir la coronación como emperador.

Entre 1257 y 1275, aprovechando que el año 1264 cerró el periodo de las grandes conquistas y campañas contra los musulmanes andaluces, Alfonso pretendió ser coronado emperador, considerándose rey de romanos electo, pero fracasó por falta de recursos económicos, los problemas internos de su propio reino y por la oposición del papa, de quien dependía la decisión de coronarle. El frustrado *fecho del imperio* "constituye la más importante empresa internacional del reino de Castilla"[507], pero hubo de ser abandonada definitivamente cuando la situación peninsular volvió a complicarse hacia el año 1275, con el primer desembarco de una nueva oleada de invasores musulmanes, los benimerines, que llegaron a las costas andaluzas en 1286 y lograron la interrupción de la mayor parte de los pagos de parias[508].

El año 1275 marcó no solo el fin de las ambiciones imperiales castellanas y el comienzo de la lucha con los benimerines -que se zanjaría con la victoria cristiana en el Río Salado, en 1340, sino también el comienzo de una crisis interior castellana, motivada por la colisión de tres factores: las tensiones estamentales causadas por el inicio del proceso de recuperación del poder regio iniciado por Alfonso X y continuado por su hijo Alfonso XI, el encadenamiento de crisis sucesorias y revueltas de índole dinástica y la presión, militar y

[506] ESTEPA, C., "El reino de Castilla y el Imperio: de Alfonso VII a Fernando III", en ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014, p. 237.
[507] OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, vol. I, p. 162.
[508] NEGRO CORTÉS, "Las parias abonadas por el reino de Granada (1246-1464). Aproximación a su estudio", p. 390.

económica, que supuso para las arcas castellanas la continuación durante décadas de la batalla del Estrecho, como fue denominada en las fuentes castellanas la lucha contra los musulmanes por el control de las costas andaluzas.

Desde el punto de vista jurídico-institucional, estos acontecimientos llevaron al desarrollo y consolidación en los reinos cristianos de lo que se ha dado en denominar el Estado estamental, en el que el reino es concebido como la integración de diversos estamentos de índole social y jurídica, al frente del cual se sitúa el rey. Esta conceptuación dota de unidad al reino y convierte el vasallaje de los súbditos hacia el rey en algo natural y consustancial a la noción de Estado, superando la idea del pacto feudal privado entre particulares, pero creando la idea de que determinados colectivos, como la nobleza o la Iglesia, tienen una posición estamental que hace indispensable su participación política en la administración del reino. De este modo, el Estado estamental suponía un paso adelante en la centralización respecto de los modelos feudales, pero respetando la situación privilegiada de las clases sociales dominantes.

La construcción estamental del Estado pronto derivó en dos conceptuaciones diferenciadas. La primera de ellas, el modelo castellano y, en menor medida, portugués, seguía la vía de la centralización, reforzando la posición autoritaria del rey como verdadera fuente constitucional, esto es, como esencia de la que deriva todo el orden jurídico y social, lo que diluye los límites legales a la acción del monarca, que deberá atenerse, por tanto, a unas limitaciones a su poder que son en esencia factuales, no legales. La segunda, el pactismo, fue la adoptada en la corona de Aragón, atribuyendo una situación constituyente similar al rey y a la sociedad política que representan los diferentes estamentos sociales, lo que da lugar a que le poder regio se encuentre mucho más limitado desde el punto de vista jurídico.

4.- Diplomacia entre cristianos

Las relaciones entre los diversos reinos cristianos distaban de ser tranquilas, y la diplomacia era muy activa entre ellos.

Uno de los ejemplos más intensos es el de las negociaciones entre Portugal y Castilla, impulsadas en gran medida por las pretensiones de Alfonso X el Sabio y otros reyes castellanos de asentar su soberanía sobre el Algarve. El conflicto fue generado en parte por la deposición del rey Sancho II en Portugal. Este monarca había recibido la ayuda de Alfonso X de Castilla, cuanto este era todavía infante, frente a las pretensiones de quien sería a la postre Alfonso III de Portugal. Una vez en el trono de Castilla, Alfonso X reclamó a su contraparte portuguesa el Algarve, no está claro si en virtud de un acuerdo con el depuesto Sancho II o bien en virtud de las estipulaciones del Tratado de Sahagún, del año 1158[509], que otorgaba a Castilla los territorios que se reconquistaran más allá de la línea imaginaria que unía Niebla con Lisboa.

Castilla y Portugal se enfrentaron, por esta cuestión, en una guerra que se extendió entre 1246 y 1250, cuando se cerró con una tregua de cuarenta años de duración que permitiría acordar el tratado de Badajoz del año 1252[510], una de cuyas cláusulas incluía el matrimonio de Alfonso III de Portugal con doña Beatriz, hija ilegítima de Alfonso X de Castilla. Sin embargo, el acuerdo fue poco más que una solución temporal al conflicto, ya que en él se reconocía la soberanía vitalicia de Alfonso X sobre el Algarve, lo que dejaría en el aire la cuestión en cuanto falleciera el rey castellano. Además, el rey portugués siguió

[509] CERNADAS MARTÍNEZ, *La frontera luso-castellana en la Edad Media. El tratado de Alcañices (1297)*, p. 19.
[510] MONTAÑA CONCHIÑA, "*E levaram captivos, e derribaram o logar todo*. La guerra en la frontera castellano-portuguesa (siglos XIV-XV)", p. 14.

reclamando después de la firma la soberanía de las villas de Aroche y Aracena, que el tratado atribuía, sin margen para la duda, a Castilla[511].

La cuestión del Algarve dio un giro inesperado en 1264, cuando Alfonso X, en agradecimiento a la ayuda prestada por su tocayo portugués en la represión de la revuelta mudéjar sufrida por Castilla, renunció a sus derechos sobre el Algarve. En 1267 se firmó un nuevo tratado en Badajoz, que ratificó la línea fronteriza a lo largo del Guadiana, algo que ya se había acordado en 1252, pero que no se había llevado a efecto. Este segundo acuerdo tuvo una vida de casi treinta años, hasta que en, 1296, en el marco de la alianza luso-aragonesa que fue a la guerra contra Castilla, el entonces rey de Portugal, don Dinis, ocupó el área de Riba-Côa. La situación obligó a María de Molina, regente de su hijo Fernando IV, a firmar el Tratado de Alcañices en 1297[512].

Los problemas y guerras dieron paso a una nueva fase de intensa diplomacia desde 1380 hasta la primera década del siglo XV, un periodo en el que la relación entre ambos reinos estuvo marcada por las consecuencias de la victoria portuguesa en la batalla de Aljubarrota. Estas relaciones diplomáticas, como era habitual entre ambos reinos, fueron llevadas a cabo por un panel de expertos, a los que no cabe denominar diplomáticos profesionales, sino más bien especialistas en las cuestiones en litigio. No se trataba de enviados permanentes, ya que las misiones tenían una duración determinada y se creaban para resolver una cuestión concreta, pero sí es cierto que, con harta frecuencia, los enviados se repetían en ambas partes, lo que daba cierta continuidad al proceso diplomático[513].

---

511 CERNADAS MARTÍNEZ, *La frontera luso-castellana en la Edad Media. El tratado de Alcañices (1297)*, p. 19.
512 CERNADAS MARTÍNEZ, *La frontera luso-castellana en la Edad Media. El tratado de Alcañices (1297)*, pp. 20 y 22.
513 BECEIRO PITA, B., "Las negociaciones entre Castilla y Portugal en 1399", en *Revista da Faculdade de Letras*, nº 4, 2001, p. 150.

En el caso de Aragón y Castilla, una de las cuestiones que capitalizaban las relaciones diplomáticas entre ambas monarquías era el reparto zonal relativo a la Reconquista, es decir, que territorios podían ser objeto de conquista por cada uno de los reinos cristianos. A este fin firmaron los tratados de Tudilén, en 1151, y Cazola, en 1179, que delimitaban la frontera entre las respectivas zonas de influencia al sur del río Júcar. El primero de estos acuerdos adjudicaba a Aragón el derecho a reconquistar las tierras al sur del Júcar, incluyendo el reino de Murcia, con excepción de las fortalezas de Lorca y Vera. El segundo de estos tratados movió la línea de demarcación hacia el norte, quedando delimitada por Biar tierra a dentro y por Calpe en el mar, con lo que a cambio de que los territorios al norte del Júcar comprendidos entre el río y la nueva línea quedaran en la zona de expansión aragonesa, Castilla se hizo con el derecho a la conquista del reino de Murcia[514].

El posterior tratado de Almizra, firmado en 1244 entre el rey de Aragón Jaime I y el infante Alfonso de Castilla, futuro Alfonso X, dejó la situación, en esencia, tal y como se había acordado en Cazola, cuyas consecuencias eran del máximo calado estratégico, ya que garantizaban a Castilla una salida al Mediterráneo e imposibilitaban que Aragón tomara parte en la reconquista de Andalucía, que pasaría a ser tarea exclusiva de las huestes castellanas. Se explica que Aragón aceptara el tratado porque el objeto en lucha en el mismo era la ciudad de Játiva, que se adjudicó a Jaime a cambio de que ratificara lo acordado en Cazola. Fuera como fuese, el acuerdo se respetó menos de seis décadas y a finales del siglo XIII el rey aragonés Jaime II invadía el reino de Murcia, provocando un pleito que desembocaría en la Sentencia Arbitral de Torrellas, que el 8 de agosto de 1308 trazó una nueva línea de demarcación entre Aragón y Castilla, devolviendo a la zona castellana Orihuela, Novelda, Alicante, Elche y Crevillente[515].

[514] FERRÁNDEZ LOZANO, J., "El tratado de Almizra, un caso de diplomacia medieval", en *El Salt*, nº 1, 2004, pp. 1-2.
[515] FERRÁNDEZ LOZANO, J., "El tratado de Almizra, un caso de diplomacia medieval", en *El Salt*, nº 1, 2004, p. 5.

Las tensas relaciones entre Aragón y Castilla acabaron provocando la Guerra de los Dos Pedros, el conflicto que enfrentó a ambas monarquías a lo largo de una década, entre 1356 y 1366, causado por un incidente naval en aguas situadas frente al puerto castellano de Cádiz, al capturar corsarios al servicio del rey de Aragón naves de Piacenza -aliada de Génova, entonces en guerra con Aragón[516]- en aguas castellanas[517].

Navarra, por su parte, había visto como, al subir al trono Sancho VII, que sería apodado posteriormente "el Fuerte", en el 1194, la coyuntura política peninsular perjudicaba las posibilidades de desarrollo del legado de sus antecesores. Pese a ser derrotada en el 1095 por los almohades y verse inmersa en una guerra fronteriza con León en los años siguientes, Castilla aún conservó fuerza suficiente para salvar la situación -concertando con una tregua con los almohades, que se extendió entre el 1197 y el 1210, y un matrimonio con León que cerró temporalmente las hostilidades- y volverse contra Navarra, para hacerse con el control de la fachada vasca. Con esta conquista, Navarra quedó aislada de una de sus vías naturales de expansión, lo que provocó una crisis económica y política en Pamplona que empujarían a Sancho a unirse a la cruzada contra los almohades como un medio de abrir nuevas vías económicas y diplomáticas en la península que le permitieran mejorar la situación navarra[518].

El reino pirenaico afrontó una crisis sucesoria en el 1274 que reavivó las ambiciones de sus vecinos. Jaime I de Aragón reclamó tener derechos al trono en virtud de un pacto efectuado con el rey navarro Sancho VII, pero no llevó sus reclamaciones más allá. Castilla, por su

[516] ABULAFIA. D., *The Western Mediterranean Kingdoms 1200–1500: The Struggle for Dominion.* Londres, 1997; pp. 178–79; sobre la guerra con Génova ver MELONI, G., *Genova e Aragona.* Padua, 1971.
[517] Sobre las causas de esta guerra, ver FERRER I MALLOL, Mª. T., "Causes i antecedents de la guerra dels dos Peres", en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, nº 43, 1987, pp. 445–508.
[518] DULSKA, "Sancho el Fuerte y el Islam", p. 425.

parte, sí intervino militarmente, apoyando a la facción navarra liderada por García de Almoravit. La amenaza de una implicación castellana plena impulsó a la reina Blanca de Navarra a casar a su hija Juana con el hijo del rey de Francia, lo que bastó para disuadir a Castilla de seguir interviniendo en la cuestión sucesoria navarra, pero abrió una nueva fuente de problemas, ya que los franceses aprovecharon su influencia en el reino pirenaico para reavivar diversas pendencias fronterizas con Castilla, lo que dio lugar a la entrevista de Bayona, en el año 1290, en la que Castilla, Navarra y Francia llegaron a un acuerdo sobre las cuestiones en disputa, pero cuyo contenido no se implementó hasta 1301[519].

Por parte aragonesa, durante las dos últimas décadas del siglo XIII y las primeras del siglo XIV la política peninsular estuvo supeditada a su política mediterránea, concretamente a la cuestión de Sicilia, tras producirse, en 1282, las Vísperas Sicilianas. La necesidad de mantener el reino en calma mientras se actuaba en la isla llevó a que al año siguiente se concediera el Privilegio General a las Cortes aragonesas[520], que tendría su eco en una concesión de alcance similar a las catalanas. Ambas supusieron la consolidación del pactismo como forma de la monarquía aragonesa y el abandono definitivo de cualquier vía que pudiera haber llevado a un modelo más autoritario, similar al modelo castellano.

Con los tratados de Tarascón, en 1290, y Anagni, en 1295, la querella siciliana se saldó con ganancias territoriales para Aragón, que obtuvo Córcega, si bien debió devolver el reino de Mallorca, feudatario de la Corona aragonesa, a su propietario, Jaime II de Mallorca, al que

[519] Navarra acabaría siendo anexionada por Castilla en 1512 (FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "El camino hacia la anexión de Navarra y su contexto internacional", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*). Madrid, 2012.
[520] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 62.

había expulsado del mismo en 1287 por considerar que había incumplido sus obligaciones feudales con los reyes de Aragón.

5.- La frontera[521]

Posiblemente, la noción de frontera sea el concepto diplomático más importante de la Hispania medieval[522]. La línea fronteriza entre los reinos cristianos y los musulmanes dio lugar a todo un mundo jurídico de instituciones nacidas al amparo y por el influjo de dicho contexto fronterizo.

Figura jurídica característica de la frontera fue la tregua, "una mixtura de guerra y paz"[523], en la que se producía una suspensión temporal de las hostilidades y de las acciones militares entre cristianos y musulmanes. La tregua se definía por su temporalidad, ya que la conceptuación religiosa de la guerra contra el infiel impedía que ningún acuerdo de paz tuviera la consideración de definitivo[524], y tanto cristianos como musulmanes la concebían única y exclusivamente como una situación transitoria, los primeros por beneficiarles y los

[521] El contenido de este epígrafe contiene, con las actualizaciones, añadidos y modificaciones oportunas, las líneas generales del epígrafe dedicado a la frontera castellano-nazarí en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., *La guerra y el nacimiento del Estado Moderno. Consecuencias jurídico-institucionales de las campañas bélicas de los Reyes Católicos*. Valladolid, 2014.

[522] CARL, C., *A Bishopric Between Three Kingdoms*. *Calahorra, 1045–1190*. Leiden, 2011, p. 3.

[523] TORRES FONTES, "Dualidad fronteriza: guerra y paz", p. 67.

[524] Es posible diferenciar, dentro de las treguas, las que suponían un mero cese de las acciones militares a gran escala, de aquellas treguas, más complejas, que llevaban aparejado el reconocimiento del vasallaje del reino de Granada a Castilla (LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, E., "Institutions on the Castilian-Granadan frontier. 1369-1482", en BARTLETT, R., y MACKAY, A., (ed.), *Medieval frontier Societies*. Oxford, 1989, p. 131).

segundos por necesidad[525]. Ejemplo de las treguas entre cristianos y musulmanes es la firmada por Alfonso VIII de Castilla y el califa almohade en 1198, con una duración de cinco años, renovada en 1203 por otros ochos años, que posibilitó la recuperación de Castilla tras la derrota de Alarcos, para uno, y que el califa pudiera resolver sus problemas en el Norte de África, para el otro[526].

En el comunicado oficial de las treguas, estas siempre eran concedidas por Castilla. En el siglo XV se hizo habitual que la tregua se tratara como una carta real[527]. No obstante, cierto grado de actividad bélica era legal en el marco de una tregua. Quedaban autorizadas las incursiones, es decir, la irrupción en territorio enemigo que durara menos de tres días, en la que no se asentara campamento, sin que los participantes llevaran estandartes, enseñas o banderas y en cuyo desarrollo no se produjera el ataque a una plaza[528]. Ello revela que la guerra se había convertido en aquellos territorios en un modo de vida, no solo en una cuestión política entre reinos, hasta el punto de que era impensable mantener una paz absoluta a lo largo de la línea de demarcación, puesto que la violencia formaba parte no solo de la rutina de los reinos, sino también del ritmo social y económico de las tierras fronterizas, en la forma de escaramuzas e incursiones[529].

[525] BENABOUD, M., "Paz y tregua en Al Andalus durante el periodo de los taifas: entre la ley islámica y la realidad histórica", en VV.AA., *Cursos de Verano de la Universidad Complutense*. Madrid, 1994, p. 46.
[526] GALLEGOS VÁZQUEZ, "La batalla de las Navas de Tolosa", pp. 29-30.
[527] TORRES FONTES, "Dualidad fronteriza: guerra y paz", p. 68.
[528] LADERO QUESADA, M. A., "La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV, en LADERO QUESADA, M. A., (ed.), *La incorporación del reino de Granada a la Corona de Castilla*. Granada, 1993, p. 205.
[529] NEGRO CORTÉS, "Las parias abonadas por el reino de Granada (1246-1464). Aproximación a su estudio", p. 383.

Desde el siglo XI, cuando la descomposición del califato de Córdoba fragmentó el poder político musulmán creando los reinos de taifas -hasta treinta tres en el momento de máximo efecto del proceso político de atomización- las treguas solían incorporar el pago de un tributo anual por parte de los reinos musulmanes a una potencia cristiana, a cambio de protección, figura jurídica a la que se denominó paria[530]; las parias tuvieron un papel primordial para retardar el declinar de los reinos musulmanes en la Península Ibérica, ya que en muchas ocasiones los cristianos declinaron atacar a sus vecinos musulmanes atendiendo tanto a los gastos que generaría la guerra como a la pérdida del tributo que recibían mientras la tregua durase[531].

El primer reino musulmán que pagó parias fue la taifa de Zaragoza, lo cual se explica por su vulnerable posición geopolítica, encajada entre los reinos cristianos de Navarra, Aragón y Castilla. Desde el siglo XI en adelante, Zaragoza pagó tributos a todos y cada

[530] NEGRO CORTÉS, "Las parias en la Historia de la Edad Media española", p. 256; NEGRO CORTÉS, "Las parias abonadas por el reino de Granada (1246-1464). Aproximación a su estudio", p. 383 son definidas como "como un pago de periodicidad anual en moneda, que un poder musulmán realizaba, bajo coacción militar, a un poder cristiano, a cambio de un cese de las hostilidades o el mantenimiento de una situación de no agresión mutua por parte de grandes contingentes militares. El objetivo último es, por tanto, la creación o mantenimiento de una situación de tregua".

[531] Téngase en cuenta que el reino de Granada surgió con la condición de reino vasallo de Castilla, pese a que dicha consideración iba en contra de los preceptos de la legislación islámica; además, con frecuencia, para poder satisfacer el pago de las parias, los sultanes nazaríes hubieron de aumentar los impuestos que pagaba la población por encima de lo que permitía la ley islámica (LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, "Institutions on the Castilian-Granadan frontier. 1369-1482", pp. 131-132). Desde 1350, y hasta 1460, hubo tan solo 25 años de guerra oficial entre Granada y Castilla, siendo los 85 años restantes periodos en los que estuvo en vigor una u otra tregua" (MACKAY, A., "Religion, culture and ideology on the late medieval Castilian-Granadan frontier", en BARTLETT, R., y MACKAY, A., (ed.), *Medieval frontier Societies*. Oxford, 1989, p. 217).

uno de estos reinos, además de a los condados catalanes, si bien nunca pagó parias a más de uno de forma simultánea, ya que quien recibía el tributo tenía la obligación de defender al reino musulmán de cualquier ataque. Este compromiso por parte de reinos cristianos con reinos musulmanes dio lugar a situaciones que, de otra forma, hubieran podido considerarse extrañas, como el hecho de que los caballeros castellanos combatieran junto a las huestes zaragozanas en la batalla de Graus, en el 1068, para derrotar a un ejército cristiano aragonés[532]. Castilla fue el reino cristiano más beneficiado por el pago de parias, sometiendo en diferentes momentos a las principales potencias taifales: Badajoz, Sevilla, Granada, Zaragoza y Toledo. Los pagos de Granada, por ejemplo, se situaron por término medio en las 12.000 doblas anuales, si bien hubo momentos en que los nazaríes debieron satisfacer cantidades de hasta 20.000 doblas por año, mientras que en otros periodos el montante descendió hasta 5.000 u 8.000 doblas[533].

La periodicidad continua del pago de las parias lo diferenciaba de otras figuras europeas consistentes en pagos puntuales, de modo que puede decirse que las parias fueron un fenómeno jurídico e institucional sin equivalente en el contexto europeo, más aún si le añadimos que, en determinados momentos, ante la ausencia de efectivo con el que abonar el pago, se permitió a los reinos musulmanes satisfacer, en todo o en parte, las parias con la entrega de cautivos cristianos, algo que ocurrió en varias ocasiones a partir del año 1428, fecha en la que se tiene constancia por primera vez de este tipo de ajuste. También ha de tenerse en cuenta que se trata de una figura desvinculada del vasallaje -aunque el reino de Granada naciera como vasallo del de Castilla-, ya que las parias no eran una forma de *auxilium* del vasallo hacia el señor, sino el fruto de un acuerdo diplomático entre dos entidades políticas[534].

[532] NEGRO CORTÉS, "Las parias en la Historia de la Edad Media española", p. 260.
[533] NEGRO CORTÉS, "Las parias abonadas por el reino de Granada (1246-1464). Aproximación a su estudio", p. 385.
[534] NEGRO CORTÉS, "Las parias abonadas por el reino de Granada (1246-1464). Aproximación a su estudio", pp. 384-285. José Luis Martín discrepa de

Del siglo XI al siglo XIII, el peso económico de las parias era significativo en el esquema de ingresos de las monarquías cristianas, pero esto comenzó a mitigarse tras las Navas de Tolosa, cuando la diferencia entre los reinos cristianos, sobre todo Castilla, y el reino de Granada era manifiesta[535]. Si se comparan sus efectos sobre ambas partes, al menos durante el periodo nazarí, lo cierto es que las repercusiones que tenían los pagos eran muy diferentes para cristianos y para musulmanes: mientras que en los últimos años del reinado de Alfonso XI y los primeros del de Pedro I las parias de Granada suponían para Castilla un 2% de sus ingresos, para la economía nazarí suponían la pérdida de alrededor del 50% de sus ingresos. Su función era estratégica en el contexto internacional para ambos bandos. Desde el punto de vista musulmán, evitaba el estallido de una guerra abierta que sus fuerzas ya no estaban en condiciones de sostener en el largo plazo. Desde el punto de vista cristiano, suponía una forma harto barata de desestabilizar y debilitar a los musulmanes sin necesidad de incurrir en los costes políticos y económicos de una guerra[536].

Al amparo de las treguas, surgieron los alcaldes de moros y cristianos, también conocidos como jueces de las querellas, una institución cuya función era controlar la violencia durante las treguas[537]. La primera vez que aparecieron fue durante la tregua del año 1310, en la que fueron designados directamente por los reyes, si bien dependían, en su funcionamiento, de los adelantados de Andalucía[538].

---

esta interpretación, y sí ve una relación general entre el pago de parias y la condición de vasallo (MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 47).

[535] MARTÍN, *Manual de Historia de España*, p. 47.

[536] NEGRO CORTÉS, "Las parias abonadas por el reino de Granada (1246-1464). Aproximación a su estudio", pp. 394-295.

[537] Al respecto, ver CARRIAZO, J. de M., "Un alcalde entre moros y cristianos en la frontera de Granada", en *Al Andalus*, nº 13, 1948; y TORRES FONTES, J., "El alcalde entre moros y cristianos del reino de Murcia", en *Hispania*, 20, 1960.

[538] LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, "Institutions on the Castilian-Granadan frontier. 1369-1482", p. 146.

Para realizar sus funciones, los alcaldes de moros y cristianos contaban con la ayuda de los fieles del rastro o "rastreros", a los que coordinaban. Estos eran los encargados de determinar quién había cometido una fechoría o trasgresión de las treguas[539]. Los fieles del rastro eran expertos rastreadores y conocedores de las comarcas fronterizas, dado que se movían a uno y otro lado de la frontera en el curso de sus actuaciones, investigando los incidentes y tratando de identificar y localizar a los criminales. Los rastreros cobraban de los municipios fronterizos y surgieron como una entidad imparcial encargada de solucionar las querellas entre individuos y comunidades, a fin de evitar las venganzas transfronterizas[540]. Dado que ambas comunidades estaban interesadas en la resolución de los crímenes y disputas, no era en absoluto extraño que los fieles del rastro cristianos colaboraran con sus equivalentes musulmanes[541].

Existió un importante número de rastreros. En la frontera de Jaén llegaron a operar de forma simultánea hasta treinta fieles del rastro, que cobraban alrededor de doscientos maravedíes por cada uno de los servicios que prestaban. Para dar fe de las actuaciones realizadas por los fieles del rastro, surgió el escribano del rastro[542].

Otra figura de aquel mundo de frontera eran los alfaqueques, que era el nombre que recibían las personas que se encargaban de la redención de cautivos, tanto musulmanes en manos cristianas como

[539] GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., "Castilla y el Islam granadino antes y después de la conquista de la ciudad", en KOHLER, A., y EDELMAYER, F., (coord..), *Hispania-Austria*. Munich, 1993, p. 90.
[540] LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, "Institutions on the Castilian-Granadan frontier. 1369-1482", p. 146.
[541] MACKAY, "Religion, culture and ideology on the late medieval Castilian-Granadan frontier", p. 219.
[542] RODRÍGUEZ MOLINA, J., "Relaciones pacíficas en la frontera con el reino de Granada", en SEGURA ARTERO, P., (coord..), *Actas del Congreso La frontera oriental nazarí como sujeto histórico (s. XIII-XV)*. Almería, 1997, 289.

cristianos en manos musulmanas. Un cautivo era un bien de mucho valor para aquel que lo había capturado; esta es la razón por lo que la conversión forzosa de los cautivos cristianos en manos musulmanas fue un hecho excepcional, ya que, si se convertían al islam, el valor de su rescate disminuía o incluso el dueño podría ser obligado a poner en libertad al cautivo en cuestión, conforme a los preceptos de la legislación musulmana[543].

La figura del alfaqueque como liberador profesional de cautivos surgió en algunas ciudades de Castilla en los siglos XII y XIII. Para que viajaran libremente se les entregaban salvoconductos y se les pagaba con un 10% del importe de la transacción. El salvoconducto que les daban las autoridades musulmanas era un permiso llamado *aman*, que permitía viajar o residir en un territorio musulmán a quien no lo era, por un periodo limitado de tiempo. Quien obtenía este permiso debía respetar el Islam y abstenerse de cualquier práctica ofensiva para con la religión musulmana. El no cumplir esta cláusula fue la causa del martirio de diversos frailes mercedarios, cuya orden, al igual que la de la Sagrada Trinidad, fue creada en los comienzos del siglo XIII con el expreso fin de redimir a los cautivos cristianos en manos musulmanas.

La libertad de movimiento que otorgaba el *aman* no era total, ya que los alfaqueques debían desplazarse por las rutas principales, enarbolando una bandera y haciendo sonar una trompeta[544]. En tiempos de guerra, protegidos por su inmunidad, actuaban también como embajadores, mercaderes y espías. En el siglo XV, hacia 1439, el oficio de alfaqueque seguía existiendo, siendo desempeñado casi siempre por miembros del linaje de los Saavedra. Estos oficiales eran los únicos que podían organizar el rescate de cautivos desde Lorca hasta Tarifa.

[543] LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, "Institutions on the Castilian-Granadan frontier. 1369-1482", p. 135.
[544] TORRES FONTES, J., "Los alfaqueques castellanos en la frontera de Granada", en VV.AA., *Homenaje a don Agustín Millares*. Las Palmas, 1975; vol, II, pp. 104-109.

Los musulmanes tenían sus propios negociadores de cautivos, más numerosos que los alfaqueques cristianos. Así lo señala el que los musulmanes pagaran tantos rescates con seda que este producto sufrió una depreciación a lo largo del siglo XV. Recibían el nombre de *fakkak*, y existían en el mundo musulmán desde el siglo X. Por lo general, la financiación de los rescates provenía tanto de las familias de los musulmanes capturados como de la propia comunidad islámica, que aportaba cantidades de dinero para financiar los rescates. Una *fatwa* nazarí del XV condenaba a los negociadores musulmanes, entre otras cosas, por la práctica de adelantar dinero en prenda de un posterior pago en sedas, algo que la doctrina jurídica nazarí condenaba como usura[545].

Como frontera abierta[546], la cristiano-musulmana era testigo de un próspero contrabando. Para combatir estas prácticas, aparecieron los alcaldes de las sacas, oficiales de la Corona de Castilla encargados de impedir el contrabando de mercancías y de asegurarse que todos los bienes comerciales entre ambos reinos pasaran por los puertos oficiales, donde se cobraba diezmo y medio del valor de las mercancías.

Los juristas islámicos estudiaron en profundidad las implicaciones morales y religiosas que entrañaba el concepto mismo de frontera. Así, el deber de guardar la frontera de una nación islámica

[545] LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, "Institutions on the Castilian-Granadan frontier. 1369-1482", pp. 137-141.

[546] "Nuestra actual visión de la frontera, consecuencia del nacimiento de los Estados-nación y el desarrollo de los nacionalismos en el siglo XIX, tiende a ver las fronteras como algo puramente político-administrativo, estable, perfectamente delimitado y que separa a Estados y poblaciones históricamente diferenciadas. Pero esta visión no puede ser aplicable al mundo medieval" (GOZALBES CRAVIOTO, E., "Reflexiones sobre el concepto antiguo y medieval de frontera" en VV. AA, *III Estudios de Frontera*. Jaén, 2001, p. 362). Los cristianos medievales siguieron utilizando el término latino *limes*, que implica la noción de movilidad de la frontera, ya que el *limes* romano era una demarcación provisional, organizada para la guerra (CERNADAS MARTÍNEZ, *La frontera luso-castellana en la Edad Media. El tratado de Alcañices (1297)*, p. 212).

recae en el conjunto de la población y no solo en los dirigentes, según la ley islámica. Según la doctrina jurídica malikí, seguida de forma mayoritaria en Al Andalus, el musulmán que permanecía de forma voluntaria en territorio infiel, caso de los mudéjares, debía ser tratado como no musulmán y, por tanto, ni su persona ni sus bienes eran inviolables, aunque algunos autores creían que se mantenía la inviolabilidad de la persona.

Otro problema religioso lo suponían las treguas, en las que los musulmanes dejaban de tratar de extender la comunidad de creyentes a las tierras de los infieles. Las escuelas suníes divergían sobre la duración aceptable de las treguas: algunos hablaban de que podían sostenerse hasta diez años, pero los malikíes creían que su duración no debía pasar de cuatro meses, salvo que no quedara otro remedio.

Las bandas de guerreros islámicos de frontera se denominaron *tagríes*, que podría traducirse como "fronterizos" o "gente de la frontera". También se usó con frecuencia el vocablo *al-mugawir*, literalmente, el que hace algaradas -es decir, incursiones-. De esta palabra derivaron los vocablos castellanos y catalán "almogávar" y "almogáber". Dentro de estas bandas, tenían especial importancia los guías o adalides -del árabe *ad-dali*-, escogidos por ser oriundos de las zonas fronterizas; su prestigio fue en aumento, hasta tener una posición equivalente a la de un oficial de alto rango.

CAPÍTULO VII

DIOS LO QUIERE

1.- La recuperación de Bizancio

El agotamiento causado por las campañas de Justiniano, las guerras persas y la presión musulmana, causó una crisis tras la cual Bizancio entró en un periodo de retroceso del que no saldría hasta el año 867, fecha en la que inició una fase de recuperación y reconstrucción de su poder imperial, periodo que se extendería hasta el año 1025, fecha en la que falleció el emperador Basilio II[547].

En el siglo X, las reformas emprendidas por el *basileus* León el Filósofo, arrebatando al Senado las competencias legislativas y modificando el sistema de gobierno municipal, allanó las últimas trabas hacia la autocracia de los emperadores[548]. En aquel momento, de las conquistas de Justiniano en Italia ya solo quedaban bajo control bizantino el *thema* de Lombardía, que no debe confundirse con la región septentrional del mismo nombre, ya que la Lombardía bizantina se

[547] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 142.
[548] TOUT, *The Empire and the Papacy. 918-1273*, p. 154.

encontraba en el sur de la península itálica, en torno a Bari y una serie de posesiones menores en Calabria.

Por el contrario, en el este, la fragmentación del mundo musulmán dio a Bizancio la oportunidad de recuperar parte del terreno perdido. Creta[549], Chipre, Cilicia y el norte de Siria, incluyendo Aleppo y Antioquía -capturada al asalto en una noche invernal, bajo una fuerte nevada-, volvieron a manos bizantinas durante el gobierno de Nicéforo Focas. Pese a estos éxitos, su trono fue usurpado en el año 969 por Juan I Tzimisces, que continuó con las campañas de su predecesor, recuperando territorios en las fronteras orientales y llevando los estandartes imperiales de nuevo a Damasco, Tiberiades, Nazaret y Cesarea, para morir en el 976 a escasa distancia de Jerusalén[550].

El problema que debió afrontar Bizancio en el siglo siguiente fue de índole distinta: la separación cada vez mayor entre la Iglesia de Roma y la de Constantinopla[551]. En el siglo XI, en Occidente, el papado estaba en uno de los puntos más bajos de su historia, debido a la corrupción endémica en las instituciones eclesiásticas. En Oriente, en cambio, el patriarca se hallaba en la cima de su prestigio, y rusos, búlgaros y serbios renocían su autoridad, lo que provocaba un fenómeno curioso: la autoridad del patriarca se extendía sobre más personas que la del propio emperador, aún cuando el patriarca estaba subordinado al *basileius*[552]. El papa reclamaba dominio sobre el

[549] Antes de la expedición contra Creta, el emperador envió una embajada diplomática a Córdoba, para asegurarse la neutralidad de los musulmanes ibéricos ante el asalto. La embajada fue recibida con enorme pompa y boato (PRYOR y JEFFREYS, *The age of dromon*, p. 71).
[550] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 37.
[551] La separación no solo afectaba a ambas jerarquías eclesiásticas, sino también a los emperadores bizantinos. El último *basileus* que visitó Roma fue Constancio II en el 663; el último papa que visitó Constantinopla fue Constantino, en el 711 (PRYOR y JEFFREYS, *The age of dromon*, p. 43).
[552] OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p. 74.

Patriarcado de Constantinopla, no una simple precedencia, mientras que en el este se sentían superiores, cultural y moralmente, a lo que percibían como un occidente barbarizado. En el 1024 el emperador Basilio II y el patriacra Eustaquio buscaron un acuerdo, proponiendo que el patriarca sería ecuménico en su esfera y el papa en el resto del mundo. El papado romano se indignó, y la llegada de un nuevo patriarca, Miguel Cerulario, y de un nuevo papa, León IX, hombres poco dispuestos a ceder, agravó la situación.

Las invasiones normandas de la Italia meridional forzaron un mayor entendimiento político entre Roma y las autoridades de Constantinopla, lo cual alarmó al patriarca Cerulario, que temía que el proceso derivara en un aumento de la influencia pontificia en el este. Cerulario reclamó al papa que le tratara como a un igual, pero los legados pontificios enviados a Constantinopla en el 1054 para negociar una solución satisfactoria respondieron con virulencia, atacando los modelos religiosos de Oriente. Pese a ello, el *basileus* Constantino IX era partidario de transigir en busca de un acuerdo político, pero al llegar a Constantinopla noticias del fallecimiento del papa, el patriarca aprovechó la ocasión para poner fin a las negociaciones, alegando que muerto el pontífice sus legados carecían de legitimidad. Tras romper las negociaciones, el patriarca publicó un manifiesto que provocó que los legados pontificios le excomulgaran en una ceremonia que tuvo lugar en Santa Sofía. Cerulario no se arredró y convocó un sínodo que condenó las prácticas y creencias occidentales, de modo que, en julio de 1054, el cisma entre los cristianos de Occidente y los de Oriente era un hecho consumado.

Al margen de las ambiciones personales, la causa de fondo de lo que se denominó el Gran Cisma de Oriente fue la diferente concepción de la Iglesia que se tenía en cada una de las cortes eclesiásticas: para Roma era una organización monolítica bajo el mando del papa, mientras

que para Constantinopla era una suerte de federación de Iglesias autónomas, cada una de las cuales con su propia jerarquía[553].

Por último, Bizancio debió afrontar en el siglo XI un problema socioeconómico que, gestado en los siglos anteriores, comenzó a mostrar sus consecuencias en el largo plazo en la undécima centuria. Se trataba del enorme auge que experimentaron las formas latifundistas de posesión de la tierra en las provincias orientales del imperio bizantino. El crecimiento desmesurado de los latifundios en el Asia bizantina creó un doble peligro: debilitó la posibilidad de reclutar un ejército controlado por el poder central, trasladando gran parte de la defensa a los propietarios locales, con el consiguiente debilitamiento de la autoridad imperial; y debilitó el sistema fiscal y de recaudación de impuestos, dañando significativamente la capacidad del Estado para contrarrestar las crecientes amenazas a las que se enfrentaba[554].

[553] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I, p. 275.

[554] GANSHOF, "La Edad Media", p. 64. La segregación del reclutamiento militar por cuestiones económicas ha sido fuente de problemas sociales hasta bien entrado el siglo XX. Respecto del caso español pueden verse RIVILLA MARUGÁN, G., *El Tributo de Sangre*. Valladolid, 2016; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Injusticia social y reclutamiento militar: la redención en metálico" en VV. AA, *Construcciones y deconstrucciones de la sociedad*. Almagro, 2010, pp. 76-85; MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Problemas sociales manifestados a través de la legislación de reclutamiento del siglo XIX: exenciones, sustitución y redención en metálico", en VV. AA., *Luces y sombras de la seguridad internacional en los albores del siglo XXI*. Madrid, 2010. Recopilaciones sobre la legislación en la materia han sido publicadas a lo largo de 2018 por Manuela Fernández Rodríguez, Leandro Martínez Peñas y Erika Prado Rubio.

2.- Los seljúcidas

En las primeras décadas del siglo XI, bajo la dirección de un caudillo llamado Seljuk y de sus descendientes -conocidos de forma colectiva como seljúcidas- las tribus turcomanas, hasta entonces disperas, lograron consolidar un Estado en las tierras de Asia Central y se expandieron de forma progresiva hacia el oeste, cruzando el Oxus y conquistando el Jorasán. En un primer momento, el auge del poder seljúcida favoreció a Bizancio, que incluso lo alentó, ya que contribuía a contener a quienes entonces eran el principal adversario de Constantinopla, las fuerzas del califato fatimí de Egipto, que habían progresado a lo largo de Palestina y Siria[555]. Sin embargo, en el reinado de Togrul Bej, nieto de Seljuk, los seljúcidas ya eran el principal poder político en las inmediaciones del Asia bizantina[556], lo que se puso de manifiesto cuando conquistaron Bagdad en el año 1055, coronándose su líder como Señor del Este y el Oeste y asumiendo el poder temporal del Califato, al que dieron un nuevo impulso en aras de la expansión de la fe islámica, con la intensidad de los pueblos recientemente convertidos[557].

Togrul falleció en el 1063 y fue sucedido por su sobrino Arp Arslan, que se lanzó a una nueva serie de conquistas, sometiendo a los reinos cristianos de Armenia y Georgia, lo que le llevó a los límites de la esfera de influencia bizantina[558]. Tras la conquista de Bagdad por los seljúcidas:

---

[555] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 161. De hecho, la única preocupación que había despertado en Bizancio el auge seljúcida había sido el hecho de que habían desplazado de las estepas a otros pueblos nómadas que, a su vez, habían amenazado las posesiones bizantinas en los Balcanes (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 153).

[556] TOUT, *The Empire and the Papacy. 918-1273*, p. 168.

[557] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 153.

[558] TURAN, O., "Anatolia in the period of the seljuks and *the beyliks*", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 232.

> "Los líderes tribales más ambiciosos tuvieron muchísimas oportunidades de hacer y deshacer alianzas y cambiarlas, de servir a grandes señores que parecían prometedores y de intentar desplazarlos en un paísaje político repetidamente remodelado por cruzados, emperadores bizantinos, gobernadores provinciales, mercaderes y fuerzas navales venecianas, califas árabes y khanes mongoles"[559].

Alp Arslán no vaciló frente al poder de Bizancio[560]. Aprovechando que la extinción de la dinastía reinante había debilitado la capacidad de los bizantinos para plantar cara a una amenaza exterior, el sultán intensificó sus incursiones dentro de los territorios bizantinos. El líder seljúcida no tenía interés en una guerra a gran escala contra Constantinopla, ya que el verdadero desafío al que se enfrentaban los seljúcidas era la presión, desde el sur, del califato fatimí de Egipto. La situación cambió cuando, harto de las incursiones seljúcidas, el *basileus* Romano IV reunió un ejército de 40.000 hombres y tomó una serie de plazas fuertes que los guerreros de Alp Arslán utilizaban como base para sus ataques a suelo bizantino. El sultán no podía permitirse, ni militar ni políticamente, marchar contra los fatimíes mientras un ejército cristiano atacaba sus propios territorios, de modo que Alp Arslán se vio obligado a enfrentarse a Romano IV.

El 26 de agosto de 1071, en Manzikern, los turcos lograron una victoria decisiva -que Luttwak ha calificado de "catastrófica derrota estratégica bizantina"[561]- y capturaron al *basileus*, si bien Alp Arlsan le permitió pagar un rescate y lo liberó, no sin antes haberle obligado a tenderse en el suelo, donde el caudillo turco posó su pie sobre el cuello

[559] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 183.
[560] Los seljúcidas disponían de otra opción estratégica: atacar al Egipto fatimí, pero optaron por Bizancio, dado el periodo de descomposición interna que atravesaba (SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 148).
[561] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 162.

del *basileus*, como símbolo de completa dominación[562]. Por desgracia para Romano, a su regreso a Constantinopla fue destronado por Juan Ducas, que ordenó que le arrancaran los ojos, castigo al que Romano solo sobreviviría unos pocos días[563].

Los disturbios y el hambre se extendieron por el imperio bizantino, y los turcos avanzaron casi sin oposición hasta los suburbios orientales de la capital, a los que pegaron fuego. Asediado por los desastres, puesto que casi al mismo tiempo los normandos habían conquistado Bari y con ella se había perdido el último vestigio del imperio en Italia[564], el emperador Miguel VII, al que su tío Juan Ducas había situado en el trono, se vio obligado a firmar un tratado de paz con los seljúcidas, por el que se les reconocía la soberanía sobre todas las posesiones de Bizancio que estaban en sus manos en el momento de la firma y se convertía en tributario suyo[565].

La victoria obtenida en Manzikern dejó Anatolia en manos de los turcos, que crearon el sultanato de Rum, con Nicea como su ciudad más importante[566]. En el sultanato se asentaron grandes grupos de población procedentes del resto de los dominios seljúcidas, en un principio esencialmente guerreros nómadas, pero, con la consolidación del Estado seljúcida en Anatolia, también comenzaron a llegar artesanos, comerciantes y otros elementos de la sociedad urbana[567]. El mismo año del triunfo de Manzikern otra victoria coronó el prestigió de Alp Arslán: sus tropas expulsaron a los fatimíes de Jerusalén y se hicieron con el

[562] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 154.
[563] PRYOR y JEFFREYS, *The age of dromon*, p. 94.
[564] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 372.
[565] [565] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 182
[566] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 276.
[567] TURAN, O., "Anatolia in the period of the seljuks and *the beyliks*", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 233.

control de la ciudad tres veces santa. La inestabilidad de la zona, no obstante, tendría consecuencias imprevistas, ya que volvió sumamente peligrosa la ruta que seguían los peregrinos cruzados hacia Jerusalén, creando el germen del que surgiría la idea de una Cruzada cristiana para recuperar los Santos Lugares[568]. El líder seljúcida solo disfrutaría de la culminación de su poder durante un año: en el 1072, fue herido de muerte por un prisionero cerca del río Oxus, durante su campaña para conquistar el Turquestán[569].

La enemistad entre seljúcidas y fatimíes en el siglo XI favoreció que turcos y bizantinos mantuvieran buenas relaciones e incluso cooperaran en la anquilición de bandas de guerreros errantes que devastaban los dominios de ambos en Asia Menor. Durante casi dos décadas, el emperador y el sultán gestionaron una política de seguridad coordinada a través de reuniones diplomáticas de alto nivel. Sin embargo, en las dos últimas décadas del siglo, el equilibrio en Anatolia se derrumbó debido a dos acontecimientos, uno en cada centro de poder. El mundo seljúcida se sumió en una serie de crisis que debilitarion el poder central y permitió que diversos caudillos crearan feudos independientes a lo largo de Asia Menor[570]. En el lado bizantino, en 1078, una rebelión destronó al *basileus* Miguel VII y aumentó el caos en lo que quedaba del imperio, ya que numerosas fuerzas se levantaron contra el usurpador. Un general, Alejo Conmeno, combatió a estos rebeldes, pero asqueado él mismo por los excesos del usurpador a quien defendía, terminó por derrocarlo y asumir el poder. Con el ejército cerrando filas en torno a su figura, Alejo consiguió calmar la situación en el imperio e iniciar un programa de reformas que permitiera a

[568] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 165.
[569] Según las crónicas de la época, el sultán ordenó a sus guardias que no intervinieran cuando un prisionero condenado a muerte logró arrebatar la daga de uno de sus guardianes. Alp Arslán se enfrentó personalmente al prisionero, pero un resbalón propició que recibiera la puñalada que le llevaría a la muerte cuatro días más tarde, con tan solo cuarenta y dos años de edad.
[570] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 154.

Bizancio salir de la crisis en que le había sumido la inestabilidad de las décadas anteriores[571].

En el 1081, la situación era deseperada para Alejo. Los pechenegos avanzaron sobre los dominios balcánicos y un pirata de origen turco, Tzachas, llegó a amenazar la misma Constantinopla. Escaso de recursos económicos, el emperador hizo fundir la riqueza de muchas igleisas y con el oro y la plata resultantes pagó a los cumanos para que atacaran a los pechenegos en sus propias tierras, obligándoles a retirarse de los dominios bizantinos[572]. La guerra civil desatada entre los seljúcidas por la sucesión de Malik Sha dio a Alejo un respiro en el este, ya que supuso el desmembramiento de su imperio en múltiples sultanatos[573], pero en el oeste el aventurero normando Robert Guiscard no había tenido suficiente con los dominios bizantinos en Italia, y, tras cruzar el estrecho de Otranto, se había lanzado contra las provincias griegas, inaugurando un periodo de guerra con los normandos que solo terminó a la muerte de Guiscard, cuando sus sucesores renunciaron a la aventura griega.

A finales del siglo XI, Alejo era consciente de que los seljúcidas estaban saliendo del breve periodo de luchas internas que había sucedido a la muerte de su caudillo y de que Bizancio no podría contener su empuje por sí solo. La pérdida de las provincias de Asia tras

[571] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 174. Con frecuencia, Estados en decadencia se han vuelto hacia líderes militares en busca de salvación o, cuando menos, esperanza. Un ejemplo en otro tiempo es el de Charles de Gaulle en la Francia de la segunda mitad del siglo XX, sobre el cual se pude leer FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "*Adieu, mon general*", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., *Más allá de la última frontera: 1969*. Valladolid, 2019.

[572] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 276.

[573] SPULER, E, "The desintegration of the Caliphate in the East", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 151.

la derrota de Manzikern había socavado la economía de Bizancio, al privarle de su principal fuente de suministro de grano y de gran parte de su mano de obra[574]. El *basileus* intensificó sus esfuerzos diplomáticos para obtener ayuda en Occidente, pero no había en la Cristiandad un reino lo bastante poderosos para acudir, por sí solo, en ayuda de Bizancio. Por ello, la obra maestra de la diplomacia de Alejo fue no acudir a los reyes y monarcas de Europa, sino al Santo Padre[575], cuya fuerza moral y espiritual abarcaba al conjunto de los cristianos occidentales[576]. Alejo envió legados a la corte pontificia, en 1095, que se presentaron ante el sínodo, reunido en Piacenza, en el que se estaba discutiendo el camino para reformar la Iglesia[577].

Para muchos, la embajada enviada por Alejo marca un punto y a parte en el sistema internacional medieval. Si la petición de ayuda del papa a los francos, a mediados del siglo VIII, había supuesto el fin de la superioridad de Bizancio sobre los reinos de Occidente, la petición bizantina de ayuda al papado en el siglo XI supuso el reconocimiento de la superioridad de las potencias occidentales dentro del sistema internacional de su tiempo, una suerte de renuncia tácita a cualquier pretensión de hegemonía, siquiera teórica. Desde entonces, Bizancio siempre aparecerá en sus relaciones diplomáticas con Occidente como un suplicante, la parte débil que solicita ayuda y auxilio a aquellos más poderosos[578].

---

[574] RUNCIMAN, S., "Byzantine Trade and Industry", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008, p. 145.

[575] Alejo no fue el primer emperador bizantino en acudir a Roma solicitando una cruzada; Miguel VII ya lo había hecho en febrero del año 1074, pero entonces el papado se encontraba sumido en la fase más cruda de la querella de las investiduras y no pudo prestar ayuda alguna a Bizancio (TURAN, "Anatolia in the period of the seljuks and *the beyliks*", p. 235).

[576] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 180.

[577] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 279.

[578] KAZDHAN, "The notion of Byzantine diplomacy", p. 5.

Las peticiones de ayuda bizantinas jugaron un papel importante en la decisión del papa Urbano que llevó a uno de los más fascinantes y terribles fenómenos de la Edad Media: las Cruzadas.

3.- La Primera Cruzada

La Cristiandad se vio sacudida cuando los seljúcidas tomaron Jerusalén, arrebatando su control a las autoridades musulmanas que, hasta entonces, habían resultado cuando menos tolerantes, si no amistosas, con respecto a los peregrinos cristianos que viajaban a Tierra Santa para +ollar la tierra en la que había vivido Cristo. La conquista seljúcida supuso el fin de las peregrinaciones y el cierre de las rutas que unían Occidente con el Levante mediterráneo, y fue la causa última que desencadenó las cruzadas, término que no era usado habitualmente por los contemporáneos, que utilizaban con más frecuencia la denominación de expedición o peregrinación[579].

Desde luego, la del siglo XI distaba de ser la primera campaña militar en que la Cristiandad invocaba motivos religiosos. La península ibérica era escenario recurrente de este tipo de expediciones e incluso ya en el siglo VII el emperador bizantino Heraclio había calificado de santa su guerra contra los persas[580]. La gran diferencia respecto a los ejemplos citados reside en que la llamada pontificia a la Cruzada, lanzada primero en el Concilio de Piacenza y después en el de Clermont Ferrand, fue un éxito de dimensiones colosales, que posiblemente superó las expectativas del papa y, desde luego, superó las del emperador bizantino, hasta el punto de que, a la larga, las mismas dimensiones de la hueste cruzada terminarían convirtiendo la

[579] BURBANK, y COOPER, *Imperios*, p. 128.

[580] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 276. Este mismo autor señala que las campañas bizantinas para recuperar tierras cristianas de manos musulmanas o para hacerse de nuevo con la Vera Cruz, pueden ser llamadas protocruzadas, ya que no incluían la concesión de indulgencias a quienes formaran parte de ellas.

expedición en un problema, ya que el auxilio al emperador era una parte secundaria dentro del llamamiento a la Cruzada, cuyo objetivo principal quedaba muy claro: recuperar Tierra Santa de manos de los infieles, en especial, Jerusalén, con su iglesia del Santo Sepulcro, quizá el lugar de peregrinación más sagrado para los cristianos del mundo entero. Esto difería mucho de la intención original de Alejo al pedir ayuda a Occidente, que no era otra que recibir tropas para ponerlas a sus órdenes:

> "En vez de los mercenarios que esperaba recibió primero una banda de saqueadores y después un poderoso y peligroso ejército de caballeros. Y tenía buenas razones para temerlos, en especial al ambicioso Bohemundo, cuyo padre, Robert Guiscard, había intentado hacía poco conquistar Constantiniopla"[581].

Estos temores hicieron que, cuando los líderes cristianos llegaron a Constantinopla[582], Alejo les arrancara el compromiso de que devolverían a Bizancio las tierras conquistadas que hubieran pertenecido previamente al imperio, a lo que los cruzados accedieron, al tiempo que le rindieron homenaje a la manera occidental[583]. Gran parte de los problemas que vendrían después se gestaron en la diferente comprensión que cada parte tenía de estos juramentos. Alejo veía a los

[581] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 281.

[582] Se trata de la llamada cruzada de los nobles, la mejor organizada y de mayor capacidad militar. Previamente, las cruzadas populares, formadas por campesinos y un muy escaso número de aristócratas, habían partido en el 1096, causando estragos allá por donde pasaron, en especial a costa de los judíos, que sufrieron terribles matanzas a manos de los cruzados. Muchas de estas expediciones fueron detenidas en Hungría y las que consiguieron ir más allá encontraron un trágico final a manos de sus enemigos musulmanes: "Alimentaron de ganado humano los mercados de esclavos orientales" (GANSHOF, "La Edad Media", p. 71).

[583] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 69.

cruzados como vasallos que le habían jurado lealtad y a los que, en premio a sus servicios, les concedería de forma graciosa la administración de algunos de los territorios recuperados, pero bajo soberanía imperial. Por su parte, todo parece indicar que los cruzados contemplaban al *basileus* como un señor feudal meramente nominal, en la línea en que habían evolucionado las Coronas occidentales, lo cual implicaba que los líderes cruzados podrían administrar los dominios que adquirieran a su antojo. Esta incompresión entre las partes llevó a la animadversión entre bizantinos y cruzados y a mutuas acusaciones de traición[584].

Contra todo pronóstico, la Cruzada alcanzó un éxito absoluto: Nicea cayó tras un asedio que se prolongó durante nueve semanas y Antioquía fue recuperada tras otro asedio[585]. El 15 de julio del año 1099 las fuerzas cruzadas tomaban Jerusalén al asalto, masacrando a la mayor parte de la población musulmana y judía, en una carnicería que se prolongó durante día y medio. Al narrar las postrimerías de la misma, el cronista de la *Gesta Francorum* afirma:

> "Toda la ciudad estaba llena de cuerpos; por ello los sarracenos vivos arrastraron a los muertos hasta las salidas de las murallas y los colocaron en piras, como si fuesen casas. Nunca nadie pudo ver u oír de una masacre como esa de paganos, puesto que las piras funerarias se alzaban como pirámides, y nadie sabe su número salvo el mismo Dios"[586].

Un factor que favoreció el éxito de la Primera Cruzada fue el hecho de que los conflictos internos en el reino seljúcida a la muerte de Malik Sha habían llevado a su desintegración en una serie de reinos

[584] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 282.
[585] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 69.
[586] HILL, R., M., (ed.), *Gesta francorum et aliorum Hierosolymitanorum: The Deeds of the Franks*. Londres, 1962, p. 415.

menores, independientes entre sí. Los más poderosos eran el Sultanato de Rum, que controlaba la mayor parte de la península de Anatolia y cuya capital, Nicea, estaba a menos de doscientos kilómetros de Constantinopla, y los emiratos del norte de Siria, en especial Alepo y Damasco, controlados por príncipes turcos del linaje de Seljuk. Esta división permitió que los cruzados, en vez de enfrentarse a una potencia turca unificada, lo hicieran a diversos reinos de menor entidad, ante la pasividad del resto de potencias musulmanas en la zona.

La Primera Cruzada redibujó el mapa de Oriente Próximo. El Sultanato de Rum perdió gran parte de sus territorios, si bien conservó la parte central y meridional de Anatolia, pero alrededor de un tercio de la península fue devuelto al imperio bizantino. Los señoríos armenios que habían logrado conservar la independencia, agazapados entre los picos de los montes Taurus, ampliaron sus dominios hasta convertirse en un reino cristiano independiente, Cilicia, si bien rodeado de potencias musulmanas. La gran novedad fue la aparición de varias potencias fundadas por los cruzados occidentales, que recibieron el nombre de reinos francos o reinos latinos de Tierra Santa. Ocupaban una estrecha franja de tierra a lo largo de la costa, que en su punto más angosto no superaba los 80 kilómetros de anchura, pero que incluía los importantes puertos de Sidón, Beirut, Tiro y Acre y las grandes ciudades, ubicadas tierra adentro, de Edesa y Antioquía, además de la propia Jerusalén[587].

De ellos, el de mayor importancia política y simbólica era el reino de Jerusalén, donde se estableció Godofredo de Bouillón, que se negó a ser coronado rey en la ciudad donde Cristo había entrado a lomos de un burro, por lo que gobernó con el título de Defensor del Santo Sepulcro, escrúpulo que perderían sus sucesores. Por su parte, Balduino, hermano de Godofredo, recibió el condado de Edesa, que se extendía por el curso alto del Eúfrates y se convirtió en un rival directo

[587] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 284.

de los señores de Mosul, mientras que el principado de Antioquía recayó en manos del príncipe normando Bohemundo[588].

En suma:

> "En la historia de las relaciones internacionales la primera cruzada constituye, por sus consecuencias, un acontecimiento de considerable alcance en todos los conceptos". Disminuyó la influencia de la Iglesia griega sobre los cristianos de Siria y Palestina, ya que los patriarcados de Antioquía y Jerusalén quedaron en manos de latinos, quitó a Egipto sus posesiones costeras del Levante y se consolidó territorialmente a Bizancio con la recuperación del oeste y una parte del sur de Anatolia"[589].

Los reinos francos en Tierra Santa se organizaron siguiendo un modelo feudal, particularmente perceptible en el mayor de ellos, el reino de Jerusalén, dividido en doce señoríos, cuatro de las cuales tenían la consideración de grandes baronías: Jaffa-Ascalón, Sidón, Galilea y Kerak-Montreal. Cada uno de estos grandes barones tenía sus propios feudatarios, de entre los cuales el más importante era el señorío de Ibelín, dependiente de la gran baronía de Jaffa-Ascalón. Como ocurría en los reinos europeos, el monarca de Jerusalén tenía poca autoridad real sobre su propio reino, salvo en los dominios que le pertenecían de forma directa: las ciudades de Jerusalén, Tiro y Acre[590]. Al margen del elemento feudal, existían importantes colonias de comerciantes italianos, con los venecianos firmemente asentados en el reino de Jerusalén -donde los marselleses tenían su propia factoría-, y los

[588] Bohemundo había buscado desde el primer momento el modo de obtener las máximas recompensas territoriales posibles, lo que provocó que se quedara en Antioquía y que no llegara siquiera a participar en la toma de Jerusalén (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 160).
[589] GANSHOF, "La Edad Media", p. 72.
[590] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 186.

genoveses en Antioquía y Trípoli. Formalmente, el rey de Jerusalén era señor feudal tanto del príncipe de Antioquía, como del conde de Edesa, pero su autoridad era muy limitada, dada los muy amplios derechos feudales que correspondían a sus dos gobernantes vasallos.

La situación de los reinos francos fue crítica desde el mismo momento de su creación, ya que el control efectivo del territorio por los cristianos se reducía a poco más que a los castillos y ciudades donde se concentraban sus tropas. Los reinos latinos quedaron aún más aislados cuando las relaciones con Bizancio se envenenaron por la posesión de Antioquía, ya que el emperador Alejo reclamaba su entrega, en virtud de los juramentos prestados en Constantinopla. El gobierno de la ciudad había recaído en Bohemundo, el más hostil hacia los bizantinos de todos los líderes cruzados, pues no en balde en los años anteriores a la cruzada había combatido contra ellos encarnizadamente bajo las órdenes de su padre, el normando Robert Guiscard.

En un dramático encuentro que tuvo lugar en la basílica de San Pedro de Antioquía, los líderes cruzados, con Raimundo de Tolosa a la cabeza, exigieron a Bohemundo que devolviera la ciudad al emperador bizantino, pero el normando se negó, pese a que, por su ubicación e importancia, era el más expuesto de los territorios cruzados y difícilmente podría ser sostenida sin ayuda bizantina. El normando alegaba que el *basileus* había incumplido su promesa de enviar ayuda para conquistar la ciudad, por lo que los cruzados quedaban liberados de cumplir los compromisos hacia él que habían asumido en Constantinopla[591]. El papa Pascal II apoyó a Bohemundo y, furioso, el emperardor bizantino aisló la ciudad de Occidente, bloqueando todas las rutas terrestres y marítimas. El impetuoso normando cayó en manos de los danisménidas de Sivas en el año 1100, al tiempo que su ciudad era puesta bajo asedio. La vigorosa defensa llevada a cabo por su sobrino Tancredo permitió ganar un tiempo precioso, mientras se organizaba una expedición para acudir al rescate de Antioquía, formada

[591] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 69.

en su mayor parte por voluntarios de Aquitania, Italia y las tierras germánicas. Una parte de los cruzados fue aniquilada en Anatolia, por la sed, el hambre, las penalidades de las largas marchas y el acoso de los turcos, pero un segundo grupo de cruzados logró hacerse con una amplia franja de la costa de lo que hoy en día es el Líbano y crear un cuarto reino franco en Tierra Santa, el condado de Trípoli.

El nuevo condado colisionaba con los intereses particulares de Bohemundo, liberado de su cautiverio en el año 1103 cuando los demás líderes cruzados pagaron su rescate. Trípoli había bloqueado la expansión de su principado hacia el sur y, al tiempo, el normando seguía teniendo que hacer frente a las reclamaciones bizantinas y a la presión seljúcida. Tras ser derrotado por estos últimos en el río Balikh, en las inmediaciones de la actual ciudad siria de Rakka, Bohemundo decidió zarpar hacia Occidente en busca de ayuda, en el 1104, muy posiblemente, con la intención de hacer pagar a los bizantinos su actitud, que el normando consideraba una traición a los cruzados en general y a él en particular[592]. Durante su viaje consiguió la mano de la hija del rey de Francia y su nuevo suegro puso a su disposición un numeroso contingente de tropas para proteger sus dominios levantinos.

Bohemundo, cegado por una explosiva mezcla de ambición y rencor, en vez de marchar con sus tropas francesas hacia Antioquía, desembarcó en Durazzo, en los dominios albaneses de Bizancio, con la intención de marchar sobre Constantinopla y tomar para sí el título imperial. La expedición del normando encontró un final catastrófico, derrotado por Bizancio con la colaboración de Venecia, y se vio obligado a firmar el Tratado de Diábolis, en el año 1108, por el que reconocía la soberanía bizantina sobre Antioquía -si bien Alejo accedió a permitirle gobernar en su nombre, con el cargo de *sebastos*, uno de los rangos de la administración imperial- y aceptaba la instalación de un patriarca griego en la ciudad. Bohemundo no se recuperó de la

[592] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 70.

humillación: regresó a Italia, donde falleció tan solo tres años después, en el año 1111[593].

Otro de los problemas que debieron afrontar los reinos de Outremer -literalmente, Ultramar, otra de las denominaciones que recibían los reinos cristianos de Tierra Santa- fue la conjugación de sus propios intereses con los de las repúblicas mercantiles italianas y las comunidades de mercaderes oriundos de las mismas que se asentaron en Tierra Santa.

Los genoveses fueron los primeros en enviar una flota al este a ayudar a los cruzados, en una iniciativa privada de varios de sus ciudadanos, que respondieron a una invitación del papa. A cambio de su ayuda, los genoveses recibieron privilegios comerciales en Antioquía[594]. Tras los genoveses llegó una flota pisana aún mayor, en expedición oficial y llevando consigo al arzobispo Damberto, legado papal para Tierra Santa y a quien poco después se nombraría patriarca de Jerusalén, cargo en el que benefició a los comerciantes pisanos en Palestina[595].

Los venecianos enviaron su flota después[596], y con ello comenzaron disturbios entre las tres comunidades italianas con relación a Tierra Santa. Doscientos navíos venecianos navegaron hacia levante en el verano del año 1099, bajo el mando del propio dux, Giovani

[593] A su muerte, su sobrino Tancredo, que había quedado al frente de Antioquía tras la marcha de Bohemundo, rechazó que el tratado de Diábolis se le pudiera aplicar y se negó a devolver la ciudad al emperador, por lo que la cuestión de Antioquía siguió envenenando las relaciones entre los reinos francos y los bizantinos hasta que la plaza se perdió de forma definitiva (NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 70).
[594] SETTON, K. M., *A history of the Crusades*. Londres, 1969, vol. I, pp. 52-53.
[595] PRAWER, J., *Histoire du Royaume latin de Jérusalem*. París, 1969, vol. I, pp. 258-264.
[596] NICOL, *Byzantium and Venice*, pp. 70-71.

Michiel. La flota se detuvo en la isla bizantina de Rodas para repostar y pasar el invierno y, mientras se encontraba allí fondeada, se presentó frente a la isla una flota de cincuenta navíos pisanos que entró en la rada haciéndose pasar por bizantinos. La situación provocó un incidente que acabó degenerando en una batalla naval entre las dos flotas cristianas. Los pisanos fueron ampliamente derrotados, perdiendo casi treinta navíos y siendo capturados cuatro mil de sus hombres. Los bizantinos estaban furiosos por lo ocurrido y querían que los cautivos se enviaran a Constantinopla para ser ejecutados, pero los venecianos se negaron a entregar a los prisioneros, liberándolos y reteniendo a treinta y seis como rehenes como garantía de que los pisanos no volverían a atacar a cristianos ni tierras de Bizancio[597].

Al margen de la rivalidad y la conflictividad entre pisanos, genoveses y venecianos, lo peor de la situación, desde el punto de vista de los reinos francos, era que los italianos, en especial los venecianos, no dudaban en comerciar con los musulmanes, y a veces incluso conspirar con ellos, pero los cruzados poco podían hacer, ya que dependían de las flotas comerciales para mantener el flujo de hombres y oro que necesitaban para defender Outremer[598]. Los genoveses "combinaban el heroísmo con los negocios": ayudaron a Balduino a capturar Arsuf y Cesarea en 1010 y Acre en 1104. Los venecianos comerciaban con Acre y tenían una pequeña colonia en Antioquía, pero estaban menos dispuestos a explotar los mercados francos de Tierra Santa, debido a que no querían enemistarse ni con el emperador de Bizancio ni con el sultán fatimí de Egipto, ya que los mercados de Constantinopla y Alejandría eran muy importantes para Venecia[599]. Pese a ello, consiguieron grandes concesiones por su colaboración en la toma de Acre: una calle y un mercado en cada ciudad recuperada de

[597] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 71.
[598] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 284.
[599] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 72.

manos musulmanas, un tercio del botín que se obtuviera e inmunidad fiscal total para sus bienes[600].

La implicación veneciana en Tierra Santa fue a más tras la derrota sufrida por los francos en el llamado *Ager Sanguinis* o Campo de la Sangre, en el 1119. En aquel momento, Pisa y Génova se encontraban empantanadas en un conflicto que las enfrentaba entre sí, por lo que Antioquía, a quien la derrota había dejado acorralada frente a los musulmanes, pidió ayuda a Venecia a cambio de nuevas e importantes concesiones económicas y mercantiles. Los venecianos hicieron un préstamo a los jefes occidentales en Jerusalén para que pudieran reconstruir sus huestes, contraatacando con una ofensiva contra los puertos que quedaban en manos musulmanas, una orientación estratégica que también casaba con los intereses venecianos. Por su ayuda a esta campaña, Balduino II, rey de Jerusalén, otorgó a Venecia una iglesia, una calle y un mercado en cada una de las ciudades del reino de Jerusalén, amén de un considerable pago anual, del cual quedaron como garantía los futuros ingresos fiscales de Tiro, ciudad que no sería tomada hasta el año 1124. Con estos acuerdos, Venecia se convirtió en el poder económico dominante en los reinos de Outremer, hasta el punto de poner en peligro la autoridad de los reyes de Jerusalén cuando sus designios contradecían los intereses de la Serenísima República[601].

4.- La reacción musulmana

El sorprendente éxito de la Primera Cruzada no sirvió para mantener unidos a los cristianos en Tierra Santa. En un proceso que condenó al fracaso el sueño de Outremer, los dominios cristianos se fragmentaron en varias entidades políticas independientes y, en muchas ocasiones, rivales o con intereses contrapuestos[602]. Ninguno de estos

[600] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 162.
[601] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, pp. 164-165.
[602] EDBURY, P., "Warfare in the Latin East", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999, p. 89.

reinos era capaz de mantenerse por sí mismo y durante toda su existencia dependieron para sobrevivir del dinero y los hombres que llegaban desde Occidente.

Aunque durante más de un siglo los cristianos pudieron explotar la división de los musulmanes, así como la carencia de un verdadero empeño musulmán en expulsar a los francos[603], su inferioridad en recursos humanos y económicos condenaba al fracaso a los reinos francos una vez que los musulmanes lograran un mínimo de cohesión, tal y como terminó ocurriendo.

Los primeros síntomas de unidad llegaron con Zengi, un caudillo cuyo padre había sido uno de los hombres de confianza del último líder que había mantenido unido el poder seljúcida, Malik Sha. En 1127 fue nombrado atabeg de Mosul y utilizó su poder para someter al resto de fuerzas musulmanas en la región, un proceso que duró más de una década y tras el cual volvió sus fuerzas contra el condado cristiano de Edesa. La capital cayó en su poder en 1144 y la guarnición fue ejecutada[604]. La caída del condado desató una oleada de pánico y provocó que Bernardo de Claraval predicara una nueva cruzada en Occidente. Los éxitos de Zengi fueron la semilla que mostró a los musulmanes cuan vulnerables eran los reinos latinos si se les plantaba cara unificados bajo un líder eficaz.

Los sucesos de mediados de siglo XII no hicieron sino acentuar las disensiones y divisiones entre los poderes cristianos, como señala Tout:

> "El declinar físico y moral de los reinos latinos acentuó sus fatales divisiones. Los príncipes de Antioquía y sus vecinos armenios se mantenían aparte de los estados de Siria Meridional,

[603] HUMPREYS, R. S., "Ayyubids, Mamluks, and the Latin East in the Thirteenth Century", en *Mamluks Studies Review*, nº 2, 1998, p. 1.
[604] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 144.

> y el imperio bizantino era cada vez más hostil. Cuando Roger de Sicilia repitió la política de Robert Guiscard y Bohemundo y los aliados italianos de los cruzados comenzaron a robar al imperio bizantino su comercio, la cooperación real contra el Islam se volvió imposible. Dentro de los propios reinos cruzados los conflictos eran constantes. Los templarios se enfrentaban a los hospitalarios, los franceses a los provenzales, ingleses y alemanes, y los genoveses a los pisanos y venecianos. Los recién llegados desde del oeste se enfrentaban, a su vez, a quienes llevaban largo tiempo asentados"[605].

La muerte de Zengi, asesinado por un esclavo en 1146, no supuso un alivio para los reinos francos. Le sucedió su hijo Nur-Al-Din, un líder igualmente capaz, impulsor ideológico de la "contracruzada"[606] y cuyas conquistas llevaron a los musulmanes de vuelta a las costas del Mediterráneo, aislando al principado de Antioquía de los demás reinos francos.

La pérdida de Edesa y el creciente poder de Nur-Al-Din motivaron que se lanzara la Segunda Cruzada. Bernardo de Claraval fue el gran promotor de la expedición, pues la atención del papa se encontraba centrada en destruir la república romana de Arnaldo de Brescia. Claraval consiguió que Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania tomaran la cruz y se incoroparan a la expedición, lo que acabó

[605] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 194.

[606] El concepto de "contracruzada" fue introducido por Gibb y Cahen en varios estudios: GIBB, H. A., R., "The Achievement of Saladin", en *Bulletin of the John Rylands Library* 35 (1952-53); GIBB, H. A., R., "The Career of Nur al-Din", en SETTON, K. M., (ed.), *A History of the Crusades*. Madison, 1955; GIBB, H. A. R., "The Rise of Saladin", en SETTON, K. M., (ed.), *A History of the Crusades*. Madison, 1955; CAHEN, C., "L'Islam et la Croisade", en *Relazione del X Congresso internazionale de scienze storiche, Roma 1955: Storia del medio evo.* Florencia, 1955. También en SIVAN, E., *L'Islam et la croisade: Idéologie et propagande dans les réactions musulmanes aux croisades*. París, 1968.

generando problemas por la rivalidad entre ambos. Al tiempo, una parte de la nobleza germánica, más interesada en las tierras del este que en Tierra Santa, solicitó permiso para desviar su esfuerzo cruzado contra los paganos del Báltico. Claraval accedió a ello, en lo que supuso el nacimiento de las cruzadas bálticas, que dieron un barniz religioso al *Drang Nach Osten* iniciado por Enrique el Pajarero a finales del siglo X.

Cuando los cruzados llegaron a Constantinopla, el *basileus* Manuel II facilitó barcos para cruzar a Asia Menor tan rápido como pudo, a medida que las huestes cruzadas iban llegando, a fin de evitar las desgradables experiencias de la Primera Cruzada. Esto supuso que los cruzados alemanes pasaron a Asia Menor antes de que llegaran los franceses, y fueron aplastados por los turcos. En una penosa retirada hacia la costa, bajo el acoso constante de los enemgios, el propio rey alemán, Conrado III, fue herido. Cuando los supervivientes de la expedición alemana se unieron al recién desembarcado ejército francés, lograron poner cerco a Damasco, pero la operación terminó siendo infructuosa y se vieron obligados a regresar a Jerusalén sin haber obtenido ninguna ganancia tangible[607].

La Segunda Cruzada fue, por tanto, un fracaso absoluto, si bien su importancia reside, desde el punto de vista fenomenológico, en que marcó el comienzo de la secularización de las Cruzadas, convirtiéndolas en un fenómeno en el que las motivaciones políticas pesaban más que las religiosas[608]. Poco a poco, el concepto fue evolucionando, desconectándose en parte de la recuperación de Tierra Santa y pasando a ser un fenómeno orientado a la lucha contra cualquier enemigo de la Cristiandad[609].

---

[607] Al respecto ver PHILLIPS, J., y HOCH, M., (coords.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*. Manchester, 2001.
[608] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, pp. 286-288.
[609] QUELLER, D. E., *The Fourth Crusade. The conquest of Constantinople 1201-1204*. Leicester, 1997, p. 14.

En 1171, el más brillante de los generales de Nur-Al-Din, Saladino, conquistó Egipto, poniendo fin al califato fatimí de El Cairo. Cuando el Nur-Al-Din murió, reconocido incluso por sus enemigos cristianos como un hombre justo y sabio, Saladino se convirtió en el nuevo líder musulmán en Oriente Próximo, tras despojar de su herencia a los hijos del caudillo muerto. Lo augurado por la caída de Edesa terminó por hacerse realidad: dado que El Cairo, Alejandría, Damasco y Aleppo estaban sometidas a Saladino, por primera vez desde la aparición de los reinos cristianos de Tierra Santa, estos se encontraban rodeados por un único estado musulmán, unificado bajo los estandartes del general de origen kurdo[610].

5.- La Cruzada de los Reyes y otros intentos posteriores

La gran victoria musulmana en los Cuernos de Hattin, en el 1187, supuso la recuperación de Jerusalén por los musulmanes, que anteriormente ya se habían hecho con Acre, Jaffa y Sidón[611]. Saladino trató con cortesía al rey franco, capturado en Hattin, pero negó el agua -símbolo de hospitalidad- a Reinaldo de Chatillón -culpable de numerosos actos de hostilidad y crueldad hacia los musulmanes[612]- y ordenó su ejecución y la de muchos de los cautivos, incluyendo la totalidad de los templarios y los hospitalarios.

El triunfo de Saladino llevó a varios cambios importantes en la dinámica bélica y diplomática de las cruzadas, motivados por el trasvase de la iniciativa de manos cristianas a las musulmanas. Desde Hattin, los francos pasaron a estar a la defensiva, e iniciaron la

[610] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 195. Mientras Saladino combatía a los francos en Tierra Santa, su hermano Turansha sometió Nubia y Yemén (SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 165).
[611] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 289.
[612] "Con su insensatez, Raimundo provocó, prácticamente sin ayuda, la caída de Jerusalén" (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 172).

construcción de castillos a lo largo de sus reinos, que, en el caso de Siria, habían quedado reducidos a una franja de tierra pegada a la costa y con no más de diez millas de profundidad[613]. No podían contar con el apoyo de Bizancio, tanto por los propios errores francos como por la hábil diplomacia de Saladino, que fue capaz de cultivar una relación de cordialidad con el *basileus* Isaac II, con quien se trataba de "hermano" en su correspondencia[614].

Se organizó la Tercera Cruzada, conocida como la Cruzada de los Reyes, dado que los tres principales monarcas de la Cristiandad tomaron la cruz: el emperador Federico Barbarroja, Ricardo Corazón de León -rey de Inglaterra- y Felipe II de Francia. El objetivo era claro, la recuperación de Jerusalén, pero, al margen de eso, los monarcas cruzados no lograron llegar a acuerdos de mayor calado sobre el desarrollo de las operaciones o el destino a medio y largo plazo de Tierra Santa.

Durante el desarrollo de la cruzada, se pusieron de manifiesto una vez más las disensiones que fragmentaban el mundo islámico. El emperador Federico logró un acuerdo con el sultán seljúcida de Anatolia, Kilij Arslan, para que sus tropas tuvieran paso franco por sus dominios hasta entrar en las tierras controladas por los emiratos de Saladino. Sin embargo, los dos hijos de Kilij, Malik Sha y Masud, renegaron del acuerdo de su padre y atacaron al ejército cruzado alemán en Aksehir, obligándole a desplazarse hacia el sur a través de Konia, lejos de la ruta inicialmente prevista, lo que provocó el derrumbamiento de los acuerdos logrados por Federico con los seljúcidas. Las ciudades de Konia fueron devastadas por los cruzados, lo que obligó a Kilij Arslan a negociar un nuevo acuerdo con el emperador, alegando que la ruptura del anterior había sido culpa exclusivamente de su hijo Malik[615]. Sin embargo, el 10 de junio de 1190, Federico se encontraba cruzando

[613] HUMPREYS, "Ayyubids, Mamluks, and the Latin East in the Thirteenth Century", p. 3.
[614] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 171.
[615] TURAN, "Anatolia in the period of the seljuks and *the beyliks*", p. 244.

el río Saleph cuando cayó de su caballo y se ahogó; su hijo llevó al ejército a Antioquía, para enterrarlo, y allí las tropas se vieron azotadas por la peste, que causó cientos de muertos entre los cruzados.

En el 1191, los restos de la cruzada imperial se unieron a las fuerzas que Ricardo Corazón de León y el rey Felipe de Francia capitaneaban desde sus respectivos reinos[616], y lograron el mayor éxito de la Tercera Cruzada, la toma de Acre, rebautizada como San Juan de Acre. La ciudad era uno de los principales emporios comerciales de la región, pero carecía de valor político o religioso[617]. Las disputas entre los vencedores provocaron el regreso a Europa de los cruzados franceses, con su rey convencido de que Ricardo Corazón de León y los restos del ejército alemán conspiraban contra él. Ricardo -que había hecho degollar en Acre a tres mil prisioneros musulmanes tras fracasar las negociaciones de su rescate por Saladino- permaneció en Tierra Santa y se lanzó a la conquista de Jaffa, desde donde podía intentar la recuperación de Jerusalén. Logró una gran victoria en Arsuf, pero el coste de la campaña era excesivo para sus arcas y Ricardo, comprendiendo que no sería capaz de tomar Jerusalén, se negó a subir a una colina para verla desde la distancia antes de regresar a Europa.

Tras unas duras negociaciones con Saladino, se llegó a un acuerdo de paz en junio de 1192, con el que se puso fin a la Tercera Cruzada. Jerusalén seguiría en manos de Saladino, pero el sultán se comprometía a garantizar el acceso a la misma a los peregrinos cristianos y a garantizar su seguridad en tierras musulmanas[618]. En su conjunto, los historiadores han valorado la Cruzada de los Reyes como

[616] Franceses e ingleses llegaron a Levante navegando en barcos italianos desde los puertos sicilianos, mientras que los alemanes habían seguido la ruta tradicional por tierra, a través de los Balcanes (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 289).
[617] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 174.
[618] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 290.

un “fiasco”, debido a las altas expectivas que había despertado y a lo escaso de sus logros en comparación con los esfuerzos realizados[619].

Pese a que la Cruzada de los Reyes no había logrado su objetivo principal, la recuperación de Jerusalén, los reinos latinos de Tierra Santa lograron sobrevivir aún más de un siglo, e incluso eran más prósperos en el siglo XIII de lo que lo habían sido en el siglo XII[620], debido a una afortunada conjunción de factores. Los conflictos bélicos se fueron espaciando en el tiempo y los periodos de tregua ocuparon, por primera vez desde la Primera Cruzada, marcos cronológicos más amplios que la guerra, abriendo un espacio mayor a la diplomacia[621]. Además, se produjo un cambio en el sistema económico de Outremer. Su economía dejó de basarse en las rentas feudales de la tierra, en base a un sistema agrícola feudal de una pureza sorprendente, para pasar a depender cada vez en mayor medida de los intercambios comerciales con Occidente, de modo que cuando se produjo un florecimiento de la economía europea, la prosperidad de los reinos francos en Tierra Santa aumentó de la misma forma[622]. Acre, Tiro, Beirut y San Simeón, el puerto de Antioquía, se convirtieron, con ayuda de venecianos y genoveses, en corazones comerciales que mantenían con vida todo el cuerpo cristiano de Outremer.

Tras los asombrosos sucesos de la Cuarta Cruzada -que se tratan en detalle en el capítulo siguiente-, se produjo la no menos asombrosa y, desde luego, no menos trágica Cruzada de los Niños, que se organizó en 1212 con la idea de que Tierra Santa solo podría ser salvada por los inocentes, y ¿quién más inocente que los niños? Miles de niños europeos emprendieron el azaroso viaje a Tierra Santa con el sueño de

[619] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 174.
[620] HUMPREYS, “Ayyubids, Mamluks, and the Latin East in the Thirteenth Century”, p. 3.
[621] EDBURY, P., "Warfare in the Latin East", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999, p. 91.
[622] HUMPREYS, “Ayyubids, Mamluks, and the Latin East in the Thirteenth Century”, p. 34.

recuperar Jerusalén. Los niños alemanes llegaron a Génova, donde no encontraron barcos, por lo que hubieron de afrontar las penalidades del viaje de regreso a tierras germánicas o hubieron de buscar su subsistencia en Italia. Fueron los afortunados. Los niños franceses se concentraron en Marsella y embarcados en naves fletadas por mercaderes que los vendieron en Egipto como esclavos. La magnitud del crimen, incluso para un tiempo parco en humanitarismo como fue la Edad Media, era de tal magnitud y vileza que hasta un cínico como el emperador Federico II hizo cuanto pudo por perseguir a los mercaderes implicados, ahorcando a cuantos cayeron en manos de sus oficiales[623].

El papa Inocencio III llamó a una nueva expedición, para la cual se implementó una nueva estrategia: los cristianos asaltarían el puerto de Damieta, enclave de la costa egipcia de vital importancia comercial, y después negociarían intercambiarla por Jerusalén, que para los gobernantes de Egipto solo tenía un valor simbólico. En 1218 se logró la primera fase del plan, conquistar Damieta, pero cuando los musulmanes, tal y como se había planeado, aceptaron cambiarla por Jerusalén, el legado papal exortó a los cristianos a marchar sobre El Cairo y aniquilar por completo el poder egipcio. Exultantes por su éxito, los cruzados hicieron caso al legado y se lanzaron al interior de Egipto, en una marcha que terminó en un desastre tal que hubieron de abandonar Damieta para salvar sus vidas[624].

El fracaso de la Quinta Cruzada puso de manifestó tres hechos: la imaginería cruzada estaba perdiendo fuerza en las cortes europeas, ya que ningún monarca respondió a la llamada y la expedición fue, en esencia, una cruzada nobiliaria, a diferencia de las anteriores, que contaron con importantes gobernantes en sus filas. En segundo lugar, las cruzadas del siglo XIII respondían más a intereses occidentales que ha verdaderos intentos de ayudar a los reinos francos de Outremer, con

[623] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 293.
[624] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 178.

los que hubo escasa o nula coordinación de esfuerzos. Por último, evidenció que una expedición cruzada debía limitar sus expectativas a logros parciales frente a poderes musulmanes cohesionados.

La historia de la Sexta Cruzada es una "ópera cómica"[625]. El emperador Federico II, excolmulgado por no haber acudido a la cruzada anterior, marchó a Tierra Santa por su cuenta y riesgo, estableciendo relaciones cordiales con los líderes musulmanes y llegando a un acuerdo con el sultán de Egipto para que devolviera Jerusalén a los cristianos. De este improbable modo se dio la asombrosa circunstancia de que un emperador excomulgado recuperó para la Cristiandad la ciudad tres veces santa sin lucha, pero, tras ser coronado Federico rey de Jerusalén, el patriarca de la ciudad, siguiendo órdenes del papa, colocó la ciudad bajo interdicto -medida que implicaba la suspensión de todos los oficios y ceremonias religiosas-, pese a que Federico había manifestado una voluntad inequívoca de entregar la soberanía sobre la ciudad al pontífice. Si el papa hubiera aceptado la entrega de la urbe, Federico hubiera sido reintegrado al seno de la Iglesia. El papa no solo no aceptó la entrega de la ciudad considerando que Federico no tenía ninguna legitimidad para efectuarla, sino que proclamó que ir a la guerra contra el emperador era, en sí mismo, un acto de cruzada. Furioso, Federico abandonó Tierra Santa, dejando el reino de Jerusalén sumido en una guerra civil de todos contra todos: unos nobles contra otros, venecianos contra genoveses y templarios contra hospitalarios[626].

Devoradas por los conflictos internos, las fuerzas cristianas fueron aniquiladas por los musulmanes en el año 1244, en la desastrosa derrota latina de La Forbie -también denominada batalla de Harbiyya-, donde los mamelucos del sultán de Egipto derrotaron a una coalición de reinos francos, órdenes militares y los emiratos ayyúbidas de Damasco, Kerak y Homs. Las suspicacias generadas por la derrota, en

[625] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 298.
[626] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, pp. 298-299.

la que perecieron casi tres cuartas partes de las fuerzas cristianas en Levante, pusieron fin a cualquier esperanza de sostener una acción unificada para defender Tierra Santa. De hecho, los reinos francos de Outremer existían casi solo de nombre, desde que, en la década de 1220, los poderosos señores del clan Ibelín se hicieran con el poder real en ellos, vaciando de contenido toda autoridad regia, hasta el punto de que llegaron a dejar vacante el trono de Jerusalén cuando su titular falleció[627]. Durante dos décadas, hasta La Forbie, los barones de Ibelín acumularon poder como señores feudales al tiempo que convertían en cáscaras vacías los poderes centrales latinos de Tierra Santa, de modo que la matanza de fuerzas cristianas en Harbiyya tuvo mucho de aniquilación de un ejército feudal por parte de un oponente mucho más centralizado.

A consecuencia de su triunfo en La Forbie, los musulmanes recuperaron Jerusalén en el mismo año 1244, lo que llevó a la proclamación de la Séptima Cruzada, a cuyo frente se puso Luis IX, que en 1248 marchó a Levante, capitaneando un nuevo asalto contra Damieta. En una repetición de la Quinta Cruzada, la ciudad portuaria fue tomada por los cristianos, que acto seguido decidieron avanzar hacia El Cairo. En esta ocasión, el desastre fue aún mayor que el intento precedente: el rey de Francia fue capturado y, para comprar su libertad, hubo de entregar Damieta y, a mayores, pagar una gran suma en metálico. El fracaso de la Séptima Cruzada no calmó los ardores cruzados de Luis, que aún dirigiría una cruzada contra Túnez, una elección de objetivo cuyas razones siguen estando, para los historiadores contemporáneos, poco claras[628]. Frente a los muros de Túnez, Luis se consumió de enfermedad y su muerte puso fin a la que es considerada la última de las cruzadas por Tierra Santa.

[627] GANSHOF, "La Edad Media", p. 156.
[628] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 299.

En 1250, los guardias mamelucos liderados por Baibar asesinaron al sultán egipcio y se hicieron con el poder, abriendo una nueva etapa en el conflicto entre cruzados y musulmanes, ya que el sultanato mameluco, unificado y altamente centralizado, planteaba una amenaza de una naturaleza muy diferente a la de los principados ayyubidas, autónomos y solo vagamente cohesionados. En dos oleadas diferentes -entre 1265 y 1271, y entre 1289 y 1291- los mamelucos se lanzaron sobre los reinos francos, hasta que finalmente, con la caída de Acre, la última posición cristiana en Tierra Santa volvió a manos musulmanas.

Los reinos francos nunca fueron autosuficientes y en todo momento dependieron de los recursos que les llegaban de Occidente; al mismo tiempo, también dependían de que sus enemigos se mantuvieran fragmentados, pues las fuerzas musulmanas en el área eran muy superiores en número y recursos si conseguían actuar de forma cohesionada. Zengi, Nur-Al-Din y Saladino llevaron a cabo ese proceso de unificación, pero, para mayor desequilibrio de la situación, los recursos que llegaron desde Europa a Tierra Santa cada vez fueron menores. Ello respondía a un proceso de naturaleza sistémica: a partir del siglo XII, las monarquías occidentales habían superado la parte más acentuada de descentralización feudal y comenzaban a acometer procesos de consolidación nacional, especialmente a través de la ampliación de sus fronteras[629]. Los recursos humanos y materiales se canalizaron a estos esfuerzos, en vez de encontrar como válvula de escape la aventura de Tierra Santa. Reyes y emperadores comenzaron a ver sus propios reinos como el lugar donde cumplir con su destino, y el sueño de la Outremer cristiana fue desvaneciéndose lentamente de las mentes de los gobernantes europeos. Y como todo sueño, una vez desapareció de la imaginación, su existencia física se difuminó hasta desaparecer[630].

[629] TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 297.

[630] Aún así, la recuperación de Tierra Santa siguió presente en el ideario medieval cristiano, y la cuestión de la cruzada postacconiana -es decir, organizar una nueva expedición tras la caída de San Juan de Acre- siguió

6.- Las Órdenes Militares

Una de las consecuencias más notables de las Cruzadas fue la aparición de las órdenes militares, verdaderas instituciones internacionales en un mundo, el medieval, en el que lo local era la norma. Fue en gran parte gracias a ellas, tras los desastres de los años 1187 y 1188, que los reinos latinos lograron sobrevivir durante otro siglo, ya que muchos de los castillos erigidos para salvaguardar Tierra Santa fueron guarnecidos por los caballeros, sargentos y peones de estas órdenes[631].

La experiencia personal de Hugo de Payens durante su peregrinación a Tierra Santa le llevó a fundar, junto con otros ocho caballeros, la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón, entidad que sería conocida de forma general como "los Templarios" o la "Orden del Temple", con el propósito de proteger los Santos Lugares y a los peregrinos a que ellos acudían. La Orden cobró fuerza cuando San Bernardo de Claraval se interesó por ella y la dotó de una regla, que incluía los tres votos religiosos habituales de pobreza, castidad y obediencia[632].

La otra gran orden militar surgida en Tierra Santa se gestó en torno al hospital de San Juan Bautista, a donde solían acudir los peregrinos en busca de ayuda, en especial los amalfitanos, cuya comunidad siempre había estado vinculada al hospital, dado que habían

siendo objeto de debate y análisis en las cortes, los monasterios y los castillos; solo entre 1291 y 1334 pueden encontrarse más de treinta tratados sobre la cuestión (GARCÍA ESPADA, A., "La teoría de cruzada post-acconiana (1291-1334): Operaciones sobre el tiempo y el espacio tradicional", en *Medievalismo*, nº 21, 2011, p. 208).

631 HUMPREYS, "Ayyubids, Mamluks, and the Latin East in the Thirteenth Century", p. 3.

632 TOUT, *The Empire and the Papacy*, p. 189.

sido caballeros de Amalfi quienes lo fundaron[633]. En 1130, el papa concedió que lo que en principio solo era una fundación de carácter caritativo se constituyera en orden militar, bajo la advocación de Caballeros del Hospital de San Juan de Jerusalén, conocidos más comúnmente como "Hospitalarios"[634].

Estas órdenes acumularon un poder cada vez mayor en todos los ámbitos. En Occidente, reunieron grandes propiedades, que utilizaban para reclutar miembros y obtener suministros que enviar a Tierra Santa, donde los templarios y los hospitalarios se convirtieron en fuerzas de élite de los ejércitos cristianos. En 1162, el papa colocó a las órdenes fuera del sistema de jurisdicción eclesiástica que regía para la Iglesia, y decretó que solo dos personas tendrían jurisdicción sobre sus miembros: el Gran Maestre de cada Orden y el propio Sumo Pontífice.

El ejemplo de las órdenes militares de Tierra Santa llevó a la creación de instituciones similares en otros ámbitos geográficos. En 1197, en el mundo germánico, surgió la Orden de los Caballeros Teutónicos, que jugarían un papel notable en la expansión del cristianismo y de la cultura germánica hacia el este del Báltico. En España, debido a la Reconquista de la península, fue donde el fenómeno de las órdenes militares arraigó con mayor fuerza. Así, aparecieron la Orden de Santiago, la Orden de Calatrava, la Orden de Montesa y la

[633] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 285.

[634] Una tercera Orden Militar surgió en Tierra Santa, si bien de mucha menor importancia. Se trató de la Orden de los Caballeros de Santo Tomás, creada entre la reducida pero combativa comunidad inglesa asentada en San Juan de Acre. Un caso diferente es el de los Caballeros Teutónicos, orden creada para combatir a los paganos en el este de Europa, pero cuyos monjes guerreros comenzaron a asentarse en Tierra Santa tras la Tercera Cruzada, ya que marcharon junto con las huestes del emperador germánico Federico Barbarroja (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 285).

Orden de Santa María del Mar, también conocida como Orden de la Estrella. Portugal tuvo su propia orden, los Caballeros de Alcántara.

Al margen de Tierra Santa, las órdenes, sobre todo templarios y hospitalarios, jugaron un papel destacado en el entramado institucional y administrativo de los reinos occidentales, participando en todo tipo de asuntos, incluidos los diplomáticos. Esto último es especialmente comprensible si se tiene en cuenta la importancia de los clérigos en la conducción de las relaciones internacionales en la Edad Media. Por ejemplo, el 40% de los diplomáticos de Juan II de Aragón eran clérigos. Esto se explica porque en los siglos centrales del Medievo, los clérigos eran el sector más culto de la población, el que más conocimientos atesoraba tanto sobre historia como sobre el mundo que les rodeaba y quienes con mayor frecuencia conocían idiomas diferentes a su lengua de nacimiento, o bien las *linguas francas* de su tiempo: latín, griego…[635]

En el campo diplomático, las Órdenes Militares actuaron como mediadores en los conflictos entre soberanos, con la idea de fondo de que la concordia en Occidente era necesaria para que llegara a Outremer la ayuda imprescindible para garantizar la defensa del territorio cristiano ante los infieles. Ingleses, franceses y castellanos confiaron misiones diplomáticas a los caballeros del Temple y del Hospital. Su cercanía al papado, sus votos, su independencia económica y su composición internacional les favorecía como mediadores, tanto considerados como individuos como a la institución en sí[636].

Uno de los reinos en los que este papel se hizo notar con más fuerza fue en la monarquía angevina de Sicilia y el sur de Italia, donde los templarios estaban muy involucrados en la alta administración del

[635] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 69.
[636] CARRANZ, D., "Pro servitio maiestatis nostre. Templiers et Hospitaliers au service de la diplomatie de Charles Ier et Charles II", en KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles*. Roma, 2010, p. 21.

reino. Sin ir más lejos, entre 1268 y 1274 el tesorero del reino angevino era un templario, Arnulfo. Mayor aún era la implicación de los templarios en la diplomacia siciliana, ya que una típica embajada angevina del siglo XIII estaba formada por un miembro de una Orden Militar y entre dos y seis negociadores, repartidos entre entre clérigos, juristas y nobles del círculo más cercano al rey. Esto se tradujo en que, entre 1268 y 1296, veintidós misiones diplomáticas incluyeron o fueron realizadas por miembros del Temple o del Hospital en nombre del rey angevino de Sicilia[637].

El trágico destino de los Templarios, condenados como herejes en un proceso inquisitorial instigado por sus enemigos, y su extinción por la autoridad pontificia marcaron el comienzo del declive de las órdenes militares medievales[638].

[637] CARRANZ, "Pro servitio maiestatis nostre", pp. 29-42.

[638] Sobre la Inquisición, tanto medieval como moderna, hay literalmente miles de artículos académicos. De entre los publicados más recientemente cabe destacar la nueva perspectiva, en conexión con la cultura popular contemporánea, que brindan los trabajos de Erika Prado Rubio: "Estereotipos referidos a la persecución inquisitorial de la brujería", en *Revista Aequitas*, nº13 (2019); "Stereotypes about the inquisitorial persecution witchcraft", en *International Journal of Legal History and Institutions*, nº 2 (2018); "La inclusión de la brujería en el ámbito competencial inquisitorial", en *Revista de la Inquisición*, nº 22, 2018; "Narrativa audiovisual de ficción y docencia: un ejemplo para la enseñanza histórico-jurídica" en *International Journal of Legal History and Institutions*, nº 1, 2017; "Aproximación a las Inquisiciones en el cine", en PRADO RUBIO, E., MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord..), *Análisis sobre jurisdicciones especiales*, publicado por Omnia Mutantur en 2017.

7.- Una cruzada en Europa

No solo Oriente Próximo fue escenario de conflictos en los que la motivación religiosa fue esencial. El arco mediterráneo de lo que hoy en día es Francia vio como se desarrollaba otra cruzada, la promovida por la Iglesia contra los albigenses o cátaros[639]. El conflicto religioso desatado en 1209 evolucionó a un conflicto por el control de una de las más ricas regiones de Francia[640], una pugna en el que intervinieron varias potencias europeas[641].

El fin de la cruzada fue terminar con la herejía albigense o cátara, Los albigenses procedían de una antigua secta dualista de oriente, vinculada a las enseñanzas persas del zoroastrismo y el maniqueísmo[642]. Sus seguidores practicaban una ceremonia, denominada *consolamentun*, por la cual creían que el alma abandonaba el cuerpo para reencarnarse en otro ser humano o incluso en un animal. Dentro de la jerarquía de los cátaros, el lugar equivalente a los obispos lo desempeñaban los Perfectos, aquellos que habían realizado la ceremonia del *consolamentum* y que podían celebrarla para otros[643]. Una cierta tolerancia hacia la herejía terminó con la llegada al solio pontificio de Inocencio III, que reavivó las cruzadas en todos sus

[639] La región afectada fue conocida genéricamente como Occitania o Languedoc, en referencia a que sus habitantes hablaban la llamada "lengua de oc", así denominada por el uso del término "oc" como partícula afirmativa, en lugar del "oui" de la lengua francesa.

[640] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 270.

[641] MARVIN, L. W., *The Occitan war. A Military and Political History of the Albigensian Crusade, 1209–1218*. Nueva York, 2008, p. 1.

[642] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 250

[643] Respecto de las creencias cátaras, pueden verse PEGG, M. G., *The Corruption of Angels. The Great Inquisition of 1245–1246*. Princeton, 2001, pp. 96 y 130; y PEGG, M. G., "On Cathars, Albigenses, and Good Men of Languedoc", en *Journal of Medieval History*, nº 27, 2001, pp. 181–95.

frentes: la península Ibérica, el Languedoc, el Báltico y desencadenó la Cuarta y Quinta Cruzadas en Tierra Santa.

Los acontecimientos en el Languedoc se desataron cuando el legado de Inocencio fue asesinado tras una entrevista con Ramón VI, conde de Tolosa[644], protector de los albigenses, en 1208. La concesión inmediata de indulgencias para quien participara en la cruzada contra los cátaros y la difusión dada al asesinato, del que se acusó a los herejes, desencadenaron la violencia religiosa en la región.

A la cuestión religiosa había que sumar la confusa y conflictiva situación política de Occitania. Nominalmente, eran tierras pertenecientes al rey de Francia, pero muchos de sus señoríos al este del río Ródano se encontraban sometidos a la jurisdicción del Sacro Imperio, en una confusa maraña de lealtades que también implicaba a los reyes de Aragón. Por si esto fuera poco, la situación se complicó aún más cuando, en 1152, los duques de Aquitania se convirtieron en reyes de Inglaterra, sin renunciar por ello a sus posesiones en el Languedoc, por las que los señores franceses seguían rindiendo vasallaje a los reyes ingleses en el momento de la Cruzada. Los condes de Tolosa habían tenido problemas constantes con los señores angevinos y con el trono de Francia, y llevaban a cabo una política semiindependiente basada en una extensa red de alianzas matrimoniales -Ramón VI estaba casado con Juana, hermana del rey de Inglaterra[645]- y vínculos feudales, que les permitió sobrevivir a la llamada guerra de los Cuarenta Años, concluida en 1196, entre los señores feudales de la región[646]. Así pues, el conflicto religioso vino a subsumirse en la sorda

[644] La actual Tolousse.

[645] TAYLOR, C., *Heresy in Medieval France. Dualism in Aquitaine and the Agenais, 1000–1249*. Woodbridge, 2005, p. 148. Juana murió tres años después de la boda, en 1199, pero dejó un hijo, heredero del condado de Tolosa y sobrino del nuevo rey de Inglaterra, Juan, que mantuvo la vinculación entre la dinastía de Tolosa y el trono inglés.

[646] Al respecto pueden verse BENJAMIN, R., "A Forty Years War: Toulouse and the Plantagenets, 1156–96", en *Historical Research*, nº 61, 1988, pp. 270–

lucha por el control de la región, que involucraba a cinco grandes monarquías europeas: Francia, Aragón, Inglaterra, el Sacro Imperio y el papado.

Los reyes de Aragón eran nobles de Occitania por derecho propio, posición que se vio reforzada cuando el vizcondado de Beziers pasó a ser posesión de los condes de Barcelona y estos, a su vez, se convirtieron en reyes de Aragón, mediante matrimonio, en 1137. Esto se vino a sumar a los territorios que poseían los reyes aragoneses en la Provenza, incluyendo la ciudad de Montpellier[647]. De hecho, a comienzos del siglo XIII, los reyes de Aragón jugaban en la región un papel mucho más importante que el de los propios reyes franceses. Consciente de ello, Ramon VI hizo que su hermana se casara con el monarca aragonés Pedro II. De esta forma, el conde de Tolosa era cuñado del rey de Inglaterra -por parte de su esposa- y del rey de Aragón -por parte de su hermana-, además de tío de su principal oponente, el rey de Francia[648].

Tras la victoria de 1212 en las Navas de Tolosa frente a los almohades, Pedro II volcó su atención en proteger sus intereses y los de sus vasallos en Occitania. Ello le costaría la vida en el campo de batalla de Muret y llevaría al final de las ambiciones e intereses aragoneses en los dominios del rey de Francia. Por su parte, el papel desempeñado por Inglaterra fue muy pobre. El rey Juan Sin Tierra no fue capaz de

84; y GILLINGHAM, J., *The Angevin Empire*. Londres, 2001, pp. 29–30, y p. 48.

[647] BOURRILLY, V.-L., y BUSQUET, R., *La Provence au Moyen Age. Histoire politique: l'e´glise: les institutions (1112–1481*. Marsella, 1924, pp. 10–13.

[648] MARVIN, L. W., *The Occitan war. A Military and Political History of the Albigensian Crusade, 1209–1218*. Nueva York, 2008, p. 7.

defender los intereses ingleses y, mucho menos, los de su sobrino, el hijo del conde de Tolosa, futuro heredero del condado[649].

La brutalidad con que se desarrolló la guerra en Occitania durante la cruzada contra los albigenses fue tal, incluso para los parámetros de la Edad Media, que ha sido considerada la guerra más cruel de su tiempo[650]. Incluso la población cristiana combatió, en numerosas ocasiones, del lado de los albigenses, no por solidaridad vecinal, sino por el pavor que despertaban las huestes cruzadas, que no hacían mucho esfuerzo en distinguir a cristianos de herejes y con frecuencia acababan con la vida y las posesiones de unos y otros por igual[651].

El resultado final, en lo que a política se refiere, fue que la Corona francesa se anexionó la región, merced al Tratado de París del año 1229, que fijaba la boda del hermano de Luis IX, rey de Francia, con la heredera superviviente del conde de Tolosa. Al tiempo, la esfera de influencia aragonesa al norte de los Pirineos se vio notablemente reducida, lo cual contribuyó a canalizar las energías y ambiciones de este reino hacia el Mediterráneo.

[649] TAYLOR, C., "Pope Innocent III, John of England and the Albigensian Crusade (1209–1216)" en MOORE, C., J., (ed.), *Pope Innocent III and his World*. Aldershot, 1999, pp. 206–9.
[650] BARAZ, D., *Medieval Cruelty. Changing Perceptions, Late Antiquity to the Early Modern Period*. Ithaca, 2003, pp. 86–9 y 177.
[651] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 251.

CAPÍTULO VIII

MUERTE Y RESURRECCIÓN DE BIZANCIO

1.- Venecia y la crisis bizantina

Si el año 1024, con la derrota definitiva de los búlgaros a manos de Basilio II, fue el punto de mayor poder del imperio bizantino[652], las décadas posteriores pusieron de manifestó el enorme coste de semejante triunfo, sumiendo Bizancio en un periodo de recesión. En muchos sentidos, el siglo XI fue el momento en que el equilibrio de fuerzas entre el este y el oeste se decantó definitivamente en favor del segundo. El Sacro Imperio Romano Germánico había consolidado su fuerza -aunque aún le quedaban por delante las crisis más graves de su enfrentamiento con el papado-; el papado había declarado cismático al patriarca de Constantinopla -que había escapado de ser condenado como hereje por muy poco-, y los normandos del sur de Italia se habían convertido en una seria amenaza[653], invirtiendo la situación estratégica previa: ya no era Bizancio quien lanzaba campañas para recuperar el

[652] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 160.
[653] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 50.

control de Italia, sino que se encontraba a la defensiva en sus propios dominios griegos frente a los asaltantes llegados de Occidente.

En ese contexto, la parte central del siglo XI fue una crisis constante para Bizancio, sumido en una parálisis política durante las décadas de 1060 y 1070 que hicieron que, en el año 1081, el imperio pareciera a punto de derrumbarse, y solo la extraordinaria labor de los emperadores de la dinastía Conmena logró impedir que la caída se concretara[654]. Para ello, no obstante, hubieron de realizar grandes concesiones que socavaron el poder del *basileus* en dos direcciones: aumentando el poder de la nobleza y realizando concesiones comerciales a los mercaderes italianos, que se convirtieron en los dueños de la actividad mercantil bizantina, despertando la hostilidad de la población griega del imperio[655].

El aumento del peso veneciano en las políticas bizantinas comenzó a crecer exponencialmente cuando, a comienzos de la década de 1080, el *basileus* se vio obligado a solicitar su ayuda para contener a los normandos. Para ello se suscribió un acuerdo, en el año 1082, que se revelaría vital en los años posteriores, ya que establecía que Bizancio compensaría a Venecia de las pérdidas y gastos que generara su ayuda contra las huestes de Robert Guiscard. En 1084, los normandos inflingieron una gran derrota a la flota veneciana en Corfu, donde la Serenísima República perdió nueve grandes barcos de guerra y, según algunas fuentes, hasta 13.000 hombres. Por fortuna para bizantinos y venecianos, los normandos no tuvieron ocasión de aprovechar el triunfo, ya que la peste mató a Robert Guiscard y a muchos de sus hombres en los meses siguientes[656].

[654] SHEPARD, J., "Byzantine diplomacy, A.D. 800-1204: means and ends", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992, p. 43.
[655] BRAND, *Byzantium confront the West. 1180-120*4. Cambridge, 1968, p. 1.
[656] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 59.

Sin embargo, las consecuencias diplomáticas de la derrota de Corfú fueron enormes en el marco de las relaciones entre Bizancio y Venecia. Esta exigió al emperador que cumpliera con las cláusulas de indeminización del tratado del 1082, pero Constantinopla carecía de liquidez suficiente para afrontar una indemnización en metálico, por lo que hubo que negociar un acuerdo que satisficiera la deuda. Esto dio lugar a un crisóbulo imperial -es decir, un decreto del *basileus*- que se convertiría en el modelo de una serie de crisóbulos imperiales concedidos a Venecia a lo largo del siglo siguiente[657].

La concesión bizantina establecía que se entregarían veinte libras de monedas de oro a las iglesias que indicaran los venecianos; se concedía al dux el titulo honorífico de *protosebastos*, que llevaba aparejada una dotación económica y al que se le concedía el estatus de dignidad hereditaria, de modo que pasaría a sus sucesores. Al patriarca de Grado -una de las cuatro sedes en que se dividía la archidiócesis de Venecia- se le concedían también honores en Bizancio, así como la entrega de otras veinte libras de oro al año. No terminaban ahí las concesiones bizantinas que beneficiaban al estamento eclesiástico veneciano: la iglesia de San Marcos de Venecia recibiría tres monedas de oro de cada establecimiento de comerciantes amalfitanos situado dentro de los límites del imperio bizantino. De mayor importancia práctica era el hecho de que los venecianos recibirían casas, tiendas y factorías en el área de Perama, en Constantinopla, pudiendo entrar y salir libremente del distrito comprendido entre la Puerta de los Judíos y la Puerta de la Guardia. También recibirían almacenes en el Cuerno de Oro y la iglesia de San Andrés, en el puerto albanés de Durazzo, que la flota veneciana había liberado de manos normandas. Por último, la joya de la corona en lo que a concesiones se refiere: libertad de comerciar para todos los mercaderes de Venecia en cualquier territorio bizantino.

[657] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 60.

Todo ello aparecía en el texto revestido de la forma de una concesión imperial graciosa y voluntaria, como gratificación a los venecianos por ser leales siervos del emperador de Bizancio. Este matiz, que en principio pudiera parecer meramente formal, tendría gran importancia jurídica en los años posteriores, pues cuando los emperadores trataron de revocar los privilegios concedidos, lo hicieron arguyendo que el tratado había sido quebrantado por los venecianos al dejar de comportarse como "leales siervos" del emperador.

En octubre de 1111, los pisanos recibieron un crisóbulo dándoles por primera vez privilegios en Bizancio[658]. Los motivos fueron diplomáticos: con la concesión se pretendía cortar la ayuda que los mercaderes de Pisa estaban prestando al normando Tancredo para retener Antioquía, plaza que, como se ha señalado en el capítulo anterior, el emperador de Cosntantinopla reclamaba para sí en virtud de los acuerdos suscritos con los cruzados antes de que estos avanzaran sobre Asia Menor. Los privilegios concedidos a los pisanos eran un reflejo de los obtenidos por los venecianos tres décadas antes, pero a menor escala. Los comerciantes de Pisa pagarían aranceles del 4% en vez de la tasa normal del 10% y recibirán un barrio comercial en Constantinopla[659].

Entre tanto, Venecia se enfrentaba a un problema que amenazaba sus rutas comerciales hacia Oriente. El reino de Hungría se había fortalecido a comienzos del siglo XII, y pugnaba con Venecia por el control de la costa de Dalmacia, donde las posesiones venecianas no solo eran importantes enclaves comerciales por sí mismas, como Zara -la actual Zadar-, sino que eran escalas en la ruta hacia el Mediterráneo oriental, peldaños en el camino hacia los lucrativos mercados de Bizancio, el mar Negro y Tierra Santa. A esta importancia práctica se unía un valor simbólico: el dux de Venecia detentaba el título de duque

[658] HISDALE, C. J., *Byzantine art and diplomacy in age of decline*. Cambridge, 2014, p. 38.
[659] NICOL, *Byzantium and Venice*, pp. 75-76.

de Dalmacia, por lo que su prestigio resultaba seriamente dañado de la ocupación húngara de la costa dálmata.

Los bizantinos no se atrevían a oponerse a los húngaros, que también se habían hecho fuertes en los Balcanes, por lo que habían optado por una política de apaciguamiento casando al heredero imperial con una princesa húngara. Así pues, los venecianos se vieron avocados a luchar en solitario durante diez años contra los húngaros por el dominio de Dalmacia, En el marco de este conflicto, los venecianos enviaron, en 1112, una embajada a Constantinopla, a cuyo frente estaba el patriarca de Grado, que constató dos desgradables realidades: por un lado, los bizantinos no estaban dispuestos a prestar ayuda efectiva en la lucha contra Hungría; y, por otro, seguramente tan preocupante o más, en virtud del acuerdo del año anterior, las actividades comerciales pisanas habían crecido en número y escala en la capital bizantina, amenazando la dominación veneciana sobre el comercio oriental. Así pues, Venecia hubo de seguir luchando sola a un tiempo contra los húngaros en Dalmacia y contra la amenaza comercial pisana en Bizancio.

Fueron años muy duros para la ciudad de la Laguna. Una serie de desgracias azotaron Venecia durante los dieciséis años de mandato del dux Ordelafo Falier, que ocupó el puesto más alto del gobierno veneciano en 1102: la guerra con Hungría, una sucesión de tormentas que inundaron la Laguna veneciana y arrasaron el barrio de Malamocco, dos incendios que causaron importantes daños en Rialto, un terremoto que golpeó la ciudad en el año 1117 y, por último, la muerte del propio dux combatiendo en Zara contra los húngaros, en 1118, dieron la sensación de que una maldición había caído sobre la Perla del Adriático. En el haber del malhado dux debe mencionarse que Falier fue quien nacionalizó la industria de los astilleros venecianos, construyendo el Arsenal, el astillero que se convertiría en los siglos siguientes en la admiración y el temor de las potencias navales mediterráneas[660]. Sus

[660] NICOL, *Byzantium and Venice*, pp. 75-76.

sucesores consiguieron cerrar temporalmente la guerra con Hungría merced a un acuerdo suscrito en el año 1125 con el rey húngaro Esteban II. El tratado, sin embargo, distó de ser una solución definitiva a la cuestión dálmata, que siguió siendo un foco de conflicto durante todo el siglo XII.

Pese a todas las dificultades, y mientras Venecia seguía empantanada en Dalmacia, Alejo Conmeno, ya con sus propias fuerzas, ya mediante la ayuda de los cruzados, había logrado recuperar las provincias balcánicas y la mayor parte de los territorios de Asia Menor, pese a que la calidad del ejército bizantino, ahora integrado en su mayor parte por mercenarios eslavos, húngaros, normandos y francos -además de los escandinavos y los anglosajones de la guardia varega-, había decaído respecto a su capacidad en las centurias previas. En el plano interno, el control del *basileus* sobre las más altas jerarquías de la Iglesia bizantina era total, hasta el punto de que la Iglesia era, en la práctica, una más de las ramas de la administración imperial, pudiendo el emperador nombrar y destituir a su voluntad al patriarca, a los metropolitanos -equivalente oriental al oficio occidental de arzobispo- y a los obispos[661]. A su muerte en 1118, casi concidente con la del desafortunado Falier, Alejo I dejaba a su sucesor Juan II un imperio más fuerte que el que había encontrado al subir al trono, pese a que, en sus más de tres décadas vistiendo la púrpura imperial, Bizancio había visto llegar a los pechenegos, los normandos, los seljúcidas y, por último, pero no menos perturbardores, a los cruzados[662].

Juan II sucedió a su padre, pese a que su hermana Ana y su madre, la emperatriz viuda Irene, intrigaron para que el emperador fuera el marido de la primera, Nicéforo, descendiente de un antiguo pretendiente al trono. Juan II decidió no renovar los privilegios de Venecia, vinculados técnicamente a que fueran buenos siervos del imperio. Al parecer, la decisión de Juan no estuvo guiada por razones

[661] BRAND, *Byzantium confront the West*, p. 2.
[662] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 77; LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 166.

económicas, sino que la consideró un acto de justicia tras descubrir que los venecianos negociaban un acuerdo con Hungría -el futuro tratado del 1125-, por el cual iban a reconocer la posesión húngara de Dalmacia, algo que atentaba contra las reclamaciones del *basileus*.

La suspensión de las concesiones llevó al enfrentamiento entre Venecia y Bizancio. En Tierra Santa, tras la derrota del Campo de Sangre, el 28 de junio del año 1119, en la que perdió la vida el regente de Antioquía, Roger de Salerno, el papa y el rey de Jerusalén buscaron ayuda en Occidente y los venecianos vieron la oportunidad de vengarse de Bizancio. En 1122 partió de Venecia una gran armada, compuesta por un centenar de barcos y alrededor de 15.000 hombres. Mientras navegaban hacia el este, asediaron la isla bizantina de Corfu, aunque siguieron navegando hacia el este sin haberla tomado, cuando llegaron noticias de la captura del rey Balduino de Jerusalén en 1123. La escuadra veneciana logró hundir casi toda la flota egipcia en las inmediaciones de Ascalon, victoria por lo que los venecianos fueron premiados con la concesión de calles y negocios en Jerusalén y la exención de tasas e impuestos en ese reino.

Tras estos triunfos, los venecianos abandonaron Tierra Santa y reemprendieron sus operaciones contra posesiones bizantinas: saquearon Rodas, tomaron las reliquias de San Isidoro Mártir de la isla de Quios, expoliaron Kos, Samos, Lesbos y Andros, y derribaron los muros de Modón. En la última fase del trayecto, atacaron las guarniciones costeras húngaras, antes de regresar a Venecia en junio de 1125. La expedición fue un éxito rotundo: castigó a Bizancio, dañó a los húngaros y otorgó a Venecia privilegios en Tierra Santa[663].

Al año siguiente, ya firmada la paz con los húngaros, Venecia lanzó nuevas operaciones de castigo congra las posesiones bizantinas, atacando Cefalonia. Finalmente, el *basileus* Juan II se vio obligado a dar su brazo a torcer y otorgó un nuevo crisóbulo imperial, confirmando

[663] NICOL, *Byzantium and Venice*, pp. 78-80.

todos los privilegios que su padre había concedido a los venecianos, pero con una diferencia sustancial: la fórmula que vinculaba estas concesiones al comportamiento de los venecianos como leales siervos de Constantinopla desapareció, de forma que la de Juan II fue una cesión que no implicaba obligaciones recíprocas[664]. El crisóbulo del año 1126 terminaba así con la ficción de que los venecianos actuaban como vasallos de Bizancio, algo que, para un imperio que basaba gran parte de su actuación internacional en la explotación de su imagen imperial, era un revés que trascendía con mucho lo simbólico.

En 1158, el imperio bizantino propició una reversión de las alianzas en su política italiana. Hasta ese momento, normados y bizantinos se habían enfrentado por el control primero del sur de Italia y Sicilia y después a causa de las incursiones de los primeros sobre los territorios griegos de los segundos. Pero en aquel año se llegó a un acuerdo por el cual los normandos dejarían de hostigar las provincias bizantinas al este de Italia y el emperador bizantino renunciaba a cualquier reclamación sobre el reino normando de Sicilia[665]. La razón de este acuerdo era la intensificación de la presión del Sacro Imperio, regido entonces por Federico Barbarroja, sobre los últimos bastiones bizantinos en Italia, como Ancona. Con la reversión de las alianzas, la entente hasta entonces natural de bizantinos e imperiales contra normandos y el papado daba paso a un nuevo sistema, en el que Bizancio colaboraba, o al menos no rivalizaba, con los angevinos del reino normando de la Italia Meridional.

Bizancio consiguió, en 1167, derrotar a los húngaros y que estos reconocieran que las costas dálmata y croata pertenecían a Bizancio. Sin embargo, el triunfo en Dalmacia alteró la situación existente entre bizantinos y venecianos, ya que, con la recuperación de la costa oriental adriática, el imperio había pasado a tener frontera terrestre con Venecia. Una misión de tres diplomáticos del *basileus* a la Perla del Adriático

[664] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 80.
[665] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 93.

fracasó y los venecianos buscaron una aproximación a Hungría casando a los dos hijos de dux con princesas magiares.

Los venecianos decretaron un embargo comercial a Bizancio, aprovechando que el emperador había expulsado a genoveses y pisanos de sus dominios. En 1170, para plantar cara al embargo veneciano, el emperador volvió a dar concesiones a los mercaderes de Génova y Pisa, pero los venecianos asentados en Constantinopla atacaron los barrios en los que se permitía operar a sus rivales y los dejaron en ruinas. Cuando el emperador ordenó que los venecianos pagaran los daños que habían causado en su capital, estos no solo se negaron, sino que amenazaron con llevar a cabo una expedición de castigo similar a la de los años 1124 y 1125. Bizancio trató entonces de responder a la guerra comercial veneciana con la misma moneda, decretando a su vez un embargo sobre Venecia y expulsando a sus comerciantes, pero la medida perjudicó tanto a la economía de Bizancio que el emperador hubo de dar marcha atrás y readmitir a los mercaderes de la Serenísima República[666].

Exultantes por su triunfo, miles de comerciantes venecianos regresaron a tierras de Bizancio y retomaron sus actividades. Entonces, en una acción coordinada a lo largo y ancho de todo el imperio, el 12 de marzo de 1171 los bizantinos detuvieron a todos los venecianos que se encontraban dentro de sus fronteras -más de 10.000- y dieron comienzo a una guerra abierta contra Venecia, que sufrío enormes pérdidas con las detenciones y confiscaciones[667].

La respuesta de los venecianos no se hizo esperar. Sus naves atacaron Quíos, pero una epidemia se extendió entre sus tropas y tripulaciones y mató a mil hombres en pocos días, lo que hizo que se extendiera el rumor de que los bizantinos habían envenenado el agua y el vino de la isla. Al llegar esas acusaciones a la corte de Bizancio, el

[666] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 96-98.
[667] BRAND, *Byzantium confront the West*, p. 16.

emperador, ofendido por lo que creía un insulto contra su honor, se negó a recibir a las embajadas venecianas. La situación fue a peor cuando uno de los enviados venecianos, Enrico Dandolo, quedó parcialmente ciego en una pelea[668].

La flota veneciana regresó a su ciudad tras el fracaso de Quíos llevando la peste con ellos. El dux, Vitale Michiel, que la había encabezado en persona, fue asesinado en las calles por una turbamulta de ciudadanos enfurecidos. El gobierno veneciano quedó en manos de Sebastiano Ziani, que optó por redefinir la estrategia veneciana en el conflicto. Decantándose por una vía indirecta, el dux instigó la sublevación serbia del año 1173 y envió su flota a ayudar al emperador Barbarroja a asediar Ancona, que seguía fiel a los bizantinos. Dos embajadas venecianas más fueron y volvieron de Constantinopla sin lograr ningún avance para la solución pacífica del conflicto, por lo que la diplomacia veneciana se volvió entonces hacia el reino normando de Sicilia. Venecia y los angevinos firmaron un acuerdo de paz en 1175, cuya duración mínima se fijó en veinte años y que incluía cláusulas comerciales. Con ello, Venecia, pretendía demostar a Bizancio que era capaz de llevar a cabo su propia política internacional y mantener activo su comercio de larga distancia sin necesidad del imperio[669].

La conclusión del acuerdo del año 1175 convenció al emperador Manuel I de que no cabía más solución que buscar un acuerdo diplomático con Venecia. A la larga, la alianza con los normandos solo había supuesto a Bizancio el romper su buen entendimiento con Federico I Barbarroja y quedarse sin aliados en Italia desde el momento en que los normandos se alinearon con Venecia. Las negociaciones entre venecianos y bizantinos fueron extremadamente difíciles y se extendió el rumor de que no habría paz entre ambas potencias mientras

[668] Algunos autores afirman que Dandolo no perdió la vista en la pelea, sino que fue parcialmente cegado por orden el emperador, al haber violado el carácter pacífico de su misión al participar en la riña (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 294).
[669] NICOL, *Byzantium and Venice*, pp. 99-100.

Enrico Dandolo ocupara una posición de poder en la ciudad de la Laguna, pero el diplomático supo colocar en segundo lugar su rencor personal hacia quienes consideraba culpables de su ceguera parcial y anteponer los intereses de su ciudad, de forma que, en el año 1179, se sucribía un acuerdo de paz y los venecianos detenidos en Bizancio recuperaron la libertad cuatro años después de haber sido capturados.

Entre tanto, Manuel I había de afrontar otros problemas. Las esperanzas de una completa recuperación del poder de Bizancio en Asia se vieron truncadas cuando las fuerzas del *basileus* fueron destruidas por los seljúcidas en el desfiladero de Myriokephalon, en septiembre el año 1176, cuando avanzaban sobre la capital turca en Anatolia, Iconum, la actual Konia. Las condiciones que el sultán Kilij Arslan impuso a Manuel, capturado en el transcurso de la batalla, fueron relativamente benévolas, ya que el seljúcida no necesitaba apenas concesiones: podía tomar lo que quisiera, ya que la práctica totalidad de la fuerza militar bizantina había sido aniquilada. Asia Menor quedó en manos de los seljúcidas, por lo que las consecuencias de Myriokephalon pueden considerarse de una magnitud similar a las de Manzikern, poco más de un siglo antes[670]. Bizancio necesitó décadas para reconstruir sus fuerzas miltiares hasta un punto en el que pudiera volver a suponer un desafío para los sultanes turcos[671].

En el lapso de unas pocas décadas, Bizancio había perdido Dalmacia a manos de los húngaros; Asia Menor a las de los seljúcidas, lo que llevó a la pérdida definitiva de cualquier aspiración sobre Tierra Santa o las antiguas provincias de Oriente Próximo; había renunciado a cualquier ambición sobre los antiguos dominios italianos en virtud de sus acuerdos con los normandos; y, por último, su comercio había quedado en gran medida en manos venecianas, pisanas y genovesas. El emperador al que algunos habían considerado un segundo Justiniano,

[670] BRAND, *Byzantium confront the West*, p. 6.
[671] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 169.

Manuel I, había conducido a su imperio al aislamiento en el oeste y al desastre en el este[672].

Para tratar de recuperar la inciativa, Manuel concertó el matrimonio de su hijo y heredero Alejo con la princesa Ana, hija del rey de Francia Luis VII. Sin embargo, en sus últimos años de reinado, Manuel apenas pudo disfrutar de un instante de paz. El aventurero Andrónico Commeno fue un problema político constante, por lo que el emperador secuestró a su amante, Teodora, a la que Andrónico adoraba. A cambio de la liberación de esta, Andrónico acordó jurar lealtad al emperador y comportarse en adelante como cabría esperar de un siervo leal. Manuel le ordenó que se retirara a Oinaión, en sus dominios del Ponto, y que viviera allí tranquilo el resto de sus días, reteniendo a los tres hijos legítimos de Andrónico en Constantiopla como rehenes y garantes del comportamiento de su padre. Ambas partes cumplieron lo prometido: el *basileus* liberó a Teodora y Andrónico no volvió a inquietar a Manuel I[673].

La situación cambió a la muerte de Manuel. Dado que el hijo de Manuel I era aún un niño que había accedido al trono como Alejo II, el poder quedó en manos de la emperatriz viuda, María de Antioquía, a quien los bizantinos llamaban Xena, siguiendo la costumbre de que las princesas extranjeras adoptaran un hombre griego al llegar a Constantinopla. María confío el poder a su círculo más íntimo de consejeros, liderados por Alejo, su amante y primo del emperador niño, a quien concedió el título de *protosebastos*. Los desastres se sucedieron: armenios y serbios lograron la independencia, los húngaros volvieron a tomar Dalmacia y los turcos seljúcidas presionaron las fronteras bizantinas en Asia Menor con más intensidad que nunca.

[672] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 102.
[673] BRAND, *Byzantium confront the West*, p. 26.

Con el imperio amenazando con sumirse en el caos, en el 1181, considerándose liberado de sus juramentos por la muerte de Manuel, Andrónico abandonó su retiro póntico al frente de una fuerza compuesta en su mayor parte por mercenarios de Paphlagonia y avanzó hacia el corazón del imperio, utilizando todo tipo de ardides para que su reducido ejército aparentara ser una hueste incontenible. Andrónico se proclamó protector del emperador Alejo II y una parte importante de la nobleza bizantina, encabezada por la familia Angelos, se le unió en la marcha hacia la capital. El *protosebastos* Alejo, no se atrevió a ejecutar a los hijos de Andrónico, que seguían como rehenes en Constantinopla y, traicionado por todos, fue capturado por los guerreros francos de su propia guardia personal, sobornados por Andrónico, al tiempo que la población de Constantinopla se rebelaba contra él. Alejo fue cegado y terminó su vida recluido en un monasterio.

Entre tanto, Andrónico envió a parte de sus mercenarios a negociar con la población amotinada. Como parte del acuerdo para que se le permitiera entrar en la ciudad sin combatir y asumir la púrpura imperial, Andrónico se comprometió a no intervenir si la población, cuyos ánimos estaban extraordinariamente exaltados, volcaba la ira contenida durante décadas contra la población latina, italiana en su mayor parte[674]. Con la connivencia de Andrónico -si es que no incitó directamente a la matanza, como creen algunos autores[675]-, se desarrolló en abril de 1182 una matanza de venecianos, genoveses y occidentales en general. La masacre fue de tal magnitud que solo cuatro mil latinos sobrevivieron, solo para encontrarse presos de los bizantinos, que los vendieron como esclavo a los turcos. Los pocos que lograron escapar con vida de Constantinopla llevaron la noticia de la matanza por todo el Mediterráneo Oriental, y no faltaron lugares en las costas del Egeo en los que la población latina asaltó los monasterios ortodoxos en represalia por lo acontecido en la capital bizantina.

[674] BRAND, *Byzantium confront the West*, p. 39.
[675] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 107

Andrónico se hizo con el poder con un enorme apoyo popular, que alimentaba estimulando el odio de la multitud hacia los extranjeros. Se proclamó regente de Alejo II primero, pero más tarde se cansó de esa ficción y se hizo coronar emperador en el 1183, tras hacer asesinar a María de Antioquía y estrangular al emperador niño. Para legitimar su posición, Andrónico contrajo matrimonio con la viuda de Alejo II, Agnes de Francia, que tenía tan solo doce años de edad y que, a la postre, sería la última emperatriz occidental en el trono bizantino.

2.- La Cuarta Cruzada

Una de las consecuencias más imprevisibles de las Cruzadas fue la expulsión de los emperadores bizantinos de su capital, Constantinopla, después de que esta fuera saqueada por las fuerzas occidentales de la Cuarta Cruzada en 1204. Cómo algo así pudo ocurrir fue la suma de una serie de acciones concatenadas que muestra lo alejadas que habían acabado las cruzadas de su propósito original[676].

En 1198, Inocencio III llamó a la Cuarta Cruzada, pero la convocatoria se produjo en un momento en el que todos los grandes reyes de Europa tenían problemas internos que requerían su atención, Aun siendo consciente de que no era el mejor de los momentos, el papa creía que la llamada ayudaría a consolidar una paz necesaria entre los reinos cristianos de Occidente[677]. Pese a las esperanzas del pontífice, los monarcas se mantuvieron al margen del movimiento y quienes

[676] La historiografía ha explicado los sucesos que provocaron la creación de un imperio latino en Bizancio en base a dos ideas contrapuestas: aquellos que consideran que fue fruto de un plan cuidadoso y malévolo que se gestó en Venecia, y aquellos que, a partir de la documentación del embajador cruzado Geoffrey de Villehardouin, suscriben la denominada "teoría del accidente", es decir, que una suma de circunstancias y decisiones fueron conduciendo, de forma no premeditada, a los hechos climáticos de 1204 (QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. IX).

[677] QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 1.

respondieron a la llamada para tomar la cruz fueron, sobre todo, nobles del norte de Europa: flamencos, franceses y alemanes[678]. Inasequible al desaliento, Inocencio III impuso a su Iglesia una serie de medidas económicas destinadas a financiar la Cruzada: pese a la oposición de las jerarquías eclesiásticas, se impuso una tasa a los clérigos, que en el caso del propio papa y de los cardenales llegó al 10% de sus ingresos; algunas órdenes tuvieron que pagar el 25% de sus ingresos, aunque otras, como los cistercienses o los cartujos, fueron exceptuados. Las predicaciones de Fulk de Neuilly encendieron el fervor popular e hicieron que la Cuarta Cruzada, tambaleante en sus inicios, cobrara un mayor impulso, de modo que las primeras fuerzas cristianas comenzaron a reunirse a mediados de noviembre de 1199, casi quince meses después de que realizarse el llamamiento a la cruzada[679].

La cuestión más inmediata era determinar de dónde debía partir la cruzada y realizar los arreglos necesarios para su transporte hacia Oriente. Los puertos occidentales de Génova y Pisa estaban debilitados por la guerra existente entre ellos y no tenían recursos para una expedición de ese tipo. Además, los caballeros franceses se oponían a recurrir a Génova, con la que arrastraban numerosos conflictos por el incumplimiento de la flota genovesa de los contratos suscritos con el monarca galo Felipe Augusto para el transporte de la Tercera Cruzada. Por ello se optó por Venecia. El papel jugado por el papa en esta elección no está claro, pese a que ha sido analizado prolijamente a la luz de los acontecimientos posteriores. Algunos autores creen que fue el mismo pontífice quien ordenó que los cruzados embarcaran en Venecia; otros, más comedidos, creen que hubo una influencia pontificia en la decisión, pero no una orden. La interpretación pontifica oficial, recogida en la historia del papado de Inocencio, es que el Santo Padre reclamó a Génova y Pisa que firmaran la paz para consagrar sus

[678] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 293.
[679] QUELLER, *The Fourth Crusade*, pp. 2-3.

esfuerzos hombro con hombro a la cruzada, pero ambas repúblicas se negaron, lo que no dejó más elección que acudir a Venecia[680].

Mientras los líderes cruzados reunían hombres a lo largo y ancho de Occidente, se envió a Venecia una delegación para que negociara las condiciones en las que debía producirse el traslado de las tropas en la flota de la ciudad. Estos embajadores eran plenipotenciarios, es decir, disponían de plenos poderes para cerrar un acuerdo con Venecia que era válido por sí mismo, sin necesidad de ratificación posterior, y que comprometía plenamente al conjunto de los cruzados. Esta naturaleza plenipotenciaria de la delegación explica en parte los acontecimientos posteriores y fue la causa del giro imprevisto que tomó la Cuarta Cruzada.

Los venecianos tenían una larga tradición de hábil ejercicio de la diplomacia. Son muy interesantes los tratados firmados por Venecia con algunas instituciones italianas vecinas, sometidas a la autoridad del emperador o del rey de Italia, que contienen estipulaciones comerciales tales como la libre circulación por tierra y también por mar de ciudadanos y mercancías, la limitación de la captura de esclavos en Italia -práctica común en los venecianos-, y la fijación de cuotas para las talas de madera. El primer tratado de esta naturaleza es del año 840, firmado en Pavía y completado por un diploma imperial del año siguiente que protegía las propiedades venecianas en el resto de Italia. A lo largo de los siglos IX y X, estos acuerdos fueron ratificados varias veces, siendo un caso único en la diplomacia italiana del periodo, lo que se explica por el contacto veneciano con los bizantinos y sus formas más avanzadas de administración y diplomacia[681].

Cuando la embajada cruzada llegó a Venecia, el dux era Enrico Dandolo, que regía los destinos de su ciudad desde 1193. Fanático del engrandecimiento de Venecia, el hombre joven que había perdido gran

[680] QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 7.
[681] GANSHOF, "La Edad Media", p. 41.

parte de su visión durante su desafortunada misión diplomática ante el *basileus* Manuel I era ahora un anciano que rondaba los noventa años, astuto, con una voluntad de hierro y, posiblemente -las fuentes no son claras al respecto- ya completamente ciego[682]. Durante cuatro días, las autoridades venecianas revisaron las credenciales de los cruzados antes de que los recibiera el Consejo de los Seis en el palacio ducal. Durante otras dos semanas, los cruzados esperaron una respuesta mientras las autoridades venecianas deliberaban sobre la cuestión, y cuando esta llegó fue positiva: Venecia estaba dispuesta a transportar la expedición, si los cruzados podían pagar. Los venecianos ofertaron transporte y provisiones para un año a cambio de un pago de cuatro marcos por cada caballero y cada caballo y de dos marcos por cada infante, lo que sumaba 94.000 marcos, en base a las cifras de 30.000 cruzados que habían proporcionado los embajadores. A mayores, los venecianos ofrecieron aportar cincuenta galeras de guerra, a cambio de lo cual recibirían la mitad de las tierras conquistadas por la flota combinada de venecianos y cruzados[683].

Los enviados acordaron consultar entre ellos y presentar su respuesta al día siguiente. Decidieron renegociar el precio de los caballeros, intentando dejarlo en cuatro marcos por caballo y dos por hombre. Sobre esa base, los cruzados y Dándolo acordaron al día siguiente un pago total de 85.000 marcos de Colonia a satisfacer en cuatro plazos, terminando los abonos en abril de 1202, para que la flota pudiera levar anclas y partir para la fiesta de Pedro y Pablo, el 29 de junio de 1202. Dándolo tuvo que usar toda su habilidad diplomática y su peso político en Venecia para lograr que el Consejo y la asamblea popular integrada por 10.000 ciudadanos venecianos aprobaran el

[682] Sobre lo que no hay duda es de que conservaba la misma mente lúcida y brillante que había poseído en su juventud. Se ha dicho de él que tenía una carencia total de escrúpulos cuando estaba en juego la riqueza, la gloria y el poder de Venecial ya que "era un ardiente patriota veneciano. No era un santo, sino un hombre de mundo" (QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 9).
[683] QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 10.

contrato al precio negociado[684]. "El tratado de 1201 entre los cruzados y los venecianos es un temprano y espectacular ejemplo de la naturaleza definitiva de la *plena potestas*" de los diplomáticos y del uso de documentos *in albo*, ya que cada uno de los tres grandes líderes cruzados había facilitado a su representante respectivo un documento en blanco con su firma y sello, que se utilizaron para corroborar de inmediato la validez del acuerdo[685].

El acuerdo no especifica el destino de la expedición, aunque los enviados habían comunicado en secreto al Consejo de los Seis que el destino posiblemente fuera Egipto, con la idea de que sería más fácil recuperar Tierra Santa por esa ruta indirecta que atacándola directamente[686]. Esto era contemplado con reticencia por Venecia, ya que sus mercaderes tenían importantes tratos comerciales con los gobernantes egipcios[687].

Los venecianos acometieron la colosal tarea de preparar 450 barcos para transportar 35.000 hombres, así como armar una flota de guerra de cincuenta galeras. Financiar todo ello requirió la puesta en circulación de una nueva moneda, el cuarto de penique o *quartolo*, y parece que Dándolo ordenó suspender todo el comercio veneciano durante dieciocho meses para concentrar los esfuerzos en la preparación de la expedición, con la promesa del pago final del enorme contrato[688]. Sin embargo, todo se torció cuando los cruzados no consiguieron reunir la cantidad acordada, en parte porque su hueste era mucho menos numerosa de lo que habían presupuestado, lo que multiplicaba el precio *per capita* del contrato. Posiblemente los venecianos fueron conscientes desde el primer momento de que la cifra dada por Villehardouin y los negociadores cruzados era exagerada y muy poco realista, y que era posible que la hueste cruzada tuviera un tamaño mucho menor a aquel

[684] QUELLER, *The Fourth Crusade*, pp. 11-12.
[685] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 37.
[686] QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 13.
[687] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 127.
[688] QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 15.

que habían contratado sus delegados, pero hablar de engaño veneciano se antoja excesivo[689].

Llegado el momento, los venecianos habían cumplido el contrato a costa de grandes esfuerzos, pero cuando reclamaron el pago se encontraron con que los cruzados disponían de solo 51.000 marcos, una cifra que aún estaba lejos de la cantidad acordada[690]. Ambas partes se encontraban atrapadas: si renunciaba a la diferencia, Venecia debería afrontar un desastre financiero que podía arruinarla y, por su parte, los cruzados no podían pagar más por el simple hecho de que no tenían medios para ello[691].

La Serenísima República ofreció una solución fácil como primera parte del pago: los cruzados debían tomar el puerto adriático de Zara y entregárselo a Venecia, algo que podría haber cabido dentro de la lógica cruzada de no ser porque el propietario de dicho puerto era el rey cristiano de Hungría. Zara era muy importante para Venecia, ya que daba acceso directo a los robledales dálmatas, cuya madera era vital para los astilleros venecianos. La ciudad se había liberado de la dominación veneciana en 1180, con ayuda de los húngaros, que la habían puesto bajo la protección de su rey, Bela III. Prudentemente, el soberano húngaro fortificó la ciudad, frustrando el intento de recuperación veneciano de 1187. Zara se alió más tarde con Pisa, que buscaba una vía para penetrar en los mercados del Adriático, lo que provocó nuevos ataques venecianos en 1190 y 1193, ambos rechazados por las fuerzas de Zara. La hostilidad, ataques y saqueos entre ambas ciudades eran constantes. Dándolo propuso a los cruzados que la conquistaran para Venecia a modo de compensación por las cantidades que faltaban[692].

689 NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 127.
690 NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 131.
691 QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 46.
692 QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 67.

En este entrampamiento de ambas partes, las acusaciones que aparecen en algunas fuentes inmediatamente posteriores de que el sultán de Egipto habría sobornado a los venecianos para desviar la Cuarta Cruzada e impedir que atacaran sus dominios parecen justificaciones elaboradas a posteriori para tratar de lavar la responsabilidad de los acontecimientos desencadenados. La dinámica diabólica en la que el acuerdo de 1201 había puesto a ambas partes tenía tracción suficiente para arrastrar a la Cuarta Cruzada fuera de su curso original sin necesidad de explicaciones complementarias.

La flota veneciana partió llevando consigo al ejército cruzado. En las naves estaba Enrico Dandolo, que decidió abrazar la cruz y dejar el gobierno de Venecia en manos de su hijo[693]. Al ver a la flota cruzada frente a su puerto, los ciudadanos de Zara izaron sobre sus muros numerosas banderas con la cruz, pensando que se estaba produciendo algún tipo de error[694]. No era así, y la ciudad fue tomada por los cruzados. En un giro casi surrealista de los acontecimientos, los cruzados fueron excomulgados por el papa[695], que trató de salvar su responsabilidad, tal y como recogen las crónicas pontificas posteriores, indicando que prohibió a los cruzados atacar tierras cristianas. Pese a las alegaciones de Inocencio, no se conserva constancia de ello en las fuentes contemporáneas, si bien no sería extraño que la advertencia se hubiera hecho mediante una monición verbal a los embajadores cruzados[696], o incluso que fuera algo que se daba por supuesto en una cruzada y que, sencillamente, la diplomacia pontificia no consideró necesario explicitar.

[693] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 131.
[694] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 175.
[695] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 293.
[696] QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 18.

Zara fue dividida en dos partes, conforme al acuerdo previo, asignándose una a los cruzados y otra a los venecianos[697], y tanto el ejército como la flota se dispusieron a pasar cierto tiempo en la zona, ya que era necesario que Venecia consolidara la ocupación para impedir a los húngaros recobrar la ciudad. Lo que ya de por sí era un hecho desafortunado en una cruzada empeoró cuando, a los cuatro días de tomada Zara, venecianos y cruzados latinos se enzarzaron en una reyerta que degeneró en una batalla campal por las calles de la ciudad, en la que los venecianos llevaron la peor parte y que terminó costando no menos de cien vidas[698].

Mientras los cruzados trataban de devolver el orden a la ciudad, llegó a Zara Alejo Ángelo, hijo del depuesto emperador bizantino Isaac II -a quien su hermano Alejo III había derrocado, cegado y encerrado en las mazmorras de Constantinopla-[699]. El viaje de Alejo Ángelo era una odisea en sí mismo: había escapado por poco del golpe que había derrocado a su padre, abandonando Constantinopla en un buque pisano que lo llevó hasta el puerto italiano de Áncona. Desde allí atravesó los Alpes hasta los dominios de su cuñado, Alberto de Suabia, que lo acogió hasta que el joven príncipe acudió a Zara[700]. Alejo y los cruzados llegaron a un acuerdo por el cual la cruzada cambiaría su destino, marchando hacia la capital bizantina para devolver el trono a Alejo II:

---

[697] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 132.

[698] QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 67.

[699] Alejo II, a su vez, había derrocado a Andrónico en 1185, tan solo tres años después de que este llegara al poder y alentara la matanza de latinos de Constantinopla. Andrónico fue entregado a la multitud, que lo torturó salvajemente. Durante su suplicio, las crónicas hablan de que mantuvo su entereza hasta que un soldado latino, apiadándose de él, lo mató con su espada. Su hijo Manuel fue cegado para evitar que tratara de recuperar el trono de su padre.

[700] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 129. Es muy problable que la llegada de Alejo Ángelo a Zara fuera esperada por los cruzados, ya que el príncipe les había enviado mensajeros solicitando su ayuda mientras la cruzada se encontraba reunida en Venecia (QUELLER, *The Fourth Crusade*, p. 45).

"Los cruzados irían primero a Constantinopla a efectuar un acto de caridad por el que serían generosamente recompensados"[701].

Alejo Ángelo acordó realizar concesiones exorbitantes a los cruzados: Bizancio pagaría los gastos de trasladar a los cruzados a Egipto, saldaría las deudas acumuladas con Venecia, aportaría 10.000 combatientes a la expedición egipcia y costearía el mantenimiento de quinientos caballeros en los reinos latinos de Tierra Santa. Una conjunción de intereses hizo posible el ataque a Bizancio, comenzando por los intereses venecianos, que veían una excelente ocasión de colocar en el trono imperial a un títere controlado desde la Perla del Adriático con el apoyo pontificio, ya que el papa levantó la prohibición de que los cristianos romanos atacaran a los cristianos griegos, convirtiendo en lícito el ataque sobre Bizancio.

Constantinopla fue asaltada por la hueste cruzada el 17 de julio de 1203. Los anglosajones de la guardia varega lucharon palmo a palmo en las inmediaciones del palacio, pero los venecianos, dirigidos por Dandolo, asaltaron las murallas desde el mar y la bandera veneciana fue la primera en ondear sobre las veinticinco torres de la muralla que ocuparon durante el asalto. Alejo III, aterrado, huyó llevando consigo parte de las joyas imperiales y a su hija Irene. Para sorpresa de los latinos, la multitud sacó de la cárcel a Isaac II, ciego y enloquecido por su cautiverio, y lo colocó en el trono, truncando el propósito cruzado de entregar la púrpura imperial a su hijo Alejo Ángelo. Los latinos se encontraron con un hecho consumado, pero Alejo Ángelo estaba descontento, puesto que la tradición bizantina sostenía que un ciego no podía reinar -razón por la cual con frecuencia se cegaba a los emperadores derrocados-. Los cruzados querían apoyar a Alejo y derrocar a Isaac II, acusándole de haber traicionado a la III Cruzada al negociar con Saladino durante el reinado previo a su derrocamiento, mientras que los venecianos eran partidarios de dejar a Isaac en el trono, ya que siempre se había comportado como un amigo de Venecia. Para

[701] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 134.

salvar la cruzada, se llegó a una decisión salomónica: Isaac II seguiría en el trono, pero nombraría coemperador a Alejo, que tomó la púrpura como Alejo IV[702].

Los cruzados debían enfrentarse a un problema de gran magnitud, fuera quién fuera el que se sentara en el trono de Constantinopla: el cumplimiento de los compromisos adquiridos estaba fuera del alcance de los nuevos emperadores, ya fueran Isaac, Alejo o ambos. A medida que esta realidad iba haciéndose evidente para los latinos, la situación en la corte de Constantinopla se volvía más tensa y el gobierno de los nuevos *basileus* se iba descomponiendo. Solo un año después de su restitución en el trono, un yerno de Alejo II les derrocó con un golpe palaciego, hizo estrangular a Alejo IV y se proclamó emperador con el nombre de Alejo V, declarando rotos los acuerdos con los cruzados y haciendo de su marcha de los territorios bizantinos la principal prioridad de su gobierno[703].

La revuelta provocó el regreso de los cruzados, que no tenían otra opción que tomar el control de la ciudad, ya que carecían de medios tanto para regresar a Occidente como para atacar a los musulmanes en Oriente: "Era luchar o perecer"[704]. En marzo de 1204, los líderes cruzados y los venecianos firmaron un tratado sobre cómo repartirse Constantinopla una vez conquistada. El nuevo emperador sería elegido por un consejo formado por seis cruzados francos y seis miembros de la expedición veneciana. El emperador recibiría un cuarto de Constantinopla e igual proporción de los territorios bizantinos. La facción latina a la que no perteneciera el emperador -ya fueran venecianos o el resto de cruzados-, recibiría el control de Santa Sofía y el derecho a designar al patricarca de Constantinopla. Los tres cuartos restantes del imperio se dividirían en dos partes iguales entre venecianos y francos[705].

[702] NICOL, *Byzantium and Venice*, pp. 136-137.
[703] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 140.
[704] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 141.
[705] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 141.

La ciudad fue tomada al asalto el 12 de abril de 1204 y, para horror de una población que no había sido hostil a los cruzados[706], saqueada durante tres días, con tal fiereza que un cronista afirmó que "incluso los sarracenos hubieran sido más clementes"[707]. Constantinopla perdió sus tesoros más preciados[708], entre ellos los cuatro caballos de bronce que el visitante puede contemplar hoy en la fachada de San Marcos de Venecia y que fueron tomados del Hipódromo de Constantinopla durante el saqueo, así como un gran número de reliquias: la Corona de Espinas, la cabeza de Juan el Bautista, varias partes de la Vera Cruz… La mayor parte de estas reliquias fueron enviadas a Francia, donde acabaron destruidas o perdidas a causa de la Revolución Francesa.

El símbolo final del triunfo de Venecia se produjo al año siguiente, cuando falleció en Constantinopla Enrico Dándalo. Pese a que nunca antes se había hecho, los venecianos impusieron que los restos del anciano recibieran descanso eterno en el interior de la mismísima catedral de Santa Sofía, corazón simbólico del entonces extinto poder bizantino[709].

[706] BRAND, *Byzantium confront the West*, p. 11.
[707] Citado en GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 294. En el mismo sentido, Ganshof afirma que en 1204 los cruzados "fueron aún más salvajes que sus predecesores en 1099 en Jerusalén" (GANSHOF, "La Edad Media", p. 142).
[708] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 1.
[709] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 177.

3.- Los imperios del exilio

Tras expulsar al *basileus*, los venecianos recibieron Eubea, Adrianópolis, Gallipoli, parte de Constantinopla, Creta, Corfú, el Peloponeso sudocciodental y la costa griega entre Corinto y Durazzo[710], mientras que los señores latinos crearon feudos como el reino de Tesalónica, el ducado de Atenas o el principado de Morea, que, en la práctica, funcionaban como estados independientes, aunque teóricamente eran vasallos de Balduino de Flandes, el emperador latino al que los cruzados sentaron en el trono imperial de Constantinopla, al frente de lo que denominaron Imperio de Rumania, al que un papa exultante calificó de "nueva Francia"[711].

Los siguientes cincuenta y cinco años fueron un periodo de increíble confusión en la región, con guerras constantes[712]. Un descendiente ilegítimo de la Casa imperial bizantina creó el despotado del Épiro y otro príncipe de sangre real creó el imperio de Trebisonda, en la orilla sur del mar Negro. Por último, Teodoro Laskaris, yerno de Alejo III -a quien habían derrocado los cruzados para devolver el trono a Isaac II-, creó el imperio de Nicea y defendió su derecho a recuperar los territorios bizantinos y detentar la dignidad de emperador, aprovechando, en los primeros años en los que la debilidad del imperio de Nicea era mayor, que las energías latinas estaban concentradas en luchar en los Balcanes contra los búlgaros[713].

El conflicto balcánico entre latinos y búlgaros tenía su origen en el resurgir del poderío de estos últimos, que habían tomado un papel de primer nivel en los asuntos de la región desde que, en 1187, los valacos asumieron el liderazgo de los búlgaros y sus líderes, los dos hermanos

[710] Este puerto albanés tenía una gran importancia estratégica para Venecia, ya que se encontraba en el punto medio de la ruta entre Venecia y los mercados del Egeo (NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 91).
[711] GANSHOF, "La Edad Media", p. 162.
[712] PAINTER, *A History of the Middel Ages, 284-1500*, p. 52.
[713] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 161.

Asen, crearon el Segundo Imperio Búlgaro. Su punto de mayor poder se produjo durante el gobierno de Juan Asen, entre 1215 y 1241, coincidiendo con la dominación cruzada sobre Constantinopla y sus enfrentamientos con quienes reclamaban ser legítimos sucesores de Bizancio. Los búlgaros asentaron su nueva su capital en Trnovo, y el hecho de que no recurrieran a ninguna de las capitales históricas de su reino muestra cuán diferente era la naturaleza de este Segundo Imperio Búlgaro respecto del reino búlgaro de los años anteriores. En realidad, la cultura de este Segundo Imperio era, en esencia, griega -es decir, bizantina-, si bien adaptada al carácter y tradiciones de los eslavos balcánicos[714]. Paradójicamente, las tropas de Juan Asén salvaron indirectamente a los latinos, al destruir al ejército del déspota del Épiro en la batalla de Klokotnika, en 1230, un triunfo que convirtió a los búlgaros en árbitros de los Balcanes[715].

Entre tanto, el imperio de Nicea consiguió sobrevivir tras años de luchar contra los latinos y los seljúcidas, que trataban de hacerse con los restos fragmentados de Bizancio. El reino fundado por Laskaris fue gestionado con muchas de las virtudes que hubieran evitado la pérdida de Constantinopla si se hubieran ejercitado previamente: un sentido común notable sobre lo que era posible y lo que no era más que el sueño perdido de las glorias imperiales terminadas siglos atrás; la puesta en marcha de una maquinaria administrativa e institucional más eficaz y la recuperación de la tradición bizantina de utilizar la diplomacia como el más eficiente de los recursos del arsenal del imperio, volviendo a los enemigos del *basileus* los unos contra los otros[716].

Los gobernantes de Nicea supieron aprovechar las ventajas de que disponían sobre otros pretendientes. Geográficamente, Nicea se encontraba más cerca de Constantinopla que Trebisonda y el Épiro; sus gobernantes fueron los únicos que acuñaron moneda, acto de gran importancia simbólica, dado que solo los soberanos legítimos podían

[714] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. 403.
[715] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 346.
[716] RUNCIMAN, S., *The last Byzantine renaissance*. Nueva York, 1970, p. 6.

realizarlo. También tomaron ventaja los señores de Nicea sobre sus competidores en el plano eclesiástico, ya que fueron los primeros en reclamar un patriarcado cuando el de Constantinopla fue sustituido por un patriarca latino. En el 1259, los de Nicea destruyeron el ejército rival del Épiro en la batalla de Pelagonia y asediaron Gálata, en lo que sería un primer intento de recuperar Constantinopla[717].

Sin embargo, los emperadores de Nicea se vieron obligados a efectuar grandes concesiones tanto a búlgaros como a rusos para asegurarse su apoyo o, al menos, su neutralidad durante los conflictos que llevaron a la restauración del imperio bizantino en Constantinopla. La más importante de estas concesiones fue el fuero eclesiástico, que concedía la autonomía a las Iglesias rusa y búlgara respecto de la autoridad de los patriarcas de Costantinopla y de la Iglesia bizantina[718]. En un sistema cesaropapista como el bizantino quedar fuera de la autoridad de la jerarquía eclesiástica de Constantinopla significaba también quedar fuera oficialmente de la autoridad del emperador como cabeza o protector de la misma, lo que suponía una renuncia política de primer nivel para Bizancio. En la misma línea, los emperadores de Nicea comenzaron a aproximarse al papado, tanteando la posibilidad de una unión de las Iglesias[719].

La dominación latina sobre el territorio bizantino durante más de un siglo dejó su propia herencia jurídico-institucional, como la figura de la *pronoia*, la concesión de una renta extraída de los ingresos públicos a un particular, por lo general vinculado a la familia imperial en un sentido amplio -al menos, en un primer momento- y cuya causa de creación solía ser el pago por algún servicio destacado al Estado, normalmente en el ámbito militar. Aunque existía casi desde la aparición del imperio, solo tomó fuerza tras la conquista latina, como consecuencia de la feudalización al estilo occidental que dicha

[717] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 37.
[718] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 345.
[719] ANDRIOPOULOU, S., *Diplomatic communication between byzantium and the west under the late palaiologoi (1354-1453)*. Birmingham, 2010, p. 230.

conquista trajo consigo. La concesión, que evolucionó para abarcar no solo grandes concesiones a individuos concretos, sino también pequeñas concesiones a colectivos determinados, era revocable y no hereditaria, lo que limitaba en parte su impacto nocivo sobre los ingresos del Estado[720].

4.- Miguel Paleólogo

El emperador que logró la recuperación de Constantinopla fue Miguel Paleólogo, uno de los más hábiles diplomáticos que se sentaron en el trono bizantino. Usó con acierto el oro como si fuera el aceite que debía engrasar la máquina de la política exterior bizantina, y su larga mano puede encontrarse detrás de algunos de los sucesos más destacados de su tiempo, si bien el poderío bizantino nunca logró alcanzar los niveles previos a los luctuosos acontecimientos del año 1204[721].

Una pieza clave de su mosaico de alianzas para recuperar Constantinopla y expulsar a los latinos fue el Tratado de Nymphaion, que comenzó a negociarse en 1260 y fue suscrito el 13 de marzo de 1261 entre Miguel VIII y Génova, sellado con la entrega a los italianos de grandes cantidades de rollos de seda, llamados *peplos*[722]. Además de la inestimable ayuda que para recuperar Constantinopla suponían los recursos genoveses, el tratado en sí mismo tenía un gran valor, puesto que, al ser reconocido oficialmente como legítimo emperador por una de las potencias comerciales más importantes del Mediterráneo, el emperador de Nicea adquiría un plus de legitimidad sobre otros reclamantes, como el déspota del Épiro o el gobierno de Trebisonda.

[720] HALDON, "The Byzantine Empire", p. 228.
[721] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 172.
[722] Génova ratificó el tratado formalmente el 10 de julio, tan solo quince días antes de que las tropas de Miguel lograran recuperar Constantinopla de manos de los latinos.

Para Génova, había sido un movimiento arriesgado, ya que suponía aliarse con un candidato cismático, aunque cristiano, frente a potencias que seguían la ortodoxia del cristianismo occidental, como el imperio latino instalado en Constantinopla o Venecia, que lo respaldaba. Los genoveses, al firmar el acuerdo, corrieron un serio riesgo de que el papa optara por excomulgarles, pero la posición dominante de sus rivales venecianos en el imperio latino no les dejaba opción si no querían ser desplazados por completo de los mercados orientales, y la victoria de Miguel Paleólogo en Pelagonia frente al ejército del Épiro convenció a los italianos de que Nicea era el caballo ganador en la competición por restaurar Bizancio. De este modo, el acuerdo de Nymphaion puede contemplarse "como la culminación de dos largas rivalidades: entre las potencias marítimas italianas, Venecia y Génova; y entre el imperio de Nicea y otros pretendientes en el exilio"[723].

Nymphaion coronó una larga tradición de buenas relaciones entre genoveses y bizantinos, aunque aquellos habían sido los últimos de entre los mercaderes italianos en recibir reducciones en el pago del *kommerkion*, la tasa del 10% del valor de las mercancías que debían pagar al imperio los extranjeros que comerciaran en él. En 1155, los genoveses recibieron un barrio con un *embolos* -una calle de comerciantes-, en Constantinopla y un *skalai*, su propio muelle, además de una reducción del *kommerkion*. A cambio, Genova se convertiría en aliada de Bizancio y no entraría en aliazas contra ella. Durante los catorce años siguientes, Bizancio pagaría a Génova 500 *hyperpyra* -un tipo de moneda de alto valor- y dos palios de seda, y al arzobispado de la ciudad italiana se le entregarían 60 *hyperyra* y un palio. Lo cierto es que ninguna de las partes cumplió lo acordado: los bizantinos no pagaron la totalidad de lo firmado y los genoveses se aliaron con los normandos de Sicilia contra el emperador de Constantinopla[724]. En el año 1160, los genoveses recibieron el barrio prometido, pero dos años

[723] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 35
[724] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 39.

después los venecianos y los pisanos los expulsaron de la ciudad. En el 1170 se repitió la situación: se reasentaron los genoveses y volvieron a ser expulsados, tras lo cual Manuel Conmeno expulsó a los venecianos de la ciudad, en marzo de 1171, confiscando sus bienes[725].

El tratado de 1261 era una alianza permanente entre Bizancio y Génova, que ponía cincuenta naves a disposición de Miguel para la conquista de Constantinopla. Si esta se producía, los genoveses tendrían libertad de comercio en el imperio, tanto en los territorios existentes en aquel momento como en los que pudieran ser conquistados en el futuro. Recibirían, de nuevo, un barrio en Constantinopla, así como en otras ciudades importantes. Se daría a las naves genovesas acceso exclusivo al mar Negro y la posesión de la ciudad de Esmirna. Por su parte, amén de aportar una flota contra los latinos, Génova se obligaba a defender el imperio en tiempo de guerra y a impedir que circularan por sus aguas barcos de guerra cuyo objetivo fuera dañar Bizancio. La cláusula del acuerdo de 1155 que hacía referencia al pago en metálico y seda se reactivó. Parece que los bizantinos suscribieron el tratado forzados por la necesidad y que consideraron sus términos como muy desventajosos, hasta el punto de que casi se sentían avergonzados de haberlo suscrito. Ello se desprende de que tan solo una de las abundantes fuentes griegas sobre el periodo, Holóbolos, lo mencione, guardando las demás completo silencio al respecto[726].

El Imperio de Rumania estaba roído por las disensiones entre barones, entre estos y el emperador, entre latinos y griegos y entre católicos y ortodoxos. Desde mediados de siglo, su debilidad interna era tal que solo se mantuvo en pie frente a la presión de los bizantinos de Nicea por el apoyo que le prestaban Venecia y el principado de Morea, en manos de los señores Villerhardouin, oriundos de la Champaña y que supieron atraer a muchos caballeros occidentales que

[725] Joseph Gill afirma que los ataques venecianos de 1071 fueron un montaje de los bizantinos para tener un pretexto para expulsar a los súbditos de Venecia (GILL, J., "Venice, Genoa and Byzantium", en *ByzF*, nº 10, 1985, p. 60).
[726] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, pp. 41-42.

sostuvieron militarmente el tambaleante trono latino de Constantinopla[727], hasta que, en 1261, toda resistencia se derrumbó frente al avance de Miguel, apoyado por los genoveses.

El 25 de julio de 1261, las tropas bizantinas entraban en la capital, abandonada sin lucha por los latinos. El propio Miguel VIII hizo su entrada oficial el 15 de agosto, en una ceremonia que pasó a la historia bizantina como el *Adventus*. Con esta entrada, que se conmemoró erigiendo una colosal estatua de bronce del *basileus* y acuñando monedas que recogían el acontecimiento, Miguel reformó la imagen imperial, elemento clave de la diplomacia bizantina, entroncándola con la tradición imperial previa al desastre de 1204, pero remodelándola para adaptarla a las nuevas realidades del imperio reconstituido[728].

Durante su reinado, Miguel logró bloquear la amenaza normanda en el oeste, gestionar de forma adecuada las relaciones con los serbios y los búlgaros en el norte, lo que permitió la recuperación de territorios perdidos en Grecia[729], y sacar el máximo provecho posible de la diplomacia pentagonal con mongoles, mamelucos y francos de Tierra Santa[730].

La última pieza que Miguel VIII ajustó en su puzzle de relaciones internacionales estaba destinada a granjearle el apoyo de Occidente, ante la creciente amenaza turca, pero también frente a las ambiciones de Carlos de Anjou, a quien el papa había entregado el reino de Sicilia para expulsar de Italia a la dinastía imperial de los Hohenstauffen. El nuevo rey de Sicilia albergaba ambiciones sobre Constantinopla, intrigando para la creación de una coalición con la que asaltar Bizancio que unió a serbios, búlgaros, renegados griegos, los príncipes latinos que aún quedaban en Grecia e incluso a Venecia. De cuantos podían albergar algún interés en la cuestión, solo el papa se mantuvo al margen,

[727] GANSHOF, "La Edad Media", p. 155.
[728] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 29.
[729] RUNCIMAN, *The last Byzantine renaissance*, p. 8.
[730] Esta cuestión se trata en un apartado específico del presente trabajo.

pero fue suficiente para que el hábil *basileus* le usara como muro de contención de las ambiciones angevinas durante quince años, utilizando para ello el hecho de que el rey de Sicilia era vasallo feudal del papado[731].

La protección papal frente a Carlos de Anjou y sus aliados no fue desinteresada. Miguel prometió al pontífice la reconciliación eclesiástica de la Iglesia bizantina con Roma, que se produciría, además, reconociendo la subordinación de la Iglesia griega a la romana. Las largas negociaciones, llenas de escollos, culminaron en el segundo Concilio de Lyons, celebrado en 1274. Los bizantinos aceptaron que su Iglesia se sometiera al papa, así como la superioridad del *corpus* legislativo de la Iglesia romana sobre el de la bizantina. Este acuerdo, restauraba la unidad de la Iglesia de Oriente con la de Occidente y con él Miguel esperaba eliminar la amenaza angevina en su frente occidental y lograr una mayor implicación de las potencias cristianas en la lucha contra los turcos en sus límites orientales, pues se trataba de infieles amenazando un imperio correligionario del papado.

Miguel envió a Lyons a un representante personal y, a través del mismo, en una suerte de ceremonia por poderes, se convirtió al cristianismo occidental, tanto en lo personal como en su condición de cabeza de la Iglesia bizantina. El *basileus*, además, envió al sumo pontífice un barco cargado de regalos, con la mala fortuna de que una tempestad hundió la nave al poco de haber zarpado de las costas bizantinas[732].

La Unión de Lyons tuvo una difícil existencia, ya que fuerzas muy poderosas se oponían a ella dentro del propio imperio bizantino. Para empezar, la propia Iglesia de Constantinopla, ya que el acuerdo había sido negociado por los enviados del emperador, que había asumido esa tarea en cuanto a protector de la Iglesia, pero sin contar

[731] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 373.
[732] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 202.

con la Iglesia misma, que se oponía a todo lo suscrito en Lyons, considerando carente de valor el acuerdo debido a que para que un concilio tuviera fuerza legal se exigía la presencia de los cinco patriarcas de la Iglesia: Roma, Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jersualén, y ninguno de los cuatro constantinopolitanos -los de Antioquía, Jerusalén y Alejandría residían en la capital de Bizancio desde que sus sedes se perdieran a manos de los musulmanes- había estado presente en Lyons ni enviado delegados que lo representaran.

En 1281, al fallacer el papa Nicolás III, Carlos de Anjou consiguió que se eligiera papa a su candidato, Martín IV, con lo que el principal obstáculo para dar rienda suelta a sus ambiciosos planes contra Bizancio fue removido. Martín excomulgó al emperador Miguel y concedió la calificación de cruzada a la expedición que el monarca siciliano preparaba contra el *basileus*, poniendo con ello fin a la Unión de Lyons y volviendo a partir la Iglesia.

No obstante, en el peligroso juego de la diplomacia medieval era muy difícil ganar por la mano a Miguel Paleólogo. La expedición angevina estaba ultimando sus preparativos cuando se produjeron las Vísperas Sicilianas, la insurrección contra el gobierno angevino en Sicilia, que a la postre generaría cincuenta años de guerras y terminaría con la expulsión de los angevinos de la isla. Hay pocas dudas de que la insurrección fue, sino preparada, alentada y respaldada por los agentes de Bizancio, las intrigas del rey Pedro de Aragón, los clanes Hohenstauffen que aún quedaban en la isla y el inquietante Giovanni da Prócida, "el maestro de los complots"[733]. En la matanza de franceses que comenzó en las escalinatas de la iglesia palermitana del Santo Espíritu mientras sus campanas llamaban al oficio de vísperas naufragaron para siempre las ambiciones de Carlos de Anjou de hacerse con la púrpura imperial[734].

[733] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 12.
[734] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 374.

Sin embargo, los éxitos de la reconstrucción imperial de Miguel VIII y de su imbricada política exterior ocultaban una realidad: en el siglo XIII, Bizancio era una potencia reducida en cuanto tamaño y recursos y sumida en un proceso de decadencia a largo plazo, pese a los éxitos inmediatos alcanzados. Pese a ello, los emperadores siguieron actuando como si el poder bizantino se mantuviera intacto con respecto a las épocas de máximo esplendor y uno de los grandes éxitos de su política exterior fue que tal convicción, basada en buena medida en la consideración especial de que gozaba el *basileus* entre los gobernantes cristianos, fue aceptada por buena parte de los actores del escenario diplomático, en especial en Occidente, que siguieron actuando como si Bizancio siguiera siendo el gran imperio que otrora fue y el *basileus* aún fuera "el emperador por antonomasia"[735].

[735] OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p. 74.

CAPÍTULO IX

EL MUNDO DESDE EL LOMO DE UN CABALLO

1.- Temujin

Pocas historias hay más asombrosas que la de cómo en tan solo tres generaciones, poco más de setenta años, Genghis Khan, sus hijos y sus nietos construyeron un imperio que hacía palidecer, en extensión y población al que Roma tardó cuatrocientos años en construir, mediante "el último y más devastador de los asaltos nómadas a la civilización"[736], "una empresa de conquista extraordinaria y devastadora que transformó el mundo de los imperios"[737].

---

[736] SAUNDERS, J. J. *A history of medieval Islam*. Londres, 1965, p. 171.

[737] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 135. Por desgracia, la historia de los mongoles ha sido contada, esencialmente, por sus enemigos -caso de los textos de los historiadores mamelucos-, pero apenas se conservan fuentes documentales mongolas (AIGLE, D., "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", en *Bulletin d´Etudes Orientales*, nº 57, 2006, p. 68).

Todo comenzó con el nacimiento de Temujin, hijo de un caudillo menor de una tribu mongola. Cuando su padre fue asesinado, el resto de su clan dio la espalda a Temujin, a su madre y a sus hermanos, que emprendieron un camino vital lleno de penurias que incluyó un periodo de esclavitud y el que Temujin diera muerte a su propio hermano. Sin embargo, bajo la protección de Togrul, un caudillo que había sido hermano por juramento –*anda*, en la terminología mongola- de su padre, Temujin comenzó a reunir su propio grupo de guerreros, en principio a partir de individuos sin clan y más tarde seguidores atraídos por su creciente fama. Temujin fue convirtiéndose en una figura cada más destacada en las estepas mongolas, siempre aliado de Togrul y de su propio *anda*, Jamuqa.

El joven que fuera un paria llegó a reunir un ejército de treinta mil guerreros y terminó por enfrentarse a Jamuqa, que había logrado un poder similar, en un conflicto casi fratricida. La suerte, en principio, fue contraria a Temujin, que hubo de marchar a China durante un tiempo, donde ejerció de señor de la guerra a sueldo del trono imperial, antes de regresar a las estepas con la ayuda de Togrul. Ambos guerreros lograron derrotar a Jamuqa, que perdió la vida en batalla, tras lo cual Temujin se volvió contra su viejo aliado, el hermano por juramento de su padre, que perecería luchando contra los guerreros de Temujin. La muerte de Jamuqa y de Togrul y la derrota de sus huestes, dejó a Temujin como señor único de las estepas, lo que fue ratificado en la gran asamblea –*keraltai*- del año 1210, que lo eligió gran khan de todos los mongoles. Entonces, Temujin adoptó el nombre de Genghis Khan.

Sin embargo, las estepas de Asia no eran suficientes para la ambición de Genghis. Tres pueblos hostiles a los mongoles rodeaban las tierras ancestrales que estos habitaban: los xi xia, de etnia tangut; los kara kitai y los poderoso reinos chinos[738]. Tras haber conocido China en los tiempos en que las derrotas contra Jamuqa le obligaron a

[738] BENFIELD, D. C, *The Mongols: Early Practitioners of Maneuver Warfare*. Fort Leavenworth, 2012, p. 7.

exiliarse, el caudillo ambicionaba las riquezas que contenían las opulentas ciudades del Celeste Imperio, de modo que lanzó a sus tropas contra el reino de Jin, el más septentrional de los dos en los que la actual China se encontraba dividida en aquel momento. Zhongdu, su capital, fue capturada tras un largo asedio, en el año 1215[739].

Tras tomar Zhongdu, Genghis propuso un acuerdo diplomático al sha del imperio corasmio, que gobernaba una amplia extensión de terreno en Asia Central y el actual Irán. Se trataba de una propuesta comercial, con la que el gran khan pretendía que los mercaderes y comerciantes del imperio mongol pudieran circular libremente y con seguridad por los territorios corasmios. No obstante, en 1218, una caravana de mercaderes mongoles fue masacrada en territorio corasmio, en Otrar[740], y la misma suerte corrieron los diplomáticos que Genghis envió a exigir explicaciones[741], a quienes el sha corasmio ejecutó por considerarlos espías[742]. Pocos pueblos han experimentado la ira de sus enemigos como lo haría el imperio corasmio cuando Genghis Khan

[739] Según algunos relatos, la idea inicial de Genghis para el mundo chino era arrasar las ciudades hasta los cimientos y convertir el país en un inmenso pastizal para sus rebaños de caballos, pero un consejero de origen chino le convenció de que mantuviera intacto el sistema administrativo imperial para obtener de él el máximo beneficio posible (HARDY, G., y KINNEY, A. B., *The establishment of the Han Empire and imperial China*. Londres, 2005, p. 93).

[740] CHAMBERS, J., *The Devil's Horsemen, The Mongol Invasion of Europe.* Londres, 1979, p. 5.

[741] AIGLE, D., "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", en *Bulletin d´Etudes Orientales*, nº 57, 2006, p. 66. Amitai-Preiss habla de "cientos" de comerciantes mongoles masacrados por los corasmios, pero también de que la matanza solo fue la excusa que Genghis necesitaba para lanzarse sobre el territorio corasmio (AMITAI-PREISS, R., *Mongols and Mamluks. The Mamluk-Ilkhanid War, 1260-1281*. Cambridge, 1995, p. 8).

[742] SPULER, E, "The desintegration of the Caliphate in the East", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 161.

lanzó a sus huestes sobre él, como devastadora respuesta al asesinato de sus enviados. Cuando cayó Otrar, el gobernador corasmio que había iniciado el conflicto fue ejecutado vertiendo plata líquida sobre sus ojos y oídos[743]. A sangre y fuego, los mongoles tomaron una por una las ciudades del imperio. Algunas, como Samarkanda o Bukhara, resultaron relativamente bien paradas, pese a ser saqueadas y parcialmente destruidas; en otras, como Urgent, Balkh, Merv o Nishapur, los mongoles dieron muerte a todos los varones -con excepción de los sacerdotes y los artesanos- y vendieron como esclavos a los niños y mujeres. Estas matanzas formaban parte de una política general de intimidación, que pretendía evitar la resistencia en campañas futuras[744], pero también era parte del acerbo cultural de la política mongola, donde la resistencia era considerada una ofensa hacia la voluntad del khan y, por tanto, hacia los deseos del Cielo, a quien el gran khan representaba[745].

Si bien parte de la historiografía más reciente se inclina por una visión atenuada acerca de la violencia de las conquistas mongolas, lo cierto es que las evidencias de la destrucción causada son incontestables. De todas las ciudades saqueadas durante la conquista del imperio corasmio, solo Bukhara permaneció en el mismo emplazamiento; otras, como Merv y Samarkanda -donde aún pueden verse las ruinas dejadas por los mongoles en el viejo emplezamiento- pudieron reconstruirse, pero la destrucción de la localización original era tal que hubo de cambiarse su ubicación; otras muchas, simplemente,

[743] KENNEDY, H., *Mongols, huns and vikings. Nomads at war*. Londres, 2002, p. 129.

[744] AIGLE, "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", p. 65.

[745] Sobre la idiosincrasia política del imperialismo mongol, es recomendable la consulta de RACHWWILTZ, I. de, "Some Remarks on the Ideological Foundation of Chinggis khan's empire", en *Paper on Far Eastern History*, nº 7, 1973, pp. 21-36; y AMITAI-PREISS, R., "Mongol Imperial Ideology and the Ilkhanid War against the Mamluks", en AMITAI-PRESS, R., (coord.), *The Mongol Empire & its Legacy*. Leiden, 1999, pp. 57-69.

permanecieron en ruinas: Otrar, Balkh y Nishapur fueron borradas de la faz de la tierra[746]. En esta ultima se masacró a cuanto ser vivo había en la ciudad, ya fueran mujeres, niños o ancianos. Se dio muerte a todo el ganado y a todos los animales domésticos, incluidos perros y gatos. Los cadáveres fueron apilados en pirámides como advertencia de las consecuencias de oponerse a los mongoles[747].

El imperio corasmio, hasta entonces una tierra próspera, repleta de diques y canales y situada en la estratégica ruta de las caravanas, se desmoronó, demostrando ser un gigante con pies de barro en el que la población era hostil al gobierno y al ejército de esclavos-soldados kipchakos que le servía[748].

Bajo el mandato de Genghis, los mongoles desarrollaron una ideología imperial según la cual el Cielo había encargado al Gran Khan llevar la paz y el orden a todo el mundo, que, por tanto, debía someterse a los mongoles. En esta visión, solo cabían dos posiciones, sin estados intermedios: encontrarse en armonía con los designios celestiales, es decir, someterse a los mongoles, u oponerse a ellos como enemigo y rebelde, lo que implicaba la aniquilación, sin compromiso posible entre una u otra posición. Sumisión total o destrucción[749]. Pero la voluntad imperial no basta para explicar por sí sola el éxito de las campañas de Genghis. Una concatenación de factores coyunturales, como la incapacidad de China en ese momento para intervenir en la política de

[746] KENNEDY, *Mongols, huns and vikings*, p. 138.
[747] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 183. De hecho, los historiadores contemporáneos han conceptuado la conquista del imperio corasmio como un verdadero genocidio en el que pudo perecer el 90% de su población (p. 184).
[748] SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 175.
[749] Estas y otras nociones sobre la ideología imperial mongola pueden leerse en FLETCHER, J. F., "The Mongols: Ecological and Social Perspective", en *Historical Journal of Asian Studies*, nº 46, 1986, pp. 19,30-5; RACHEWILTZ, "Some Remarks on the Ideological Foundations of Chingis Khan's Empire", pp. 21-36; y VOEGELIN, E., "The Mongol Orders of Submission to European Powers, 1245-1255", en *Byzantion*, nº 15, 1940-41, pp. 378-413.

las estepas generando disensiones que impidieran la unificación de los clanes[750], se sumó a factores estructurales, como la necesidad de los nómadas de controlar rutas comerciales cada vez más amplias para asegurarse el flujo de bienes que ellos eran incapaces de producir[751], o la necesidad de una expansión continua para que el líder pudiera mantener la lealtad el respeto de sus seguidores con el reparto de botín, cargos y honores, haciendo posible la construcción del imperio mongol.

En 1221, las huestes del Gran Khan extendieron sus campañas a toda Persia y a Afganistán, llegando hasta el Indo y el Cáucaso. Los caballos mongoles abrevaron en el Volga, y lo remontaron, adentrándose en las llanuras ucranianas, recorriendo 20.000 kilómetros y derrotando sucesivamente a georgianos, cumanos, rusos y búlgaros[752]. En 1226, Genghis se dispuso a marchar contra los tangut, en Oriente, para saldar una vieja deuda que el khan no había olvidado, la negativa de los tangut a proporcionar tropas para la campaña contra Jin, años antes. Durante esta expedición, Genghis falleció, en unas circunstancias que no han podido determinarse con total claridad. Se abrió entonces el siempre delicado proceso sucesorio.

2.- Los descendientes de Genghis Khan

Para los mongoles, cualquier miembro del linaje del khan fallecido podía optar a la sucesión, por lo que las luchas, las negociaciones y las intrigas eran una parte inevitable del proceso. Sin embargo, el conflicto entre los candidatos potenciales no suponía una crisis del sistema, sino que estaba diseñada como parte del mismo: el

750 LATTIMORE, O., "The Geography of Chinggis Khan", en *The Geographical Journal*, nº 129, 1963, p. 5.

751 A este factor le conceden una importancia vital autores como KHAZANOV, A. M., *Nomads and the Outside World.* Cambridge, 1984, pp. 228-30; y SINOR, D., "Horse and Pasture in Inner Asian History," *Oriens Extremus*, nº 19, 1972, p.180.

752 BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 147.

más fuerte, el más hábil, el más astuto, acabaría imponiéndose a los demás en el complejo juego de fuerza y poder que se desataba a la muerte de un khan, con lo que, por lo general, se lograba que el candidato más capaz accediera al mando[753]. No cabe duda de que, con sus sombras, el sistema fue exitoso en líneas generales. Líderes del talento y capacidad de Genghis Khan, Ogodei, Batu, Hulegu, Kubilai o Mongke ejerciendo el poder de forma encadenada son una anomalía estadística de tal calibre que no cabe atribuir el fenómeno únicamente al azar, sino que más bien parece indicar que el arriesgado método de sucesión por conflicto contribuía, en efecto, a situar a líderes de talento extraordinario al frente de los designios de los mongoles.

Para paliar las consecuencias negativas del sistema sucesorio, la tradición era que el nuevo khan entregara a los candidatos derrotados amplias porciones del territorio, denominadas *ulus*, para que las gobernaran de forma semiautónoma, en principio bajo la autoridad del khan. La sucesión de Genghis fue particularmente tranquila, para los parámetros mongoles, ya que, rompiendo la tradición, el gran khan había afirmado en vida que su deseo era que le sucediera el tercero de sus hijos, Ogodei. Esta voluntad del khan, unida a la muerte de su primogénito, Jochi, hizo posible que el *kiraltai* elegiera como khan a Ogodei tras un periodo relativamente breve de lucha política.

El nuevo líder asignó los *ulus* a los candidatos que no habían resultado elegidos. Siguiendo otra tradición, que implicaba que el primogénito no elegido khan recibía la porción más alejada del corazón del imperio, a Batu -el hijo del fallecido Jochi- se le entrego la parte occidental de los dominios mongoles, un territorio que abarcaba hasta las faldas de los Urales; el segundo hijo de Genghis, Chagatai, recibió los dominios de Asia Central; Ogodei, como khan, ejercía el poder directo sobre las estepas mongolas y el indirecto sobre todo el imperio; y el cuarto hijo de Genghis, Tolui, recibió las provincias chinas y coreanas. Esta primera sucesión en la línea de Genghis conceptuó al

[753] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 140.

khan como una suerte del primero entre iguales, en cuyas manos quedaba la distribución de los *ulus* y la conducción de la política exterior del imperio[754].

La nueva generación de líderes genghiscidas pronto dejaría bien clara su valía y extendería el temor a sus hordas hasta Europa de la mano de Batu[755], que abandonó los límites de sus dominios para iniciar, en el invierno del 1237[756], una gigantesca campaña que duraría cinco años. Sus huestes avanzaron de forma incesante, primero a través de las estepas rusas, para luego lanzarse contra los principados ruríkidas, cuyo incipiente poder político aniquilaron con la toma de Kiev, para después internarse en tierras polacas, donde aplastaron en Leignitz a un ejército formado por tropas polacas y germanas y, finalmente, lanzarse sobre el corazón de Centroeuropa, a través de las llanuras húngaras, cuyo ejército aniquilaron en la batalla de Mohi, en el 1241[757]. Ninguna fuerza política, militar o natural fue capaz de detener el avance de los jinetes de Batu. Cuando una Europa aterrada creía inevitable que Viena

[754] BIRAN, M., *Qaidu and the rise of the independent mongol state in Central Asia*. Richmond, 1997, p. 10.

[755] Algunos autores utilizan el término "genghiscida" en vez de "mongol" para referirse a los diferentres poderes surgidos del imperio de Genghis Khan, al considerar que estos poderes estaban integrados por colectivos multiculturales, de los cuales solo la élite gobernante era mongola (LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 105).

[756] Batu y su principal general, Subodei, lanzaron la campaña en invierno de forma intencionada. Sus guerreros y monturas estaban acostumbrados al frío atroz de los inviernos de Asia Central y el hielo convertía los ríos rusos en rutas de comunicación transitables, que los mongoles usaban como calzadas a través de los bosques (KENNEDY, *Mongols, huns and vikings*, p. 146).

[757] Pese a su victoria, el triunfo le costó a las fuerzas de Batu una gran cantidad de bajas, dado el extraordinario valor mostrado por los húngaros, muchos de los cuales lucharon hasta la muerte incluso cuando la batalla estaba perdida. Por ejemplo, del contingente de caballeros hospitalarios que acompañaba al ejército de Hungría no hubo ni un solo superviviente. Kennedy afirma que "el sacrificio húngaro salvó a Austria e Italia de los mongoles" (KENNEDY, *Mongols, huns and vikings*, p. 153).

siguiera la misma suerte que habían corrido Merv o Balkh[758], el lado más negativo del sistema de sucesión mongol salvó al Viejo Continente: en la lejana Mongolia, falleció Ogodei y Batu hizo volver grupas a sus guerreros para regresar a toda prisa a su hogar, a fin de participar en la lucha por la sucesión.

El *keraltai* al que apresuradamente había acudido Batu eligió como nuevo khan a Mongke, hijo del menor de los vástagos de Genghis Khan, en el año 1251, trasladando la línea sucesoria a los descendientes de Tolui. Quizá temiendo el descontento de los descendientes de Ogodei, Mongke realizó una cierta purga de los elementos más descontentos[759], y bajo su mandato la expansión del imperio prosiguió: en China, su hermano Kubilai completó la conquista con la anexión del reino Song, en 1270, que abarcaba la parte sur del territorio chino, y Vietnam; los herederos de Chagatai, que habían heredado el *ulus* que gobernara su padre, ampliaron sus límites hasta las cumbres del Pamir; a Batu se le entregó de nuevo el gobierno de la Horda de Oro, que controlaba las estepas rusas y ucranianas en lo que era ya un reino prácticamente independiente de la autoridad del gran khan.

La gran expansión durante del khanato de Mongke llegó de la mano de Hulegu, el tercer hijo de Tolui -y, por tanto, hermano del nuevo khan y de Kubilai-, a quien se le había entregado el *ulus* de Persia. En 1256, Hulegu comenzó una serie de campañas para las cuales Mongke facilitó a su hermano el mayor ejército nunca puesto a disposición de un caudillo mongol, al ordenar que uno de cada diez varones en edad militar de todo el imperio se pusiera a las órdenes de Hulegu[760]. Esta

[758] Un cronista ruso afirmó, tras contemplar la marcha de las tropas de Batu por las estepas que "no quedó ningún ojo que no cerrara la muerte" (SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 178).

[759] BIRAN, *Qaidu and the rise of the independent mongol state in Central Asia*, p. 1.

[760] Algunos autores incluso aumentan el ratio a uno de cada cinco guerreros mongoles. Es el caso de LANE, G., *Early Mongol rule in Thirteenth Century Iran. A Persian renaissance*. Londres, 2003, p. 18, que además señala que el

pavorosa hueste primero destruyó el poder de la secta de los Asesinos en las montañas de Siria, en lo que no era sino una venganza de sangre, ya que los nizaríes, como también eran conocidos los servidores del Viejo de la Montaña, habían sido responsables del asesinato de Chagatai, el segundo de los hijos de Genghis Khan[761]. Cuando el poder de la secta hubo sido aniquilado y su fortaleza, Alamut, reducida a escombros, Hulegu prosiguió su avance contra una presa de mayor entidad: el agonizante califato abasí[762], cuyo arrogante califa cometió el error de responder con imprudencia a los emisarios de Hulegu, a quien se refirió como un "jovencito a quien la suerte había acompañado durante diez días"[763].

Bagdad fue tomada en el 1258 y destruida en una orgía de sangre que, según los cronistas musulmanes, costó la vida a 200.000 de sus habitantes y puso al periodo islámico clásico[764]. El último califa abasí fue envuelto en una tela y dejado en mitad de una avenida, donde fue pisoteado hasta la muerte por los caballos de los guerreros mongoles[765].

---

ejército incluía a grandes contingentes turcos e incluso guerreros musulmanes oriundos de Persia. Cuáles fueron las órdenes concretas que Mongke dio a su hermano al encomendarle esta fuerza no está del todo claro, y algunos autores consideran muy probable que Hulegu se extralimitara notablemente e irrumpiera en algunas áreas bajo la autoridad, directa o indirecta, de los mongoles de la Horda Dorada (AMITAI-PREISS, R., *Mongols and Mamluks. The Mamluk-Ilkhanid War, 1260-1281*. Cambridge, 1995, p. 13).

761 RUNCIMAN, S., *A history of the Crusades: the kingdom of Acre and the later Crusades.* Nueva York, 1994, p. 250.

762 Hulegu era hostil al Islam, pero sentía simpatía por el budismo y el cristianismo. Dos de las personas más próximas al caudillo, su esposa Dokaz Khatun y su lugarteniente Kitbuka eran cristianos (SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 180).

763 LANE, G., *Early Mongol rule in Thirteenth Century Iran. A Persian renaissance*. Londres, 2003, p. 30.

764 SAUNDERS, *A history of medieval Islam*, p. 200. Para este autor, el segundo periodo de la historia islámica se traslada por el desplazamiento del centro de gravedad del mundo musulmán de lo árabe a lo otomano (p. 201).

765 FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 190.

Absorbidos por Hulegu los dominios abasíes, los mongoles siguieron avanzando hacia el sur a través de Palestina, topando con las fuerzas de los mamelucos egipcios.

Peter Frankopan explica a por qué la atención de los mongoles no se centró en Europa, sino que se desvió a otros escenarios, lo cual no resulta sorprendente una vez se abandona la habitual perspectiva eurocéntrica de la historia universal:

> "La Edad Media europea se ha considerado tradicionalmente como la época de las cruzadas, la caballería y el creciente poder del papado, pero todo ello fue poco más que una atracción secundaria ante las luchas titánicas que estaban teniendo lugar más al este. El sistema tribal había llevado a los mongoles al borde de la dominación mundial tras haber conquistado casi la totalidad de Asia continental. Las puertas de Europa y el norte de África estaban igualmente abiertas; y, por tanto, resulta llamativo que la jefatura mongola decidiera concentrarse no en la primera, sino en la última. En palabras sencillas: Europa no era el mejor trofeo en juego. En el camino hacia el control del Nilo, la rica producción agraria de Egipto y su posición estratégica en la intersección de las rutas comerciales, lo único que se oponía a los mongoles era un ejército comandado por hombres originarios de las mismas estepas: esta no era solo una lucha por la supremacía, era el triunfo de un sistema político, cultural y social. La batalla por el mundo medieval se libró entre los nómadas de Asia Central y oriental"[766].

De hecho, Europa tenía poco interés para los mongoles de las primeras generaciones genghiscidas, ya que dos factores limitaban las capacidades de los pueblos nómadas frente a los poderes sedentarios como los europeos. Por un lado, la tendencia a la fragmentación -como muestra la división progresiva del gran imperio de los hijos y nietos de

[766] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 192.

Genghis-, que solo disminuía con la sedentarización, lo cual, a su vez, eliminaba las ventajas que el elemento nomádico daba al pueblo en cuestión; y, por otro lado, las enormes cantidades de pastos que se requerían para mantener las masas de guerreros a caballo con sus monturas de repuesto. Un guerrero mongol llevaba por término medio diez monturas en una campaña, si bien Marco Polo habla de guerreros que llevaban consigo hasta dieciocho caballos. Tal volumen de animales -más de un millón de caballos para un ejército de 100.000 combatientes mongoles- era insostenibles fuera de las grandes llanuras de Asia Central. Al oeste de las estepas ucranianas no había un solo espacio capaz de mantenerlos, ya que la más grande de las planicies europeas, la llanura húngara, tiene un tamaño "de bolsillo" en comparación con las estepas orientales[767].

Estos factores explican por qué los mongoles, en vez de avanzar hacia el oeste, lo hicieron hacia el sur, a través de Siria y Palestina. En una batalla de enorme significación histórica, el 3 de septiembre de 1260 las fuerzas mamelucas lograron derrotar a los mongoles en Ayn Jalut, en un lugar conocido como los Pozos de Goliat, logrando lo que ni coreanos, ni chinos, ni vietnamitas, ni los pueblos túrquicos, ni los corasmios, ni los rusos, ni los polacos, ni los húngaros, ni los abasíes ni los nizaríes habían logrado: contener la expansión mongola. Lo hicieron oponiendo a la máquina de guerra de las estepas un ejército formado también por pueblos de las estepas, ya que el ejército mameluco en Ayn Jalut estaba compuesto, sobre todo, por mercenarios turcomanos y esclavos capturados en Dniester y el Don de entre los cumanos, los pechenegos y otras tribus guerreras; de hecho, su general, Baibars, era de origen cumano. Los Pozos de Goliat marcaron el límite de la expansión de los ejércitos de las estepas de Asia Central[768]. Los mamelucos, pese a que el general que había logrado la victoria de Ayn Jalut, el sultán Quuz, pereció asesinado en el marco de una lucha interna por el poder, avanzaron hacia el norte y se hicieron con el control de la

[767] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 24.
[768] LEWIS, B., "Egypt and Siria", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 213.

mayor parte de Siria. Alepo y Damasco fueron tomadas sin resistencia, ya que la invasión mongola había destruido las estructuras previas de poder, creando un vacío que los mamelucos llenaron sin oposión[769].

En las décadas posteriores, otras invasiones mongolas sobre los dominios mamelucos fueron igualmente rechazadas en 1281, 1299, 1300 y en 1303. Ante la resistencia de los mamelucos, los mongoles abandonaron su expansión hacia el sur y consolidaron su dominio sobre Mesopotamia y Oriente Próximo, lo que dio en llamarse el Ilkanato.

Las campañas de Hulegu marcaron el punto máximo de la expansión mongola. En Oriente Próximo, los mamelucos fueron la barrera que detuvo su avance. En las estepas, los khanes de la Horda de Oro mostraron poco interés en las tierras del norte, boscosas y pantanosas, poco aptas para la cría de caballos, el elemento central de la vida de los mongoles. En el este, solo el océano Pacífico fue capaz de poner fin a la expansión del imperio. En dos ocasiones, Kubilai trató de romper esta barrera, lanzando expediciones contra Japón, por unas causas que hasta hoy no han podido esclarecerse con total seguridad, pero que bien pudieran tener que ver tanto con las minas de oro japonesas como con las constantes incursiones en las costas continentales de los *wako*, los temidos piratas nipones. La primera expedición fue poco más que un reconocimiento en fuerza, pero el segundo intento era una invasión en toda regla, que terminó en terrible fracaso cuando una tempestad -el *kamikaze*, el Viento Divino- hundió buena parte de la flota y dispersó al resto[770].

Mongke fue el último gran khan de los mongoles. Tras su muerte, más que de un imperio mongol debería hablarse de imperios mongoles, en plural. La Horda de Oro, bajo el liderazgo de Batu, el único de los grandes caudillos mongoles que no era hijo de Tolui, gobernó su *ulus* desde la elección de Mongke como si de un reino independiente se

[769] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 195.
[770] Al respecto, ver TURNBULL, S., *The mongol invasions of Japan. 1274 y 1281*. Oxford, 2010.

tratara. Cuando Mongke murió, su hermano Kubilai se proclamó khan de los dominios chinos en su capital de Kanbalik, sin acudir al *kiraltai*, como mandaba la tradición, lo cual constituía, en la práctica, una declaración de independencia que desligaba sus territorios de la autoridad de quien fuera elegido gran khan en Mongolia. Tan solo dos generaciones después de Genghis, su imperio se había fragmentado en cuatro entidades diferentes: la Horda de Oro en el oeste; la China de la dinastía Yuan -que fue el nombre que los chinos dieron a los mongoles- en el este; el Ilkanato en Mesopotamia y Oriente Próximo; y, por último, los dominios de la propia Mongolia y Asia Central.

La estructura del Estado de los mongoles se sustentaba bajo la premisa de la lealtad al khan; la ruptura de la misma era castigada de forma despiadada y su mantenimiento era premiado con generosidad. Como todos los imperios que se basaban en el reparto de beneficios entre los siervos y guerreros, el imperio de los khanes necesitaba una permanente expansión para que el reparto pudiera continuar de forma indefinida. En vida de Genghis, sus hijos y sus nietos, la naturaleza de la cultura mongola, nómada y basada en el caballo, contribuyó a dar a esta expansión una fuerza arrolladora. Los mongoles no lanzaban campañas de conquista y luego se replegaban a su hogar, sino que su hogar se desplazaba con ellos, por lo que podían perpetuar su movimiento hacia delante, sin mirar a atrás, de forma prácticamente indefinida, como demostró Batu en su campaña de cinco años desde los Urales hasta Hungría. Los ejércitos de su tiempo no estaban preparados para plantar cara a la forma de hacer la guerra de los mongoles, y las barreras naturales demostraron que tampoco les arredraban, ya que mientras hubiera una brizna de hierba para sus cabalgaduras, los guerreros de las estepas eran capaces de proseguir su marcha incluso sin agua ni alimentos, ya que podían alimentarse durante días bebiendo la sangre de sus caballos.

Cuando esta expansión cesó, los imperios mongoles fueron quebrándose poco a poco, puesto que la esencia que los cohesionaba fue debilitándose. El primero en resquebrajarse fue el Ilkanato. En esta

parte de los dominios mongoles se produjo un rapidísimo proceso de islamización y solo una generación después de la destrucción de Bagdad la mayor parte de los mongoles del Ilkanato ya eran musulmanes. Su situación geopolítica era peor que la de los otros *ulus*, encajonado entre vecinos con poderosos medios militares a su disposición: los mamelucos en el sur, Bizancio en el oeste y el creciente poder de los turcos seljúcidas al norte. Esto indujo a los gobernantes del Ilkanato a buscar ayuda en el más improbable de los aliados: los reinos francos de Tierra Santa. Sin embargo, la ayuda de los latinos tuvo pocas consecuencias prácticas en beneficio de los mongoles y, por el contrario, deslegitimó su gobierno ante su propia población, musulmana, que no podía contemplar con buenos ojos la alianza de sus líderes con los infieles. La disociación entre gobierno y población fue a más, y una de las causas fue de carácter jurídico: los sistemas legales de los musulmanes sometidos y de los mongoles eran radicalmente diferentes, como correspondía a sociedades que diferían prácticamente en todo. El Derecho proyecta a la sociedad en que se aplica, y los musulmanes urbanos y los mongoles nómadas no podían tener sistemas jurídicos compatibles[771].

El confuso sistema de sucesión terminó por destruir la paz interna del Ilkanato cuando, en 1335, Abu Said murió sin descendencia y ningún candidato logró imponerse a los demás. Cuarenta años de guerras civiles desangraron al Ilkanato hasta que los turcos aplastaron sus restos de forma definitiva.

En Asia Central y Oriente, las fuerzas mongolas habían quedado divididas en tres estados: el dominio de los herederos de Chagatai en Asia Central, el de los herederos de Ogodei en Mongolia y el de los herederos de Kubiliai, la dinastía Yuán, en China. En 1271, Qaidu, un nieto de Ogodei, sometió al khanato chagatánida de Asia Central hasta su muerte, en 1301. Su sucesor fue consciente de que su posición en

[771] HODOUS, F., "Clash or compromise? Mongol and muslim law in the ilkhanate (1258–1335)", en *Mameluks Studies Review*, nº 12, 2008, p. 88.

Mongolia era demasiado precaria y volvió a admitir la independencia del antiguo *ulus* de Chagatai, al tiempo que, en 1304, firmaba un tratado con la dinastía Yuán. Este acuerdo, lejos de inaugurar un periodo de paz, fue el comienzo de una larga serie de conflictos, puesto que los descendientes de Ogodei, aseguradas sus fronteras orientales, consideraron que era el momento de volver a someter a los chagatánidas. Fue un error de cálculo: los Yuán se unieron a los chagatánidas y los descendientes de Ogodei se vieron impotentes para luchar contra las otras dos potencias simultáneamente. Aunque el hijo de Qaidu fue derrotado en 1306, la guerra se prolongó hasta 1310, momento en que el khanato de Mongolia fue derrotado definitivamente y repartido entre sus enemigos: los Yuán añadieron a su imperio chino todas las tierras al sur y al oeste de los montes Altai, mientras que el resto de territorios conquistados se incorporaron al khanato chagatánida[772].

Los Yuán establecieron una línea de fortificaciones entre el Qara Qorum y los montes Altai, en los territorios recién adquiridos, y los chagatánidas emplazaron, a modo de espejo, su propia línea de fuertes frente a los chinos. La situación se extendió a toda frontera sudoriental entre las dos potencias, a lo largo del territorio de los uigures. Pese a que parece que ninguno de los dos bandos buscaba una guerra, la tensión escaló debido a que la línea fronteriza había dejado parte de los pastos de invierno de las fuerzas chagatánidas en el lado chino de la demarcación. El khan Esen Boqa envió una misión diplomática al comandante chino en la región, provista de generosos regalos, para intentar que este concediera de forma amistosa permiso para que las tropas chagatánidas usaran sus pastos tradicionales en los nuevos dominios chinos, sin conseguirlo, lo que hizo aumentar aún más los recelos del khan sobre las intenciones de sus vecinos.

[772] YINGSENG, L., "War and peace between the Yuan dynasty and the chaghadaid khanate (1312–1323)", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden 2005, p. 340.

Desde el punto de vista geoestratégico, el gran temor de Esen Boqa era una alianza entre la dinastía mongol en China, situada a oriente de sus dominios, y el Ilkanato, situado en su frontera occidental, obligándole a combatir en dos frentes separados entre sí por miles de kilómetros. Para evitar esto, los chagatánidas interceptaban a los mensajeros que ambos enemigos potenciales intercambiaban, deteniendo tres embajadas diferentes en el bienio 1313-1314, enviando a los diplomáticos a Kashgar y confiscando sus caballos y propiedades, en una contravención flagrante de los usos diplomáticos[773].

Pese a ello, Esen Boqa no se tranquilizó y decidió comenzar la guerra él, antes de que sus enemigos pudieran coordinarse. Esta suerte de ataque preventivo no obtuvo el menor éxito. Las tropas chagatánidas fueron derrotadas sin dificultad por los Yuán, que, acto seguido, avanzaron a través de la estepa, hacia el corazón de los dominios chagatánidas. La guerra se prolongaría varios años, hasta que el sucesor de Esen Boqa, Kebek, firmó un tratado de paz con los Yuán que aumentó los dominios territoriales de estos hacia el interior de la estepa. La paz fue recibida con disgusto por gran parte de los guerreros chagatánidas que combatían en el área fronteriza, hasta el punto de que Kebek apenas pudo mantener el control de la parte más occidental de su reino, Transoxania, mientras que la frontera oriental se sumía en el caos y la desintegración en manos de caudillos militares fuera de todo control.

Estos sucesos posibilitaron el último espasmo con que los mongoles estremecieron al mundo conocido, surgido de las ruinas del khanato chagatánida. De allí emergería la figura de Timur -apodado el Cojo, por lo que con frecuencia se le conoce como Tamerlán, por la palabra mongola que describe dicha minusvalía-, que en una serie de fulgurantes y atrozmente sanguinarias campañas sometió de nuevo gran

[773] YINGSENG, "War and peace between the Yuan dynasty and the chaghadaid khanate (1312–1323)", p. 345.

parte de los dominios que en su día unificó Genghis[774]. En el 1380, Tamerlán controlaba ya Mongolia y Transoxania, situando la capital de sus dominios en Samarcanda; sometió Persia, Afganistán, el Cáucaso, parte de los kanatos de la Horda de Oro y el Norte de la India. Tomó Bagdad en el 1393 y saqueó Delhi en el 1398, para después derrotar a los pujantes otomanos en 1402, en la batalla de Ankara, capturando al sultán Bayaceto, que murió siendo esclavo del khan. Se encontraba de camino a una campaña para conquistar China, en 1405, cuando falleció.

Timur, que había sembrado "una destrucción universal"[775], nombró heredero a uno de sus nietos, pero solo dos años después de su muerte el imperio se dividió en cuatro fragmentos, cada uno de los cuales se sumió rápidamente de nuevo en el caos de la política tribal y las guerras civiles, desapareciendo sin dejar apenas huella. A esta veloz desintegración contribuyó la política de dominación aplicada por Tamerlán, con traslados sistemáticos de las élites locales a territorios distantes, descabezando cualquier oposición a su liderazgo en cada nuevo territorio sometido. Para asegurar aun más su posición, Tamerlán nombraba personalmente a cada administrador, gobernador, jefe militar o juez. Era "la personalización extrema de la autoridad, basada en la desarticulación de las redes locales"[776], lo cual funcionó satisfactoriamente durante su vida, pero destruyó cualquier posibilidad de continuismo una vez que su carismática figura faltó.

[774] Algunos aspectos de la maquinaria de guerra timúrida pueden verse en FORBES MANZ, B., "Nomad and settled in the timurid military", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden, 2005.
[775] SPULER, E, "The desintegration of the Caliphate in the East", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 171.
[776] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 162.

3.- Gobernar a lomos de un caballo

Se suele atribuir a Ogodei, muy influido por sus consejeros chinos, una reflexión de notable agudeza: se puede conquistar el mundo a lomos de un caballo, pero no se puede gobernar el mundo a lomos de un caballo.

Se ha definido al imperio mongol en sus primeras fases como una confederación tribal jerarquizada, situación desde la que evolucionó hasta convertirse en un verdadero Estado en las generaciones posteriores, demostrando una extraordinaria receptividad para adoptar formas institucionalizadas de gobierno centralizado, en su mayor parte tomadas de pueblos conquistados, como los persas y los chinos[777]. No obstante, hasta la adopción de estructuras organizativas de carácter estatal, los mongoles se beneficiaron de algunas características de su organización tribal que facilitaban el desarrollo de grandes coaliciones tribales.

La estructura tribal en África y Eurasia crece en complejidad de acuerdo a un patrón que se desplaza de oeste a este: linajes acéfalos y segmentarios en el África subsahariana, que formaron muy pocos Estados antes de la llegada de los europeos. Por otra parte, los linajes tribales con líderes permanentes, pero sin organización supratribal a lo largo del norte de África y de la península arábiga, que dieron lugar a Estados que mantenían una relación simbiótica con las estructuras tribales, lo que se traducía en cinco características: organización interna en linajes segmentarios, que permiten mantener altas tasas de movilización militar; un liderazgo débil, electivo o casi electivo; una simbiosis de las poblaciones agrícolas y pastoriles; existencia de linajes privilegiados o incluso sagrados, como el caso de los descendientes de Mahoma en el mundo islámico; importancia del comercio y de las rutas de peregrinaje; uso de mercenarios como recurso militar por el poder

[777] BARFIELD, "Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective", p. 173.

central; e intensa actividad diplomática, interna y externa, tanto con otras naciones como entre el poder central y los poderes locales, tribales, etc[778].

Siguiendo el arco oeste-este, a oriente de los Estados con implicación tribal del mundo norteafricano y árabe se pueden encontrar confederaciones supratribales lideradas por caudillos poderosos que generaron redes políticas en el marco de extensos imperios, ya fuera como conquistadores o como conquistados, situadas geográficamente a lo largo de Anatolia y la meseta irania. En último lugar, si se sigue avanzando políticamente hacia el este, aparecen tribus jerarquizadas que dieron lugar a Estados centralizados, los cuales fueron capaces de gobernar, de forma esencialmente predatoria, vastas regiones de Asia Central y el norte de China.

Este planteamiento encaja a la perfección con la realidad de las tribus mongolas de Asia Central, que, por lo general, se encontraban mucho más jerarquizadas que sus equivalentes en otras regiones. Esto tenía un reflejo en términos de estructura social, estableciéndose categorizaciones dentro de un mismo clan familiar entre los hermanos mayores y los menores, entre las generaciones maduras y las jóvenes y entre los linajes de los caudillos y el resto, dando forma a una estructura que los sociólogos denominan clan cónico, en el que la descendencia patrilineal de un antepasado común aparece organizada de forma jerárquica según la línea genealógica de la que desciende. Los clanes cónicos mongoles practicaban la exogamia, es decir, contraían matrimonio fuera de su propio clan y de su línea patrilineal, de forma que las relaciones entre diversos clanes, linajes y grupos eran mucho más cercanas que entre otros grupos tribales que practicaban la endogamia -el matrimonio dentro del mismo clan o linaje-, caso de las tribus árabes.

[778] GELLNER, E., "Tribalism and the State in the Middle East", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006, pp. 120-128.

Los matrimonios entre clanes generaban un patrón de negociaciones, intercambios y alianzas, un elemento supratribal que formaban parte del acerbo común de la cultura mongola y sirvió de base para ir un paso más allá, creando, sobre la base de esta tradición de negociaciones y vínculos personales previos, una confederación política a gran escala, primer paso hacia el gran imperio mongol. La estructura de los clanes cónicos también contribuyó a estabilizar internamente la situación cuando se produjo la gran expansión: en la concepción jerarquizada de los mongoles, no había ningún deshonor en asumir un papel secundario en la guerra o la administración, ya que esta era la posición natural del hermano menor frente al mayor, del joven frente al adulto y del linaje común frente al linaje de los caudillos. Determinados vínculos de subordinación eran aceptados como parte del orden natural de las cosas[779].

Ogodei, el segundo gran khan genghíscida, fue el encargado de llevar a la confederación creada por Genghis a un nivel diferente de organización política, al ser el primero en institucionalizar un aparato estatal para gestionar el imperio, estableciendo una secretaría para gestionar los asuntos de Persia y otra para los del Turquestán y China septentrional, en la década de 1240[780].

Los mongoles fueron capaces de articular un sistema de gobierno en que la administración de los diferentes territorios quedaba en manos de las élites locales, sometidas al control imperial de los khanes, y cuya lealtad se garantizaba dejando por completo la fuerza militar en manos de los mongoles[781]; al tiempo, las costumbres chinas y persas fueron impregnando poco a poco las cortes de los khanes, en especial las

[779] BARFIELD, "Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective", pp. 178-180.
[780] BIRAN, *Qaidu and the rise of the independent mongol state in Central Asia*, p. 10.
[781] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 153.

fórmulas propias de la administración de los segundos[782]. Este modelo permitió aprovechar las estructuras de cada territorio sometido y minimizó el impacto -y, por tanto, la hostilidad-, que la dominación mongola tenía sobre los pueblos sometidos. La indiferencia de los mongoles hacia aspectos tales como las tradiciones locales, su cultura o, especialmente, su religión[783], hizo aún más fácil el sometimiento de las poblaciones, que no veían alterado de modo significativo su existencia bajo la égida de los khanes.

Las élites mongolas hicieron gala de un singular eclepticismo en materia religiosa, del que abundan los ejemplos. Así, Tolui, el cuarto hijo de Genghis, se casó con una princesa cristiana nestoriana, Sorgaqtani, que fue la madre de sus hijos, grandes caudillos a su vez: Hulegu, Kubilai y Mongke. El segundo de ellos, a su vez, manifestó una intensa atracción por el budismo y es muy probable que llegara a convertirse. Los dominios de Hulegu se islamizaron rápidamente, si bien algunos de sus descendientes llevaron al extremo la maleabilidad religiosa: Oljeitu, que gobernó el Ilkanto entre 1304 y 1316, fue, en distintos periodos de su vida, animista, budista, cristiano, musulmán suní y musulmán chií[784].

---

[782] AIGLE, "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", p. 67.

[783] La posición mongola respecto de las religiones de los pueblos vencidos se analiza en JACKSON, P., "The mongols and the faith of the conquered", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden 2005.

[784] El pluralismo religioso sigue siendo cuestión de debate en el siglo XXI, como pone de manifiesto PRADO RUBIO, E., "Pluralismo y participación de confesiones religiosas en la televisión" en *Revista Auctoritas. Revista on-line de Historiografía en Historia, Derecho e Interculturalidad*, nº 3, 2018. La misma autora pone de manifiesto como la religión ha formado parte de conflictos en los últimos cincuenta años, en artículos como "The Troubles: 1968 y los 10.000 días de violencia en Irlanda del Norte" en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., PRADO RUBIO, E., (coords.), *El año de los doce mayos*. Valladolid, 2018; y "La representación de conflictos sectarios en el cine contemporáneo: el caso norirlandés", en GRANDA

De entre todos los grandes khanes, Mongke fue el que hizo un mayor esfuerzo para lograr una centralización institucionalizada en sus dominios. Ordenó la elaboración de un colosal censo que permitiera maximizar los recursos fiscales del imperio, siguiendo los consejos de un gobernante regional musulmán. Se creó un verdadero aparato estatal, una suerte de secretaría central a cuyo frente se puso a un mongol, Messeger, con el cargo de gran canciller, que incluía la obligación de velar por la seguridad del khan y su designación como *yeke yarghuchi* o juez supremo, funciones agregadas a su posición como cabeza del sistema administrativo mongol[785]. Bajo este gran canciller se situaba un secretario, cargo que fue desempeñado en primer lugar por un cristiano nestoriano, Bulghai, cuyas misiones específicas comprendían la gestión de la diplomacia mongola[786]. En un nivel inferior se situaban secretarías regionales -en principio, una para China, otra para el Turquestán y otra para Persia-, que se ocupaban de los asuntos de cada uno de los grandes bloques territoriales que formaban el imperio. La naturaleza exacta de estas secretarías no está del todo clara, ya que algunas fuentes chinas las definen como "móviles", por lo que cabe la posibilidad de que no se tratara de una estructura fija[787].

LORENZO, S., TORRES GARCÍA, A. Y VELASCO DE CASTRO, R. *Religión y control político social: normas, instituciones y dinámicas sociales.* Valladolid, 2016.

[785] FARQUHAR, D. M., *The Government of China under Mongolian Rule*. Stuttgart, 1990, p. 368; AIGLE, "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", p. 70.

[786] AIGLE, "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", p. 70.

[787] Sobre esta cuestión, ver BUELL, P., "Sino-Khitan Administration in Mongol Bukhara", en *Journal of Asian History*, nº 13, 1979, p. 147; y ALLSEN, T. T., "Guard and Government in the Reign of The Grand Qan Möngke", en *Harvard Journal of Asian Studies*, nº 46, 1986, p. 502.

Al frente de cada territorio sometido se colocaba un *darugachi*, como representante del gran khan, al que se dotaba de fuerzas militares y de autoridad para controlar el territorio en nombre del líder mongol[788]. La mayor parte de ellos eran mongoles, aunque con el tiempo también se nombraron *darugachi* de origen túrquico. Eran los responsables de la recaudación de impuestos, de mantener en funcionamiento el sistema de postas en sus jurisdicciones, de elaborar censos periódicos y de mantener la paz y el orden en el territorio[789]. Los documentos de las autoridades locales carecían de valor si no eran sellados por este delegado del khan, por lo que no solo se convertía en el supervisor del aparato estatal mongol en una zona determinada, sino también de los poderes locales en ella.

Buena parte de la administración mongola, en especial en Irán y Oriente Próximo, se alimentó de lo que Jean Aubin denominó "divanistas", en sustitución del término con el que los persas se habían referido a ellos durante décadas: la "gente de la pluma". Este término hace referencia a una élite de familias y linajes de alto nivel cultural que, tradicionalmente, coparon los oficios de la administración estatal en Persia, creando una suerte de aristocracia burocrática de corte hereditario que suministró a los mongoles buena parte de los funcionarios que sirvieron para apuntalar un sistema administrativo en el que los nómadas no tenían experiencia[790].

---

[788] Análisis más extensos sobre esta figura y sus competencias en BARTHOLD, V., *Turkestan down to the Mongol Invasion*. Londres, 1977, p. 401; CLEAVES, F. W., "Daru□a and Gerege", en *Harvard Journal of Asiatic Studies*, nº 16, 1953, pp. 237-255; ENDICOTT-WEST, E., *Mongolian Rule in China. Local Administration in the Yuan Dynasty*. Cambridge, 1989, pp. 2-3, 8, 17-18.

[789] AIGLE, "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", p. 71

[790] AIGLE, "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", p. 71.

El papel de los divanistas fue particularmente evidente en el Ilkanato, donde se mantuvo una administración desdoblada: por una parte mongola, particularmente en el este, bajo control directo del poder mongol, y otra esencialmente persa, en especial con relación a los estados tributarios de la zona más occidental. Existió un visir, siempre persa, que realizaba funciones equivalentes a primer ministro, pero en colaboración con un oficial mongol[791]. En las contadas ocasiones en que las dos cabezas de la administración quedaron en manos persas, las rivalidades dieron lugar a sucesos como la ejecución de uno de los gobernadores en 1284, demostrando que la fórmula más eficaz la constituía una administración de divanistas persas bajo el control de oficiales mongoles[792]. Con el tiempo, la única forma de acceder a los puestos más altos de la administración del Ilkanato era desarrollar una carrera en el Ordo, la corte de los Ilkanes en Bagdad.

Uno de los grandes instrumentos aplicados por los mongoles al control de su imperio fue un complejo sistema de postas, denominado *yam*, que copiaron de lo aprendido en sus campañas en el Norte de China contra los kitanos. Cada cincuenta kilómetros, la distancia máxima que un caballo podía recorrer si se quería obtener el rendimiento óptimo a sus capacidades, existía una posta donde correos, mensajeros, diplomáticos y emisarios podían cambiar de montura, descansar o pasar la noche. Para poder utilizar este sistema de postas y paradas, era necesario encontrarse en una misión oficial al servicio de los khanes, lo cual debía acreditarse mediante un medallón que se entregaba a los servidores del imperio. Este colgante era llamado *paisa* por los chinos, palabra que significaba "medalla" y de la que deriva el moderno término pasaporte. Con este sistema, un mensajero a caballo podía recorrer hasta trescientos kilómetros diarios.

[791] SPULER, B., *Die Mongolen in Iran. Politik, Verwaltung und Kultur der Ilchanzeit 1220-1350*. BerlÍn, 1955, pp. 285-288.
[792] AIGLE, "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", p. 73.

El imperio mongol ejerció un efecto dinamizador del comercio internacional a larga distancia. Las conquistas de los khanes convirtieron el espacio comprendido entre el océano Pacífico y el mar Negro en una vasta unidad comercial donde la seguridad estaba garantizada, dentro de las posibilidades de su época, por el Estado[793]. La ruta de la Seda, por primera y única vez en la Historia, quedó en manos de una única unidad política desde su nacimiento hasta sus puntos finales. Los mongoles protegieron el comercio, pues eran conscientes de su importancia como fuerte de ingresos para las arcas imperiales.

Sus invasiones provocaron notables efectos en Europa. Quizá el más evidente fue su influencia sobre la formación de un estado ruso. En el momento en que las huestes de Batu llegaron a las estepas ucranianas, existía un pujante embrión de estado, los principados ruríkidas, de los cuales la ciudad más importante era Kiev. La destrucción de este proto-estado ruso tuvo varias consecuencias de gran calado. En primer lugar, retrasó décadas la formación y consolidación de un verdadero poder político en las grandes llanuras rusas. En segundo lugar, desplazó el corazón de ese mundo ruso desde Kiev hacia Moscú, un fenómeno cultural y político que tomó tintes de oficialidad institucional cuando la sede del arzobispado de Kiev fue trasladada a Moscú. En tercer lugar, el sistema de gobierno mongol, claramente depredador, en tanto en cuanto a que su única aspiración era obtener los máximos beneficios posibles de las tierras conquistadas, aniquiló la herencia política y jurídica bizantina, que, hasta ese momento, había constituido la base de los modelos legales y de gobierno rusos.

Por último, y quizá más importante, la conquista mongola destruyó la conexión incipiente del mundo ruso con el resto de Europa, tanto a través de Bizancio como de Polonia y Hungría. Las tierras rusas quedaron aisladas, separadas del resto del continente por la dominación mongola. A la postre, esto significó que fenómenos como el

[793] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 18.

Renacimiento o la Reforma no llegaron a Moscú, aumentando la desconexión política, cultural y religiosa de las tierras rusas con el conjunto de Europa[794].

Pese a que la guerra fue la fragua que forjó la dominación mongola, bajo su dominio la mayor parte de los pueblos sometidos vivieron en paz, lo que constituyó uno de los periodos de tranquilidad, prosperidad y florecimientos económico y cultural más destacados de la Edad Media, lo que llevado a que los historiadores utilicen el término de *Pax Mongolica* o Paz Mongola para referirse a dichos años. Por ello, la idea de que un largo periodo de paz y prosperidad, que abarque un amplio marco geográfico, es posible bajo un gobierno unificado es una las nociones que el legado político mongol incorporó al pensamiento diplomático[795].

[794] FUKUYAMA, *Los orígenes del poder político*, pp. 547-548.
[795] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 164.

CAPÍTULO X

LA DIPLOMACIA PENTAGONAL

1.- La esclavitud militar

Una consecuencia importante de las políticas centralizadoras de los abasíes fue el aumento de importancia de la esclavitud militar, surgida tras la conquista de Transoxania, anexionada entre los años 813 y 842, que situó dentro las fronteras abasíes a numerosos pueblos túrquicos de Asia Central. Como institución, la esclavitud militar se había dado durante miles de años en varios continentes, pero en ninguna cultura ha tenido tanta importancia y extensión como en el mundo islámico, aunque no hay nada específicamente islámico en ella. El islam arrancó como una religión militante que expandió su poder político por la fuerza de las armas, pero la esclavitud militar no aparece hasta un siglo y medio después de la primera oleada de conquistas, por lo que no parece que haya una relación directa entre ambos fenómenos[796].

[796] AMITAI, R., "Military Slavery in the Islamic World: 1000 Years of a Social-Military Institution", Lección en Universidad de Trier, 27 de junio de 2007, p. 1.

Aunque bajo los abasíes la base del ejército califal había sido formado por tropas persas del Jorasán[797], el califa Al Mamum creó un cuerpo de 4.000 esclavos turcos, a los que se llamó mamelucos, que se convirtieron en núcleo del ejército abasí, tanto por su ferocidad como por el ardor que les proporcionó su reciente conversión al Islam. El califa Al Mutasim, más adelante, creó una academia para su educación y les facilitó esclavas turcas para que se casaran con ellas, prohibiéndoles mezclarse con la población local, creando una casta militar aislada de la sociedad que la rodeaba. La esclavitud militar fue el modo en que los abasíes trataron de superar uno de los principales problemas de los imperios musulmanes, ante el que los califas omeyas habían fracasado: dotarse de una fuerza militar propia, controlada y leal al Califato, al margen de las estructuras tribales, de tal manera que las políticas militares no dependieran del apoyo de los diferentes clanes y caudillos. Para finales del siglo VIII, las fuerzas tribales habían desaparecido prácticamente de la estructura militar islámica, sustituidos en gran parte por los los "hijos del Jorasán", como eran conocidos los esclavos soldados, debido a la región de la que muchos de ellos eran originarios[798].

El debate sobre el origen de esta institución militar, que determinaría el futuro de Oriente Próximo, presenta interesantes elementos jurídico-institucionales. Dos son las posturas en torno a las que se ha agrupado la historiografía. La primera de ellas sostiene que la esclavitud militar evolucionó a partir de la tradición de las tribus de la estepa de que un grupo de guerreros ligados por lazos de fidelidad acompañaran a los caudillos tribales, tradición transmitida a los califas

[797] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 242.

[798] AMITAI, "Military Slavery in the Islamic World: 1000 Years of a Social-Military Institution", p. 2. Es interesante el punto de vista de Hugh Kennedy, que señala que lo verdaderamente importante no es el hecho de que fueran esclavos, sino que procedían de la periferia del imperio abasí (KENNEDY, H., *The Prophet and the Age of the Caliphates: The Islamic Near East from the Sixth to the Eleventh Century*. Londres, 1986, pp. 158-160).

abasíes cuando estos absorbieron a las tribus turcomanas[799]. La segunda teoría se basa en la tradición árabe de las relaciones clientelares. En los primeros años de expansión islámica, la única forma en la que un individuo no árabe podía convertirse en musulmán era transformándose en cliente de un musulmán; aunque esto fue desapareciendo a media que el Islam se expandió, se siguió utilizando la terminología para definir a los nuevos conversos, no terminando de desligar la noción de conversión -de carácter religioso- de la de clientela -de carácter jurídico y social-. Un gran número de prisioneros de guerra y esclavos optaban por convertirse para mejorar su situación, lo cual les vinculaba a su vez a un noble, caudillo o potentado musulmán. Cuando las tribus turcomanas fueron sometidas, su naturaleza guerrera dio a esta relación clientelar, directamente vinculada a la conversión religiosa, un matiz netamente militar, del que terminó derivando la esclavitud militar[800].

Pese a su indudable eficacia como fuerza militar -que los historiadores musulmanes contemporáneos atribuyeron a dos motivos: su ferocidad natural como guerreros de las estepas y su fervor religioso de nuevos conversos[801]-, los mamelucos llegaron demasiado tarde para poder salvar el Califato abasí. Para aquel entonces, a mediados del siglo IX, estaba desmembrándose en entidades independientes, un proceso que había comenzado cuando uno de los últimos omeyas creó un

[799] Esta teoría es defendida por SHABAN, M. A., *Islamic History: A New* Interpretation. Cambridge, 1976, pp. 63–65; BECKWITH, Ch. I., "Aspects of the Early History of the Central Asian Guard Corps in Islam", en *Archivum Eurasiae Medii Aevi*, nº 4, 1984, pp. 29-43; GOLDEN, P. B., "Khazar Turkic Ghulams in Caliphal Service", en *Journal Asiatique*, nº 292, 2004, pp. 279-309.

[800] Por su parte, entre los defensores de esta idea cabe citar a AYALON, D., "Preliminary Remarks on the Mamluk Military Institution in Islam," en PERRY, V. J., y YAPP, M. E., (eds.), *War, Technology and Society in the Middle East*. Londres, 1975, pp. 44–58, CRONE, P., *Slaves on Horseback* Cambridge,1980; y PIPES, D., *Slave Soldiers and Islam.* New Haven, 1981.

[801] MAZOR, A., "The Rise and Fall ofaMuslim Regiment The Mansuriyya in the First Mamluk Sultanate, 678/1279-741/134", en *Mamluk Studies Review*, nº 10, 2015, p. 20.

califato en Córdoba, separando Al Andalus de los dominios abasíes[802]. A finales del VIII y comienzos del IX, dinastías independientes se establecieron en Túnez y Marruecos, y en el siglo X ocurrió lo mismo en el este de Persia. Mediado aquel siglo, Bagdad perdió el control sobre Arabia, Egipto y Siria, de modo que el estado abasí quedó limitado a Mesopotamia, aproximadamente el actual Irak.

Uno de los elementos que facilitaron la disolución del Califato fue el hecho de que los califas abasíes no lograron integrar plenamente la economía de las regiones periféricas en un modelo vinculado al núcleo de sus dominios. Estas regiones estaban más vinculadas económicamente a sus vecinos fuera del imperio y a las rutas que les conectaban con ellos que al propio Califato, lo que impidió que la economía ejerciera de elemento cohesionador cuando los lazos políticos se debilitaron[803]. En el 1055, los soldados túrquicos derrocaron al califa abasí y situaron en Bagdad a su propio dirigente, un episodio más en la lenta agonía que terminaría en el 1258, cuando los mongoles de Hulegu acabaron con los restos del califato abasí.

En Egipto, los mamelucos sirvieron a los sultanes fatimíes de El Cairo, hasta que estos fueron reemplazados por la dinastía ayyubí, que siguió sosteniéndose sobre la fuerza armada de los esclavos-soldado. Con el tiempo, la fuerza política de los mamelucos fue tal que derrocaron al último sultán ayyubí en 1250 y situaron en el trono a uno de los suyos, Baibar. Así, los mamelucos se convirtieron en los gobernantes de Egipto, que administraban con la importante colaboración de los eunucos, la mayor parte de los cuales eran negros procedentes de Nubia.

[802] El poder militar en Al Andalus también se basó desde un momento muy temprano en los esclavos soldados. Se mencionan por vez primera en el reinado de Abderramán I, y parece que eran una fuerza estable el el reinado de Al Alakán I, contribuyendo a afianzar el propio califato.
[803] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 113.

Los esclavos llegaban a Egipto a través de tres rutas. La más importante atravesaba el Bósforo y los Dardanelos y se encontraba bajo el control de los emperadores bizantinos. A diferencia de las otras dos, era esencialmente marítima. Con la independencia de Egipto y la apertura de su nuevo mercado de compra de esclavos gran parte del tráfico de esclavos controlados por los rus se desvió a los cauces del Don y el Dniester -abandonando el Volga-, que llevan al mar Negro y Constantinopla[804]. Las otras dos vías confluían en el Eúfrates, donde los mercaderes al servicio de los mamelucos -pero rara vez originarios de sus dominios- compraban a los esclavos que llegaban por tierra desde la parte oriental de Anatolia o a través del Caúcaso y Azerbayán, territorios controlados por el Ilkanato mongol. Ya en tierras del sultanato mameluco, los esclavos eran entrenados durante años, hasta que, una vez terminada su preparación, eran manumitidos y entraban al servicio del Estado, bien como soldados o, si habían destacado, como emires, funcionarios y oficiales destinados a los rangos más elevados[805]. Una vez que completaban su entrenamiento, los mamelucos se incorporaban al ejército como hombres libres, a través de una ceremonia pública en la que se realizaba conjuntamente la manumisión del esclavo y su graduación como soldado[806].

Dos debilidades acabaron con el estado mameluco de Egipto. La primera de ellas fue la ausencia de un verdadero gobierno institucionalizado, ya que lo que existía era poco más que una cadena de mando en cuya cúspide se encontraba el sultán, pero que carecía de normas claras sobre cuestiones clave, como la sucesión, donde dos ideas enfrentadas debilitaron la legitimidad de los sultanes: la sucesión hereditaria frente a la sucesión electiva, en la cual el poder de elegir recaía exclusivamente en los mamelucos, garantizando que el sultán no fuera más que una extensión de los intereses de la élite militar. El

[804] FRANKOPAN, *El corazón del mundo,* p. 145.
[805] MAZOR, "The Rise and Fall of a Muslim Regiment. The Mansuriyya in the First Mamluk Sultanate", pp. 21-22.
[806] AMITAI, "Military Slavery in the Islamic World: 1000 Years of a Social-Military Institution", p. 10.

segundo elemento debilitador, derivado del primero, fue la ausencia de una autoridad política por encima del poder militar, con lo cual este no era un instrumento al servicio del Estado, sino, de una forma muy real, el Estado mismo.

Uno de los elementos que había hecho especiales a los mamelucos era que no podían tener descendientes legítimos, de forma que uno de los grandes incentivos para el enriquecimiento y la promoción de los intereses individuales por encima de los colectivos, la transmisión de la herencia a los sucesores, quedaba eliminado. Sin embargo, cuando el principio de sucesión hereditaria se impuso en el sultanato, a fin de legitimar la transmisión del poder político de padres a hijos, se levantó la prohibición para el conjunto de los mamelucos, lo cual contribuyó a diluir su especialidad dentro de la sociedad egipcia y a convertirlos en una simple élite hereditaria, lo que limó su consideración social y les restó apoyo de la población, que había considerado justificados sus privilegios cuando venían acompañados de limitaciones que, además, habían garantizado que los mamelucos no se convirtieran en una élite privilegiada y hereditaria.

La conjunción de estos factores estructurales; una sucesión de años de grandes plagas -no menos de veinticinco entre 1388 y 1514-, la interrupción de las rutas comerciales que suministraban esclavos para los mamelucos por el surgimiento del poder otomano[807] y la incapacidad para adaptarse a los cambios que recorrían el mundo a finales del siglo XV y comienzos del XVI, muchos de ellos de índole militar, socavó de tal manera el poder mameluco que, en 1517, poca resistencia pudieron oponer ante la más pujante de las potencias musulmanas de su tiempo: los otomanos.

[807] Durante los siglos XIII y XIV, la mayor parte de los mamelucos eran esclavos de origen kipchako, vendidos a través de sus aliados de la Horda Dorada. Los kipchakos eran una confederación tribal asentada en las estepas del sur de Rusia y Ucrania (MAZOR, “The Rise and Fall of a Muslim Regiment”, p. 17).

2.- Diplomacia a cinco bandas

Los mongoles de Hulegu y los mamelucos se convirtieron en enemigos desde el mismo momento en que sus fuerzas colisionaron, tras la conquista mongola del califato de Bagdad y la consiguiente fundación del Ilkanato. Sucesivos intentos mongoles de proseguir sus conquistas hacia el sur a costa de los mamelucos fueron repelidos en 1260, 1281, 1299, 1300, 1303 y 1312. Tan solo en el año 1299, tras la victoria de Wadi-Al-Khaznadar, los mongoles lograron un éxito parcial, ocupando Siria durante un año, transcurrido el cual los mamelucos les obligaron a replegarse nuevamente dentro de los límites del Ilkanato[808].

Entre las grandes campañas bélicas se extendieron años definidos por Amitai-Preiss como de "guerra fría", con incursiones, conspiraciones, actividades de inteligencia, búsqueda de aliados e intentos de desestabilización mutua[809]. Hasta la segunda década del siglo XIV, en forma de guerra abierta o de conflicto de baja intensidad, el enfrentamiento prosiguió; tan solo a partir de 1320 el Ilkanato reconoció la imposibilidad de someter a los mamelucos y negoción un acuerdo de paz, que se concluiría en 1323.

La hostilidad de los mamelucos hacia los mongoles del Ilkanato contrasta con sus relaciones de amistad y alianza con los mongoles de la Horda Dorada, fenómeno que se explica por las necesidades económicas y comerciales de los mamelucos: la Horda era el mayor proveedor de esclavos del Sultanato y este necesitaba a los jóvenes esclavos que los mongoles de las estepas rusas le facilitaban para mantener la institución de la esclavitud militar en la que se basaba el gobierno mameluco.

---

[808] AMITAI-PREISS, R., *Mongols and Mamluks. The Mamluk-Ilkhanid War, 1260-1281*. Cambridge, 1995, p. 1.
[809] AMITAI-PREISS, *Mongols and Mamluks*, p. 1.

El tercer actor en el sistema de poder que se había formado en Próximo Oriente eran los reinos francos, resultado de las conquistas efectuadas por los cristianos durante las Cruzadas. El primero de estos reinos en verse implicado en la pugna por el poder entre el Ilkanato y los mamelucos fue el Principado de Antioquía. En 1256, Bohemundo VI de Antioquía, ante el temor a una invasión mongola, aceptó convertirse en vasallo formal del Ilkanato, una gestión que fue llevada a cabo por el suegro de Bohemundo, el rey de Armenia Cilicia. Situado más al sur, el reino de Acre, gobernado por una serie de señores feudales entre los que destacaban las Órdenes Militares de los Templarios y los Hospitalarios, así como los representantes de las comunidades comerciales italianas que operaban desde San Juan de Acre, concluyeron acuerdos con los mongoles que no implicaron la sumisión, favorecidos por su mayor distancia con respecto a las fronteras mongolas[810].

Al comienzo de su reinado, Baibar no había tenido inconveniente en seguir la política de la dinastía ayyubí que le había precedido, cohabitando en Siria con los reinos francos, si bien una incursión cristiana en sus dominios, que partió de Acre en el invierno de 1260, no contribuyó a mejorar las relaciones, pese a que no llegó a ser una amenaza y fue derrotada por los musulmanes locales sin necesidad de que intervinieran las fuerzas gubernamentales mamelucas. Pese a ello, Baibar y los reinos latinos firmaron un tratado, basado en uno anterior firmado entre cruzados y ayyubíes, en el que ambas partes reconocían el *status quo* e intercambiaban prisioneros capturados en las múltiples correrías e incursiones que caracterizaban la intranquila relación entre los poderes de la región[811].

Sin embargo, a mediados de la década la actitud de los mamelucos hacia los francos cambió y se volvió más hostil. Amitai cree que el elemento que originó este cambio fue la creencia egipcia de que

[810] AMITAI-PREISS, *Mongols and Mamluks*, p. 24.

[811][811] AMITAI-PREISS, "The conquest of Arsuf by Baybars: Political and military aspects", p. 66.

los reinos latinos se encontraban en connivencia con los mongoles del Ilkanato, sus enemigos mortales desde finales del siglo XII. La idea de que los cruzados facilitaban información a Bagdad, instigándoles a atacar a los mamelucos e incluso planeando un ataque conjunto, arraigó en entre los dirigentes de El Cairo de tal forma que dejaron de considerar neutrales a los francos, para verlos como aliados de sus enemigos[812]. De este modo, Baibar llegó a considerar que, disminuyendo el poder de los francos les forzaba a mantenerse a la defensiva, lo que reducía las posibilidades de que se sumaran a una hipotética guerra entre mamelucos y mongoles[813]. La consecuencia más importante de esta política de contención de los reinos cristianos fue la recuperación de Arsuf por los mamelucos, tras un largo y dificultoso asedio.

Si los mamelucos temían la colusión diplomática y militar del Ilkanato con los reinos francos de Tierra Santa, los mongoles de Bagdad temían que las buenas relaciones diplomáticas y comerciales de los mamelucos con los khanes de la Horda Dorada terminaran por convertirse en una alianza militar que dejaría al Ilkanato frente a una guerra en dos frentes. Las relaciones entre la Horda y los mamelucos se cimentaron en el mutuo entendimiento entre sus líderes, Berke por parte mongola y Baibar por parte mameluca, sobre la base de enfrentarse a un enemigo común. Berke odiaba a Hulegu desde que este, en su campaña contra el Califato abasí, ocupó las tierras al sur del Caúcaso que Berke consideraba pertenecientes a la esfera de influencia de la Horda[814]; todo empeoró cuando Hulegu hizo ejecutar a tres príncipes mongoles descendientes de Jochi, la misma rama de la que descendía Berke, y aún fue a peor la situación cuando Hulegu también ejecutó al

[812] Esta evolución es analizada en JACKSON, P., "The crisis in Holy Land in 1260", en *English Historical Review*, nº 95, 1980. Amitai respalda resumidamente las ideas de Jackson en "The conquest of Arsuf by Baybars: Political and military aspects", p. 68.
[813] AMITAI-PREISS, "The conquest of Arsuf by Baybars: Political and military aspects", p. 68.
[814] MARTIN, J., *Medieval Russia. 980-1584*. Nueva York, 2007, p. 159.

califa de Bagdad, acto que horrorizó a Berke, que se había convertido al Islam. Por si fuera poco, cada uno de los caudillos mongoles se alineó con facciones distintas en la lucha por el khanato que siguió a la muerte de Mongke[815].

Con esta situación, que estallara una guerra abierta solo era cuestión de tiempo, y el conflicto entre la Horda Dorada y el Ilkanato comenzó en 1261, cuando Berke envió a sus fuerzas, al mando del príncipe Nogai, a través del Paso Darband, conocido como las Puertas de Hierro del Cáucaso, no muy lejos del mar Caspio. Hulegu en persona encabezó a las fuerzas del Ilkanato para expulsar a Nogai y perseguirle al otro lado de las montañas, haciéndole huir al interior de la llanura de los kipchakos, a finales de 1262. Los mongoles de Hulegu siguieron avanzando y cruzaron el río Terek, pero el 14 de enero de 1263 fueron sorprendidos y derrotados por los guerreros de la Horda Dorada, que los expulsó de nuevo al otro lado del Paso Darband[816].

Tras esta campaña, ambos bandos llevaron la guerra al terreno de la diplomacia. Berke envió a sus representantes a Constantinopla, donde se reunieron con los delegados de los mamelucos, bajo la tutela del emperador bizantino Miguel Paleólogo y de los genoveses allí asentados. El líder de la Horda acusaba a Hulegu de haber quebrantado la *yasa*, la ley mongola[817], y de haberle ofendido como musulmán con el asesinato del Califa. Por ello, solicitaba a Baibar que lanzara a los mamelucos siguiendo el Eúfrates hacia el norte, para atacar el Ilkanato desde dos direcciones, con el acuerdo de que cada uno de los dos aliados -la Horda y los mamelucos- se quedaría con aquellos territorios que conquistara. Aunque Baibar se mostró de acuerdo con la propuesta, nunca llegó a llevarse a la práctica.

---

[815] AMITAI-PREISS, *Mongols and Mamluks*, p. 78; MARTIN, *Medieval Russia*, p. 159.

[816] AMITAI-PREISS, *Mongols and Mamluks*, p. 82.

[817] Sobre la "gran yasa" mongola, ver MORGAN, D., "The "Great *yasa* of Chinggis Khan" revisited", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden 2005.

Dos años después, en 1265, la guerra estalló de nuevo entre las dos potencias mongolas, al tratar Berke de aprovechar la debilidad del Ilkanato a la muerte de Hulegu. Nogai volvió a cruzar el Cáucaso y logró varias victorias, pero sin conseguir éxitos decisivos, por lo que, cuando en 1267 el propio Berke murió, fue la Horda quien se enfrentó a las complicaciones del conflictivo sistema de sucesión mongol, si bien el Ilkanato no pudo aprovechar la situación por encontrarse inmerso en un problema diferente con el reino mongol que había surgido en Asia Central a partir de lo que originariamente fuera el *ulus* de Chagatai[818]. Muertos Berke y Hulegu y replegados la Horda y el Ilkanato sobre otras cuestiones, el conflicto entre ambos volvió a quedar en tablas.

En las décadas siguientes, uno de los intentos más llamativos de romper el punto muerto entre los rivales fue la iniciativa diplomática del Ilkanato de buscar apoyo militar en los reinos cristianos de Occidente. El khan envió una embajada a cuyo frente situó a Rabban Sauma, obispo cristiano de Uiguria, en el oeste de la actual China, para que recorriera las principales cortes de Europa en busca de aliados militares contra la Horda y los mamelucos. Inteligente y de origen urbano, Rabban distaba mucho de la imagen arquetípica del mongol y causó una honda impresión en Occidente, sobre todo en el rey inglés Eduardo I. Al monarca le había dejado una fuerte impronta su visita a Tierra Santa en 1271, por lo que la propuesta del obispo de Uiguria sobre una alianza que expulsara a los mamelucos de Palestina y Siria cayó en terreno fértil. Los preparativos llegaron a estar tan avanzados que en Roma se celebraron procesiones para celebrar la inminente derrota de los infieles y la recuperación de la Ciudad Santa. Sin embargo, un acontecimiento inesperado dio al traste con los grandiosos planes de una cruzada inglesa que marchara a Tierra Santa con el apoyo de los khanes mongoles: en las neblinosas Tierras Altas escocesas estalló una cruenta revuelta de *highlanders*, de la mano de William Wallace, que reclamó la atención de Eduardo y le obligó a emplear sus

[818] AMITAI-PREISS, *Mongols and Mamluks*, p. 87.

recursos militares en combatir a los escoceses en lugar de a los mamelucos[819].

Conformada esta estructura internacional basada en la oposición de dos pares de potencias -los mamelucos y la Horda por un lado y el Ilkanato y los reinos francos de Tierra Santa por otro-, que apenas tenían más en común entre sí que la enemistad respecto de uno de los integrantes del par oponente, un quinto actor transformó en pentagonal la diplomacia generada. Se trataba de Bizancio, que mantuvo una postura si no de neutralidad, sí de ausencia de compromiso con ninguna de las partes, en base a sus propios intereses, primero más próximos al Ilkanato y después inclinándose paulatinamente hacia la Horda[820]. Los *basileus* se pudieron permitir esto porque eran indispensables para varios de los actores. La Horda necesitaba que los bizantinos les franquearan el paso por el Bósforo o por los dominios terrestres del imperio para vender esclavos a los mamelucos, y los mamelucos dependían de que Constantinopla mantuviera abierta esta vía comercial para mantener su élite de esclavos soldados. En el lado opuesto del sistema de alianzas, los reinos francos dependían de Bizancio para que las rutas comerciales y de aprovisionamiento con Occidente se mantuvieran abiertas y en funcionamiento. Por su parte, el Ilkanato nunca perdió la esperanza de que la Iglesia, poderosa en Bizancio, apoyara una cruzada contra sus enemigos, bien mamelucos, bien de la Horda[821].

[819] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, pp. 196-197.

[820] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 160.

[821] La influencia de un dominico europeo asentado en la corte de los Ilkanes, David de Ashby, impulsó a los líderes mongoles a escribir al papa en busca de ayuda contra los mamelucos. Ashby había llegado a Bagdad como cabeza de una embajada enviada por Tomás Agni, legado pontificio en Acre, a Hulegu en 1259, con el propósito de disuadir al líder mongol de atacar a los reinos francos. El dominico permaneció varios años como consejero del Ilkanato (AMITAI-PREISS, *Mongols and Mamluks*, p. 90).

La buena voluntad de Bizancio era, pues, imprescindible para todos los bandos, lo que le permitió jugar en cada momento la carta que más le beneficiaba con cierta impunidad frente al bando ofendido, que debía asumir el daño sufrido sin represalias, para evitar los daños mayores que derivarían de granjearse la hostilidad permanente de Constantinopla. Pero el éxito de esta política dependía de mantener el equilibrio sobre una línea muy delgada: la de no provocar tanto a una de las potencias mongolas, ambas vecinas de los bizantinos, como para que sintiera que merecía la pena embarcarse en una guerra contra Constantinopla. El emperador Miguel VIII demostró ser un muy hábil diplomático al no perder pie en ese peligroso juego de diplomacia a cinco bandas.

3.- Los intereses comerciales en las estepas y Oriente Próximo

Un último elemento del sistema lo formaban los intereses de las repúblicas comerciales italianas. Desde la Grecia Clásica, el mar Negro ha sido una fuente de esclavos cuya mercancía fluía hacia el Mediterráneo[822], y en Edad Media los genoveses gestionaban y se lucraban de este comercio, en gran parte kipchakos -también llamados cumanos-, entre la Horda Dorada y los mamelucos, a través del Bósforo y de los dominios bizantinos, lo que explica la presencia de diplomáticos genoveses muy activos en la corte mameluca[823]. Sin embargo, ello no les impedía comerciar también, aunque con menor intensidad, con el Ilkanato.

[822] BAKER, H., *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*. Columbia, 2014, p. 2.
[823] ASTHOR, E., *Levant Trade in the Later Middle Ages.* Princeton, 1983, pp. 10-11.

Los venecianos llevaron a cabo una política similar a la genovesa, pero a menor escala y mantenían lucrativas relaciones comerciales tanto con Bagdad como con El Cairo[824], ocupando una posición secundaria tras los genoveses, pese a que fueron los comerciantes de la Perla del Adriático quienes primero pudieron comerciar con el mar Negro, como compensación por la ayuda prestada a la Cuarta Cruzada, que creó el reino latino de Constantinopla[825]. La restauración bizantina dio vuelta a las tornas y puso a Génova por delante de Venecia, sobre todo a raíz del acuerdo firmado por la ciudad ligur con la Horda Dorada, en 1266[826], que incluía algunas concesiones favorables como el que los súbditos del khan en territorio genovés quedarían bajo la jurisdicción de un juez especial, el *tudun*, representante del propio khan[827].

La época dorada de este tráfico humano se produjo entre el año 1260, cuando el emperador bizantino Miguel Paleólogo otorgó privilegios especiales a los comerciantes genoveses[828], y el año 1475, en que los otomanos ocuparon el principal puesto comercial genovés en Crimea, Caffa[829]. Durante ese periodo, los esclavos procedentes del mar Negro fueron la principal fuente de mano de obra humana en el

[824] AMITAI-PREISS, *Mongols and Mamluks*, p. 103.

[825] GIURESCU, C., "The Genoese and the Lower Danube in the XIIIth and XIVth Centuries", en *Journal of European Economic History*, nº 5, 1976, p. 587.

[826] LANE, F. C., *Venice, A Maritime Republic*. Baltimore, 1973, p. 76.

[827] BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 165.

[828] Los genoveses no fueron los únicos beneficiarios de las concesiones comerciales del *basileus*. Solo tres años después, en 1263, Bizancio concedía a los mamelucos el derecho a enviar dos barcos al año a través del Bósforo para comerciar en el mar Negro; otro tratado fue firmado entre ambas potencias en 1281, regulando expresamente el tráfico de esclavos a través del puerto de Soldaia, próximo a Caffa (BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 167).

[829] BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 2.

Mediterráneo, superando a otros mercados suministradores, como la España musulmana, Cerdeña, los Balcanes o el África subsahariana[830]. Por tanto, la esclavitud que se daba en el Mediterráneo, en especial en la región oriental, en la Baja Edad Media era intrusiva, es decir, el integrante de una sociedad se incorporaba como esclavo a otra[831]. Del volumen e importancia de este tráfico da una idea el que la palabra esclavo derive directamente del término eslavo, las poblaciones que sufrían en sus carnes el tráfico humano, o el hecho de que en la Córdoba del año 941 hubiera más de 3.000 esclavos de origen eslavo[832].

En el contexto del mar Negro medieval, los mercados de esclavos se nutrían de las estepas, donde la forma más común de conversión en esclavo era la captura por la fuerza, como consecuencia de una guerra entre actores internacionales -ya que, en la noción medieval, el cautivo sufría muerte social y quedaba al arbitrio del vencedor como tratarlo[833]- o como víctima de una incursión cuyo fin específico fuera capturar esclavos, siendo en ocasiones difícil discernir entre uno y otro proceso armado[834]. Las grandes invasiones mongolas de la década de 1220, por ejemplo, saturaron el mercado con decenas de miles de cautivos, lo que permitió a los mamelucos expandir sus fuerzas militares; entre los esclavos que los mongoles vendieron a los mamelucos se encontraban hombres a los que esperaba un futuro notable, como el cumano Baibar, que se vengaría de sus captores dirigiendo a las fuerzas egipcias en los

[830] CONSTABLE, O. R., "Muslim Spain and Mediterranean Slavery: The Medieval Slave Trade as an Aspect of Muslim-Christian Relations", en WAUGH, S., y DIEHL, P., (eds.), *In Christendom and its Discontents*. Cambridge, 1996, pp. 264-284.
[831] PATTERSON, O., *Slavery and Social Death: A Comparative Study.* Cambridge, 1982, p. 37.
[832] FRANKOPAN, *El corazón del mundo,* p. 137.
[833] BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 140.
[834] FISHER, A., "Muscovy and the Black Sea Slave Trade", en *Canadian-American Slavic Studies* nº 6, 1972, p. 574.

Pozos de Goliat, o el futuro sultán de El Cairo Mansur Qualawun[835]. Las diferencias religiosas entre pueblos, que servían para justificar moral e ideológicamente la esclavitud de otros colectivos, eran especialmente acusadas en las estepas, muchos de cuyos pueblos eran paganos, lo que suponía carta blanca a la hora de esclavizarles para cristianos y musulmanes de todas las ramas[836]. Por ello, circasianos y abjasios, cuya posición religiosa era sumamente ambigua entre el cristianismo griego y el paganismo, sufrieron especialmente; sin embargo, lo cierto es que los beneficios económicos dictaban su propia ley, y el tráfico de esclavos rus -cristianos ortodoxos- y su venta por otros cristianos -como venecianos o genoveses- era tan habitual como la venta de paganos cumanos, pese a que el cristianismo prohibía esclavizar o vender como esclavos a otros cristianos[837].

La Horda Dorada tuvo un papel fundamental en el comercio, ya que controlaba gran parte de los accesos al mar Negro, nudo gordiano de las rutas que conectaban Oriente con Occidente[838]. Cuando los genoveses obtuvieron, a través del tratado de Nymphaeus, el monopolio del comercio al este del Bósforo, se vieron obligados a tratar con la gran potencia tártara, que, para entonces, reclamaba a sus vasallos, entre otros tributos, la entrega de un número determinado de personas al año,

[835] BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 142.
[836] FYNN-PAUL, J., "Empire, Monotheism, and Slavery in the Greater Mediterranean Region from Antiquity to the Early Modern Era", en *Past and Present*, nº 205, 2009, pp. 35-37.
[837] BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 159.
[838] COSMO, N. Di, "Mongols and merchants on the Black Sea frontier in the thirteenth and fourteenth centuries: convergences and conflicts", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden 2005, p. 393.

que igual podían ser empleadas como siervos o trabajadores domésticos por los khanes que vendidas como esclavas[839].

Los venecianos, mediante un tratado de 1333, compraron el derecho a establecer una colonia, Tana[840], en las bocas del Don, sobre el mar de Azov[841], a cambio de pagar como impuesto el 5% del valor de las mercancías que zarparan de su puerto, un porcentaje que se unía al 3% con que la Horda gravaba todas las mercancías que atravesaban su territorio. Estos impuestos eran recolectados por el gobernador mongol de Crimea, que residía en Solgat y también tenía a su cargo la función, mitad diplomática y mitad judicial, de mantener el orden entre las comunidades italianas del mar Negro, siempre conflictivas. Los venecianos y genoveses tenían que cobrar, a su vez, estos impuestos -que denominaban *canculus*, o "parte del khan"- a los mercaderes privados que utilizaban las colonias, lo que dio lugar al desarrollo de un complejo sistema burocrático, en especial en el puerto genovés de Caffa[842], posesión de la República desde el año 1281.

---

[839] MALOWIST, M., "Social and Economic Life in Timur's Empire", En *Western Europe, Eastern Europe and World Development, 13th-18th Centuries.* Leiden, 2010, p. 300.

[840] IORGA, N., *Points de vue sur l'histoire du commerce de l'Orient au Moyen Âge.* Paris, 1924, p. 92. Tana no era una colonia veneciana en el mismo sentido en que Caffa lo era genovesa; la concesión tan solo permitía que comerciantes venecianos se asentaran en la ciudad, pero no la convertía en propiedad de la Serenísma República (BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 3).

[841] De hecho, Tana era una ubicación desventajosa, en comparación con la genovesa Caffa, ya que se encontraba alejada de las posesiones venecianas en la orilla meridional y su distancia al Bósforo era mayor (THIRIET, F., *La Romanie vénitienne au Moyen-Age: Le développement et l'exploitation du domaine colonial vénitien (XIIe-XVe siècles).* Paris, 1959, p. 347).

[842] COSMO, "Mongols and merchants on the Black Sea frontier in the thirteenth and fourteenth centuries: convergences and conflicts", p. 396.

Los cónsules italianos en estas plazas no solo eran los responsables de gestionarlas de acuerdo a los intereses de su república, sino que también ejercían labores diplomáticas, y era frecuente que emplearan gran parte de su tiempo en realizar viajes a Sarai, la capital del khanato de la Horda, para negociar acuerdos comerciales más ventajosos a partir de la rebaja de las tasas. Tras la cuestión de las ventajas comerciales, el segundo aspecto era la seguridad de las mercancías y los mercaderes, en un doble sentido: cómo garantizarla y las indemnizaciones en los casos en que la protección no había sido efectiva[843].

Los cónsules tenían competencias judiciales para resolver los casos en que un mongol presentara una demanda contra un italiano. Si la demanda era en sentido contrario, la jurisdicción para resolver recaía en el gobernador mongol de Crimea. Los casos en los que un occidental reclamase una reparación a un mongol podían ser apelados por el cónsul italiano ante el mismo khan, cabeza nominal de toda la justicia mongola. Los acuerdos sobre jurisdicción eran recíprocos, de modo que los mercaderes mongoles podían aplicarlos en el caso de que se encontraran en territorio italiano[844]. Estas provisiones se aplicaban a los genoveses, pero el sistema acordado en 1333 con los venecianos era diferente. Se dispuso que residiera en Caffa un oficial judicial mongol, que recibía el nombre de *tudun*, sobre quien recaía la responsabilidad de juzgar los casos que afectaran a miembros de ambas comunidades, reteniendo el khan la jurisdicción sobre los pleitos que afectaran solo a mongoles y el cónsul veneciano sobre los que afectaran solo a occidentales. En los casos que resolvía el *tudun*, se aplicaba el código legal creado por la dinastía Yuán, de origen mongol, en China[845].

[843] Venecianos y genoveses negociaron acuerdos generales con otras potencias de la región, como los mamelucos. Al respecto, puede verse HOLT, P.M., "Qalawun's Treaty with Genoa in 1290," *Der Islam*, nº 57, 1980, pp. 101–108.
[844] COSMO, "Mongols and merchants on the Black Sea frontier in the thirteenth and fourteenth centuries: convergences and conflicts", p. 408.
[845] HENG-CHAO CH'EN, P., *Chinese Legal Traditions under the Mongols.* Princeton, 1979, p. 83.

Como en tantos otros sistemas comerciales, el tráfico de esclavos en el mar Negro creó una situación de interdependencia entre los vendedores -en esencia, la Horda-, los intermediarios -venecianos y genoveses- y los compradores -especialmente los mamelucos egipcios-. Estos últimos eran muy sensibles a cualquier medida de presión por parte de los italianos que pudiera desembocar en una interrupción del suministro de esclavos, ya que el sistema social y militar de Egipto dependía de ellos. Igualmente, las pingües ganancias que obtenían Génova y Venecia estaban supeditadas a que los mamelucos mantuvieran abiertos los mercados de Damasco y Alejandría a la carga humana que transportaban las naves de las repúblicas italianas[846]. Un ejemplo claro de la compleja interacción del tráfico de esclavos y las realidades diplomáticas de la diplomacia pentagonal se encuentra en la quema de Caffa, a comienzos del siglo XIV, por el khan Toktha, como represalia contra los mamelucos por su negativa a colaborar con la Horda Dorada en una expedición militar contra el Ilkanato[847].

El pujante comercio en el mar Negro se vio socavado a mediados del siglo XIV por tres factores: la guerra de las repúblicas italianas contra la Horda, entre 1343 y 1347; la guerra entre Génova y Venecia, entre 1350 y 1355; y el azote de la Peste Negra. La capacidad de inversión necesaria para financiar este tipo de comercio decayó, resultando cada vez más difícil organizar las *muda*, como denominaban los italianos a los convoys de mercantes provistos de fuertes escoltas de navíos militares, por lo general galeras. A partir de esos años, se aprecia un cambio en los patrones comerciales relacionados con el mar Negro, volviéndose el tráfico mercantil más estacional y local, en el sentido de que los comerciantes locales, incluyendo los mongoles, jugaron un

[846] BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 4.
[847] CIOCÎLTAN, V., *The Mongols and the Black Sea Trade in the Thirteenth and Fourteenth Centuries*. Leiden, 2012, pp. 168-172.

papel cada vez más importante, en detrimento de los mercaderes occidentales dedicados al comercio de larga distancia[848].

Durante el conflicto de los años 1343 a 1347, Venecia y Génova pactaron llevar a cabo un boicot comercial a la Horda, estableciendo el *devetum*, la prohibición de que los mercaderes de ambas naciones compraran o vendieran mercancías en los puertos mongoles del mar Negro o en aquellos en los que mongoles cobraban el *canculus*. Sin embargo, no parece que este veto fuera cumplido y durante los cuatro años de conflicto, los mercaderes de ambas repúblicas protestaron, alegando que sus aliados no respetaban los términos de la prohibición[849].

Las colonias genovesas -llegaron a existir 39 puestos con presencia genovesa en las orillas del mar Negro[850]- eran administradas con mayor independencia, respecto de la metrópoli, que las venecianas. Esto se dejaba notar incluso en el Officium Gazarie y el Officium Romanie, los órganos administrativos que, desde Génova, coordinaban la gestión de los lejanos puestos comerciales, dotados de autonomía institucional respecto del resto de órganos de gobierno de la República. Por el contrario, Venecia optó por un modelo en que sus posesiones de ultramar eran controladas de forma directa por la Serenísima República. En líneas generales, Venecia llevó a cabo una política cauta en su expansión al este del Bósforo, adquiriendo tan solo tres bases -Tana, Trebisonda y Soudak-; por el contrario, los genoveses fueron mucho más agresivos, lo cual se manifestó en los intentos constantes de hacerse con el control monopolístico del mercado del mar Negro, buscando la exclusión de los venecianos, a través de tres vías: acuerdos diplomáticos con los poderes locales que dieran el monopolio del comercio a Génova;

[848] COSMO, "Mongols and merchants on the Black Sea frontier in the thirteenth and fourteenth centuries: convergences and conflicts", p. 394.
[849] COSMO, "Mongols and merchants on the Black Sea frontier in the thirteenth and fourteenth centuries: convergences and conflicts", p. 399.
[850] BAKER, *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*, p. 194.

el enfrentamiento militar directo contra Venecia, como ocurrió en la guerra de 1350-1355; y, por último, buscando ventajas competitivas, principalmente rebajas impositivas, que impidieran a los venecianos ser competitivos frente a los mercaderes de Génova.

CAPÍTULO XI

LA EPOPEYA DE LAS ESTEPAS

1.- Los aventureros del Norte

La imagen de los guerreros vikingos[851] es una de las poderosas evocaciones de la Edad Media[852], pese a que se tiende a olvidar que el término no definía al conjunto de la sociedad escandinava, para la que las palabras *norse* -nórdico, en noruego medieval[853]- u "hombres del norte" -*norsemen*- son más apropiadas. Vikingo solo era aquel nórdico que, sin un señor al que servir, vivía de la piratería y la rapiña.

---

[851] El significado exacto de la palabra "vikingo" sigue sin estar claro hoy en día, pero es posible que su traducción más aproximada sea "los que luchan desde el mar" (KENNEDY, *Mongols, huns and vikings*, p. 174).

[852] ROSE, S. *Medieval naval warfare. 1000-1500*. Londres, 2002, p. 24.

[853] Sobre el uso de este término, ver BARRET, J. H., "Introduction", en BARRET, J. H., (Ed.), *Contact, continuity, and collapse. The Norse Colonization of the North Atlantic*. Turhount, 2003, p. 3.

Los nórdicos, guerreros más por vocación que por profesión[854], mantuvieron en la Alta Edad Media una sociedad de estructura tribal o de jefatura, dependiendo de cada clan. La fuerza militar de estas sociedades se ha mitificado a partir de los relatos y leyendas medievales, pero solo fueron capaces de levantar ejércitos de consideración cuando sus conquistas en Francia y Britania pusieron a su alcance grandes fuentes de riqueza. Su invencibilidad es poco más que un mito, ya que fueron derrotados con frecuencia. De hecho, en algunos escenarios, como Irlanda o la península Ibérica -donde fueron rechazados tanto por el pequeño reino de Asturias como por el emirato de Córdoba-, acumularon muchas más derrotas que victorias a manos de los pobladores locales[855].

Uno de los mayores éxitos de los incursores escandinavos tuvo lugar cuando, en el año 911, el rey carolingio de Francia entregó al nórdico Rollo las tierras a ambos lados de la desembocadura del Sena -que pasaría a ser llamada Normandía, es decir, la tierra de los nórdicos-, a cambio de que cesaran en sus ataques sobre los demás territorios franceses. En tan solo un siglo, los nórdicos se habían asimilado a la población local, adoptando su idioma y sus costumbres, así como su sistema de organización político-social y su forma de hacer la guerra, basada en la caballería feudal. Sus duques demostraron poseer un gran talento y el ducado de Normandía estableció uno de los sistemas de gobierno más desarrollados de Europa, que llevó a sus señores, tan solo ciento cincuenta años después de su asentamiento en las orillas del Sena, a ser capaces de conquistar Inglaterra[856].

---

[854] CLARKE, H. B., "The vikings", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999, p. 12.

[855] CLARKE, "The vikings", pp. 41 y 47. Esta idea contrasta con la opinión de autores como Pounds, que considera que las invasiones escaninavas fueron de una importancia equivalente a las germánicas de siglos anteriores (POUNDS, N. J. G., *Historia económica de la Europa Medieval*. Barcelona, 1981, p. 102).

[856] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 92.

Las sociedades tribales nórdicas fueron evolucionando hacia modelos estatales, reinos que, por lo general, resultaron tan belicosos como lo habían sido las tribus y los clanes. El siglo XIII fue testigo de una oleada de guerras en el Norte del continente. Los reinos daneses entraron en frecuentes guerras con las potencias del norte germánico y Suecia se vio arrastrada a una interminable sucesión de luchas por el trono, con intervención de potencias extranjeras, como Dinamarca o las ciudades de la Liga Hanseática, que culminaron en la invasión danesa del año 1327, cuando el monarca Valdemar ocupó Escania, anexionándola a sus dominios, y trató de hacer lo propio con Gotland[857].

Dinamarca y Suecia quedaron unidas a finales del siglo XIV bajo el dominio de los monarcas daneses, pero estos fueron incapaces de ganarse el aprecio o la lealtad de sus súbditos suecos, por lo que la Unión de Kalmar fue un periodo de disturbios y levantamientos. Los reyes daneses no podían confiar ni en la nobleza ancestral sueca, cuyos linajes se remontaban a los caudillos de la época tribal, ni en las familias aristocráticas de nuevo cuño, que habían accedido al estatuto nobiliario a comienzos del siglo XIV. Por ello, muchas posiciones claves y castillos en Suecia fueron entregados a daneses o alemanes, que la Corona consideraba más fiables que los levantiscos suecos, lo cual no hizo sino empeorar las relaciones entre los reyes daneses y sus súbditos suecos. El siglo XV solo sirvió para que la hostilidad fuese en aumento y las revueltas fueran de mayor calibre, hasta que Gustavo Vasa logró la independencia del país en 1520, momento en que Escandinavia quedó configurada en torno a dos estructuras políticas: el reino danés, que incluía Noruega, y el reino sueco, que incorporaba también las tierras finesas.

Los nórdicos jugaron un papel clave en el comercio internacional desde el siglo IX. Fueron el nexo entre los frisones y la Hansa, de la que se hablará más adelante. El comercio nórdico quedó en manos

[857] LINDHOLM, D., y NICOLE, D., *Medieval Scandinavian armies. 1300-1500*. Osceola, 2003, p. 5.

escandinavas y convirtieron Haithabu, la actual Hedeby, en un gran centro mercantil. Se encontraba situada sobre la costa del Báltico, pero, tras un corto trayecto por tierra, conectaba con los ríos que llevaban al mar del Norte, por lo que, en la práctica, tenía salida a ambos mares.

2.- Nórdicos en las estepas

Los escandinavos se asentaron en la Alta Edad Media en las estepas de lo que hoy en día es Ucrania, Bielorrusia y Rusia, a las que llegaron para comerciar siguiendo el cauce de los grandes ríos, y sometieron a la población local, convirtiéndose en los dominadores de la región que denominaron Rus, el mismo término que la población local utilizaba para definirlos, quizá por el color rojo del pelo de algunos de sus guerreros[858]. Rus, con el paso de los siglos, terminó por convertirse en Rusia, la tierra de los rus[859]. Los nórdicos forjaron un verdadero imperio comercial, iniciado por aventureros suecos que remontaron el Niemen y otros ríos para capturar esclavos que vendían en cualquier mercado dispuesto a pagar por ello, lo que explica por qué las monedas más antiguas halladas en Escandinavia son dirhans sasánidas del siglo VII, monedas árabes acuñadas en Damasco en el siglo VIII y piezas abasíes del siglo IX, procedentes de Bagdad[860].

Los hallazgos de monedas indican que el comercio principal de los nórdicos de las estepas no era, inicialmente, con Bizancio, sino con el mundo musulmán en torno al mar Caspio y Persia Occidental, utilizando el Volga como vía de comunicación principal. Esta vía se

[858] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 134.

[859] De hecho, la denominación de la región proviene del que eslavos y árabes utilizaban para referirse a los escandinavos asentados en las estepas, *rus*, muy similar al usado por los bizantinos, *rhos* (OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 258).

[860] Algunos autores creen que estos primeros aventureros escandinavos pudieron no ser de origen sueco, sino danés (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 393).

interrumpió en el siglo IX por una revuelta letona contra los nórdicos y por la irrupción de un belicoso poder en las estepas, los pechenegos, que hizo muy azaroso el comercio a través del Volga. Los nórdicos reestructuraron sus líneas comerciales, remontando los ríos bálticos hacia el Sur y, en sus cabeceras, saltando al cauce del Dniester, siguiéndolo a favor de corriente en dirección sur hacia los territorios bizantinos, lo que hizo que, a partir del año 860, Bizancio reemplazara a los musulmanes como destino final del comercio rus[861].

De entre todos los caudillos escandinavos asentados en las estepas, ninguno destacó más que Rúrik, único superviviente de tres hermanos[862], por lo que se denominó "ruríkidas" a la sucesión de reinos y principados que crearon sus descendientes en las llanuras, sometiendo a los pueblos que originariamente las habían habitado: eslovenos en la región de Novgorov, krivitchi en la región de Polotsk, ves en la actual Bielorrusia, etc.

Para el siglo VIII, Kiev se había convertido en el más importante de estos poderes, pero los rus estaban lejos de ser las únicas fuerzas en la región. El cauce medio del Volga era controlado por los búlgaros, que se habían convertido en una importante potencia comercial acaparando la trata de pieles y, desde el siglo IX, se hicieron con grandes cantidades de dírhams de plata, vendiéndolas al reino samánida de Transoxania.

Al sureste de los búlgaros se extendía el poderoso imperio jázaro, un pueblo túrquico que llegó a las estepas al norte del Caúcaso a finales del siglo VI y se expandió entre el Don y Dnieper en la centuria siguiente, convirtiendo en tributarios a los clanes eslavos de la región[863]. Dotados de una respetable capacidad militar, los jázaros asumieron la

[861] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, pp. 104-105.
[862] SHEPARD, J., "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006, p. 47.
[863] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 246.

tarea de mantener cierto orden en las estepas, hasta el punto de que se ha llegado a hablar de una *Pax Khazarica* entre Crimea y el noreste del mar Caspio[864], que garantizaba la seguridad de un importante tramo de la Ruta de la Seda, tanto hasta el Cáucaso, por el norte, como al corazón del Califato abasí, por el sur. El jázaro era un imperio multiétnico que agrupaba bajo un liderazgo común a elementos caucásicos, judíos, turcos, árabes, eslavos y tribus ugro-finesas[865].

La importancia de los jázaros en la Historia ha sido subestimada o no se le ha prestado la atención que merece. Desde el año 640, los guerreros jázaros lucharon "una amarga guerra de los cien años contra los árabes por el control del Cáucaso"[866], que culminó cuando, durante la gran invasión lanzada por el Califato en el año 737, los jázaros fueron capaces de derrotar a las huestes islámicas y obligarles a repasar la cordillera, regresando al sur del Caúcaso. La victoria jázara tiene la misma importancia que la de Carlos Martell en Occidente cinco años antes, ya que, de no haber sido derrotados, los árabes se hubieran hecho con las regiones del Don, el Dnieper y el bajo Danubio[867]. Su capacidad militar, acreditada en los combates contra los musulmanes, animó a otras tribus de las estepas a reconocer el liderazgo de los jázaros[868].

Bizancio, consciente del peso que tenían los jázaros, concedía una enorme importancia a las alianzas que sostuvo con ellos durante los siglos VIII y IX, amistad cimentada en el enlace matrimonial del año 733 entre el heredero del trono imperial, que acabaría convirtiéndose en el *basileus* Constantino V, y la hija del khan de los jázaros, bautizada en Constantinopla con el nombre de Irene. Es significativo también el hecho de que, en el muy elaborado protocolo cortesano y diplomático bizantino, el khan jázaro ocupaba el segundo lugar en rango entre los

[864] SHEPARD, "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", p. 51.
[865] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 246.
[866] NOONAN, "Byzantium and the Khazars: a special relationship?", p. 109.
[867] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 247.
[868] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 126.

gobernantes no cristianos -cabe recordar que la élite jázara era judía[869]-, de tal forma que sobre él solo tenía precedencia el califa. En el año 833, en respuesta a una embajada jázara, ingenieros bizantinos ayudaron a fortificar la ciudad de Sarkel, en el curso bajo del Don. Todo esto no implica que las relaciones entre el *basileus* y los khanes fueran fáciles; los últimos estudios atestiguan una sucesión de conflictos por el control del Cáucaso y de Crimea -conflictos que, por lo general, también implicaban a los alanos-. En el año 787, por ejemplo, los jázaros asaltaron la ciudad de Doros después de que Bizancio tratara de utilizar su arzobispado como cabeza de puente para crear varios obispados cristianos dentro del territorio jázaro[870].

Pese a este tipo de problemas y a cierta tensión por el solapamiento de sus respectivas esferas de influencia, los jázaros fueron una importante pieza de la diplomacia de Bizancio en las estepas. De la confianza que se les tenía como aliados es muestra el hecho de que, a comienzos del siglo X, una de las puertas del palacio imperial de Constantinopla estuviera custodiada por una guardia de arqueros jázaros. A la inversa, la relación con Bizancio contribuyó a centralizar el poder dentro de la estructura jázara. Las recompensas y el prestigio otorgados al líder jázaro fortalecieron la posición del jefe supremo y aumentaron la estratificación de su sociedad a medida que los obsequios y el estatus se legaban a las élites. El flujo de riquezas hacia los jázaros

[869] La conocida leyenda sobre la conversión de los jázaros es harto curiosa: siendo paganos, los jázaros decidieron que había llegado el momento de convertirse a una de las tres grandes religiones monoteístas de la región: cristianismo, Islam o judaísmo. Expertos de cada una de las ramas acudieron a debatir ante los líderes jázaros, que, al cabo de un tiempo, formularon a cada uno de ellos la misma pregunta: si no se convertían a su religión, ¿cuál de las otras dos era más conveniente? Los judíos respondieron que daba igual, puesto que cristianismo e Islam estaban igual de erradas, mientras que cristianos y musulmanes, enfrentados entre sí, respondieron que, sin duda, de no convertirse a su credo, lo mejor es que convirtieran al judaísmo, lo que los jázaros hicieron (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 129).

[870] NOONAN, "Byzantium and the Khazars: a special relationship?", p. 109.

completó el prestigio militar adquirido contra los musulmanes e incentivó que otras tribus se convirtieran en tributarias del khan[871].

Las fronteras occidentales de los principados ruríkidas estaban ocupadas por húngaros y polacos, dos reinos que habían expandido sus dominios a lo largo de los siglos IX y X. Y, por último, al sur se encontraba el mayor imperio de su tiempo, Bizancio, que controlaba porciones de la costa septentrional del mar Negro y que consideraba los Balcanes como su zona de influencia en exclusiva[872].

La clave para la economía rus era la vasta red fluvial de la región, que permitía conectar las costas del Báltico en el norte con el mar Negro y el mar Caspio en el sur. Las principales rutas fluviales estaban controladas por las ciudades rus emplazadas a lo largo de su recorrido. Así, Novgorov controlaba los accesos al Báltico desde el golfo de Finlandia[873], Polotsk a través del cauce del Dvina Occidental, Smolensko controlaba las conexiones entre las ciudades antes mencionadas y Kiev, a través del curso del Dniper[874], controlaba el tráfico que seguía dicho río en dirección sur, hacia Bizancio y el mundo musulmán, a lo largo de lo que los bizantinos llamaron "la Ruta de los Varegos", el nombre que daban a los escandinavos. El flujo comercial por la Ruta de los Varegos fue regulado a través de varios acuerdos

[871] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 127.

[872] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 3. Los primeros contactos de los escandinavos con los bizantinos fueron hostiles. En el 860, una flota rus de doscientas naves apareció frente a Constantinopla y saqueó varias localidades de la región, en la primera de varias incursiones que se extendieron a lo largo de los cien años posteriores (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 394).

[873] Tradicionalmente, se fija la llegada de los nórdidos al escenario de las estepas en el año 862, cuando se adentaron en Novgorov, aunque hay indicios de que podrían haber controlado pequeños territorios incluso antes (BLÖNDAL, S., *The varangians of Byzantium*. Cambridge, 1978, p. 3).

[874] El corazón de los nuevos principados se encontraba en el curso medio de este río, por lo puede considerársele la cuna de Rusia (SHEPARD, "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", p. 47).

entre Bizancio y los ruríkidas, el primero de los cuales data del año 911[875]. La expansión del volumen comercial dio lugar a una necesidad de seguridad que contribuyó a consolidar las estructuras estatales y a ampliar el marco geográfico en el que ejercían su influencia, proceso que ha sido comparado por Blöndal con la expansión hacia el oeste de los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX[876].

Los ruríkidas demostraron ser gobernantes ambiciosos. Durante décadas, el faro que atraía sus miradas fue la riqueza del imperio bizantino. Cuando espiró la validez de treinta años del acuerdo comercial suscrito entre los rus y Bizancio, el príncipe Ígor de Kiev -que para entonces ya ejercía una soberanía nominal sobre los principados rus entre Kiev y Novgorod- lanzó una gran incursión contra el imperio aprovechando que la mayor parte de las tropas bizantinas estaban en Armenia y la flota se hallaba en el Egeo. Las naves rus llegaron frente a Constantinopla atravesando el Bósforo. El emperador encomendó la defensa de su capital a su primer ministro, Teófanes, y al héroe de las guerras contra los árabes, Juan Curcuas[877]. Bajo el mando de ambos, la flota bizantina aniquiló a los rus con una lluvia de fuego griego cuyo recuerdo aterrorizó a los rusos durante generaciones. La derrota de Ígor fue de tal magnitud que se vio obligado a suscribir un nuevo acuerdo con Bizancio, en el año 944, que restringía drastícamente los privilegios comerciales rus en tierras bizantinas[878].

Un cuarto de siglo más tarde, como se ha referido en otro capítulo, Bizancio instigó al príncipe Sviatoslav a luchar contra los búlgaros, lo que provocó una invasión de los Balcanes en la que los rus,

---

[875] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 267.
[876] BLÖNDAL, S., *The varangians of Byzantium*. Cambridge, 1978, p. 2.
[877] La importancia de este general, que logró llevar de nuevo la frontera bizantina hasta el Eúfrates es tal que la crónica contemporánea del protoespatario -jefe de la guardia imperial- Miguel afirmó que fue "un segundo Trajano o un segundo Belisario" (WHITTOW, *The Making of Byzantium, 600–1025*, p. 327).
[878] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 268.

acompañados por guerreros pechenegos y húngaros, avanzaron hacia el interior de Bulgaria, llegando hasta las puertas de Arcadiópolis, donde el líder ruríkida ordenó empalar a todos los prisioneros capturados durante la toma de la ciudad. Triunfante, Sviatoslav efectuó una reordenación del espacio político ruríkida: a sus hijos Iaropolk, Oleg y Vladimir les asignó, respectivamente, Kiev, Derevlian y Novogorov; el propio Sviatoslav retuvo la región del delta del Danubio y se permitió al zar de los búlgaros, Borís, seguir gobernando una parte de su antiguo reino, pero sometido a los rus, que dejaron guarniciones en las ciudades situadas a lo largo del Danubio[879]. Con estas conquistas, la posición de los ruríkidas para el comercio mejoraba sustancialmente, ya que retenían el control de una parte de las estepas a través de tribus nómadas subordinadas, situaban su territorio más cerca de su principal mercado -Bizancio- y ganaban una vía de acceso a los mercados de Europa Central, que vivían un momento de auge debido al inicio de la explotación de las minas de plata de Sajonia.

Sin embargo, Sviatoslav había cometido un error de juicio al pensar que Bizancio permanecería de brazos cruzados ante la irrupción de los ruríkidas en los Balcanes. El *basielus* Juan Tzimisce lanzó una ofensiva sobre Bulgaria en abril del 971, sorprendiendo a los ruríkidas. La lucha fue feroz, por lo que Sviatoslav se vio obligado a retroceder a la línea del Danubio, sin ser capaz de cruzarla, ya que los bizantinos se habían hecho con el control del río y sus pasos. No obstante, la encarnizada resistencia de los ruríkidas hizo que las fuerzas imperiales terminaran por permitírles abandonar la zona, tras suscribir un acuerdo para regular sus relaciones en el futuro[880].

Entre tanto, los búlgaros del Volga, hasta entonces subordinados a los jázaros, trataron de ocupar el vacío dejado por estos, cuyo imperio había declinado a lo largo del siglo X[881] y cuya capital, Atil, había sido

[879] SHEPARD, "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", p. 61.
[880] SHEPARD, "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", p. 61.
[881] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 253.

devastada por los rus en el 965[882]. Los búlgaros se aliaron con señores locales para mantener el control del curso inferior del Volga y, por tanto, de los accesos al Caspio, vitales para las rutas comerciales. A diferencia de los jázaros, los búlgaros sí permitieron a los comerciantes rus utilizar estas rutas, lo que derivó en una buena relación entre ambas comunidades, que culminó cuando Vladimir firmó con los búlgaros un tratado, en el 985, que consolidaba y definía con claridad los derechos de ambas partes.

Por desgracia para los príncipes de Kiev, los búlgaros demostraron no ser lo bastante fuertes para mantener el dominio de las estepas, como habían hecho los jázaros, y pronto fueron desplazados de su estratégica posición por un pueblo nómada de origen túrquico, los pechenegos, que se habían mantenido paganos pese a haber estado en contacto con cristianos y musulmanes. A finales del siglo X, los pechenegos se habían convertido en señores de las estepas y sus rebaños de caballos y ovejas pastaban a sus anchas por las tierras que antes formaron el imperio jázaro. La dinámica de relaciones que surgió entre los ruríkidas y los pechenegos fue compleja. Por un lado, los intercambios económicos beneficiaban a ambos, ya que cada parte disponía de bienes que completaban la economía de la otra: los rus adquirían caballos, ovejas y pieles, mientras que los pechenegos recibían productos artesanales que no eran capaces de fabricar por sí mismos. Pero, por otra parte, las incursiones de los guerreros nómadas en tierras rus eran constantes, donde su botín favorito eran los habitantes de la región, a los que vendían como esclavos en los mercados musulmanes o bizantinos. En el 968, los pechenegos atacaron el interior del principado de Kiev, aprovechando la campaña de Sviatoslav en los Balcanes, y llegaron a asediar la capital; cuando Sviatoslav regresaba en su auxilio, en el año 972, cayó en una emboscada y los pechenegos le dieron muerte. Según cuentan las

[882] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 144.

crónicas, los nómadas hicieron una copa con su cráneo, que bañaron en oro[883].

Desde el punto de vista diplomático, los pechenegos eran un pueblo difícil de tratar. Se trataba de una sociedad políticamente descentralizada, constituida por unidades familiares más que por una comunidad, de modo que los lazos de sangre pesaban más que cualquier forma de autoridad y ningún clan se consideraba vinculado o sometido a una jerarquía superior común. Divididos en ocho grandes tribus, que, a su vez, se subdividían en cuarenta clanes[884], los tratados que se suscribían con un caudillo eran muy poco fiables, ya que, *strictu sensu*, solo vinculaban al líder que los suscribía y, como mucho, a su clan o parientes de sangre. La eficacia real del acuerdo dependía de la capacidad o de la voluntad del líder pechenego para imponer su cumplimiento al resto de clanes, que no estaban vinculados jurídicamente por el tratado[885].

Las relaciones entre los príncipes de Kiev y los nómadas siguieron empeorando durante el reinado del príncipe Vladimir, esencialmente por tres motivos: el odio personal de Vladimir hacia los asesinos de su padre, Sviatoslav; su conversión al cristianismo, que tintó de un aura religiosa al conflicto entre ruríkidas cristianos y pechenegos paganos; y la aproximación diplomática y comercial entre Kiev y Bizancio, que hizo aún más crítico para la primera lograr el control, o al menos garantizar una cierta seguridad, en las rutas de las estepas. Terminar con el poder de los guerreros nómadas se convirtió en la prioridad estratégica de los ruríkidas durante el reinado de Vladimir[886].

---

[883] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 20; SHEPARD, J., "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", p. 62.
[884] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 124.
[885] MESKO, *Nomads and byzantium problematic aspects of maintaining diplomatic relations with the pechenegs*, p. 3.
[886] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 20.

El gobierno del príncipe Vladimir sobre Kiev supuso un importante cambio de poder en el mundo de los ruríkidas, orientándolo hacia Bizancio, ayudando al emperador Basilio II contra las tropas del general rebelde Bardas Focas. La ayuda enviada por Vladimir decidió las batallas de Crisópolis en el 988 y Abido en el 989, permitiendo a Basilio mantener el trono. En agradecimiento, el *basileus* concedió a Vladimir la mano de su hija Ana, con la condición de que el príncipe, todavía pagano, se convirtiera al cristianismo[887], exigencia que entronca con la idea bizantina de la religión como instrumento diplomático que extendía la influencia de las estructuras imperiales más allá de sus fronteras políticas. El príncipe cumplió su palabra y abandonó el paganismo, lo que le ocasionó no pocos problemas y rebeliones, ya que muchas de las tribus sometidas a su gobierno no aceptaron pacíficamente a los clérigos cristianos que comenzaron a asentarse en el territorio. Pese a todas las dificultades que supuso

> "la importancia de este hecho en la historia rusa es enorme. La convirtió en parte del Oriente cristiano bizantino, imitando su civilización, con misioneros, artistas, arquitectos y un florecimiento cultural en su capital, Kiev"[888].

Pese a la mejora en las relaciones entre rus y bizantinos, en Constantinopla se siguieron guardando notables prevenciones en cuanto a la presencia de comerciantes y guerreros ruríkidas -una distinción difusa en el mejor de los casos- dentro de los muros de la ciudad. Como señala Frankopan:

> "El acceso de los rus a los mercados de Constantinopla estaba estrictamente regulado por las autoridades. Un tratado del siglo X señala que a la ciudad solo podían entrar a la vez un máximo de cincuenta rus y tenían que hacerlo por una puerta

[887] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 279.
[888] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. I., p. 266.

> determinada; al entrar, se registraban los nombres y luego se vigilaban las actividades que realizaban en la ciudad; había restricciones sobre lo que podían y no podían comprar. Se reconocía que eran hombres peligrosos a los que era necesario tratar con precaución"[889].

Dado que el comercio era vital para la supervivencia de los principados rus, Vladimir cultivó una intensa diplomacia con Bizancio, con los pueblos de las estepas y con los poderes musulmanes. Muchos elementos políticos ruríkidas habían sido tomados de los jázaros, como el uso del título de khan o del tridente como símbolo de poder[890]; sin embargo, el imperio jázaro era una fuerza declinante en el tiempo que Vladimir aumentaba el poder de Kiev. Los roces entre ambos poderes habían sido habituales en las décadas anteriores, ya que cada nueva ciudad o tribu que comenzaba a pagar tributos a Vladimir había tributado antes, por lo general, a los jázaros. En cierta forma, se desarrollaba un juego de suma cero en las estepas: lo que uno ganaba -los ruríkidas- lo perdía el otro -los jázaros-. La respuesta jázara fue prohibir el acceso al Caspio a los mercaderes rus, lo que llevó a que en el año 965, Sviatoslav, el padre de Vladimir, asaltara la fortaleza jázara de Sarkel, en el río Don, con cuya conquista consiguió que los ruríkidas dispusieran de su propia ruta hacia el Caspio. La pérdida de Sarkel hirió de muerte al imperio jázaro, que se derrumbó en muy poco tiempo[891], acosado por los rus y por sus aliados oghuz, una tribu nómada de las estepas[892], hasta que Vladimir los últimos restos de la otrora floreciente potencia jázara.

Vladimir construyó una serie de fuertes en los ríos tributarios del Dnieper, con intención de proteger la frontera sur de sus dominios, pero el sistema se demostró ineficaz y hubo grandes incursiones pechenegas

[889] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 146.
[890] SHEPARD, "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", p. 56.
[891] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 18.
[892] SHEPARD, "The origins of Rus' (*c*.900–1015)", p. 60.

en los años 992, 995, 996 y 997. Vladimir no desistió y fue ampliando el sistema de fortificaciones y guarniciones, empujando a los pechenegos poco a poco cada vez más hacia el interior de las estepas y alejándoles, paso a paso, de las rutas comerciales que conectaban Kiev con los mercados del sur. Las tribus comenzaron a firmar acuerdos con Vladimir, creándose una zona neutral cuya anchura se fijó en la distancia que podía recorrerse a caballo en un día y que pronto dobló su tamaño. Más tarde, los nómadas aceptaron combatir como caballería auxiliar en los ejércitos ruríkidas, que, por aquel entonces, aún combatían a pie, al estilo nórdico. Cuando murió, en el año 1015, Vladimir había logrado asegurar las rutas comerciales de las que dependía su principado y la mayor parte de las tribus de las estepas, incluidos búlgaros y pechenegos, eran tributarios de Kiev, abriéndose así el periodo de cien años, concluido con la muerte de Vladimir Monomaniaco, que se considera como la época dorada del poder rus[893].

3.- La organización de los ruríkidas

En un principio, los ruríkidas se organizaban en base a un poco habitual sistema de gobierno colectivo, en el que todos los príncipes de una misma generación gobernaban el territorio, tomando decisiones en conjunto. Por ello se habla de un sistema de gobierno dinástico, en el sentido de que el poder era ejercido de forma colectiva por todos los miembros del linaje de Rurik[894]. No obstante, la tendencia al gobierno individual fue cada vez más acentuada, incentivada por dos factores: las poco claras normas de precedencia dentro de la dinastía y los enfrentamientos entre las diferentes ramas al ir divergiendo gradualmente los intereses de cada una de ellas. Este proceso de descomposición del gobierno dinástico llegó a su punto culminante con

[893] FRANKLIN, S., "Kievan Rus' (1015–1125)", en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006, p. 73.
[894] FRANKLIN, "Kievan Rus' (1015–1125)", p. 74.

la guerra fratricida entre los hijos de Sviatovslav, que dejó a Vladimir como gobernante único del principado de Kiev.

Cada principado estableció un sistema por el cual la sucesión se producía entre miembros de una misma generación: de hermano a hermano o a primo. En el siglo XI, punto álgido del poder rus, solo en tres ocasiones se produjo una sucesión vertical -de padres a hijos: en el 1015, el 1054 y el 1093, y en todas y cada una de las ocasiones se dio comienzo a un periodo de problemas entre el nuevo gobernante y sus parientes de las ramas laterales[895].

En el año 1096, los príncipes rusos firmaron en Lyúbech, tras una serie de guerras civiles en las que también intervinieron los nómadas cumanos, unos acuerdos para ordenar las sucesiones, lo que a la larga tendría gran efecto para la historia de Rusia. Se fijó que cada príncipe tenía derecho a heredar los dominios de sus padres, lo que sirvió para fijar territorialmente a las diversas ramas de la dinastía ruríkida, al tiempo que se reconocía que el príncipe de más edad descendiente de Vladimir tenía derecho al título Gran Principe, si bien quedaba reducido a un honor testimonial. Los acuerdos no implicaban unidad administrativa, pero durante una generación la figura dominante en el mundo rus fue Vladiminir Monomaniaco, que dirigió tanto la reunión de Lyubech como la posterior, celebrada en Vitichev en el 1100, donde se analizaron las acciones a emprender para contener la política agresiva de David de Volynia[896].

En la estructura interna de cada principado era de gran importancia la *druzhina*, el núcleo de guerreros que rodeaba al príncipe -no debe olvidarse que, en esencia, los líderes ruríkidas eran señores de la guerra-, en especial la *malaia druzhina*, o "pequeña *druzhina*", el grupo más próximo al líder. De esta institución, basada en la idea del caudillo como patrón de un grupo de guerreros, fue derivando la noción

[895] FRANKLIN, "Kievan Rus' (1015–1125)", p. 75.
[896] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. II, p. 749.

cada vez más amplia y burocratizada de Corte de los príncipes ruríkidas, entendida como el conjunto de personas que ayudaban al príncipe a gobernar. La lealtad de estos guerreros era para con el príncipe, un lazo personal que no tenía una vertiente pública que vinculara al servidor con el Estado en un sentido abstracto. A medida que la administración de los dominios ruríkidas se hacía más compleja, la institución fue jerarquizándose, dividiéndose y estableciendo repartos competenciales entre el conjunto de sus integrantes[897].

Desde el punto de vista legal, la normativa más importante era el *Russkaia Pravda*, una sucesión de códigos legales o, si se prefiere, un único código legal que fue ampliado y modificado en repetidas ocasiones. Resulta de gran interés desde el punto de vista institucional, además del jurídico, ya que refleja el modo en el que el aumento del poder central dentro del Estado se tradujo en la intervención del príncipe o de los funcionarios en los que delegaba en parcelas cada vez mayores. No sorprende, en ese marco, el que la primera versión del *Russkaia Pravda*, promulgada bajo el gobierno de Yaroslav de Kiev, comience con una exposición de los límites de la venganza privada, es decir, de los supuestos en que se considera sanción penal válida que el ofendido por un crimen o sus familiares se venguen del ofensor. El resto del texto de Yaroslav es, en esencia, un listado de crímenes y de las penas que les corresponden, así como algunos pequeños apuntes de derecho procesal, casi todo ello destinado a regular las relaciones dentro de la *druzhina* o entre esta y las élites urbanas, con quien más se relacionaba. Los hijos de Yaroslav añadieron un gran número de artículos sobre cómo castigar a aquellos que dañaban al príncipe o sus propiedades. La mezcla de costumbre y de innovación legal por el príncipe es propia de la tradición legal nórdica, pero el proceso de ampliación de la *Russkaia Pravda* deja constancia de otros dos procesos institucionales: la intervención cada vez mayor del Estado en los

[897] FRANKLIN, "Kievan Rus' (1015–1125)", p. 81.

diversos aspectos organizativos de la vida y la estandarización de los procesos utilizados por dicho Estado para intervenir[898].

A medida que sus dominios crecían, la organización de las tierras rus ganó en complejidad. Su forma podría ser definida como una suerte de federación de principados independientes, gobernados por miembros de una misma dinastía, entre los cuales Kiev disfrutaba de una posición hegemónica. Cada uno de estos principados mantenía intactas sus competencias en política exterior y militar, si bien el príncipe de Kiev podía solicitar la colaboración de todos para lanzar campañas conjuntas. Las relaciones de los principados con Kiev variaban y, por lo general, dependían de la vinculación del gobernante con la dinastía central; en los casos de príncipes que ya no podían optar al gobierno de Kiev, porque la rama dinástica se había alejado demasiado, solían tener poca relación con la política de la capital y tendían a comportarse como poderes semiindependientes, mientras que en las ramas más cercanas a la dinastía de Kiev las políticas solían decidirse con un ojo puesto en lo que ocurría en la ciudad del Dnieper[899]. Kiev carecía de autoridad práctica sobre los demás principados, pero se le reconocía una hegemonía simbólica, incluso con una connotación espiritual, como sede del arzobispado metropolitano, cabeza de la Iglesia para todas las tierras que controlaban los ruríkidas. Este arzobispo jugó un papel político cada vez más relevante, a medida que las relaciones entre Estado e Iglesia se hicieron más estrechas[900].

El hecho de que cada principado realizara una política exterior independiente provocó que se establecieran múltiples lazos entre los principados ruríkidas y potencias extranjeras, ya que la fragmentación del poder rus incentivaba la búsqueda de aliados en el exterior. Los matrimonios con casas reales extranjeras fueron muy habituales y, de

[898] FRANKLIN, "Kievan Rus' (1015–1125)", pp. 84-85.
[899] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 46.
[900] MARTIN, J., "North-eastern Russia and the Golden Horde (1246–1359)", en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006, p. 127.

hecho, las princesas del Rus fueron consideradas excelentes partidos matrimoniales en la Europa del siglo XI: princesas rus contrajeron matrimonio con reyes de Inglaterra, emperadores del Sacro Imperio y con *basileus* bizantinos. El proceso también era inverso, y entre las esposas de los príncipes rus se encuentran princesas polacas, alemanas y bizantinas, por lo que la dinastía acabó adquiriendo un aire cosmopolita. Sirva el ejemplo de Vladimir: su madre era hermana del arzobispo de Tréveris, uno de los más importantes de Alemania; su esposa fue una princesa inglesa y la esposa de su hijo mayor, Yaroslav, era hija del rey de Suecia[901].

La política exterior ruríkida tenía una doble faceta: más allá de sus fronteras, tenía por objeto ampliar las rutas comerciales y garantizar la seguridad de las ya existentes. Desde el punto de vista de la política interior, los matrimonios con la realeza extranjera pretendían reforzar la imagen de magnificencia y poder de cara a sus propios súbditos, ya que los príncipes eran una élite de origen escandinavo que gobernaba a una población formada en su mayor parte por eslavos y tribus de la estepa.

Pese a la importancia que tenían las relaciones con las grandes potencias europeas, donde los rus se jugaban la supervivencia -la verdadera arena de su política exterior, como lo ha definido Janet Martin[902]- eran las estepas sudorientales, en las que se estaba fraguando un nuevo cambio de poder. Los oghuz, aliados de los rus, fueron desplazados por un nuevo y agresivo poder nomádico, los cumanos o kipchakos, a los que los ruríkidas denominaban *polotsky*[903]. Surgidos de las estepas al norte del mar Negro, estos nómadas de habla turca

[901] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 48; Yaroslav fue el último de los príncipes ruríkidas que mantuvo los lazos con Escandinavia, de donde procedía su estirpe, a través de la alianza matrimonial con Suecia y de acuerdos posteriores con los reyes daneses. A mediados del siglo XI estos lazos se habían disuelto por completo (FRANKLIN, "Kievan Rus' (1015–1125)", p. 88).
[902] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 68.
[903] FRANKLIN, "Kievan Rus' (1015–1125)", p. 89.

comenzaron a avanzar hacia el oeste organizados en una suerte de federaciones que agrupaban a una docena de clanes, cada uno con su propio khan, y que terminaron por dominar la cuenca septentrional del río Donets y una amplia porción de la estepa circundante. Los cumanos obligaron a los oghuz -a quienes los ruríkidas usaban como "tapón" de las agresiones de las estepas[904]- y a los pechenegos a moverse hacia el oeste, dentro los principados rus, donde acabaron por ser asimilados e integrarse en las instituciones ruríkidas, casi siempre como guardias fronterizos o auxiliares de caballería.

La respuesta carente de coordinación de cada principado no fue suficiente para contener a los cumanos, lo que provocó una reunión de los príncipes ruríkidas en Lyubech en el 1097, casi una conferencia internacional, para coordinar una respuesta contra los kipchakos. El acuerdo fue mucho más allá de la mera cooperación militar y supuso una redefinición de las relaciones dinásticas y cambios institucionales. Las conferencias se repitieron de forma periódica a comienzos del siglo XII y los cambios provocaron que los rus tomaran la iniciativa frente a los nómadas. Un primer tratado con los cumanos se firmó en 1101, que precedió a la gran expedición de una coalición de príncipes del año 1103. En la batalla subsiguiente, los rus lograron un gran éxito, dando muerte a no menos de veinticinco khanes cumanos en el combate. En los años siguientes, los cumanos trataron de retomar la iniciativa, pero los ruríkidas fueron capaces de rechazar sus asaltos y lanzar una nueva campaña ofensiva en el 1111, logrando nuevas victorias a orillas del Don[905].

Las campañas contra los cumanos evidenciaron un cambio en el escenario de los principados rus: el aumento de poder, riqueza y capacidad de actuación de los principados que, hasta entonces, habían sido periféricos y sometidos a Kiev, en especial Novgorod, en la zona septentrional del área de influencia ruríkida. Estos cambios provocaron

[904] FRANKLIN, "Kievan Rus' (1015–1125)", p. 89.
[905] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 59.

que los principados llevaran a cabo una política exterior más activa e independiente de Kiev. Así, Novgorod, en el siglo XIII, se vio involucrado en diversos conflictos con los príncipes alemanes y con los daneses por el control de las costas de Livonia, en el Báltico. Novgorod no consiguió evitar el asentamiento de daneses y teutones y sufrió la presión posterior de la Orden de los Hermanos de la Espada, primero, y de los Caballeros Teutónicos, después, con su idea de cruzada contra los paganos en el este.

En el año 1223, ocurrió algo que no tenía precedentes: los khanes cumanos pidieron ayuda a los príncipes ruríkidas para afrontar una amenaza surgida de las profundidades de Asia Central, una horda de guerreros de una tribu hasta entonces desconocida tan al occidente de la masa de tierra euroasiática: los mongoles.

4.- La Horda Dorada

Cuando los jinetes de Genghis Khan acabaron de aniquilar al imperio corasmio, parte de sus tropas se habían adentrado en las estepas hasta colisionar con los cumanos y aproximarse a la esfera de influencia de los ruríkidas. Los mongoles habían bordeando el Caspio por el sur, cruzado el Caúcaso en dirección norte, arrasado las tierras de los georgianos y los osetios para, finalmente, desembocar en la estepa de los kipchakos. Cumanos y ruríkidas se enfrentaron a los jinetes de Genghis Khan en la batalla de Kalka, donde sufrieron una derrota catastrófica. Seis grandes príncipes ruríkidas murieron y otros cuatro, incluyendo el príncipe de Kiev, fueron capturados con vida solo para ser ejecutados acto seguido.

La rama de los mongoles que se adentró en las estepas rusas y ucranianas era la de los hijos de Jochi, el primogénito de Genghis, que había muerto antes que el gran khan, y era conocida de forma general como la Horda Blanca. A la muerte de Genghis, la herencia de Jochi pasó a sus dos hijos: el primogénito, Orda, recibió la parte oriental del

ulus, con Kazastán y parte de Siberia Occidental, sobre el curso inferior del Sir Daria; y el segundo hijo, Batu, recibió los derechos sobre los territorios que pudiera conquistar al oeste de estas posesiones. La herencia de Orda fue conocida como la Horda Azul, mientras que los dominios de Batu recibieron muchos nombres: khanato kipchako, khanato cumano, Horda Blanca o, de forma más común, la Horda Dorada[906].

La conquista sistemática del territorio destinado a Batu se decidió en el *kiraltai* del año 1235 y el caudillo, auxiliado por uno de los generales más hábiles de su tiempo, Subodei, fue sometiendo uno por uno los príncipes ruríkidas, que habían disfrutado de un periodo de calma tras la derrota de Kalka. En esta segunda ocasión, los rus y las tribus de las estepas no tendrían tanta suerte. Los primeros en recibir el impacto de las fuerzas mongolas fueron los búlgaros; la mayor parte de sus ciudades fueron arrasadas y los guerreros de Batu se hicieron con el control del curso medio del Volga. Luego le llegó el turno a los principados ruríkidas, en una invasión, la de los años 1237 al 1240, que no tenía precedente en cuanto a escala en la experiencia previa de ataques llegados desde las llanuras asiáticas. Los mongoles no se limitaron a arrollar a las fuerzas rus en el sur, sino que continuaron su avance hasta hacer claudicar también a los principados septentrionales. Pero la verdadera diferencia respecto de ataques previos no era la amplitud geográfica de la devastación, sino que "los mongoles habían llegado para quedarse"[907].

Muchos autores han atribuido a la desunión de los principados su caída ante la Horda Dorada. Sin embargo, hay razones para creer que, incluso si se hubieran coordinado, los ruríkidas no hubieran podido derrotar a los mongoles. Ni siquiera juntos podían movilizar unas fuerzas comparables a las de Batu; su caballería era mucho más numerosa y sus ejércitos y tácticas más rápidos y flexibles, lo que hacía

[906] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 150.
[907] MORGAN, D., *The Mongols.* Oxford, 1986, p. 138.

sumamente difícil derrotarles en campo abierto; pero, a un tiempo, las fortificaciones rus no eran rival para las máquinas de asedio de que disponían los mongoles, procedentes del mundo musulmán y chino, por lo que atrincherarse tras los muros de los núcleos urbanos tampoco era una opción con posibilidades de éxito.

La sociedad de la estepa, bajo la dominación mongola, mantuvo su organización tribal en torno a clanes que, en ocasiones se agrupaban en pequeñas entidades bajo el liderazgo de un caudillo, que solía utilizar la designación de bey o emir. Cuatro de estos caudillos, a partir del siglo XIII, ejercían de consejeros del khan mongol de la Horda Dorada, hasta que el consejo quedó institucionalizado y sustituyó, con la incorporación de funcionarios, comandantes militares y parientes del khan, al *kiraltai* como el órgano que elegía al sucesor de la Horda Dorada a la muerte de un khan[908].

5.- El ascenso de Moscovia

La invasión mongola desencadenó una destrucción sin precedentes sobre los principados ruríkidas. En la campaña de invierno de los años 1237 y 1238, Vladimir fue incendiada hasta los cimientos - incluyendo la iglesia de la Santa Madre de Dios, donde se había refugiado el príncipe, su familia y el alto clero de la ciudad[909]- y Suzdal saqueada; Moscú, Tver, Rostov y muchas otras ciudades de importancia sufrieron las consecuencias de asaltos directos de las tropas mongolas, que, para el año 1240, habían reducido a la esclavitud a una décima

[908] Así lo cree HALPERIN, CH. J., *Russia and the Golden Horde: The Mongol Impact on Medieval Russian History*. Bloomington, 1985, p. 26. Un análisis genérico del consejo en SCHAMILOGLU, "The *Qaraci* Beys of the Later Golden Horde: Notes on the Organization of the Mongol World Empire", en *Archivum Eurasiae Medii Aevi*, nº 4, 1984, pp. 283–297.
[909] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 185.

parte de la población rus[910]. En los veinticinco años siguientes, los mongoles lanzaron catorce campañas contra los principados rusos y las acciones militares no cesaron por completo hasta la década de 1320[911]. Las tierras del sur y las ramas dinásticas ruríkidas de los principados meridionales fueron las que más duramente sufrieron las consecuencias de la conquista mongola y de su posterior dominación. La propia Kiev fue incendiada por los guerreros de Batú. Este diferente grado de impacto entre los principados del sur y los situados más al norte alteró el equilibrio del mundo rus, trasladando su centro de la meridional Kiev a la más central Moscú, provocando, además, un alejamiento político y cultural entre las dos esferas, debido a la fragmentación en múltiples entidades menores del principado de Vladimir-Suzal, eslabón que conectaba ambas esferas[912].

A comienzos del siglo XIV, Moscú era una ciudad de pequeño tamaño, y no parecía que pudiera constituir una alternativa de poder para Kiev o para Vladimir, otro de los principales núcleos urbanos de los ruríkidas. Sin embargo, poco a poco, las ventajas de que gozaba Moscú fueron inclinando la balanza a su favor. Los moscovitas tuvieron la suerte de disponer de una sucesión de príncipes capaces, con lo que las políticas estatales gozaron de coherencia estratégica y de una implementación eficaz durante un largo periodo de tiempo. En segundo lugar, la situación geográfica de Moscú, en una posición central respecto del mundo ruríkida, era una ventaja sobre Kiev, en el rincón meridional del mundo rus. En tercer lugar, la política adoptada por los khanes de la Horda para mantener sometidos a los principados consistió en contrapesar la influencia de los más ricos o poderosos favoreciendo a sus rivales de menor entidad. En este sentido, la Horda favoreció a la débil Moscú frente a la más poderosa Tver. En la decisión de los

[910] VERNADSKY, G., *The Mongols and Russia* (*A History of Russia*- New Haven, 1953, p. 338.
[911] CRUMMEY, R. O., *The Formation of Muscovy 1304–1613.* Londres, 1987, pp. 30-31.
[912] MARTIN, "North-eastern Russia and the Golden Horde (1246–1359)", p. 28.

mongoles de apoyar a Moscú influyó el hecho de que la dinastía moscovita reinante, los Danilovich, habían accedido al poder de manera ilegítima, por lo que crearon una nueva base de legitimación que se vinculaba no con la tradición ruríkida, sino con el gobierno mongol y la capacidad del khan para designar príncipes en sus estados vasallos. La legitimidad de los Danilovich dependía del respaldo mongol, lo que les hacía dóciles a la voluntad de los khanes[913].

Además de a través de la autoridad mongola, los Danilovich buscaron la legitimación a través de dos métodos: la vinculación de la dinastía con la Iglesia, otra de las fuentes tradicionales de respaldo moral y de legitimación, y de la expansión exterior, en especial hacia el norte, ya que el derecho de conquista legitimaba al conquistador a gobernar las tierras conquistadas, por lo que el gobierno de todo territorio incorporado a Moscú tras la accesión al trono de los Danilovich era inatacable jurídicamente. La expansión dio a los príncipes más tierras y el control de más núcleos urbanos que, al satisfacer los impuestos correspondientes, aumentaron la capacidad financiera de los moscovitas, en parte porque el príncipe tenía el control de la organización de justicia y las confiscaciones y multas que imponía iban a parar directamente a su patrimonio[914].

A diferencia de la mayor parte de los principados rus, los moscovitas consiguieron evitar la creación de grandes territorios feudales en los que la propiedad de la tierra y las diversas potestades legales escapaban a la jurisdicción del príncipe, quedando en manos de los grandes nobles, que, a su vez, tenían sus propios vasallos. Este proceso, llamado subfeudalización, fue contenido por los príncipes de Moscú, de tal forma que cada señor era vasallo directo del príncipe y la nobleza no tenía la propiedad ni la jurisdicción sobre la mayor parte del territorio. Los Danilovich también trataron de mantener la cohesión del principado, intentando que no se fragmentara a lo largo de los diversos

[913] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 197.
[914] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 209.

procesos sucesorios. Incluso cuando hubo fragmentación política, como a la muerte del príncipe Kalita, que dividió sus dominios entre sus tres hijos, todos acordaron que, en caso de dificultades, las tropas moscovitas servirían bajo un mando común, manteniendo intacto gran parte del poder de Moscú[915]. Así, los Danilovich consiguieron depender cada vez más de sus propios recursos y conexiones y menos del apoyo de los khanes de la Horda[916].

Junto a los moscovitas, otro poder fue adquiriendo relevancia en el este de Europa, Lituania, que surgió de la presión de los avances de los Caballeros Teutónicos hacia el este, empujando a las tribus paganas a unirse para plantarles cara, bajo el liderazgo de Mindovg, a mediados del siglo XIII. Su resistencia al avance germánico tuvo un efecto especular y, al igual que las tribus acabaron aceptando un liderazgo unificado, las dos principales órdenes militares germánicas, los Caballeros Teutónicos y la Hermandad de la Espada, acabaron fusionándose para luchar contra los paganos lituanos. Su situación geográfica dejaba a Lituania rodeada de enemigos potenciales: los cruzados germánicos, la católica Polonia, los príncipes ortodoxos rusos y los khanatos musulmanes de la estepa, por lo que el uso hábil y, en muchos casos, artero de la diplomacia se convirtió en indispensable para la supervivencia de Lituania como potencia independiente.

A lo largo de décadas, los príncipes lituanos se convirtieron y renegaron del catolicismo en función de las exigencias geopolíticas del momento, logrando no solo no perder sus dominios, sino expandirlos enormemente. Esta expansión, que incluyó muchos de los territorios

[915] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 210. Otros Estados han sabido superar momentos de tendencia a la división y la fragmentación, con diferentes grados de éxito. Una visión del caso de la España decimonónica en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Las tres Españas de 1808", en Revista Aequitas, nº 11, pp. 45-68.

[916] MARTIN, "The emergence of Moscow (1359–1462)", en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006, p. 158.

que antaño dependieran de los príncipes ruríkidas de Kiev, provocó la absorción de una gran cantidad de población ortodoxa que, si bien estaba sometida en lo político al Gran Duque de Lituania, en lo que hacía referencia a su fe seguían al arzobispo de Moscú, pese a los intentos lituanos de lograr la creación de un arzobispado específicamente lituano, a fin de evitar esta influencia moscovita sobre la población lituana. El patriarca de Constantinopla terminó por ceder y se creó una nueva sede para Kiev y Lituania, en 1354.

El año 1359 marca un punto de inflexión en el dominio de la Horda Dorada, que desde ese momento se sumió en un periodo de desintegración interior detonado por dos fenómenos muy diferentes. El primero fue la Peste Negra, que golpeó las estepas de forma devastadora en varias oleadas a partir del primer brote, el del año 1346-1347. Sarai, Astrakán y el Caúcaso fueron las puertas por las que las "ratas de la peste" de las que hablaba Camus llegaron a los dominios de la Horda[917], y desde los puertos de las repúblicas italianas en el mar Negro, prosiguieron su viaje hacia las ciudades italianas y europeas. Tras años de sembrar la muerte en Occidente, la peste regresó al este, y en 1352 devastó Pskov y Novgorod, al año siguiente el resto de las ciudades de la estepa y en 1354 había llegado de nuevo a Sarai. Durante una década, la epidemia rebrotó una y otra vez, diezmando a la población y resquebrajando el orden social y político.

El segundo factor que debilitó a la Horda fueron los cambios en el comercio internacional de larga distancia. Hasta entonces, la Horda controlaba un amplio tramo de la Ruta de la Seda, que conectaba el interior de Asia y Lejano Oriente con Europa, pero al tiempo que la peste azotaba sus dominios, los tártaros -como se había empezado a denominar a los mongoles de la Horda Dorada- perdieron el control sobre sus dos extremos de la Ruta. En el oeste, la guerra entre venecianos y genoveses por el control del puerto de Tana, en el mar

[917] LANGER, L. N., "The Black Death in Russia. Its Effects upon Urban Labor", en *Review of History*, nº 2, 1975, pp. 55-56.

Negro, entre 1350 y 1355, perjudicó al comercio, lo que se agravó con la captura de Gallipoli, en los Dardanelos, por los otomanos, en el 1354[918], quienes, asentándose también en los Balcanes, se situaron en disposición de cortar el tráfico mercantil a través del Bósforo y de los Dardanelos, interrumpiendo el comercio entre el mar Negro y el Mediterráneo e impidiendo, por tanto, a la Horda vender a Occidente los productos que llegaban de Oriente[919]. En Oriente, por su parte, tras una década de rebelión, la dinastía Ming expulsó del trono chino a la dinastía Yuan en 1368 e interrumpió la mayor parte del comercio exterior procedente de China para sumirse en una política de aislamiento y reconstrucción interior, de modo que la Horda se enfrentó a una disminución en la llegada de productos desde el este y a enormes dificultades para vender en el oeste los que sí llegaban, con lo que la base de su sistema económico quedó enormemente dañada[920].

La peste y la interrupción del comercio de larga distancia, así como tres reinados de muy breve duración, llevaron a un golpe de estado palaciego en Sarai para destronar a Berdibek Khan en 1369, lo que provocó la desintegración de la Horda en múltiples facciones a lo largo de una sucesión de guerras civiles que abarcó las dos siguientes décadas, durante las cuales decenas de pretendientes tomaron el título de khan por periodos muy breves. El aumento de poder de moscovitas y lituanos multiplicó los problemas de la Horda. En 1371, el príncipe moscovita Dimitri Danilovich se había comprometido a pagar un tributo anual al khan Mamai, pero dejó de hacerlo en 1373, cuando los mercaderes de la Hansa vetaron las exportaciones de plata de Novgorod, secando una de las principales fuentes de ingresos de las ciudades rus. Al año siguiente, los rus masacraron en Nizni-Novgorov a los oficiales que el khan había enviado para restablecer el control mongol sobre los flujos comerciales del curso medio del Volga.

[918] ANDRIOPOULOU, *Diplomatic communication between byzantium and the west under the late palaiologoi (1354-1453)*, p. 5.
[919] MORGAN, *The Mongols*, pp. 134-5.
[920] VERNADSKY, *The Mongols and Russia*, p. 205; MARTIN, *Medieval Russia*, p. 223.

Enfrentado a la doble amenaza de los impagos moscovitas y del caos en el Volga, Mamai, cuyos recursos estaban comprometidos en las luchas internas de los tártaros, retiró el título de Gran Príncipe a Dimitri Danilovich y se lo entregó al príncipe Miguel de Tver, a quien encomendó la misión de reestablecer el orden en tierras rusas[921].

Sin ayuda de Mamai, la campaña de Miguel fue un fracaso total y se vio impotente ante la coalición que logró reunir Dimitri, que incluía a la mayor parte de los príncipes del noroeste de la actual Rusia y a vasallos rebeldes de la propia Tver. Tras un asedio de cuatro semanas, en 1375 Tver se rindió y Miguel se vio obligado a firmar un tratado de paz con los moscovitas, por el cual conservaba el título de Gran Príncipe, pero reconocía su subordinación a Moscú, renunciaba a las reclamaciones sobre el control de Novgorod, reconocía la soberanía de Dimitri sobre la disputada Vladimir y se comprometía a no mantener relaciones diplomáticas con Lituania de forma independiente[922]. En suma, la victoria sobre Tver supuso el reconocimiento de Moscovia como poder hegemónico en el mundo rus, lo cual, a su vez, hizo inevitable el enfrentamiento entre Moscú y la Horda Dorada.

Mamai sabía que no podía permitirse una derrota y preparó a conciencia el enfrentamiento. En los años posteriores a la victoria de Dimitri sobre Tver, el khan se aseguró el apoyo tanto de Lituania como del príncipe ruríkida Oleg de Riazán, y solo entonces envió diplomáticos a Dimitri para reclamarle los tributos atrasados. Cuando el moscovita se negó a efectuar el pago, dio comienzo el conflicto bélico, que llegaría a su momento decisivo el 8 de septiembre de 1380, en las inmediaciones del río Don, en un lugar denominado Kulikovo. La victoria de los moscovitas sobre los tártaros y sus aliados lituanos es uno de los hitos fundacionales del Estado ruso[923], y le granjeó a Dimitri

[921] PRESNIAKOV, A. E., *The Formation of the Great Russian State*. Chicago, 1970, p. 265.
[922] MARTIN, *Medieval Russia*, p. 235.
[923] Con el tiempo, Rusia se extendería desde el Báltico hasta el Pacífico; sobre su expansión en este último mar puede consultarse FERNÁNDEZ

el sobrenombre de *Donskoi* -Dimitri del Don-. La derrota, primera de un ejército de la Horda Dorada frente a los príncipes rus[924], hirió de muerte la base de poder de Mamai, que, si bien logró levantar nuevos ejércitos para continuar la lucha intestina por el control de la Horda, no volvió a estar en condiciones de intentar someter a los moscovitas.

El conflicto tártaro se focalizó en una lucha entre Mamai, que había logrado cohesionar los dominios occidentales, y Tokhtamysh, un descendiente de la estirpe de Genghis que se había hecho fuerte en los orientales. Mamai perdió la vida en la batalla de Kalka, pero su rival no pudo disfrutar del triunfo: la irrupción, desde Asia Central, de Tamerlán puso fin temporalmente a la lucha y el temible caudillo cojo logró gobernar el conjunto del territorio tártaro[925], pero a su muerte, como se ha visto previamente, el imperio timúrida se desintegró.

De las ruinas de la Horda y del imperio de Tamerlán surgieron múltiples kanatos tártaros, de los que los más importantes, a comienzos del siglo XV, eran el de Crimea, que contaba con protección lituana, y el de Kazán, que absorbió las tierras de los búlgaros en el curso medio del Volga. Pero desdecendientes de las potencias mongolas ya no eran el poder hegemónico de la región; ese papel se había desplazado a los príncipes de Moscú.

RODRÍGUEZ, M., "La presencia rusa en el Pacífico Noroeste", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo.* Madrid, 2012.

[924] KENNEDY, *Mongols, huns and vikings*, p. 208.

[925] MARTIN, J., *Treasure of the Land of Darkness: The Fur Trade and its Significance for Medieval Russia.* Cambridge, 1986, p. 33.

CAPÍTULO XII

TIEMPO DE CAMBIOS Y CONVULSIONES

1.- La Muerte Negra

Para algunos autores "la Peste Negra fue el acontecimiento más importante de la Historia europea desde la caída de Roma"[926] y "la mayor catástrofe demográfica de la que se tienen registros"[927].

Todo parece indicar que el origen de la gran pandemia del siglo XIV fue China, "la gran productora de epidemias"[928]. La plaga llegó a Europa en otoño de 1347 -a través de los puertos de Messina, Génova y Venecia[929]-, pero debió haberse desencadeno en Oriente -que, en la

[926] BEAN, J. M. W, "The Black Death: the crisis and its social and economic consecuences", en WILLIMAN, D., (ed.), *The Black Death. The impact of the fourteenth-century plague*. Nueva York, 1982, p. 23.
[927] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 136.
[928] GASQUET, F. A., *The Black Death of 1348 and 1349*. Londres, 1908, p. VII.
[929] BEAN, "The Black Death: the crisis and its social and economic consecuences", p. 25.

mentalidad del siglo XIV, incluía China, India y Persia- al menos tres o cuatro años antes. Los datos sobre su evolución en esa fase previa a llegar a conocimiento de los europeos son escasos, y solo puede seguirse con certeza su progreso a partir de su llegada a los puertos genoveses del mar Negro[930]. Lo cierto es que en Europa se tenía conciencia de que algo extremadamente grave estaba ocurriendo en el Lejano Este, ya que al papa Clemente VI le informaron en Avignon de que una pestilencia había matado en aquellas tierras a 24 millones de personas. Los relatos de los viajeros que regresaban de Oriente hablaban de mortalidades hasta entonces inconceibles: tres millones de muertos en China, despoblación de la India, Oriente Próximo cubierto de cadáveres, medio millar de muertos diarios en Aleppo, 22.000 muertos en Gaza…[931].

La propagación de la enfermedad se produjo siguiendo las rutas del comercio internacional. Una de ellas discurría desde Bagdad a través de Mesopotamia, Siria y Licia, y era utilizada por los mercaderes italianos por ser la más corta y mejor conocida para transportar los productos de China e India a Occidente. No obstante, en el siglo XIV su uso declinaba, ya que se había vuelto más peligrosa que en épocas anteriores. Parte del comercio con Oriente se había desviado a una segunda ruta, que desde Bagdad, remontaba el curso del Tigris hasta sus fuentes en Armenia y, bien desde Trebisonda o bien a través del Caúcaso, conectaba con los puertos itlaianos en Crimea. Pese al aumento del tráfico en esta ruta, parece, según la la narración contemporánea del mercader Sanudo, que el recorrido más usado en el siglo XIV era la vía más segura, que llegaba hasta Alejandría. Los productos partían desde la costa de Malabar, en la India, y llegaban a los puertos del golfo Pérsico, donde se dirigían o bien a la desembocadura del Tigris, conectando con las rutas anteriores, o bien se transportaban al mar Rojo a través del puerto Adén, desde donde, tras

[930] Al parecer, llegó a Caffa cuando el ejército mongol que la asediaba, diezmado por la epidemia, arrojó los cadáveres con catapultas sobre la colonia genovesa (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 212).
[931] GASQUET, *The Black Death of 1348 and 1349*, pp. 1-2.

un viaje de nueve días en caravana a través del desierto, se llegaba a Chus, en el Nilo. Remontando la corriente, en quince días más se llegaba a El Cairo, conectado con Alejandría mediante un canal artificial[932]. Estas rutas comerciales actuaron como "autopistas letales" en la propagación de la epidemia[933].

Seguramente siguiendo la segunda de las rutas mencionadas, la plaga golpeó los establecimientos italianos en Crimea con gran fuerza en 1346. Desde el puerto de Caffa, según informaba en sus documentos un notario de Piacenza, la peste llegó a Europa[934].

Los síntomas específicos que mostraban los enfermos eran inflamación de los ganglios de las axilas y el cuello, dolores en el pecho, vómito de sangre y emanación de un olor pestilente[935]. En cuanto al espantoso alcance del brote de 1346, resulta difícil especificar qué lo hizo mayor que otros anteriores. Las investigaciones modernas acerca de la *Yersinia pestis* han establecido el papel crucial de los factores medioambientales, pues cambios mínimos pueden transformar un brote localizado y contenido en una pandemia. Diferencias pequeñas en temperatura y precipitaciones alteran de forma significativa tanto los ciclos reproductivos de las pulgas como el comportamiento de los roedores que les sirven de huésped y vehículo. Por ejemplo, un incremento de apenas un grado en la temperatura puede suponer un aumento del 50% de la tasa de infección en el gran gerbil, el principal roedor huésped en el entorno estepario[936].

La peste golpeó con tal intensidad Florencia que fue conocida en Europa como "la peste de Florencia", primera gran ciudad devastada por la epidemia. La capital toscana había sufrido una hambruna en el año anterior, 1347, de una intesidad tal que 90.000 personas debieron

[932] GASQUET, *The Black Death of 1348 and 1349*, p. 4.
[933] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 212.
[934] GASQUET, *The Black Death of 1348 and 1349*, p. 5.
[935] GASQUET, F. A., *The Black Death of 1348 and 1349*, p. 8.
[936] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 212.

ser alimentadas por el Estado, lo que no impidió que al menos 4.000 perecieran de inanición. Debilitada una parte de su población por esta hambruna, cuando la peste llegó a la ciudad del Arno en abril de 1348 la arrasó, tal y como puede leerse en la detallada descripción que Bocaccio ofrece del suceso[937]. La peste mató en la Toscana a entre tres cuartos y cuatro quintos de la población: en San Gimignano consta el fallecimiento del 58.7% de la población, en Florencia del 60% y en Siena de alrededor del 50%[938].

El de Florencia puedo parecer un caso extremo, pero no excepcional. En Venecia, cuando pasó la peste, las autoridades no fueron capaces de encontrar en toda la urbe tres doctores con vida y tres cuartas partes de su población habían perecido[939]. La epidemia llegó al sur de Francia casi a la vez que a Italia, a través de tres barcos genoveses que atracaron en Marsella y a los que las autoridades expulsaron del puerto demasiado tarde: la plaga dejó 57.000 muertos en la ciudad y sus alrededores, una mortalidad equivalente a la de las ciudades italianas. Desde el puerto marsellés, la peste prosiguió su marcha tierra adentro, siguiendo el curso del Ródano[940]. En cuatro meses, mató a 62.000 personas en el Avignon de los papas y a 80.000 en París, entre ellas a Juana de Navarra -hija del rey Luis X-, y a Juana de Borgoña -esposa del rey Felipe de Valois-[941].

---

[937] GASQUET, *The Black Death of 1348 and 1349*, p. 23.

[938] BOWSKY, W. M., "The impact of the Black Death upon sienese government and society", en *Speculum, A journal of Mediaeval Studies*, nº 39, 1964, p. 16. Solo en Florencia y sus alrededores murierion alrededor de 100.000 personas en dos meses (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 214).

[939] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 214.

[940] BEAN, "The Black Death: the crisis and its social and economic consecuences", p. 25.

[941] GASQUET, *The Black Death of 1348 and 1349*, pp. 30-40.

Desde Sicilia, Cerdeña y Córcega, siguiendo las rutas comerciales hacia Occidente, la peste llegó a Mallorca, donde mató a todos los dominicos del convento de la isla y a otras 15.000 personas, llegando a la península ibérica de forma casi simultánea por los dos extremos del litoral occidental, Almería y Barcelona. En marzo de 1350, la enfermedad terminó con la vida del rey castellano Alfonso XI, que se había negado a levantar el asedio de Gibraltar al desatarse la epidemia entre sus tropas. Imparable, desde el norte de Italia la epidemia cruzó el Adriático y en enero de 1348 Ragusa fue devastada. La misma suerte siguió Spalatto, la actual Split. La enfermedad penetró en Hungría por la costa dálmata en primavera y se extendió por los Balcanes. Ni siquiera Gran Bretaña logró escapar de su toque. A finales de verano y comienzos de otoño de 1348, la plaga saltó el canal de la Mancha y azotó Inglaterra[942].

De nuevo, tras llegar a Europa la peste había seguido las rutas comerciales: la que conectaba el occidente italiano con Francia, a través de Marsella; de esta al interior de Francia, siguiendo el curso de los ríos navegables que hacían las veces de vías internas para el comercio, remontando sus cursos hasta golpear París. Un caso extremo de cómo la epidemia se desplazó a través de las grandes rutas mercantiles lo constituye el hecho de que a Novgorod, en el extremo oriental de las rutas bálticas, no llegó desde Asia Central, sino desde Occidente, a través de las líneas comerciales que había creado la Hansa, una de cuyas factorías más importantes se encontraba en la ciudad rusa[943].

[942] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 137; BEAN, "The Black Death: the crisis
and its social and economic consecuences", p. 25

[943] BEAN, "The Black Death: the crisis and its social and economic consecuences", p. 25.

La Peste Negra fue la mayor catástrofe de la Historia occidental, afirma Bowsky[944] y cabe poca duda de que, para sus contemporáneos la pandemia de 1347-50 fue el peor desastre que había azotado a la raza humana. No obstante, durante los cuatro siglos posteriores, Europa fue azotada por epidemias que causaron terribles mortandades, igual que ocurriría en Oriente Medio[945]. En este sentido, la Peste Negra no fue un fenómeno aislado, sino el acontecimiento de mayor impacto de un fenómeno cíclico, ya que ninguna epidemia posterior causó la apocalíptica mortalidad de la Peste Negra: según los estudios más conservadores, la enfermedad mató a veinticinco de los setenta y cinco millones de europeos de su tiempo[946].

Una de las consecuencias estructurales de la Peste Negra fue la distorsión a gran escala del mercado de trabajo. La enorme mortalidad causada por la epidemia causó una igualmente enorme demanda de mano de obra, acompañada de una subida de los precios, ya que la producción se desplomó[947], en parte porque las áreas rurales habían sufrido con mayor intensidad el azote de la epidemia, debido a que el factor determinante en cuanto a la intensidad de la pandemia no era la concentración de población, sino la proporción entre densidad humana y densidad de población de roedores, mayor en el campo que en los entornos urbanos[948]. Los jornaleros y trabajadores, convertidos en una

[944] BOWSKY, "The impact of the Black Death upon sienese government and society", p. 1.
[945] SIRIASI, N., "Introduction", en WILLIMAN, D., (ed.), *The Black Death. The impact of the fourteenth-century plague*. Nueva York, 1982, p. 9.
[946] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 215.
[947] GASQUET, *The Black Death of 1348 and 1349*, pp. 227-228.
[948] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 215. Sobre las reformas en el ámbito urbano en la Baja Edad Media, ver MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La respuesta regia al desorden urbano: la doble naturaleza de los corregidores", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Amenazas y orden público: efectos y respuestas, de los Reyes Católicos al Afganistán contemporáneo*. Valladolid, 2013.

fuerza productiva escasa, pudieron exigir mayores salarios y mejores condiciones de trabajo, destruyendo en gran medida la base del sistema feudal. En cierto sentido, una de las consecuencias de la epidemia fue sembrar las semillas del derecho laboral, pues fue en sus postrimerías cuando la mano de obra europea tomó conciencia por vez primera de que estaba en su mano exigir no solo un estipendio justo -o, al menos, mejor que el recibido hasta entonces-, sino también el disponer de ciertos derechos.

Estos procesos causaron una serie de cambios retroalimentados:

> "Los resultados fueron extraordinarios. Con la riqueza distribuida de forma más equitativa en la sociedad, la demanda de artículos de lujo, ya fueran importados o no, se disparó, pues ahora existían más consumidores en condiciones de adquirir aquellos productos que antes estaban fuera de su alcance. Las pautas de gasto se vieron afectadas por otros cambios demográficos producto de la peste, en particular la posición favorable que pasaron a ocupar los jóvenes trabajadores, que se encontraban mejor situados para aprovechar las nuevas oportunidades que surgían ante ellos. Menos inclinada al ahorro tras haberse salvado de la muerte por muy poco, la nueva generación emergente, mejor pagada que la de sus padres y con mejores perspectivas para el futuro, comenzó a gastar el dinero en cosas que le interesaban, entre las que la moda no era la menos importante. Esto, a su vez, estimuló la inversión y el rápido desarrollo de la industria textil europea, que empezó a producir géneros en tan gran volumen que en Alejandría el comercio se vio gravemente afectado debido al descenso pronunciado de las importaciones. Además, Europa comenzó también a exportar en la dirección opuesta: las telas europeas inundaron los mercados de Oriente Próximo y causaron una contracción dolorosa que contrastaba radicalmente con el vigor económico de Occidente"[949].

[949] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, pp. 216-217.

La epidemia supuso la adopción de medidas jurídicas de todo tipo para paliar sus efectos sobre los más variados aspectos de la interacción socioeconómica. En Siena, por ejemplo, se prohibió en 1350 el matrimonio de plebeyos huérfanos de la plaga con nobles, salvo que las autoridades concedieran un permiso específico. La razón era tratar de contener las depredaciones de los nobles empobrecidos y endeudados para hacerse con el control del patrimonio de los burgueses ricos que habían fallecido en la epidemia dejando tras de sí niñas o jóvenes huérfanas de cuyas nupcias esperaban beneficiarse los aristócratas, dado que la gestión del patrimonio de la esposa correspondía al marido[950].

Se ha asociado también a las consecuencias de la Peste Negra la alteración de los patrones económicos regionales, de tal forma que la recesión golpeó a los lugares más afectados mientras que aquellos que habían quedado relativamente intactos del toque de la Muerte Negra se convirtieron en zonas pujantes. Este fue el caso de Holanda y de Bohemia, a las que la peste no llegó o lo hizo de forma muy mitigada, por razones que solo han podido ser objeto de especulación. Entre las explicaciones que se han aventurado se encuentra el que la dieta rica en pescado de los holandeses hacía que su población, en términos generales, estuviera menos expuesta al hambre, por lo que la enfermedad encontró un terreno menos abonado para sembrar la muerte en tierras neerlandesas que en otros lugares de Europa. En el caso bohemio, se cree que al llegar la enfermedad a sus fronteras en lo más duro del invierno, la interrupción del comercio, de las rutas de viaje y, en general, de la actividad social y mercantil pudo ejercer un efecto de cortafuegos natural contra la propagación de la enfermedad hacia el interior del territorio, amén de que el intenso frío de las áreas rurales centroeuropeas pudo acabar con una parte importante de los vectores

[950] BOWSKY, "The impact of the Black Death upon sienese government and society", p. 28.

biológicos de propagación de la enfermedad, como las pulgas de las ratas[951].

Fuera cual fuera la razón por la que determinadas zonas resultaron menos afectadas por la epidemia, algunos de los centros económicos más pujantes de los años posteriores -Milán, Amberes, Praga…- fueron ciudades o regiones que salieron relativamente indemnes del azote de la plaga.

No extraña, pues el impacto de la Peste Negra en todos los órdenes, también en las relaciones internacionales, en especial a través del comercio y de la alteración del reparto económico previo entre potencias y regiones. No podía ser de otra forma para un suceso que ha sido categorizado como la segunda peor catástrofe de la Historia humana[952], según la escala de Foster, que clasifica los desastres en base a su impacto sociocultural y a la pérdida de vidas humanas. En dicha escala, la Peste Negra recibe una valoración de 10.9 frente al 10.5 que alcanza la Primera Guerra Mundial y muy cerca de la puntuación de la peor hecatombe sufrida por la Humanidad, la Segunda Guerra Mundial, que en la escala de Foster alcanza una puntuación de 11.1[953].

[951] BEAN, "The Black Death: the crisis and its social and economic consecuences", pp. 27-28. Experimentos soviéticos durante la Guerra Fría demostraron que los camellos también podían infectarse y ser un vector de propagación (FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 211).

[952] LERNER, R. E., "The Black Death and western european eschatological mentalities", en WILLIMAN, D., (ed.), *The Black Death. The impact of the fourteenth-century plague*. Nueva York, 1982, p. 77.

[953] FOSTER, H. D., "Assesing disaster magnitudes", en *Profesional Geographer*, nº 28, 1976, pp. 241-247.

2.- El Gran Cisma de Occidente

En el siglo XIV, el papa se trasladó a Avignon para negociar con el rey de Francia el modo en que había de acometerse la disolución de los Templarios, cuya existencia se había convertido en un motivo de inquietud y problemas tanto para el monarca galo como para el Santo Padre. La estancia del Sumo Pontífice en la ciudad fue alargándose, a medida que el conflicto entre Francia y el Sacro Imperio iba enquistándose. Los papas, que se habían inclinado por el lado francés con la intención de poder manipular al vencedor del conflicto, se encontraron en la posición inversa: completamente dependientes de los deseos franceses, una vez que estos se impusieron al emperador Federico Barbarroja. Como consecuencia de ello, la sede pontificia se trasladaría a Avignon durante varias décadas, ya que el rey galo consideraba que así podía tener más controlado a la cabeza de la Iglesia Católica[954].

Los papas no solo se convirtieron en una mezcla de invitados y prisioneros en los dominios del rey de Francia, sino que los mismos pontífices fueron franceses y la curia quedó completamente bajo el control de los clérigos galos. Las promociones al cardenalato de Clemente V entre 1310 y 1312 dieron mayoría a los franceses, que la mantuvieron hasta el papado de Gregorio XI, en la década de 1370. Los datos dan idea del dominio francés en los años comprendidos entre 1310 y 1370: en 1340 los franceses representaban el 79% de los miembros de la curia; el siguiente pontífice, Clemente VI, mantuvo esta tendencia, y entre 1342 y 1352 nombró veinticinco nuevos cardenales, ventiuno de los cuales eran franceses. De esta forma, durante el pontificado de Clemente los galos alcanzaron su máximo control de la curia, donde llegaron a ser el 92,5% de los miembros, situación agravada por la muerte coincidente, en 1348, de tres de los cardenales no franceses -el castellano Pedro Gómez da Barroso y los italianos Gozo Battaglia di

[954] ROBINSON, F. M., *The end of the Middle Ages. Essays and questions in History*. Londres, 1888, p. 88, pp. 26-27.

Rimini y Giovanni Colonna-. Durante los treinta meses siguientes a estas muertes solo hubo un cardenal no francés en la Iglesia, Annibaldo Caetani da Ceccano, arzobispo de Nápoles. Dentro de la facción francesa había un colectivo dominante: de los 21 cardenales que hizo Clemente VI, diecinueve eran del Languedoc. Se creó una "oligarquía del Limousin", ya que once de los diecinueve cardenales de la Francia meridional provenían de Limoge o de sus alrededores, representando, solo ellos, entre el 25 y el 20% de los votos totales en la curia[955].

En esas circunstancias, no sorprende que, tras el traslado de la corte pontificia a Aviñón, tres franceses se calzaran de forma consecutiva las Sandalias del Pescador: el papa Clemente, Juan XXI y Benedicto XII. Entre tanto, la ausencia del papa de Roma arruinó la ciudad, al terminar con la enorme fuente de ingresos que suponía la curia y la administración eclesiástica.

En el periodo de Avigñón culminó el proceso de centralización de la Iglesia medieval, que convirtió al papado en una autocracia. La curia se dividió en cuatro departamentos: la Cámara Apostólica para las finanzas, encabezada por el chambelán, mano derecha del papa y que también llevaba las relaciones políticas; la Cancillería, que se ocupaba de la administración, al frente de la cual estaba el vicecanciller; los asuntos judiciales llevaron al desarrollo de divisiones del aparato judicial, formado por los otros dos departamentos de la curia: el Consistorio, que incluía la *Audentia Sacri Palatii* -que pasó a denominarse Rota en 1336- y el Penitenciario, que se encarcaba de regular la retirada de las censuras, otorgar dispensas de todo tipo y dar la absolución a los casos reservados[956].

Desde el punto de vista de la práctica diplomática, el traslado de la corte pontificia a Avignon supuso algunos problemas, sobre todo para los ingleses, en guerra con Francia, cuyo territorio debían atravesar sus

[955] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, pp. 26-27.
[956] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. II, p. 837.

enviados al papa. Esto incentivó una corriente de pensamiento jurídico que afirmaba que la corte pontificia era una suerte de jurisdicción extraterritorial, en la que los enviados no estaban sometidos a la jurisdicción de Francia, sino a la de su propio país[957], garantizándose a así la seguridad de los embajadores pertenecientes a potencias hostiles a Francia.

En 1377, Gregorio XI trasladó de nuevo la corte papal a Roma, colofón a su exitosa política italiana, donde había construido una coalición de estados en la zona septentrional que pudiera contrarrestar el peso del Milán controlado por la familia Visconti. El éxito de la expedición militar liderada por el cardenal Roberto de Ginebra, que, al frente de un ejército de mercenarios, derrotó a los milaneses y florentinos en la Guerra de los Ocho Santos[958], dio paso a una conferencia de paz que se reunió en Sarzana. Con la asistencia de la mayor parte de los poderes italianos, se concibió la idea de lograr un acuerdo de paz general en la península, bajo la supervisión del papa, lo cual abrió el camino al regreso triunfal del pontífice a la Ciudad Eterna[959], tras siete décadas de ausencia[960].

Los resultados de la decisión pontificia de regresar a Roma, sin embargo, fueron bastante decepcionantes, y el papa estaba considerando regresar a Aviñón cuando falleció, en 1378. La causa de la frustración del Santo Padre era la situación económica creada por los

[957] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 133. En esencia, los ingleses enviaban diplomáticos a Avignon para tratar dos materias con el papa: las dispensas matrimoniales para enlaces regios o de la alta nobleza, que con frecuencia requerían de la dispensa pontificia para lazos de parentesco, y los nombramientos de los altos cargos de la Iglesia en Inglaterra (p. 27).

[958] HOLMES, G., "Florence and the Great Schism", en Proceedings of the British Academy, nº 75, 1989, p. 2.

[959] MOLLAT, G., *Les papes d'Avignon, 1305–1378.* Paris, 1965, pp. 258-66.

[960] ROLLO-KOSTER, J., "Civil violence and the initiation of the Schism", en ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009, p. 9.

gastos que supuso su política internacional en Italia, que, pese a los esfuerzos realizados para conseguir dinero a partir de sus recursos propios, hizo depender al papado de las donaciones de otros soberanos y de los créditos obtenidos de prestatarios internacionales[961].

El cónclave que siguió a la muerte de Gregorio tuvo lugar en medio de una enorme confusión, amenazas, miedos e incluso agresiones. La población de Roma temía, no sin razón, que la corte pontificia abandonara la ciudad, por lo que exigió la elección de un papa romano o, en el peor de los casos, italiano. Los tumultos se sucedieron y, temerosos, los dieciséis cardenales presentes en la elección -once franceses, cuatro italianos y un español- optaron por proclamar al arzobispo de Bari, Bartolomé Prignano, que adoptó el nombre de Urbano VI. La elección de Prignano fue una típica solución diplomática de compromiso, fruto de la división de los cardenales franceses en dos facciones -una agrupando a los prelados de la región del Limousin y otra a los del norte de Francia- y de las rivalidades entre las grandes familias romanas por colocar a un miembro de su linaje en el trono de Pedro[962]. El anciano arzobispo no satisfacía a nadie, pero, al tiempo, suponía que nadie saliera del cónclave derrotado por sus rivales. La avanzada edad del prelado permitía contemplar su elección como una breve tregua antes de renovar la lucha por el papado.

Urbano había sido un hombre de la administración de la Iglesia, no era cardenal y, de inmediato, inició un ambicioso programa de reforma institucional, comenzando por la propia curia, imponiendo medidas como que esta entregara la mitad de sus recursos económicos a la oficina del papa y estableciendo la prohibición de que los cardenales cobraran pensiones o subsidios de potencias extranjeras, práctica habitual en los años anteriores, en que los diplomáticos con intereses en la Corte pontificia pagaban primas o incluso salarios regulares a

[961] MOLLAT, G., "Grégoire XI et sa légende", en *Revue d'histoire ecclésiastique*, nº 49, 1954, 873–77.
[962] ROLLO-KOSTER, "Civil violence and the initiation of the Schism", p. 10-11.

príncipes de la Iglesia para que defendieran los intereses de la potencia a la que representaba el diplomático[963]. Como no podía ser de otra forma, gran parte de la curia se opuso a estas medidas y consideraban al nuevo pontífice "salvajemente cruel, colérico y un autócrata repulsivo, bajo cuyo mando era imposible vivir"[964]. Los mecanismos que llevarían al Gran Cisma de Occidente habían comenzado a girar.

Varios cardenales abandonaron Roma inmediatamente después de la elección y entre los más reacios a las políticas de Urbano comenzó a extenderse la idea de que el cónclave que le había elegido carecía de validez, ya que los cardenales habrían actuado coaccionados por el miedo a que las turbas pudieran lincharlos si no elegían un papa del gusto de la población romana. Los primeros fueron los cardenales franceses, denominados ultramontanos -en el sentido de proceder de más allá de las montañas, los Alpes en este caso-, y desde su lugar de reunión, Agnani, pidieron a los cardenales italianos que se unieran a ellos, alejándose de Urbano. Uno tras otro, los cardenales fueron abandonando la Ciudad Eterna, como representación de su rechazo a la elección de Urbano, hasta que llegó un momento en que el papa quedó solo en Roma.

Esto no arredró a un sorprendentemente combativo Urbano, que procedió a crear *ex novo* un nuevo colegio cardenalicio, nombrando a veintinueve cardenales, en su mayor parte italianos. Como indica Weiss, esto fue la brizna de paja que quebró la espalda del camello[965], y los cardenales opositores, reunidos en Fondi, declararon inválida la elección de Urbano y procedieron a elegir su propio papa: Roberto de

[963] WEISS, S., "Luxury and extravagance at the papal court in Avignon and the outbreak of the Great Western Schism", en ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009, p. 78.
[964] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. II, p. 954.
[965] WEISS, "Luxury and extravagance at the papal court in Avignon and the outbreak of the Great Western Schism", p. 80.

Ginebra, que adoptó el nombre de Clemente[966]. El nuevo papa, cuando aún era cardenal, había alcanzado una triste celebridad, haciéndose acreedor del sobrenombre de "el carnicero de Cessena", tras supervisar personalmente la matanza de 4.000 civiles en esta ciudad italiana, que tropas bajo su mando habían tomado al asalto cuando intentó independizarse de la autoridad civil pontificia[967].

Inglaterra y el Sacro Imperio apoyaron con fuerza a Urbano, en especial la primera, sumida en su conflicto secular con Francia. Por su parte, el emperador temía que, de mantener al papado bajo su hégida, Francia aspirara a la Monarquía Universal, es decir, someter a todas las tierras conocidas bajo una misma monarquía, respaldada por el poder moral del papa. Francia, que defendía a Clemente, contaba con el apoyo de numerosas naciones: Escocia, Saboya, Nápoles, León y Castilla[968].

Muchos fueron los intentos diplomáticos, teológicos y de todo tipo que se realizaron para tratar de superar el cisma. El primero de ellos fue la *via concilii*, es decir, la convocatoria de un concilio general de la Iglesia cuyas conclusiones fueran aceptadas por todas las partes y que concluyera con una reunificación de la institución. Aunque puesta sobre la mesa prácticamente desde el primer momento, lo cierto es que tardó en ser considerada con seriedad por las partes, que, en las fases más tempranas del conflicto, prefirieron optar por lo que se ha dado en conocer como *via facti*, o vía de los hechos: conseguir la renuncia de la parte contraria a través de las presiones políticas y militares que pudieran realizarse sobre ella por cada uno de los papas y sus aliados

[966] En líneas generales, la mayor parte de la historiografía eclesiástica posterior tiene a considerar como línea legítima a la de los papas romanos (ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., "The Great Schism and the scholarly record", en ROLLO-KOSTER, J., Y IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009, p. 2).
[967] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. II, p. 954.
[968] ROBINSON, F. M., *The end of the Middle Ages. Essays and questions in History*. Londres, 1888, p. 100.

en la escena internacional. La *via facti* suponía lograr un triunfo sobre los adversarios, que se verían obligados a renunciar a sus pretensiones; esto contribuyó a enquistar el problema, ya que ningún bando fue lo bastante poderoso como para lograr la renuncia del contrario[969]. Esta vía de los hechos entroncó el cisma pontificio con otro de los grandes conflictos de su tiempo, la guerra de los Cien Años[970].

Poco a poco, fue cobrando fuerza una tercera solución, a la que se denominó *via cessionis*, consistente en la abdicación de ambos papas y la anulación de los vínculos de lealtad que cada uno de ellos había suscitado, a fin de reconstruir desde cero la situación sin que uno de los bandos emergiera como vencedor y sin cuestionar la legitimidad de ninguno de los papas salientes. Sería esta vía, combinada con una perspectiva modificada de la *via concilii*, la que finalmente abriría la salida al cisma[971]. El inicio de una solución real cabe fijarlo en el cónclave de Avignon de 1394, cuando los cardenales presentes firmaron una capitulación indicando que el elegido entre ellos abdicaría en cualquier momento en que la mayoría del colegio cardenalicio considerase que, con dicha renuncia, se favorecería la reunificación de la Iglesia. El elegido, con el nombre de Benedicto XIII, fue Pedro Luna.

La petición a Benedicto se produjo antes de que terminara el año, cuando los partidarios de la *via cessionis* se hicieron con el control del colegio cardenalicio de Avignon. El papa, entonces, se negó a cumplir

---

969 ÁLVAREZ PALENZUELA, V. A., *El cisma de occidente.* Madrid, 1982, pp. 93-96.

970 PERROY, E., *L'Angleterre et le grand schisme d'Occident.* Paris, 1933, p. 57. No todos los autores coinciden en esta idea; Harvey, por ejemplo, defiende que el apoyo inglés fue determinado por el convencimiento de que Urbano era el papa legítimo y la proclamación de Clemente respondía a una conspiración francesa (HARVEY, M., *Solutions to the Schism: A Study of Some English Attitudes, 1378–1409.* St. Ottilien, 1983, pp. 4-6).

971 STUMP, P. H., "The council of Constance (1414-1418) and the end of the Schism", en ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417).* Leiden, 2009, p. 398.

su juramento y comenzó un tenso tira y afloja con sus propios cardenales, que en 1398 convocaron un nuevo cónclave, bajo la influencia de Simón de Cramaud, agente del duque de Berry[972], donde se aprobó considerar anulados todos los vínculos de obediencia con Benedicto, acusándole de perjuro por no cumplir la capitulación de 1394.

En la línea romana de sucesión al papado, la puerta a la cesión se abrió, a su vez, con el cónclave de 1406, en el que llegó al papado Angel Correr, un anciano cardenal veneciano que adoptó el nombre de Gregorio y fue el primer papa no napolitano en la línea romana[973]. En el concilio, los cardenales romanos prestaron un juramento equivalente al prestado doce años antes en Avignon, lo que, como se había visto con Benedicto XIII, suponía un arma jurídica terrible a la hora de impeler a los pontífices a buscar una solución negociada al cisma, puesto que, de lo contrario, podían ser depuestos por su propio colegio cardenalicio. Benedicto y Gregorio abrieron negociaciones de cara a un encuentro personal en el que pudieran hablar sobre el mejor modo de superar el cisma -lo que se dio en llamar *via convencionis*-. Este método, el prefefido por los pontífices, fracasó y el encuentro no llegó a verificarse, por lo que ambos papas, presionados por sus respectivos cardenales, se vieron obligados a convocar, de forma conjunta, para que tuviera validez para todas las partes, el Concilio de Pisa.

Simon de Cramaud elaboró la doctrina que sostendría la capacidad del concilio para poner fin al cisma: agotados todos los esfuerzos negociadores y vista la incapacidad de los pontífices para lograr el fin de la división, lo que suponía su incapacidad para guiar de forma adecuado a los cristianos, los cardenales tenían derecho a retirar su apoyo a dichos papas, lo que generaba un vacío de poder en la cabeza de la Iglesia que el propio concilio podía solventar eligiendo a un nuevo

[972] Sobre este personaje, ver KAMINSKY, H., *Simon de Cramaud and the Great Schism*. New Brunswick, 1983.
[973] STUMP, "The council of Constance (1414-1418) and the end of the Schism", p. 400.

papa aceptado por todos. Así ocurrió: los cardenales presentes en Pisa en 1409, pertenecientes a la disidencia del papado de Avignon y a la del papado de Roma, negaron la legitimidad de Benedicto XIII y de Gregorio XII y eligieron a un tercer pontífice, Alejandro V[974], lo cual no hizo sino complicar la situación de la Iglesia al crear un tercer bando sin solventar la escisión previa.

El Concilio de Constanza, iniciado en 1414, triunfó donde todos los demás intentos de reconciliación habían fracasado[975]. La idea de que la voluntad del concilio debía prevalecer sobre la de cualquiera de los tres papas fue cobrando fuerza y, en 1415, era mayoritaria entre los cardenales presentes, y fue reforzada cuando el emperador Segismundo acudió ante el concilio y la respaldó a través de una propuesta explícita que presentó uno de sus hombres de confianza, el conde palatino Luis de Baviera. El 30 de enero de 1416 se presentó por primera vez de manera formal la propuesta de que los tres papas renunciaran de forma simultánea, permitiendo al concilio elegir a un sucesor que unificara de nuevo la Iglesia. La propuesta fue bloqueada por Juan XXIII, que se valió para ello del gran número de cardenales italianos a los que había nombrado príncipes de la Iglesia en su pontificado.

Esto no detuvo a quienes buscaban la reunificación de la Iglesia a través de la renuncia de los papas, que recurrieron a una artimaña legal, consiguiendo sacar adelante que el voto no fuera individual por

[974] Alejandro solo viviría un año más; tras su muerte, la línea papal de Pisa pasó a proclamar papa a Juan XXIII. Con posterioridad, Juan sería considerado antipapa, por lo que desapareció de las listas oficiales de la Iglesia, lo que permitió a Angelo Roncalli adoptar este nombre al ascender al solio pontificio en 1958.

[975] Estudios específicos sobre el concilio de Constanza en ÁLVAREZ PALENZUELA, *El cisma de occidente*; y CROWDER, C. M. D., *Unity, Heresy, and Reform, 1378–1460: The Conciliar Response to the Great Schism.* New York, 1977.

cardenales, sino colectivo por naciones[976]. Esto no significaba votar por países, sino por grandes regiones: la Europa del Sur se agrupaba en la nación italiana, la del Oeste en la francesa, la del norte en la inglesa y la del este en la alemana. Con este sistema de voto, pese a su mayor peso en número de cardenales, Juan solo controlaba una de las cuatro naciones, y no pudo detener las decisiones del concilio tendentes a su abdicación y, de no consentir en esta, a su deposición. Temiendo por su integridad, huyó de Constanza el 21 de marzo, disfrazado de arquero, y se refugió en un castillo propiedad del duque de Austria.

Tras arduas negociaciones, se logró que Juan XXIII entrara en razón y abdicara, lo que dio nuevas fuerzas a las negociaciones que el emperador Segismundo estaba llevando a cabo para lograr también la abdicación de Gregorio XII, el papa de la línea romana, esfuerzo que logró concluir con éxito. El único obstáculo que persistía era la negativa de Benedicto XIII, el papa de Avignon, a renunciar a su pontificado. El rey Fernando de Aragón y su confesor, Vicente Ferrer, ejercieron de intermediarios y orquestaron dos encuentros, primero en Niza y luego en Perpignan, entre el papa, el emperador y los enviados del concilio. Benedicto tenía una sólida posición negociadora, ya que a sus excelentes cualidades personales como orador y diplomático se unían el apoyo del clero español, el afecto de la población aragonesa -la familia Luna era una de las más prestigiosas del reino de Valencia- y la gratitud de su monarca, para quien Benedicto había jugado un papel decisivo en el Compromiso de Caspe, que había zanjado una disputa sucesoria entregando la Corona de Aragón a Fernando[977].

Benedicto rechazaba que, si todos abdicaban, la elección la realizaran cardenales nombrados por los papas contendientes, y proponía que, en su lugar, solo votaran los cardenales nombrados por Gregorio XI, el último papa aceptado por toda la Iglesia. Esta propuesta

[976] STUMP, "The council of Constance (1414-1418) and the end of the Schism", p. 407.
[977] STUMP, "The council of Constance (1414-1418) and the end of the Schism", p. 416.

contenia una trampa evidente: el único príncipe de la Iglesia que cumplía el requisito era el propio Benedicto. Por ello, prometía que, si se aceptaba su propuesta, no se elegiría a sí mismo en ese cuando menos extraño cónclave formado por una sola persona. La propuesta fue rechazada por el concilio.

Ante la obstinación de Benedicto, el rey de Aragón terminó por solicitar su renuncia y autorizó a los demás prelados a él vinculados a que se sumaran al concilio de Costanza, considerando extintos sus lazos con el papa de Avignon, formalmente depuesto por el concilio en 1416. Las negociaciones aún serían arduas y extremadamente complejas, con intrincados debates sobre cuál sería la fórmula mediante la cual se elegiría al nuevo papa, optándose finalmente porque cuarenta cardenales, ocho de cada nación -habían pasado a ser cinco con la incorporación de los prelados españoles- eligieran al sumo pontífice que reunificaría la Iglesia. Este sería Otón Colonna, con el nombre de Martín V.

Entre tanto, el cisma había tenido importantes consecuencias dentro del sistema internacional italiano. El tradicional papel equilibrador, tanto geográfico como político y espiritual, que el papado había desempeñado en la política italiana se vio debilitado ante la imposibilidad de los papas romanos de prestar atención y recursos a las políticas italianas. Así, el papa no bloqueó los intentos de Milán de atraer a su espera de influencia a diversas ciudades toscanas, lo cual generó una guerra a gran escala -para los parámetros italianos- entre Milán y Florencia, entre 1390 y 1392, cuando los florentinos pagaron a los mercenarios de Hawkwood para que invadiera la Lombardía, en respuesta a la injerencia milanesa en Toscana. Una segunda guerra entre ambos poderes estalló en 1397, en la que los florentinos lograron que Francia se implicara, para evitar que Siena cayera bajo la influencia milanesa[978]. Estos conflictos, que en otras circunstancias el papado podría haber evitado, contenido o limitado, contribuyeron a crear la

[978] HOLMES, "Florence and the Great Schism", pp. 2-5.

confusa situación que provocaría cambios decisivos en la forma de entender la diplomacia en las décadas posteriores.

3.- La recuperación del Estado en Francia e Inglaterra

Un observador de la realidad europea de la segunda mitad del siglo X y de la primera mitad del siglo XI seguramente hubiera concluido que era en el Sacro Imperio donde era más probable que acabara por producirse una recuperación del poder del Estado en detrimento de las estructuras de poder de carácter privado y feudal. Sin embargo, el proceso de centralización iniciado por los emperadores otonianos quedó paralizado por las continuas luchas interiores, estimuladas por el conflicto entre el emperador y el papa.

No fue en tierras alemanas donde el Estado comenzó a recuperar terreno, sino más al oeste, en tierras de Francia e Inglaterra, que, en el periodo de tiempo comprendido entre los albores del segundo milenio y el comienzo del siglo XIV se convirtieron en las monarquías más centralizadas y poderosas de Europa, siguiendo caminos divergentes para llegar a ello.

En Francia el poder central se había desintegrado a lo largo de las últimas décadas del siglo IX y los comienzos del siglo X. En este último siglo, además, el poder local se fragmentó en unidades aún más pequeñas que las ya existentes[979]. Los monarcas de la dinastía carolingia a los que, tras el Tratado de Verdún, correspondió la mitad occidental de los dominios de Carlomagno no pudieron impedir el paulatino declinar de su poder frente a los señores locales. Cuando murió el último rey carolingio, en el 987, el país era un mosaico de ducados,

[979] HEYN, "Arms limitation and the search of peace in Medieval Europe", p. 4.

condados y baronías débilmente cohesionados entre sí por un juramento de lealtad al rey[980].

El proceso de recuperación del poder de la Corona fue lento y gradual, favorecido, paradójicamente, por la concentración de un poder cada vez mayor en cada vez menos nobles, los grandes señores conocidos de forma colectiva como "príncipes de la sangre", por su vinculación original, más o menos próxima, con el linaje regio. La política francesa quedó dominada por los príncipes del norte del Loira: los señores de Anjou, Normandía, Bretaña, Flandes, Champaña, Blois y París. Incluso la familia real, los Capeto, descendía de los condes robertianos de París, que ganaron poder tras rechazar los ataques nórdicos sobre la ciudad, convirtiéndose en el poder real en Francia durante los reinados de los últimos monarcas carolingios[981].

El que hubiera menos nobles con más poder hizo que el rey tuviera que controlar, destruir o ganarse el favor de menos individuos. Para los Capeto era más fácil tratar de dominar a doce grandes nobles que a centenares de pequeños señores locales. Recursos como las alianzas matrimoniales, el soborno o la amenaza eran más efectivos en este contexto, aunque los riesgos de cada apuesta fueran mayores. Estos peligros fueron una de las razones por las que la creación de un Estado centralizado en Francia fue un proceso lento, que no culminaría hasta la llegada de la monarquía absoluta de Luis XIV, a mediados del siglo XVII[982].

El monarca clave en la consolidación del poder francés en la Edad Media fue Felipe Augusto. Desde su llegada al trono de Francia, en 1180, esta pudo movilizar mejor sus grandes capacidades y jugar un

[980] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 240.
[981] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 240.
[982] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 240.

papel dominante en la escena europea. Felipe Augusto acometió una reorganización interna del reino, aprovechando sus prerrogativas de señor feudal para extender los dominios de la Corona a costa de los otros señores nobiliarios. Así, integró el Vermandois, el Artois y el condado de Flandes en los dominios reales, aplicando en la práctica las competencias que hasta entonces solo habían sido teóricas.

En el exterior, Felipe Augusto se enfrentó enconadamente con el imperio angevino de los reyes de Inglaterra, instigando la sublevación de los hijos de Enrique II contra su padre, oponiéndose a Ricardo Corazón de León primero y, a la muerte de este en 1199, contra su hermano y sucesor Juan Sin Tierra. En cinco años años, Francia logró arrebatar de manos inglesas Normandia, Anjou y Bretaña, en el marco de una lucha internacional en la que el emperador se había aliado con Francia contra Enrique II de Inglaterra, que a su vez se había aliado con su cuñado, el rebelde antiimperial Enrique el León, duque de Sajonia, miembro de la poderosa casa Guelph, de modo que las guerras civiles alemanas y la anglo-francesa se mezclaron. En 1214, Francia obtuvo la victoria de Bouvines; tras ella, Inglaterra solo conservó en Francia las posesiones del suroeste, lo que puso fin al imperio angevino. Puesto que el Sacro Imperio seguía desangrándose en sus guerras itnernas, Francia se convirtió en el árbitro de Occidente.

Durante la cruzada contra los albigenses, Felipe Augusto se abstuvo de participar en la campaña, pero sí dio permiso a sus súbditos a unirse a ella si lo creían oportuno. A la muerte de Felipe, su hijo Luis VIII asumió el mando de la guerra contra los cátaros y los señores del Meridión, lo que hizo que, cuando el duque de Tolosa se vio obligado a renunciar a sus tierras, la Corona fuera la más beneficiada, promoviendo el asentamiento en el sur de señores feudales del Norte, lo que llevó a la destrucción de las particularidades culturales y sociales de la Francia meridional, culminando el proceso de unificación cultural del reino[983].

[983] GANSHOF, “La Edad Media”, p. 136.

En Inglaterra, el desarrollo de un Estado que comenzaba a concentrar el poder se produjo de forma sumamente rápida, pese a que Gran Bretaña había sufrido una conmoción comparativamente mayor a la del Occidente continental durante el proceso de las invasiones germanas y el derrumbamiento del poder romano. Oleadas de invasores sajones, anglos y jutos llegaron a sus costas, barrieron los restos de las estructuras romanas y a los incipientes reinos britanos y crearon un sistema internacional compuesto por siete reinos sajones de un tamaño inferior a los creados al sur del Canal. De forma colectiva, estos reinos fueron conocidos como la Heptarquía: Essex, Wessex, Northumbría, Anglia Oriental, Kent y Sussex.

En los siglos IX y X, invasores nórdicos, en especial daneses, aplastaron a los reinos sajones salvo a Wessex, que, de la mano de Alfredo el Grande, rey entre el 871 y el año 899, impidió la completa subyugación de la Inglaterra sajona. La zona danesa -todo la antigua Heptarquía salvo Wessex-, fue conocida como Danelaw, pero su existencia fue breve: a lo largo del X, los herederos de Alfredo lograron expulsar a los nórdicos de sus reinos y a finales de siglo Inglaterra ya era un reino sajón unificado. Pocos años después, el rey danés Canuto volvió a recuperar el Danelaw y, hasta su muerte en 1035, gobernó un reino compuesto que integraba a Inglaterra, su Dinamarca natal y Noruega. Fue solo un espejismo, ya que a su muerte el reino se desintegró e Inglaterra volvió a manos de los descendientes de Alfredo.

El triunfo final sobre los daneses fue efímero, ya que el reino sajón de Inglaterra solo sobrevivió tres décadas. Durante el reinado de Eduardo el Confesor, su cuñado Harold se convirtió en uno de los hombres más poderosos del reino, tanto por ser conde de Wessex como por ser uno de los hombres de confianza del monarca. Harold fue el encargado de reprimir la revuelta de su propio hermano, Tostig, contra el rey, pero cuando regresaba a sus dominios de Wessex, una tempestad arrojó su nave contra la costa normanda, donde fue capturado por el duque de Normandía, Guillermo. Este aspiraba a ser el sucesor de Eduardo en el trono inglés, ya que era primo suyo y el rey sajón había

hecho voto de castidad, pese a estar casado. Como condición para su liberación, Harold hubo de jurar que si Eduardo moría sin herederos, como cabía esperar a la vista de su juramento, respaldaría la candidatura de Guillermo de Normandía al trono inglés. Sin embargo, cuando llegó el momento, Harold logró que la asamblea sajona le proclamara rey a él, a despecho de la promesa que formulara al noble normando en 1053.

Guillermo, furioso, se aprestó a invadir Inglaterra, pero esta no era la preocupación más acuciante de Harold: su hermano Tostig se había rebelado de nuevo, esta vez con la ayuda del caudillo noruego Harald Hardradda -la madre de Harold y de Tostig era una princesa danesa, lo que explica tanto sus nombres, de origen nórdico, como sus conexiones con los líderes escandinavos-. Harold trató de poner fin a la insurrección negociando con su hermano, al que prometió el perdón completo y concederle el gobierno de Wessex. En una anécdota repetida hasta la saciedad, cuando Tostig, tentado por la idea de una solución pacífica, preguntó que recibiría su aliado noruego, la respuesta de Harold fue "seis pies de tierra inglesa", es decir, el tamaño de una tumba. Tostig no quiso deshonrarse abandonando a quien había acudido en su ayuda y los ejércitos noruego y sajón se enfrentaron en Stamford Bridge, donde los huscarles de Harold dieron muerte a Harald, a Tostig y a más de cuatro mil guerreros noruegos.

El 28 de septiembre de 1066, tan solo tres días después de la derrota noruega, desembarcaba en la costa meridional inglesa Guillermo de Normandía, al frente de sus caballeros. Harold se vio obligado a marchar hacia el sur para plantar cara al nuevo adversario y en la batalla de Hastings -agotadas sus tropas tras una marcha forzada de casi una semana en la que recorrieron una media de 43 kilómetros diarios[984]- perdió a un tiempo su vida y el reino sajón de Inglaterra. Guillermo fue coronado rey de Inglaterra como Guillermo I, con el bien ganado sobrenombre de "el Conquistador".

[984] HUSCROFT, R., *Ruling England 1042–1217*. Londres, 2005, p. 124.

La aparición de la Inglaterra sajona había traído consigo la creación de una cierta estructura pública. El territorio se dividía en *shires* o condados, en cada uno de los cuales había un obispo y un conde, ambos nombrados por el rey. Un oficial, denominado *sheriff*, cobraba los impuestos y presidía el tribunal del condado, que se reunía dos veces al año. Cada condado estaba dividido, a su vez, en distritos llamados *hundreds*, que tenían su propio tribunal. La autoridad del rey se ejercía a través de los condes, obispos y *sheriffs*. El consejo del reino, el *Witan*, no tenía una forma establecida legalmente, aunque en la práctica lo componían los clérigos de más alto rango, los grandes terratenientes y oficiales del reino. Su función era aconsejar al rey, elegir al sucesor cuando el monarca fallecía y, si era preciso, deponerlo cuando se convertía en una amenaza para su propio reino. En ocasiones, el *Witan* también ejercía competencias jurisdiccionales, actuando como una suerte de tribunal del reino. Algunos historiadores creen que la existencia del *Witan* marca el comienzo del gobierno representativo en Inglaterra. Un atisbo de centralización puede percibirse en el cobro de un impuesto, el *Danegeld* -el oro de los daneses- a los propietarios de tierras, con el que se sufragaban los gastos de la defensa contra los daneses.

La verdadera consolidación del Estado inglés, sobre los apuntes del reino sajón, se produjo con la implantación de un solo golpe del aparato de gobierno normando en Inglaterra, tras la coronación de Guillermo I, que gobernó Inglaterra como si fuera su condado normando, concentrando todo el poder en su persona y en una serie de consejeros y de órganos concebidos como meras canalizaciones del poder central. Los normandos, que habían convertido a su condado en un modelo administrativo, hicieron de la monarquía inglesa la más moderna de Europa[985].

[985] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 257-259.

La construcción de un Estado fuerte no pudo llevarse a cabo sin resistencia por parte de los grandes nobles, sobre todo cuando las circunstancias debilitaban a la Corona. Este fue el caso del reinado de Ricardo Corazón de León, que abandó Inglaterra para marchar a Tierra Santa con la Tercera Cruzada y que terminó enzarzado en un agrio conflicto en tierras de Francia, de modo que pasó en su reino tan solo seis meses de sus diez años de reinado, entre el año 1089 y el 1099. Fue sucedido por su hermano Juan, que había ejercido de regente durante los años de ausencia de Ricardo, y al que la Historia conoce como Juan Sin Tierra, amén de como el taimado villano del *Ivanhoe* de sir Walter Scott.

Juan se vio enfrentado a tres formidables rivales: Felipe Augusto, rey de Francia, al papa Inocencio III -cuya figura descolla entre los pontífices medievales- y a la alta nobleza normanda de Inglaterra. Perdió todas las posesiones de su linaje angevino al norte del Loira, se malquistó con el clero inglés a causa de su enfrentamiento con el papa por el nombramiento del arzobispo de Canterbury y, tras la grave derrota de Bouvines, un tercio de los barones ingleses renunció a su juramento de lealtad y se rebeló contra él.

Más dotado para la negociación que para la guerra, Juan se reunió con la aristocracia díscola en Runny, el 15 de junio de 1215, consiguiendo evitar la guerra civil al precio de firmar la Carta Magna, una garantía de que el rey respetaría los privilegios de los señores. Dos de sus claúsulas han sido interpretadas como una salvaguarda de derechos para todos los súbditos ingleses: el compromiso a no imponer nuevos impuestos sin la aprobación de un consejo de sus vasallos -considerada un precendente del gobierno representantivo-, y la prohibición de que el rey detuviera, arrestara o encarcelara a cualquier hombre sin un juicio por sus iguales o según la ley de la tierra -con lo que se consagraba el derecho a la libertad personal-. Más importante, aunque se la haya prestado menos atención, es el hecho de que, al estampar su sello y firma en el documento, Juan admitía implícitamente que el rey está obligado por la ley, noción en la que se asienta la idea

de que ningún gobierno inglés puede gobernar de forma arbitraria a sus súbditos.

Para Juan, el documento era papel mojado que le había sido arrancado por la fuerza de las circunstancias, y aún no se había secado la tinta sobre la Carta Magna cuando el rey acudió al papa para que le dispensara de la obligación de respetar su vigencia, cosa a la que el Santo Padre accedió. Si hoy en día es considerado uno de los documentos más importantes del constitucionalismo europeo no es por su impacto en el reinado de Juan Sin Tierra, sino porque su hijo y heredero, Enrique III, volvió a ponerla en vigor, asumiendo los compromisos que en ella figuraban[986].

A medida que el siglo XIII expiraba y se iniciaba el XIV, Inglaterra había conseguido crear un embrión de aparato administrativo para su política exterior[987]. Los documentos referidos a la política exterior inglesa se encontraban repartidos entre los tres grandes archivos de gobierno, es decir, la cancillería, el *exchequer* y el *wardrobe*, lo que suponía un sistema de archivo poco eficiente, dada la dispersión de los materiales. Se realizó un primer intento de racionalizar el sistema nombrando a Juan de San Denis, uno de los miembros de la cancillería, como archivero de las bulas papales, cargo que desempeñó entre 1268 y 1288, si bien no ha llegado hasta nuestros días la forma exacta en que procedió a regorganizar el archivo de los documentos pontificios[988].

---

[986] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 267-268.

[987] Esta temprana preocupación inglesa contrasta con la afirmación de Lazzarini de que las monarquías prestaban menos atención al archivo de sus documentos diplomáticos que las repúblicas, justificándolo en la tendencia de la monarquía a la discreción y a los informes orales, mientras que las repúblicas tendían a resolver su política exterior de forma más pública, a través de textos escritos (LAZZARINI, "The final report", p. 58).

[988] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 20.

La idea de sistematizar los procesos relativos a política exterior arraigó en la mentalidad política inglesa. La figura clave fue Phillip Martell, un profesor de derecho civil al servicio, al igual que Juan de San Denis, de la cancillería. Martell había participado en numerosas misiones diplomáticas, incluyendo viajes a Roma y haber sido uno de los acompañantes del Príncipe de Gales durante un largo viaje a Francia. El 4 de octubre de 1306, Martell fue puesto al cargo del sistema de archivo de los documentos que afectaban a los asuntos continentales, a raíz de que una misión suya a Calais dos años antes fuera imposible de resolver debido a la carencia de documentación de archivo apropiada. El título oficial que recibió fue el de guardián de los procesos[989], y la oficina al frente de la cual fue situado se denominó *custos processum*[990].

De esta forma, Inglaterra creó un aparato diplomático parcialmente institucionalizado, compuesto por dos ramas diferencidas. La primera de ellas era el *custos processum*, una organización casi permanente, conectada con los grandes departamentos del Estado, como la cancillería, pero que funcionaba como un órgano administrativo diferenciado, con competencias limitadas que atañían al funcionamiento diario de la diplomacia, principalmente el archivo de la documentación generada por la política exterior inglesa. La segunda rama de este aparato diplomático la formaban los propios enviados ingleses, que realizaban sus misiones en conexión, igualmente, con otros órganos de la administración, en especial con la cancillería[991].

El papel de la cancillería inglesa en la política exterior no tenía que ver con sus funciones en un sentido estricto, sino con el hecho de que el canciller era uno de los miembros del Consejo, el reducido órgano que asesoraba al rey y en el que se dilucidaban todas las

[989] GANSHOF, "La Edad Media", p. 229.
[990] CUTTINO, *English diplomatic administration*, pp. 23-25. Plöger fecha su creación en un momento anterior, 1299 (PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 179).
[991] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 84.

cuestiones de importancia para el Estado, incluyendo las relaciones internacionales. También era vital la cancillería para la política exterior porque seguía actuando como una escuela oficiosa de diplomáticos, ya que muchos de los enviados se reclutaban entre los oficiales adscritos a ella. Un tercer factor de impacto era el hecho de que el personal administrativo de la cancillería daba apoyo al *wardrobe*, auténtico vivero de diplomáticos, más aún que la propia cancillería, que oficializaba todos los documentos del que estos diplomáticos eran provistos. El tercer gran departamento vinculado a la diplomacia era el *exchequer*, que cobraba relevancia en tiempo de guerra o cuando se estaban preparando los medios para librar una, ya que en esos periodos la oficina canalizaba la mayor parte de los ingresos del país. Específicamente, en todo tiempo, el *exchequer* se encarga del pago a los enviados de menor rango de la Corona y de los subsidios o indemnizaciones que hubieran de pagarse a otras potencias, sobre todo a los aliados de Inglaterra[992].

Pese a la existencia y participación de estas instituciones en la gestión de la política exterior inglesa, su control último estaba en manos del rey, auxiliado por su Consejo, con muy poca supervisión por parte del Parlamento, lo que ha llevado a Cuttino a afirmar que la política exterior inglesa era, en esencia, *negocia regis*, competencia del rey[993].

[992] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 103.
[993] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 106.

CAPÍTULO XIII

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

1.- Los orígenes de la Guerra de los Cien Años[994]

En esencia, dos fueron las causas que provocaron el largo conflicto entre Francia e Inglaterra al que la historiografía del siglo XIX bautizaría como la Guerra de los Cien Años[995]: de un lado, las reclamaciones de los reyes ingleses sobre el trono de Francia, que los Valois reinantes negaban en virtud de la exclusión de la transmisión de los derechos de sucesión por las mujeres; y, por otro lado, los constantes roces y fricciones generados por el hecho de que el rey de Inglaterra era, a un tiempo, duque de Aquitania, lo que le convertía, en su

[994] Todas las monografías sobre el conflicto se ocupan largo y tendido de sus orígenes. Para redactar el presente epígrafe, salvo indicación en contrario, las consultadas han sido: ALLMAND, Ch., *The Hundred Years War*. Cambridge, 1988; CURRY, A., *The Hundred Years War*. Houndmills, 2003; y, especialmente, VALE, M. G. A. *The Origins of the Hundred Years War: The Angevin Legacy, 1250–1340*. Oxford, 2000; y WAGNER, J. A., *Encyclopedia of the Hundred Years War*. Westport, 2006.

[995] CURRY, A., *The Hundred Years' War, 1337-1453*. Oxford, 2002, p. 7.

condición ducal, en vasallo del rey de Francia, algo que había quedado confirmado en 1259 cuando el rey inglés Enrique III se arrodilló ante Luis IX, rey de Francia en los jardines del palacio de la Isla de la Cité[996].

Desde el punto de vista interno, la dinastía Capeto, predecesora de los Valois en el trono de Francia, había iniciado un proceso de fortalecimiento de la Corona que había despertado no pocas suspicacias y mucha oposición entre estos, por lo que algunos autores han interpretado el conflicto con Inglaterra como parte de la lucha entre las tendencias centralizadoras de los reyes de Francia y aquellos, como los duques de Borgoña o de Aquitania -el rey de Inglaterra- que se oponían al proceso[997].

La cuestión del ducado de Aquitania hundía sus raíces en el siglo XI, cuando Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, se convirtió en rey de Inglaterra[998]. Su tataranieto, Enrique II de Inglaterra, que, amén del trono inglés controlaba los dominios de sus ancestros en el noroeste de Francia -Bretaña, Normandía, Anjou y Maine-[999], contrajo matrimonio con Leonor, única hija y heredera del duque de Aquitania. La expansión de los dominios del rey de Inglaterra en suelo continental espoleó al rey de Francia a tratar de aumentar el control de la Corona sobre el conjunto de los feudos nobiliarios y enquistó el conflicto por Aquitania en 1200, cuando se negó a permitir la toma de posesión del hijo de Enrique como duque hasta que no reconociera que todas las posesiones de los reyes ingleses en el continente eran feudos del rey de Francia.

---

[996] CURRY, *The Hundred Years' War, 1337-1453*, p. 9.
[997] ALLMAND, *La guerra de los cien años*, p. 30.
[998] Algunos autores hablan, más que de un gobierno normando sobre Inglaterra, de la creación de un imperio normando que abarcaba tanto parte de Francia como Inglaterra, y que siempre tuvo su centro en el ducado de Normandía (HASKINS, CH. H., *The Normans in European History*. Nueva York, 1959, p. 85).
[999] Enrique fue el primer rey de la dinastía Plantagenet.

Tras varias guerras, los franceses conquistaron la mayor parte de las posesiones inglesas, de forma que, en la década de 1220, el monarca inglés solo retenía Gascuña, la parte más valiosa del ducado de Aquitania debido a su floreciente comercio de vino[1000]. Pese a la conquista militar, el estatus jurídico de Aquitania seguía siendo dudoso, por lo que los reyes de Francia e Inglaterra negociaron el Tratado de París en 1259, por el que el rey de Francia Luis IX reconocía a Enrique III de Inglaterra como legítimo duque de Aquitania y par de Francia, devolviéndole el ducado a cambio de la renuncia de Enrique a sus derechos dinásticos sobre las demás tierras de los Plantagenet ocupadas por la Corona de Francia en los años anteriores. El acuerdo estipulaba el perdón de los daños causados en los conflictos previos, de modo que ninguna de las partes indemnizara a la otra, así como un compromiso de mantener la paz. El acuerdo determinó la política exterior inglesa y las relaciones entre Francia y la Isla en los siguientes ochenta años, constituyendo un caso único en la diplomacia medieval: ocho décadas de esfuerzos para resolver pacíficamente un problema de política exterior[1001].

Pese a que el tratado de 1259 generó un aumento sin precedentes de intercambios diplomáticos entre ambas monarquías[1002], ni la cuestión aquitana ni la reclamación de los derechos ingleses al trono de Francia pudieron superarse de forma satisfactoria. Estos dos problemas formaron la columna vertebral de un conflicto que tenía muchas otras ramificaciones y en el que influyeron otros factores, tanto internos como externos, elementos que habían envenenado las relaciones anglo-francesas antes del comienzo de la guerra en 1337 y que seguirían creando hostilidad entre ambas potencias después de 1453[1003].

[1000] GREEN, D., *The Hundred Year´s war. A people´s history*. Padstow, 2014, p. 10.
[1001] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 5.
[1002] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 19.
[1003] GREEN, D., *The Hundred Year´s war. A people´s history*. Padstow, 2014, p. 4.

El Tratado de París enterró momentáneamente la cuestión de la posesión de Aquitania, pero colocaba a los reyes ingleses en una situación incómoda, al reconocerse como vasallos de los reyes de Francia en cuanto duques aquitanos. Los deberes feudales que esto implicaba podían llegar a ser un problema, sobre todo en lo que hacía referencia a la conducción de la política internacional, donde los intereses de Inglaterra no solo eran diferentes de los de Francia, sino que, con frecuencia, eran contrapuestos. Preocupaba especialmente a Inglaterra la cuestión aragonesa, ya que Francia había estado a punto de ir a la guerra contra el reino de Aragón, aliado formal del rey de Inglaterra. Si el conflicto llegaba a estallar, la situación de los monarcas ingleses sería insostenible, al verse incapaces de cumplir dos juramentos incompatibles entre sí.

Cuando los problemas se convirtieron en guerra entre 1294 y 1303, la motivación no fue internacional, sino la política interna francesa: la situación de Aquitania como ducado vasallo del rey de Francia daba a este monarca capacidad para intervenir en los asuntos internos aquitanos a través del derecho de los vasallos del duque a apelar ante el rey las decisiones que consideraran injustas. Este poder era usado por los reyes franceses para interferir en el gobierno de la región por el rey de Inglaterra y fue la causa de ambas guerras[1004].

En 1311 se celebró una conferencia en Perigaux para tratar de resolver la cuestión, pero los diplomáticos no lograron ningún avance y, en 1324, estalló una breve guerra entre Francia e Inglaterra, conocida como Guerra de San Sardos, motivado por el deseo del rey de Francia de que su enseña ondeara sobre la torre de la abadía de San Sardos, en la región de Agenais, un área que ambos monarcas se disputaban desde 1291, ya que Inglaterra reclamaba que formaba parte de las tierras del ducado de Aquitania. Los franceses ocuparon algunos lugares en Gascuña, pero carecían de fuerza para realizar una verdadera conquista del territorio, por lo que se avinieron a firmar un tratado de paz en 1327,

[1004] WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 157.

por el que Inglaterra pagaría una fuerte indemnización y Francia mantendría la ocupación del Agenais, pero que seguía sin resolver la cuestión de fondo[1005].

Hasta 1330, Aquitania fue el eje de los problemas entre Inglaterra y Francia, pero a partir de ese año, el enfrentamiento subió de nivel al convertirse en una cuestión dinástica. El rey de Francia Carlos IV murió en 1328 sin dejar herederos masculinos, lo cual dejaba a dos posibles candidatos al trono: Carlos de Valois, primo del rey fallecido a través de la línea masculina, y Eduardo III, sobrino del monarca a través de la línea femenina; a la sazón, Eduardo era, además, rey de Inglaterra y el pariente masculino vivo más cercano del rey fallecido[1006].

Para evitar que Eduardo se convirtiera en rey de Francia y de Inglaterra, los grandes nobles franceses realizaron una interpretación extensiva de una norma aprobada en 1317 que excluía a las mujeres de la sucesión al trono, considerando que la ley incluía de forma implícita la imposibilidad de que las mujeres transmitieran los derechos sucesorios a sus herederos varones. Con esta interpretación Eduardo quedaba excluido de la línea sucesoria al trono de Francia, que fue entregado a Carlos de Valois. Eduardo tenía entonces quince años de edad, por lo que hasta una década después, una vez consolidado su reinado sobre Inglaterra, no trató de defender sus derechos, pero en la década de 1340 reclamó que era a él a quien le correspondía ceñir la corona de San Luis.

Para entonces, ya había comenzado la guerra de los Cien Años, cuyo inicio suele fijarse en el año 1337, cuando el rey de Francia decretó la confiscación de Aquitania a su duque, el rey de Inglaterra.

[1005] CURRY, *The Hundred Years' War, 1337-1453*, p. 15
[1006] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 9.

2.- De la confiscación a Bretigny

Eduardo III comenzó la guerra de los Cien Años construyendo una coalición antifrancesa con príncipes alemanes y de los Países Bajos, lo que le daba la oportunidad de presionar sobre Aquitania mientras sus aliados lo hacían contra el noroeste francés. Sin embargo, esta política tenía un grave inconveniente: el lazo que unía a los coaligados no eran los intereses territoriales, dinásticos o de principios, sino las cantidades de dinero que les pagaba el monarca inglés, que pronto se vio desbordado por las deudas contraídas. A finales de 1339, tras tres años, Eduardo dio por concluida la alianza, al no poder mantener su coste[1007].

Eduardo firmó entonces un acuerdo con el flamenco James van Artevelde, que había liderado una rebelión y derrocado al conde de Flandes. Esta alianza llevó a Eduardo, el 6 de febrero de 1340, a reclamar formalmente la corona de Francia, lo que amparaba que los flamencos de van Artevelde le reconocieran como señor[1008]. Sin embargo, los flamencos fueron derrotados en Saint Omer, lo que dejó la situación en tablas, tras la previa victoria naval inglesa en Sluys, donde Francia perdió 18.000 hombres y nueve décimas partes de su flota, hundida en el estuario del Zwin[1009]. Saint Omer llevó a muchos señores, que originariamente se habían aliado con Eduardo, a reconociliarse con el rey de Francia. En septiembre, Eduardo firmó la Tregua de Esplechin y regresó a Inglaterra.

En 1342 la guerra se internacionalizó aún más cuando ambos contendientes intervinieron en el ducado de Borgoña, que desde ese momento se convirtió en un tercer actor del conflicto, jugando un papel determinante en el desarrollo de los acontecimientos. La causa que arrastró al ducado a la guerra fue una disputa por la sucesión del mismo,

[1007] WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 13.
[1008] Artevelde moriría asesinado durante un levantamiento de los propios flamencos contra su gobierno, en 1345 (PIRENNE, *A history of Europe*, p. 428).
[1009] CURRY, *The Hundred Years' War*, p. 36.

entre las casas de Blois y de Monfort, apoyada cada una por uno de los bandos en liza en la Guerra de los Cien Años[1010].

En enero de 1343, los representantes del papa Clemente VI lograron que ambas partes acordaran la Tregua de Malestroit, que debía durar hasta 1346. La intermediación pontificia posibilitó que, en 1344, los monarcas de Francia e Inglaterra se reunieron en Avignon en una suerte de conferencia internacional para tratar de cerrar el conflicto, actuando el papa no como cabeza de la Iglesia, sino como un árbitro imparcial, un ciudadano privado amigo de ambas partes[1011]. Sin embargo, ni Eduardo ni Felipe llegaron a la ciudad papal dispuestos a efectuar concesiones, por lo que la conferencia quedó avocada al fracaso casi desde su comienzo. Las delegaciones se alojaban y reunían por separado y era el pontífice el que acudía a cada una trasladándole las demandas y puntos de vista de sus adversarios. Tras cuatro sesiones en los que las posiciones de franceses e ingleses no se movieron ni un ápice, Clemente VI abanonó las negociaciones, encargando su conducción a dos de sus cardenales. Estos intentaron centrar el debate en la posible devolución de Aquitania a Francia, un tema que parecía menos complicado de solventar que la reclamación de Eduardo sobre el trono galo, pero ni siquiera en la cuestión de Aquitania pudieron efectuarse progresos. Cuando la conferencia se dio por concluida, sin ningún resultado práctico, ni siquiera se mantuvieron los plazos fijados en Malestroit, de forma que la guerra se reanudó en 1345[1012].

Eduardo III primero, y después su hijo, el Príncipe Negro, inflingieron una serie de derrotas sucesivas a las fuerzas francesas o de sus aliados: Auberoche y Bergerac en 1345 y Crécy en 1346, donde los arqueros ingleses masacraron a la flor y nata de la caballería francesa

[1010] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 11.
[1011] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 33. Este papel de mediador imparcial fue especialmente importante a lo largo del siglo XII y XIII, cuando el concepto mismo de mediación y de buenos oficios adquirió mayor relevancia en la diplomacia medieval (GANSHOF, "La Edad Media", p. 105).
[1012] WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 23.

en una jornada que ha pasado a la historia de la guerra como el comienzo del ocaso del dominio de los campos de batalla por la caballería nobiliaria. El mismo año, la invasión de Inglaterra por las huestes escocesas del rey David, que había luchado en Francia años atrás contra los ingleses, fue derrotada en la batalla de Neville's Cross. El año triunfal de las armas inglesas se cerraría con una nueva victoria en Calais y se prolongaría con el triunfo de La Roche-Derrien en 1347, donde capturarían a Carlos de Blois, el candidato defendido por Francia para a la sucesión de Borgoña[1013]. Este periodo triunfal para las armas inglesas alcanzaría su punto culminante con la victoria de Poitiers, en 1356, donde el rey de Francia, Juan, fue capturado y se vio obligado a firmar la Tregua de Burdeos, durante la cual había de negociarse un tratado que aspiraba a ser definitivo.

Las dos primeras décadas de conflicto fueron favorables a Inglaterra. No poca influencia en estos triunfos ingleses la tuvo el hecho de que, además de las indudables capacidades de los dos comandantes en jefe, Eduardo III y su hijo, el Príncipe Negro, estos se encontraron auxiliados por un nutrido grupo de lugartenientes igualmente capaces, muchos de ellos extranjeros. La combinación de derrotas en batallas campales, las constantes cabalgadas inglesas en los dominios franceses[1014] y las acciones de los *routiers* -saqueadores- arruinaron la

[1013] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 11.

[1014] Con este nombre se conocía a las incursiones a gran escala con la única intención de devastar el territorio enemigo a su paso. Las más importantes fueron las dos conocidas como *grande chevaucheé*, dirigidas en el año 1355 por el Príncipe Negro (GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 12). Otra gran incursión fue la lanzada por Jean de Gaunt, conde de Lancaster, en 1373, cuyos efectos se vieron multiplicados al producirse entre dos graves brotes de la Peste Negra (NICOLLE, D., *The Great Chevauchée. Jean of Gaunt´s raid on France 1373*. Oxford, 2011, p. 4).

economía francesa y obligaron al rey galo a firmar el Tratado de Bretigny el 8 de mayo de 1360[1015].

Suele considerarse que Bretigny puso fin a la primera fase de la guerra de los Cien Años[1016], pero el camino que llevó a su firma no fue fácil, pese a estar el rey de Francia en manos inglesas y a haberse suscrito una tregua. Durante esta se negociaron dos acuerdos -el Primer y Segundo Tratado de Londres-, fallidos por la negativa francesa a implementarlos, alegando que nada de lo acordado por Juan tenía validez mientras estuviera cautivo de los ingleses[1017], lo que obligó a estos a permitir que el rey francés se rescatara a sí mismo, a fin de disponer de un interlocutor válido con quien negociar una paz. Para ello, el rey hubo de pagar la exorbitante cantidad de tres millones de ecus. Una vez liberado, fue necesario desatar, en 1359, una campaña a gran escala para obligar a Juan a sentarse de nuevo en la mesa de negociaciones[1018], en la que la voz cantante por parte inglesa fue llevada por el Príncipe Negro en persona, que llegó a Bretigny el 1 de mayo de 1360.

A consecuencia del tratado de Bretigny, el rey Juan II de Francia -a quién se ha definido como un "heroico imbécil"[1019], en consonacia con aquella frase que Dumas puso en boca de Athos, quien afirma frente a los muros de La Rochelle que los héroes y los imbéciles son dos tipos

[1015] ROGERS, C. J., "Henry V´s military strategy in 1415", en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005, p. 401.
[1016] WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 58.
[1017] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 13.
[1018] Durante la campaña de 1359, los ingleses conquistaron Reims, lugar tradicional de coronación de los reyes de Francia. Pese a ello, el Delfín Carlos trató de convencer a su padre de que no cerrara un tratado que veía como perjudicial para los intereses de Francia, ya que creía que los ingleses no estaban en condiciones de prolongar su campaña militar (WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 58).
[1019] GANSHOF, "La Edad Media", p. 184.

de loco a los que no resulta fácil diferenciar- y su hijo, el delfín Carlos, perdieron un tercio de sus tierras, que se entregaron a la soberanía de los reyes de Inglaterra, incluyendo Aquitania y la fortaleza de Calaís, vital para el control del Canal. Esta cesión territorial debía de complementarse con una renuncia mutua a las reclamaciones previas, de forma que los reyes ingleses renunciarían a cualquier derecho que pudieran tener sobre la Corona de Francia y los reyes de Francia a sus posibles derechos sobre el ducado de Aquitania. En el plano internacional, Francia debía dar por terminada la *Auld Alliance* con Escocia y, en contrapartida, Inglaterra pondría fin a sus acuerdos con los poderes flamencos.

Sin embargo, ni estas renuncias, ni buena parte de las cláusulas territoriales llegaron a implementarse, por lo que buena parte del acuerdo fue poco más que papel mojado. Sin haber satisfecho el rescate acordado con Inglaterra, cuyo montante había sido reducido de forma notable en los acuerdos de Bretigny, Juan regresó a Londres para salvar su honor, y allí moriría en 1364, sin haber llegado a ratificar el acuerdo[1020]. Su hijo Carlos, que siempre había estado en contra de las concesiones del acuerdo, se convirtió en el nuevo rey de Francia y, por tanto, en quien debía ratificar el tratado, cosa que nunca hizo. Contra todo pronóstico, la gran beneficiada de lo negociado en Bretigny fue Francia, que dispuso de nueve años para reconstruir su economía y su poder militar, al tiempo que el Príncipe Negro se consumía en las deudas generadas por su intervención en la guerra civil de Castilla. En

[1020] En 1362 se había firmado el Tratado de los Rehenes, entre Inglaterra y los nobles franceses retenidos como rehenes, incluido el rey, en el que se acordó que estos realizarían entregas territoriales como garantía del pago del rescate, una vez fueran liberados. Sin embargo, los Estados Generales se negaron a ratificar lo firmado por su rey, al considerarlo perjudicial para el reino, de modo que Juan terminó su vida en cautiverio. Este tratado es analizado en detalle en PERROY, E., *The Hundred Years War*. New York, 1965; SUMPTION, J., *The Hundred Years War. Trial by Fire*. Philadelphia, 2001.

1369, el Delfín se vio con fuerza suficiente como para reiniciar la guerra[1021].

La guerra entre Francia e Inglaterra acentuó muchos de los problemas económicos y sociales que ambas naciones arrastraban, de modo que no fue casual que el periodo de hostilidades fuera, simultáneamente, escenario de importantes revueltas interiores en ambos contendientes, más graves en Francia. La más notable y sangrienta fue la Jacquerie, que dio comienzo en la zona situada inmediatamente al norte de París en 1358 y que pronto se extendió por gran parte del país, catalizando el descontento de la población más humilde hacia una aristocracia que había fracasado estrepitosamente en la labor que justificaba su preeminencia social: el mantenimiento de la paz y la garantía de la seguridad sobre las vidas y propiedades de los vasallos. La revuelta trascendió el mero descontento campesino a medida que otras clases sociales se unían a la insurrección.

La *tuchinat* de 1378 fue otra revuelta popular en Francia, en este caso centrada en el oeste del país, el más afectado por la *grand chevauchée* de 1373. Surgió como protesta contra los nuevos impuestos que la Corona quería imponer para financiar los costes de la guerra. La rebelión alcanzó su periodo de máximo apogeo a partir de septiembre de 1381, cuando se quemó la torre de Beziers con varios de los funcionarios municipales dentro, extendiendo su cénit hasta 1383 y no pudiendo ser suprimida por las fuerzas del duque de Berry hasta el año 1385[1022].

[1021] Los años que mediaron entre el tratado y la reanudación de las operaciones militares a gran escala distaron de ser años de paz para Francia. Las llamadas Compañías Libres, grupos de mercenarios sin empleo que vagaban por el país, causaron graves problemas e incluso llegaron a derrotar a un ejército francés, en Brignais, el 6 de abril de 1362 (GREEN, *The Hundred Year´s war*, pp. 13-14).

[1022] NICOLLE, *The Great Chevauchée*, p. 7.

3.- De Bretigny a Burdeos

En la nueva fase del conflicto, con el Delfín convertido ya en Carlos V y con Bertrand Duguesclin, que había combatido a los ingleses en Castilla, como principal estratega, Francia continuó evitando los combates, creyendo que el desgaste de un conflicto prolongado le beneficiaba, dada su mayor base humana y económica y sus líneas de comunicación terrestres, más accesibles, fiables y baratas que las líneas británicas a través del Canal. El tiempo pareció darle la razón: cuando Ricardo II se convirtió en rey de Inglaterra, en 1377, las posiciones inglesas en el continente habían retrocedido hasta ser equivalentes a las de 1337, si bien Francia no había sido capaz de erosionar su núcleo principal[1023]. Los problemas internos de ambos reinos dieron lugar a una tregua virtual entre 1399 y 1413, momento en que el trono inglés fue ocupado por Enrique V.

Enrique dinamizó de nuevo el conflicto. Una de sus primeras acciones como monarca fue el envío de una embajada a París para negociar la firma de acuerdo que siguiera las líneas maestras del firmado en Brettingy en 1360. Su oferta fue rechazada de forma ofensiva por los franceses, quizá creyendo que un rey joven e inexperto se lo pensaría dos veces antes de reiniciar la guerra cuando su gobierno aún no había tenido tiempo de consolidarse. La realidad fue muy diferente: en el verano de 1415, Enrique V cruzó el canal con su ejército, una travesía para la que fue necesario reunir más de 1.500 embarcaciones. La engañosa juventud de Enrique había llevado a Francia a una conclusión errónea; el rey inglés estaba lejos de ser un líder imberbe: a diferencia de muchos monarcas, tenía experiencia en batalla, tanto como combatiente como en el mando. Él y muchos de sus soldados habían combatido en la revuelta del clan Percy y en las durísimas campañas galesas contra el rebelde Glyn Dwr. La cicatriz que Enrique lucía en su rostro la había causado una flecha enemiga en la batalla de Shrewsbury. La combinación de un monarca joven, dinámico

[1023] ROGERS, "Henry V´s military strategy in 1415", p. 402.

y agresivo, que tenía experiencia como soldado y como general y al que los hombres que habían servido a sus órdenes idolatraban convertían a Enrique V en un líder militar formidable, algo que demostró de forma constante hasta su temprana muerte[1024].

La campaña, coronada por la victoria inglesa en Agincourt, en 1415, tuvo grandes consecuencias en el conflicto. Fue el punto de partida de la ocupación de Normandía por las fuerzas inglesas -con la única excepción de la abadía de Mont Saint Michel[1025]- y, después de Agincourt, los franceses no volvieron a luchar en campo abierto contra Enrique V -igual que había ocurrido previamente tras los triunfos del Príncipe Negro en Crecy, Poitiers y Nájera-, en parte por la desmoralización y en parte por las graves pérdidas sufridas por su ejército. Como señala Clifton J. Rogers, los siguientes cincuenta años de historia de Europa Occidental se desarrollaron a la sombra de Agincourt[1026].

Sin tropas ni ánimo para plantar cara al rey inglés en batallas campales, los franceses no pudieron impedir la conquista metódica, plaza por plaza, de parte de su territorio por Enrique. La presencia inglesa al sur del Canal se consolidó, jugando un papel clave en todos los sucesos de su época; por ejemplo, contribuyendo a alargar el Gran Cisma de Occidente, ya que cada una de las facciones eclesiásticas en liza recibió el apoyo de uno de los contendientes, convirtiendo la lucha por el papado en una trasposición parcial de la guerra entre Francia e Inglaterra.

La consecuencia diplomática directa de Agincourt fue el Tratado de Troyes, en 1420, que Francia se vio obligada a suscribir como un modo de poner fin a la guerra civil que, de forma simultánea a la invasión inglesa, se había desatado entre dos facciones nobiliarias, los

[1024] NEWHALL, R. A., *The English Conquest of Normandy, 1416–1424: A Study in Fifteenth Century Warfare.* New Haven, 1924, p. XIV.
[1025] CURRY, *The Hundred Years' War,* p. 63.
[1026] ROGERS, "Henry V´s military strategy in 1415", p. 399.

Armagnac -que apoyaban al duque de Orleans- y los borgoñones -que apoyaban al duque de Borgoña-. Ambos bandos buscaron la alianza con Inglaterra para hacerse con el poder en Francia, hasta el punto de que los Armagnac llegaron a ofrecer a Enrique la soberanía completa y perpetua de Gascuña a cambio de la ayuda de un ejército de 4.000 ingleses; el trato se firmó en Bourges en mayo de 1412 y a consecuencia del mismo una fuerza inglesa liderada por el duque de Clarence asoló el Loira, no como parte de las campañas de la Guerra de los Cien Años, sino de la guerra civil francesa[1027]. Cuando, en 1419, hombres leales al Delfín de Francia asesinaron, en venganza por el asesinato de Luis de Orleans diez años antes, al duque de Borgoña Juan sin Miedo sobre el puente de Monterau durante unas negociaciones, su heredero, Felipe el Bueno, alineó a Borgoña con Inglaterra, lo que forzó a Francia a aceptar los términos de Troyes.

Dos eran los elementos principales del acuerdo de Troyes: el rey inglés Enrique V se convertía en regente de Francia y se casaría con Catalina, la única hija del Delfín, que, en virtud de este matrimonio, le reconocería como su legítimo sucesor en el trono de Francia. Esto suponía una unión de coronas constituyendo una suerte de monarquía dual, pero no la unión de los reinos, que mantendrían leyes e instituciones diferenciadas. La unión de coronas resolvía en favor de Inglaterra las dos causas centrales del conflicto: el estatus del ducado de Aquitania y la reclamación de los Plantagenet al trono de Francia. No se trataba de un acuerdo de partición de la monarquía francesa, como había sido Bretigny, sino de la búsqueda de una solución definitiva al conflicto. Sin embargo, la inclusión por insistencia de Carlos VI de una larga serie de cláusulas que creaban una jurisdicción específica bajo su control en en el centro y sur de Francia -el llamado reino de Bourges- suponía en la práctica la división del reino, ya que el norte quedaba bajo control anglo-borgoñón y el reino de Bourges bajo el de los Valois[1028].

[1027] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 17.
[1028] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 18.

La muerte prematura de Enrique en agosto de 1422, seguida de la de Carlos VI de Francia en octubre, truncó los propósitos del tratado, que hubiera convertido al hijo de nueve meses de Enrique V, Enrique VI de Inglaterra, en monarca de Francia. Los galos vieron en esas circunstancias una oportunidad de evitar que un rey inglés se sentara en el trono de San Luis y los nobles procedieron a coronar rey de Francia a Carlos VII, el quinto hijo del rey fallecido, a despecho de que el tratado de Troyes hubieran trasladado la línea sucesoria a los Plantagenet ingleses. La justificación jurídica que se ofreció fue que, dado que Enrique V había muerto antes que Carlos VI, dicha traslación sucesoria había quedado invalidada sin llegar a tener efecto y, por tanto, los derechos seguían recayendo en la línea de los Valois.

La respuesta inglesa fue devastadora tanto en lo militar, invadiendo Francia, como en lo diplomático, donde el duque de Bedford, que había asumido la regencia en nombre de Enrique VI, logró construir, a través del Tratado de Amiens de 1423, una alianza defensiva contra el rey de Francia que suscribieron los poderes más importantes de la periferia gala: el duque Felipe de Borgoña y Juan V, duque de Bretaña, al tiempo que reconocían a Enrique como legítimo rey de Francia. La alianza se consolidó con dos matrimonios: el de Bedford con Ana, hermana menor del duque de Borgoña, y el de Arthur de Richemont, hermano del duque de Bretaña, que había sido rehén de los ingleses tras haber sido capturado en Agincourt y cuya liberación sin rescate por Enrique V había sido un paso decisivo en el acercamiento de Inglaterra a Bretaña, con Margarita, la hermana mayor del duque borgoñón. La subsiguiente invasión de los ingleses y sus aliados arrebató a Carlos VII la mayor parte de su reino, y solo un suceso imprevisible le permitió mantener su Corona: la aparición de Juana de Arco.

La irrupción de la Doncella de Orleans en sus páginas es uno de los hechos más asombrosos de la Historia. Que una campesina analfabeta de diecisiete años llegara hasta el Delfín de Francia puede ser sorprendente; que le convenciera para que le dejara liderar sus

ejércitos en virtud de una encomienda divina puede resultar asombroso; pero lo que escapa a todo calificativo es que, en efecto, la joven de Domrémy, al frente de las fuerzas francesas, liberara Orleans del asedio inglés el 8 de mayo de 1429 y cosechara triunfo tras triunfo en campos de batalla como los de Jargeau y Patay hasta invertir la desesperada situación en que se encontraba Carlos. Y, como las más de entre las historias asombrosas de la novela humana, el final de Juana fue propio de una tragedia: abandonada por todos, incluido el Delfín para quien recuperó un reino, la Doncella terminaría sus días ardiendo en la hoguera de Ruán, en 1431, acusada de herejía.

Tras las victorias de Francia con la inspiración de Juana de Arco en el bienio 1429-1430, Carlos, poco propenso a buscar un acuerdo con sus enemigos, se vio obligado a hacerlo a partir de 1431, debido a la ruina financiera a la que se enfrentaba si se le prolongaban las campañas. La necesidad francesa coincidió con los intereses de Felipe de Borgoña, para quien su odio personal por Carlos -responsable del asesinato de su padre- se encontraba por debajo de la razón de estado. Creyó que Borgoña tendría menos problemas con un rey francés débil y caprichoso, como Carlos, que con un hombre experimentado y decidido, el duque de Bedford, gobernando en París como regente del rey niño, Enrique VI[1029]. En agosto de 1435 comenzó el Congreso de Arras, la más amplia y decisiva de las reuniones internacionales que tuvieron lugar durante la guerra[1030]. Franceses, ingleses, borgoñones, delegados de diversas ciudades y territorios flamencos y un grupo de cardenales enviados por el papa para ejercer como mediadores se reunieron en la ciudad, propiedad del duque de Borgoña.

La delegación inglesa, encabezada por el cardenal de Winchester, Henry Beaufort, rechazó discutir la renuncia de Enrique al trono galo y presentó una contraoferta consistente en permitir que Carlos VII conservara los territorios en su poder en aquel momento, siempre y

[1029] WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 29.
[1030] WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 29.

cuando rindiera homenaje a Enrique VI como rey de Francia. Cuando Carlos se negó a aceptar, la delegación inglesa cometió un error que acabaría condenándoles a perder la guerra: el cardenal Beaufort y el resto de la delegación inglesa abandonaron Arras, el 1 de septiembre de 1435, considerando que el acuerdo era imposible. Sin la presencia inglesa, y con una serie de justificaciones legales brindadas por su condestable para renunciar a los contenidos del tratado de Amiens, el duque de Borgoña se vio con las manos libres para negociar un acuerdo separado con Francia. Los resultados fueron excelentes para Felipe: el rey de Francia ratificó las concesiones territoriales efectuadas por los ingleses, en especial la línea de fortificaciones del Somme, que protegía las conquistas borgoñonas en el Artois y podían servir de base de operaciones para amenazar París, y eximió al duque de Borgoña de la obligación de rendirle homenaje por sus posesiones en suelo francés. Felipe sació su venganza personal obligando a Carlos a jurar que no había tenido nada que ver con su padre, a comprometerse a castigar a los implicados -mencionados uno por uno con nombres y apellidos- y pagar misas por el alma de Juan Sin Miedo.

Aunque la guerra se prolongaría aún casi dos décadas, el cambio de bando de Borgoña condenó a Inglaterra, privándole de su aliado más importante y cerrando la lucha interna en Francia entre borgoñones y armagnacs, si bien un nuevo conflicto civil, la Praguerie, se desencadenaría en 1440, enfrentando al rey galo con su propio hijo y heredero, el Delfín Luis -futuro Luis XI-. La revuelta solo retrasó lo inevitable, aunque hizo que Francia se viera avocada a aceptar la tregua propuesta por Enrique VI de Inglaterra, firmada en Tours en 1444, lo que suponía el primer cese de las hostilidades desde 1417, y que implicaba la boda del rey inglés con Margarita de Anjou, sobrina del rey de Francia.

Enrique VI trató de lograr un acuerdo que cerrara la guerra por completo, para lo cual ofreció renunciar a sus reclamaciones sobre el trono de Francia a cambio de que se le devolviera el ducado de Normandía. Como muestra de buena voluntad, entregó a Francia el

condado de Maine, una decisión que demostró ser desastrosa, ya que dividió a los ingleses y Francia interpretó el hecho como una muestra de debilidad, lo que la indujo a reanudar la guerra, en vez de a negociar un acuerdo de paz[1031].

La muerte de Bedford el 24 de septiembre de 1435, días después de la firma del Tratado de Arras, había privado a los ingleses de su líder más capaz cuando más lo necesitaban. Un ejército francés modernizado derrotó a los ingleses sistemáticamente a partir de 1435, consiguiendo victorias decisivas en Formigny y Castillon. La primera, en 1450, supuso el fin del dominio inglés sobre Normandía y, la segunda, en 1453, supuso la pérdida final de Aquitania, el centro del otrora extenso dominio inglés en Francia. Allí, frente a los cañones franceses, dejó la vida *the Old Talbott*, la última esperanza inglesa, sir John Talbott, conde Shresbury, apodado el Aquiles inglés. La muerte del último gran comandante inglés y la pérdida de Aquitania supusieron el fin de un conflicto que había durado 116 años, a través del cual Francia había encontrado buena parte de las que habían e ser sus fronteras definitivas, mientras que Inglaterra quedaba sumida en la necesidad de redefinir su propia identidad, tanto interna como en el contexto internacional, lo que sería una causa fundamental de las Guerras de las Rosas, que ensangrentarían el suelo inglés durante las décadas posteriores y que serían libradas, en gran medida, por soldados que habían combatido en Francia[1032]. Como señala Green, "la derrota de Castillon no causó directamente el baño de sangre de Towton [la batalla más sangrienta de las Guerras de las Rosas y la más mortífera librada nunca en suelo inglés], pero desde luego hay un camino que conecta ambos hechos"[1033].

El impacto del conflicto sobre ambas monarquías fue inmenso:

[1031] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 20.
[1032] CURRY, *The Hundred Years' War, 1337-1453*, p. 91.
[1033] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 21

> "El mundo había girado sobre su eje cuando la guerra de los Cien Años terminó en 1453. Cuando Burdeos cayó ante las fuerzas del rey Carlos VII, el 19 de octubre, nadie sabía que la Guerra de los Cien Años había terminado, del mismo modo que nadie sabía que Inglaterra y Francia la habían luchado, ya que el conflicto no fue así denominado hasta 1855. Pero los 116 años entre 1337, año en que Felipe VI, el primer rey de la Casa de Valois, confiscara Gascuña a Eduardo III, y la rendición final de ducado habían traído consigo cambios fundamentales en los reinos de Inglaterra y Francia y en las vidas de sus pueblos. El papel del gobierno, la función del monarca, el lugar de la Iglesia, las relaciones entre ricos y pobres, entre nobles y plebeyos y la identidad de ambas naciones fueron redefinidas por más de cien años de guerra contra el enemigo ancestral"[1034].

4.- Castilla y Flandes

La guerra fue un conflicto cuyos escenarios fueron más allá de los campos de Francia. Castilla fue uno de los teatros afectados. En 1366, Pedro I, enfrentado a su medio hermano Enrique de Trastamara por el trono castellano, escribió al Príncipe Negro pidiéndole ayuda para recuperar su reino, parte del cual había perdido tras la intervención de una fuerza mercenaria compuesta tanto por gascones como por soldados de fortuna ingleses en apoyo de los Trastamara[1035]. El Príncipe en persona acudió a la llamada del rey castellano, que ofreció a cambio de su ayuda la descomunal cantidad de 250.000 libras, amén de

[1034] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 1.

[1035] VILLALÓN, L. J. A., "Spanish involvement in the Hundred years war and the battle of Nájera", en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005, p. 23. Sobre por qué Inglaterra permitió esto en 1366, la explicación más probable reside en el hecho de que la guerra en Francia se encontraba paralizada por varias treguas, y la marcha a España de un buen número de soldados ociosos a los que resultaba caro mantener y conflictivo no pagar alivió la presión que sufrían las arcas inglesas.

concesiones territoriales[1036]. Las fuerzas inglesas jugaron un papel clave en la victoria de Nájera -no sin razón calificada por Villalón como "una de las victorias más brillantes de su siglo, y también la más inútil"[1037]-, pero, a la postre, su intervención resultaría un fracaso. No consiguió mantener a su aliado en el trono y las deudas que esta expedición generó al tesoro inglés nunca fueron pagadas, por lo que el Príncipe Negro abonó de su bolsillo gran parte de las soldadas de sus tropas. Para recuperar el dinero malgastado en la campaña castellana, el heredero inglés estableció un impuesto a los habitantes de sus posesiones en el continente, lo que le hizo perder muchos de los apoyos que había ganado en los años previos, en especial entre los señores de Gascuña, debilitando su posición frente a Francia.

La intervención inglesa contribuyó a generar la situación que precisamente había pretendido evitar: Enrique de Trastamara, al convertirse en rey, se sintió agradecido a Francia, cuya ayuda había sido clave, a través de las tropas que había comandado Bertrand Duguesclin. Enrique firmó una alianza entre Castilla y Francia, en 1368, que llevó a que en 1371 la flota castellana destruyera a la inglesa frente al puerto francés de La Rochelle, permitiendo que Francia obtuviera el control del golfo de Vizcaya y sentando las bases de una relación castellano-francesa que fue amistosa, cuando no de alianza, hasta finales del siglo siguiente[1038].

En España, El Príncipe Negro comenzó a mostrar los síntomas de la enfermedad que acabaría llevándole a la tumba en menos de una década. Fue la última campaña en la que pudo caminar con las tropas; dos años después se encontraba tan postrado que el asedio de Limoges hubo de dirigirlo desde una litera. La merma en la capacidad del Príncipe Negro -que le llevó a ceder el mando operativo a su hermano,

[1036] GREEN, *The Hundred Year´s war*, p. 14.
[1037] VILLALÓN, "Spanish involvement in the Hundred years war and the battle of Nájera", p. 57.
[1038] VILLALÓN, "Spanish involvement in the Hundred years war and the battle of Nájera", p. 54.

el duque de Lancaster- y, finalmente, su muerte en 1376, sin heredero, fueron muy nocivos para los intereses de Inglaterra y la conducción de la guerra contra Francia.

Lo ocurrido en Castilla en 1366, cuando los mercenarios ingleses y gascones ayudaron a arrebatar buena parte de su reino a Pedro I, fue solo una manifestación de la proliferación de compañías mercenarias, desgajadas de las tropas inglesas que combatían en Francia, que recorrieron el occidente europeo durante la segunda mitad del siglo XIV y cuyas acciones, como en el caso de Castilla, tuvieron un impacto relevante en el escenario internacional. La Gran Compañía, que devastó parte del sur de Francia, terminó obligando al papa Inocencio VI, que residía en Aviñón, a contratarla y, en buena medida para librarse de tan incómodos empleados, la envió a Italia en apoyo del marqués del Monferrato en su enfrentamiento contra los Visconti de Milán. De esta Gran Compañía se desgajó otra unidad, la Compañía Blanca, que también jugaría un papel importante en el fragmentado escenario italiano de su tiempo[1039].

Flandes fue otro escenario internacional que jugó un papel destacado en la guerra de los Cien Años[1040], en especial durante las primeras décadas del conflicto. Francia intentó consolidar su influencia en el condado intensificando sus relaciones con otras potencias locales, como el arzobispado de Lieja y los condados de Hainault, Holanda y Zelanda, así como con varias ciudades de los Países Bajos. Sin embargo, cuando intentó extender su influencia al ducado de Brabante, los ingleses intervinieron.

[1039] CAFERRO, W. P., "The fox and the lion": the White Company and the Hundred Years War in Italy", en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005, p. 179.

[1040] La información sobre esta cuestión procede de BOFFA, S., "The duchy of brabant caught between france and england: geopolitics and diplomacy during the first half of the hundred years war*",* en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005.

Brabante, con su estratégica posición a caballo de las rutas comerciales que llevaban de Colonia y los centros mercantiles renanos al puerto de Brujas, y el control del tráfico comercial del Mosa y el Escalda, a través de Amberes, era un elemento comercial clave en el mar del Norte. Los intentos brabanzones de mantenerse neutrales se fueron al traste cuando Brabante fue una de las paradas del duque de Artois, enemigo del rey de Francia, en el camino hacia su exilio inglés. Cuando Francia aumentó la presión diplomática sobre Brabante, el duque Juan III recurrió a la protección del emperador, del que Brabante era un feudo, para rechazar el cumplimiento de los deseos franceses. En los años siguientes, pese a acuerdos puntuales con el reino galo, Brabante sería, en líneas generales, un aliado de Inglaterra en el conflicto, sobre todo en las facetas comerciales del mismo.

5.- La diplomacia y el largo conflicto anglo-francés

Las guerras entre Francia e Inglaterra generaron uno de los focos de actividad diplomática más importantes de la Europa medieval. Los esfuerzos negociadores no solo implicaron a los dos participantes principales, ingleses y franceses, sino a una pléyade de participantes menores, caso de Borgoña, Bretaña y los múltiples poderes flamencos implicados de una u otra forma en el conflicto. Las naciones ibéricas, Castilla y Portugal, se vieron implicadas en el contexto internacional generado, y las consecuencias de ello se hicieron sentir de forma decisiva tanto en la guerra castellano-portuguesa decidida en Aljubarrota como en la guerra civil castellana, en la que intervinieron el Príncipe Negro y el condestable Duguesclin. Lo mismo cabe decir de Escocia, aliada de Francia desde 1290, donde los acontecimientos de la guerra con Inglaterra estuvieron vinculados de forma directa con las guerras francesas. Por su parte, tanto el Sacro Imperio como el papado se vieron implicados como árbitros en los numerosos intentos de

encontrar una solución negociada a través de treguas y conferencias internacionales[1041].

La explosión de la actividad diplomática generada por el conflicto tuvo importantes consecuencias sobre las relaciones internacionales. Contribuyó a la consolidación de los usos y costumbres de la práctica diplomática, ante la necesidad de protocolizar las normas a utilizar en las constantes reuniones entre adversarios. En segundo lugar, reforzó el carácter ceremonial de las firmas y ratificaciones de los tratados, en muchos casos a través de ceremonias religiosas, lo que enfatizaba el compromiso que suponía a través de la sacralización del acuerdo. Esto tuvo importantes consecuencias prácticas. Por ejemplo, para firmar el Tratado de Arras, el duque de Borgoña necesitó una dispensa papal que le desvinculara del Tratado de Troyes, que, a su vez, había sido puesto en vigor mediante una ceremonia religiosa que tuvo lugar en la catedral de San Pedro de Londres.

Las treguas y los múltiples tratados impulsaron que se mejorara la preparación de los negociadores y diplomáticos en materias legales, tanto para la conclusión de los acuerdos como para la interpretación posterior de sus cláusulas. Inglaterra llegó a establecer un proceso de formación específico, que se desarrollaba en el King´s Hall de Cambridge, fundado por Eduardo II.

El gran número de instrumentos jurídicos diplomáticos que se firmaron en esos años hizo necesaria la creación de un sistema de archivo especializado en el que conservar tanto la documentación

[1041] De los múltiples estudios sobre el papado en este tiempo, la mayor parte centrados en el periodo de estancia de la corte pontificia en Aviñón o en el Cisma de Occidente, quienes se ocupan con más detalle de la intervención papal en la diplomacia de la guerra de los Cien Años son MOLLAT, G., *The Popes at Avignon, 1305–1378: The ‘‘Babylonian Captivity’’ of the Medieval Church*. Nueva York, 1965; y RENOUARD, Y., *The Avignon Papacy: The Popes in Exile, 1305–1403*. Nueva York, 1994.

como, en muchas ocasiones, los registros sobre el propio proceso negociación, lo que constituyó el primer embrión de los aparatos diplomáticos estatales permanentes, ya que estos archivos fueron la primera institución de carácter no temporal en las monarquías occidentales. Inglaterra fue pionera en este aspecto, creando un archivo en los últimos años del siglo XIII, durante la guerra anglo-francesa iniciada en 1290 para contener la documentación relacionada con el Tratado de París de 1259, con el guardián de los procesos al frente. Este oficial fue suprimido en 1339, en el marco de la reforma administrativa que la Corona inglesa emprendió para mejorar la gestión de su diplomacia de cara al conflicto con Francia[1042].

Pese a la pronta supresión del guardián de los procesos y la reasunción por parte de la cancillería de las labores de archivo de la documentación diplomática[1043], la influencia de aquel fue notable, tanto en la posterior administración inglesa como en la de su enemigo directo: Francia creó su propio archivo cuando el obispo Jean Juvenal des Ursins recomendó al monarca que adoptara el sistema inglés de registro[1044].

La intensidad de la actividad diplomática a lo largo de más de un siglo de guerra también dio lugar a avances en los instrumentos jurídicos de que se dotaba a los diplomáticos. De nuevo, fue Inglaterra quien más evolucionó en este sentido. Los diplomáticos ingleses recibían *littere procuratorie* -es decir, poderes o mandatos de procurador- estructurados en cinco cláusulas: dirección, constitución, limitación, garantía -o *ratihabitio*- y significación. El objeto de la misión, la parte más importante, se encontraba en la limitación o en la constitución. Si recibía *plena potestas* podía negociar acuerdos vinculantes, lo que solía hacerse entre potencias de igual rango, entre las que no se incluía el papado.

[1042] CUTTINO, *English diplomatic administration*, p. 138.
[1043] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, p. 180.
[1044] WAGNER, *Encyclopedia of the Hundred Years War*, p. 110.

La gran innovación de la cancillería inglesa consistió en la entrega a sus diplomáticos, sobre todo a los que operaban lejos de su hogar, de múltiples poderes en los que figuraban las concesiones graduales que estaban autorizados a ofrecer, según evolucionaran las acciones de la otra parte, de forma que sus embajadores disponían de un respaldo legal inequívoco y, al tiempo, flexible, que les capacitaba a adaptarse a las circunstancias sin salirse de la legalidad. Con frecuencia, la redacción del mandato era intencionadamente ambigua, algo que se utilizaba cuando el interés principal de la misión diplomática era ganar tiempo y dilatar su duración, ya que la ambigüedad solía tener como consecuencia largos debates aclaratorios previos a la negociación en sí[1045].

La Guerra de los Cien Años impidió que Francia e Inglaterra se convirtieran en un solo reino, algo nada descabellado si el resultado hubiera sido otro, ya que los reyes ingleses, afrancesados culturalmente, gravitaban su política hacia el país galo. El desarrollo de la conciencia nacional de ambos países estuvo ligado a la guerra y su desenlace obligó a los monarcas ingleses a desentenderse de sus aspiraciones previas al trono francés, poniendo fin a cualquier posibilidad de unión de ambos reinos.

El conflicto tuvo otra consecuencia destacada: permitió la creación del ducado de Borgoña como entidad política independiente, fruto de la labor diplomática del duque borgoñón Felipe el Bueno entre 1419 y 1467. Este heredó los condados de Flandes y Artois y el ducado de Borgoña de su padre, pero logró que se uniera a ellos la mayor parte del resto de actores políticos de los Países Bajos. Con la paz de Arras de 1435, el rey de Francia le garantizó la independencia. Su hijo Carlos el Temerario, "incapaz de adaptar sus objetivos a sus medios, fracasó, en su intento de añadir Alsacia y Lorena", condenando al ducado a la

[1045] PLÖGER, *England and the Avignon popes*, pp. 181-183.

desparición como potencia independiente, en tan solo una generación[1046].

[1046] GANSHOF, “La Edad Media”, pp. 206-207.

CAPÍTULO XIV:

COMERCIO, GUERRA Y DIPLOMACIA

1.- La Liga Hanseática

Desde tiempos inmemoriales, el Báltico ha sido un mar con una intensa actividad comercial, lo que había aparejado una actividad pirática similar. La presión que las depredaciones ejercían sobre la actividad mercantil se multiplicó con la conversión al cristianismo de las tribus paganas de las costas orientales del Báltico, lo que provocó, en 1358, el surgimiento de la Liga Hanseática, organización que aglutinaba a los principales puertos de la orilla sur del Báltico en una alianza comercial con matices políticos y militares, llevando un paso más allá la tradición de las ligas de ciudades que ya existía en Alemania, como había sido el caso de la Liga de Suabia[1047].

[1047] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 442.

La gran promotora de la creación de la Hansa fue la ciudad de Hamburgo, fundada en el siglo IX y que en el XII había recibido una serie de privilegios imperiales que le permitieron maximizar la fuerza comercial que le daba su estratégica posición en el Elba, con fácil acceso tanto al mar del Norte como al Báltico, tras un breve trayecto por tierra. Las ciudades vendas fueron las fundadoras de la Hansa[1048], con Brünswick en primer lugar, seguida por Wismar, Rostock, Stralsund, Griefswald, Stettin, Riga, Wisby y Colberg; en una segunda oleada pasaron a formar parte de la Liga Bremen, Groningen, Lunenburg, Stada, Magdeburgo, Goslar y Halle. Casi todos los puertos comerciales entre Holanda y Rusia acabaron formando parte de la organización, que no quedó circunscrita a la costa, sino que vio como se incorporaban a ella ciudades interiores pertenecientes al imperio y situadas, sobre todo, a lo largo del curso del Rhin[1049].

En total, setenta ciudades agrupadas en cuatro círculos formaron la Liga Hanseática. La cabeza del primero era Lübeck, del segundo Colonia, del tercero Brünswick y del cuarto Danzing. Las ciudades enviaban delegados a la asamblea periódica de la Hansa, el *Hansetage*, que solía reunirse en Lübeck cada tres años y era la máxima autoridad de la Liga[1050]. Para convocarlo, se notificaba a los magistrados de las

[1048] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 443.

[1049] DUNHAM, A., *The Germanic Empire*. Londres, 1835, pp. 2-3. La actividad económica ha sido la línea conductora de los intentos de integración y organización supranacional europeos en todo tiempo; un ejemplo de ello lo tenemos en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La creación de una nueva organización internacional: la Comunidad Europea del Carbón y del Acero", en *Ihering*, nº 1, 2018; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "El camino hacia la Europa de las Comunidades: de los precedentes institucionales al impulso francés", en *Revista de la Inquisición, intolerancia y Derechos Humanos,* nº 21, pp. 197-217; y, de la misma autora, "1968, una unión aduanera de seis países", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., MARTÍNEZ PEÑAS, L., PRADO RUBIO, E., (coords.), *El año de los doce mayos, 1968*, Valladolid, 2018, pp. 171-188.

[1050] Lübeck había sido fundada en 1158 a veinte kilómetros del Báltico, pero tenía fácil acceso al mar a través del río Trave, navegable.

ciudades que encabezaban los círculos los aspectos concretos a tratar, y estas, a su vez, informaban a las ciudades de su demarcación. A las asambleas acudían ciudades que, sin ser parte de la Liga, eran aliadas de la misma o tenían relaciones comerciales con sus integrantes; lo hacían en calidad de observadores, sin voz ni voto en los debates[1051].

La Liga Hanseática tuvo un éxito notable en la consecución de sus objetivos. Logró garantizar unas razonables condiciones de seguridad para el comercio marítimo en el Báltico; creó un sistema de relaciones comerciales -que pronto se volvieron políticas- entre las zonas costeras y el interior del continente, ya que ciudades situadas tierra a dentro, como Dormund o Colonia, jugaban un papel clave en la Liga, si bien su posición periferíca respecto del núcleo báltico limitaba su influencia[1052]; y facilitó el desarrollo de las manufacturas, al proveer de mercados para su exportación. Desde el punto de vista jurídico-institucional, la Liga Hanseática trató de imponer cierto imperio de la ley en el Báltico, en especial en lo relativo al comercio internacional. Se regía por unos estatutos internos y desarrolló diversos instrumentos legales en el campo del derecho marítimo. Las ordenanzas de Wisby se convirtieron en una de las fuentes de Derecho del mar más importantes de su tiempo, por delante de obras ya entonces clásicas como los Rôles de Oleron o las ordenanzas de Lübeck y Holanda[1053]. Las normas de Wisby establecían reglas que se aplicaban en cada una de las fases de un negocio de trasporte de mercancías, incluyendo el crédito, la contratación, el almacenaje, el transporte, la carga y descarga y la venta final. Su importancia y difusión fue tal que ejercieron una notable influencia en el desarrollo de las ideas de uno de los teóricos del derecho internacional más importantes, Hugo Grocio[1054].

[1051] DUNHAM, *The Germanic Empire*, p. 3.
[1052] MARTÍN MARTÍN, J. L., "La Hansa", en *Cuadernos de Historia 16*, nº 91, 1993, p. 6.
[1053] DUNHAM, *The Germanic Empire*, p. 4.
[1054] DUNHAM, *The Germanic Empire*, p. 4.

Dentro del ordenamiento de la Hansa, la mayor sanción posible era el *verhansung*, la expulsión de la Liga. Esto se utilizó por vez primera sobre Bremen, a causa de una disputa relativa a la pesca y comercialización del salmón en el que los intereses de la Hansa en Noruega llevaron a la expulsión de la ciudad germana. Con posterioridad, el *verhansung* fue aplicado contra ciudades miembro que, con sus comportamientos, ponían en peligro los intereses del conjunto de la Liga[1055].

La Hansa creó cuatro grandes factorías, a las que se denominaba *kontors*, con una verdadera jurisdicción extraterritorial dentro de sus muros[1056]. Dado que en el momento de su creación su principal mercado era Rusia, el primer *kontor* fue el Peterhof, en Novgorod, donde se centralizaban los negocios con Polonia, Prusia, Livonia, Rusia, Asia Menor y Persia, si bien más tarde, el *kontor* se trasladó a Narva. A medida que pasaron los años, los negocios fueron ampliándose hacia el oeste[1057]. Desde el de Londres se cerraban los negocios de Irlanda, Escocia e Inglaterra; desde Bergen, los de las naciones escandinavas y Dinamarca; y desde Brujas, los de Holanda, Alemania, Francia, España Italia y Hungría. Este último se desplazó a Amberes cuando el Zwin, el canal que conectaba Brujas con el mar del Norte, quedó cegado por los depósitos de cieno y aluvión.

Lübeck se convirtió en el gran centro de distribución del comercio, el eje entre el Báltico y el mar del Norte. Las mercancías del este, sobre todo grano, madera y ambar, se compraban en los *kontors* de Bergen y Novgorov, desde donde los mercaderes los llevaban a los puertos del Báltico que cada uno usara. Se navegaba hacia occidente, hasta Lübeck, desde donde las mercancías se redistribuían hacia

[1055] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. II, p. 853.
[1056] El fenómeno de la extraterritorialidad tiene su origen en la figura de los legados romanos, sujetos al derecho romano se encontran donde se encontran (QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 180).
[1057] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 442.

occidente a través de dos rutas: directamente por mar, navegando desde Lübeck hacia el norte para atravesar el Sund, o bien desplándose por tierra y vías fluviales hasta Hamburgo, desde donde se embarcaban de nuevo, ya en el mar del Norte[1058].

2.- Los rivales de la Hansa: Dinamarca, Inglaterra y Holanda

En el año 1360, el rey danés Valdemar IV, que acababa de lograr la unificación de sus dominios, atacó Wisby, uno de los miembros más activos de la Liga Hanseática. La ciudad sufrió graves daños y nunca logró recuperar su pujanza, pero ello no arredró a la Hansa, que replicó con una coalición de guerra que incluía a Noruega, Suecia y los Caballeros Teutónicos. El conflicto se alargó durante cinco años y terminó con una paz que no satisfacía los intereses de ninguna de las partes, lo que provocó una nueva guerra en el año 1368. Esta vez, la Hansa se impuso con rotundidad tras otros dos años de combates y forzó la firma del Tratado de Straldsund, suscrito el 24 de mayo de 1370, que la convirtió en dueña y señora del comercio del Báltico[1059]. A través de dicho tratado la Liga obtuvo libertad completa para comerciar y pescar en territorio y aguas danesas, así como el derecho a que el consentimiento de la Liga Hanseática fuera necesario para la designación del rey de Dinamarca. Sin embargo, renunció a este poder en 1376, considerando que no era conveniente verse arrastrada a los posibles conflictos por el trono danés en unos años en que sus recursos militares estaban concentrados en la lucha contra la piratería en el Báltico[1060].

En lo que respecta a Inglaterra, durante el reinado de Eduardo III, sus conflictos con Francia hicieron que el rey tuviera que pedir prestadas cuantiosas sumas de dinero a la banca italiana. La Casa Bardi

[1058] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 445.
[1059] GANSHOF, "La Edad Media", p. 170.
[1060] PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. II, p. 854.

y la Casa Peruzzi concedieron grandes créditos a la Corona inglesa, sobre todo en el trienio comprendido entre 1337 y 1340. La garantía que Eduardo ofreció para estos préstamos fueron los ingresos procedentes de los impuestos sobre el comercio inglés de madera, una exportación que había convertido a Inglaterra en un actor comercial a tener en cuenta desde el siglo anterior. Por desgracia para los italianos, estos ingresos fueron decayendo en los años siguientes, lo que llevó a que Inglaterra no pudiera afrontar sus pagos en el año 1343. Para el año 1346, los banqueros florentinos habían liquidado su participación en el negocio de la madera y se habían retirado financieramente de los asuntos ingleses, dejando un vacío que llenó un consorcio de mercaderes locales, liderado por William de la Pole. El proceso por el que estos hombres de negocios ingleses llegaron a hacerse con el control de los ingresos de la madera fue el mismo: prestando grandes cantidades de dinero -más de cien mil libras- a la Corona, en esta ocasión para sostener el sitio de Calais, en el contexto de la Guerra de los Cien Años, a cambio de las cuales el rey prohibió la exportación de madera sin licencia, lo que, en la práctica, suponía entregar a Pole y sus asociados el monopolio de la actividad[1061].

La colaboración entre Corona y comerciantes en la explotación de la madera, con la adopción en rápida sucesión de diversas medidas legales para incentivarlo, produjo una rápida expansión comercial inglesa a nivel internacional, que llevó al Báltico a sus mercaderes en un contexto en el que no podía dejar de generar conflictos con la Liga Hanseática, ya que la exclusión de poderes foráneos que amenazaran su dominio de los mercados se había convertido, a mediados del siglo XIV, en uno de los principales objetivos de la Liga. Como señala Postan, la irrupción inglesa en el mercado Báltico hubiera generado fricciones en cualquier momento, pero precisamente cuando los ingleses trataron de

[1061] POSTAN, M., "The Trade of Medieval Europe: the North", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008, p. 291.

establecerse en Danzing las condiciones eran las peores posibles, y generaron "un conflicto desesperado"[1062].

En la década de 1380, los británicos lograron cierta ventaja, lo que llevó a la firma de unos acuerdos entre Inglaterra y la Hansa en 1388, por los cuales esta reconocía el derecho inglés a comerciar en las ciudades hanseáticas y Prusia, lo que permitió que Inglaterra instalara una factoría en Danzing para sus mercaderes, al frente de la cual existía un factor con poderes legales sobre los súbditos ingleses que allí residieran o comerciaran. En 1437, Inglaterra consiguió que, además, su comercio desde dicha factoría quedara libre de impuestos.

Pero la medida no era suficiente a ojos de los mercaderes de la Isla, y el conflicto que Eduardo IV de Inglaterra sostuvo contra los hanseáticos fue forzado por las presiones políticas de los propios mercaderes, que obligaron al monarca a retirar los privilegios otorgados a la Hansa para la venta de madera del Báltico en los puertos ingleses, al comprobar que Lübeck, Rostock y otros pesos pesados de la Liga no hacían concesiones recíprocas equivalentes en favor de los mercaderes ingleses. Ello dio lugar a décadas de ataques sobre barcos mercantes, asaltos que se movían en una línea muy difusa entre la piratería y la guerra de corso en una especie de guerra privada entre mercaderes con un respaldo oficioso por parte de las instituciones políticas de los contendientes.

La situación se complicó cuando buques ingleses cargados con madera fueron abordados en aguas del Sund, bajo jurisdicción danesa. La Corona de Dinamarca reconoció su responsabilidad en el incidente, al admitir que había fracasado en su obligación de proteger a unos mercaderes que, como todos los que transitaban por el estrecho que separa el Báltico del mar del Norte, habían pagado un fuerte peaje a Dinamarca. Esto no fue suficiente para los gremios de comerciantes de la costa este inglesa, que presionaron para que se castigara a Danzing,

[1062] POSTAN, "The Trade of Medieval Europe: the North", p. 295.

la ciudad de la Hansa de la que procedían los barcos asaltantes. Durante un año el gobierno inglés trató de llegar a un arreglo pacífico con la Liga Hanseática, que fracasó cuando los comerciantes de Brujas -miembros de la Liga- decidieron lanzar una campaña de ataques contra buques ingleses, dando comienzo a una guerra abierta que siguió los patrones de las décadas anteriores, siendo llevada principalmente por actores privados, más que por los propios estados, en lo que los alemanes han definido como *karpetkrieg*[1063].

Los golpes se sucedieron durante años, y afectaron a comerciantes de toda Europa. En uno de los más audaces, Benecke, un destacado marino de la Hansa, abordó un grupo de bajeles que abandonaban el puerto inglés de Southampton, capturando un enorme cargamento de dinero que los ingleses enviaban a Italia para que fuera custodiado e invertido por los banqueros de la familia Medici. Los barcos de la Hansa llegaron incluso a intervenir, en los primeros años de la década de 1470, en los conflictos internos de Inglaterra que se conocen de forma colectiva con el nombre de Guerras de las Rosas.

A lo largo de sus conflictos con la Hansa, Inglaterra aprovechó, en la medida de sus posibilidades, las grietas existentes en la fachada de unidad de la organización. Muchas de las ciudades más occidentales de la Liga, encabezadas por Colonia, evitaron posicionarse en el conflicto sobre el Báltico, habida cuenta de que sus intereses en él eran más reducidos que los de las ciudades orientales y, por el contrario, una mayor parte de su actividad comercial se relacionaba con Inglaterra. Incluso uno de los grandes pesos pesados de la Liga Hanseática, Lübeck, evitó adoptar una postura manifiestamente opuesta a los intereses ingleses. Los intereses de la Orden Teutónica en torno a Danzing añadieron otro elemento de complejidad a la situación y dificultaron la cohesión de la Hansa frente a la presión comercial inglesa[1064].

[1063] ROSE, *Medieval naval warfare. 1000-1500*, pp. 93-95.
[1064] POSTAN, "The Trade of Medieval Europe: the North", pp. 296-297.

En el último cuarto del siglo XV, sin embargo, la situación se invirtió. Eduardo IV, en el marco de las Guerras de las Rosas por el trono inglés, regresó a Inglaterra desde su forzado exilio borgoñón en una expedición naval que no hubiera podido llevarse a cabo sin la asistencia de la Liga Hanseática. A cambio de esta vital ayuda, Eduardo devolvió a los comerciantes de la Hansa los privilegios revocados durante los enfrentamientos de la primera mitad del siglo, sin que los comerciantes ingleses recibieran a cambio ninguna concesión en el Báltico. Poco a poco, el comercio inglés en el este disminuyó, y el nuevo consorcio dominante, los Mercaderes Aventureros, se ocupó principalmente del tráfico mercantil con Flandes y Holanda.

A diferencia del caso inglés, la fuerza comercial holandesa no se había debido, ni siquiera en parte, a la acción del Estado, sino que era una manifestación de pura pujanza económica que había comenzado en el siglo XIII pero cobró especial impulso a lo largo del siglo XV, de la mano de un enorme florecimiento de la industria textil, que convirtió a Leiden en uno de los principales centros de producción del mundo[1065]. La unificación de los condados neerlandeses y flamencos bajo Felipe de Borgoña y el largo periodo de paz que la unión trajo consigo crearon el contexto idóneo para convertir la región en una pieza clave del sistema internacional de comercio.

La pujanza holandesa provocó un conflicto con la Hansa cuando las ciudades vendas, lideradas por Lübeck, trataron de imponer, en la dieta de la Liga de 1417, limitaciones al comercio neerlandés en el Báltico. Fue el primero de muchos roces, que acabaron llevando a la guerra abierta en 1438, conflicto que duraría hasta el año 1441. Esta guerra alteró el comercio internacional, ya que las hostilidades consistían, de forma primordial, en el ataque y hostigamiento a los navíos mercantes enemigos, toda vez que en el Medievo la distinción entre navío comercial y militar no existía, o, al menos, no era fácil de percibir, dado que no existían flotas específicamente militares y que los

[1065] POSTAN, "The Trade of Medieval Europe: the North", p. 301.

mercantes iban fuertemente armados. La guerra concluyó con un tratado por el que la Hansa se vio obligada a reconocer el derecho de los holandeses a comerciar en el Báltico.

El conflicto de los años 1438-1441 fue la primera muestra de un patrón que se repetiría a lo largo de los enfrentamientos entre la Hansa y Holanda. Las ciudades más occidentales de la Liga, al igual que había ocurrido en los conflictos con Inglaterra, se mostraron reacias a respaldar las políticas abiertamente hostiles hacia Holanda impulsadas por Lübeck y respaldadas por las ciudades hanseáticas del Báltico. Las más occidentales, como Devenport, Zuidensee, Campen y Zwolle se veían enfrentadas a un dilema de difícil solución, entre las exigencias de la Liga de bloquear a los neerlandeses y los intereses comerciales de cada una de estas ciudades, muy ligadas al comercio holandés. El resultado fue que, en casi todas las ocasiones, las ciudades occidentales de la Liga Hanseática acabaron por suscribir acuerdos comerciales bilaterales con Holanda, que terminaban por convertir en ilusorias las medidas adoptadas por la organización contra los neerlandeses[1066].

Tradicionalmente, Brujas había sido el punto final de la larga ruta comercial este-oeste que comenzaba en los puertos hanséaticos del golfo de Finlandia, ya que era la puerta de acceso tanto a los mercados alemanes como a los ingleses, y el punto de conexión con el comercio francés y español. Sin embargo, a lo largo del siglo XV, un perceptible declinar se adueñó de la ciudad, que llegó a ser conocida como Brujas la Muerta. Las causas fueron varias, desde que el Zwin, el canal que concectaba la ciudad con el mar, quedó cegado por los sedimentos y los deshechos, al traslado de la industria textil flamenca hacia el noreste, que dio una gran ventaja competitiva a los puertos brabanzones, como Amberes o Bergen on Zoop. Desde estos puertos, nuevas rutas interiores, que dejaban de lado Brujas, tomaron cada vez más importancia, en especial hacia el corazón de Alemania: Colonia, Frankfurt del Meno, Frankfurt del Oder, etc.

[1066] POSTAN, "The Trade of Medieval Europe: the North", p. 303.

Las rutas interiores no supusieron un abandono del comercio Báltico, y a finales del siglo XV los holandeses vendían y compraban mercancías en lugares tan al este, y alejados de las costas, como Breslau y Cracovia. Se adueñaron de la mayor parte del tráfico marítimo del Báltico, hasta el punto de que las monarquías de la región, y ya no solo la Hansa, se vieron obligadas a tomar medidas para proteger sus propios intereses económicos: en 1495, Dinamarca cobró el primer *Sundtoll*, es decir, el primer peaje naval por cruzar el estrecho de Oresund, cuyas dos orillas controlaba[1067].

Los conflictos internacionales de la Hansa también afectaron a reinos tan alejados como Castilla, en la que los reyes expidieron patentes de corso a la marina del Cantábrico para luchar contra las naves hanseáticas, como se desprende de los salvoconductos ofrecidos a los peregrinos que acudieron a Compostela en los años santos de 1434, 144 y 1470, en los que los monarcas Juan II y Enrique IV garantizaban la seguridad de los peregrinos, incluso aunque viajaran en buques de la Hansa[1068].

3.- Génova y Venecia: la lucha por el control del Mediterráneo

Alrededor del año 1000, el equilibrio de poder en el Mediterráneo comenzó a cambiar. El dominio de Bizancio sobre el comercio en el Mare Nostrum comenzó a debilitarse y terminó por quedar en mano de las repúblicas mercantiles italianas, que lo retendrían hasta mediados del siglo XV[1069].

[1067] POSTAN, "The Trade of Medieval Europe: the North", p. 305.
[1068] GALLEGOS VÁZQUEZ, *Estatuto jurídico de los peregrinos en la España medieval*, pp. 310-315.
[1069] VAN DOOSSELAERE, Q., *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*. Cambridge, 2009, p. 1.

En el Mediterráneo, las guerras comerciales tuvieron como protagonistas a las repúblicas italianas de Génova y Venecia. Estos últimos se habían convertido en una importante potencia comercial a partir de la venta de sal extraida de la laguna de la ciudad[1070], para terminar logrando una posición privilegiada para comerciar con Bizancio debido a la ayuda que habían prestado al *basileus* contra las incursiones del normando Robert Guiscard contra suelo griego. El emperador bizantino había pagado esta ayuda con concesiones comerciales, en 1082 y para finales del siglo XI la práctica totalidad de la actividad económica de la población veneciana estaba vinculada de una forma u otra al comercio a larga distancia[1071].

Los genoveses, por su parte, habían consolidado líneas comerciales muy lucrativas con los reinos francos de Tierra Santa, igualmente colaborando en acciones militares que les reportaron concesiones lucrativas, como la exención de impuestos en Jaffa, Acre, Arsuf y Cesarea. Fue su participación en la toma y el saqueo de este último puerto lo que provocó el verdadero despegue comercial genovés. Además de las concesiones recibidas, el éxito supuso la distribución de un 15% de los beneficios a los armadores y del resto entre los oficiales y marineros que habían participado en la acción, de tal modo que cada uno de los 8.000 marineros rasos recibió 48 *solidi* de plata y dos libras de pimienta, convirtiéndoles en pequeños inversores en potencia, con el consiguiente estímulo para la actividad comercial genovesa[1072].

Las rivalidades y tensiones entre venecianos y genoveses se convirtieron en guerra por primera vez en 1257, a raíz del asesinato de un veneciano a manos de un genovés en el puerto de Acre, el más importante de Outremer. El crimen provocó una oleada de altercados

[1070] LÓPEZ, S. R., "The Trade of Medieval Europe: the South", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008, p. 346.
[1071] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 178.
[1072] LÓPEZ, "The Trade of Medieval Europe: the South", p. 346.

entre ambas comunidades italianas, que terminó con la irrupción en Acre de una flota de galeras venecianas que forzó la cadena que custodiaba el acceso al puerto. El mal tiempo congeló la situación, pero en cuanto fue posible volver a navegar, los genoveses enviaron una flota de guerra de cincuenta galeras. Ello no arredró a Lorenzo Tiepolo, comandante de la flota veneciana, que se hizo a la mar con sus galeras y libró la primera batalla de una guerra que se extendería, de forma intermitente, durante más de un siglo[1073].

Acre se perdió para los cristianos en 1204, y con su caída en manos de los mamelucos terminó el sueño de los reinos francos de Tierra Santa. Su desaparición aumentó la importancia de Bizancio para el comercio, dado que era el acceso a los nuevos mercados que estaban apareciendo en las costas del mar Negro y del mar de Azov. Los genoveses consiguieron que se les cediera un asentamiento en la propia Constantinopla, el barrio de Pera, crearon colonias como Caffa -en Crimea- y Tana -en el mar de Azov, y se hicieron con el control de Quíos, en el Egeo, cobrando cierta ventaja sobre los venecianos. Estos consiguieron recuperar parte de su privilegiada posición en Bizancio y mantenían numerosas bases comerciales y militares en el Egeo y en el Peloponeso. Además, varias islas egeas estaban gobernadas, aún sin ser parte de la Serenísima República, por dinastías venecianas. La captura por los genoveses en el puerto de Lajazzo de una gran cantidad de mercancías enviadas a Armenia fue un duro golpe para Venecia, pero fue aún peor cuando el almirante genovés Doria derrotó en Curzola, una pequeña isla cerca de Ragusa, a una flota de más de ochenta galeras venecianas, capturando un millar de prisioneros[1074], cifra desorbitada en los rangos de población en que se movían ambas repúblicas.

En 1299, Génova se vio obligada a buscar un tratado de paz favorable, debido a los fuertes enfrentamientos entre las familias aristocráticas de la ciudad. No obstante, los acuerdos logrados fueron

[1073] ROSE, *Medieval naval warfare*, p. 102.
[1074] ROSE, *Medieval naval warfare*, p. 104.

una tregua que no resolvía la cuestión de fondo: la hegemonía en lo que los italianos denominaban Rumanía: las costas europeas del mar Negro, por la que volverían a enfrentarse ambas repúblicas en una nueva guerra en el siglo que estaba a punto de comenzar. La causa de esa nueva guerra fue la isla de Tenedos, que, si era fortificada y usada como base militar, podía controlar el acceso al Bósforo y los Dardanelos y, por tanto, al mar Negro, antes incluso de que se llegara a los estrechos controlados por Bizancio[1075]. La guerra comenzó en 1378, y esta vez Génova contó con la ayuda de Hungría, deseosa de saldar sus litigios pendientes con los venecianos a cuenta de las posesiones de estos en la costa de Dalmacia y sobre Padua, cuya absorción por Venecia dentro de las posesiones de la llamada *Terra Firma*, había despertado el resquemor de los húngaros.

Aunque la flota genovesa se adentró en el Adriático y ancló en el mismo golfo de Venecia, mientras los húngaros la amenazaban por tierra, la flota de la Serenísima República no se concentró en proteger su ciudad, sino en devastar las líneas comerciales genovesas y sus puestos mercantiles avanzados a lo largo de las rutas hacia Rumania. Solo después de casi un año de incursiones a lo largo y ancho del Mediterráneo, la flota veneciana regresó al Adriático, en 1380, para plantar cara a la genovesa, generando una situación de tablas virtuales consolidada a través de un tratado por el cual Hungría recibió concesiones territoriales menores, Tenedos se convertía en una posición desmilitarizada y ambas repúblicas se comprometía a suspender durante tres años el comercio con Tana, en el mar de Azov.

[1075] El conflicto fue causado por la injerencia italiana en las políticas internas de Bizancio. Al estallar la guerra civil entre el basileus Juan Paleólogo y su hijo Andrónico, Venecia apostó por uno de los bandos y Génova por el contrario. Cada uno de los contendientes bizantinos entregó la isla de Tenedos a la potencia que le apoyaba, de modo que tanto Génova como Venecia decían haber recibido la isla de manos del légítimo emperador, y rechazaban la validez de la cesión efectuada a su contrario (PREVITÉ-ORTON, *The shorter Cambridge Medieval History*, vol. II, p. 867).

En la parte final del siglo XIV y a lo largo del siglo XV, el poder de Génova fue declinando en el Mediterráneo Oriental y se concentró cada vez más en la parte occidental del *Mare Nostrum*. En el largo plazo, Venecia terminó por imponerse sobre Génova porque su estructura interna demostró ser más sólida y cohesionada que la genovesa, como ya se había visto en las luchas entre facciones que forzaron a la ciudad ligur a buscar una paz equilibrada cuando los acontecimientos militares estaban decantando la balanza a su favor. Génova acabó siendo quebrada por las divisiones internas, mientras que Venecia puedo mantener un pulso a muy largo plazo merced a la tranquilidad interior[1076].

Sin embargo, poco pudo disfrutar Venecia de su triunfo, ya que un rival más temible que ningún otro al que se hubiera enfrentado estaba cobrando fuerza en Anatolia: el imperio otomano.

4.- El comercio internacional y sus efectos

La historiografía clásica ha seguido las ideas de Pirenne, cuyo núcleo es la noción de que en Roma existió un intenso comercio marítimo que enriquecía a las provincias circundantes; la caída del imperio occidental no afectó al comercio y las acciones de los vándalos lo perturbaron brevemente, ya que de inmediato, desde Oriente, Justiniano recuperó los niveles comerciales previos. Para Pirenne, la unidad de la cuenca mediterránea solo se rompió a partir del 640 con la conquista del norte de África por los musulmanes, interrumpiendo el comercio de larga distancia y agravando la crisis generada por el derrumbamiento del poder de Roma[1077].

[1076] ROSE, *Medieval naval warfare*, p. 105.
[1077] Ideas expresadas en PIRENNE, H., *Mohammed and Charlemagne*. Nueva York, 1957; PIRENNE, *A history of Europe*, p. 50; y PIRENNE, H., *Medieval cities. Their origins and the revival of trade*. Nueva York, 1956.

Esta visión ha sido cada vez más contestada por la historiografía. Por ejemplo, Geanakoplos señala que Venecia no dejó de comerciar con Bizancio y que existían vínculos comerciales entre Bizancio y el norte de Europa, por lo que la ruptura completa del comercio internacional con la irrupción del imperio musulmán no se ajustaría a la realidad[1078].

Durante los primeros siglos que siguieron la caída del imperio occidental, los mercaderes bizantinos lograron retener el control de la mayor parte del comercio mediterráneo[1079]. En las costas del Norte, por el contario, fueron los frisios quienes hicieron mejor fortuna en el comercio, transportando mercaderías a lo largo y ancho de un amplio marco geográfico que abarcaba desde Gran Bretaña en el oeste a Escandinavia en el noreste y el corazón de las tierras germanas, a través de las vías fluviales, en el sur[1080]. Los frisios trabajaban como comerciantes independientes, pero agrupados en asociaciones que ocasionalmente les ayudaban en la distribución de la mercancía, pero cuya labor fundamental era la asistencia mutua[1081], siguiendo un modelo institucional parecido a lo que posteriormente serían las cofradías.

La llegada del Islam supuso una conmoción en todos los ámbitos, y el comercial fue uno de los más afectados, dado que las sociedades musulmanas eran intensamente mercantiles. Socialmente, el mercado ya había sido una pieza clave en la construcción de la comunidad en el

[1078] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 70.
[1079] HOBSON, J. M., *The eastern origins of Western civilization*. Nueva York, 2004, p. 38.
[1080] SLICHTER VAN BATH, B. H., "The economic and social conditions in the Frisian districts from 900 to 1500", en *AAG Bijdragen*, nº 13, 2012, pp. 97–133. Los frisios aprovecharon la decadencia de los centros comerciales de la Provenza y el Languedoc tras la conquista franca de dichos territorios (POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 91).
[1081] LEBECQ, S., *Marchands et navigateurs Frisons du haut Moyen Age*. Lille, 1983, p. 83.

mundo árabe, y el valor del comercio en la sociedad se multiplicó al conceder el Islam un lugar honroso a los mercaderes dentro de su cosmovisión social. El peregrinaje, concebido como uno de los cinco principios esenciales de la fe islámica, supuso también un enorme incentivo al comercio y una gran fuente de ingresos para una amplia red de negocios vinculados con el desplazamiento de miles de fieles hacia los Lugares Santos[1082].

Los musulmanes conceptuaban el espacio mediterráneo como dividido en tres ámbitos: el este, del que formaban parte Egipto y las costas musulmanas del Levante; el oeste, en el que incluían Sicilia, los reinos musulmanes del norte de África y la Hispania musulmana; y Al Rum, la tierra de los romanos, donde se aglutinaba Bizancio y la Europa cristiana. Por su parte, los cristianos efectuaban una misma división tripartita, si bien con nociones diferente al ser un reflejo especular de la musulmana: el oeste agrupaba los reinos cristianos entre Venecia y los Pirineos; el este correspondía a Bizancio y las tierras cristianas hasta la Serenísima República, y el sur era una denominación que aglutinaba al conjunto de los reinos musulmanes, incluyendo sus posesiones en la orilla norte, como Al Andalus. Otra diferencia entre los modelos de comercio mediterráneo islámico y cristiano radicaba en que el primero se basaba en la diferencia de precio de un producto entre dos lugares -el de la compra por el mercader y el de su venta al consumidor-, mientras que la esencia del comercio cristiano era el suministro de bienes a un consumidor que no disponía de ellos[1083].

La capacidad mercantil occidental fue cobrando fuerza poco a poco, gracias a las repúblicas comerciales italianas, que se beneficiaron de dos factores: su estratégica posición geográfica en el centro del Mediterráneo y su habilidad y capacidad industrial para la construcción de navíos. Otro factor fue institucional: las repúblicas marítimas

[1082] SIMON, R., *Meccan trade and Islam: Problems of origin and structure*. Budapest, 1989, p. 76.
[1083] VAN DOOSSELAERE, *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*, pp. 26-27 y 54.

italianas volcaron los recursos del Estado en la promoción y protección del comercio privado de sus élites. Mientras que las potencias del Mediterráneo Oriental o las sociedades de las costas de los mares septentrionales dejaban a sus mercaderes librados a sus propios recursos, las galeras de Génova y Venecia escoltaban a los buques mercantes privados en sus trayectos comerciales[1084]. Ello tenía que ver con el hecho de que los comerciantes italianos formaban parte de las élites de poder de sus sociedades, mientras que en el Este y, sobre todo, en el Norte, los mercaderes eran hombres por lo general ajenos a los círculos del poder político[1085].

La primera potencia comercial italiana en el mundo medieval fue la ciudad de Amalfi, que seguía un patrón triangular en sus negocios a larga distancia. Los amalfitanos transportaban los productos del sur de Italia al norte de África, donde los cambiaban por oro del Sudán, aceite de oliva y cera en los puertos entre Túnez y Alejandría; desde allí, llevaban estas nuevas mercancías a Bizancio, a cambio de sedas, vestidos de lujo, joyas y especias, productos con los que regresaban a la península Itálica. Gaeta y Bari seguían patrones similares, a menor escala, pero las tres ciudades entraron en decadencia cuando su comercio se desvió para satisfacer a las necesidades de las conquistas normandas en Sicilia, después de que Robert Guiscard se adueñara del sur de Italia[1086].

La importancia del comercio en el mundo mediterráneo dio lugar a la aparición de toda una serie de instrumentos jurídico-mercantiles que afectaron profundamente a las sociedades donde se desarrollaron. La principal impulsora de estos instrumentos fue la República de Génova, que desarrolló muchos y dio difusión a otros. El crédito, los

[1084] VAN DOOSSELAERE, *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*, p. 59.
[1085] VERCAUTEREN, F., "The circulation of merchants in Western Europe from the 6th to the 10th century: Economic and cultural aspects", en THRUPP, S., (coord.), *In Early medieval society*. Nueva York, 1967, p. 186.
[1086] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 398.

seguros, los seguros a terceros, los registros contables basados en la doble entrada y los cambios en la manera de conducir las finanzas públicas fueron algunos de los recursos introducidos a partir de las necesidades del comercio internacional[1087].

El poder genovés se forjó entre los años 950 y 1100, siglo y medio en el que Génova pasó de ser una ciudad amurallada cuya política exterior era estrictamente defensiva a un agresivo y dominador poder naval en el Mediterráneo[1088]. El motor de este cambio fue una gestión acertada y dinámica de las alianzas exteriores, en particular con la ciudad toscana de Pisa y con el papado, bajo cuya dirección Génova y otras ciudades italianas -Pisa, Amalfi y Salerno- realizaron expediciones navales bélicas para recuperar puntos clave del litoral mediterráneo de manos musulmanas, como fue el caso de Mahdiyya, una expedición que dejó enormes ganancias a los participantes, o la recuperación de Córcega y Cerdeña de manos musulmanas[1089].

[1087] Aunque fue el más dinámico en este sentido, Génova no fue el único estado italiano en incorporar nuevas prácticas mercantiles y contables. Por ejemplo, el gobierno de Siena en el siglo XIV practicaba el déficit dinfaciero, por el que cada cobro se utilizaba para pagar las deudas generadas en el semestre anterior. El sistema entró en crisis a causa de las quiebras bancarias y de las presiones papales para pagar las deudas. Las malas cosechas del 1346 y 47 hicieron necesarios préstamos especiales, y la Peste Negra terminó por derrumbar la economía sienesa (BOWSKY, W. M., "The impact of the Black Death upon sienese government and society", en *Speculum, A journal of Mediaeval Studies*, nº 39, 1964, p. 13).

[1088] Hasta ese momento, los genoveses habían jugado un papel mínimo en el comercio a larga distancia, debido a dos factores: las malas relaciones de la República con los poderes musulmanes y la política de boicot comercial sistemático practicada por los bizantinos respecto de los mercaderes de las regiones mediterráneas que no reconocían la soberanía del *basileus* (VAN DOOSSELAERE, *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*, p. 49).

[1089] Pisa había sido saqueada dos veces por los musulmanes de Cerdeña y Sicilia, en los años 935 y 1024, por lo que sus expediciones en compañía de

En un principio, la esfera de acción de los genoveses era el Mediterráneo Occidental, donde abrieron rutas comerciales con los poderes musulmanes de la península Ibérica. Poco a poco, los genoveses se hicieron con el control del comercio entre Trípoli y Marruecos, echando del mercado a las redes de comerciantes sirios y judíos que lo habían controlado hasta entonces, adquiriendo polvo de oro de Senegal y alimentos, indispensables para satisfacer la demanda de una Génova con producción deficitaria[1090]. No obstante, el gran paso que supuso un cambio de escala de la participación de Génova en la escena internacional fue la implicación en el transporte de cruzados y suministros durante la gran aventura de Tierra Santa[1091]. Los genoveses se convirtieron no solo en mercaderes hegemónicos, sino que sus ingenieros militares eran de los más valorados en Europa, jugando un papel clave en la Primera Cruzada -donde convirtieron las galeras en máquinas de asedio- y siendo reclamados sus servicios por las potencias de su tiempo. Todo ello convirtió a Génova en el punto de enlace entre los intereses comerciales y políticos de Castilla -a quien suministraban máquinas de asedio-, las ciudades francesas -cuyos bienes distribuían por el Mediterráneo- y el Levante, punto de destino de sus mercancías, ya fuera en Constantinopla o en los puertos francos de Tierra Santa.

En líneas generales, las repúblicas comerciales vieron como su estructura social jerárquica en estamentos separados era modificada por efectos del comercio hasta dar paso a una élite más cohesionada y homogénea entre sí, pero cada vez más separada del resto de la población[1092]. Estos cambios sociales no siempre fueron tranquilos. La lucha de facciones resquebrajó la unidad política en Génova, lo que dio lugar, a partir de 1190, a una curiosa solución para superar esta

los genoveses tenían no poco de ajuste de cuentas (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 91).

[1090] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 425.

[1091] VAN DOOSSELAERE, *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*, p. 30.

[1092] VAN DOOSSELAERE, *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*, pp. 2-4.

fragmentación, el llamado régimen de *podestá*, por el cual se entregaba el poder político a un extranjero, ajeno a los círculos familiares de poder de la República. El *podestá* estaba supervisado por instituciones locales, de modo que las finanzas eran fiscalizadas por un consejo de ocho nobles genoveses, y el gobernante necesitaba la aprobación del senado de la ciudad para castigar a los disidentes o a los que quebrantaban gravemente la ley.

Uno de los instrumentos más importante que se desarrolló en Génova para el comercio internacional fue la comanda, una figura jurídica surgida con la intención de reducir el riesgo de las operacions comerciales al repartirlo entre varias personas[1093]. En la comanda, el mercader que va a efectuar un viaje de negocios recibe financiación por parte de uno o más inversores, jurando a cambio respetar determinadas instrucciones o limitaciones en cuanto a precios, mercancías y, en general, sobre el modo de conducir las operaciones destinadas a lograr el beneficio. La comanda solo era vinculante durante una única expedición comercial. El comerciante podía añadir su propio capital, pero nunca superando un tercio de la aportación total, lo que daba lugar a una figura específica denominada comanda bilateral o, en Génova, *societas*. El reparto de beneficios de la comanda solía ser de un 75% para los inversores y un 25% para el comerciante, que en el caso del modelo bilateral también recibía la parte que le correspondía como inversor[1094].

La base de la fórmula ya era conocida entre los comerciantes de otras procedencias, existiendo una figura similar en el mundo musulmán -*quirad*-, en el judío[1095] -*isqua*- y en el bizantino -

[1093] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 185.
[1094] VAN DOOSSELAERE, *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*, p. 265.
[1095] Las comunidades judías jugaban un papel destacado en el comercio, en especial en su financiación, ya que no les afectaban las prohibiciones sobre usura de la Iglesia católica (DUBOIS, H., "Crédit et banque en France aux

chreokoinonia[1096]-, pero fueron los mercaderes occidentales quienes la perfeccionaron, incluyendo elementos diferenciadores. Por ejemplo, la comanda eliminaba la noción de deuda del comerciante respecto del inversor, por la que el primero corría con el riesgo del negocio, ya que si fracasaba el comerciante seguía teniendo que devolver el capital al inversor, como ocurría en los modelos islámico y bizantino[1097]. El *quirad*, además, dejaba una mayor libertad en el reparto de beneficios, y no era extraño que se hiciera en partes iguales entre los inversores y el comerciante, pero existía un límite a las aportaciones, fijado por las leyes musulmanas: no podía consistir en bienes o metales preciosos, sino que únicamente podía realizarse en moneda acuñada[1098].

El uso de la comanda fue cayendo en desuso a partir del siglo XIV, cuando el comercio internacional había alcanzado tal volumen, complejidad e importancia que los Estados sustituyeron a los inversores particulares como principales actores, haciendo que las figuras jurídicas pensadas para ser utilizadas por mercaderes privados pasaran a ocupar un lugar secundario en el espectro legal de la actividad comercial[1099].

El crédito fue otro de los instrumentos jurídicos que conoció un desarrollo comercial a consecuencia de los efectos del comercio internacional. En el siglo XI se produjo una monetarización de la

deux derniers siècles du Moyen Age", en *ASLI*, nº 31, 1990, p. 756; FAVIER, J., *Gold and spices: The rise of commerce in the Middle Ages*. Nueva York, 1998, p. 206).

[1096] Para GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 185, esta última fue la influencia principal en el desarrollo de la figura por las repúblicas comerciales italianas de Génova, Venecia y Amalfi

[1097] PRYOR, J., "The origins of the commanda contract.", en *Speculum*, nº 51, 1979, p. 18.

[1098] UDOVITCH, A., "Commercial technique in early medieval Islamic trade", en RICHARDS, D. S., y CASSIER, B., (Ed.), *In Islam and the trade of Asia*. Philadelphia, 1970, pp. 190-196.

[1099] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 185.

economía en general y del comercio internacional en particular. El besante de oro bizantino fue la principal moneda comecial en Oriente y Occidente hasta el siglo XI, pero al final de esa centuria la decadencia militar y política de Bizancio provocó su depreciación. En los dos siglos posteriores se acuñaron cada vez más monedas de diferentes metales en Occidente, para su uso en las transacciones comerciales, como las libras tornesas francesas, los ducados de oro venecianos y, sobre todo, el florín de Florencia[1100]

La monetarización llevó a la reaparición del crédito como fuente de liquidez y de capital, hasta el punto de que la Iglesia se vio obligada a levantar la prohibición de cargar intereses para el caso de que el préstamo conllevara riesgo, lo cual era consustancial al comercio medieval, donde al riesgo económico de todo negocio había que añadirle factores tales como naufragios, guerras, epidemias, etc. En estos casos, la Iglesia dio el visto bueno a que pudiera cobrarse un interés proporcional al riesgo. Aunque siguió prohibiendo los intereses exorbitantes, una vez se dio el primer paso hacia la despenalización, las tasas de interés se dispararon.

La importancia del crédito fue en aumento cuando se produjo un cambio en las prácticas comerciales, al dejar de viajar los comerciantes mismos, para encomendar sus mercancías a transportistas profesionales, a partir del siglo XII. Esto dio lugar a un desarrollo de los instrumentos de crédito y a la aparición de las letras de cambio[1101], que comenzaron siendo frecuentes en las ferias de la región de Champaña y cuyo uso se extendió rápidamente, provocando la necesidad de crear establecimientos donde estos instrumentos jurídicos pudieran cambiarse por dinero en efectivo. En un primer momento, esta función fue realizada por las casas de las Órdenes Militares, como los

[1100] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, pp. 184-184.
[1101] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 468.

templarios[1102], y también por los primeros establecimientos bancarios, que ejercían esencialmente como agentes de cambio, obteniendo su beneficio a través del cobro de una pequeña comisión por cada operación cambiaria.

Esta banca que en esencia era un mero intermediario comisionista evolucionó, siempre de la mano de la expansión de la necesidad del crédito, dando lugar a la auténtica banca internacional, que no solo cambia documentos financieros, sino que utiliza el dinero depositado para realizar sus propias operaciones financieras, esencialmente el préstamo a un tercero a cambio de intereses[1103]. Los primeros banqueros medievales surgieron en el norte de Italia, dado que eran los que se encontraban implicados en los intercambios económicos de la región de Champaña: primero los de Piacenza, en el siglo XII, y luego los sieneses en la centuria siguiente, que abrieron la puerta del mundo bancario a toscanos y florentinos[1104]. Debido a su origen en la Italia septentrional, los europeos del Norte solían referirse a los banqueros italianos, de forma genérica, como "lombardos"[1105]. Su

[1102] Esto era debido a que en las Cruzadas se había extendido la práctica de que los cruzados depositaran bienes en la casa de una Orden Militar en un extremo del Mediterráneo y recibieran a cambio su valor en efectivo cuando el cruzado llegaba al lado opuesto de su viaje, ya fuera regresando de Tierra Santa o abandonando sus posesiones en Occidente para marchar a Palestina. De hecho, desde que se perdió San Juan de Acre, la última plaza cruzada en Outremer, la Orden del Temple actuó, en esencia, como una institución financiera (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 186).

[1103] De hecho, las primeras entidades bancarias poseían una naturaleza mixta, en la que se mezclaba tanto la actividad bancaria como la puramente comercial o incluso el desarrollo de actividades industriales (GANSHOF, "La Edad Media", p. 201).

[1104] GANSHOF, "La Edad Media", p. 132.

[1105] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 185. También se les denominaba "cahorsinos", por el arraigo de los banqueros judíos en el Languedoc, en torno a la ciudad de Cahors, lo

expansión fue tan rápida que para 1224 ya habían llegado a Londres desde sus sedes originales de Piacenza, Lucca y Siena.

A finales del siglo XIII, la banca italiana comenzó a desplazarse y a concentrarse en Florencia, donde surgieron muchos bancos de base familiar, como las bancas Bardi y Peruzzi. La coyuntura internacional favoreció la prosperidad de estas instituciones, que hicieron grandes negocios en el reino de Sicilia tras el estallido de las Vísperas Sicilianas, cuando los reyes angevinos necesitaron disponer con presteza de grandes sumas de dinero para crear un ejército y una flota con los que contener a los rebeldes sicilianos y a sus aliados aragoneses. Aunque durante el comienzo del reinado de Carlos de Anjou, los banqueros de los angevinos habían sido principlamente las casas comerciales de Lucca, -sobre todo los Battosi-, la situación cambió a partir de 1294, cuando las grandes compañías florentinas -Peruzzi, Mozzi, Acciauoli, Frescobaldi y Spini- comenzaron a sostener financieramente el esfuerzo bélico angevino, tanto de forma directa como ejerciendo de intermediarios para hacer llegar al sur de Italia las ayudas de otros soberanos[1106].

Estas casas bancarias florentinas tenían estructuras centralizadas y carecían del concepto de responsabilidad limitada, lo cual generó catástrofes económicas como la que llevó a la quiebra primero a los Peruzzi -en 1343- y luego a los Bardi -en 1346[1107]- cuando Inglaterra, durane el reinado de Eduardo I, se declaró en quiebra[1108].

---

que hacía de este término una forma despectiva de dirgirse a los banqueros (GANSHOF, "La Edad Media", p. 133).

[1106] BÉRENGUER, F., "Le rôle des compagnies toscanes dans la diplomatie de Charles II", en KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles*. Roma, 2010, pp. 43-45.

[1107] GANSHOF, "La Edad Media", p. 167.

[1108] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 476.

Las quiebras despejaron el panorama para la banca Medici, que se convertiría en la dominadora de las finanzas europeas durante la Baja Edad Media. Cuando obtuvo un privilegio de excepción de confiscación de depósitos, la banca Medici atrajo muchos depósitos de fortunas internacionales, como los Spencer. Los Medici eran también los banqueros de la Iglesia y los movimientos de capital del papado se realizaban a través de su banco. Además de La Tavola, su sede central de Florencia, la banca Medici tenía diez sucursales: en Venecia, Roma, Pisa, Milán, Brujas -de donde dependía Londres- Avignon, Ginebra -que luego se llevó a Lyon…-, etc. En el siglo XV decayó, en parte porque estaba muy implicada en el comercio veneciano en Oriente y la guerra con los turcos y las calamitosas consecuencias que tuvo para el comercio veneciano arrastraron a la banca Medici[1109], ya dañada por los desastres militares de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, con quien los Medici se habían implicado financieramente[1110].

Vinculada al crédito, surgió la letra de cambio, nacida como una ficción para enmascarar un préstamo, burlando las normas contra usura. La letra indicaba que, al final de un viaje o desplazamiento, se devolverían al tomador de la letra, en la ciudad de destino y en la moneda indicada, la cantidad que depositaba en la ciudad de origen y en una moneda diferente a la que luego debía recibir. En principio, se trataba de un simple contrato, pero se añadía una cláusula por la cual, de no realizarse el desplazamiento, la devolución se efectuaría en la ciudad de origen, en moneda diferente a la depositada. Esto dio pie a que las letras de cambio fueran una ficción legal en la que no había viaje ni se fijaba por escrito la cantidad inicial, de tal forma que no podía calcularse si había interés y, por tanto, usura. Al margen de su uso fraudulento para encubrir préstamos con interés, la letra de cambio estaba pensada para el comercio a larga distancia, ya que eliminaba el riesgo físico del transporte de dinero y el riesgo financiero derivado de las oscilaciones del cambio durante el tiempo que duraba el viaje[1111].

[1109] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 479-480.
[1110] GANSHOF, "La Edad Media", p. 201.
[1111] POUNDS, *Historia económica de la Europa Medieval*, p. 483.

4.- El comercio en el mundo islámico

El mundo islámico era, en la Edad Media, comparativamente más urbanizado y dotado de una mayor especialidad industrial que la Europa cristiana, con un comercio desarrollado tras siglos de herencia helenística y romana en amplias zonas que, a partir del siglo VII, habían sido convertidas al islam. Sin embargo, a lo largo del medievo, se produjo un estancamiento de los métodos y recursos comerciales en el mundo islámico, en comparación con la evolución vivida en Europa Occidental en los años previos a 1350. La explicación más habitual que se ha dado al fenómeno fue el logro de la primacía naval por parte de las flotas bizantina primero e italianas después a lo largo y ancho del Mediterráneo[1112], pero con frecuencia se ha prestado poco atención a los motivos que la causaron: la pérdida de interés en la innovación tecnológica naútica en el mundo árabe, eco de un proceso general de estancamiento tecnológico que también tuvo su reflejo en la industria textil, cuyos métodos de producción quedaron obsoletos, con poco o ningún esfuerzo de modernización para impedirlo, frente a las industrias del paño inglesas u holandesas[1113].

Un factor social sin duda influyó en ello: en el mundo islámico, los grandes grupos de patricios mercantes característicos de la Italia medieval no tuvieron un equivalente, pese a que sí existieron clanes de

[1112] En ocasiones se ha hablado de que las restricciones a determinadas actividades financieras que imponía la fe islámica habían sido determinantes para situar en desventaja a los comerciantes islámicos frente a los de otras fes, como por ejemplo en PACHA, N., *Le Commerce du fAagreb du Xle au XlVe siecles.* Túnez, 1976. Sin embargo, este argumento carece de solidez en un marco comparado, toda vez que las restricciones que impone el Islam no son muy diferentes a las que imponía el cristianismo medieval o el judaísmo, como analiza RODISON, M., *Islam and Capitalism*. Londres, 1974.

[1113] ABULAFIA, D., "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008, pp. 403-404.

comerciantes que lograron notable influencia en su medio político, como los karimíes en el Egipto de los mamelucos. No obstante, se trató más bien de un fenómeno excepcional que de un elemento sistémico, como ocurría en Génova, Pisa o Venecia, por lo que el comercio islámico careció del apoyo y el incentivo que suponía en Occidente este patriciado cohesionado socialmente y capaz de presionar a las instancias políticas para que el peso del Estado respaldara la actividad comercial, tanto privada como pública, a veces no muy fáciles de diferenciar en el mundo cristiano.

Una de las características más destacadas del comercio en el mundo musulmán es que, paradójicamente, estuvo lejos de ser un comercio estrictamente musulmán, en el sentido de que parte de los intercambios, el transporte y las operaciones financieras realizadas en el marco de la actividad comercial eran realizadas por personas no musulmanas: judíos, farsis, coptos, cristianos ortodoxos, nestorianos e hindúes, además, por supuesto, de musulmanes. Incluso instituciones religiosas ajenas al islam jugaban un papel importante en las redes comerciales musulmanas. Así, por ejemplo, los monasterios coptos eran el lugar donde se castraba a los esclavos en el Egipto mameluco y donde reposaban hasta haberse recuperado del trauma físico sufrido[1114].

A lo largo del siglo IX, los escandinavos se convirtieron en una parte vital del comercio con el mundo islámico, ya que, desde el norte, a través de los ríos de las estepas -en especial el Don, el Volga y el Dnieper- llevaban al mundo medieval, por intermediación de Bizancio, esclavos, pieles, ámbar, armas y otros productos del norte, por los que eran pagados con monedas, sobre todo de plata. Durante un siglo, el mundo musulmán pudo soportar esa sangría de metales preciosos, pero en el siglo XI se produjo una escasez de plata que provocó el hundimiento del comercio musulmán con las estepas, ya que se carecía de liquidez para poder pagar las mercancías y los escandinavos no tenían interés en las primorosas manufacturas musulmanas, por lo que

[1114] ABULAFIA, "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", p. 408.

no había forma de equilibrar la balanza de pagos vendiendo, a su vez, productos a los varegos. El deterioro comercial fue agravado por la pérdida de seguridad en las rutas, debido a las incursiones de cumanos y pechenegos en las estepas y de los turcos seljúcidas en el este. Todo ello provocó que el centro comercial del mundo islámico se desplazara de Bagdad, Mesopotamia y el mundo persa-iranio, hacia el valle del Nilo y el mundo egipcio[1115].

El ascenso comercial de Egipto coincidió con su ruptura político-religiosa respecto del Islam de Oriente Próximo. En el 969, los gobernantes fatimíes -una rama del Islam chií- de Egipto se proclamaron califas y rompieron todo lazo posible de sumisión o incluso de mera colaboración con el califa suní de Bagdad. La mayor parte del norte de África y Siria reconocieron la autoridad fatimí y también se desligaron del Califato abasí, gravemente debilitado. La nueva Corte califal en Egipto supuso un gran estímulo para el comercio, demandando todo tipo de productos de lujo, desde perfumes a sedas, pasando por especias, esclavos, etc. De la misma forma, la amenaza de la guerra ejerció un influjo similar sobre la demanda de madera, hierro y todo tipo de pertrechos de utilidad militar, lo que abrió una importante vía comercial con las repúblicas italianas que los suministraban. Los estímulos se sucedían en cascada: el aumento de la presencia comercial italiana en Egipto dio un nuevo brío al comercio de especias a través del mar Rojo, y los comerciantes fatimíes crearon amplias redes mercantiles, estableciendo una ruta marítima alternativa a la tradicional para los productos de la India. La ruta previa se adentraba en el golfo Pérsico hasta los puertos de Siraf y Kish, para trasladarse luego las mercancías a través del actual Irak hacia el Mediterráneo. En su lugar, la ruta del mar Rojo, con Adén como principal puerto comercial, suponían trasladar las especias y otros bienes por este mar, para luego venderlos a los europeos en los puertos egipcios del Mediterráneo.

[1115] ABULAFIA, "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", p. 420.

Este auge comercial hizo que el siglo XII en Egipto surgiera un clan comercial de enorme importancia, los karimíes, cuyas redes comerciales se extendían del occidente africano a la India, pasando por Yemen, y que alcanzaron gran importancia política, ya que invirtieron los beneficios generados por el comercio internacional en la concesión de préstamos a gran escala no solo al gobierno egipcio, sino a otros actores internacionales como el rey Massa Mussa de Senegal o a los gobernantes yemeníes[1116].

En el siglo XV, ya con Egipto bajo el gobierno de los mamelucos, estos decidieron que el Estado interviniera directamente en el comercio internacional de especias. Una de las formas en que esto se produjo fue mediante la inversión de dinero público en actividades comerciales, cuyos beneficios engrosaban los fondos del Estado, como ocurrió con la expedición de Alí Al-Kilani, que supuso unas ganancias de 12.000 dinares para las arcas del sultán. Poco a poco, el tráfico de especias fue quedando bajo el control de la administración y los mercaderes del ramo quedaron convertidos en una suerte de comerciantes burocratizados, sometidos a la autoridad del *malik al tujjar*, o "rey de las especias", que supervisaba el comercio en el mar Rojo y el océano Índico[1117].

Por lo que respecta a Oriente, entre los siglos VII y XIV el estrecho de Malaca estuvo controlado por el reino de Sri Vijaya y su capital, Palembang, se convirtió en la puerta de las rutas comerciales que conectaban China con la India, favorecida por el hecho de que los vientos dominantes en Malaca obligaban a los navíos procedentes de China a pasar varias semanas en las aguas próximas al estrecho. Dado que los malayos habían desarrollado su propia red comercial con las islas del archipiélago indonesio, comenzaron a suministrar a los mercaderes chinos productos de lujo, sobre todo resinas y aceites para la fabricación de perfumes, desplazando a los suministradores tradicionales, los mercaderes árabes de las costas del golfo Pérsico, a

[1116] ABULAFIA, "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", p. 440.
[1117] ABULAFIA, "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", p. 443.

través de los cuales llegaba mirra e incienso, pero cuya larga ruta a través del océano Índico los hacía más onerosos que los perfumes indonesios[1118].

La fuerza comercial de Sri Vijaya, que alcanzó la cima de su poder alrededor del año 1200, trajo aparejada una importancia política similar, que llevó al reino a intervenir en numerosos conflictos, como los que le enfrentaron con diversos poderes javaneses o con el rey Cola Rajendra I, un gobernante cuyas posesiones se encontraban en la India meridional. Con estas guerras, la influencia del reino malayo se extendió a zonas tan distante como las islas del archipiélago de Nicobar, que enviaba regularmente un tributo a Palembang[1119].

A finales del siglo XIII, Palembang había decaído, pero los poderes malayos que la sustituyeron, Temasek primero y Malaca después, estaban gobernadas por dinastías que reclamaban ser descendientes de los reyes de Sri Vijaya, por lo que más que una pérdida de importancia lo que se produjo fue un traslado a otros enclaves, sin que se alterara sustancialmente la esencia del poder malayo, por lo que Wolters ha afirmado, en vista de esta herencia, que "Sri Vijaya nunca cayó"[1120].

Durante siglos, el mundo musulmán se nutrió del oro africano para financiar sus políticas y guerras. Si los califas de Córdoba y de Egipto lograron independizarse del Califato de Bagdad fue en parte por su fácil acceso al suministro de oro africano; igualmente, los imperios almorávide y almohade se financiaron con el metal que llegaba desde el corazón del continente negro.

[1118] Estos flujos mercantiles son analizados con detalle en WOLTERS, O. W., *Early Indonesian Commerce: a study of the origins of Srivijaya*. Ithaca, 1967.
[1119] WHEATLEY, P., *The Golden Khersonese: studies in the historical geography of the Malay Peninsula before A.D. 1500.* Kuala Lumpur, 1961, p. 134.
[1120] WOLTERS, O. W., *The Fall of Srivijaya in Malay History*. Londres, 1970, p. 200.

Hasta el siglo XI, los ibadíes controlaron el comercio del oro entre el África negra y el mundo musulmán, mediante su dominio de los territorios del Djarid, que corresponde con el sur del actual Túnez y el sureste de Argelia. Wargla, su capital, al borde mismo de las arenas del Sahara, se convirtió un punto clave de la distribución del oro. Poco a poco, las rutas se fueron diversificando, hasta existir tres principales: a través de Sijilmasa hacia el Magreb Occidental; a través de Al-Mahdiyya, hacia Túnez; y, por último, la ruta más oriental, que llevaba a Egipto a través de las ciudades de lo que hoy en día es Chad[1121].

Los gobernantes musulmanes norteafricanos no intevenían directamente en las zonas productoras, sino que adquirían el oro de los intermediarios asentados en las ciudades situadas en la frontera meridional de sus territorios, en los límites del Sahara. De hecho, ni siquiera estos poderes intermedios solían inmiscuirse en las zonas de producción, y los intentos de extender su control que realizaron los soberanos de Mali o de Ghana terminaron en rotundos fracasos ante la resistencia de las comunidades mineras. Por ello, estos gobernantes se limitaban a obtener beneficio gravando el comercio del metal y conservando algunos derechos limitados en forma de regalías, como la posesión exclusiva de oro macizo, mientras que a los comerciantes se les limitaba a transportar polvo de oro. Por el contrario, estos gobernantes, en su gran mayoría infieles desde el punto de vista islámico, ponían un gran interés en garantizar la seguridad de los mercaderes musulmanes y de sus caravanas mientras se encontraran en sus territorios. Esta labor se simplificó cuando, a finales del siglo XIV y comienzos del XV, se produjo una centralización de las rutas y mercados del oro al sur del Sahara, convirtiéndose Tumbuctú en el gran punto de convergencia del tráfico de oro[1122].

[1121] ABULAFIA, "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", p. 467.
[1122] ABULAFIA, "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", p. 468.

6.- La diplomacia de una república comercial[1123]

La diplomacia veneciana fue una de las que más renombre adquirió a partir de que la república italiana cobrara cada vez más relevancia en los asuntos internacionales, siempre de la mano de su interés principal: el comercio de larga distancia[1124]. El Senado veneciano generó un abundante *corpus* documental a partir del siglo XIII, cuyo estudio ayuda a comprender los problemas y dificultades que planteaba la diplomacia en el periodo medieval. A la vista de la cantidad de normativa producida no es de extrañar que la veneciana tuviera fama de ser una diplomacia extremadamente burocratizada para los parámetros medievales[1125].

De forma destacada, las leyes venecianas abordaban un problema que es común a la diplomacia en todo tiempo y lugar: el control del gasto. Una ley de 1254 exigía que todos los oficiales públicos presentaran justificación de los gastos en que habían incurrido en el ejercicio de sus funciones, y la medida incluía a los embajadores venecianos. En caso de que no presentaran esta rendición de cuentas obligada, los diplomáticos perdían su salario y quedaban inhabilitados para ser elegidos para el Consejo de los Cuarenta y del Consejo de los Diez, las instituciones más importantes del gobierno veneciano[1126].

[1123] El estudio clave sobre la diplomacia veneciana entre los siglos XIII y XV es QUELLER, D. E., *Early Venetian legislation on Ambassadors*. Ginebra, 1966. El presente epígrafe, salvo nota encontrario, se basa en la información contenida en dicha obra.

[1124] REUMONT, *Della diplomacia italiana dal secolo XIII al XVI*, p. 4.

[1125] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 45.

[1126] En el siglo XV la sanción para esta infracción se endureció notablemente, ya que, por una ley de 1480, el Senado veneciano inhabilitaba a quien no presentara las cuentas de sus gastos sufragados con dinero público con la inhabilitación para cualquier oficio público, no solo para la presencia en los órganos más relevantes de la administración.

La ley de 1254 era una norma que se aplicaba de forma genérica a cualquier oficial del Estado, pero el Senado veneciano generó una gran cantidad de normas aplicables específicamente a los diplomáticos[1127]. Una ley de 1293, por ejemplo, prohibía que el embajador tuviera más de un caballo, seguramente para restringir los gastos de su misión[1128]. La legislación sobre gastos de embajadores se hizo más numerosa a mediados del siglo XV, cuando la frecuencia y duración de las embajadas aumentó. Sumada a la producción legislativa de los dos siglos anteriores, el conjunto era tan amplio y confuso que, en 1477, el Senado de Venecia trató de poner en marcha un proceso de codificación de la legislación aplicable a sus diplomáticos.

La obsesión por el control del gasto se extendía a otras partidas de difícil justificación: las destinadas a comprar voluntades en el país al que el enviado diplomático viajaba[1129]. Los sobornos puros y duros eran una parte integral de las funciones de cualquier embajador medieval y, de entre los de todas las potencias, los venecianos tenían fama de practicarla con singular intensidad, hasta el punto de que los consejos

[1127] En un principio, los enviados diplomáticos venecianos recibían la denominación de *ambassador*, pero poco a poco el término *oratore* fue ganando pujanza (REUMONT, *Della diplomacia italiana dal secolo XIII al XVI*, p. 135).

[1128] En 1500, el Senado limitó lo que podía gastarse a cincuenta ducados en el caballo del embajador, veinte para la montura de su secretario y doce para los de los servidores. Los caballos se vendían en subasta pública cuando regresaba la embajada, salvo si se preveía enviar otra de inmediato, en cuyo caso se conservaban para su uso. (QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 167).

[1129] La preocupación por el control del gasto ha sido común a todos los Estados a lo largo de la Historia. Sobre como lo enfocó España en su etapa imperial pueden verse FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "The economic control in military jurisdiction: example of two general overseers from the Flanders army." *International Journal of Legal History and Institutions*, nº 2 (2018), pp. 15-34; y "El control económico en la jurisdicción militar: el ejemplo de dos veedores generales del ejército en Flandes", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales.* Valladolid, 2015.

aprobaban una partida de gasto específica para esta cuestión en cada embajada[1130].

Relacionada también con el coste económico de una embajada estaba la cuestión de la indemnización a un enviado diplomático por los posibles daños o perjuicios que dicha embajada le hubiera supuesto. Este caso no era tan raro como pudiera imaginarse, ya que no solo tenía relación con los posibles daños físicos a su persona, sino también con las pérdidas económicas derivadas de abandonar sus ocupaciones habituales -que, en casi todos los casos de diplomáticos venecianos, era el comercio internacional-, para asumir una misión en representación del país. A fin de evitar abusos, las indemnizaciones requerían de su aprobación en sucesivas instancias por mayorías muy cualificadas: a través de una ley de 1265, para que un diplomático recibiera una compensación de este tipo, esta debía ser aprobada por los seis miembros del Consejo de los Seis, treinta y cinco de los miembros del Consejo de los Cuarenta y dos tercios de los integrantes del Gran Consejo[1131].

Otro aspecto que se reguló fue la obligatoriedad de las misiones diplomáticas. Mediante una ley del año 1286, Venecia estableció que un embajador que hubiera sido nombrado como tal para una misión por el dux, el Consejo de los Diez y el Consejo de los Cuarenta no podía rechazar la misión, salvo que abonara al tesoro público la cantidad de veinte solidi. A fin de no incurrir en injusticias, la normativa incluía una serie de supuestos en los que un ciudadano podría rechazar una misión diplomática sin tener que abonar una penalización económica, limitados al caso de enfermedad propia, de un progenitor, de la esposa, un hijo o hermano. Esta ley completó a una del año 1269, que ya impedía a un enviado abandonar su misión una vez comenzada esta, salvo en el caso de que recibiera una autorización expresa de las

[1130] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 94.
[1131] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 161.

autoridades venecianas, algo que ocurría rara vez y siempre tras largas demoras en la concesión, en el caso de que se produjera[1132].

Los procedimientos diplomáticos también fueron regulados legislativamente. Una norma del año 1284 establecía que cuando un legado extranjero llegaba a Venecia debía ser recibido por cuatro representantes del gobierno de la ciudad: dos miembros del Consejo de los Diez, uno de los miembros más destacados del Consejo de los Cuarenta y un representante de la Comuna, la asamblea popular de la ciudad, en la que tenían asiento todos los ciudadanos venecianos.

Las negociaciones no las llevaban el dux ni los consejeros, sino que se nombraban representantes específicos, con el nombre de *tractatores*. Estos debían negociar el acuerdo que estuviera sobre la mesa y elaborabar un borrador del mismo. Una ley del año 1260 fijó que debía haber un mínimo de dos *tractatores*, uno de los cuales debía ser miembro del Consejo de los Cuarenta. Los oficiales designados para esta tarea quedaban dispensados del resto de sus obligaciones para con el Estado durante el tiempo que durara la comisón. Una ley de 1281 dejó su eleción en manos del dux, el Consejo de los Diez y el de los Cuarenta, manteniendo el requisito de que al menos uno de los *tractatores* debía ser miembro de este último.

Parece que el requisito de que uno de los negociadores fuera siempre miembro del Consejo de los Cuarenta tenía por objeto evitar la concentración de poder en manos del más restrigindo grupo que formaba el Consejo de los Diez y limitaba la autonomía del mismo dux a la hora de dirigir los asuntos internacionales. Esta idea es respaldada por el hecho de que no fue la única norma destinada a evitar que la gestión de la política exterior veneciana quedara en manos de un grupo reducido de individuos. En la misma línea cabe situar la ley de 1294 que prohibió que hubiera dos *tractatores* de la misma familia en la gestión de un mismo asunto diplomático.

[1132] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 83.

Un aspecto curioso de la normativa veneciana es la muy escasa atención que presta a las cuestiones de seguridad, pese a que "los embajadores eran considerados, al menos en parte, espías legales", como muestran los textos en los que Commynes exhortaba a su rey a recibir a los embajadores extranjeros lo antes posible, para limitar la información que recogían y que no les diera tiempo a conspirar.

En opinión de Queller, la diplomacia veneciana estaba peor adminsitrada de lo que se supone[1133]. La Serenísima República durante el Medievo encontró serios problemas para disponer de diplomáticos y *tractatores* capacitados y su gestión de la política exterior se encuentra repleta de conflictos de intereses y de problemas de comunicación entre las autoridades venecianas y sus enviados. La diplomacia veneciana se vio también aquejada de endémicos problemas de seguridad, en parte por haber adoptado el Estado una actitud caracterizada por una sorprendente desidia sobre el secreto de sus actividades.

¿De dónde surge, entonces, la idea de la eficacia casi sin parangón de la maquinaria diplomática veneciana? Para Queller, la respuesta hay que buscarla en la introducción de la relación dentro de la esfera diplomática[1134].

La práctica de que el embajador presente un informe escrito al terminar su misión tiene un origen bizantino. Este informe no era completo, sino que la versión más detallada y amplia se presentaba a través de una exposición oral frente a las autoridades[1135]. Dada la relación de Venecia con el aparato diplomático bizantino, no es de extrañar que los venecianos incluyeran la obligación de presentar a la conclusión de una misión un informe, oral o escrito, de lo hecho y

[1133] QUELLER, *Early Venetian legislation on Ambassadors*, p. 58.
[1134] QUELLER, *Early Venetian legislation on Ambassadors*, p. 58.
[1135] GANSHOF, "La Edad Media", p. 228.

acontecido, una rendición de cuentas que denominaban *rapporto*, y que convirtieron en obligatorio por ley en el año 1269[1136].

Sin embargo, Venecia fue un paso más allá y, además de a presentar el preceptivo informe, obligaba a sus enviados diplomáticos a que presentaran ante el Senado, a su regreso a la Laguna, una *relazione*, es decir, un informe sobre la situación dinástica, económica, política, social y geográfica de la potencia en la que había tenido lugar la misión diplomática. Las relaciones acabaron teniendo tal complejidad y alcance que se convirtieron casi en un género literario propio en Venecia. Su uso es muy antiguo y se hizo obligatorio a través de una ley del año 1296, lo que propició que apareciera una especie de fórmula estandarizada para su elaboración, repitiendo un mismo esquema: descripción geográfica e histórica del país; sus divisiones administrativas; ciudades, fortalezas y puertos; riqueza agrícola, forestal y mineral; aspecto físico de los habitantes; costumbres y religión; vida económica; clases sociales; descripción detallada del gobernante y del gobierno, incluyendo tanto al príncipe como a los cortesanos; tipo de gobierno; fuerza militar; y, por último, relaciones de la potencia con otros estados[1137].

La relación, introducida en los usos diplomáticos por Venecia, ha hecho que sea uno de los elementos más estudiados del aparato de gestión exterior veneciano. Tomando la parte por el todo, la eficacia y utilidad de la relación habría generado la impresión general de que todo el aparato diplomático funcionaba con igual eficiencia.

Otra posible explicación al mito de la eficacia de la adminsitración diplomática veneciana podría encontrarse en el hecho de que, en líneas generales, los resultados de su diplomacia fueron

[1136] LAZZARINI, I., "The final report", en AZZOLINI, M., y LAZZARINI, I., (eds.), *Italian Renaissance Diplomacy. A source book*. Durham, 2017, p. 57. Ganshof fija la introducción de la obligatoriedad un año antes, en 1268 (GANSHOF, "La Edad Media", p. 228).
[1137] PRODI, *Diplomazia del Cinquecento*, p. 42.

positivos para Venecia, con independencia de si la maquinaria estatal al servicio de la misma tenía un grado u otro de perfección o eficiencia. Circunstancias favorables, la habilidad de diplomáticos concretos y la aplicación de concepciones estratégicas adecuadas pudieron suplir las carencias venecianas en materias como la seguridad o el control de los gastos de sus legados. El éxito diplomático veneciano pudo deberse a la adopción de prácticas estratégicas tomadas de Bizancio, más que a una administración diplomática eficaz, pero los observadores posteriores podrían haber asumido que la razón del éxito se encontraba en el instrumento y no en el acierto de los fines estratégicos para los que ese instrumento era utilizado.

Poniendo un ejemplo simplificado al máximo, en la cuestión de la eficacia del aparato diplomático veneciano se habría producido el fenómeno equivalente a considerar que quien salva el barco que se hunde por culpa de un agujero es el calcetín embutido en la brecha, y no la idea de que el barco se salvará si se tapa la vía de agua. Del mismo modo, se habría asumido que el éxito de la política exterior veneciana se basaba en una administración diplomática superior, cuando hubiera sido más adecuado interpretar que la clave del éxito radicó en haber dado al aparato diplomático de eficacia limitada del que disponía la Serenísima República un uso adecuado y acorde con fines y presupuestos estratégicos acertados.

En cualquier caso, lo cierto es que la diplomacia veneciana tenía elementos que la hacían destacar. Uno de ellos era que, pese a su burocratización, mostró una notable capacidad para adaptarse a las innovaciones e incorporar nuevas prácticas o instrumentos que la hicieran más eficaz[1138]. Por ejemplo, los venecianos asumieron como inevitable la práctica de enviar diplomáticos a negociar con individuos que no representaban a poderes estatales, como era el caso de los condotieros de los que dependía buena parte del equilibrio bélico en Italia. Esta labor diplomática llegó al extremo, casi surrealista, de que

[1138] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 45.

repúblicas como Venecia o Florencia, enviaban embajadores a su propio ejército, para negociar con los comandantes de las unidades militares mercenarias que formaban el núcleo de las fuerzas de combate de ambas[1139].

Otro elemento que los venecianos incorporaron a su sistema diplomático, ya entrado el siglo XV, fue la creación del Consejo de Sabios, un grupo de especialistas en diplomacia y relaciones internacionales que estudiaba en profundidad las cuestiones relacionadas con las política exterior de la Serenísima República, pero que tenía solo funciones de asesoramiento, de modo que la dirección de la política internacional siguió siendo una competencia del Senado venenciano, pero, eso sí, con la ventaja de que cada proceso de toma de decisiones venía avalado por una análisis exhaustivo por parte de un órgano especializado institucionalizado[1140].

[1139] QUELLER, *The office of Ambassador in the Middle Age*, p. 74.
[1140] GANSHOF, "La Edad Media", p. 229.

CAPÍTULO XV

EL IMPERIO CHINO EN EL SUDESTE ASIÁTICO

1.- El Estado en China

Francis Fukuyama ha definido el Estado en China como "burocrático, centralizado y enormemente despótico", lo que fue posible porque el Estado se consolidó a nivel institucional antes que otros actores, como pudieran ser las ciudades comerciales, las estructuras organizativas rurales o la propia aristocracia. Tan solo el ejército podía haber limitado de alguna forma los poderes del Estado, pero siempre estuvo firmemente controlado y nunca supuso una amenaza política para los gobernantes[1141], al contrario de lo que ocurriría en otras sociedades de todo tiempo -para las que puede servir

[1141] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 151.

de ejemplo el pretorianismo en el siglo XIX español[1142]-. Por qué esto no se dio en el mundo chino responde a razones de índole sistémica: la débil institucionalización de la jerarquía militar, donde los cargos eran más honorarios que verdaderos mandos, los largos periodos de vacancia entre nombramientos, el hecho de que muchos mandos militares fueran asignados a funcionarios civiles, la consideración secundaria del éxito militar como factor de prestigio social, en comparación con la educación y la cultura, etc.[1143]. En palabras del propio Fukuyama:

> "China fue la primera civilización en el mundo en crear un Estado moderno. Sin embargo, creó un Estado moderno que no estaba limitado por el principio de legalidad o por instituciones de responsabilidad que limitasen el poder del soberano. La única responsabilidad del sistema chino era moral. Un estado fuerte sin principio de legalidad o responsabilidad equivale a una dictadura, y cuanto más moderno e institucionalizado sea ese Estado más eficaz será su dictadura"[1144].

Durante milenios, el Estado en China ha estado sometido a fuertes presiones por parte de dos tendencias contrapuestas, que representan dos maneras diferentes de entender el orden político y social. Se trata del confucionismo y del legalismo. Este último es la idea de que el individuo tiene un vínculo directo con el Estado, a través de las leyes[1145], sin ningún tipo de intermediario, por lo que el estricto cumplimiento de las leyes es la base de un Estado, lo que solo puede lograrse meditante un gobierno autoritario y fuertemente

[1142] Sobre la cuestión puede verse FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., *Hombres desleales cercaron mi lecho*. Valladolid, 2019;
[1143] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 210.
[1144] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p.227.
[1145] Hay que tener en cuenta que, al carecer del principio de legalidad, no ha de entenderse el legalismo como una doctrina que delimite de alguna forma el poder del Estado. La ley es mera expresión de la voluntad del Estado, no un límite de la misma.

burocratizado[1146]. Por el contrario, el confucionismo coloca en el centro del pensamiento político-social a la familia, de forma que los vínculos de cada individuo no son con el Estado, sino en primer lugar con el padre, seguido por la la esposa y los hijos, siendo estas obligaciones mucho más importantes que las obligaciones hacia el Estado[1147].

La visión derivada de estos sistemas de creencias tuvo una notable influencia en el modo en que China contemplaba sus relaciones exteriores. El sistema ideológico de Confucio, la violencia como instrumento de agresión -*bing*- es rechazable, pero cabe contemplar como moralmente lícito el uso de la violencia en un sentido punitivo -*zheng*- contra quién ha violado el orden establecido. Esto brindó a China un marco moral en el que legitimar sus acciones contra potencias extranjeras, presentadas sistemáticamente como reacciones ante las infracciones cometidas por aquellas[1148].

Una cuestión muy interesante subyace en el hecho de que, mientras Europa no pudo reunificarse después de la caída de Roma bajo un mismo gobernante, pese al arraigo de nociones que impulsaban la política internacional en este sentido, como la de la *respublica Christiana* o la de la monarquía universal, el mundo chino, fragmentado en múltiples ocasiones, una y otra vez ha vuelto a ser reunificado bajo un mismo gobierno. Los Zhou Occidentales, los Quin, los Han, los Yuan, los Ming… Todos trajeron unidad a una China dividida. Lo que este hecho plantea es, por tanto, qué elementos internos o externos han hecho que las fuerzas centrípetas se impusieran a las centrífugas en China, mientras que en Europa ocurría lo contrario: la tendencia a la fragmentación ha superado a las fuerzas gravitacionales de la unidad, fenómeno que se puso de nuevo en evidencia con el Brexit de 2016.

[1146] STUART-FOX, M., *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*. Londres, 2003, p. 16.
[1147] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 186.
[1148] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 15.

La pregunta es pertinente, en tanto en cuanto existen notables semejanzas, por ejemplo, entre el imperio romano y los imperios chinos: sociedades agrícolas, basadas en la fuerza militar y en un sistema tributario de amplio espectro, que construyeron amplias redes viarias -la china el doble de extensa que la romana, por muy extraño que pueda parecer al lector occidental, donde la red de calzadas romanas juega un importante papel en la herencia de Roma-, convirtieron la cultura en uno de los rasgos característicos de sus élites, elaboraron censos para conjuntos poblacionales que oscilaban entre los cincuenta y sesenta millones de habitantes y controlaron amplios espacios geográficos durante siglos[1149].

En su excelente trabajo sobre el imperio como forma del Estado, Burbank y Cooper ofrecen algunas explicaciones sobre la cuestión. En primer lugar, señalan que China era heredera de una tradición de dominio unificado, con un devenir histórico que se remontaba a la dinastía Zhou, en el segundo milenio antes de Cristo, un bagaje que precedía en más de 1.700 años a la mera fundación de la ciudad de Roma; por el contrario, el modelo político romano carecía de antecedentes, pues, aún inspirándose en elementos de Grecia, Persia y Egipto, el republicanismo combativo -como definen los autores al sistema romano- difería de todo sistema anterior en elementos vitales.

Los diferentes enfoques de la centralización también tuvieron influencia. China no tenía un centro definido, como sí lo tenía Roma. El peso del mundo chino osciló según las épocas, las dinastías, las guerras o los avatares económicos. Pudo ser fluvial, continental y marítimo, según lo que conviniera en cada instancia; orientado hacia el sur, el norte, el oeste o el mar, pivotando según la necesidad. Por el contrario, Roma era un sistema centralizado, cuyo núcleo político era lo único que mantenía unido un sistema económico disgregado, en el que cada provincia tenía sus propios intereses diferenciados de los de las demás, sistema al que solo el poder central era capaz de dar

[1149] BURBANK y COOPER, *Imperios*, p. 285.

coherencia. Cuando este poder comenzó a resquebrajarse, cada territorio se convirtió en una zona económica autónoma, con sus propias dinámicas e intereses, para los cuales carecía de verdadero sentido práctico la reconstrucción del centro de poder imperial.

En Europa, el centro de poder, Roma, poseía un valor simbólico que trascendía su importancia política y económica para adquirir un valor espiritual. El hombre que adquiría la ciudadanía no pasaba a ser miembro del imperio, sino ciudadano romano, con independencia de su origen, lugar de nacimiento o en qué parte del imperio residiera[1150]. Un sirio podía ser ciudadano romano igual que un ratero de la Suburra. Ser romano no era un indicador geográfico, sino una noción del espíritu. No existía nada parecido en el mundo chino, lo que, a la postre supuso una ventaja: la destrucción de Roma, más como idea que como realidad física, fue catastrófica para la cohesión de Europa, mientras que en China cada capital que decaía o era borrada de la faz de la tierra era sustituida sin problema por la siguiente. China disponía de una flexibilidad espacial y geográfica de la que no disponía Roma[1151].

Fukuyama atribuye un papel determinante a la veloz consolidación del Estado en el mundo chino, lo cual permitió en muchas ocasiones imponer la unidad por encima de las fuerzas locales que buscaban la independencia[1152]. Para el autor norteamericano, la cuestión

[1150] Sobre cómo ha afrontado la cuestión de la ciudadanía la Unión Europea, ver FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Los derechos de ciudadanía europea en la historia reciente de la construcción europea", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y VELASCO DE CASTRO, R., (coords.), *Religión, derecho y sociedad en la organización del Estado*. Valladolid, 2016.

[1151] BURBANK y COOPER, *Imperios*, pp. 287-288.

[1152] Un dato resulta revelador de hasta qué punto era eficaz la maquinaria estatal china: durante la dinastía Qin, en el siglo III a. C., el sistema impositivo chino alcanzó unas tasas de eficiencia extractiva y de movilización militar de la población no solo inconcebibles en el mundo europeo de su tiempo, sino que las monarquías absolutas del siglo XVIII, con la Francia de Luis XIV a la

a plantear es, en consecuencia, por qué el Estado en China se desarrolló con una velocidad y una fuerza que le permitió, a lo largo de milenios, superar una y otra vez las fuerzas centrífugas que lo asaltaron, algo que no ocurrió en Occidente. Una de las causas fue la ausencia de intermediarios entre el Estado y la familia, unidad clave en la vida social china. Fukuyama atribuye el valor de "causa última" en el desarrollo del Estado chino a la implicación de la familia en el Estado a través de un modelo feudal-familiar, en el que no había otros actores que limitaran al Estado, como sí ocurría en Europa con la Iglesia, la aristocracia, la mayor organización del campesinado, la existencia de ciudades esencialmente mercantiles, un comercio internacional transfronterizo, la participación del ejército en la política, etc[1153].

Otro elemento que contribuyó a la unificación reiterada de China fue el hecho de que el mundo chino no se encontraba tan dividido étnica, cultural y lingüísticamente como lo estaba el europeo. China creó una cultura común muy diferente a la del nacionalismo europeo moderno, ya que era una cultura elitista y no del común del pueblo. En todo caso, el mundo chino estaba definido por el uso de un idioma común[1154], la aceptación de un canon literario común, una misma tradición burocrática, instituciones educativas equivalentes y un sistema de valores políticos y sociales de aceptación general por todas las entidades políticas y sociales. Cuando la unidad política se perdía, la unidad cultural permanecía inalterada, ejerciendo un gran poder de atracción y catalizando nuevos procesos unificadores[1155]. Parte de ese

cabeza, no fueron capaces de alcanzar, casi dos mil años más tarde (FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 194).

[1153] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 194.

[1154] La capacidad del chino como idioma no alfabético para servir de vehículo de unión cultural jugó un papel determinante en la capacidad de China para ser gobernada como un espacio político único (STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 21).

[1155] La guerra ha sido, históricamente, uno de los grandes catalizadores de los procesos y cambios políticos. Sobre este papel del conflicto puede verse FERNÁNDEZ RODRIGUEZ, M., (coord.), *Guerra, Derecho y Política:*

acerbo cultural común procedía de la idea, originada durante los gobiernos de las dinastías Qin y Han, de que "el gobierno sobre el conjunto era más legítimo que el gobierno sobre cualquiera de las partes"[1156].

2.- La política exterior del imperio bajo las dinastías Sui y Tang

Cuando la dinastía Sui unificó de nuevo China en el siglo V, poniendo fin al periodo más grande de fragmentación de su historia[1157], el lujo extravagante de su Corte aumentó la demanda y, por tanto, el precio de los bienes suntuarios. China puso en marcha entonces una doble estrategia para conseguirlos al mejor precio: una política agresiva para hacerse con el control de los territorios que quedaban dentro del radio de acción de sus ejércitos y flotas y una ofensiva diplomática para estimular el comercio con aquellos estados que quedaban fuera del arco de su fuerza militar. La combinación de ambos métodos se puso de manifiesto en el trienio 605-607, en el que los ejércitos imperiales saquearon Cham, la flota asaltó el archipiélago de Ryukyu y se envió la primera embajada de larga distancia en casi tres siglos para contactar por mar con los reinos de la península malaya[1158].

aproximaciones a una interacción inevitable. Valladolid, 2014. En relación, ver MARTÍNEZ PEÑAS, L., GRANDA, S., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Perspectivas jurídicas sobre guerra y Ejército en la Monarquía Hispánica*. Madrid, 2011.

[1156] FUKUYAMA, *Los orígenes del orden político*, p. 226.

[1157] WRIGHT, F., "The Sui dynasty (581-617)", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979, p. 48.

[1158] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 40.

Aunque su permanencia fue escasa, muchas de las reformas implementadas por los Sui constituyeron la base del Estado que construiría la dinastía Tang, que la sustituyó. De gran importancia fue el desarrollo del sistema del *fu-ping*, un sistema militar que se ha asimilado en ocasiones al de las milicias modernas, pero que era más bien un sistema militar profesional administrado territorialmente, que sería reformado de nuevo en el año 605 para reforzar el papel del gobierno central en su control y su estructura de mando[1159].

Cuando Li Yuan, duque de Tang, se rebeló contra el último emperador Sui y creó su propia dinastía, poco hacía presagiar que el periodo en que sus descendientes ocuparan el trono sería considerado -junto al periodo Han- como la época dorada del imperio chino[1160]. El nuevo emperador se encontró en una situación tremendamente apurada, con sus dominios principales en Taiyuan amenazados desde occidente por la tribu de los turcos orientales y desde el oeste por fuerzas chinas hostiles a la dinastía recién establecida. Ello le obligó a firmar una paz con los turcos por la que China se convertía en vasalla formal del imperio que los nómadas habían construido en las estepas, pero que permitió a Li Yuan salvar su trono. En el 618, cuando los ejércitos rebeldes liderados por Xue Ju estaban a punto de lograr una victoria decisiva, los turcos orientales entraron en la guerra en apoyo del emperador, que les había prometido cederles Wuyuan si lograba salvar el trono, como efectivamente ocurrió.

A lo largo de una década, el balance de poder se mantuvo favorable a los turcos orientales, pese a que la dinastía Tang consolidó cada vez más su poder, pero sin ser capaz de impedir las periódicas incursiones turcas[1161], ya que los nómadas desarrollaron una política que se ha sintetizado en la expresión "botín por paz", lo que implicaba

[1159] Al respecto, ver WRIGHT, "The Sui dynasty (581-617)", pp. 97-103.
[1160] WECHSLER, H. J., "The founding of the T'ang dynasty: Kaotsu (reign 618-26)", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979, p. 150.
[1161] Hasta cinco a gran escala tuvieron lugar solo en el año 624.

incursiones de saqueo si el gobierno chino no entregaba de buen grado las riquezas solicitadas. Por ello no es de sorprender que la seguridad de las fronteras imperiales pasara a ser el centro de las preocupaciones del pensamiento estratégico, tanto militar como político, chino, y no solo frente a los turcos orientales, sino también frente a los tres reinos en que estaba dividida la península de Corea. En aras de esta seguridad, el Hijo del Cielo se vio obligado a tolerar humillaciones diplomáticas impensables en otras circunstancias, como cuando no le quedó más remedio que consentir que enviados del khan de los turcos orientales asesinaran en la capital del imperio Tang a un caudillo de los turcos occidentales que se hallaba allí para prestar homenaje al emperador chino[1162].

Esta relación de sumisión respecto de los tucos orientales ha hecho que el primer emperador Tang haya sido juzgado con dureza por la historiografía china, pero lo cierto es que logró salvar su imperio en un periodo de extrema dificultad y dejó a sus sucesores una herencia que les permitió recuperar el esplendor imperial que parecía haber quedado atrás bajo las botas de cuero de los bárbaros de la estepa.

En el 625, el emperador Gaozu cambió la actitud china hacia los turcos, y lo hizo a través de un acto simbólico: ordenó que en todos los edictos y mensajes que las autoridades chinas dirigieran a los turcos orientales debían estar encabezados por la mención de su título imperial, lo que suponía un rechazo a la posición subordinada que en los años anteriores los emperadores habían asumido frente a los khanes turcos. China se mantuvo a la defensiva hasta la década del 630, siguiendo una política de contención, en muchos casos a través de alianzas matrimoniales[1163]. Solo al comenzar la nueva década, las fuerzas imperiales lanzaron una gran campaña contra los turcos orientales, a los que se destruyeron en el 630 después de que, en el 627,

[1162] WECHSLER, H. J., "The founding of the T'ang dynasty: Kaotsu (reign 618-26)", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979, p. 181.
[1163] WECHSLER, "T'ai-tsung (reign 626-49) the consolidator", p. 220.

les debilitara una gran revuelta de los uigures contra el khan y una brutal hambruna causada por tormentas de nieve de inusitada intensidad.

Tras los turcos orientales, el imperio Tang se volvió contra los turcos occidentales o turcos azules, asentados en las estepas más al norte, y que afrontaban un periodo de división interna. Hasta entonces, los Tang habían mantenido una relación amistosa con ellos, lo que había llevado a los turcos a centrar sus incursiones militares en el extremo occidental de sus dominios, atacando a Persia en vez de a China, en connivencia con Bizancio. La campaña china contra los turcos azules en el año 634 no logró destruirlos, pero sí acentuar la división interna, hasta el punto de que quedaron escindidos en dos confederaciones independientes cuyos límites los marcaban los ríos Hi e Issik-Kul[1164]. En el 642, los chinos aprovecharon una disputa sucesoria para volver a lanzar una expedición militar en la zona, anexionándola y poniendo fin a la existencia de ambas confederaciones.

El tercer paso en la expansión Tang, una vez destruido el poder de los dos grandes khanatos turcos, fue hacerse con control de los reinos de los oasis, una sucesión de enclaves independientes situados en los puntos más habitables de los áridos desiertos que atravesaba la Ruta de la Seda en su trayecto por la cuenca de Tarim. Para autores como Lattimore, los oasis habían sido el origen de los pueblos de la estepa, que surgieron de ellos al brindar un entorno en el que podían combinar la agricultura con la ganadería y desde los cuales fueron desplazándose al interior de las estepas a medida que la primera fue cobrando precedencia sobre la segunda[1165].

En el siglo VII, los reinos de los oasis estaban habitados por culturas de habla indoeuropea y presentaban influencias indias, afganas, persas y chinas. El más cercano a China era el reino de Karakhoja, ubicado cerca de la actual Turfan. Las relaciones del oasis con los Tang

[1164] WECHSLER, "T'ai-tsung (reign 626-49) the consolidator", p. 224.
[1165] LATTIMORE, O., *Inner Asian Frontiers of China.* Boston, 1962, pp. 63–64, y 409–12

estuvieron plagadas de problemas hasta que el imperio lanzó una campaña militar en el año 640 y se anexionó el reino, pese a que muchos consejeros imperiales se opusieron, aduciendo que se encontraba demasiado lejos y que para mantener su control sería necesario un gran número de tropas que, además, serían difíciles de avituallar[1166].

Pese a que la conquista de Karakhoja provocó una oleada de sumisiones voluntarias entre los reinos de los oasis y dejó la mayor parte de la cuenca de Tarim en manos chinas, siguieron alzándose voces de advertencia contra los peligros en que estaba incurriendo el imperio con su expansionismo. Entre ellas estaba la de uno de los más destacados consejeros imperiales, Wei Zheng, que advirtió que esta política expansionista, definida como "de rienda suelta", podía tener consecuencias catastróficas para China, aún debilitada en el plano interno. Zheng defendía que se mantuviera la implicación en los asuntos extranjeros al mínimo, estableciendo relaciones y contacto, pero nunca asumiendo obligaciones militares, políticas o económicas, lo que se basaba en el concepto de *minben*: la seguridad, el orden y la prosperidad interna de China debían tener prioridad sobre la expansión exterior.

Los consejos de Zheng no lograron imponerse y en el 641, solo un año después de haber lanzado su campaña contra los oasis, la dinastía Tang se fijó otro objetivo: el reino coreano de Koguryo, uno de los tres en que se dividía la península de Corea. El Celeste Imperio solo hubo de esperar un año para encontrar la excusa que necesitaba. Esta se presentó en el 642, cuando tras una lucha por el poder en el reino coreano, la facción que se hizo con el triunfo estaba alineada con los partidarios de una diplomacia de línea dura respecto de China y comenzaron una política internacional desvinculada de la tutela a la que el Celeste Imperio creía tener derecho sobre los asuntos coreanos. En el 643, el reino coreano de Silla, vasallo de los Tang, informó a estos de una supuesta alianza entre Koguryo y el tercer reino coreano, Paekche, para atacar Silla e interrumpir el flujo de las caravanas que llevaban el

[1166] WECHSLER, "T'ai-tsung (reign 626-49) the consolidator", p. 225.

tributo en seda que Silla pagaba a los Tang. Cuando el ataque se verificó, a despecho de las presiones diplomáticas realizadas por los emisarios chinos, el emperador en persona se puso al frente de las fuerzas imperiales Tang para castigar a los belicosos coreanos. Sin embargo, pese a los importantes medios desplegados y a combinar una invasión terrestre con desembarcos en la costa coreana, ni la invasión del año 645 ni el posterior intento del 647 lograron alcanzar éxitos significativos, y en ambos casos los chinos terminaron abandonando Corea para evitar las penurias de pasar en campaña su crudo invierno[1167].

La intención Tang era regresar con una expedición aún mayor en el 649, pero la muerte del emperador obligó a posponer la empresa, lo que estimuló la agresividad del autócrata de Koguryo, Yon Kae-so-mun. En el 655, atacó a los kitanos, que siete años antes se habían convertido en súbditos del emperador chino. Al año siguiente, junto con el reino de Paechke, atacó a Silla, el más pro-chino de los estados coreanos, arrebatándole una treintena de ciudades. En el 660, 100.000 soldados chinos y unos 50.000 coreanos de Silla invadieron Paechke, conquistaron la capital, tomaron rehenes de la familia real y dejaron más de 10.000 soldados ocupando el reino[1168]. En el año 668, después de desangrarse en una lucha interna por el poder, Koguryo también fue sometido por los ejércitos Tang, que tomaron su capital, Pyongyang.

Dado que entre el 641 y el 668 los Tang centraron su atención política y militar en doblegar a los reinos de Corea, prestando muy poca atención a la génesis del estado tibetano, que se había ido consolidando en los años intermedios del siglo VII. Pronto adquirió un carácter violentamente expansionista, desbordando sus fronteras iniciales en

[1167] WECHSLER, "T'ai-tsung (reign 626-49) the consolidator", p. 233.
[1168] TWITCHETT, D., y WECHSLER, H. J., "Kao-tsung (reign 649-83) and the empress Wu: the inheritor and the usurper", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979, p. 282.

todas direcciones: hacia Yunnán, hacia Nepal e incluso hacia el norte, hacia la cuenca de Tarim.

El primer aviso del peligro que suponían los tibetanos se produjo en el año 663, cuando los guerreros del Techo del Mundo se hicieron con los territorios en torno al lago Kokonor, expulsando a las tribus sometidas a China asentadas en sus orillas. La conquista tenía gran importancia estratégica, porque abría los accesos a los territorios chinos de Kansu y a los oasis de Tarim por los que discurría la Ruta de la Seda[1169], vía comercial que no tardaron en cortar al someter los oasis de Khotan, obligando a las fuerzas chinas a retirarse a la parte occidental de la cuenca y forzando a los Tang a reconfigurar las líneas comerciales, desviándolas a través de la región de Zungaria. Solo en el 679 las fuerzas imperiales lograron expulsar a los tibetanos de la cuenca del Tarim y reestablecer las Cuatro Guarniciones, como se conocían a los cuatro principales oasis, convertidos también en los cuatro puestos militares chinos de referencia el área.

Las décadas posteriores vieron la continuación de la lucha entre los tibetanos y la dinastía Tang, ampliando sus escenarios al control de las rutas comerciales que conectaban con Cachemira. Tratados de paz, matrimonios, saqueos, incursiones, campañas de castigo, oasis que cambiaron de mano varias veces, dibujaron el escenario de un conflicto entre la agresiva política tibetana y la lucha de los Tang por mantener su hegemonía frente a un poder que presionaba constantemente sobre sus fronteras y sobre la periferia de su imperio. En el 755 se alcanzó un acuerdo de paz duradero, pero llegó demasiado tarde para impedir una catástrofe para los Tang de enorme importancia en la historia de las relaciones internacionales.

[1169] TWITCHETT y WECHSLER, "Kao-tsung (reign 649-83) and the empress Wu: the inheritor and the usurper", p. 285.

La veloz expansión de las conquistas árabes llegó a Asia Central en el 724, cuando una primera expedición musulmana a Tranxosania fue derrotada por los poderes locales, con ayuda de los clanes sogdianos. Una segunda victoria sogdiana tuvo lugar en el 726, pero a partir del año 730 la tónica se invirtió y la victoria empezó a caer del lado musulmán de forma sistemática. En el 751, un gran ejército chino, junto con aliados tribales, se adentró en la región de Fergana con la intención de desalojar a los musulmanes y forzarles a regresar hacia el oeste, arrojándoles de la periferia del imperio Tang. Sin embargo, en las orillas del río Talas, las fuerzas del califato abasí derrotaron a las tropas del Celeste Imperio. China, acosada aún por los tibetanos, tuvo que abandonar el Turquestán, a donde no regresaría hasta un milenio más tarde, y el suceso dio lugar a un escenario en el que el Islam se difundió por el corazón de Asia Central[1170], si bien de forma diferente a los modelos de otras regiones. El Islam que los sufíes extendieron gradualmente por la región estaba repleto de prácticas locales y encontró dificultades para penetrar en los oasis de la cuenca de Tarim, debido a persistencia de la forma local de budismo que había arraigado en la región. Ni siquiera con el apoyo de los líderes nómadas locales el Islam consiguió desplazar por completo a ese modelo de budismo, y cuando los mongoles se hicieron con el control del área, en comienzos del siglo XIII, la islamización aún no era completa[1171].

3.- La rebelión de An Lushan

Entre el 744 y el 840 las tribus uigures fueron un actor clave en las estepas de Asia. Dese su capital en Karabalghasun, en el curso alto del río Orkhon, en la actual Mongolia, construyeron un estado que controlaba un amplio territorio, a partir de que una coalición de tres

[1170] TWITCHETT, D., "Hsuan-tsung (reign 712-56)", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979, pp. 443-444.
[1171] LIU, X., "Nomads and Oasis Cities: Central Asia from the 9th to the 13th Century", en *The Silk Road*, nº 13, 2015, p. 46.

caudillos tribales uigures lograra desplazar a los turcos orientales como potencia en la región[1172], tras el colapso de estos en la década del 740. Lo que las fuentes chinas definen como uigures en el siglo VIII no guarda relación con los uigures actuales, ya que los de aquel periodo eran una coalición de tribus pertenecientes al grupo conocido de forma genérica como turcos occidentales, turcos azules o turcos celestiales[1173].

Los uigures jugaron un papel vital en la política interior china, al apoyar al emperador contra la rebelión de An Lushan, la más importante de la China medieval. Este levantamiento vino precedido de otras seis rebeliones a gran escala en las cinco décadas precedentes, y de importantes reveses de los ejércitos Tang en el exterior, en particular, de la derrota en la batalla de Talas, en el 751, que puso fin al dominio chino sobre una amplia porción de Asia Central[1174]. Cuando la rebelión de An Lushan estalló en febrero del 756, el caudillo reunió a orillas del río Amarillo un ejército de alrededor de 130.000 hombres, con los que tomó Chang´an, la capital tradicional del imperio Tang[1175].

El emperador acudió a los uigures en busca de ayuda, y estos supieron capitalizar al máximo el envío de una fuerza de 4.000 guerreros a caballo, de un valor estratégico enorme, dada su movilidad y su calidad como combatientes. Gracias a esta ayuda, el emperador pudo enfrentarse a los rebeldes en Chang´an, en una batalla que fue decidida por la carga de los uigures, liderados con una habilidad y un valor extremo por el general que el khan había enviado al frente del

[1172] MACKERRAS, C., "Relations between uighurs and Tang China", en *Central Asian Survey*, nº. 19, 2000, pp. 93-94.
[1173] CHAMNEY, L., *The An Shi Rebellion and Rejection of the Other in Tang China, 618-763*. Alberta, 2012, p. 42.
[1174] CHAMNEY, *The An Shi Rebellion and Rejection of the Other in Tang China*, p. 15.
[1175] El río Amarillo fue el núcleo del mundo chino durante la etapa imperial clásica de las dinastías Qin y Han, estimándose que en su cuenca se llegó a concentrar el 90% de la población china de la época (LEWIS, M. E., *The early China´s empires. Qin and Han*. Londres, 2007, p. 3).

cuerpo auxiliar y del que solo ha quedado para la historia el apelativo de "el virrey" con el que le mencionan las fuentes chinas. Lograda la victoria gracias a sus aliados de las estepas, los Tang ejecutaron en los días siguientes, según las fuentes contemporáneas, a más de 60.000 rebeldes[1176]. La magnitud de la victoria se vio ensombrecida por un incidente entre el líder uigur y los comandantes chinos, que negaron a estos el saqueo sobre la ciudad recuperada, algo impensable para una cultura de las estepas.

A cambio de su ayuda para derrotar a la rebelión, los uigures obtuvieron concesiones económicas y lograron una gran influencia política sobre los asuntos del Celeste Imperio. Su khan recibió un título

[1176] CHAMNEY, *The An Shi Rebellion and Rejection of the Other in Tang China*, p. 43. La represión de quienes se han alzado en armas contra el poder siempre ha sido una prioridad de las autoridades y de las construcciones legislativas del Estado. Análisis sobre ello pueden verse en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "The antiterrorism legislation in the 1970ths: Italian and German laws", en *International Journal of Legal History and Institutions*, nº 1, 2017, pp. 13-23; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La amenaza terrorista en la Unión Europea: reacción legislativa común y estatal", en *Revista Aequitas*, nº 2, 2012; MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La presión legislativa sobre derechos y libertades como respuesta al terrorismo: las leyes británicas", en VV.AA., *Actas IV Jornadas de Estudios de Seguridad*. Madrid, 2012, pp. 867-886. De los mismos autores, también *"Evolution of British law on terrorism: From Ulster to global terrorism (1970-2010)"* en MASFERRER, A., *Post 9/11 and the State of Permanent Legal Emergency. Security and Human Rights in Countering Terrorism.* Nueva York, 2012, pp. 201-222; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Respuesta legislativa de las democracias occidentales al terrorismo: los casos británico, italiano y alemán (1970-1990)" en MASFERRER, A., (dir.), *Estado de Derecho y Derechos Fundamentales en la lucha contra el terrorismo. Una aproximación multidisciplinar histórica, jurídico-comparada, filosófica y económica.* Madrid, 2011, pp. 435-461; PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., "Special Powers Act (1922): el uso de jurisdicciones especiales en la legislación británica", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015.

oficial concedido por el emperador, lo que equivalía a un reconocimiento formal de su poder, lo que forjó un cierto vínculo entre ambas Cortes, del que dan fe las numerosas embajadas uigures que acudieron a China a comienzos del siglo IX, así como los múltiples matrimonios de caudillos de las estepas con princesas chinas[1177].

4.- Los Tang en el Sudeste Asiático

Los Tang desarrollaron respecto al Sudeste Asiático una política basada en prestar apoyo a los jefes tribales que consideraban más afines a los intereses chinos. Esta política favoreció la consolidación de reinos menores en la zona, ya que con ayuda china estos caudillos solían imponerse a sus enemigos y disponer de fuerza suficiente para que su sociedad diera el salto de la organización tribal a la estatal. Así, en Yunnan surgió un Estado, Nanzhao, evolucionado a partir de las tribus locales, inicialmente una entidad semiautónoma dentro de China, pero que en el 750, tras un incidente respecto a los tributos a pagar, llegó a invadir el territorio Tang, derrotando a dos grandes ejércitos chinos enviados en expediciones de castigo y logrando una independencia a la que solo los mongoles, seis siglos después, lograron poner fin. Entre tanto, Nanzhao fue capaz de invadir Birmania hacia el oeste y numerosos territorios chinos hacia el este[1178].

El colapso de la dinastía Tang en el año 960 permitió que los vietnamitas lograran independizarse de China. Hasta entonces, habían sido subsumidos dentro de las fronteras chinas durante el periodo de expansión del imperio Han, pero los pueblos del sur demostraron ser

[1177] Sobre estas embajadas puede verse MACKERRAS, C., "Sino-Uighur diplomatic and trade contacts (744 to 840)", en *Central Asiatic Journal*, nº 13, 1969, pp. 221-38). Respecto de los matrimonios, en el siglo de existencia del Estado uigur, seis de sus khanes se casaron con princesas chinas (MACKERRAS, "Relations between uighurs and Tang China", p. 100).
[1178] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 55.

difíciles de asimilar culturalmente, y ni los vietnamitas, ni los hmong, ni los pueblos de Yunnan que crearon los reinos de Nazhao y Dali perdieron sus rasgos diferenciales respecto de la cultura china.

Tras el colapso de los Tang, el líder vietnamita Bo Dihn logró reunir un ejército poderoso y los agotados Song, que habían reemplazado a los Tang en el trono del Celeste Imperio, se vieron obligados a aceptar *de facto* la independencia vietnamita. Bo Dihn, con suma habilidad, no quiso tensar la cuerda para forzar un reconocimiento oficial y logró que el emperador le reconociera como gobernante formal de Vietnam en calidad de delegado suyo, lo cual era un formalismo que enmascaraba la completa independencia del territorio, pero permitía al Hijo del Cielo salvar la cara[1179]. Esta fue una lección que los vietnamitas aprendieron y que seguiría viva en su mentalidad política y diplomática hasta el siglo XX, en lo que puede calificarse como el paradigma de la resistencia vietnamita: se puede llegar a derrotar en el campo de batalla a cualquier enemigo extranjero, por superior que sea, pero la paz y, por tanto, la seguridad, solo puede alcanzarse en el largo plazo en unos términos aceptables para este enemigo superior.

De esta forma, en el siglo X quedaron definidos los que serían límites últimos de la expansión china en el Sudeste Asiático hasta el siglo XIII, contenida por los reinos de Nanzhao y Vietnam, que terminaron por aceptar un estatus de estados tributarios a cambio de un beneficioso respeto chino por el *status quo*, que incluía el compromiso de no agresión.

Las misiones diplomáticas que los chinos enviaban a estos reinos tenían la consideración de embajadas tributarias, dada la visión chino-céntrica de la diplomacia china, que no contemplaba la posibilidad de abordar de igual a igual a los pueblos no chinos[1180]. Por su parte, estos

[1179] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 45.
[1180] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 30.

reinos tenían un doble objetivo al enviar diplomáticos a China: intentar promover el comercio, en especial de bienes de lujo, como la seda, y, por otro, obtener el respeto que suponía ser reconocido como aliado del poderoso imperio chino en el juego de poder de los reinos del Sudeste Asiático. Cuando China imponía el pago de un tributo, por el contrario, no era con una motivación económica, sino como elemento simbólico de sumisión, regalos que se entregaban de forma voluntaria en agradecimiento a la benevolencia del Hijo del Cielo. Esto no era contemplado de la misma forma por los reinos tributarios, que en ocasiones debían realizar verdaderos esfuerzos para satisfacer las demandas chinas.

La idea de intrínseca superioridad cultural que formaba parte del acerbo cultural chino es poco sostenible si se contemplan los modelos culturales con los que se relacionaba tanto en Lejano Oriente como el sureste asiático. Los reinos coreanos, Japón, los reinos camboyanos -primero Zhenla y luego el reino jemer de Angkor-, Sri Vijaya -en la costa meridional de Sumatra-, o el reino sailendra en el interior de Java fueron estados que presentaban modelos culturales muy diferentes del chino, pero que en modo alguno pueden ser vistos como salvajes o incivilizados, ni siquiera en comparación con la milenaria cultura china[1181]. Cualquier viajero que haya visitado los templos de Angkor podrá juzgar si la civilización que los creó pudo ser bárbara, en el sentido despectivo que al término daba un aristócrata del imperio Song o Tang.

5.- Los Yuan

Cuando el mongol Kubilai Khan se convirtió en emperador de China y la dinastía Yuan ocupó el trono del Celeste de Imperio, la situación diplomática cambió por completo en el Sudeste Asiático.

[1181] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 41.

Bajo el dominio mongol, el reino de Nanzhao primero vio reducida su extensión, convirtiéndose en el reino de Dali y, mas tarde, la totalidad de Yunnan fue anexionada a los dominios del emperador. Con esta conquista, China vio como se le abrían nuevos horizontes de expansión hacia el sur y el oeste. Birmania, los reinos tai de Sukhothai y Lan Na y el reino laosiano de Luang Phrabang quedaron dentro del radio de acción imperial y nuevas rutas comerciales se abrieron entre China y estas regiones, a través de escarpadas montañas que las mercancías solo podían atravesar a lomos de pequeños ponis[1182].

Numerosos reinos thai de escasa extensión -conocidos de forma genérica como *meuang*- aceptaron la soberanía china, que les beneficiaba en su lucha contra los reinos mon y jemeres. Como había ocurrido en Yunnan con Ninzhao, el apoyo chino permitió que algunos de estos reinos prosperaran en la segunda mitad del siglo XIII y se consolidaran hasta convertirse en estados de una fuerza respetable. Este fue el caso de Sukhothai, que llegó a abarcar la mayor parte de lo que hoy es el centro de Tailandia. En 1287, cuando los Yuan invadieron el reino de Pagan, los tres principales *meuang* thais -Sukhtohai, Phayao y Lan Na- acordaron formar una alianza para contener a la dinastía chino-mongola. El choque desembocó, en la década de 1290, en una guerra abierta entre China y la alianza thai, que fue capaz de causar una derrota de grandes proporciones al ejército invasor que los Yuan enviaron a sus territorios en el año 1301[1183].

[1182] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 57. Los ejércitos del periodo Yuan estaban dirigidos por comandantes de origen mongol e incluían caballería mongola, pero la inmensa mayoría de las tropas eran de origen chino, por lo que, de forma colectiva, eran percibidos en el contexto internacional del Sudeste Asiático como ejércitos chinos.

[1183] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 65.

El expansionismo Yuan no se limitó al continente. En 1289, Kubilai envió mensajeros al reino javanés de Singhasari, solicitando a su monarca que reconociera la soberanía china. Aunque los javaneses se interesaron por establecer relaciones comerciales, en especial en torno a la seda y la manufactura de armas, rechazaron de plano someterse a los Yuan. Cuando la negociación subió de tono, enviaron a los embajadores de vuelta a la Corte de Kubilai, no sin antes desfigurarles cortándoles la nariz. La respuesta china llegó en 1293, con la primera gran muestra de poder naval chino en el Sudeste Asiático. Una gran flota de guerra recaló en el puerto de Tubán, que había sido la puerta de acceso tradicional de Java al mundo chino. Al tocar tierra conocieron que el rey de Singhasari había sido asesinado por una conjura palaciega, junto con muchos de sus seguidores. Las fuerzas imperiales apoyaron al príncipe Vijaya, yerno y heredero del monarca depuesto, contra los usurpadores, a cambio de lo cual este reconoció la soberanía china sobre sus dominios. Sin embargo, una vez el javanés se vio en el trono, se volvió contra las tropas chinas, que terminaron por retirarse de la isla. Vijaya trasladó la capital a Majapahit y su nuevo reino se convirtió en una potencia destacada en la región, controlando el este de Java y Bali y extendiendo sus redes comerciales y su influencia política a la costa de Borneo[1184].

Aunque tanto las tribus de Yunnan como los vietnamitas, los thai o los javaneses lograron derrotar con frecuencia a los ejércitos chinos, aprendieron una dura lección: cada victoria se compraba al precio de sufrir una terrible devastación en sus propios territorios y, lo que era peor, aunque el invasor fuera derrotado, eso no garantizaba que no regresara al año siguiente, o una década después, con nuevos ejércitos y nuevas demandas de sometimiento. Así pues, pese a sus triunfos en batalla frente a China, muchos de los reinos del sudeste de Asia terminaron por aceptar pagar tributos y subordinarse como reyes vasallos del Hijo del Cielo.

[1184] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, pp. 63-64.

La penetración del Islam en Asia, sobre todo en la península de Malaca y en las islas de Indonesia introdujo un elemento nuevo que turbó el orden internacional impuesto por China. El Islam, como religión monoteísta que aspiraba al establecimiento de un califato universal, era intrínsecamente incompatible con la visión cosmogónica del mundo chino, que situaba al emperador como responsable de mantener el orden en el mundo. En un principio, las potencias que se convirtieron al Islam siguieron pagando sus tributos al Hijo del Cielo, pero las relaciones bilaterales entre reinos musulmanes y chinas se fueron volviendo cada vez más complicadas con el paso de las décadas[1185].

6.- Diplomacia y política exterior de la dinastía Ming

Cuando en 1368 el emperador Hongwu puso fin a la dinastía Yuan e inició los más de dos siglos de gobierno de la dinastía Ming, una de las primeras medidas que adoptó fue el envío de diplomáticos a fin de recoger las muestras de subordinación de los reyes vasallos del sudeste asiático. El emperador de Vietnam acudió en persona, mientras que Champa[1186], Camboya, Ayutthaya -el nuevo poder hegemónico en el mundo thai- Majapahit y un gran número de principados de las costas de Java y Borneo enviaron embajadores para mostrar su aceptación de la nueva dinastía[1187].

Los Ming prohibieron el comercio privado y limitaron los intercambios con el Sudeste Asiático a la entrega de tributos, canalizados a través de tan solo tres puertos, de los cuales el más

[1185] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 72.
[1186] Champa había sido creado a comienzos del siglo VII y ocupaba una amplia franja de la región de Anam, con su capital ubicada cerca de la actua Da Nang (WRIGHT, "The Sui dynasty (581-617)", p. 109).
[1187] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 74.

importante era Cantón. Estas medidas estaban motivadas por ser la restauración del orden la primera prioridad de la dinastía, muy por encima de los posibles beneficios económicos que generaba el comercio. Limitar el contacto con reinos extranjeros a los mercaderes y ciudadanos chinos tenía por objeto facilitar las políticas de control interno sobre la población china[1188].

En las convulsiones del cambio dinástico, la mayor parte de Yunnan recuperó la independencia, pero se trató de un paréntesis relativamente breve. Tan pronto como los Ming pudieron controlar algunos incidentes con tribus túrquicas en su frontera septentrional, volvieron de nuevo sus ojos hacia el díscolo territorio meridional. Tras buscar una excusa que legitimara la guerra -la presencia de un príncipe mongol que, supuestamente, suponía una amenaza para la dinastía- sus huestes invadieron Yunnan. Casi un cuarto de millón soldados tomaron primero Kunming y luego Dali, pero necesitaron otros tres años de lucha para lograr la pacificación de la región. A esta campaña le sucedieron tres más contra el reino thai de Luchuan y si Vietnam se libró del expansionismo chino fue porque suministraba arroz a los ejércitos Ming en la zona[1189].

Yongle, el segundo emperador de la dinastía Ming, convirtió la reorganización del sistema de hegemonía chino en el Sudeste Asiático en una de sus prioridades. Tomando Yunnan como base, fortaleció la influencia china en la región nombrando a numerosos reyes thai, laosianos y birmanos superintendentes, una designación que subrayaba nuevamente el hecho de que sus reinos eran considerados poco más que provincias autónomas por el Celeste Imperio y cuyos asuntos eran canalizados por un aparato burocrático establecido en Yunnan. En este sistema, Vietnam, con la insistencia de sus gobernantes en seguir utilizando el título de emperadores, aunque no en paridad con el Hijo

[1188] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, pp. 75 y 78.
[1189] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 79.

del Cielo, era la pieza díscola, lo que provocó su invasión por fuerzas chinas en el año 1406, con el pretexto de proteger al pueblo de Vietnam y a la amplia comunidad china que vivía en el reino de los crímenes y la tiranía de sus gobernantes. Vietnam fue anexionado y comenzó a aparecer en los textos chinos como "el pacífico sur", si bien la parte meridional del reino, Anam, nunca logró ser pacificado por los ejércitos imperiales y la lucha contra los ocupantes chinos nunca cesó[1190].

Tras la anexión de Vietnam, los Ming volvieron su atención hacia el mar y entre 1405 y 1433 realizaron siete colosales expediciones diplomáticas navales. La primera de ellas estuvo formada por más de trescientos navíos, entre ellos 62 barcos del tesoro, los enormes juncos de más de ciento veinte metros de eslora, cincuenta de manga y dotados con nueve mástiles, diseñados para la navegación en aguas oceánicas. Casi 28.000 hombres navegaban en esa flota, cuyo destino fue Calicut, el mismo que tendrían las dos expediciones posteriores -las realizadas en 1407-1409 y 1409-1411-, mientras que la cuarta navegó hasta Ceilán. El quinto viaje, entre 1413 y 1415, fue el primero en el que las flotas chinas navegaron más allá de la India, hasta llegar al puerto de Ormuz, en el golfo Pérsico. La sexta, entre 1417 y 1419, fue aún más lejos y tocó la costa oriental africana, en Malindi, al norte de la actual Mombasa, mientras que la séptima, entre 1421 y 1423, recaló en Adén, a la entrada del mar Rojo, y luego en los puertos somalíes del Cuerno de África[1191].

Los historiadores no han podido escapar a la fascinación ejercida por estas enormes expediciones, en parte porque la ausencia de explicaciones sobre sus motivos en las fuentes chinas contemporáneas las ha convertido en materia de misterio y especulación académica. Cuatro preguntas siguen sin respuesta definitiva: ¿Por qué fueron enviados? ¿Por qué fue tan enorme su escala? ¿Por qué cesaron de

[1190] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, pp. 80-83.
[1191] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 84.

golpe, cuando un decreto imperial prohibió la construcción de naves capaces de navegar por el océano o que tuvieran más de dos mástiles[1192]? ¿Por qué cayeron en el olvido, incluso para los propios chinos?

Muchas son las explicaciones que se han ofrecido. El primer viaje, y posiblemente los dos siguientes, quizá tuvieran que ver con la búsqueda de un sobrino de Yongle que había desaparecido, pero hay pocas dudas de que la necesidad de que los reinos tributarios renovaran sus lazos de sumisión jugó un papel del máximo relieve en el resto de expediciones. El cierre de las rutas comerciales de larga distancia pudo suponer que el emperador se viera impelido a la apertura de nuevos canales comerciales marítimos, o quizá se buscara un fortalecimiento de la posición internacional china intimidando a quienes contemplaran el poder de su flota. Para Stuart-Fox "todas estas razones, tomadas individualmente o de forma combinada, siguen sin ofrecer una explicación completamente convincente"[1193]. Para este autor, el propósito último de las flotas era de carácter ideológico: una demostración de poder destinada a que las demás naciones aceptaran su lugar en un mundo que debía estar sometido al Hijo del Cielo y bajo el orden imperial.

Sobre el cese de las expediciones, Paul Kennedy ha escrito:

> "Había una razón estratégica plausible que explicaba esta decisión. Las fronteras norteñas del imperio volvían a estar sometidas a la presión mongola y tal vez pareció prudente concentrar en esta zona más vulnerable los recursos militares. En estas circunstancias, una armada importante era un lujo caro y, en cualquier caso, la expansión que intentaron los chinos hacia el Sur, en Annam (Vietnam) resultaba estéril y costosa. No

[1192] KENNEDY, P., *Auge y caída de las grandes potencias.* Nueva York, 1986, p. 32.
[1193] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 86.

> obstante, al parecer no se reconsideró este razonamiento válido cuando más tarde se hicieron evidentes las desventajas de la retirada naval: al cabo de un siglo, aproximadamente, las costas y hasta ciudades chinas sobre el Yang-Tzé estaban siendo atacadas por piratas japoneses y sin embargo no hubo una reconstrucción seria de una armada imperial. Ni siquiera la reiterada aparición de navíos portugueses en las costas chinas provocaron este rearme. Los mandarines argumentaban que lo que se necesitaba era la defensa en tierra, porque ¿acaso no se había prohibido a los súbditos chinos el comercio marítimo? Por lo tanto, aparte del coste y otras desventajas, uno de los elementos clave de la retirada china fue el conservadurismo de la burocracia confuciana, un conservadurismo acrecentado en el período Ming por el resentimiento provocado por los cambios a que los obligaron los mongoles. En esta atmósfera de «Restauración», el influyente funcionariado estaba ocupado en preservar y recapturar el pasado, no en crear un futuro mejor basado en la expansión y comercio de ultramar"[1194].

Al margen de las siete grandes expediciones, China no dudó en intervenir en escenarios lejanos cuando consideró que sus intereses se veían amenazados, como fue en el caso de la captura del puerto javanés de Palembang -el más activo para el comercio de China con la isla- cuando cayó en manos de piratas o en el caso de la usurpación del trono de Samudra, un reino situado en la costa noreste de Sumatra. En ambos casos, fueron despachadas flotas y tropas chinas para reestablecer el orden previo, dejando claro que el Celeste Imperio no dudaría en usar la fuerza contra cualquiera que perturbara el orden establecido y para defender sus intereses políticos y comerciales, lo que posibilitó un florecimiento del comercio marítimo[1195].

[1194] KENNEDY, P., *Auge y caída de las grandes potencias.* Nueva York, 1986, p. 33.
[1195] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, pp. 88-89.

La hegemonía china sobre el Sudeste Asiático, que había sido una noción distante e intangible durante las dinastías anteriores, con la dinastía Ming se convirtió en una presencia palpable y activa que gestionaba todos los niveles del sistema internacional. Los reinos menores recurrían a la protección china para mantenerse a salvo de las ambiciones territoriales, políticas o económicas de sus vecinos. Los reinos de tamaño medio, como Camboya y Champa, confiaban en China para mantener el precario equilibrio de poder entre ellos, mientras que la hegemonía del Celeste Imperio actuaba como freno de las ansias expansionistas de los reinos mayores, como Vietnam o Ayuttahaya, haciendo que les fuera más rentable y menos arriesgado canalizar sus energías hacia el comercio que a la expansión territorial[1196].

[1196] STUART-FOX, *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*, p. 92.

CAPÍTULO XVI

AGONÍA Y ÉXTASIS DE CONSTANTINOPLA

1.- El nacimiento del poder otomano

Aprovechando la conmoción generada por las invasiones mongolas, que en el año 1243 desintegraron el sultanato seljúcida de Rum y llevaron el caos a Anatolia, surgió un nuevo poder en la región[1197]. Bajo el liderazgo de Osmán -u Othmán-, de quien toman el nombre, los turcos otomanos fueron consolidando poco a poco su poder en Asia Menor, pasando de ser un clan instalado en la frontera entre seljúcidas y bizantinos a convertirse en una amenaza de primer nivel para Bizancio, aprovechando que la atención del *basileus* Miguel Paleólogo estaba centrada en Occidente, donde el rey de Sicilia Carlos de Anjou amenazaba con intentar conquistar el imperio.

Con los bizantinos preocupados por los Balcanes, los otomanos fueron consolidando su poder y adquiriendo nuevos territorios. Los bizantinos trataron de recurrir a su solución diplomática habitual para

[1197] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 375.

lidiar con amenazas tribales, negociando con los khanes mongoles Ghazan y Oljeiti para que sus ejércitos atacaran a los turcos. Ante el fracaso de este proyecto, el propio ejército bizantino trató de recuperar parte de lo perdido en diversas campañas: 1278, 1296, 1302 y 1304, estas últimas llevadas a cabo sobre todo con tropas mercenarias de alanos y catalanes[1198], todas las cuales fueron escasas en éxitos y pródigas en gastos y fracasos, de forma que para el año 1337 algunas de las principales ciudades de Anatolia ya estaban en poder de los otomanos: Nicea, Nicomedia, Bursa…

El sultán Murad I llevó la amenaza otomana más allá de lo que había llegado hasta entonces, convirtiéndose en un peligro para los dominios bizantinos en los Balcanes y para el principado de Serbia. Tras la victoria otomana en el Maritza sobre los déspotas serbio y macedonio, en 1371, los príncipes de la región se vieron obligados a reconocerse vasallos del sultán[1199]. El emperador bizantino Juan V, al año siguiente, hubo de sufrir la humillación de convertirse oficialmente en vasallo de Murad; el hijo de Juan, Andrónico IV, entregó Gallipoli a los otomanos a cambio de la ayuda prestada en los conflictos internos por la accesión al trono, con lo que los turcos quedaron en disposición de cortar el tráfico naval por el Bósforo.

Murad I creó el embrión del imperio otomano, con un doble eje territorial: Anatolia, cuyas tierras quedaban bajo la soberanía del sultán otomano, y Rumelia -nombre que daban los otomanos a sus posesiones en Europa-, donde la dominación otomana se basaba en un sistema de estados vasallos que debían cumplir con una estricta serie de obligaciones. Entre las más destacadas estaba la de enviar tropas al sultán si este necesitaba ayuda militar -contingentes que debían estar

[1198] INALCIK, H., "The emergence of the Ottomans", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970, p. 268.

[1199] ANDRIOPOULOU, *Diplomatic communication between byzantium and the west under the late palaiologoi (1354-1453)*, p. 6.

encabezados por el príncipe en persona o por uno de sus hijos-, enviar a sus hijos y herederos como rehenes a la corte otomana y a pagar tributos anuales. Si faltaban a sus obligaciones, los territorios de los príncipes pasaban a ser considerados *dar-al-harb*, "casa de la guerra", es decir, territorios donde los musulmanes tenían la obligación de guerrear contra los infieles[1200].

Tras la victoria del río Maritza, los otomanos siguieron expandiendo sus dominios. Sofía cayó en el año 1385 y Nish lo hizo al año siguiente. En septiembre de 1387, Salónica, la segunda ciudad más poblada del imperio bizantino, se rindió tras un largo asedio. El prestigio que la expansión en Rumelia dio a los sultanes otomanos les permitió volverse hacia el sur, para enfrentarse con el sultanato karamánida que controlaba parte de Anatolia meridional desde la ciudad de Konia, proclamándose herederos de los sultanes seljúcidas. Los otomanos se impusieron en el 1387, pero la distracción fue aprovechada por los serbios para rebelarse contra el dominio turco en los Balcanes. Durante seis años, búlgaros y serbios lucharon contra los ejércitos del sultán, pero el 15 de junio de 1389, en el Campo de los Mirlos, los otomanos destruyeron al último ejército serbio, si bien Murad pagó con la vida su triunfo en la batalla.

2.- Bizancio tras la muerte de Miguel

Miguel VIII Paleólogo, que había devuelto al imperio bizantino a Constantinopla superando el periodo de exilio de Nicea, murió en 1282, y desde ese momento la decadencia bizantina fue imparable, si bien gradual. Bizancio había quedado reducido, pese a todos los esfuerzos y éxitos de Miguel, a un poder esencialmente local cuyo ámbito de acción eran los Balcanes[1201].

[1200] INALCIK, "The emergence of the Ottomans", p. 231.
[1201] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 297.

Pese a ello, la herencia de Miguel en política exterior debe considerarse exitosa, dadas las circunstancias. No ocurrió lo mismo en el plano interno. A su muerte dejó al imperio dividido por fracturas internas. El origen de la división se encontraba en que Miguel había usurpado el trono, arrebatándoselo al joven Juan IV, cuyos derechos había prometido defender hasta que el *basileus* fuera mayor de edad. Cuando Miguel asesinó a Juan, Arsenio, el patriarca de Constantinopla, le excomulgó, lo que provocó que, a su vez, Miguel depusiera al prelado, generando no solo un problema político entre los seguidores de la línea legítima y los seguidores de Miguel, sino también un cisma en la propia Iglesia bizantina. Los arsenitas, como se denominó a los seguidores del patriarca depuesto, se negaron a cooperar con la administración del Estado y con sus instituciones, poniendo de relieve los riesgos que llevaba la estrecha conexión entre poder religioso y poder civil. A estos problemas político-religiosos se sumó una fuerte crisis económica. El nomisma o besante, que durante siete siglos había sido la referencia monetaria del mundo medieval, se devaluó de forma definitiva, culminando un proceso iniciado a mediados del siglo XI y que Miguel Paleólogo había logrado revertir casi por completo, consiguiendo que la moneda recuperara el 90% de su valor. Sin embargo, a finales del siglo XIII, la moneda bizantina había sido desplazada por las nuevas monedas de oro italianas, sobre todo el ducado veneciano y el florín florentino[1202].

El sucesor de Miguel, Andrónico II, fue un hombre de gran nivel cultural y educación, pero poco dotado para el gobierno. Logró la reconciliación de la Iglesia bizantina, pero el precio a pagar fue una nueva ruptura con la Iglesia Occidental, rompiendo los acuerdos que Miguel había aceptado en el Concilio de Lyons. Esta recuperación de la unidad eclesiástica interna fue casi el único logro de su reinado. En el exterior, trató de frenar la creciente amenaza turca con la contratación de las Compañías Catalanas de mercenarios; los sucesos que

[1202] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 376.

desencadenó el impago del contrato y el intento de asesinar a los líderes mercenarios han pasado a la historia como "la venganza catalana", que devastó buena parte de las provincias griegas y supuso la pérdida temporal de parte de las mismas[1203]. Andrónico tampoco fue capaz de impedir el resurgir del poder serbio en los Balcanes, que culminó con la creación de un reino independiente. Su sucesor, Andrónico III, era un gobernante enérgico, pero debilitado por los conflictos internos, tampoco pudo frenar a los turcos en el este y a los serbios en los Balcanes. A su muerte, en 1341, a Bizancio solo le quedaban un puñado de ciudades en Asia Menor y los serbios se encontraban bajo los muros de Salónica[1204].

Andrónico dejó como heredero a un niño, Juan V, y de inmediato se desató una lucha por el control de la regencia, entre la emperatriz viuda, apoyada por el patriarca de Constantinopla y el hombre fuerte del gobierno de Andrónico, Juan Cantacuceno. Este salió victorioso de una guerra civil que duró seis años y logró que se le reconociera como co-emperador, junto con Juan V, pero terminó siendo destronado por una conspiración, en 1354. Cosa rara en aquel tiempo, a Cantacuceno se le perdonó la vida, y aún viviría varias décadas retirado en un monasterio y recibiendo el tratamiento que correspondía a un respetado alto cargo del Estado. Sin embargo, la herencia de las guerras civiles fue terrible. Los turcos, que habían cruzado a Europa en los últimos años del reinado de Andrónico, en 1360 controlaban ya la práctica totalidad de Tracia y en el imperio, exhausto, poco podía hacer para contenerlos[1205].

[1203] Esta es la razón por la que, entre los títulos que detenta el rey de España, se encuentran los de duque de Atenas y de Neopatria.

[1204] RUNCIMAN, *The last Byzantine renaissance*, p. 10.

[1205] Del agotamiento bizantino da idea el desastroso asunto de las joyas de la corona bizantina. Estas fueron empeñadas por la emperatriz Ana de Saboya en 1343, como garantía de un préstamo veneciano de 30.000 ducados. Dado que la cantidad nunca se devolvió, las joyas se quedaron en Venecia. En 1370, el *basileus* Juan V propuso a Venecia cederle la isla de Tenedos, que controlaba la boca del Helesponto, a cambio de las joyas, 25.000 ducados más y seis

La amenaza de los otomanos, así como del creciente poder serbio y búlgaro en los Balcanes, obligó a Bizancio a realizar un giro copernicano en su forma de entender la diplomacia. El emperador tuvo que aceptar la dura realidad y abandonar las actitudes que partían de la asunción de una posición de superioridad sobre el resto de gobernantes. Esto tuvo importantes consecuencias en la forma bizantina de conducir su política exterior, tanto en lo formal, suprimiendo gran parte de la parafernalia en las recepciones a enviados extranjeros y eliminando la práctica de que el *basileus* solo se dirigiera a los diplomáticos a través de un intermediario, como en el fondo, optando por un modelo de diplomacia directa en el que incluso los propios emperadores ejercieron de embajadores.

El primer emperador bizantino en asumir personalmente una misión diplomática, abandonando la idea de que la superior categoría del *basileus* obligaba a los demás dirigentes a acudir a Constantinopla o enviar embajadas allí, fue Juan V, en 1366, en busca de ayuda para salvar Tracia de los otomanos. En un acto sin precedentes[1206], Juan viajó a Hungría, el reino cristiano más cercano, donde no consiguió nada tangible; bien al contrario, su hijo más joven Miguel quedó como rehén en la corte húngara.

En la primavera de 1369, Juan V continuó con su plan de buscar ayuda en Occidente[1207], pero en esta ocasión abrazó un proyecto más ambicioso, retomando la cuestión de la unificación de las Iglesias como arma política, tal y como había hecho su bisabuelo Miguel un siglo

---

buques de guerra, pero no pudo cumplir su parte, ya que su hijo mayor, Andrónico IV, que era coemperador con su padre, se negó a entregar la isla. Juan V quedó como rehén en Venecia hasta que su segundo hijo, el futuro emperador Miguel II Paleólogo, le liberó pagando un rescate. (HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 199).

[1206] ANDRIOPOULOU, *Diplomatic communication between byzantium and the west under the late palaiologoi (1354-1453)*, p. 239.

[1207] ANDRIOPOULOU, *Diplomatic communication between byzantium and the west under the late palaiologoi (1354-1453)*, p. 8.

antes, y se embarcó en un viaje a Roma. En la Ciudad Eterna, Juan se convirtió de forma personal al catolicismo, en una ceremonia privada ante el papa y varios cardenales, a la que siguió un acto público algunos días después. El emperador se arrodilló tres veces ante el papa en las escalinatas de San Pedro y besó los pies, las manos y la boca del Santo Padre, que permaneció sentado. Después, ambos entraron juntos en la iglesia y el papa celebró misa. La profesión de fe de Juan V era la misma que hizo Miguel en el Concilio de Lyons de 1274, reconociendo la primacía de la Iglesia romana sobre la bizantina, pero con una diferencia de la máxima importancia: la conversión de Juan V fue estrictamente personal, y no afectaba ni a su pueblo ni a la jerarquía de la Iglesia bizantina[1208].

Juan V esperaba que, tras su conversión, el papa enviara en ayuda de Bizancio cinco galeras y cinco mil soldados, pero el Santo Padre no disponía ni de los barcos ni de los soldados que Bizancio necesitaba, por lo que el imperio quedó librado a su suerte[1209]. En una decisión doblemente afortunada para Bizancio, que vio enfrentarse entre sí a sus enemigos, los otomanos se volvieron contra los búlgaros y contra el reino serbio, aprovechando la confusión que había seguido a la muerte del gran líder Stepan Dushan, en 1355. Los ejércitos combinados de búlgaros y serbios fueron derrotados en el río Maritza, en 1371, y el reino creado por Dushan en las décadas anteriores despareció tras la catastrófica derrota serbia en el Campo de los Mirlos, en 1389. Mientras otomanos y serbios se mataban entre sí, Bizancio disfrutó de década y media de disminución de la presión de sus enemigos.

En política interior, Juan trató de evitar que se repitieran las guerras civiles que habían asolado el imperio en las cinco décadas anteriores y para ello buscó la fusión de su dinastía, los Cantacucenos, con la estirpe de los anteriores emperadores, los Paleógolos, asociando como coemperador a Juan VI Paleólogo y casándolo con su hija, a fin

[1208] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 199.
[1209] RUNCIMAN, *The last Byzantine renaissance*, p. 41.

de que en su nieto convergieran ambas líneas de legitimidad. Aunque Juan VI abdicó en 1354, dejando como única línea sucesoria legítima la inicial que partía de Juan V, los conflictos civiles subsiguientes no fueron generados por el conflicto entre dinastías, sino por la lucha dentro de la dinastía reinante.

El hijo mayor de Juan V, Andrónico IV, urdió en 1373, en connivencia con el hijo del sultán otomano, una trama para derrocar simultáneamente a sus respectivos padres. Juan V logró sofocar la revuelta de su hijo, pero para ello tuvo que pedir ayuda al sultán otomano Murad, que envió tropas turcas para auxiliar a los bizantinos contra el ejército rebelde, evidenciando la descomposición interna del imperio y su dependencia, cada vez mayor, de las decisiones de los otomanos. Tres años después, Andrónico volvió a intentar derrocar a su padre, esta vez con ayuda de los genoveses del barrio Pera y del mismo sultán Murad I que antes había contribuido a su derrota. Para granjerarse su apoyo, Andrónico le ofreció convertirse en su vasallo, enviarle tributos anuales y concederle la mano de su hermana. Andrónico ocupó Constantinopla en agosto de 1376, encarceló a su padre y a sus hermanos y asumió el poder, pero, en nuevo giro más propio de una novela de Dumas que de una crónica histórica, en 1379 Juan V y sus hijos escaparon de prisión, renegociaron un acuerdo con el sultán otomano y, con ayuda de este y de los venecianos, Juan V recuperó su capital, cruzando el Bósforo en barcos turcos. Derrotado, Andrónico siguió rebelándose sin éxito contra su padre primero y contra su hermano Manuel después hasta que le llegó la muerte en 1385.

A la muerte de Juan V, pese a todos sus esfuerzos, los otomanos se habían expandido por Europa hasta llegar a las orillas del Danubio, y Bizancio quedó reducida a controlar su capital y unas pocas tierras circundantes, una estrecha cadena de puertos a lo largo de la costa del mar Negro, un rosario de islas en el Egeo y la península del Peloponeso[1210]. Descartado Andrónico por sus actos de rebelión, el

[1210] RUNCIMAN, *The last Byzantine renaissance*, p. 11.

trono imperial fue a parara manos del segundo hijo del emperador fallecido, Manuel II, que heredó un imperio vasallo de los otomanos[1211]. No obstante, el conflicto interno siguió abierto, ya que el hijo de Andrónico, Juan VII, siguió reclamando ser el legítimo heredero del trono bizantino. Entre marzo y septiembre de 1390, con ayuda de turcos y genoveses, Juan VII logró controlar la capital bizantina, donde la población le abrió las puertas de la ciudad y le aclamó durante su recorrido por las calles. Manuel II asaltó por tres veces la ciudad, hasta que en el último intento logró romper las defensar y penetrar en Constantinopla por la Puerta Dorada, deponiendo a su sobrino. Las luchas contra Juan VII, que logró escapar, siguieron activas durante toda la década de 1390, debilitando cada vez más las fuerzas bizantinas.

3.- El gran asedio de Bayaceto

Tras la muerte de Murad en el Campo de los Mirlos, el sultanato otomano recayó en Bayaceto, apodado *Yildirim*, el Rayo, por su dinamismo y agresividad. El nuevo sultán puso fin al sistema de principados vasallos en Rumelia y convirtió los territorios de los Balcanes en meras provincias otomanas. Su labor en la consolidación del poder otomano fue considerable. En política interior, centralizó la administración e impuso un modelo fiscal más eficiente, basado en sistema instaurado en Persia por el Ilkatano; en política exterior, mantuvo a los húngaros fuera de los Balcanes y, fortificando Gallipoli, consiguió dejar a los venecianos fuera del mar Negro. El fin último de su política era conquistar Constantinopla y convertirla en capital de su imperio, como nexo de unión entre Anatolia y Rumelia[1212].

Aprovechando las guerras civiles endémicas entre los bizantinos, Bayaceto consideró que había llegado el momento de administrar a Bizancio el golpe de gracia y se dispuso a tomar su capital en 1394,

[1211] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 214.
[1212] INALCIK, "The emergence of the Ottomans", p. 279.

utilizando como excusa el incumplimiento de las obligaciones vasalláticas por el emperador Manuel II. El gran asedio otomano de Contantinopla fue un épico cerco que se prolongaría durante la casi inconcebible duración de ocho años, en los que la ciudad estuvo bloqueada por tierra, si bien logró mantener abiertas las rutas de comunicación navales, ante la incapacidad turca para sellar completamente los estrechos. El asedio provocaría importantes cambios en la diplomacia bizantina.

La agresión otomana llevó a una reconciliación entre el *basielus* Manuel II y su sobrino rebelde, Juan VII, a quien aceptó como coemperador a fin de presentar un frente unido contra los otomanos. También provocó la organización de una cruzada cristiana en ayuda de los bizantinos, que logró que, en 1396, el asedio se levantara brevemente, el tiempo que necesitó Bayaceto para marchar con sus huestes y aplastar a los cruzados en Nicópolis, tras lo cual se reanudó el bloqueo[1213].

El ataque turco movió a Manuel II a desplazarse en persona a Occidente, igual que había hecho su padre, en busca de ayuda. Tras la destrucción de la expedición cruzada en Nicópolis, Manuel envió embajadas a Francia e Inglaterra en 1397. El rey galo Carlos VI respondió con el envió de mil hombres comandados por Jean Le Meingre, mariscal de Boucicaut, en 1399. Estos combatientes fueron una gran ayuda, pero su número era demasiado reducido para suponer un cambio sustancial. El propio Boucicaut pidió al emperador que fuera en persona a pedir ayuda al rey de Francia, de modo que el *basileus* se embarcó hacia occidente. No se trataba de la primera expedición diplomática de Manuel: había acompañado a su padre a Hungría en 1366 -donde había pasado algún tiempo en la corte, como rehén- y había

[1213] Al tener noticia de la victoria otomana, el Califa de Egipto otorgó a Bayaceto el derecho a utilizar el título de Sultán, que conservarían los gobernantes turcos hasta la disolución de su imperio ya en pleno siglo XX.

llevado a cabo una misión diplomática en Venecia en 1370, siempre en busca de ayuda para Bizancio[1214].

Manuel II partió en diciembre de 1399, acompañado por Boucicaut, y llegó a Venecia en abril del año 1400. Más tarde viajó a Francia, recorriendo en su camino Milán, Vicenza, y Pavía. En la corte milanesa de Giangaleazzo Visconti, se reunió con el emperador uno de sus consejeros más cercanos, Juan Chrysoloras, su antiguo maestro y uno de sus amigos más íntimos. El erudito, buen conocedor de Occidente, ya que desde febrero de 1397 enseñaba griego en Florencia, recibió la responsabilidad de administrar los fondos que se recibieran para ayudar a Constantinopla. En junio de 1400, Carlos VI de Francia recibía personalmente al *basileus*, que en octubre viajó a Londres, pasando por Calais. En la capital británica Manuel recibió regalos y dinero de Enrique IV de Inglaterra, tras lo cual regresó a París.

Pese a todas las muestras de buena voluntad y a la buena acogida que se le dispensó en las cortes occidentales, la verdad que tuvo que afrontar Manuel era poco halagüeña. La mayor parte de las promesas que recibió no se materializaron y se vio privado de la ayuda de Boucicaut, que había sido nombrado gobernador de Génova. Por la correspondencia de Manuel con Juan VII, que seguía defendiendo Constantinopla, queda constancia de que ambos emperadores habían llegado al acuerdo de que, si no llegaba ayuda, rendirían la ciudad cuando se cumpliera el octavo año de asedio.

Poco podían imaginar la forma que adquiriría esa ayuda: con una fuerza incontenible, irrumpió en el mundo otomano el último de los grandes conquistadores mongoles, Tamerlán, obligando a Bayaceto a levantar el asedio constantinopolitano y, a la postre, llevándole a encontrar la derrota y la muerte en un cautiverio atroz, tras la batalla de

[1214] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 220

Ankara, en lo que constituye "uno de los más dramáticos giros del destino en la historia bizantina tardía" [1215].

4.- La búsqueda de auxilio en Occidente

Tras tres años de ausencia, había llegado el momento de que Manuel II regresara a su capital, pero el emperador, consciente de que las nubes negras que el futuro deparaba a Bizancio, encargó a Chrysoloras que mantuviera viva la causa bizantina entre las potencias occidentales. El anciano profesor siguió actuando como agente de su antiguo pupilo y viajó a Italia en los años 1404, 1405 y 1406[1216]. En 1407, Chrysoloras se embarcó en un largo viaje de gran alcance, que terminaría prologándose durante tres años, y que le llevaría a recorrer Vencia, Génova, París, Londres, Salísbury y Barcelona como embajador de Manuel II. Los viajes de Chrysodoras, y de otros eruditos que ejercieron como embajadores de Manuel II, caso de Demetrios Kydones o George Gemistos Plethon, tuvieron una gran importancia cultural, ya que contribuyeron a difundir elementos del humanismo bizantino en Occidente, sobre todo en la Italia del Renacimiento.

El regreso de Manuel II a Constantinopla exhacerbó las tensiones con Juan VII, que se había hecho cargo de la defensa y el gobierno del imperio durante el viaje diplomático del coemperador. Para solventarlas, se negoció un complejo arreglo sucesorio entre ambos emperadores. Según lo pactado, tras la muerte de Manuel II, el poder pasaría a Juan VII en solitario; después de que este muriera, la sucesión volvería al linaje de Manuel, y a Juan VII le sucedería el hijo mayor de Manuel, Juan VIII. Por último, a este debía sucederle el hijo mayor de Juan VII, Andrónico.

[1215] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, pp. 222-237.
[1216] ANDRIOPOULOU, *Diplomatic communication between byzantium and the west under the late Palaiologoi (1354-1453)*, p. 168.

En las primeras décadas del siglo XV, cada vez más presionado Bizancio, la reconciliación entre ambas Iglesias volvió a ponerse sobre la mesa, y desde Oriente se propuso la celebración de un concilio ecuménico que reuniera a prelados de ambas procedencias. La idea fue rechazada en un primer momento desde Roma, alegando que el Concilio de Lyon ya había tenido carácter ecuménico y que, por tanto, no se necesitaba ningún otro, pero el auge del movimiento conciliar dentro de la Iglesia romana hizo que se reconsiderase esa postura.

Desesperado por encontrar ayuda en Occidente, el *basileus* Juan VIII siguió los pasos de sus predecesores Juan V y Manuel II y viajó a Occidente en 1436, acompañado por el patriarca de Constantinopla[1217]. Durante dos años, viajaron entre Venecia, Florencia y Ferrara, negociando la celebración de un concilio ecuménico que pudiera llevar a la unión de las Iglesias. Aunque el emperador regresó a Constantinopla tras dos años en Occidente, los delegados bizantinos acudieron al concilio, que se celebró en Ferrara en 1438, si bien terminaría por ser trasladado a Florencia al año siguiente. Allí se firmó una unión que otorgaba a la Iglesia romana casi todas las concesiones que esta había solicitado para que se ratificara la nueva integración de las dos Iglesias[1218]. Esta unión, aceptada formalmente por el imperio y las instituciones estatales, fue rechazada por la mayor parte de la población y de las jerarquías eclesiásticas bizantinas, que pasaron a ser denominados ortodoxos, en referencia a ser seguidores de la ortodoxia previa a la unión firmada en el concilio de Ferrara-Florencia. Por su parte, aquellos que sí aceptaron la unión, pasaron a formar parte de lo que se conoce como Iglesia Católica de Oriente, una rama del

[1217] En 1423-1424 ya había realizado un viaje en busca de ayuda a la corte del rey húngaro Segismundo (ANDRIOPOULOU, *Diplomatic communication between Byzantium and the West under the late Palaiologoi (1354-1453)*, p. 216). La misión fue un fracaso, ya que, tras el desastre de Nicópolis en 1396, los húngaros estaban poco dispuestos a marchar contra los otomanos.
[1218] RUNCIMAN, *The last Byzantine renaissance*, pp. 42-44.

catolicismo romano con algunas peculiaridades en esencia formales admitidas como válidas por los papas de Roma.

Entre tanto, bajo la dominación timúrida, los dominios otomanos se dividieron en tres principados -Bursa, Edirne y Amasya- regidos por cada uno de los hijos de Bayaceto, todos los cuales se reconocieron vasallos de Tamerlán. Esta división brindó un respiro a los bizantinos, pero a la muerte de Timur el poder mongol se desvaneció y el sultanato otomano fue restaurado. En la guerra civil subsiguiente, Mehmet I se impuso a sus hermanos Solimán e Isa, reestableciendo la unidad de los otomanos en el año 1413. Para consolidar esta unión, llevó a cabo una política de pacificación respecto de los señores locales, a los que concedió una libertad de acción superior a la que habían tenido antes de la invasión timúrida. La base administrativa creada por las reformas de su padre, Bayaceto, mostró entonces su verdadero valor, ya que fue el esqueleto sobre el que Mehmet I puso de nuevo en pie el imperio otomano[1219].

Este proceso de reconstrucción requería paz en el exterior, por lo que, por primera vez en la historia de los otomanos, Mehmet se preocupó de mantener unas relaciones pacíficas con sus vecinos bizantinos, algo significativo por lo novedoso, ya que el poder de los otomanos había surgido en base a la noción de guerra santa, que implicaba el deber de extender el Islam a las tierras que no fueran musulmanas por la fuerza de las armas, si era necesario. Por ello, desde su mismo comienzo, el sultanato se había definido como un estado *ghazi*, es decir, de guerreros musulmanes en lucha contra los infieles. Sin embargo, el lapso de concordia guiado por Mehmet era solo la calma que precede a la mayor de las tormentas y, consciente de ello, el sultán convirtió a sus jenízaros en la mejor infantería de élite de su tiempo[1220].

[1219] INALCIK, "The emergence of the Ottomans", p. 280.
[1220] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 379.

En Bizancio tampoco se hacían ilusiones respecto de las intenciones últimas de los otomanos. La Unión de Florencia entre las Iglesias oriental y occidental tuvo una consecuencia práctica desde el punto de vista de la defensa de los intereses bizantinos: la organización de una cruzada católica para auxiliar a Bizancio y combatir el dominio otomano sobre los Balcanes. El papa Eugenio participó activamente en los preparativos que estaban realizando húngaros y polacos, y lo mismo hizo la República de Venecia. Sin embargo, la expedición terminó en la catastrófica batalla de Varna, en 1444, en la que los turcos aniquilaron a los cruzados, dando muerte entre ellos al rey de Hungría y poniendo fin a la esperanza de que Bizancio, con la ayuda de las naciones cristianas de Occidente y Centroeuropa, pudiera dar la vuelta al balance de poder entre Constantinopla y los otomanos.

A falta de un epílogo a la altura de su épica existencia, la historia de Bizancio se aproximaba, de forma inevitable, a sus últimas líneas.

5.- El comercio bizantino

Para los emperadores de Constantinopla el comercio no era tanto una cuestión económica como una cuestión política, ya que Bizancio había hecho de la ostentación y el lujo un instrumento de poder. Los bienes eran importados aunque no se realizaran exportaciones para equilibrar los pagos, lo que suponía que la diferencia debía ser abonada en oro. Roma había podido cubrir sus necesidades básicas con su propia producción, pero importaba de Oriente piedras preciosas, seda, especias y otros bienes de lujo, financiando las compras con el oro que obtenía a través de Nubia y, dependiendo de la situación política en relación con el imperio parto, del Cáucaso e incluso de los Urales. Sin embargo, Bizancio experimentó un descenso en sus reservas de oro, debido en gran parte a que el metal que se entregaba a los persas en intercambios comerciales no regresaba de nuevo a la circulación. La razón era sencilla, pero imposible de modificar para los bizantinos: los persas utilizaban el oro para la ornamentación de palacios y templos, para la

fabricación de joyas y de ropajes recamados, pero la moneda con la que pagaban las transacciones comerciales se acuñaba en plata, no en el metal dorado[1221]. De este modo, cada transacción comercial internacional con Persia suponía que una parte del oro bizantino desaparecía sin esperanza de regresar en alguna transacción inversa futura, como ocurre en los sistemas comerciales interconectados. Cuando nuevos poderes tribales se hicieron con el control de las estepas rusas en el siglo IV y V y en el siglo VI dio comienzo un nuevo periodo de guerras con Persia, el acceso bizantino a las fuentes suministradoras de oro se hizo aún más exiguo, creando una situación que ya era alarmante en el reinado de Justiniano.

La aparición del imperio de los turcos azules en Asia Central en el mismo siglo VI dio un respiro económico a Bizancio, ya que permitió mantener abierta una ruta comercial con Oriente sobrepasando Persia, con quien estaba en guerra, por el norte. Sin embargo, no se trató más que de un respiro parcial y poco duradero, ya que antes de que el siglo concluyera el dominio turco se desintegró de nuevo en un mosaico de tribus que volvió a hacer insegura la ruta que soslayaba al imperio sasánida. Por suerte para Bizancio, cuando el trayecto todavía era practicable, monjes nestorianos recorrieron la ruta hasta China y regresaron trayendo consigo huevos de gusano, lo que consituiría el germen de la posterior industria bizantina de la seda[1222].

Los ingresos facilitados por la seda fueron solo un tenue alivio: el emperador Heraclio se encontró casi sin dinero para afrontar la enésima guerra con Persia y la situación empeoró cuando los sasánidas se hicieron con Siria y Egipto. El dinero de la Iglesia financió las campañas posteriores, en las que Heraclio recuperó lo perdido e incluso se hizo con el tesoro persa, pero las grandes cantidades de oro adquiridas apenas enriquecieron la tesorería del *basileus*: la mayoría fue

[1221] RUNCIMAN, S., "Byzantine Trade and Industry", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008, p. 134.
[1222] RUNCIMAN, "Byzantine Trade and Industry", p. 136.

a parar a manos de la Iglesia, en pago de la deuda contraída y de sus intereses.

Si las guerras con Persia habían supuesto un estrechamiento de los canales por los cuales llegaba el oro a Constantinopla, la aparición del imperio árabe los redujo a la mínima expresión y terminó por cortarlos por completo. A comienzos del siglo VIII, la siempre activa diplomacia bizantina consiguió un gran éxito al reabrir las rutas que traían oro desde los Urales, mediante diversos acuerdos con los jázaros, que controlaban las estepas. Una parte importante del acuerdo fue el trabajo de artesanos constantinopolitanos en la construcción en piedra de una capital para el khan jázaro, Sarkel, a orillas del mar de Azov. El oro de los Urales se vio complementado, a finales de siglo, por el procedente de los monasterios durante el reinado de los emperadores iconoclastas, que expropiaron parte de las riquezas de la Iglesia. Sin embargo, el gran proveedor de oro de Bizancio en el siglo IX serían los propios árabes, que con la consolidación de su imperio comenzaron a importar manufacturas bizantinas y productos de España y el norte de Europa, que llegaban a ellos a través de Bizancio, y por los que los musulmanes pagaban en oro[1223].

Hasta el siglo VI, el comercio internacional bizantino había estado centralizado y bajo el control de un funcionario del gobierno, el conde del comercio, pero desde esa centuria se procedió a descentralizar el sistema, creándose unos funcionarios locales, los *comerciarii*, que gozaban de notable autonomía en la gestión de las cuestiones mercantiles. Las ciudades comerciales bizantinas se convirtieron en metrópolis multiculturales, en especial la propia Constantinopla. La única diferencia jurídica que sufrían los mercaderes extranjeros era el tener que pagar impuestos por importar y exportar bienes, pero el resto de la normativa bizantina les amparaba y sus vidas eran cuidadosamente protegidas por las autoridades, que también prestaban atención a sus necesidades culturales: en Constantinopla, por ejemplo, se mantuvo

[1223] RUNCIMAN, "Byzantine Trade and Industry", pp. 138-139.

abierta de forma permanente una mezquita para uso exclusivo de los comerciantes musulmanes.

Los mercaderes foráneos debían avisar a las autoridades de Constantinopla de su llegada a la ciudad y mantenerlas informadas de sus actividades; ninguno podía permanecer más de tres meses en ella. Cada mercader quedaba asignado a un funcionario especial, denominado *mitata*, que ejercía de enlace entre la comunidad comercial y las autoridades bizantinas. En un principio, las normas eran idénticas para los comerciantes occidentales y los musulmanes, pero cuando las repúblicas italianas establecieron cónsules para velar por sus intereses poco a poco consiguieron privilegios para sus mecaderes. Los mercaderes rusos eran considerados los más rudos y menos civilizados, más próximos a la noción bizantina de bárbaros que las demás comunidades, por lo que, aunque se les daba alojamiento gratuito y libre acceso a los baños, se les mantenía en un sector aparte del resto de la urbe, no pudiendo entrar dentro de los muros de la ciudad sin una escolta bizantina[1224].

El comercio marítimo estaba estrictamente regulado, a través de un código conocido como las Leyes de Rodas, debido a la fama de marinos y comerciantes que los rodios habían adquirido durante la dominación romana del Mediterráneo. Las Leyes de Rodas estuvieron vigentes, sin cambios ni paréntesis, durante medio milenio, entre los siglos VIII y XIII.

Poco a poco, cobró cada vez más importancia económica la llamada ruta varega, que conectaba Bizancio con los principados fundados por los nórdicos en los cursos de los ríos de la estepa, cuya ciudad más importante era Kiev. A través de esta ruta, llegaban a la capital imperial pieles, cobre, esclavos y miel, que eran pagados por los bizantinos con sedas, productos de lujo y oro[1225].

[1224] RUNCIMAN, "Byzantine Trade and Industry", p. 204.
[1225] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 177.

El siglo XI fue catastrófico para la economía y el comercio de Bizancio. Las invasiones de los Balcanes por los pueblos de las estepas, las incursiones normandas sobre el Épiro y, sobre todo, la pérdida de las provincias de Asia Menor, pusieron al tesoro de Constantinopla contra las cuerdas. A cambio de la ayuda veneciana en el Adriático, para poner fin a las depredaciones de los normandos, el emperador Alejo se vio obligado a conceder la Bula de Oro del año 1092. En compensación por los créditos dados, los venecianos, "comerciantes por naturaleza y por necesidad"[1226], eran libres de comerciar con cualquier mercadería, sin intervención ni control de los oficiales bizantinos, en una amplia lista de puertos del imperio, que incluía todos los principales, con excepción de los de Creta, Chipre y de los puertos de Rossia y Matracha, en la costa septentrional del mar Negro, desde donde se importaba el caviar del *basileus* y el pescado seco que era una parte vital de la dieta del pueblo bizantino[1227]. Esto suponía que los venecianos no pagaban ningún impuesto, mientras que el resto de mercaderes extranjeros debía satisfacer una tasa equivalente al 10% del valor de las mercancías compradas o vendidas. Aunque los herederos de Alejo trataron de revocar la concesión, Bizancio ya carecía de la fuerza para hacerlo. Más aún, otras repúblicas italianas presionaron para conseguir privilegios similares, lo que llevó a que los impuestos a los pisanos se redujeran al 4% en 1111, y a que los genoveses consiguieran en el 1155 lo mismo, además del derecho a asentarse permanentemente en Constantinopla[1228].

El resultado final fue que el comercio bizantino quedó prácticamente en su totalidad en manos de las repúblicas italianas y estas sutituyeron al imperio como actor dominante del comercio

[1226] NICOL, *Byzantium and Venice*, p. VII.

[1227] Esta no fue la primera concesión de este tipo; ya en el año 1002 se dieron a Venecia exenciones, en compensación por su ayuda para expulsar a los musulmanes de Bari (GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 179).

[1228] RUNCIMAN, "Byzantine Trade and Industry", p. 246.

internacional[1229]. La comunidad italiana en Constantinopla aumentó hasta las 60.000 personas, que, aunque inicialmente habían vivido con el resto de la población, terminaron asentándose en barrios propios a lo largo del Cuerno de Oro.

6.- La diplomacia bizantina

"La superviviencia del imperio Bizantino es un éxito estratégico sin comparación"[1230], y una gran parte de ese éxito cabe atribuirlo a la gestión de la política exterior realizada por los bizantinos. Esta era

> "centralizada, gestionada directamente desde la capital y dirigida por funcionarios imperiales que recibían altos cargos, generosas recompensas y variados privilegios"[1231].

En algunos sentidos, "el arte bizantino de la diplomacia era una herencia romana"[1232], pero lo cierto es que la política exterior de Bizancio que debe ser contemplada en todo se alcance: diplomacia, guerra, comercio, religión, etc. Respecto de ella, Luttwak afirma:

> "Se basó en la capacidad de generar, siglo tras siglo, un poder desproporcionado a su fuerza militar, combinado con una capacidad de persuasión dirigida por una información superior a la de sus oponentes"[1233].

[1229] GEANAKOPLOS, *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*, p. 177.
[1230] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 12.
[1231] KAZDHAN, "The notion of Byzantine diplomacy", p. 9.
[1232] MESKO, *Nomads and byzantium problematic aspects of maintaining diplomatic relations with the pechenegs*, p. 1.
[1233] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 12.

Para crear sus redes diplomáticas, Bizancio utilziaba dos tipos de embajadas, la misión sencilla y lo que podría denominarse embajada completa. La primera se usaba para hacer llegar una carta o documento a un gobernante extranjero y llevar de vuelta la respuesta al emperador. La segunda tenía por propósito negociar acuerdos y era de mayor tamaño, dependiendo su importancia de la cuestión a negociar y del estatus que daba Bizancio a su contraparte. El número de miembros oscilaba mucho, ya que hay noticias de embajadas formadas por menos de una docena de hombres y otras, en cambio, que superaban los 140 integrantes. Las misiones más frecuentes eran notificar la subida al trono de un nuevo emperador y reafirmar el *status quo* previo con la potencia receptora, reconocer a gobernantes extranjeros que acababan de subir al trono, anunciar victorias y otros acontecimientos importantes, responder a peticiones de ayuda, negociar acuerdos comerciales, etc[1234].

Los embajadores eran entre una y tres personas distinguidas, una de las cuales estaba al frente de la misión, en muchos casos un jurista[1235]. El criterio clave en la selección de los embajadores bizantinos, que, en su mayor parte, procedían de las grandes familias nobilizarias del imperio, era la confianza del emperador[1236]. Además, había una virtud que se valoraba por encima de todas las demás en un embajador, la *synesis* o prudencia, la cualidad que debía adornar a todo diplomático, según la concepción bizantina[1237].

El conocimiento del Derecho romano por los embajadores de Bizancio era un instrumento de gran utilidad, sobre todo cuando se negociaba con pueblos que se habían asentado dentro de los dominios de Roma y que sentían admiración por la cultura jurídica romana. Los

[1234] CHRYSOS, "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", p. 32.
[1235] OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p. 79-83.
[1236] OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p. 84.
[1237] CHRYSOS, "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", p. 31.

enviados bizantinos ejercieron una enorme influencia en cómo estos pueblos configuraron los nuevos estados surgidos de la desintegración romana, siendo uno de los elementos clave del fenómeno de la *imitatio imperii*, el intento de asemejar las estructuras de estas nuevas entidades políticas a los modelos jurídicos e institucionales romanos. Las *leges barbarorum*, que se convirtieron en la piedra angular del sistema legal de los nuevos reinos, fueron el modo en que estos absorbieron la herencia jurídica romana, pero no les fue transmitida a través de los autores clásicos, sino por los diplomáticos y asesores bizantinos[1238].

Los diplomáticos al servicio de Constantinopla consiguieron crear una red de relaciones internacionales en la que la posición relativa de cada actor se basaba en su proximidad respecto del emperador, constituyendo lo que se ha definido gráficamente como "el califato bizantino"[1239] o, según otros autores, una suerte de "familia de las naciones"[1240]. El coste de la embajada corría a cargo de Bizancio hasta que esta llegaba a las fronteras de su lugar de destino. Desde ese punto, existía una costumbre internacional que exigía que la potencia receptora se hiciera cargo del alojamiento, manutención, protección y cuidado de los diplomáticos. Por si acaso esto no se llevar a cabo, o se hiciera de forma defectuosa, los diplomáticos bizantinos eran dotados de fondos

[1238] CHRYSOS, "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", p. 34.
[1239] WIET, G., "L´empire neo-byzantin des Omméyades et l´empire neo-sassanide des Abbasides", en *Cahiers d´historie mondiale*, nº 1, 1953, pp. 63-71.
[1240] Esta última noción es negada por Chrysos, que afirma que no hay ninguna evidencia que sostenga su uso preciso. Sin embargo, reconoce que la carencia de fuentes diplomáticas de la época dificulta emitir un juicio riguroso, ya que no ha llegado hasta nuestros días ni un solo texto original o copia completa de acuerdos bizantinos anteriores al año 800; lo único que se conserva previo a esa fecha es un fragmento del acuerdo firmado con Persia en el año 561 (CHRYSOS, "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", p. 37).

para poder asumir los gastos derivados de la embajada, de ser necesario[1241].

Bizancio fue el primer estado en tener un área institucional y administrativa específica para la gestión de aspectos concretos de su política internacional, el *skrinion barbaron* -o *barbarorum*- un órgano que se ocupaba de recibir y tratar a los enviados diplomáticos extranjeros a la corte del *basileus*[1242]. No obstante, el imperio carecía de personal especializado[1243]. En Bizancio no había diplomáticos como tales, sino una sucesión de agentes del emperador que podían ser comandantes militares, diplomáticos, espías o administradores en función de las circunstancias y de las misiones que se les hubieran encomendado. De hecho, ni siquiera en los más altos puestos se daba esta especialización y los oficiales que gestionaban asuntos relacionados con la diplomacia, como el Maestro de los Oficios o el Logoteta -una suerte de ministro de Correos que se ocupaba de gestionar la correspondencia diplomática, responsabilidad separada de la de la cancillería, que administraba el resto de documentos[1244]-, también se ocupaban de materias que nada tenían que ver con la política exterior[1245]. De igual modo, los servicios de información imperiales,

[1241] OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p, 85,

[1242] NICOLSON, H., *The evolution of diplomatic method*. Oxford, 1953, p. 25. Ganshof niega que pueda dársele la consideración de órgano específico para la gestión de las relaciones internacionales, pero su afirmación es genérica y no la respalda con argumentos específicos, ya que se limita a señalar que no hubo en la Edad Media tal tipo de órgano, "ni siquiera en Bizancio" (GANSHOF, "La Edad Media", p. 228). En la misma dirección se manifiesta OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p. 77.

[1243] GANSHOF, "La Edad Media", p. 34.

[1244] OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p. 77.

[1245] MESKO, *Nomads and byzantium problematic aspects of maintaining diplomatic relations with the pechenegs*, p. 1.

compuestos por los llamados *agentes in rebus*, abarcaban campos de actuación ajenos a las relaciones internacionales[1246].

La preparación de las embajadas recaía en el Logoteta y los embajadores bizantinos solían ser laicos, algo que contrastaba con la práctica medieval de la Europa Occidental, que recurría en gran medida a clérigos como enviados diplomáticos, sobre todo a lo largo de la Alta Edad Media[1247]. Otro rasgo definidor de los embajadores bizantinos era el hecho de que solían tener un alto cargo en la administración imperial, encontrándose embajadores adscritos tanto a la parte civil de la burocracia bizantina -por ejemplo, los maestros de ceremonias o *silentiarios* que se enviaron en entre los siglos VIII y IX a los francos- como a las altas esferas de los mandos militares, como *spatarios* y *prothospatarios*[1248].

Buena parte del pensamiento diplomático bizantino nos ha llegado a través de la obra de Constatino Paleólogo *De administrando imperio*, un manual de gobierno que el *basileus* encargó para la educación y formación de su hijo y heredero, el futuro emperador Romano II. Dado que pretendía ser, ante todo, una obra de carácter práctico, el tratado eludía las cuestiones retóricas para centrarse en la práctica de gobierno. La obra, que se declaró confidencial y cuya circulación se limitó a los estamentos más altos de la administración bizantina, hacía hincapié en que los gobernantes extranjeros debían ser intimidados mediante la majestad imperial, lo cual implicaba la inaccesibilidad y la negación de cualquier posible matrimonio del emperador con princesas extranjeras, salvo, según el autor, con damas

[1246] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 12 y 82.
[1247] El logoteta perdió sus competencias sobre la documentación diplomática cuando se creó una segunda cancillería, de tal modo que toda la gestión documental del imperio quedó en manos de los cancilleres (OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p. 77).
[1248] GANSHOF, "La Edad Media", p. 33.

francas, por la especial vinculación del imperio carolingio con la herencia romana en Occidente[1249].

Bizancio buscó de forma constante la construcción de lazos con las potencias de su esfera de influencia, ya fuera educando en Constantinopla a los hijos de los aristócratas extranjeros, a través de una intensa política matrimonial, a despecho de lo afirmado en *De administrando imperio* [1250], o mediante la conversión al cristianismo de gobernantes y pueblos vecinos. El uso de misioneros llegó a ser tan intenso que se ha hablado de "imperialismo cultural" por parte de Bizancio[1251]. De hecho, la política de matrimonios aparece en muchos casos ligada a la evangelización, como ocurrió en el caso de los matrimonios de princesas bizantinas con líderes rusos, en los que se exigía la previa conversión al cristianismo del príncipe[1252]. Esta fue la fórmula que llevó a la conversión de los paganos rus en cristianos, cuando el príncipe Vladimir se convirtió para recibir como esposa a la princesa bizantina Ana, que llegó a Kiev en el año 998. Moscú acabaría teniendo un metropolitano -equivalente a arzobispo en la nomenclatura occidental-, sometido, al menos formalmente, a la autoridad del patriarca de Constantinopla[1253], lo cual implicaba la subordinación al

[1249] NICOL, "Byzantine political thought", p. 57.

[1250] Esta práctica fue en aumento a partir del año 1000 (SHEPARD, J., "Marriages towards the millennium", en MAGDALINO, P., (Ed.), *Byzantium in the year 1000*. Leiden, 2003, p. 1).

[1251] HALDON, "The Byzantine Empire", p. 236.

[1252] Para Luttwak, los rusos fueron el principal objetivo de la diplomacia religiosa bizantina y, sin duda, su mayor éxito (LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 85).

[1253] De forma indirecta, la conversión de los rusos llevó a la de los lituanos en 1386, también a través de una serie de enlaces matrimoniales. El hijo del líder lituano Jagiello fue bautizado cuando se casó con la reina de Polonia, a través de la cual Lituania quedó vinculada a Roma. En el año 1391, la hija del gobernante de Lituania, Vitovt, se casó con Vasili I Dimitrievich, gobernante de Moscú, por el rito de la iglesia ortodoxa de Moscú, desviando el cristianismo lituano hacia los modelos de la Iglesia oriental (HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 320).

emperador mismo, como cabeza de la Iglesia en un régimen cesaropapista como era el bizantino.

Otro caso importante de uso del matrimonio como instrumento diplomático tuvo lugar cuando Miguel VIII Paleólogo, el emperador que recuperó Constantinopla de manos latinas, casó a su hija ilegítima Eufrosia con Nogai, bisnieto de Genghis Khan y nieto de Jochi, líder de la Horda Dorada. Su otra hija ilegítima, Maria Despina Palaiologina, fue casada con otro líder mongol de linaje aún más alto, Abaqa Khan, el bisnieto de Genghis que lideraba el Ilkanato. María tomó en Bagdad el nombre de Despina Khatun y alcanzó una notable influencia en la corte de los Ilkanes. La utilidad práctica de estos enlaces quedó demostrada cuando Nogai aportó 4.000 jinetes de la Horda Dorada al ejército con el que el emperador Miguel desalojó de Tesalia a sus enemigos latinos. A la muerte de Abaqa Khan, María Palaiologina regresó, ya anciana, a Constantinopla, donde sufragó la construcción de una iglesia, a la que denominó Nuestra Señora de los Mongoles. Cuando en 1453 la ciudad cayó en manos otomanas, por respeto a la memoria de Despina Khatun, Nuestra Señora de los Mongoles fue la única iglesia cristiana que no fue convertida en mezquita[1254].

En cualquier caso, el matrimonio diplomático supuso una ruptura entre el modelo romano de gestión de la política exterior y el bizantino. Roma no utilizó este tipo de enlaces en sus relaciones internacionales, dada la debilidad de las contrapartes con las que estos matrimonios pudieran haber tenido lugar. La práctica del matrimonio dinástico bizantino parece entroncar, por tanto, más con la herencia helenística que con la romana. Era un instrumento que debía manejarse con cuidado, porque el prestigio de la casa imperial podía resultar dañado al entregar una princesa a un caudillo nómada o al harén de un

[1254] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 105. Otras fuentes señalan que la iglesia fue respetada como tributo al valor de los defensores cristianos que lucharon palmo a palmo en sus inmediaciones, lo que hizo que los otomanos la conocieran durante décadas como *Kanli Kilise*, la Iglesia de Sangre.

gobernante musulmán. En otros casos, la gestión suponía menos riesgos para la imagen del imperio: Justiniano II y Constantino V se casaron con princesas jázaras y muchos emperadores contrajeron nupcias con princesas búlgaras, georgianas, húngaras…[1255]. El hecho de que los matrimonios con princesas occidentales, aún existiendo, fueran menos numerosos es síntoma de varios procesos: las difíciles relaciones de Bizancio con las potencias occidentales, enturbiadas por las cuestiones teológicas y políticas que enfrentaban al *basileus* con los emperadores francos y germanos así como con el papado; el vuelco cada vez más acusado de la política exterior bizantina hacia el este; y el origen, igualmente oriental, de las peores amenazas que sufría el imperio, lo que le llevaba a buscar aliados en Levante.

En este último sentido, Bizancio optó de forma sistemática, por diseñar un sistema de alianzas que encajaría dentro de la tipología denominada alianzas de flanco o, de una forma más acertada para la semántica castellana, alianzas de flanqueo: aquellas en las que una potencia no busca la ayuda de otro actor con el que comparte frontera, si no de uno que comparte frontera con el actor hostil contra el que está diseñada la alianza. Este modelo de alianza fue utilizado reiteradamente por los bizantinos contra las tribus de las estepas, buscando siempre a la potencia tribal que podía atacar por la retaguardia a quienes amenazaban al imperio, ya fueran hunos, ávaros, magiares, búlgaros, pechenegos o cumanos. Pero no solo a potencias tribales: los acuerdos con el khan turco Sizabul, que llevaron a los embajadores bizantinos hasta la Montaña Dorada, en la actual China, es un ejemplo de una alianza de flanqueo de dimensiones colosales, pergeñada para destruir la amenaza persa sobre las fronteras bizantinas, a miles de kilómetros del lugar donde se suscribió el acuerdo.

Recurrir a alianzas de flanqueo para tratar de contener a los nómadas era una política insatisfactoria, ya que no ofrecía una solución que estabilizase la situación en el largo plazo, dada la predisposición de

[1255] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 101 y 103.

las potencias esteparias a la inestabilidad y la mutabilidad. Sin embargo, soluciones más duraderas, como la conquista, eran poco viables. En la Edad Media, el elemento estratégico clave era el control de la agricultura, ya que, aunque el comercio podía dar proporcionalmente mayores ingresos al Estado, solo la agricultura permitía sostener un verdadero poder político -incluso en un momento tan avanzado como el siglo XVII, el imperio otomano recibía entre el 63% y el 94% de sus ingresos de los impuestos sobre la tierra, frente a entre un 4 y un 6% del comercio-. Las estepas y desiertos al norte y al sur de los dominios bizantinos eran pobres y con frecuencia no podían contener las poblaciones que albergaban, si algún factor -como un movimiento migratorio- rompía el equilibrio previo. Esto convertía a estos pueblos en una amenaza perenne para Bizancio y el Califato musulmán, amenaza que no podía ignorarse, pero a la que tampoco se podía dar solución permanente, ya que los gastos de una conquista en toda regla no compensaban los paupérrimos beneficios de la misma y, el coste de mantener la maquinaria militar necesaría terminaría por ser insostenible en el medio plazo. Esto hizo que Bizancio se viera avocada a buscar soluciones parciales para afrontar la amenaza de estos pueblos: alianzas, subsidios, campañas punitivas ocasionales, conversión cultural, etc.[1256].

Los bizantinos siguieron al pie de la letra la máxima de Sun Tzu "si eres débil, aparenta ser fuerte", y dieron una importancia enorme al esplendor de su capital y de su corte como parte de los activos diplomáticos del imperio. Impresionar a caudillos tribales y embajadores extranjeros con su riqueza, sofisticación y apariencia de poder era un elemento de máxima importancia para salvaguardar al imperio de sus enemigos a través del temor y la creación de una imagen de superioridad e invencibilidad. Cuando el embajador de la Cuarta Cruzada Geoffrey de Villehardouin contempló por primera vez las murallas de Constantinopla, escribió que no había en el mundo hombre

[1256] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 36.

tan valiente que no temblara ante la visión de la capital bizantina[1257]. Para impresionar a los visitantes, se les guiaba en un recorrido por la ciudad en el que se ofrecían intencionadamente las vistas más impresionantes de la metrópolis y que discurrían frente a unidades militares en formación. Si la ciudad impresionaba a un cruzado y diplomático occidental como Villehardouin, mucho más impacto causaba en los caudillos y enviados tribales que provenían de un mundo de espacios vacíos y yurtas. Así, "la metrópolis de Constantinopla, con sus atractivos espirituales y materiales era el más poderoso instrumento de persuasión del imperio"[1258].

La voluntad de impresionar a los diplomáticos extranjeros estaba presente en cada elemento del ritual cortesano, pero en ningún otro momento era tan evidente como cuando los enviados foráneos llegaban a presencia del emperador. Este solía hacer su entrada en un trono que se elevaba sobre la concurrencia mediante poleas y mecanismos hidráulicos, para maravilla de los visitantes menos familiarizados con las sutilezas técnicas y que, además, escuchaban rugir a las esculturas de leones que rodeaban el trono. El ritual de la *proskynesis* -"el gesto ritual de súplica o reverencia que se manifiesta físicamente mediante la genuflexión o la postración completa"[1259]- también formaba parte del ceremonial bizantino, a dónde había llegado a través de la herencia griega y macedonia, que, a su vez, lo había importado de Persia durante los años en que Alejandro Magno fue señor de medio mundo. En la Corte bizantina parece estar asociado a la paz y a las relaciones de alianza, lo que lleva a pensar que era contemplado como un honor para quien lo ejecutaba. Así lo señalan algunos textos que hablan de la *proskynesis* de representantes genoveses ante el *basileus*, como aliados imperiales, mientras que a los delegados de Venecia, enemistados con el *basileus*, solo se les permitía efectuar una reverencia.

[1257] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 1; la misma autora señala, con acierto que "la imagen imperial de Bizancio constituía la manifestación visual esencial de su soberanía".
[1258] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 92.
[1259] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 126.

Bizancio fue generosa con el uso de sus riquezas como arma para la construcción de una red de alianzas, dado que, mientras se mantuviera la paz, su economía era más productiva que la de sus oponentes y le permitía generar riquezas a un ritmo mayor. La transferencia de lealtades era una táctica usada por Bizancio, enviando regalos a los aliados extranjeros de los enemigos del imperio. Con preferencia, se buscaba ganar la voluntad de los hijos menores de los caudillos, de los oficiales subordinados y de las tribus sometidas, antes que las de los propios gobernantes, por considerar que era más fácil que este segundo escalón de líderes cambiara de lealtad. El uso de estos sobornos alcanzó tal proporción, por cantidad e importancia diplomática, que puede hablarse de "subversión a escala estratégica" contra los adversarios potenciales de Bizancio[1260].

Los regalos y los sobornos fluían del corazón del imperio a las potencias vecinas a través tanto de las embajadas como de las propias campañas militares, donde era costumbre que los ejércitos se desplazaran portando consigo importantes cantidades de regalos para ganarse lealtades, sobre todo tribales, a medida que se desarrollaban las operaciones. Hasta nuestros días ha llegado un documento del siglo X en el que se ofrece una lista de los bienes que se recomienda que porten las expediciones militares bizantinas para efectuar regalos y sobornos: ropas, vajillas ceremoniales, perfumes, espadas, telas, libros litúrgicos y de historia, tratados de estrategia y un surtido de sustancias médicas. Los regalos eran entendidos como una parte estratégica de las negociaciones con otras potencias o de las celebraciones por la conclusión de una paz[1261].

De entre todas las mercancías utilizadas por la diplomacia bizantina, ninguna era más eficaz que la seda para su uso como recurso diplomático:

[1260] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 51 y 71.
[1261] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 60.

> "La seda era un activo precioso, transportable y prestigioso de la diplomacia bizantina (…). La seda tenía las ventajas perfectas para la diplomacia a larga distancia: era fácilmente transportable, ya que era ligera y flexible, y su valor económico era máximo, en ocasiones equivalente a las especias"[1262].

Un tipo de regalo que jugó un papel especial en la diplomacia bizantina fueron las reliquias asociadas al cristianismo, utilizadas en varias ocasiones como presentes cualificados en los intentos de Bizancio de sellar alianzas. Un ejemplo de ello lo encontramos en la búsqueda de ayuda por parte del emperador Manuel II contra los otomanos. A lo largo de su viaje por Occidente, el *basileus* escribió a los reyes de Castilla, Portugal y a los gobernantes italianos ofreciéndoles reliquias a cambio de su ayuda. Incluso se llegaron a ofrecer como garantías para la devolución de préstamos, como ocurrió con Venecia en 1395, si bien los venecianos, siempre pragmáticos, se negaron a aceptar semejante prenda. Fragmentos de la túnica de Cristo fueron enviados al papa Bonifacio IX, a su rival el antipapa Benedicto XIII, a la reina Margarita de Dinamarca, a Enrique IV de Inglaterra y a Martín I de Aragón. Fragmentos de la Vera Cruz se enviaron a Carlos III de Navarra y al duque de Berry, y parte de la corona de espinas fue remitida a los Visconti, señores de Milán, todo en un intento de atraerles a la causa bizantina, ya que la función diplomática de estas reliquias era enfatizar el aspecto devocional de la ayuda a Bizancio, por encima de las diferencias confesionales entre griegos y romanos, dando al apoyo la forma de un cruzada que reuniera a cristianos orientales y occidentales contra los otomanos[1263]. Parece muy adecuado la definición del uso de las reliquias en la política exterior bizantina como de un verdadero "rompehielos diplomático"[1264].

[1262] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, p. 41.
[1263] HISDALE, *Byzantine art and diplomacy in age of decline*, pp. 227-229.
[1264] BAKER, J., *Manuel II Palaeologus (1391-1425): a study in late Byzantine statesmanship*. New Brunswick, 1969, pp. 176-177

La historiografía ha acuñado el concepto *superbia graecorum*, a imagen y semejanza de la *superbia* romana, para hacer referencia al sentimiento de superioridad de los bizantinos respecto de la mayor parte de los pueblos de su entorno, algo que habría perjudicado a la eficacia de su diplomacia, creando un intenso resentimiento entre colectivos como los búlgaros o los eslavos, que les hacía más proclives a enfrentarse con Bizancio cuando la fuerza del imperio no era lo bastante poderosa para mantenerlos sometidos o, al menos, apaciguados. Sin embargo, un autor de referencia, Obolenski, considera que no hay ninguna prueba que respalde esta idea y que no hay elementos que permitan afirmar que la diplomacia bizantina se vio lastrada por un sentimiento general de hostilidad hacia el imperio[1265].

Uno de los grandes éxitos de la gestión internacional de Bizancio fue que su cúpula política fue capaz de dotar a su diplomacia de un objetivo claro, conciso y acertado: toda la política exterior bizantina estaba volcada en conseguir que los enemigos del imperio no se atrevieran a atacarlo y que otras potencias, a su vez, lucharan contra esos enemigos de Bizancio. Estos fines estaban engarzados en una estrategia de conjunto que abarcaba todos los aspectos de la gestión política del imperio, desde el ceremonial a los impuestos[1266]. Durante siglos, la política exterior bizantina fue coherente y, en líneas generales, gestionada con altos estándares de calidad. Todo ello hizo que fuera tomada como modelo por las potencias que trataron con ella: los imperios musulmanes, Venecia y las potencias del Occidente cristiano[1267].

La estrategia bizantina no surgió de la nada ni fue una creación súbita. Los primeros atisbos comenzaron a dibujarse antes de la caída del imperio romano de Occidente, a partir de una serie de respuestas improvisadas a la incontrolable amenaza de Atila. Durante el reinado

[1265] OBOLENSKY, *Il Commonwealth bizantino*, p. 6.
[1266] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 12.
[1267] OIKONOMIDES, "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", p, 83.

de Teodosio II, del año 408 al 450, los bizantinos se dieron cuenta de que ninguna medida exclusivamente militar tenía posibilidades de éxito frente a las hordas hunas, ya que combinaban dos virtudes que, hasta ese momento, el pensamiento militar creía excluyentes: una fuerza de gran tamaño dotada de una gran movilidad.

El imperio de Atila era demasiado grande para utilizar la técnica bizantina de volver a un pueblo de la estepa contra otro. Aprovechando las perpetuas luchas por los pastos entre clanes nómadas, Bizancio convirtió en los siglos siguientes el corredor de las estepas -limitado al oeste por el Danubio, al este por el Volga, y al sur por el mar Negro- en su principal arena diplomática. Como no encontraron a ningún pueblo dispuesto a luchar contra los hunos, los bizantinos usaron una "forma inferior" de diplomacia: pagar a los hunos para que dejaran en paz al imperio. Teodosio II acordó abonar 2.000 libras de oro al año a partir del año 447, a cambio de que los guerreros de Atila no hostigaran los dominios bizantinos. A partir de ese pago comenzó a construirse la noción diplomática esencial de Bizancio: diplomacia primero y guerra después, ya que los costes de la primera eran temporales mientras que la segunda supone asumir riesgos cuyas consecuencias pueden ser defnitivas.

Los pagos a Atila no causaban deflación en la economía imperial, ya que el oro que se les daba, los hunos lo usaban para comprar suministros y lujos a los comerciantes bizantinos de las zonas fronterizas. De ese modo, el metal precioso volvía a circular por el imperio al poco tiempo de ser entregado, salvo una la fracción mínima que los hunos se quedaban para utilizarla en la fabricación de abalorios y joyería. Desde el punto de vista estratégico, el pago suponía explotar una de las ventajas financieras del imperio, su liquidez, posible gracias a un eficaz sistema impositivo basado en la anona, un canón sobre la propiedad de la tierra[1268].

[1268] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 43-45.

En el siglo VI, por el contrario, se volvió a las soluciones militares a los problemas exteriores, aprovechando una generación de generales extraordinarios, como Belisario y Narsés, y las innovaciones tácticas que, aprendidas del combate contra los hunos, el ejército bizantino había adoptando[1269]. Estas innovaciones, unidas a un programa de entrenamiento sistemático de las unidades para que fueran capaces de responder a diferentes condiciones bélicas, lo que las volvía más versátiles que las de sus oponentes, otorgaron a los emperadores del siglo VI una superioridad militar sobre sus adversarios de la que rara vez dispondrían en el futuro. Vándalos, alanos y ostrogodos se vieron superados una y otra vez en el plano táctico por las fuerzas bizantinas, sobre todo desbordados ante el uso de la caballería ligera por las fuerzas imperiales. En el siglo VI, pese a la carencia de un estado mayor o cualquier otra institución análoga, en Bizancio surgió una verdadera escuela de pensamiento estratégico que teorizaba sobre la aplicación de la fuerza en el marco de la política general del Estado[1270].

Sin embargo, el uso de la fuerza como recurso primario de la política exterior bizantina terminó de forma abrupta por un suceso imprevisible: la irrupción en los dominios imperiales de la peste, la más mortífera pandemia de la Historia hasta ese momento. La plaga llegó al imperio procedente de Etiopía, desde donde se extendió a Egipto y, de allí, a Constantinopla[1271]. La enfermedad afectó más a Bizancio que a sus enemigos, y las populosas metrópolis bizantinas fueron asoladas a una escala que no tenía comparación con los daños sufridos por las sociedades rurales. De ser ciertas las cifras que dan los historiadores del momento, como Procopio, la enfermedad habría matado a la mitad de la población imperial en poco tiempo, a un ritmo de 10.000 muertes diarias a lo largo de varios meses. Este colapso demográfico explicaría la pérdida de poder militar bizantino a partir el 541.

[1269] No es casual que, durante el reinado de Justiniano, a imagen y semejanza de los guerreros de Atila, las fuerzas más eficaces del ejército bizantino fueran las unidades de arqueros montados.
[1270] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 17.
[1271] WHITTOW, *The making of Byzantium*, p. 66.

La catástrofe no afectó solo a Bizancio, tal y como narra Frankopan:

> "El Imperio Romano no fue el único que sufrió. Al poco tiempo también las ciudades de Oriente empezaron a ser arrasadas a medida que el desastre se propagaba por las redes de comunicación y las rutas comerciales; las ciudades de la Mesopotamia persa fueron devastadas y finalmente la tragedia llegó a China. Allí a donde llegaba, la peste bubónica sembraba la catástrofe, la desesperación y la muerte"[1272].

La magnitud de la catástrofe ha tendido a ser minimizada por la historiografía contemporánea, considerando que la mortandad de que hablan las fuentes era, sin duda, exagerada, como ocurre en tantas ocasiones con los cronistas. Sin embargo, los análisis de ADN realizados en 2005 a cadáveres de muertos en aquella epidemia han permitido identificar la enfermedad como una cepa extremadamente virulenta de la peste bubónica, un patógeno completamente nuevo para Bizanzio en el año 541. Los patólogos han establecido como posible una tasa de contagio del 90% entre quienes estuvieran en contacto con pulgas, es decir, el 100% de la población bizantina, así como una tasa de mortalidad del 50% entre los contagiados. Todo ello respalda, por espeluznante que resulte, las informaciones de los cronistas contemporáneos: la peste bien pudo llevarse la vida de entre un tercio y la mitad de la población imperial[1273].

Tras el azote de la peste y la muerte de Justiniano, el papel de la fuerza declinó, tanto por la aniquilación humana que supuso como por la disrupción del sistema impositivo en el que se basaba el mantenimiento de unas unidades que requerían entrenamiento constante, como eran los arqueros a caballo, ya que de lo contrario sus habilidades sufrían un deterioro muy rápido. Al comenzar el siglo VII

[1272] FRANKOPAN, *El corazón del mundo*, p. 79.
[1273] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 69-70.

los elementos característicos de la gran estrategia bizantina estaban dibujados, otorgando primacía a la diplomacía frente a la guerra, invirtiendo la prelación de recursos utilizada por el imperio romano en los siglos precedentes.

Se realizaron cambios en la composición del ejército bizantino, con la pérdida de peso de la infantería pesada de tipo legionario y el aumento de las unidades de infantería y caballería ligera respondió no solo a motivos tácticos, sino que era consecuencia del contexto estratégico en que se movía el imperio. Bizancio hubo de afrontar un estado de de guerra continua, porque cada vez que se destruía a un enemigo surgido de las estepas, otro ocupaba de inmediato su lugar. Esto reducía la utilidad de las unidades más pesadas, cuyo propósito militar es únicamente la destrucción en batalla del enemigo. Pero, en el contexto de renovación de los enemigos, para Bizancio esa destrucción tenía poco valor en sí misma, suponía pérdidas humanas y gastos constantes para lograr unas ganancias estratégicas que eran temporales y desparecían tan pronto como las estepas volcaban sobre el imperio la siguiente oleada de invasores nómadas[1274].

No era tampoco fácil negociar con los pueblos de las estepas. A la dificultad de encontrar un punto de acuerdo en un contexto de intereses contrapuestos se sumaban las complicaciones prácticas que suponía llevar a cabo una negociación con poderes tribales. Los grandes poderes estatales, como los sasánidas y los bizantinos, reconocían la ley de las naciones, basada en la costumbre internacional, y que incluía prácticas tales como la inviolabilidad de los enviados diplomáticos. Sin embargo, muchas tribus nómadas o de las estepas no las conocían y, por tanto, no las aplicaban. Este era el caso de los turcos y los ávaros, por ejemplo, con quienes entraba en juego la hospitalidad, la obligación jurídica consuetudinaria de proteger al huésped durante un periodo limitado de tiempo, lapso temporal que no estaba definido y que, en muchas ocasiones, quedaba al arbitrio de quien la ofrecía.

[1274] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 46.

Ante esta situación de inseguridad para los enviados diplomáticos, se extendió la práctica de colocar a los embajadores bajo la protección de un tercer poder, por lo general en buena relación tanto con el receptor de la misión diplomática como con la potencia que la enviaba. De este modo, la embajada bizantina enviada a los ávaros en el año 560 fue realizada bajo la protección de los alanos, que asumieron la obligación de garantizar la seguridad de los embajadores con la idea de que los ávaros no les dañarían si iban protegidos por una tribu amiga. El sistema también funcionaba a la inversa, y cuando el khan turco Sizabul quizo negociar con Bizancio, recurrió a la protección de Maníaco, líder de los oasis sogdianos dispersos a lo largo de de la Ruta de la Seda, que garantizó la seguridad de los enviados turcos, ya que bizantinos y sogdianos negociaban juntos en la ruta de la seda. De que estas precauciones no estaban de más da buen testimonio el intento de los ávaros de capturar al emperador Heraclio durante una negociación con su khan, en el año 623.

Los ávaros no eran una excepción, sino más bien la regla. Los pechenegos, por ejemplo, fueron los mejores aliados de Bizancio en su lucha contra los seljúcidas, pero eran salvajes en sus costumbres y trato, y negociar con ellos era extremadamente peligroso. Los manuales elaborados en la Corte bizantina para sus diplomáticos recomendaban que se negociara desde barcos, y no solo eso, sino que las embarcaciones se mantuvieran lejos de la orilla. También recomendaban tomar y entregar rehenes que garantizaran el acuerdo, y solo entregar los presentes habituales cuando los pechenegos hubieran prestado juramente de acuerdo con la *zakana*, su código de derecho consuetudinario[1275].

A la hora de analizar el enfoque general de la política exterior bizantina, Khazdan cree que del reinado de Justiniano en adelante esta tuvo unas metas esencialmente defensivas, tratando de mantener en pie el imperio frente a la constante presión de las diferentes amenazas

[1275] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, pp. 78-79.

exteriores. Esta concepción defensiva implicó dos consecuencias: la creación de un *limes* militar y la aparición de un cinturón de estados limítrofes situados más allá de la frontera bizantina, pero en su esfera de influencia. Este fenómeno se reprodujo en todas las fronteras del imperio: con las tribus gasánidas, Armenia, el reino del Bósforo en Crimea, los reinos germanos y eslavos en los Balcanes, los pequeños *reges* mauritanos, las tribus blemmyes en Egipto, los reyes nubios los mardaítas de las montañas Nur del actual Líbano…

Las invasiones árabes dañaron irreversiblemente el sistema de estados clienterales -*Klientelkönige*, según un término acuñado por la historiografía actual- en Palestina y Oriente Próximo, y el conjunto de la estructura fue desvaneciéndose lentamente entre los siglos VIII y XI. Para el siglo XII, la situación había cambiado tanto que los principados seljúcidas de Asia Menor eran tratados como iguales por la diplomacia bizantina. Un hecho simbólico pone de manifiesto este cambio: hasta el año 1261, los tratados de Bizancio con otras potencias eran crisóbulos imperiales, es decir, concesiones del emperador, lo cual denota una posición de superioridad por parte de quien concede. Esa fórmula desaparece en el 1261, y los tratados pasan a ser documentos internacionales firmados entre potencias de igual estatus[1276].

En palabras de Luttwak, quizá el autor que ha analizado en mayor profundidad la estrategia exterior de Bizancio:

> "Hay un mito sobre la diplomacia bizantina: astuta, traicionera y a veces perdida en sus propias intrigas; y, como todo mito, tiene su parte de verdad"[1277].

[1276] KAZDHAN, "The notion of Byzantine diplomacy", pp. 11-20.
[1277] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 73.

EPÍLOGO

1.- El invierno

Tras la victoria de Varna sobre las fuerzas cruzadas, en su mayoría húngaras, el sultán Murad, que, a la sazón, tenían tan solo tenía cuarenta años y se encontraba en plena madurez, decidió renunciar al poder y entregar las riendas del imperio a su hijo Mehmet II, que accedió al sultanato en diciembre de 1444, con tan solo trece años. La obsesión de Mehmet por conquistar Constantinopla y sus precipitados planes para lanzarse al asalto de la capital bizantina provocaron que Murad regresara de su retiro para asumir de nuevo el poder, a la espera de que el joven Mehmet adquiriera el grado de madurez necesario para afrontar las responsabilidades que implicaba el gobierno del imperio. Su accesión definitiva al trono tuvo lugar en febrero de 1451, a la muerte de su padre. Mehmet estaba entonces a punto de cumplir los diecinueve años.

La obsesión del joven sultán por la capital del Bósforo no había disminuido. Los preparativos para el asalto final contra el imperio bizantino, que había de concluir con la toma de su capital, se iniciaron en 1452 y llevaron al asedio de la metrópolis, que dio comienzo el 6 de abril de 1453. Pocos episiodios de la Historia han dado lugar a más páginas, escritas tanto por la mano de historiadores como de novelistas. En el asedio de Constantinopla la Historia se hace historia, con una

minúscula engañosa que contiene la épica de lo real agigantado hasta el límite de la leyenda.

No corresponde a este estudio añadir siquiera unas líneas a lo que ya han escrito historiadores como Crowley, en la más reciente obra sobre aquellos hechos, o novelistas como Mika Waltari y, sobre todo Stefan Zweig, sino tan solo señalar que al amanecer del 29 de mayo de 1453 las huestes otomanas de Mehmet el Conquistador irrumpieron en la gran capital imperial de Constantinopla por un pequeño portón casi olvidado en sus murallas, la Kerkaporta de la que habla Zweig en el primero de sus *Catorce momentos estelares de la Humanidad*, y pusieron fin a casi mil años de historia bizantina.

Y, con ella, según las convenciones de la historiografía, tantas veces artificiales, tocaba a su fin el milenio que se denomina Edad Media, uno de los más complejos en cuanto a las relaciones internacionales y su historia se refiere. Esta dificultad emana, en gran parte, de la descomposición de los poderes centrales en muchos lugares del continente europeo, de forma que los sistemas internacionales articulados entre la caída de Roma y la de Constantinopla poseen unos contornos poco definidos, muy alejados de la claridad de márgenes que poseían en la Antigüedad y que adquirirían en los siglos posteriores.

La existencia de potencias subordinadas a otras en diferentes grados constituye una dificultad enorme a la hora de abordar la historia de las relaciones internacionales en el periodo, puesto que resulta difícil en extremo ubicar a muchos actores en la esfera interna o externa de la política europea. Un ejemplo de ello lo constituiría el ducado de Borgoña, con un pie en la existencia como potencia independiente de pleno derecho y otro en la naturaleza de un ducado comprendido dentro del reino de Francia. Por si este tipo de situación no fuera suficiente, los grandes imperios medievales, como Bizancio, los francos o los califatos musulmanes, mantenían relaciones con otros actores que eran sus subordinados en cierto modo, pero que conservaban un grado variable de autonomía, lo que de forma genérica y utilizando una terminología

contemporánea puede denominarse protectorado. La forma en que esta subordinación se desarrollaba variaba mucho de un caso a otro, y adoptaba diferentes manifestaciones, aunque algunas eran comunes a casi todos los casos, como el pago de tributos o la realización de juramentos de fidelidad para con la potencia protectora[1278].

Uno de los elementos definidores del periodo medieval en lo que a las relaciones internacionales se refiere es el uso de la diplomacia directa. Probablemente, en ningún otro momento de la Historia hubo tantas negociaciones llevadas a cabo en persona por las cabezas de los Estados enfrentados entre sí. Las razones que causaron esta época dorada de la diplomacia entre soberanos son variadas, e incluso difieren de un lugar y momento a otros. Entre los francos fue habitual debido a que los gobernantes de los diferentes reinos se encontraban emparentados entre sí, hasta el punto de ser, en muchos casos, hermanos, debido a la práctica de dividir los reinos entre los hijos del monarca fallecido. En la Península Ibérica, la diplomacia directa era un medio que se veía favorecido por las escasas distancias que habían de recorrer los monarcas, algo que también puede percibirse en el extraordinario auge de la diplomacia directa vivido en otras partes de Europa durante los siglos IX, X y XI, en las que las cumbres entre reyes de Francia y emperadores alemanes, o entre reyes de Francia y de Inglaterra fueron muy comunes[1279].

Un caso especial era el del *basileus* bizantino. Durante la mayor parte de la existencia del imperio, se consideraba que la dignidad de su soberano era tal que constituía un desdoro a la misma el reunirse con líderes extranjeros fuera de la corte de Constantinopla, salvo como

[1278] GANSHOF, "La Edad Media", p. 42. Sobre cómo la acometió España en el siglo XX puede verse FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La administración del protectorado en los órganos centrales del Estado (1931-1956)", en ALVARADO PLANAS, J., y DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J. C., (coords.), *La administración del Protectorado Español en Marruecos*. Madrid, 2014, pp. 133-156.
[1279] GANSHOF, "La Edad Media", p. 98.

resultado de una campaña militar liderada por el emperador o alguna otra circunstancia extradordinaria semejante[1280]. No obstante, la dramática situación de sus dominios terminó por impeler a varios *basileus* a encabezar largas misiones diplomáticas en Occidente, con la esperanza de obtener ayuda para salvar su imperio. Así pues, entre los bizantinos parece claro que la diplomacia directa era un arma de último recurso y se confiaba en que lo extraordinario de la naturaleza del embajador sirviera para garantizar el éxito en la siempre complicada labor de obtener apoyo de los cristianos occidentales.

Una parte de la historiografía ha minimizado el papel -o la mera existencia- de las relaciones internacionales en la Edad Media. Para algunos autores, puede trazarse un salto limpio entre la Antigüedad Clásica y el mundo moderno, como si entre ambos periodos no hubiera más que un vacío que salvar:

> "El sistema de relaciones internacionales medieval era totalmente diferente del antiguo. Es erróneo pensar que el sistema moderno es consecuencia de la Edad Media. La mayor parte de los estados modernos son la evolución de las provincias romanas: España, Italia, Francia, Alemania, Gran Bretaña cubren exactamente el territorio de las provincias correspondientes. Austria antes de la Gran Guerra eran las provincias danubianas. No hay ninguna diferencia significativa entre el modo en que se llevaban las relaciones internacionales en la época clásica y en la actual [1920]"[1281].

Sin embargo, en la Edad Media surgieron los primeros órganos institucionalizados para la gestión de las relaciones diplomáticas, tanto en Occidente -a la sombra de la guerra de los Cien Años-, como en Oriente, con la aparición del *scrinion barbarorum* bizantino. Tomaron

[1280] KAZDHAN, "The notion of Byzantine diplomacy", p. 17; GANSHOF, "La Edad Media", p. 99.
[1281] ROSTOVTSEFF, M. I., *The concept of international relations in Antiquity*. Washington, 1920, p. 1.

forma los principales instrumentos jurídicos vinculados a las misiones diplomáticas, como la procura, las credenciales, las instrucciones y los salvoconductos. Muchas de ellas fueron evoluciones de figuras o de nociones jurídicas que procedían del mundo antiguo, claro es, pero fue en el Medievo cuando se convirtieron en parte indisociable de la diplomacia.

Fue también en el periodo medieval cuando aparecieron múltiples elementos definitorios de otro elemento clave de las relaciones internacionales, el comercio de larga distancia: antes de la Edad Media no existía la banca, ni la letra de cambio ni diversas formas contractuales e instrumentos jurídicos mercantiles que definieron el modo en que el comercio internacional se llevaba a cabo, alterando, por tanto, las relaciones económicas entre potencias, algo que es difícil considerar como ajeno a las relaciones internacionales.

Si durante la Edad Media algunas de las nociones de la Antigüedad se mantuvieron e incluso llegaron a la Edad Moderna, como el sueño de la Monarquía Universal -fuente antes de terror entre las naciones modernas hacia el poder de la Casa de Austria o de Luis XIV, en vez del anhelo que fuera en otros tiempos-, también fue en el Medievo cuando se formularon las ideas que marcarían el devenir de las relaciones internacionales posteriores, caso de la razón de Estado formulada por Maquiavelo. Otros instrumentos de las relaciones internacionales vieron modificada su naturaleza, como los rehenes, que, en Occidente, a partir del siglo XII se convirtieron más bien en fiadores. Hasta entonces, el rehén se convertía en prisionero cuando se inclumplía el acuerdo que garantizaban, debiendo abonar un rescate para ser liberados. Desde el siglo XII, el proceso se invirtió: si el acuerdo se incumplía, el rehén pagaba directamente una cantidad, al modo de un garante o fiador mercantil, y solo si no lo hacía perdía su libertad. Junto con otros factores, esto llevó a que la mayor parte de los rehenes fueran eclesiásticos o nobles de alto rango, puesto que eran los

únicos que podían cumplir con las obligaciones económicas que esta evolución de la figura suponía[1282].

Otro elemento clásico redefinido por la práctica medieval fueron los recuperadores: en el texto de un tratado se incluía la designación de un colegio de árbitros que se encargarían de resolver las controversias sobre la aplicación del acuerdo que pudieran surgir. Solía estar formado por cuatro o seis miembros, de los que cada parte elegía a la mitad, más un recuperador añadido, que debía ser elegido de común acuerdo. Eran, por tanto, un tribunal internacional de naturaleza mixta, cuya existencia era permanente en tanto en cuanto el tratado sobre cuya aplicación tenían jurisdicción se mantuviera en vigor[1283].

La forma que adoptó el sistema de recuperadores en la Edad Media fue la cláusula promisoria, común a partir del siglo XIII en los tratados firmados a lo largo y ancho del contienente europeo. Estaban incluidas en el texto de los acuerdos y fijaban el compromiso de las partes de resolver cualquier disputa posterior sobre la interpretación del tratado mediante la decisión de un colegio arbitral fijado en la misma cláusula. Con frecuencia, como ocurre en el Tratado de Thorn de 1411, el colegio estaba formado por un número par de árbitros, elegidos por mitades por cada una de las partes, y en vez de elegirse un último árbitro de común acuerdo, de modo que el número total fuera impar, se designaba al papa como árbitro de apelación si los árbitros colegiados no lograban un acuerdo[1284].

En la actualidad, la idea suprema del Derecho Internacional reside en la independencia e igualdad de las naciones, pero el pensamiento de las relaciones internacionales medievales era exactamente el contrario: el impero romano, la Iglesia y el feudalismo

[1282] GANSHOF, "La Edad Media", p. 107.
[1283] PHILLIPSON, *The international law and custom of Ancient Greece and Rome*, pp. 83-84: MARTÍNEZ PEÑAS, L., *…Y lo llamarán paz*. Valladolid, 2018, p. 392.
[1284] GANSHOF, "La Edad Media", p. 242.

habían imbuido en el sistema internacional la idea de que era necesario un orden mundial jerarquizado, que uniera en un único el imperio los reinos de la Tierra, idea a la que no eran ajenos actores orientales, como el Islam con la noción de Umma, o los mongoles, cuyos khanes se consideraban instrumentos de Tengri, el Cielo; o el mundo chino, con su antiquísima noción de que el emperador es señor de, literalmente, Todo Bajo el Cielo.

La realidad medieval fue mucho más compleja que la simple búsqueda del imperio o la Monarquía Universal, y entre la caída de Roma y la de Constantinopla tres factores hicieron que comenzaran a desarrollarse las bases un sistema embrionario de Derecho Internacional: el cristianismo, el comercio y una revolución en aplicación del derecho privado, la evolución de la ley personal a la ley territorial.

Respecto de este último factor, la ley se aplicó, de forma general, entre los siglos V y XI en base a criterios personales -es decir, cada persona portaba consigo, por así decirlo, el Derecho que le correspondía en función de su situación personal en la sociedad, con independencia de la demarcación territorial en la que se encontrara-. A partir del siglo XII se produjo un renacer del estudio del Derecho Romano, a causa de la cual la legislación justinianea se convirtió en la base legal de todos los países de Europa Occidental. Esto, combinado con elementos del Derecho germánico, llevó al establecimiento de la territorialidad como patrón básico de aplicación de la ley, por el cual cada individuo queda, en esencia, sometido a la legislación del territorio en que se encuentra[1285].

La gran novedad medieval en materia legislativa internacional, donde fue mucho más allá de la restauración de una normativa romana o clásica, procedió del ámbito mercantil, algo que no debería sorprender

[1285] REDLICH, M. D., *International law as a substitute for diplomacy*. Chicago, 1929, pp. 13-18.

dado el aumento en volumen y complejidad de los intercambios comerciales a larga distancia. Ejemplos de ello son las *Tablas Amalfitanas*, los *Roles de Oleron*, los *Jugemens de Damme* o *Lois de Westcapelle*, el *Libro del Consulado del Mar* y el *Jus Hanseaticum Maritimum*.

De todos ellos, el más antiguo es el texto amalfitano, elaborado a finales del siglo XI, seguido por los *Roles de Oleron*, creados bajo la dirección de Ricardo I de Inglaterra, o quizá incluso de su madre, Leonor de Aquitania. Los *Roles* fueron adoptados como código legal por los mercaderes de España, Inglaterra y Francia y de ellos derivaron los *Lois de Westcapelle* y el derecho marítimo de Wisby. El *Libro del Consulado del Mar* es el último y más completo de los códigos marítimos medievales, surgido a finales del siglo XIV en Barcelona. Por su parte, el *Jus Hanseaticum Maritimum* es una ordenación de varios códigos, compilada en 1590 por la Liga Hanseática. Dados los intereses de esta institución, la legislación que recoge es, sobre todo, ordenación del norte de Europa[1286].

Estos avances en legislación marítima no impidieron que las fronteras naúticas y la responsabilidad dentro de las mismas se convirtieran en fuente de problemas jurídicos en la Edad Media. Según la postura jurídica mayoritaria, que seguía las ideas de Bartolo de Sasoferrato, el estado ribereño tenía jurisdicción sobre el mar adyacente hasta una distancia fijada en dos jornadas de navegación, lo cual equivalía a unas cien millas romanas o 150 kilómetros. En el siglo XIV, Flandes proclamó un *stroom*, o franja de mar sobre la que tenía jurisdicción exclusiva y, para satisfacer a los comerciantes hanseáticos, en 1392 tuvo que hacerse responsable de los actos de violencia que ocurrieran en ella, responsabilidad que poco después también asumió para con los comerciantes escoceses. Las potencias reconocieron a lo largo de las décadas siguientes este *stroom*, que quedó fijado en una vista, es decir la distancia mar adentro desde la que se podía ver tierra

[1286] REDLICH, *International law as a substitute for diplomacy*, pp. 22-23.

o las construcciones sitas en ella, equivalente a unos 21 kilómetros. Lübeck aplicaba desde mediados del siglo XII una regla análoga[1287].

Aparición de órganos especializados en la gestión de la política exterior, aparición de instrumentos diplomáticos como la credencial o el mandato, aparición de las primeras formas de Derecho Internacional… Teniendo en cuenta todo ello parece difícil sostener que la Edad Media fue un mero paréntesis en la historia de las relaciones internacionales, y eso, sin tener en cuenta los meros hechos, puesto que las relaciones internacionales no son solo las instituciones, instrumentos jurídicos y nociones teóricas que se aplican a ese campo, sino la sucesión de acontecimientos políticos, económicos, sociales y militares fruto de la interacción entre actores. En ese sentido, carece aún más de base negar que el mundo moderno procedía directamente del medieval en muchos aspectos clave. La fragmentación política de Italia es un fenómeno medieval, no clásico, y de él derivan importantísimos hechos relativos a las relaciones internacionales en la Modernidad, como la noción del equilibrio de poder, la revolución diplomática renacentista o el papel jugado por las repúblicas mercantiles, en especial Venecia, en la escena internacional posterior. La España casi unificada de finales del Medievo es un eco de la Hispania romana y solo son similares en un análisis superficial. No hay apenas nada que justifique considerar que la provincia romana de Britania y el reino medieval de Inglaterra sean la misma cosa como organización política, en la diplomacia o en el comercio, pero sí hay una conexión directa e insoslayable entre la Inglaterra medieval y la moderna.

No hay un vacío entre la Antigüedad y la Modernidad. La Edad Media no es un periodo de la historia de las relaciones internacionales del que se pueda prescindir por ser una vía muerta del devenir histórico, un callejón de salida jurídico e institucional, una trampa evolutiva que no aportó más que elementos vestigiales a la diplomacia, la guerra o el comercio. Quizá la Edad Media fue un invierno en la historia de las

[1287] GANSHOF, "La Edad Media", pp. 237-238.

relaciones internacionales, en lo que mucho de lo brillante de la Antigüedad despareció para siempre o quedó enterrado, y el pulso de la vida internacional se hizo irregular y se ralentizó. Pero eso no significa que el invierno sea un yermo, sino solo que la naturaleza adopta otras formas, otras estrategias, para seguir adelante. Al igual que, como decía Michael Crichton, "la vida siempre se abre camino", la diplomacia, la política, el comercio y la guerra, adoptaron otras formas durante el milenio medieval, pero, bajo estas, nuevas formas se abrieron camino. Por muchos elementos clásicos que incorporara, la Modernidad es heredera de la Edad Media, también en las relaciones internacionales, del mismo modo que, aunque sus colores nos recuerden al verano, la primavera no surge del estío, sino del invierno.

2.- Solsticio

La última defensa de Constantinopla por el emperador Constantino IX y apenas 5.000 soldados y ciudadanos bizantinos, que resistieron hasta el último hombre a los ejércitos otomanos fue "la más espléndida defensa de la Historia bizantina", el solsticio de un imperio y el de todo un mundo[1288].

El asalto final otomano comenzó a las nueve de la mañana del 29 de mayo de 1453, pero el saqueo de la ciudad imperial se prolongó a lo largo de tres días. Durante el mismo se destruyeron las únicas copias existentes de las tragedias de Eurípides. Entre las montañas de cuerpos que los defensores dejaron en los muros y con los que la matanza sembró las calles de la ciudad del Bósforo, se encontraba el del último *basileus*, Constantino, cuyo cadáver no pudo ser idnetificado, pues murió como un soldado más. El repicar de los cascos del caballo de Mehmet el Conquistador sobre los mosaicos, entre las columnas y bajo las cúpulas doradas de Santa Sofía fue el doblar de las campanas por toda una era, un milenio casi completo, que se extinguió, de forma

[1288] LUTTWAK, *The grand strategy of the Byzantine empire*, p. 16.

simbólica, con la aniquilación de Bizancio. Sin embargo, mientras Mehmet entraba a caballo en Hagia Sofía y juraba abrevar a su montura en el altar de San Pedro de Roma, de las ruinas del Medievo comenzaba ya a construirse otra forma de entender el mundo.

Una joven sobrina del *basileus*, Sofía Paleóloga, sobrevivió a su tío para, casi veinte años después, en el 1472, contraer matrimonio con el zar Iván III, llevando a Moscú el ceremonial, los usos y la cultura bizantina, impulsando la noción de que, tras las caídas de la ciudad del Tíber y de la del Bósforo, la metrópoli del Moscova se alzaría como una tercera Roma. El hijo de Sofía, Iván IV, adoptó el águila bizantina de dos cabezas como emblema imperial, en recuerdo de su madre, y Moscú ocupó el lugar de la caída Constantinopla como protectora de los cristianos de Europa oriental[1289]. Mientras Constantinopla caía, en Génova, un niño de pocos años, bautizado Cristóforo Colombo crecía junto al mar, y las pequeñas repúblicas y ciudades-estado de la península itálica estaban culminando una serie de procesos que revolucionarían la diplomacia y el modo en que las potencias se relacionaban las unas con las otras. Como siempre que cierra una de sus puertas, mientras entre las llamas de Constantinopla terminaba una era, la Historia ya estaba abriendo la ventana a un mundo diferente, más grande y, al tiempo más pequeño.

Pero, en palabras del inmortal Moustache que creara Billy Wilder, esa, amigos, es otra historia…

[1289] Ganshof considera que la transmisión del peso político de Constantinopla a Rusia, así como de su herencia cultural y religiosa fue la gran victoria póstuma del legado bizantino, "el mayor y más perdurable éxito obtenido por Bizancio" (GANSHOF, "La Edad Media", p. 63).

BIBLIOGRAFÍA

- ABULAFIA, D., "Asia, Africa and the Trade of Medieval Europe", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008.

- ABULAFIA, D., *Frederick II. A medieval emperor*. Nueva York, 1988.

- ABULAFIA. D., *The Western Mediterranean Kingdoms 1200–1500: The Struggle for Dominion*. Londres, 1997.

- AIGLE, D., "Persia under Mongol domination. The efectiveness and failings of a dual administrative system", en *Bulletin d´Etudes Orientales*, nº 57, 2006.

- ALLMAND, Ch., *La guerra de los cien años*. Barcelona, 1989.

- ALLMAND, Ch., *The Hundred Years War*. Cambridge, 1988.

- ALLSEN, T. T., "Guard and Government in the Reign of The Grand Qan Möngke", en *Harvard Journal of Asian Studies*, nº 46, 1986.

- ALLSHORN, L., Stupor Mundi. *The life and times of Frederick II emperor of the Romans, king of Sicily and Jerusalem, 1194-1250*. Londres, 2012.

- ALVARADO PLANAS, J., y DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J. C., (coords.), *La administración del Protectorado Español en Marruecos*. Madrid, 2014.

- ÁLVAREZ PALENZUELA, V. A., *El cisma de occidente*. Madrid, 1982.

- ALVIRA CABRERBAJO, M., *Guerra e ideología en la España medieval: Cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212)* y *Muret (1213).* Madrid, 2000.

- AMITAI-PREISS, R., "Military Slavery in the Islamic World: 1000 Years of a Social-Military Institution", Lección en Universidad de Trier, 27 de junio de 2007.

- AMITAI-PREISS, R., "Mongol Imperial Ideology and the Ilkhanid War against the Mamluks", en AMITAI-PRESS, R., (coord.), *The Mongol Empire & its Legacy*. Leiden, 1999.

- AMITAI-PREISS, R., *Mongols and Mamluks. The Mamluk-Ilkhanid War, 1260-1281*. Cambridge, 1995.

- AMITAI-PREISS, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden, 2005.

- AMITAI-PRESS, R., (coord.), *The Mongol Empire & its Legacy*. Leiden, 1999, pp. 57-69.

- ANDRIOPOULOU, S., *Diplomatic communication between byzantium and the west under the late palaiologoi (1354-1453)*. Birmingham, 2010.

- ASCHERI, M., "Las instituciones medievales de los siglos XII-XIV. Una perspectiva italiana", en *Jerónimo Zurita*, nº 85, 2010.

- ASTHOR, E., *Levant Trade in the Later Middle Ages.* Princeton, 1983.

- AYALON, D., "Preliminary Remarks on the Mamluk Military Institution in Islam," en PERRY, V. J., y YAPP, M. E., (eds.), *War, Technology and Society in the Middle East*. Londres, 1975.

- AZZOLINI, M., y LAZZARINI, I., (eds.), *Italian Renaissance Diplomacy. A source book*. Durham, 2017.

- BACHRACH, B., *Charlemagne's Early Campaigns (768–777). A diplomatic and military analysis*. Leiden, 2013.

- BAENA, C., *La guía digital del arte románico: Toulouges*. Huesca, 2017.

- BAKER, H., *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*. Columbia, 2014.

- BAKER, H., *Egyptian and Italian Merchants in the Black Sea Slave Trade, 1260-1500*. Columbia, 2014.

- BAKER, J., *Manuel II Palaeologus (1391-1425): a study in late Byzantine statesmanship*. New Brunswick, 1969.

- BARAZ, D., *Medieval Cruelty. Changing Perceptions, Late Antiquity to the Early Modern Period*. Ithaca, 2003.

- BARBERO, A., *Carlo Magno. Un padre dell´Europa*. Roma, 2012.

- BARBERO, A., *La guerra in Europa. Dal Rinascimento a Napoleone*. Roma, 2003.

- BARFIELD, T. J., "Tribe and State Relations: The Inner Asian Perspective", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006.

- BARQUERO GOÑI, C., "Los hospitalarios en la batalla de Las Navas de Tolosa: un documento de 1212", en ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014.

- BARRET, J. H., "Introduction", en BARRET, J. H., (Ed.), *Contact, continuity, and collapse. The Norse Colonization of the North Atlantic*. Turhount, 2003.

- BARTHOLD, V., *Turkestan down to the Mongol Invasion*. Londres, 1977.

- BARTLETT, R., y MACKAY, A., (ed.), *Medieval frontier Societies*. Oxford, 1989.

- BEAN, J. M. W, "The Black Death: the crisis and its social and economic consecuences", en WILLIMAN, D., (ed.), *The Black Death. The impact of the fourteenth-century plague*. Nueva York, 1982.

- BECEIRO PITA, B., "Las negociaciones entre Castilla y Portugal en 1399", en *Revista da Faculdade de Letras*, nº 4, 2001.

- BECKWITH, Ch. I., "Aspects of the Early History of the Central Asian Guard Corps in Islam", en *Archivum Eurasiae Medii Aevi*, nº 4, 1984.

- BEHRENS, B., "Treatises on the Ambassador written in fifteenth and Early Sixteenth Centuries", en *EHR*, nº 51, 1936.

- BENABOUD, M., "Paz y tregua en Al Andalus durante el periodo de los taifas: entre la ley islámica y la realidad histórica", en VV.AA., *Cursos de Verano de la Universidad Complutense*. Madrid, 1994.

- BENFIELD, D. C, *The Mongols: Early Practitioners of Maneuver Warfare*. Fort Leavenworth, 2012.

- BENJAMIN, R., "A Forty Years War: Toulouse and the Plantagenets, 1156–96", en *Historical Research*, nº 61, 1988.

- BÉRENGUER, F., "Le rôle des compagnies toscanes dans la diplomatie de Charles II", en KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles*. Roma, 2010.

- BIRAN, M., *Qaidu and the rise of the independent mongol state in Central Asia*. Richmond, 1997.

- BIRÓ, G., "Friendship in international politics", en *Délkelet Európa–South-East Europe International Relations Quarterly*, nº 2, 2011.

- BLÖNDAL, S., *The varangians of Byzantium*. Cambridge, 1978.

- BOFFA, S., "The duchy of brabant caught between france and england: geopolitics and diplomacy during the first half of the hundred years war*",* en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005.

- BONNER, E. ''Scotland's 'Auld Alliance' with France, 1295–1560", en *History*, nº 84, 1999.

- BOWSKY, W. M., "The impact of the Black Death upon sienese government and society", en *Speculum, A journal of Mediaeval Studies*, nº 39, 1964.

- BRAND, Ch. M., *Byzantium confront the West. 1180-120*4. Cambridge, 1968.

- BRAVO DÍAZ, D., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Una década de cambios: de la guerra de Irak a la evolución de la primavera árabe (2003-2013)*. Valladolid, 2013.

- BUELL, P., "Sino-Khitan Administration in Mongol Bukhara", en *Journal of Asian History*, nº 13, 1979.

- BURBANK, J., y COOPER, F., *Imperios*. Barcelona, 2010.

- BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008.

- BURY, J. B., *History of the later Roman empire*. Nueva York, 1923, 2 vols.

- CAFERRO, W. P., "The fox and the lion": the White Company and the Hundred Years War in Italy", en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005.

- CAHEN, C., "L'Islam et la Croisade", en *Relazione del X Congresso internazionale de scienze storiche, Roma 1955: Storia del medio evo*. Florencia, 1955

- CANNING, J. P., "Introduction: politics, institutions and ideas", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008.

- CARL, C., *A Bishopric Between Three Kingdoms. Calahorra, 1045–1190*. Leiden, 2011.

- CARL, C., *A Bishopric Between Three Kingdoms. Calahorra, 1045–1190*. Leiden, 2011, p. 3.

- CARRANZ, D., "Pro servitio maiestatis nostre. Templiers et Hospitaliers au service de la diplomatie de Charles Ier et Charles II", en KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles*. Roma, 2010.

- CARRIAZO, J. de M., "Un alcalde entre moros y cristianos en la frontera de Granada", en *Al Andalus*, nº 13, 1948.

- CERNADAS MARTÍNEZ, S., *La frontera luso-castellana en la Edad Media. El tratado de Alcañices (1297)*. Valladolid, 2012.

- CHADWICK, H., "Christian doctrine", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008.

- CHAMBERS, J., *The Devil's Horsemen, The Mongol Invasion of Europe*. Londres, 1979.

- CHAMNEY, L., *The An Shi Rebellion and Rejection of the Other in Tang China, 618-763*. Alberta, 2012.

- CHEYETTE, F. L., (ed.), *Lordship and community in Medieval Europe*. Selected Readings. Nueva York, 1968.

- CHILDE, G., "The Urban Revolution", en *Town Planning Review*, nº 21, 1950.

- CHRYSOS, E., "Byzantine diplomacy, A.D. 300-800: means and ends", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.

- CIOCÎLTAN, V., *The Mongols and the Black Sea Trade in the Thirteenth and Fourteenth Centuries*. Leiden, 2012.

- CLARKE, D. L., "Trade and Industry in Barbarian Europe till Roman Times", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008.

- CLARKE, H. B., "The vikings", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999.

- COLLINS, R., *Charlemagne*. Toronto, 1998.

- COLLINS, R., *Early medieval Europe. 300-1000*. Nueva York, 1991.

- CONSTABLE, O. R., "Muslim Spain and Mediterranean Slavery: The Medieval Slave Trade as an Aspect of Muslim-Christian Relations,", en WAUGH, S., y DIEHL, P., (eds.), *In Christendom and its Discontents*. Cambridge, 1996.

- COSMO, N. DI, "Mongols and merchants on the Black Sea frontier in the thirteenth and fourteenth centuries: convergences and conflicts", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden 2005.

- CRONE, P., *Slaves on Horseback* Cambridge, 1980.

- CROWDER, C. M. D., *Unity, Heresy, and Reform, 1378–1460: The Conciliar Response to the Great Schism*. New York, 1977.

- CRUMMEY, R. O., *The Formation of Muscovy 1304–1613*. Londres, 1987.

- CURRY, A., *The Hundred Years' War, 1337-1453*. Oxford, 2002.

- CURRY, A., *The Hundred Years War*. Houndmills, 2003.

- CUTTINO, G. P., *English diplomatic administration, 1250-1339*. Londres, 1940.

- DEANESLY, M., *A History of Early Medieval Europe from 476 to 911*. Londres, 1969.

- DEANESLY, M., *Charlemagne et l'empire carolingien.* Paris, 1947.

- DIAGO HERNANDO, M., "La monarquía castellana y los Staufer. Contactos políticos y diplomáticos en los siglos XII y XIII", en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, nº 8, 1995.

- DONNER, F. M., "Fight for God – But Do So with Kindness: Reflections on War, Peace, and Communal Identity in Early Islam", en RAAFLAUB, K. A., (dir.), *War and Peace in the Ancient World*. Oxford, 2007.

- DUBOIS, H., "Crédit et banque en France aux deux derniers siècles du Moyen Age", en *ASLI*, nº 31, 1990.

- DULSKA, A. K., "Sancho el Fuerte y el Islam. Las relaciones navarro-almohades a la luz de las fuentes cronísticas y documentales (s.XIII): mensaje ideológico y su lectura política", ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014.

- DUNHAM, A., *The Germanic Empire*. Londres, 1835.

- DURKHEIM, E., *The elementary forms of religious life*. Nueva york, 1965.

- EDBURY, P., "Warfare in the Latin East", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999.

- EICKHOFF, E., *Macht und Sendung. Byzantinische Weltpolitik*. Stugartt,1985.

- ENDICOTT-WEST, E., *Mongolian Rule in China. Local Administration in the Yuan Dynasty*. Cambridge, 1989.

- ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014.

- ESTEPA, C., "El reino de Castilla y el Imperio: de Alfonso VII a Fernando III", en ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014.

- EVANS, J. A., *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire*. Londres, 2005.

- FARQUHAR, D. M., *The Government of China under Mongolian Rule*. Stuttgart, 1990.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales.* Valladolid, 2015.

- FERNÁNDEZ RODRIGUEZ, M., (coord.), *Guerra, Derecho y Política: aproximaciones a una interacción inevitable.* Valladolid, 2014.

- FERNÁNDEZ RODRIGUEZ, M., (coord.), *Guerra, Derecho y Política: aproximaciones a una interacción inevitable*. Valladolid, 2014.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "1968, una unión aduanera de seis países", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., MARTÍNEZ PEÑAS, L., PRADO RUBIO, E., (coords.), *El año de los doce mayos, 1968*, Valladolid, 2018, pp. 171-188.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "*Adieu, mon general*", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Más allá de la última frontera: 1969*. Valladolid, 2019.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Antecedentes de la expansión española en África: del *fecho de Allende* al Tratado de Tordesillas", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *La presencia española en África: del fecho de Allende a la crisis de Perejil*. Valladolid, 2012.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Cooperación judicial penal comunitaria. La orden de detención europea: Primer instrumento del principio de reconocimiento mutuo de decisiones" en BRAVO DÍAZ, D., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Una década de cambios: de la guerra de Irak a la evolución de la primavera árabe (2003-2013)*. Valladolid, 2013.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "El camino hacia la anexión de Navarra y su contexto internacional", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*). Madrid, 2012.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "El camino hacia la Europa de las Comunidades: de los precedentes institucionales al impulso francés", en *Revista de la Inquisición, intolerancia y Derechos Humanos*, nº 21, pp. 197-217.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "El control económico en la jurisdicción militar: el ejemplo de dos veedores generales del ejército en Flandes", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales.* Valladolid, 2015.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Espacio de libertad, seguridad y justicia: negociaciones de la orden de detención europea", *Glossae,* nº 12.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Guerra y cambios institucionales en el contexto europeo del reinado de los Reyes Católicos" en *Revista de la Inquisición, Intolerancia y Derechos Humanos,* nº 18, 2014.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La administración del protectorado en los órganos centrales del Estado (1931-1956)", en ALVARADO PLANAS, J., y DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J. C., (coords.), *La administración del Protectorado Español en Marruecos*. Madrid, 2014.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La amenaza terrorista en la Unión Europea: reacción legislativa común y estatal", en *Revista Aequitas,* nº 2, 2012.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La creación de una nueva organización internacional: la Comunidad Europea del Carbón y del Acero", en *Ihering,* nº 1, 2018.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La presencia rusa en el Pacífico Noroeste", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo.* Madrid, 2012.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Las tres Españas de 1808", en Revista Aequitas, nº 11, 2018.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Los derechos de ciudadanía europea en la historia reciente de la construcción europea", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y VELASCO DE CASTRO, R., (coords.), *Religión, derecho y sociedad en la organización del Estado.* Valladolid, 2016.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Respuesta legislativa de las democracias occidentales al terrorismo: los casos británico, italiano y alemán (1970-1990)" en MASFERRER, A., (dir.), *Estado de Derecho y Derechos Fundamentales en la lucha contra el terrorismo. Una aproximación multidisciplinar histórica, jurídico-comparada, filosófica y económica.* Madrid, 2011.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "The economic control in military jurisdiction: example of two general overseers from the Flanders army." *International Journal of Legal History and Institutions,* nº 2 (2018), pp. 15-34; y

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., *Hombres desleales cercaron mi lecho. La consolidación del Estado liberal en España, 1808-1843.* Valladolid, 2018.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., MARTÍNEZ PEÑAS, L., PRADO RUBIO, E., (coords.), *El año de los doce mayos, 1968,* Valladolid, 2018.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Más allá de la última frontera: 1969*. Valladolid, 2019.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Estudios sobre Derechos Humanos*. Valladolid, 2017.

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., "Un conflicto consecuencia de la Gran Guerra: la revuelta iraquí de 1920", en *Cuaderni del Dipartamento Jonico*, nº 4, 2016.

- FERRÁNDEZ LOZANO, J., "El tratado de Almizra, un caso de diplomacia medieval", en *El Salt*, nº 1, 2004.

- FERRER I MALLOL, Mª T., "The Southern Valencian frontier during the war of the Two Pedros", en VILLALON, L. J. A., y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Londres, 2005.

- FERRER I MALLOL, Mª. T., "Causes i antecedents de la guerra dels dos Peres", en *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, nº 43, 1987.

- FIERRO, Mª. I., "Algunas reflexiones sobre el poder itinerante almohade", en *e-Spania*, nº 8, 2009.

- FISHER, A., "Muscovy and the Black Sea Slave Trade", en *Canadian-American Slavic Studies* nº 6, 1972.

- FLETCHER, J. F., "The Mongols: Ecological and Social Perspective", en *Historical Journal of Asian Studies*, nº 46, 1986.

- FLETCHER, J. F. "Turco-Mongolian Monarchic Tradition in the Ottoman Empire", en *Harvard Ukrainian Studies*, nº 3–4, 1979–1980.

- FORBES MANZ, B., "Nomad and settled in the timurid military", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden, 2005.

- FOSTER, H. D., "Assesing disaster magnitudes", en *Profesional Geographer*, nº 28, 1976.

- FRANKLIN, S., "Kievan Rus' (1015–1125)", en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006.

- FRANKOPAN, P., *El corazón del mundo*. Madrid, 2017.

- FRENDO, J. D. C., "Religion and politics in byzantium on the eve of the arab conquests", en *Florilegium*, nº 10, 1988-1991.

- FUKUYAMA, F., *Los orígenes del orden político*. Barcelona, 2016.

- FYNN-PAUL, J., "Empire, Monotheism, and Slavery in the Greater Mediterranean Region from Antiquity to the Early Modern Era", en *Past and Present*, nº 205, 2009.

- GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "La batalla de las Navas de Tolosa", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz*. Madrid, 2012.

- GALLEGOS VÁZQUEZ, F., *Comercio, fueros y jurisdicciones locales en el Camino de Santiago Medieval*. Valladolid, 2016.

- GALLEGOS VÁZQUEZ, F., *Estatuto jurídico de los peregreinos en la España medieval*. Santiago de Compostela, 2005.

- GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "El delito de traición en el derecho visigodo", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y PRADO RUBIO, E., (coords.), *Análisis sobre Jurisdicciones Especiales*. Valladolid, 2017.

- GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "La traición del duque Paulo", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y PRADO RUBIO, E., (coords.), *Especialidad y excepcionalidad como recursos jurídicos.* Valladolid 2017

- GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "Las jurisdicciones especiales en el derecho visigodo", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre Jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015.

- GALLEGOS VÁZQUEZ, F., "El Ejército visigodo: el primer ejército español", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y Religión en la Historia de España*. Valladolid, 2011.

- GANSHOF, F. L., "La Edad Media", en RENOUVIN, P., *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid, 1990, Vol. I.

- GANSHOFF, F. L., *Frankish institutions under Charlemagne*. Brown, 1968.

- GARCÍA ESPADA, A., "La teoría de cruzada post-acconiana (1291-1334): Operaciones sobre el tiempo y el espacio tradicional", en *Medievalismo*, nº 21, 2011.

- GARCÍA FITZ, F., "La Reconquista: un estado de la cuestión", en *Clio & Crimen*, nº 6, 2009.

- GASQUET, F. A., *The Black Death of 1348 and 1349*. Londres, 1908.

- GEANAKOPLOS, D. J., *Medieval western Civilization, and the Byzantine and Islamic worlds*. Toronto, 1968.

- GIBB, H. A., R., "The Achievement of Saladin", en *Bulletin of the John Rylands Library* 35 (1952-53).

- GIBB, H. A., R., "The Career of Nur al-Din", en SETTON, K. M., (ed.), *A History of the Crusades*. Madison, 1955; GIBB, H. A. R., "The Rise of Saladin", en SETTON, K. M., (ed.), *A History of the Crusades*. Madison, 1955.

- GILL, J., "Venice, Genoa and Byzantium", en *ByzF*, nº 10, 1985.

- GILLINGHAM, J, "An age of expansion, 1020-1204", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999.

- GILLINGHAM, J., *The Angevin Empire*. Londres, 2001.

- GIURESCU, C., "The Genoese and the Lower Danube in the XIIIth and XIVth Centuries", en *Journal of European Economic History*, nº 5, 1976.

- GLASFURD, A., *The Antipope: Peter de Luna, 1342–1423: A Study in Obstinacy*. Londres, 1965.

- GÖKHAN, E., "The Emergence and Expansion of the Permanent Diplomacy", en *The Turkish Yearbook of International Relations*, nº 41, 2010.

- GOLDEN, P. B., "Khazar Turkic Ghulams in Caliphal Service", en *Journal Asiatique*, nº 292, 2004.

- GOLDSTONE, A. J., y HALDON, J., "Ancient States, Empires, and Exploitation", en MORRIS, I., y SCHEIDEL, W., (eds.),

The dynamics of the ancient empires. State power from Assyria to Byzantium. Oxford, 2009.

- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., "Castilla y el Islam granadino antes y después de la conquista de la ciudad", en KOHLER, A., y EDELMAYER, F., (coord..), *Hispania-Austria*. Munich, 1993.

- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., "La frontera entre Andalucía y Granada: realidades bélicas, socio-económicas y culturales", en LADERO QUESADA, M. A., (ed.), *La incorporación del reino de Granada a la Corona de Castilla*. Granada, 1993.

- GOZALBES CRAVIOTO, E., "Reflexiones sobre el concepto antiguo y medieval de frontera" en VV. AA, *III Estudios de Frontera*. Jaén, 2001.

- GRANDA LORENZO, S., TORRES GARCÍA, A. Y VELASCO DE CASTRO, R., (coords.), *Religión y control político social: normas, instituciones y dinámicas sociales.* Valladolid, 2016.

- GREEN, D., *The Hundred Year´s war. A people´s history*. Padstow, 2014.

- GROH, K., *Geschichte des ostromischen Kaisers Justin II nebst den Quellen,* Leipzig, 1889.

- HALDON, J. F., "The Byzantine Empire", en MORRIS, I., y SCHEIDEL, W., (eds.), *The dynamics of the ancient empires. State power from Assyria to Byzantium*. Oxford, 2009.

- HALPERIN, CH. J., *Russia and the Golden Horde: The Mongol Impact on Medieval Russian History*. Bloomington, 1985.

- HARDING, A., *Medieval law and the fundations of State*. Nueva York, 2001.

- HARVEY, M., *Solutions to the Schism: A Study of Some English Attitudes, 1378‑1409*. St. Ottilien, 1983.

- HASKINS, CH. H., *The Normans in European History*. Nueva York, 1959.

- HAUG-MORITZ, G., "The Holy Roman Empire, the Schmalkald League, and the Idea of Confessional Nation-Building", en *Proceedings of the American Philosphical Society*, nº 152, 2008.

- HAUN, H. D., *A new system of power: the Franks and the Catholic Church in post-roman Gaul*. Arlington, 2013.

- HENG-CHAO CH'EN, P., *Chinese Legal Traditions under the Mongols.* Princeton, 1979.

- HERRIN, J., "Constantinople, Rome and the Franks in the seventh and eighth centuries", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.

- HEYN, U, "Arms limitation and the search of peace in Medieval Europe", en *War and Society*, nº 2, 1984.

- HILL, R., M., (ed.), *Gesta francorum et aliorum Hierosolymitanorum: The Deeds of the Franks*. Londres, 1962.

- HISDALE, C. J., *Byzantine art and diplomacy in age of decline*. Cambridge, 2014.

- HOBSON, J. M., *The eastern origins of Western civilization*. Nueva York, 2004.

- HODOUS, F., "Clash or compromise? Mongol and muslim law in the ilkhanate (1258–1335)", en Mameluks Studies Review, nº 8, 2013.

- HOLMES, G., "Florence and the Great Schism", en Proceedings of the British Academy, nº 75, 1989.

- HOLT, P.M., "Qalawun's Treaty with Genoa in 1290," *Der Islam*, nº 57, 1980.

- HOPKINS, K., "The Political Economy of the Roman Empire", en MORRIS, I., y SCHEIDEL, W., (eds.), *The dynamics of the ancient empires. State power from Assyria to Byzantium*. Oxford, 2009.

- HOYLAND, R. G., *In God's Path. The Arab Conquests and the Creation of an Islamic Empire*. Oxford, 2015.

- HOYLAND, R. G., *In God's Path. The Arab Conquests and the Creation of an Islamic Empire*. Oxford, 2015.

- HUBEÑAK, F., "Raíces y desarrollo de la teoría de las dos espadas", en *Prudentia Iuris*, nº 78, 2014.

- HUMMER, H. J., *Politics and power in early medieval Europe. Alsace and the Frankish realm, 600–1000*. Nueva York, 2005.

- HUMPREYS, R. S., "Ayyubids, Mamluks, and the Latin East in the Thirteenth Century", en *Mamluks Studies Review*, nº 2, 1998.

- HUSCROFT, R., *Ruling England 1042–1217*. Londres, 2005.

- INALCIK, H., "The emergence of the Ottomans", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- IORGA, N., *Points de vue sur l'histoire du commerce de l'Orient au Moyen Âge.* Paris, 1924.

- IZBICKI, T. M., "Conclusion: the shadow of the schism", en ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009.

- JACKSON, P., "The crisis in Holy Land in 1260", en *English Historical Review*, nº 95, 1980.

- JACKSON, P., "The mongols and the faith of the conquered", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden 2005.

- JAMES, A.; BERRIDGE, G. R., *A Dictionary of Diplomacy*. Londres, 2001.

- KAMINSKY, H., *Simon de Cramaud and the Great Schism*. New Brunswick, 1983.

- KAZDHAN, A., "The notion of Byzantine diplomacy", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.

- KEEN, M., "Introduction", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999.

- KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999.

- KENNEDY, H., *Mongols, huns and vikings. Nomads at war*. Londres, 2002.

- KENNEDY, H., *The Prophet and the Age of the Caliphates: The Islamic Near East from the Sixth to the Eleventh Century*. Londres, 1986.

- KENNEDY, P., *Auge y caída de las grandes potencias*. Nueva York, 1986.

- KERN, F., *Kingship and Law in the Middle Ages*. Oxford, 1939.

- KHAZANOV, *Nomads and the Outside World.* Cambridge, 1962.

- KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006.

- KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., "Tribes and the complexities of State formation in the Middle East", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006.

- KIENAST, W., "Die Anfänge des europaïschen Staatensystems im spätarem Mitteralter", en *Historische Zeitschrift*, nº 153, 1936.

- KISS, G., "Les légats pontificaux en Hongrie au temps des rois angevins (1298-1211)", en KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles*. Roma, 2010.

- KOHLER, A., y EDELMAYER, F., (coord..), *Hispania-Austria*. Munich, 1993.

- KORDÉ, Z., y PETROVICS, I., (dirs.), *La diplomatie des états angevins aux XIIIe et XIV siècles*. Roma, 2010.

- LADERO QUESADA, M. A., "La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV, en LADERO QUESADA, M. A., (ed.), *La incorporación del reino de Granada a la Corona de Castilla*. Granada, 1993.

- LADERO QUESADA, M. A., (ed.), *La incorporación del reino de Granada a la Corona de Castilla*. Granada, 1993.

- LAIDLAW, J., (ed.), *The Auld Alliance: France and Scotland Over 700 Years*. Edimburgo, 1999.

- LANE, F.C., *Venice, A Maritime Republic.* Baltimore, 1973.

- LANE, G., *Early Mongol rule in Thirteenth Century Iran. A Persian renaissance*. Londres, 2003.

- LANGER, L. N., "The Black Death in Russia. Its Effects upon Urban Labor", en *Review of History*, nº 2, 1975.

- LAPIDUS, I. M., "Tribes and State Formation in Islamic History", en KHOURY, P. S., y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006.

- LATTIMORE, O., "The Geography of Chinggis Khan," *The Geographical Journal*, nº 129, 1963, p. 5.

- LATTIMORE, O., *Inner Asian Frontiers of China.* Boston, 1962.

- LAZZARINI, I, "The preparatory work: From choice to instructions", en AZZOLINI, M., y LAZZARINI, I., (eds.), *Italian Renaissance Diplomacy. A source book*. Durham, 2017.

- LAZZARINI, I., "The final report", en AZZOLINI, M., y LAZZARINI, I., (eds.), *Italian Renaissance Diplomacy. A source book*. Durham, 2017.

- LEBECQ, S., *Marchands et navigateurs Frisons du haut Moyen Age*. Lille, 1983.

- LePATOUREL, J., *The Norman Empire*. Oxford, 1976.

- LERNER, R. E., "The Black Death and western european eschatological mentalities", en WILLIMAN, D., (ed.), *The Black Death. The impact of the fourteenth-century plague*. Nueva York, 1982.

- LEWIS, B., "Egypt and Siria", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- NICOLE, D., *Medieval Scandinavian armies. 1300-1500*. Osceola, 2003.

- LIU, X., "Nomads and Oasis Cities: Central Asia from the 9th to the 13th Century", en *The Silk Road*, nº 13, 2015.

- LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, E., "Institutions on the Castilian-Granadan frontier. 1369-1482", en BARTLETT, R., y MACKAY, A., (ed.), *Medieval frontier Societies*. Oxford, 1989.

- LÓPEZ SALAS, S., URRACO SOLANILLA, M., y GALLARDO VÁZQUEZ, D. A., (eds.), *Catálogo de investigación joven en Extremadura*. Cáceres 2017.

- LÓPEZ, S. R., "The Trade of Medieval Europe: the South", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008.

- LUSCOMBE, D. E., "Introduction: the formation of political thought in the west", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008.

- LUTTWAK, E., *The grand strategy of the Byzantine empire*. Londres, 2009.

- MACKAY, A., "Religion, culture and ideology on the late medieval Castilian-Granadan frontier", en BARTLETT, R., y MACKAY, A., (ed.), *Medieval frontier Societies*. Oxford, 1989.

- MACKERRAS, C., "Relations between uighurs and Tang China", en *Central Asian Survey*, nº. 19, 2000.

- MACKERRAS, C., "Sino-Uighur diplomatic and trade contacts (744 to 840)", en *Central Asiatic Journal*, nº 13, 1969.

- MAGDALINO, P., (ed.), *Byzantium in the year 1000*. Leiden, 2003.

- MALOWIST, M., "Social and Economic Life in Timur's Empire", En *Western Europe, Eastern Europe and World Development, 13th-18th Centuries*. Leiden, 2010.

- MANN, M., *The sources of social power. A history of power from de beginning to ad. 1760*. Cambridge, 1976.

- MARRIOTT, E., *The History of the World in Bite-Sized Chunks*. Londres, 2012.

- MARTÍN MARTÍN, J. L., "La Hansa", en *Cuadernos de Historia 16*, nº 91, 1993.

- MARTÍN, J. L., *Manual de Historia de España. 2. La España Medieval*. Madrid, 2000.

- MARTIN, J., "North-eastern Russia and the Golden Horde (1246–1359)", en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006.

- MARTIN, J., "The emergence of Moscow (1359–1462)", en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006.

- MARTIN, J., *Medieval Russia. 980-1584*. Nueva York, 2007.

- MARTIN, J., *Treasure of the Land of Darkness: The Fur Trade and its Significance for Medieval Russia.* Cambridge, 1986.

- MARTÍNEZ LORCA, A., "La reforma almohade: del impulso religioso a la política ilustrada", en *Espacio. Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval,* nº 17, 2004.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., *…Y lo llamarán paz. Visión jurídico institucional de las relaciones internacionales en el mundo moderno*. Valladolid, 2018.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y VELASCO DE CASTRO, R., (coords.), *Religión, derecho y sociedad en la organización del Estado.* Valladolid, 2016.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., GRANDA, S., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Perspectivas jurídicas sobre guerra y Ejército en la Monarquía Hispánica.* Madrid, 2011.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., *Introducción a la Historia de la Criminalidad y el Orden Público en España.* Valladolid, 2015.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., *Introducción a la historia del Derecho y de las Instituciones*. Valladolid, 2015.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Amenazas y orden público: efectos y respuestas, de los Reyes Católicos al Afganistán contemporáneo*. Valladolid, 2013.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz*. Madrid, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*). Madrid, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo.* Madrid, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *La presencia española en África: del fecho de Allende a la crisis de Perejil*. Valladolid, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y religión en la Historia de España.* Madrid, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Reflexiones sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2016.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "El Convenio de la villa de San Fernando: un acuerdo entre España y los apaches", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Reflexiones sobre poder, guerra y religión en la Historia de España.* Madrid, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., *"Evolution of British law on terrorism: From Ulster to global terrorism (1970-2010)"* en MASFERRER, A., *Post 9/11 and the State of Permanent Legal Emergency. Security and Human Rights in Countering Terrorism.* Nueva York, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "Guerra, Ejército y construcción del Estado Moderno: el caso francés

frente al Hispánico" en colaboración con Leandro Martínez en *Glossae. European Journal of Legal History*, nº 10, 2013.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La guerra contra los apaches bajo el mando de Ramón de Castro y Pedro de Nava en las provincias interiores", en *Revista de Historia Militar*, nº 111, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La presión legislativa sobre derechos y libertades como respuesta al terrorismo: las leyes británicas", en VV.AA., *Actas IV Jornadas de Estudios de Seguridad*. Madrid, 2012.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "La respuesta regia al desorden urbano: la doble naturaleza de los corregidores", en MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Amenazas y orden público: efectos y respuestas, de los Reyes Católicos al Afganistán contemporáneo*. Valladolid, 2013.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., "The antiterrorism legislation in the 1970ths: Italian and German laws", en *International Journal of Legal History and Institutions,* nº 1, 2017.

- MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., *La guerra y el nacimiento del Estado Moderno. Consecuencias jurídico-institucionales de las campañas bélicas de los Reyes Católicos*. Valladolid, 2014.

- MARTÍNEZ SOPENA, P., "Crisis y proceso político en la unión de 1230", en ESTEPA DÍEZ, C., y CARMONA RUIZ, Mª. A., (coords.), *La Península Ibérica en el tiempo de las Navas de Tolosa*. Madrid, 2014.

- MARVIN, L. W., *The Occitan war. A Military and Political History of the Albigensian Crusade, 1209–1218*. Nueva York, 2008.

- MASFERRER, A., (dir.), *Estado de Derecho y Derechos Fundamentales en la lucha contra el terrorismo. Una aproximación multidisciplinar histórica, jurídico-comparada, filosófica y económica.* Madrid, 2011.

- MASFERRER, A., *Post 9/11 and the State of Permanent Legal Emergency. Security and Human Rights in Countering Terrorism.* Nueva York, 2012.

- MATTINGLY, G., *Reinassance Diplomacy*. Nueva York, 1955.

- MAXSON, B. J., "Diplomatic Oratory", en AZZOLINI, M., y LAZZARINI, I., (eds.), *Italian Renaissance Diplomacy. A source book*. Durham, 2017.

- MAZOR, A., "The Rise and Fall ofaMuslim Regiment

- McCORMICK, M., *Eternal Victory: Triumphal rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West.* Cambridge, 1986.

- McKITTERICK, R., *The Frankish Kingdoms under the Carolingians, 751–987*. Londres, 1983.

- McNEIL, W. H., *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force, And Society Since A.D. 1000.* Nueva York, 1984.

- MELONI, G., *Genova e Aragona.* Padua, 1971.

- MESKO, M., *Nomads and byzantium problematic aspects of maintaining diplomatic relations with the pechenegs*. Praga, 2009.

- MOLLAT, G., "Grégoire XI et sa légende", en *Revue d'histoire ecclésiastique,* nº 49, 1954.

- MOLLAT, G., *The Popes at Avignon, 1305–1378: The ''Babylonian Captivity'' of the Medieval Church*. Nueva York, 1965.

- MONTAÑA CONCHIÑA, J. L. de la, "*E levaram captivos, e derribaram o logar todo*. La guerra en la frontera castellano-portuguesa (siglos XIV-XV)", en *Norba. Revista de Historia*, nº 21, 2008.

- MOORE, C., J., (ed.), *Pope Innocent III and his World*. Aldershot, 1999.

- MORGAN, D., "The "Great *yasa* of Chinggis Khan" revisited", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden, 2005.

- MORGAN, D., *The Mongols*. Oxford, 1986.

- MORRIS, I., y SCHEIDEL, W., (eds.), *The dynamics of the ancient empires. State power from Assyria to Byzantium*. Oxford, 2009.

- NEGRO CORTÉS, A. E., "Las parias abonadas por el reino de Granada (1246-1464). Aproximación a su estudio", *Roda da Fortuna. Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo*, nº 1, 2013.

- NEGRO CORTÉS, A. E., "Las parias en la Historia de la Edad Media española", en LÓPEZ SALAS, S., URRACO SOLANILLA, M., y GALLARDO VÁZQUEZ, D. A., (eds.), *Catálogo de investigación joven en Extremadura*. Cáceres 2017.

- NELSON, J., "Kingship and empire", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008.

- NEWHALL, R. A., *The English Conquest of Normandy, 1416–1424: A Study in Fifteenth Century Warfare*. New Haven, 1924.

- NICOL, D. M., *Byzantium and Venice. A study in diplomatic and cultural relations*. Nueva York, 1988.

- NICOLLE, D., *The conquest of Saxony ad 782-785*. Oxford, 2011.

- NICOLLE, D., *The Great Chevauchée. Jean of Gaunt´s raid on France 1373*. Oxford, 2011.

- NICOLSON, H., *The evolution of diplomatic method*. Oxford, 1953.

- NOONAN, T. S., "Byzantium and the Khazars: A special relationship?", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.

- OBOLENSKY, D., *Il Commonwealth bizantino. L´Europa Orientale dal 500 al 1453*. Roma, 1974.

- OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*. Madrid, 1990.

- OIKONOMIDES, N., "Byzantine diplomacy, A.D. 1204-1453: means and ends", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.

- OSTROGORSKY, G., *History of the Byzantine State*. Oxford, 1968.

- PACHA, N., *Le Commerce du Magreb du Xle au XlVe siecles.* Túnez, 1976.

- PAINTER, S., *A History of the Middel Ages, 284-1500*. Londres, 1964.

- PASCUA ECHEGARAY, E, *Guerra y pacto en el siglo XII: la consolidación de un sistema de reinos en Europa occidental,* Madrid, CSIC, 1996.

- PATTERSON, O., *Slavery and Social Death: A Comparative Study*. Cambridge, 1982.

- PEGG, M. G., "On Cathars, Albigenses, and Good Men of Languedoc", en *Journal of Medieval History*, nº 27, 2001.

- PEGG, M. G., *The Corruption of Angels. The Great Inquisition of 1245–1246*. Princeton, 2001.

- PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006.

- PERROY, E., *L'Angleterre et le grand schisme d'Occident.* Paris, 1933.

- PERROY, E., *The Hundred Years War*. New York, 1965.

- PERRY, V. J., y YAPP, M. E., (eds.), *War, Technology and Society in the Middle East*. Londres, 1975.

- PHILLIPS, J., y HOCH, M., (coords.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*. Manchester, 2001.

- PHILLIPSON, C., *The International Law and Custom of Ancient Greece and Rome*. Londres, 1911.

- PINZINO, J. M., "Just war, Joan of Arc and the politics of salvation", en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005.

- PIPES, D., *Slave Soldiers and Islam.* New Haven, 1981.

- PIRENNE, H., *A history of Europe*. Londres, 1958.

- PIRENNE, H., *Medieval cities. Their origins and the revival of trade*. Nueva York, 1956.

- PIRENNE, H., *Mohammed and Charlemagne*. Nueva York, 1957.

- PLÖGER, K., *England and the Avignon popes. The practice of diplomacy in late Medieval Europe*. Londres, 2005.

- POSTAN, M., "The Trade of Medieval Europe: the North", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008.

- POUNDS, N. J. G., *Historia económica de la Europa Medieval*. Barcelona, 1981.

- PRADO RUBIO, E., (coord.), *Derechos Humanos, educacion y sociedad*. Valladolid, 2018.

- PRADO RUBIO, E., "Aproximación a las Inquisiciones en el cine", en PRADO RUBIO, E., MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord..), *Análisis sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2017.

- PRADO RUBIO, E., "Estereotipos referidos a la persecución inquisitorial de la brujería", en *Revista Aequitas,* nº13, 2019.

- PRADO RUBIO, E., "La inclusión de la brujería en el ámbito competencial inquisitorial", en *Revista de la Inquisición*, nº 22, 2018.

- PRADO RUBIO, E., "La representación de conflictos sectarios en el cine contemporáneo: el caso norirlandés", en GRANDA LORENZO, S., TORRES GARCÍA, A. Y VELASCO DE CASTRO,

R., (coords.), *Religión y control político social: normas, instituciones y dinámicas sociales.* Valladolid, 2016.

- PRADO RUBIO, E., "Narrativa audiovisual de ficción y docencia: un ejemplo para la enseñanza histórico-jurídica" en *International Journal of Legal History and Institutions*, nº 1, 2017.

- PRADO RUBIO, E., "Pluralismo y participación de confesiones religiosas en la televisión" en *Revista Auctoritas. Revista on-line de Historiografía en Historia, Derecho e Interculturalidad*, nº 3, 2018.

- PRADO RUBIO, E., "Stereotypes about the inquisitorial persecution witchcraft", en *International Journal of Legal History and Institutions*, nº 2, 2018.

- PRADO RUBIO, E., "The Troubles: 1968 y los 10.000 días de violencia en Irlanda del Norte" en MARTÍNEZ PEÑAS, L., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., PRADO RUBIO, E., (coords.), *El año de los doce mayos*. Valladolid, 2018.

- PRADO RUBIO, E., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *La sombra de los bárbaros. Estudios sobre violencia, persecución y Derechos Humanos*., Valladolid, 2018.

- PRADO RUBIO, E., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *Heredarán el viento. Apuntes sobre conflictividad interna en un contexto internacional.* Valladolid, 2018;

- PRADO RUBIO, E., MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Análisis sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2017.

- PRADO RUBIO, E., MARTÍNEZ PEÑAS, L., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coords.), *Especialidad y excepcionalidad como recursos jurídicos*. Valladolid, 2017.

- PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., (coords.), *…Y justicia para todos*. Valladolid, 2018.

- PRADO RUBIO, E., y MARTÍNEZ PEÑAS, L., "Special Powers Act (1922): el uso de jurisdicciones especiales en la legislación británica", en FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., (coord.), *Estudios sobre jurisdicciones especiales*. Valladolid, 2015.

- PRAWER, J., *Histoire du Royaume latin de Jérusalem*. París, 1969.

- PRESNIAKOV, A. E., *The Formation of the Great Russian State*. Chicago, 1970.

- PREVITÉ-ORTON, C. W., *The shorter Cambridge Medieval History*. Cambridge, 1966.

- PRODI, P., *Diplomazia del Cinquecento. Instituzioni e prassi*. Bolonia, 1963.

- PRYOR, J., "The origins of the commanda contract.", en *Speculum*, nº 51, 1979.

- PRYOR, J., y JEFFREYS, E. M., *The age of dromon. The Byzantine Navy ca 500-1204*. Leiden, 2006.

- QUELLER, D. E., *Early Venetian legislation on Ambassadors*. Ginebra, 1966.

- QUELLER, D. E., *The Fourth Crusade. The conquest of Constantinople 1201-1204*. Leicester, 1977.

- QUELLER, D. E., *The office of Ambassador in the Middle Age*. Princeton, 1967.

- RAAFLAUB, K. A., (dir.), *War and Peace in the Ancient World*. Oxford, 2007.

- RACHWWILTZ, I. de, "Some Remarks on the Ideological Foundation of Chinggis khan's empire", en *Paper on Far Eastern History*, nº 7, 1973.

- REDLICH, M. D., *International law as a substitute for diplomacy*. Chicago, 1929.

- RENOUARD, Y., *The Avignon Papacy: The Popes in Exile, 1305–1403*. Nueva York, 1994.

- RENOUVIN, P., *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid, 1990, Vol. I.

- REUMONT, A., *Della diplomacia italiana dal secolo XIII al XVI*. Florencia, 1857.

- REUTER, T., "Carolingian and ottonian warfare", en KEEN, M., (ed.), *Medieval warfare. A history*. Nueva York, 1999.

- RICHÉ, P., *The Carolingians: A Family who Forged Europe*. Philadelphia, 1993

- ROBINSON, F. M., *The end of the Middle Ages. Essays and questions in History*. Londres, 1888.

- ROBINSON, I. S., "Church and Empire", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008.

- RODISON, M., *Islam and Capitalism*. Londres, 1974.

- RODRÍGUEZ MOLINA, J., "Relaciones pacíficas en la frontera con el reino de Granada", en SEGURA ARTERO, P., (coord..), *Actas del Congreso La frontera oriental nazarí como sujeto histórico (s. XIII-XV)*. Almería, 1997.

- ROGERS, C. J., "Henry V´s military strategy in 1415", en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005.

- ROLLO-KOSTER, J., "Civil violence and the initiation of the Schism", en ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009.

- ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009.

- ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., "The Great Schism and the scholarly record", en ROLLO-KOSTER, J., Y IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009.

- ROSE, S. *Medieval naval warfare. 1000-1500*. Londres, 2002.

- ROSTOVTSEFF, M. I., *The concept of international relations in Antiquity*. Washington, 1920.

- RUNCIMAN, S., "Byzantine Trade and Industry", en POSTAN, M. M., y MILLER, E., *The Cambridge Economic History of Europe. Trade and industry in the Middle Ages*. Cambridge, 2008.

- RUNCIMAN, S., *A history of the Crusades: the kingdom of Acre and the later Crusades.* Nueva York, 1994.

- RUNCIMAN, S., *The last Byzantine renaissance*. Nueva York, 1970.

- SAHID, I., "Pre-Islamic Arabia", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- SCHAMILOGLU, "The *Qaraci* Beys of the Later Golden Horde: Notes on the Organization of the Mongol World Empire", en *Archivum Eurasiae Medii Aevi*, nº 4, 1984

- SCHEIDEL, W., "Sex and Empire. A Darwinian Perspective", en MORRIS, I., y SCHEIDEL, W., (eds.), *The dynamics of the ancient empires. State power from Assyria to Byzantium*. Oxford, 2009.

- SCHROEDER, P. W., *The transformation of European politics. 1763-1848*. Oxford, 1994.

- SEGURA ARTERO, P., (coord..), *Actas del Congreso La frontera oriental nazarí como sujeto histórico (s. XIII-XV)*. Almería, 1997.

- SEMMLER, J., *Der Dynastiewechsel von 751 und die fränkische Königssalbung*. Brühl, 2003.

- SETTON, K. M., *A history of the Crusades*. Londres, 1969.

- SHABAN, M. A., *Islamic History: A New* Interpretation. Cambridge, 1976.

- SHEPARD, J., "Byzantine diplomacy, A.D. 800-1204: means and ends", en SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.

- SHEPARD, J., “Marriages towards the millennium”, en MAGDALINO, P., (ed.), *Byzantium in the year 1000*. Leiden, 2003.

- SHEPARD, J., “The origins of Rus’ (*c*.900–1015)”, en PERRIE, M., (ed.), *The Cambridge History of Russia. From Early Rus to 1689*. Cambridge, 2006.

- SHEPARD, J., y FRANKLIN, S., (eds.), *Byzantine Diplomacy*. Cambridge, 1992.

- SIMON, R., *Meccan trade and Islam: Problems of origin and structure*. Budapest, 1989.

- SINOR, D., "Horse and Pasture in Inner Asian History," *Oriens Extremus*, nº 19, 1972, p.180.

- SIRIASI, N., “Introducgtion”, en WILLIMAN, D., (ed.), *The Black Death. The impact of the fourteenth-century plague*. Nueva York, 1982.

- SIVAN, E., *L'Islam et la croisade: Idéologie et propagande dans les réactions musulmanes aux croisades*. París, 1968.

- SLICHTER VAN BATH, B. H., “The economic and social conditions in the Frisian districts from 900 to 1500”, en *AAG Bijdragen*, nº 13, 2012.

- SOURDEL, D., “The Abbasid caliphate”, en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- SPULER, B., *Die Mongolen in Iran. Politik, Verwaltung und Kultur der Ilchanzeit 1220-1350*. BerlÍn, 1955

- SPULER, E, “The desintegration of the Caliphate in the East”, en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- STEIN, E., *Studien zur Geschichte des byzantinischen Reiches*, Stuttgart, 1919.

- STEVENSON, J. H., “The Law of the Throne: Tanistry and the Introduction of the Law of Primogeniture: A Note on the Succession of the Kings of Scotland from Kenneth MacAlpin to Robert Bruce”, EN *The Scottish Historical Review*, Vol. 25, nº. 97, 1927.

- STOREY, J., *Carolingian Connections: Anglo-Saxon England and Carolingian Francia, c. 750–870.* Aldershot, 2003.

- STRAYER, J. R., "Feudalism in western Europe", en. CHEYETTE, F. L., (ed.), *Lordship and community in Medieval Europe*. Selected Readings. Nueva York, 1968.

- STUART-FOX, M., *A short history of China and South East Asia: tribute, trade and influence*. Londres, 2003.

- STUMP, P. H., “The council of Constance (1414-1418) and the end of the Schism”, en ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009.

- STUMP, P. H., *Reform in Head and Members: The Reform Ideas of the Council of Constance (1414–1418).* Leiden, 1978.

- SUMPTION, J., *The Hundred Years War. Trial by Fire*. Philadelphia, 2001.

- TAPPER, R., “Anthropologists, Historians, and Tribespeople On Tribe and State Formation in the Middle East”, en KHOURY, P. S.,

y KOSTINER, J., (eds.), *Tribes and the State formation in the Middle East*. Nueva York, 2006.

- TAYLOR, C., "Pope Innocent III, John of England and the Albigensian Crusade (1209–1216)", en MOORE, C., J., (ed.), *Pope Innocent III and his World*. Aldershot, 1999.

- TAYLOR, C., *Heresy in Medieval France. Dualism in Aquitaine and the Agenais, 1000–1249*. Woodbridge, 2005.

- THIRIET, F., *La Romanie vénitienne au Moyen-Age: Le développement et l'exploitation du domaine colonial vénitien (XIIe-XVe siècles).* Paris, 1959.

- THRUPP, S., (coord.), *In Early medieval society*. Nueva York, 1967.

- TIVEY, M. R., *Defining ideology in the pontificate of Gregory VII*. Birmingham, 2011.

- TORRES FONTES, J., "El alcalde entre moros y cristianos del reino de Murcia", en *Hispania*, 20, 1960.

- TORRES FONTES, J., "Los alfaqueques castellanos en la frontera de Granada", en VV.AA., *Homenaje a don Agustín Millares*. Las Palmas, 1975.

- TOSTI, L., *Storia della lega lombarda*. Roma, 1886.

- TOUT, T. F., *The Empire and the Papacy. 918-1273*. Londres, 1921.

- TURAN, O., "Anatolia in the period of the seljuks and *the beyliks*", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- TURNBULL, S., *The mongol invasions of Japan. 1274 y 1281*. Oxford, 2010.

- TWITCHETT, D., "Hsuan-tsung (reign 712-56)", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979.

- TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979.

- UDOVITCH, A., "Commercial technique in early medieval Islamic trade", en RICHARDS, D. S., y CASSIER, B., (Ed.), *In Islam and the trade of Asia*. Philadelphia, 1970.

- ULLMANN, W., *A Short History of the Papacy in the Middle Ages*. Nueva York, 2003.

- ULLMANN, W., *The Growth of Papal Government in the Middle Ages*, Londres, 1962.

- VALE, M. G. A. *The Origins of the Hundred Years War: The Angevin Legacy, 1250–1340*. Oxford, 2000.

- VAN CAENEGEM, R., "Goverment, law and society", en BURNS, J. H., *The Cambridge History of Medieval political thought, c. 350-c. 1450*. Cambridge, 2008.

- VAN DOOSSELAERE, Q., *Commercial Agreements and Social Dynamics in Medieval Genoa*. Cambridge, 2009.

- VECCIA VAGLERI, L., "The patriarcal and ummayad caliphates", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- VELASCO DE CASTRO, R., *Introducción al Derecho islámico: jurisdicciones especiales y ordinarias*. Valladolid, 2017.

- VERCAUTEREN, F., "The circulation of merchants in Western Europe from the 6th to the 10th century: Economic and cultural aspects", en THRUPP, S., (coord.), *In Early medieval society*. Nueva York, 1967.

- VERNADSKY, G., *The Mongols and Russia* (*A History of Russia)*- New Haven, 1953.

- VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005.

- VILLALÓN, L. J. A., "Spanish involvement in the Hundred years war and the battle of Nájera", en VILLALON, L. J. A, y KAGAY, D. J., (coords.), *The Hundred Years war. A wider focus*. Brill, 2005.

- VISCOUNT, J. B., *The Holy Roman Empire*. Londres, 1911.

- VOEGELIN, E., "The Mongol Orders of Submission to European Powers, 1245-1255", en *Byzantion*, nº 15, 1940-41.

- VV.AA., *Actas IV Jornadas de Estudios de Seguridad*. Madrid, 2012.

- VV.AA., *Cursos de Verano de la Universidad Complutense*. Madrid, 1994.

- VV.AA., *Homenaje a don Agustín Millares*. Las Palmas, 1975.

- WAGNER, J. A., *Encyclopedia of the Hundred Years War. Westport*, 2006.

- WALLACE-HADRILL, J. M., *The Frankish Church*, Oxford, 1983.

- WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México, 1974.

- WALTER, F., *Corpus iuris Germanici Antiqui*, vol, II. Berolini, 1824.

- WARD-PERKINS, B., *The fall of Rome and the end of the civilization*. Oxford, 2005.

- WATT, W. M. "Muhammad", en HOLT, P. M., LAMBTON, A. K. S., y LEWIS, B., *The Cambridge History of Islam*, vol, 1ª. Cambridge, 1970.

- WAUGH, S., y DIEHL, P., (eds.), *In Christendom and its Discontents*. Cambridge, 1996.

- WECHSLER, H. J., "T'ai-tsung (reign 626-49) the consolidator", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979.

- WECHSLER, H. J., "The founding of the T'ang dynasty: Kaotsu (reign 618-26)", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979.

- WEISS, S., "Luxury and extravagance at the papal court in Avignon and the outbreak of the Great Western Schism", en ROLLO-KOSTER, J., e IZBICKI, T., (Ed.), *A Companion to the Great Western Schism (1378–1417)*. Leiden, 2009.

- WHEATLEY, P., *The Golden Khersonese: studies in the historical geography of the Malay Peninsula before A.D. 1500.* Kuala Lumpur, 1961.

- WHITTOW, M., *The making of Byzantium, 600-1025*. Los Angeles, 1996.

- WICKHAM, CH., "The Other Transition: From the Ancient World to Feudalism", en *Past and Present*, n.º 103, 1984.

- WICKHAM, CH., *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400–800*. Oxford, 2005.

- WIET, G., "L´empire neo-byzantin des Omméyades et l´empire neo-sassanide des Abbasides", en *Cahiers d´historie mondiale*, nº 1, 1953.

- WIGHT, M., *Systems of State.* Leicester, 1977.

- WILLIMAN, D., (ed.), *The Black Death. The impact of the fourteenth-century plague*. Nueva York, 1982.

- WITTFOGEL, K., *Oriental despotism. A comparative study of total power*. New Haven, 1957.

- WOLTERS, O. W., *Early Indonesian Commerce: a study of the origins of Srivijaya.* Ithaca, 1967.

- WOLTERS, O. W., *The Fall of Sri Vijaya in Malay History*. Londres, 1970

- WOZNIAK. F. E., *Byzantine diplomacy and the lombard-gepidic wars*. Highland Falls, 1978.

- WRIGHT, F., "The Sui dynasty (581-617)", en TWITCHETT, D., y FAIRBANK, J. K., *The Cambridge History of China. Sui and T´Ang China, 589-906*. Cambridge, 1979.

- YINGSENG, L., "War and peace between the yuan dynasty and the chaghadaid khanate (1312–1323)", en AMITAI, R., y BIRAN, M., (coords.), *Mongols, Turks and others. Eurasian nomads and the sedentary world*. Leiden 2005.